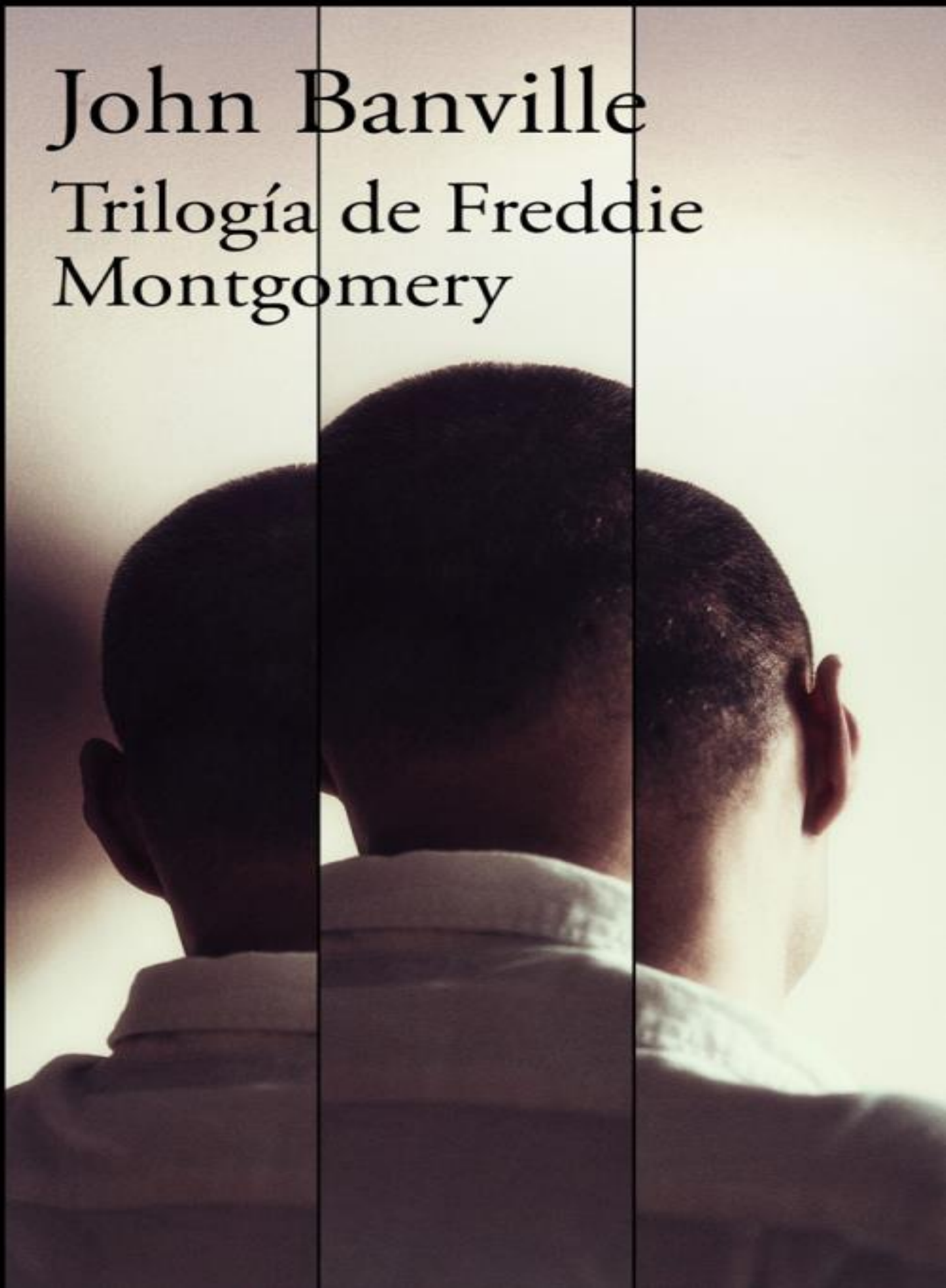
ALFAGUARA

John Banville

Trilogía de Freddie Montgomery



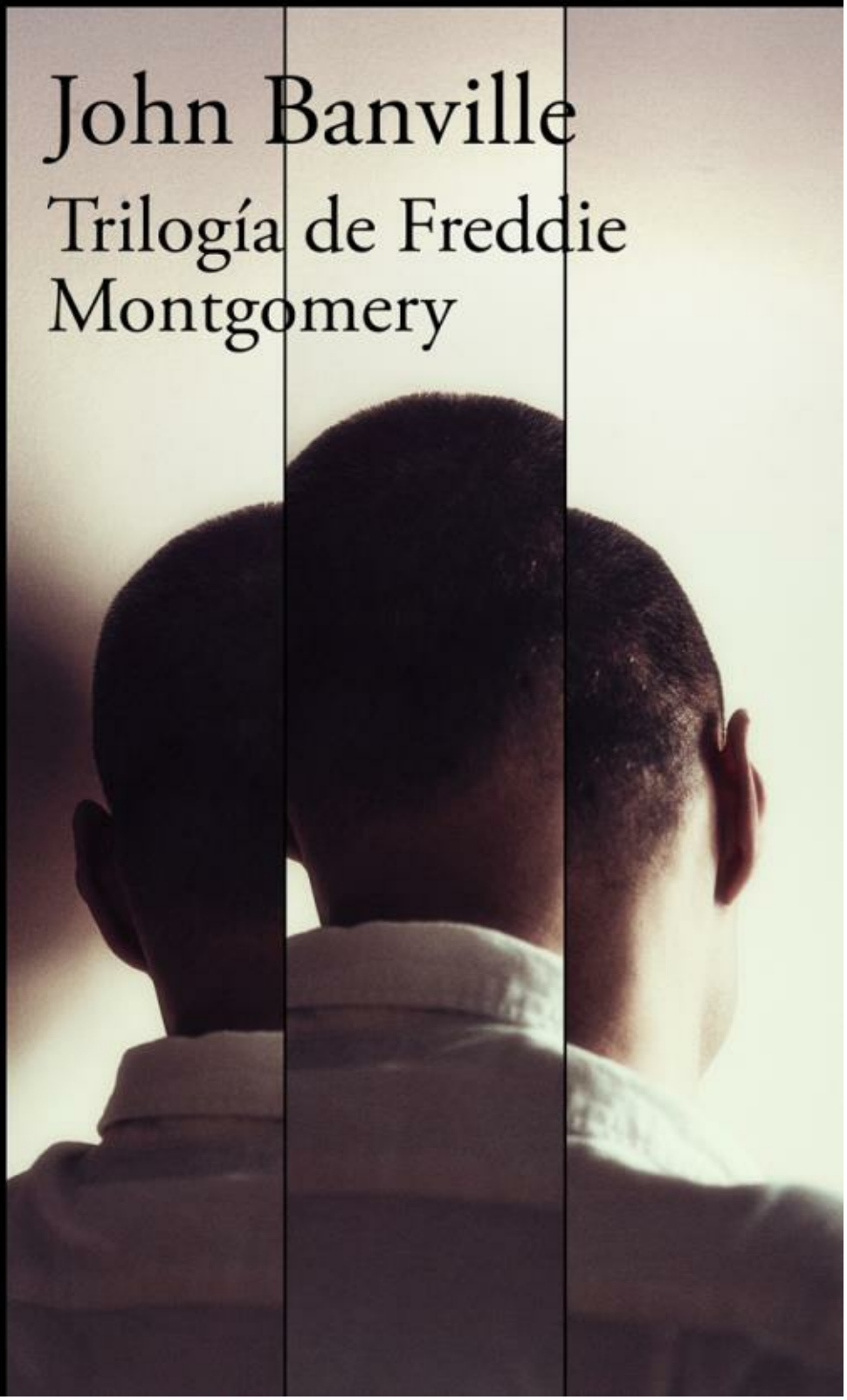
Narrativa Internacional

Traducción de Horacio González Trejo y Miguel Temprano García

ALFAGUARA

John Banville

Trilogía de Freddie Montgomery



Narrativa Internacional

Traducción de Horacio González Trejo y Miguel Temprano García

John Banville

Trilogía de Freddie Montgomery

Traducción del inglés de Horacio González Trejo
y Miguel Temprano García

ALFAGUARA

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerebooks

@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

Penguin Random House Grupo Editorial

El libro de las pruebas

I

Su señoría, cuando me pida que se lo cuente a los miembros del jurado en mis propios términos, diré lo siguiente: me tienen encerrado como a un animal exótico, último superviviente de una especie que consideraban extinta. Deberían dejar pasar a las masas para que me viesen: el devorador de la muchacha, esbelto y peligroso, andando de aquí para allá en mi jaula, mientras mis terribles ojos verdes parpadean más allá de los barrotes; tendrían que darles algo con que soñar cuando por las noches están bien abrigados metidos en sus camas. Cuando me detuvieron, se arañaron con tal de echarme un vistazo. Estoy convencido de que habrían pagado por ese privilegio. Gritaron insultos, esgrimieron sus puños amenazadores y mostraron los dientes. Fue irreal, aterrador pero cómico verlos allí, apiñados en la acera como extras cinematográficos, jóvenes con gabardinas de tres al cuarto, mujeres con la bolsa de la compra y uno o dos personajes silentes y canosos que permanecían inmóviles, voraces, atentos a mí, pálidos de envidia. En aquel momento un guardia me cubrió la cabeza con una manta y me empujó al interior del coche patrulla. Reí. Había algo irresistiblemente gracioso en la forma en que la realidad, trivial como de costumbre, satisfacía mis peores fantasías.

A propósito de aquella manta, ¿la trajeron aposta o siempre llevan una en el maletero? Ahora estas cuestiones me preocupan, les doy vueltas y más vueltas. Debí de dar una imagen interesante, apenas entrevista, instalado en el asiento trasero cual una momia mientras el coche se deslizaba a todo gas por las calles húmedas bañadas de sol, dándose aires de importancia.

Luego este sitio. Lo primero que me impresionó fue el ruido. Una barahúnda ensordecedora, gritos y silbidos, risotadas, disputas, sollozos. Pero también existen momentos de calma, como si de súbito cayera un gran temor o una profunda tristeza que nos dejara sin habla. Igual que agua estancada, el aire pende inmóvil en los pasillos. Está salpicado por un sutil hedor a fenol, que recuerda al osario. Al principio me figuré que era yo, quiero decir, que ese olor era mío, mi contribución. ¿Puede que lo sea? La luz del sol también es rara, incluso fuera, en el patio, como si le hubiese ocurrido algo, como si le hubieran hecho algo antes de dejarla caer sobre nosotros. Tiene un tinte ácido, alimonado, y se presenta en dos intensidades: o es insuficiente para ver o nos abrasa los ojos. No me referiré a los diversos tipos de oscuridad.

Mi celda. Mi celda es. ¿Para qué insistir?

A los detenidos les asignan las mejores celdas. Como debe ser. Al fin y al cabo, podrían declararme inocente. Oh, no debo reír, duele demasiado, sufro una punzada espantosa como si algo presionara mi corazón…, supongo que el peso de la culpa. Dispongo de una mesa y de lo que aquí llaman un butacón. Incluso hay un televisor, aunque apenas lo enciendo ahora que mi caso está *sub iudice* y en las noticias ya no hablan de mí. Las instalaciones sanitarias dejan mucho que desear. Salpicaduras: ¡qué adecuada, la expresión! Intentaré conseguir un sodomita…, ¿o quiero decir un neófito? Un sujeto joven, cimbreante y bien dispuesto, que no sea muy quisquilloso. No me resultará difícil. También quiero hacerme con un diccionario.

Por encima de todo, me molesta el olor a semen que hay en todas partes. Este sitio apesta.

Admito que tenía expectativas irremediablemente románticas sobre el modo en que aquí discurrirían las cosas. Me figuré que sería una especie de celebridad, aislada de los demás presos en un ala especial, en la que recibiría a grupos de personas serias e importantes con quienes hablaría largo y tendido sobre las grandes cuestiones del momento, impresionando a los hombres y fascinando a las mujeres. ¡Qué penetración!, exclamarían. ¡Qué agudeza! Nos dijeron que era una bestia insensible y cruel, pero ahora que lo hemos visto y oído…, ¡vaya, qué sorpresa! Y aquí estoy, adoptando una pose elegante con mi perfil de asceta vuelto hacia la luz que se cuela a través de la ventana con barrotes, tocando un pañuelo perfumado y con una ligera sonrisa forzada. Jean-Jacques, el asesino culto.

No es así, no es así bajo ningún concepto, pero tampoco valen otras etiquetas. ¿Dónde están los disturbios en el comedor, las fugas en masa y ese tipo de cosas que el cine ha hecho tan familiares? ¿Qué hay de la escena en el patio de ejercicios, en la cual matan al chivato con un vidrio mientras un par de pesos pesados barbudos montan una gresca para desviar la atención? ¿Cuándo comenzarán las peloteras entre pandillas? Lo cierto es que aquí dentro la vida es como fuera, pero más intensa. Estamos obsesionados por el bienestar material. Hace siempre demasiado calor, parece que estamos en una incubadora, pero son infinitas las quejas por corrientes de aire, fríos súbitos y pies helados durante la noche. La comida también cuenta, escarbamos en busca de algún bocado sustancioso en nuestros platos de gachas, olisqueamos y suspiramos como si asistiéramos a una convención de *gourmets.* Después del reparto de paquetes corre la voz como reguero de pólvora: «¡Psss! ¡Le han enviado un pastel casero!». Francamente, parece el internado, con su mezcla de tristeza y comodidad, el deseo embotado, el ruido y, en todas partes, sempiterno, ese aire masculino, gris, tibio y viciado, tan peculiar.

Me han dicho que era distinto cuando los políticos estaban aquí. Solían subir y bajar por los pasillos, sujetos de brazos y piernas, ladrándose en un irlandés arrabalero, cosa que provocaba gran júbilo entre los delincuentes comunes. Entonces todos se pusieron en huelga de hambre o algo parecido, los trasladaron y la vida recobró la normalidad.

¿Por qué somos tan sumisos? ¿Se debe a lo que, según dicen, ponen en el té para adormecer la libido? Tal vez tenga que ver con las drogas. Su señoría, sé que a nadie, ni siquiera al ministerio fiscal, le gustan los chivatos, pero me considero obligado a informar a la justicia del activo comercio de sustancias prohibidas que tiene lugar en esta institución. Hay tíos, quiero decir carceleros, implicados y puedo proporcionar sus números siempre y cuando se me garantice protección. Se consigue de todo: estimulantes y somníferos, tranquilizantes, caballo, *crack,* lo que uno quiera… No creo que usted, su señoría, esté familiarizado con esa jerga abyecta, jerga que he aprendido desde mi ingreso aquí. Como puede figurarse, son en general los jóvenes los que se dedican a ello. Es fácil reconocerlos trastabillando por los pasillos como sonámbulos, con la sonrisilla desilusionada y embotada de los que están realmente colgados. Sin embargo, algunos no sonríen, parece desde luego que no volverán a sonreír. Son los perdidos, los desahuciados. Tienen la mirada extraviada, la expresión vacía y preocupada, de la misma forma que los animales heridos apartan enmudecidos su mirada de nosotros, como si fuéramos meros fantasmas de ellos mismos, cuyo dolor se sufre en un mundo que no es el nuestro.

Pero no, no son solo las drogas. Ha desaparecido algo esencial, nos han arrancado la esencia. Ya no somos del todo humanos. Viejos presidiarios, sujetos que han cometido delitos impresionantes se pavonean por la cárcel cual señoras mayores, pálidas, dulces, con pecho de paloma y anchas de caderas. Riñen por los libros de la biblioteca, algunos incluso tejen. Los

jóvenes también tienen pasatiempos, se me acercan furtivamente en la sala de recreo, con sus ojos de ternero casi rebosantes de lágrimas, y me muestran con timidez sus trabajos manuales. Me pondré a gritar si tengo que admirar otro barco metido en una botella. Pero estos rufianes, estos violadores y estos hombres que maltratan a los niños son muy tristones, de puro vulnerables. Aunque no sé muy bien por qué, cuando pienso en ellos imagino una tira de hierba cubierta de rastrojos y el árbol que atisbo por la ventana si aprieto la mejilla contra los barrotes y miro en diagonal más allá de la alambrada y del muro.

Por favor, póngase de pie, coloque su mano aquí y pronuncie con claridad su nombre. Frederick Charles St. John Vanderveld Montgomery. ¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad? No sea ridículo. Quiero llamar de inmediato a mi primer testigo, mi esposa Daphne. Sí, ese era y es su nombre. Por algún motivo, a la gente siempre le ha resultado algo cómico. Creo que encaja a la perfección con su belleza sosa, morena y miope. Veo a Daphne, mi dama de los laureles, reclinada en un claro bañado por el sol, algo molesta, el rostro ladeado y el ceño un poco fruncido mientras un dios menor con forma de fauno y flauta de cañas hace cabriolas y corretea, tocando inútilmente con toda el alma. Fue ese aire abstraído y levemente insatisfecho el que despertó mi interés por ella. No era bonita ni buena, pero me iba como anillo al dedo. Tal vez yo ya pensaba en un futuro en el que necesitaría ser perdonado —por alguien, por quien fuese— y nada mejor que uno de los míos para hacerlo.

Cuando afirmo que no era buena, no estoy diciendo que fuese mala ni corrupta. Sus fallas no eran nada en comparación con las grietas dentadas que atraviesan mi alma. Se la podía acusar, a lo sumo, de cierta pereza moral. Había cosas que no se tomaba la molestia de hacer, por muy imperiosas que fueran las obligaciones que exigían su cansina atención. Descuidó a nuestro hijo no por desamor sino porque, simplemente, sus necesidades no la inquietaban. La veía sentada mientras lo observaba con la mirada errante, como si intentase recordar con precisión quién o qué era y por qué estaba ahí, rodando en el suelo, a sus pies, cometiendo alguno de sus infinitos desastres. ¡Por favor, Daphne!, murmuraba yo, y la mitad de las veces me miraba de la misma forma, con la misma mirada hueca y extrañamente ausente.

Al parecer soy incapaz de dejar de hablar de ella en pasado. Hasta cierto punto está bien. Viene a visitarme con frecuencia. La primera vez que se presentó, preguntó cómo eran las cosas aquí. ¡Oh, querida, el ruido… y la gente!, dije. Daphne asintió con la cabeza, esbozó una sonrisa y miró con desgana a los otros visitantes. Como puede verse, nos comprendemos.

En el sur su indolencia se convirtió en una especie de languidez voluptuosa. Recuerdo cierta habitación de postigos verdes, cama estrecha, una silla a lo Van Gogh y el mediodía mediterráneo vibrando en las calles encaladas. ¿Ibiza? ¿Isquia? ¿Acaso Mikonos? Siempre una isla, escribiente, haga el favor de apuntarlo, tal vez tenga algún significado. Daphne se desvestía con mágica presteza, con una especie de movimiento sinuoso, como si la falda, las bragas y todo lo demás fuesen de una sola pieza. Es una mujer grande, ni gorda ni pesada, pero consistente y maravillosamente equilibrada: cada vez que la veía desnuda deseaba acariciarla como me gustaría acariciar una escultura, sopesar las curvas con el hueco de la mano, pasar el pulgar por las líneas largas y lisas, palpar la frescura, la textura aterciopelada de la piedra. Escribiente, quite la última frase, es excesiva.

Aquellos mediodías abrasadores, en esa habitación y en infinidad de otras parecidas… Dios mío, me estremezco al recordarlas. Era incapaz de resistirme a su indolente desnudez, al peso y

la densidad de la carne trémula. Se tendía a mi lado como una *maja* abstraída y contemplaba el techo umbrío o el resquicio de luz blanca y ardiente que se colaba entre los postigos, hasta que —y eso que nunca comprendí exactamente cómo— me las ingeniaba para accionar un nervio recóndito y entonces se volvía con torpeza hacia mí, deprisa, soltaba un gemido y me aferraba como si estuviese a punto de caer, con la boca en mi cuello y sus dedos de ciega en mi espalda. Siempre mantenía los ojos abiertos, su pálida y suave mirada gris desvariaba sin poder evitarlo, retrocedía bajo el tierno sufrimiento que le infligía. Soy incapaz de expresar lo mucho que me excitaba esa mirada dolorida e indefensa, tan distinta a la de otros momentos. Cuando estábamos en la cama de aquella manera, intentaba que se pusiera las gafas para que pareciese aún más perdida e indefensa, pero nunca lo conseguí por mucho que apelé a medios arteros.

Después era como si no hubiese pasado nada, Daphne se levantaba, se deslizaba con parsimonia hasta el baño, con la mano en el pelo, y me dejaba postrado en la sábana empapada, convulsionado y jadeante como si hubiese sufrido un ataque cardíaco, que, supongo, era lo que hasta cierto punto me había ocurrido.

Creo que nunca supo cuánto me afectaba. Me ocupé de que no lo notara. No quiero que se me entienda mal, no era que temiese caer bajo su dominio ni nada por el estilo. Sucedía que, entre nosotros, esa certeza habría estado…, bueno, fuera de lugar. Existía cierta reticencia, cierta discreción que desde el principio acordamos preservar tácitamente. Nos entendíamos, claro que sí, pero ello no significaba que nos conociéramos ni que quisiéramos conocernos. ¿Cómo habríamos mantenido esa condescendencia distante que para los dos contaba tanto sin preservar, además, el secreto esencial de nuestro yo interior?

Era magnífico levantarse en medio del frescor de la tarde, bajar hasta el puerto y pasear por la desolada geometría del sol y la sombra de las callejuelas. Me gustaba observar a Daphne caminar delante de mí, mover los fuertes hombros y las caderas con un ritmo insinuante y complejo bajo la ligera tela del vestido. También me gustaba observar a los isleños encorvados sobre sus pastís y sus vasitos de café turbio, girando sus ojos de lagartija cuando Daphne pasaba. Eso es, cabrones, dejad que os consuma el deseo…

En el puerto siempre había un bar, siempre el mismo cualquiera que fuese la isla, con un puñado de mesas y sillas de plástico en el exterior, sombrillas ladeadas en las que se leía Stella o Pernod y un propietario moreno y grueso que se escarbaba los dientes apoyado en el vano de la puerta. Y siempre había la misma gente: unos cuantos individuos delgados pero robustos de vaqueros desteñidos, mujeres de mirada dura curtidas por el sol, un vejete gordo con gorra de marino y patillas canosas y, por descontado, uno o dos maricas con pulseras y sandalias de fantasía. Eran nuestro grupo, nuestra pandilla, nuestros amigos. Rara vez sabíamos sus nombres ni ellos el nuestro y nos llamábamos camarada, amigo, capitán, cariño. Bebíamos nuestro coñac o nuestro ajenjo, fuera cual fuese el veneno local más barato, y hablábamos a voz en cuello de otros amigos, personajes todos de otros bares, de otras islas, al tiempo que no nos quitábamos el ojo de encima, ni siquiera al sonreír, atentos a no sabíamos qué, quizá a una brecha, un flanco débil, por un momento desprotegido, en el que hundir los colmillos. Señoras y caballeros del jurado, seguro que nos han visto, formábamos parte del pintoresquismo local de su viaje organizado, pasaron a nuestro lado con mirada soñadora y los ignoramos.

Daphne y yo presidíamos esa chusma con una especie de desapego a lo grande, como un rey y una reina exiliados que cada día aguardan noticias de la contrarrevolución y de la convocatoria para retornar a palacio. Noté que la gente en general nos veía con cierto recelo, en repetidas ocasiones percibí en sus ojos una mirada preocupada, apaciguadora, perruna, o una mirada

resentida, furtiva y hosca. He meditado sobre este fenómeno y me parece significativo. ¿Qué había en nosotros —mejor dicho, qué había *en torno a* nosotros— que los impresionaba? Bueno, somos altos y bien formados, yo soy apuesto y Daphne es bella, pero no es posible que solo fuera eso. No, después de mucho pensarlo he arribado a la siguiente conclusión: creían reconocer en nosotros cierta coherencia e integridad, una autenticidad primordial de la que carecían y de la que no se sentían del todo dignos. Éramos… sí, ¿por qué no decirlo?, éramos héroes.

Por supuesto, pensé que aquello era ridículo. No, esperen, estoy bajo juramento, debo decir la verdad. Me encantaba. Me encantaba sentarme a mis anchas bajo el sol, junto a mi consorte resplandeciente y de mala fama, y recibir sin alharaca el tributo de nuestra abigarrada corte. Ponía una sonrisa circunstancial, ligera y apenas esbozada, serena y tolerante, con un lejanísimo toque de desdén; se la dedicaba sobre todo a los más imbéciles, a los pobres idiotas que balbuceaban, retozaban ante nosotros con sus gorros de cascabeles, ponían en práctica sus patéticas triquiñuelas y se reían como locos. Los miraba a los ojos y, como me sentía ennoblecido, durante unos segundos podía olvidar lo que era, una cosa ínfima y temblequeante, igual que ellos, llena de anhelo y desprecio, solitaria, temerosa, acosada por las dudas y agonizante.

Así fue como caí en manos de los timadores: llegué a creer que era inviolable. Su señoría, no pretendo disculpar mis acciones, solo intento explicarlas. Esa vida a la deriva de isla en isla fomentaba ilusiones. El sol y el aire de mar diluyeron la importancia de las cosas hasta el extremo de que perdieron su auténtico peso. Mi instinto, el instinto de nuestra tribu, esas espirales enroscadas y templadas en las selvas negras del norte se relajaron en el sur, su señoría, de verdad que fue así. ¿Era posible que hubiera algo peligroso y perverso en un clima tan benigno, tan azul y tan digno de una acuarela? Además, las cosas malas son las que siempre tienen lugar en otra parte y la mala gente nunca es la que uno conoce. El yanqui, por ejemplo, no parecía peor que los demás ejemplares de la fauna de aquel año. De hecho, no me pareció peor que yo mismo… Quiero decir, peor de lo que yo mismo me figuraba que era, ya que, desde luego, eso sucedió antes de que descubriese las cosas que yo era capaz de hacer.

Lo llamo el yanqui porque no sabía o no recuerdo su nombre, aunque no estoy seguro de que fuese norteamericano. Hablaba con un gangueo que parecía aprendido en el cine y tenía una costumbre de hablar mientras miraba a su alrededor con los ojos entrecerrados que me recordaba a algún astro de la pantalla. No pude tomármelo en serio. Hice una magnífica imitación del yanqui —siempre he sido buen mimo— y la gente se rio sorprendida al reconocerlo. Al principio lo tomé por un joven, pero Daphne sonrió y me preguntó si le había mirado las manos. (Daphne siempre reparaba en esos detalles.) Era delgado y musculoso, de rostro afilado y con el pelo rapado como un chaval. Vestía tejanos ceñidos, botas de tacón y cinturones de cuero con hebillas descomunales. Era realmente envarado. Lo llamaré…, veamos, lo llamaré Randolph. Iba detrás de Daphne. Lo vi acercarse sigilosamente, con las manos embutidas en los bolsillos, y olisquear en torno a ella, presumido y nervioso a la vez, lo mismo que tantos otros habían hecho antes, con su deseo, como el de ellos, evidente en cierta palidez extrema entre ceja y ceja. A mí me trataba con cautelosa afabilidad, me llamaba amigo e incluso —¿acaso lo imagino?— *camarada.* Recuerdo la primera vez que se sentó a nuestra mesa, enroscó sus patas de alambre alrededor de la silla y se reclinó sobre un codo. Yo casi esperaba que sacase la bolsa de tabaco y liase un pitillo con una sola mano. El camarero, Paco o Pablo, un joven de mirada ardiente y pretensiones

aristocráticas, cometió un error y nos sirvió bebidas que no habíamos pedido. Randolph aprovechó la ocasión para echarle un rapapolvo. El pobre camarero aguantó incólume, con los hombros hundidos bajo los latigazos de invectivas, y fue lo que siempre había sido: hijo de campesinos. Cuando se alejó a trompicones, Randolph miró a Daphne y esbozó una sonrisa, exhibiendo una hilera lateral de dientes largos y leonados; pensé en un sabueso que, rebosante de orgullo, se sienta después de depositar una rata muerta a los pies de su ama. Malditos guiris, dijo al desgaire, e hizo ademán de escupir. Me incorporé de un salto, aferré el borde de la mesa y la tiré, arrojándole las copas sobre las piernas y gritándole que se pusiera de pie y la recogiera, ¡hijo de la gran puta! No, no, por supuesto que no lo hice. Aunque me hubiera gustado arrojar una mesa llena de cristales rotos sobre su entrepierna ridículamente almohadillada, ese no era mi modo de actuar, al menos en aquellos tiempos. Por añadidura, había disfrutado como el que más al ver que Pablo o Paco, el muy idiota, recibía su merecido, el camarero de miradas sentimentales, manos delicadas y aquel horrible bigote púbico.

A Randolph le gustaba dar la impresión de que era un tipo peligroso. Hablaba de acciones infames perpetradas en un lejano país al que llamaba estadounidense. Di pábulo a las narraciones de esas hazañas y me deleitaba para mis adentros con la forma descuidada en que las relataba, como restándoles importancia. Había algo maravillosamente ridículo en la situación: la mirada de soslayo del fanfarrón y sus modulaciones maliciosamente modestas, su aire de eufórica dignidad, la forma en que se abría como una flor bajo el calor de mi muda inclinación de cabeza a la vez afirmativa, reverente y atemorizada. La sutil perversidad de los seres humanos siempre me ha dado satisfacción. Es un verdadero placer tratar a un tonto mentiroso como si le considerase la esencia de la probidad, seguir el juego de sus poses y sus mentirijillas. Sostuvo que era pintor hasta que le hice unas cuantas preguntas inocentes sobre el tema y, de súbito, se convirtió en escritor. En realidad, según me confió una noche de copas, ganaba dinero traficando con droga entre los ricos que circulaban por la isla. Me horroricé, por supuesto, pero reconocí que se trataba de una información valiosa y más tarde, cuando…

Pero estoy harto de esto, será mejor dejarlo de lado. Le pedí dinero prestado. Se negó. Le recordé la noche de borrachera y añadí que estaba convencido de que a la *guardia*[1] le interesaría saber lo que me había contado. Se sorprendió. Lo pensó. Respondió que no tenía la suma que le pedía, que tendría que buscarla en otra parte, tal vez pedírsela a personas que conocía. Y se mordió el labio. Le dije que me parecía bien, que la procedencia del dinero me era indiferente. Me divertía y me sentía satisfecho de mí mismo jugando al chantajista. En realidad, no esperaba que me tomase en serio, pero estaba claro que había subestimado su cobardía. Se presentó con el dinero en efectivo y Daphne y yo pasamos unas semanas a lo grande; todo fue grandioso salvo el hecho de que Randolph me seguía los pasos adondequiera que fuese. Su interpretación de palabras como *prestar* y *devolver* fue angustiosamente literal. Le pregunté si no era una justa devolución guardar su sucio secreto. Con un torpe y desmañado intento por sonreír dijo que esas personas no se andaban con chiquitas. Repliqué que me alegraba oírlo, pues a nadie le gusta tratar, aunque sea por interpósita persona, con los meramente frívolos. Amenazó con darles mi nombre. Me reí en su cara y me largué. Seguía sin tomarme nada en serio. Pocos días después llegó un pequeño paquete envuelto en papel de estraza, dirigido a mí por alguien que apenas sabía escribir. Daphne cometió el error de abrirlo. Contenía una lata de tabaco —de Balkan Sobranie, lo que aportaba un toque de exótico cosmopolitismo— forrada con guata, dentro de la cual reposaba un trozo de carne algo espiralado, pálido, cartilaginoso y cubierto de sangre seca. Tardé un rato en darme cuenta de que se trataba de una oreja humana. Quien la

hubiera sajado había hecho una chapuza y, a juzgar por el borde dentado, había utilizado algo semejante a un cuchillo para cortar pan. Doloroso. Supongo que esa era la intención. Recuerdo que pensé: ¡qué apropiado, una oreja en tierra de toreros! En realidad, fue muy divertido.

Fui a buscar a Randolph. Llevaba voluminosas hilas adheridas al lado izquierdo de la cabeza, sujetas por un vendaje torcido y no muy limpio. Ya no me recordaba al salvaje Oeste. Como si el destino hubiese decidido hacer caso de su reivindicación artística, ahora poseía un sorprendente parecido con el pobre y loco Vincent en el autorretrato pintado después de mutilarse por amor. Cuando Randolph me vio, tuve la impresión de que iba a echarse a llorar; se compadecía de sí mismo y estaba indignado. Ahora serás tú el que trate con ellos, dijo; tú eres quien les debe, no yo, que ya he pagado, y se llevó con solemnidad la mano a la cabeza vendada. Después me insultó y se escurrió por un callejón. Pese al sol de mediodía, un estremecimiento me recorrió la espalda como el viento gris que se arremolinaba sobre el mar. Me quedé meditando unos instantes en aquella esquina de casas encaladas. Un viejo montado en un burro me saludó. A poca distancia repicó la campana estañosa de una iglesia. ¿Por qué?, me pregunté, ¿por qué vivo de esta manera?

Se trata de una pregunta cuya respuesta, sin duda, querría conocer el jurado. Dados mis orígenes, mi educación y mi cultura —claro que sí—, ¿cómo podía llevar semejante vida, relacionarme con esas gentes, meterme en tantos líos? La respuesta es… que no conozco la respuesta. O la conozco y es demasiado amplia, demasiado enmarañada para intentar darla aquí. Solía creer, como todo el mundo, que era yo quien decidía el curso de mi vida según mis propias decisiones, pero poco a poco, a medida que acumulaba cada vez más pasado en el que basarme, me di cuenta de que hice lo que hice porque no podía hacer otra cosa. Por favor, su señoría, no imagine, no crea detectar en este punto la insinuación de una apología, ni siquiera de una defensa. Deseo asumir toda la responsabilidad de mis actos —a la postre, son lo único que puedo considerar propio— y declaro de antemano que aceptaré sin vacilaciones el veredicto del jurado. Simplemente pregunto, con los debidos respetos, si es posible aferrarse al principio de la culpabilidad moral en cuanto se abandona la noción de libre albedrío. Reconozco que se trata de un asunto delicado, de esos que nos gusta discutir por la noche, mientras bebemos chocolate y fumamos, cuando el tiempo se eterniza.

Como ya he dicho, no siempre consideré mi vida como una prisión en la que todos los actos están determinados de acuerdo con un patrón establecido al azar por una autoridad desconocida e insensata. De joven me veía desde luego como un arquitecto que algún día montaría un maravilloso edificio a su alrededor, una especie de gran pabellón espacioso y ventilado que me cobijaría en toda mi integridad y dentro del cual sería libre. Mirad, dirían al distinguir esa eminencia desde lejos, mirad cuán seguro y sólido es: es él, ya lo creo, no cabe la menor duda, es el hombre propiamente dicho. Entretanto, sin casa, me sentía a la vez expuesto e invisible. ¿Cómo describir esta sensación de mí mismo, algo ingrávido, sin amarras, un fantasma flotante? Otros parecían poseer cierta densidad, una presencia de la que yo carecía. Entre esos seres grandes y despreocupados, yo semejaba un niño entre adultos. Los observaba azorado y me asombraba de su imperturbable seguridad frente a un mundo desconcertante y absurdo. Entiéndame bien, no era una florecilla marchita, reía, armaba jaleo y me jactaba con los mejores…, solo que en mi interior, en esa galería macabra y umbría que llamo mi corazón, estaba intranquilo, con una mano sobre la boca, silente, envidioso e inseguro. Ellos comprendían

las cosas o al menos las aceptaban. Sabían qué pensar sobre cada una de ellas, tenían opiniones. Tenían una visión de conjunto, como si no se dieran cuenta de que todo es infinitamente divisible. Hablaban de causas y efectos, como si consideraran posible aislar un acontecimiento y escudriñarlo en un espacio puro y sin tiempo, al margen del loco remolino de los hechos. Se referían a pueblos enteros como si hablaran de un solo individuo, mientras que para mí era temerario hablar incluso de un individuo con el más leve atisbo de certidumbre. Pues sí, no conocían límites.

Como si las personas del mundo exterior no bastaran, dentro de mí albergaba un ejemplar propio, una especie de vigilante de quien debo ocultar mi falta de convicción. Por ejemplo, si me ponía a leer algo, una diatriba en este o aquel libro, y me exaltaba advertir que estaba de acuerdo, al final descubría que había errado en mi interpretación de lo que el autor decía; que, de hecho, había entendido todo como el culo y me veía obligado a dar un salto mortal, veloz como el rayo, y a decirme a mí mismo, quiero decir a mi otro yo, a ese severo sargento interior, que lo que se decía era verdad, que realmente nunca había pensado lo contrario y que, aunque así fuera, ponía de manifiesto una apertura de miras que me permitía saltar de una opinión a otra sin enterarme siquiera. Después me enjugaba el sudor de la frente, carraspeaba, erguía los hombros y seguía adelante con elegancia y reprimido desaliento. ¿Por qué hablo en pretérito? ¿Acaso algo ha cambiado? El vigilante que hay dentro no ha hecho más que avanzar y hacerse cargo de todo mientras el desconcertado forastero se amilana en el interior.

Me pregunto si el tribunal es capaz de comprender lo que esta confesión supone para mí.

Me dediqué al estudio de la ciencia con el propósito de encontrar certidumbres. No, no es verdad. Sería más correcto decir que me dediqué a la ciencia con el propósito de volver más soportable la ausencia de certidumbres. Pensé que había encontrado el modo de erigir una sólida estructura sobre las mismas arenas que, siempre y en todas partes, se movían bajo mis pies. Y era bueno, tenía dotes. Me ayudó carecer de convicciones sobre la naturaleza de la realidad, de la verdad, de la ética, de los grandes temas… por cierto, descubrí en la ciencia una visión de ese mundo imprevisible e inestable que me resultaba extrañamente conocido, pues siempre había considerado la materia como un torbellino de colisiones azarosas. Me dediqué a la estadística y a la teoría de las probabilidades. Aquí no entraré en cuestiones esotéricas. Poseía una fría capacidad nada desdeñable, ni siquiera según los impresionantes patrones que rigen esta disciplina. Mis ensayos de estudiante fueron modelos de claridad y precisión. Mis profesores, viejos desaliñados que apestaban a tabaco y a dentaduras cariadas, me adoraban porque reconocieron en mí esa vena rara e implacable, cuya carencia los había condenado a sudar la gota gorda en los claustros. Entonces los norteamericanos se fijaron en mí.

Mi amor por Norteamérica fue extraordinario. La vida en la Costa Oeste, bañada por el sol y con sus tonos pastel, me estropeó para siempre. Perdura en mis sueños, todo permanece inalterado: las colinas ocres, la bahía, el enorme puente rojo, delicado y envuelto en bruma. Me sentía como si hubiera ascendido hasta una altiplanicie de fábula, hasta una especie de Arcadia. Cuánta riqueza, cuánta soltura, cuánta inocencia. De todos mis recuerdos escojo uno al azar: un día de primavera en la cafetería de la universidad. Es la hora del almuerzo. Afuera, en la plaza, junto a la fuente, las maravillosas muchachas se entretienen bajo el sol. Esa mañana asistimos a la conferencia de un sabio visitante, un gran maestro de lo arcano, que ahora está sentado a nuestra mesa, bebe café en un vaso de papel y parte pistachos con los dientes. Es un hombre larguirucho con un delirante plumero de pelo rizado que empieza a encanecer. Tiene una mirada socarrona con una chispa de malicia, que pasea infatigablemente de un lado a otro como si

buscara algo risible. Lo cierto es, amigos —dice—, que todo es azar, puro azar. De pronto su sonrisa es la de un tiburón y me guiña el ojo porque también soy extranjero. Los profesores sentados alrededor de la mesa asienten con la cabeza pero no dicen nada; son hombres corpulentos, bronceados y serios, con camisa de manga corta y zapatos de suelas anchas. Uno se rasca el mentón y otro consulta con desgana un reloj de pulsera que es un trasto. Un joven de pantalones cortos y pecho descubierto pasa junto a la cafetería tocando la flauta. Las chicas se incorporan lentamente de dos en dos y se alejan despacio, pisando la hierba, con los brazos cruzados y los libros apretados contra el pecho como petos. Dios mío, ¿es posible que haya estado allí de verdad? Ahora, en este sitio, parece más un sueño que un recuerdo: la música, las morigeradas ménades y nosotros en aquella mesa, figuras desvaídas y quietas, los sabios que presidíamos al otro lado del cristal que reflejaba el follaje.

Quedaron cautivados por mí, por mi acento, mis corbatas de lazo, mi encanto del viejo mundo ligeramente siniestro. Tenía veinticuatro años y entre ellos me sentía maduro. Se lanzaron sobre mí con solemne fervor, como empeñados en cierto afán de mejora personal. Por aquel entonces estaba en pleno apogeo una de sus guerritas en el extranjero y daba la sensación de que, salvo yo, todos protestaban. No quise saber nada de sus marchas, sus sentadas, de los ecos ensordecedores que para ellos cumplían la función de debates. Pero ni siquiera mis concepciones políticas —o su inexistencia— sirvieron de freno y las hijas de las flores de todas formas y colores cayeron en mi cama con pétalos temblorosos. Son muy pocas las que recuerdo con precisión; cuando pienso en ellas veo una especie de híbrido con las manos de esta, los ojos de aquella y los sollozos de otra. De esa época, de esas noches, solo persiste un débil sabor agridulce y un deje, el más ínfimo resplandor, de aquel estado de liviandad flotante, de… ¿cómo decirlo?, de bienaventuranza balánica y ataráxica —sí, sí, he conseguido un diccionario— en el que me dejaban, con los músculos doloridos por sus intensas atenciones y mi carne bañada por el bálsamo de su sudor.

Fue en Norteamérica donde conocí a Daphne. Una tarde estaba de pie en el porche de la casa de un profesor que daba una fiesta, ginebra triple en la mano, cuando oí en el jardín la voz del terruño: suave y clara, como el sonido del agua que cae sobre el cristal, y con ese toque aletargado que es la nota inequívoca de nuestra tribu. Miré y ahí estaba, con un vestido floreado y zapatos pasados de moda, peinada con el estilo muñeco negro de trapo de la época, frunciendo el ceño por encima del hombro de un individuo de llamativa chaqueta que respondía con gestos frívolos a algo que le había preguntado, mientras Daphne asentía con toda seriedad, sin escuchar ni una sola palabra de la perorata de aquel individuo. Apenas la vi, le volví la espalda, no sé exactamente por qué. Estaba de mal humor y medio trompa. Creo que aquel instante se convirtió en la metáfora de nuestra vida en común. Pasaría los quince años siguientes volviéndole la espalda de una manera u otra hasta la mañana en que me apoyé en la barandilla del vapor de la isla, respiré el aire enfangado del puerto y saludé sin entusiasmo a Daphne y al niño, que me parecieron minúsculos en el muelle. Aquel día fue Daphne la que me volvió la espalda, con lo que ahora considero una premeditada e infinitamente dolorosa determinación.

Sentía tanta insensatez como temor. Me sentía ridículo. El aprieto en que me había metido era irreal: un sueño disparatado que un gordinflón incompetente puede convertir en una película de ínfima categoría. Durante prolongados períodos lo descartaba de la misma manera que uno ahuyenta un sueño, por muy espantoso que sea, pero esa cosa horrible y con tentáculos volvía sigilosamente y en mí afloraba una ardiente bocanada de terror y vergüenza. Puntualicemos:

vergüenza por mi estupidez, por la desenfrenada ausencia de presciencia que me había metido en semejante berenjenal.

Como con Randolph había tenido la sensación de entrar en el mundo de una película de pacotilla, supuse que sería interpretada por un cómico reparto de rufianes, sujetos malcarados con dos dedos de frente y bigotito que formarían un círculo a mi alrededor con las manos en los bolsillos y horribles sonrisas, al tiempo que mascaban palillos. En cambio, asistí al encuentro de un público formado por un hidalgo de cabellos plateados y traje blanco, que me prodigó un firme y persistente apretón de manos y que dijo apellidarse Aguirre. Su actitud fue cortés y algo tristona. No encajaba en el entorno. Yo había subido una estrecha escalera hasta un cuarto sucio y de techo bajo, situado encima de un bar. Había una mesa cubierta con hule y un par de sillas de mimbre. En el suelo, bajo la mesa, estaba sentado un crío mugriento que mordisqueaba una cuchara de madera. En un rincón reposaba un televisor enorme, en cuya pantalla apagada y fatídica me vi reflejado, desmesuradamente alto y delgado, curvado como un arco. El olor a fritura impregnaba el cuarto. El señor Aguirre estudió el asiento de una de las sillas con una ligera mueca de desagrado y se sentó. Sirvió vino para los dos y alzó la copa en amistoso brindis. Dijo que era hombre de negocios, un simple hombre de negocios y no un gran profesor —me sonrió e hizo una amable inclinación—, pero que de todos modos sabía que existían ciertas reglas, ciertos imperativos morales. En concreto él pensaba en uno: ¿me creía capaz de adivinar en cuál? Meneé la cabeza sin decir palabra. Me sentía como un ratón perseguido por un gato viejo, lustroso y aburrido. La tristeza del señor Aguirre se ahondó. Los préstamos, dijo con tono sereno, los préstamos tienen que devolverse. Al fin y al cabo, se trata de la ley por la que se rige el comercio. Abrigaba la esperanza de que yo comprendiera su posición. Reinó el silencio. Fui presa de una especie de horrorizado asombro: ese era el mundo real, el mundo del miedo, el dolor y el castigo merecidos, un lugar serio en vez del soleado campo de juegos en el que yo había malgastado a puñados el dinero de otro. Por fin respondí, con una voz que no parecía mía, que tendría que volver a mi país, donde había personas que me ayudarían, amigos y parientes que me prestarían dinero. El señor Aguirre meditó y preguntó si me iría solo. En un primer momento no comprendí a qué apuntaba. Desvié la mirada y dije lentamente que sí, sí, era probable que mi esposa y mi hijo permanecieran allí. A medida que lo decía creí oír una horrorosa risa aguda, el selvático e irrisorio grito de la burla por detrás de mi hombro. El señor Aguirre sonrió y, con gran cuidado, volvió a servir otro sorbo de vino. El crío, que se había dedicado a jugar con los cordones de mis zapatos, se puso a aullar. Me puse nervioso, pues no había sido mi intención patear a la pobre criatura. El señor Aguirre frunció el ceño y gritó algo por encima del hombro. A su espalda se abrió una puerta y una mujer joven, descomunal y de aspecto colérico, asomó la cabeza y gruñó. Llevaba un vestido negro, sin mangas y con el dobladillo mal nivelado, y una brillante peluca negra alta como una colmena, con pestañas postizas haciendo juego. Se contoneó, se agachó con esfuerzo, cogió en brazos al crío y le plantó un bofetón. El niño estuvo a punto de echarse a llorar, sorprendido, pero se tragó un berreante sollozo y me miró solemnemente. La mujer también me observó furibunda, recogió la cuchara de madera y la arrojó con estrépito sobre la mesa, delante de mí. Se encajó al crío sobre una enorme cadera y abandonó el cuarto dando un portazo. El señor Aguirre se encogió de hombros, como disculpándose. Volvió a sonreír y guiñó el ojo. ¿Qué opinión tenía yo de las isleñas? Titubeé. Venga ya, vamos, añadió con tono ligero, sin duda tenía opinión formada sobre asunto tan importante. Repliqué que eran hermosas, muy hermosas, en su especie las más hermosas que conocía. Asintió satisfecho porque era lo que esperaba. No, dijo, no, son demasiado morenas, demasiado oscuras

de la cabeza a los pies, incluso en las zonas que nunca están expuestas al sol. Se inclinó con su sonrisa torcida y plateada y me dio un golpecillo en la muñeca. Las mujeres del norte, ay, esas pálidas mujeres del norte… ¡Una piel tan blanca! ¡Tan delicadas! ¡Tan frágiles! Por ejemplo, su esposa, dijo. Volvió a imperar un intenso silencio. Apenas oí los broncos compases de la radio que sonaba en el bar de abajo. Los pasodobles de la corrida. Mi silla crujió, como lanzando una sorda advertencia. El señor Aguirre cruzó sus manos dignas del Greco y me miró por encima de las puntas de las yemas de sus dedos. Su esposa, dijo exhalando la palabra, su bella esposa, ¿regresará pronto a su lado? En realidad, no era una pregunta. ¿Qué podía responder, qué podía hacer? En realidad, estas tampoco son preguntas.

Di a Daphne las mínimas explicaciones. Pareció comprender. No puso reparos. Eso ha sido en todo momento lo positivo en Daphne: no pone reparos.

El viaje fue largo. El vapor atracó en el puerto de Valencia al anochecer. Detesto España, es un país brutal y aburrido. La ciudad olía a sexo y a cloro. Abordé el tren nocturno y me apiñé en un compartimiento de tercera con media docena de campesinos apestosos que vestían ropas ordinarias. No pude conciliar el sueño. Tenía calor y me dolía la cabeza. Noté los esfuerzos de la locomotora que traqueteaba por la prolongada ladera rumbo a la meseta, mientras las ruedas repiqueteaban una y otra vez su frase machacona. En Madrid rompía el alba de un azul descolorido. Me detuve en la estación, contemplé una bandada de pájaros que revoloteó y cayó en picado desde una altura impresionante y, por muy extraño que parezca, me recorrió una ráfaga de euforia —o de algo parecido a la euforia— que me hizo temblar y me llenó los ojos de lágrimas. Supongo que se debía a la falta de sueño y a los efectos del aire límpido y vigorizante de la altura. Me pregunto por qué recuerdo con tanta claridad el momento en que me detuve, el color del cielo, los pájaros, el escalofrío de febril optimismo. Dirán que me encontraba en un momento crucial, que justo en ese punto se bifurcaba mi porvenir y que, sin darme cuenta, tomé el camino errado… Eso es lo que me dirán, ¿no?, lo que me dirán ustedes, que en todo caso necesitan encontrar significado, que codician el significado con las palmas de las manos pegajosas y los rostros encendidos. Cálmate, Frederick, cálmate. Señoría, perdone este arrebato. Lo que ocurre es que no creo que semejantes momentos tengan significado… y si a eso vamos, ningún momento lo tiene. Al parecer tienen importancia. Es posible que hasta posean algún valor, pero carecen de significado.

Ya está bien, he explicado mi fe.

¿Dónde estaba? Ah, en Madrid. A punto de abandonar Madrid. Tomé otro tren rumbo al norte. Paramos en todas las estaciones, pensé que jamás abandonaría ese espantoso país. En cierto momento estuvimos detenidos una hora en el corazón de la nada. Esperé en el palpitante silencio y miré aburrido por la ventanilla. Más allá de las sucias vías del tren del norte se extendía un inmenso y elevado campo amarillo y en lontananza una cadena de montañas azules que al principio confundí con nubes. Brilló el sol. Un cansado cuervo aleteó. Alguien tosió. Me pareció extraño estar allí, quiero decir precisamente allí y no en otra parte. No es que el hecho de estar en otra parte me hubiese resultado menos extraño. Quiero decir…, bueno, ya no sé lo que quiero decir. La atmósfera del compartimiento estaba viciada. Los asientos despedían un olor polvoriento y añejo. Un hombre menudo, moreno e ignorante me clavó los ojos y no desvió la mirada. En aquel instante comprendí que estaba a punto de hacer alguna perversidad, algo realmente horroroso, algo para lo que no habría perdón. No fue una premonición, palabra que me

parece demasiado vaga. Lo supe. No puedo explicar cómo, pero lo supe. Me escandalicé de mí mismo, se me aceleró la respiración, me latieron las mejillas como si sintiera vergüenza, pero además de sorpresa experimenté una especie de bufonesco regocijo que trepó por mi garganta y me produjo sensación de ahogo. El campesino seguía sin quitarme los ojos de encima. Estaba ladeado, con las manos tranquilamente posadas en las rodillas y cabizbajo, absorto y distante a la vez. Estas gentes miran así, tienen tan poca conciencia de sí mismas que imaginan que los demás no se enteran de sus actos. Da la impresión de que miran desde otro mundo.

Yo, por supuesto, sabía muy bien que me estaba escapando.

Suponía que al llegar llovería y, a decir verdad, en Holyhead caía una llovizna fina y cálida, pero cuando salimos al canal el sol afloró de nuevo. Era por la tarde. El mar estaba en calma, semejaba un menisco oleoso y tenso, de color malva y extrañamente alto y curvo. Desde el salón delantero en que me encontraba, la proa parecía elevarse cada vez más, como si el barco entero se esforzase por emprender el vuelo. Ante nosotros el cielo era un manchón carmesí sobre el más claro de los azules claros y el verde plateado. Giré la cara hacia la apacible luz marina, como si estuviera en trance, expectante, sonriente cual un orate. Admito que no estaba del todo sobrio, que ya había probado mi provisión de alcohol libre de impuestos y que la piel de mis sienes y la de alrededor de los ojos se tensaba de manera alarmante. Empero, no era solo el alcohol lo que me hacía sentir feliz, sino la ternura de las cosas, la sencilla bondad del mundo. Por ejemplo, qué pródiga era aquella puesta de sol, las nubes, la luz en el mar, la distancia desgarradora y verdigrís, todo estaba dispuesto para consolar a un viajero perdido y atormentado. Debo reconocer que jamás me he acostumbrado a estar en esta tierra. A veces pienso que nuestra presencia aquí responde a una pifia cósmica, que estábamos destinados a otro planeta, con otras disposiciones, otras leyes y otros cielos más torvos. Intento imaginar el sitio que nos corresponde, situado en un rincón remoto de la galaxia que gira y gira. Y los que estaban destinados a estar aquí, ¿se encuentran allá fuera, desconcertados y nostálgicos como nosotros? No, seguro que se han extinguido hace mucho tiempo. Es imposible que esos delicados terrícolas sobrevivieran en un mundo creado para albergarnos *a nosotros.*

Lo que primero me sorprendió fueron las voces. Pensé que falseaban el acento tanto que parecía una caricatura. Un par de estibadores de severa expresión con los cigarrillos colgando de la boca y un aduanero de gorra: mis compatriotas. Atravesé un inmenso cobertizo de hierro ondulado y salí al dorado cansino de la tarde estival. Pasaron un autobús y un obrero montado en bici. La torre del reloj, cuyo podrido mecanismo aún marcaba una hora equivocada. Era todo tan conmovedor que me sorprendí. De pequeño me gustaba estar por allí, me agradaban el espigón, el paseo, el quiosco de música pintado de verde. Siempre perduraba una dulce sensación de melancolía, de ligero pesar, como si una música extraña y animada, la última de la temporada, acabara de difuminarse en el aire. Mi padre siempre llamó Kingstown a este sitio: no tenía tiempo para el chapurreo local. Solía traerme los domingos por la tarde y ocasionalmente los días laborables cuando yo tenía vacaciones escolares. Era un largo viaje desde Coolgrange. Aparcaba en la calle, encima del espigón, me daba un chelín y se largaba, dejando que me las arreglara solo. Me veo a mí mismo, príncipe de las ranas, entronizado en el alto asiento trasero del Morris Oxford mientras devoro un cucurucho de helado, lamo en redondo el pomo decreciente de materia pegajosa, con aplicación científica, y observo con atención a los viandantes, que

palidecían al ver mi tétrica mirada y mi lengua saltarina y cremosa. La brisa marina era un muro de aire suave y salobre junto a la ventanilla abierta del coche, con restos del humo del buque correo atracado a mis pies. Las banderas que ondeaban en el tejado del club náutico temblaban y chasqueaban y el bosquecillo de palos del puerto cabeceaba y tintineaba como una orquesta oriental.

Mi madre no nos acompañaba en esas excursiones. Ahora sé que solo eran la excusa para que mi padre visitase a la fulana que tenía por allí. No recuerdo que actuase furtivamente, al menos no más que de costumbre. Era un hombre menudo y pulcro, de cejas rubias, ojos claros y un bigote delgado y también rubio, un poco indecente, como un fragmento de pelaje corporal suave y velloso que, sin quererlo, le había llegado hasta el rostro desde una zona recóndita de su persona. Daba un aire sorprendentemente vívido a su boca, como si fuese una cosa voraz, violenta y roja que enseñaba los dientes y gruñía. Siempre estaba más o menos enfadado, rebosante de resentimiento e indignación. De todas maneras, creo que, más allá de las bravatas, era cobarde. Se sentía desdichado. Estaba convencido de que el mundo lo había maltratado. Como recompensa se mimaba y se hacía regalos. Calzaba zapatos hechos a mano y lucía corbatas de Charvet, bebía buen clarete y fumaba cigarrillos importados en latas herméticas procedentes de una tienda de Burlington Arcade. Todavía tengo, o tenía, su bastón de ratán. Estaba muy orgulloso de aquel bastón. Gustaba de mostrarme cómo lo habían hecho, con cuatro u ocho piezas de junco de Indias preparadas y encajadas por un maestro artesano. Yo apenas aguantaba la compostura ante la irrisoria sinceridad de mi padre. Cometió el error de suponer que sus pertenencias eran la medida de su valía y se pavoneaba y cacareaba, exhibiendo sus posesiones como el escolar muestra un tirachinas magistral. Siempre tuvo, sin duda, algo de niño eterno, algo informe y pubescente. Cuando nos pienso juntos, lo veo inenarrablemente joven y a mí como un adulto hastiado y amargado. Supongo que mi padre me tenía cierto miedo. A los doce o trece años ya era tan grande como él, o al menos tan pesado, ya que, aunque en el colorido rubio había salido a él, en las formas me parecía a mi madre, y a esa edad ya era propenso a la flacidez. (Pues sí, su señoría, tiene ante usted a un hombre medio en cuyo interior hay un gordito que hace esfuerzos por no salir. Una sola vez dejó escapar al Bunter[2] que llevaba dentro, y ya ve lo que pasó.)

No quiero dar la sensación de que sentía antipatía por mi padre. Aunque no conversábamos mucho, éramos muy sociables en el sentido en que lo son padres e hijos. Si él me temía un poco, yo era lo bastante sensato para cuidarme de él, relación que se confunde fácilmente —y en ocasiones hasta nosotros nos confundimos— con la mutua estima. Mostrábamos un gran disgusto por el mundo en general; eso era todo lo que teníamos en común. Creo que he heredado su risa, esa suave sorna nasal que era su único comentario ante los grandes acontecimientos de su época. Cismas, guerras, catástrofes, todo le importó un bledo… El mundo, el único mundo que valía la pena, tocó a su fin cuando el último virrey partió de estas costas; después no hubo más que una riña entre campesinos. Procuró de verdad creer en esa fantasía de un lugar extenso y apacible que nos fue arrebatado a nosotros y a los nuestros… Los nuestros eran, como le gustaba decir, los católicos acérrimos, sí, señor, los católicos acérrimos, ¡y vaya si estaba orgulloso! Creo que era más por desengaño que por orgullo. Creo que en su fuero íntimo se avergonzaba de no ser protestante: habría tenido que dar muchas menos explicaciones, justificarse mucho menos. Se consideraba una figura trágica, un caballero de la vieja escuela desplazado en el tiempo. Me lo imagino aquellos domingos por la tarde con su amante, supongo que una joven pechugona con el pelo imprudentemente rizado y escote generoso, ante la cual se hinca, sosteniéndose tembloroso

sobre una rodilla, y la mira embelesado a la cara, contorsionando el bigote y con la roja y húmeda boca abierta a modo de súplica. Caramba, no debería burlarme de mi padre. De verdad, de verdad que no tenía mala opinión de él…, exceptuando, claro está, que en el fondo deseaba matarlo para casarme con mi madre, idea novedosa e irresistible que mi abogado preconiza a menudo al tiempo que me dedica una mirada cómplice.

Me estoy apartando del tema.

La fascinación que experimenté en Kingstown, quiero decir en Dun Laoghaire, no perduró al entrar en la ciudad. El asiento de la primera fila del primer piso del autobús —¡mi viejo asiento, el preferido!— me permitió ver escenarios que apenas reconocí. En los diez años transcurridos desde mi partida, algo aconteció en la ciudad, algo le pasó. Habían desaparecido calles enteras, derribaron las casas y las reemplazaron por aterradores bloques de acero y cristal negro. La vieja plaza en la que Daphne y yo vivimos una temporada había sido arrasada y convertida en un inmenso y ceniciento aparcamiento. Vi una iglesia en venta… ¡Una iglesia en venta! Hasta el aire parecía deteriorado. Pese a lo tardío de la hora, perduraba un tenue resplandor solar, espeso y cargado de polvo, como la neblina después de una explosión o de una gran conflagración. Las personas que andaban por las calles mostraban el gesto sorprendido de los supervivientes, más que caminar parecían hacer eses. Me apeé del autobús y me abrí paso entre los transeúntes con la mirada baja, temeroso de ver horrores. A mi lado corrían golfillos descalzos que mendigaban peniques. Por todas partes vi borrachos tambaleándose y lanzando maldiciones, perdidos en un embotamiento nada placentero. Una sorprendente pareja surgió de un sótano palpitante: un joven amenazador, con la cara picada de viruela y una cresta de pelo naranja, y una chica de rostro desolado, con botas de gladiador y la ropa rasgada y negra de hollín. Estaban envueltos en cuerdas, cadenas y algo parecido a cananas, y lucían tachuelas de oro en las aletas de la nariz. Jamás había visto seres semejantes, me parecieron miembros de una secta fantástica. Puse pies en polvorosa y me zambullí en el pub de Wally. *Zambullirse* es la palabra adecuada.

Suponía que estaría cambiado, como todo lo demás. Le tenía apego al pub de Wally. De estudiante iba a beber a ese local y también más tarde, cuando empecé a trabajar para el Gobierno. Poseía un toque de sordidez que me resultaba entrañable. Sé que se ha hablado mucho de que lo frecuentaban homosexuales, pero confío en que la sala descarte las consecuencias que tácitamente se han extraído de ese hecho, sobre todo por parte de la prensa sensacionalista. No soy de la acera de enfrente. No tengo nada contra los maricones, aunque los desprecio, por supuesto, y me repugna la idea de lo que hacen, sea lo que fuere. Su presencia daba una atmósfera de ruidosa jarana al bar de Wally e incorporaba un leve matiz de peligro. Me agradaba el estremecimiento de incomodidad y de jubiloso miedo que subía por mi columna como una gota de mercurio cuando un grupo de maricones súbitamente cacareaban de risa como loros o se emborrachaban, gritaban insultos y rompían cosas. Aquella noche en la que entré deprisa en el pub buscando refugio de la ciudad arrasada, lo primero que vi fue media docena de mariposones en la mesa contigua a la puerta, juntas las cabezas, susurrando, riendo y sobándose felices y contentos. Wally en persona estaba detrás de la barra. Aunque había engordado, algo que me parecía imposible, en diez años no había cambiado un ápice. Lo saludé efusivamente. Sospecho que se acordaba de mí aunque, desde luego, no lo reconoció: Wally estaba orgulloso de sus modales desabridos. Pedí un gin-tonic enorme, digno de Gargantúa, y Wally suspiró a regañadientes y abandonó el taburete en el que estaba apoyado. Se movió con suma lentitud, como si vadeara un río, ondulando como una medusa en medio de sus grasas. Yo ya me sentía mejor. Le comenté que había visto una iglesia en venta. Se encogió de hombros sin sorprenderse

y dijo que ahora esas cosas eran corrientes. Mientras me servía, la piña de mariposones congregados junto a la puerta se apartó súbitamente con una estrepitosa explosión de risotadas y Wally los miró con el ceño fruncido, apretando su boquita de tal modo que casi desapareció entre los pliegues de su gruesa papada. Presumía de desdeñar a la clientela, pese a que circulaba el rumor de que tenía un grupo de jovencitos a los que gobernaba con suma severidad, celoso y terrible como una reina de Beardsley.

Bebí mi gin-tonic. La ginebra tiene algo, acaso ese sabor a bosque silvestre y profundo, que me hace pensar en el crepúsculo, las brumas y las doncellas muertas. Aquella noche retintineó en mi paladar cual risa íntima. Miré a mi alrededor. No, el pub de Wally no había cambiado, en absoluto. Era mi bar: la penumbra murmurante, los espejos, las botellas alineadas detrás de la barra, cada una con su abalorio de luz rubí. Sí, claro que sí, el laboratorio de la bruja con una reina gorda y horrible y un sonriente grupo de seres sobrenaturales. Por favor, si hasta había un ogro: Gilles el Terrible, *c'est moi.* Me sentí feliz. Reconozco que disfruto con las inconveniencias y lo poco respetable. En tugurios como este cae de mis hombros el peso de la cuna y de la educación y siento, siento… No sé lo que siento. No lo sé. El tiempo verbal está equivocado. Me volví hacia Wally, le mostré mi vaso y con una especie de euforia embotada vi cómo me preparaba otro filtro en un pequeño cáliz de plata. La ráfaga azul cuando incorporó el hielo… ¿En qué estoy pensando? En unos ojos azules. Sí, por supuesto.

He hablado de doncellas muertas, ¿no? ¡Santo cielo!

Seguí en el pub de Wally, bebí, hablé con él de lo divino y de lo humano —su parte en el diálogo se limitó a encogimientos de hombros, gruñidos sordos y esa extraña sonrisilla perversa — y poco a poco se apaciguó el murmullo que los viajes provocan en mi mente. Tenía la sensación de que, en lugar de viajar en barco y en tren, había sido lanzado desde el aire y había aterrizado por fin en aquel sitio, debilitado, dichoso y placentera, casi voluptuosamente vulnerable. Los diez años consagrados a vagabundeos desasosegados se convirtieron en una nadería, en una travesía onírica e insustancial. Qué remotas me parecieron las islas en medio de un mar azul, los mediodías ardientes, Randolph y el señor Aguirre, incluso mi esposa y mi hijo, qué remotos. En ese instante apareció Charlie French y lo saludé como si nos hubiéramos visto ayer.

Sé que Charlie insiste en que no me vio en el pub de Wally y en que ni siquiera se acercó al local, pero lo único que estoy dispuesto a reconocer es que no fuera aquella noche concreta cuando lo vi allí. Recuerdo el momento con absoluta claridad: el cuchicheo de los maricas, a Wally limpiando un vaso con un giro de muñeca experto e inefablemente desdeñoso, yo sentado en la barra con un vaso lleno de ginebra y la vieja maleta de piel de cerdo a mis pies, y a Charlie deteniéndose con su traje de rayas y sus gastados zapatos, un hombre olvidadizo que sonrió sobresaltado y me observó con cierta sorpresa. De todos modos, es posible que mi memoria haya combinado dos encuentros distintos. Es posible. ¿Qué más puedo decir? Charles, espero que esta concesión apacigüe, aunque solo sea ligeramente, tu sensación de haberte visto afectado.

Todos me consideran despiadado, pero no lo soy. Siento una gran simpatía por Charlie French. No hay duda de que le he causado una gran congoja. Lo humillé ante todo el mundo. Debió de ser muy doloroso para un hombre como Charlie. Se portó muy bien. A decir verdad, se portó maravillosamente bien. En aquella última ocasión espantosa y a la vez cómica en la que me llevaron esposado, no me miró con gesto acusador, sino con una especie de pena. Estuvo a punto de sonreír. Y se lo agradezco. Aunque ahora es para mí una fuente de culpa y malestar, antaño fue mi amigo y…

Fue mi amigo. La frase es muy simple pero profundamente conmovedora. Creo que hasta ahora no la había utilizado. Al escribirla me alteré tanto que tuve que hacer una pausa. Algo se me atragantó como si estuviera a punto de…, pues sí, de llorar. ¿Qué me pasa? ¿A esto se refieren cuando hablan de rehabilitación? Es posible que, después de todo, salga de aquí convertido en un individuo reformado.

En un primer momento el pobre Charlie no me reconoció y noté que se sentía claramente incómodo al ver que una persona que a él le parecía desconocida le hablaba con tono familiar en el pub. Me divertí, fue como estar disfrazado. Le ofrecí una copa, que rechazó con rebuscada amabilidad. Había envejecido. Tenía poco más de sesenta años, pero parecía mayor. Estaba cargado de espaldas, lucía una barriga en forma de huevo y en las mejillas cenicientas parecía tener incrustada una filigrana de venillas rotas. Irradiaba una sensación de…, ¿cómo expresarlo?, de equilibrio, una sensación novedosa en él. Parecía que por fin ocupaba el espacio que le había sido asignado. En la época en que lo conocí era un modesto comerciante de cuadros y antigüedades. Ahora tenía prestancia, casi casi un aire de pleno poder que se acentuaba aún más entre los llamativos adornos del pub de Wally. Es verdad que en su mirada persistía aquella expresión familiar, a la vez pícara y tímida, pero tuve que hacer esfuerzos para percibirla. Se alejó centímetro a centímetro, sin dejar de sonreír incómodo, pero finalmente debió de captar algo en mi mirada y me reconoció. Aliviado, soltó una velada carcajada y echó un vistazo a su alrededor. Yo recordaba ese tipo de vistazo, como si acabara de descubrir que llevaba la bragueta abierta y quisiera comprobar si alguien lo había notado. ¡Freddie!, exclamó. ¡Qué sorpresa! Encendió un cigarrillo con mano temblorosa y exhaló una gran voluta de humo hacia el techo. En el ínterin traté de recordar cuándo lo había conocido. Solía venir a Coolgrange en vida de mi padre y dar vueltas por casa con mirada furtiva y como pidiendo disculpas. Charlie y mis padres habían compartido la juventud; cuando bebían, recordaban los bailes posteriores a las cacerías en los años anteriores a la guerra, su paso por Dublín cuando las ferias y todo lo demás. Yo escuchaba las anécdotas con ilimitado desdén y fruncía mis labios de canalla adolescente. Parecían actores que machacaran una vieja y trillada comedia, proyectándose en exceso, sobre todo mi madre con sus uñas carmesíes, su permanente con reflejos metálicos y su voz cascada por la ginebra y el tabaco. He de ser justo con Charles: creo que en realidad no se apuntaba a esa fantasía de los queridos y fenecidos tiempos. No podía ignorar el leve toque de histeria que hacía vibrar el cuello con bocio de mi madre, ni la forma en que mi padre la miraba ocasionalmente, haciendo equilibrio en el borde de la silla, tenso como un lebrel, con los ojos saltones, pálido y con expresión de incrédulo desdén. Cuando a los dos les daba por ahí, todo lo olvidaban: su hijo, su amigo, absolutamente todo; se encerraban en una especie de trance macabro. Eso suponía que, con frecuencia, Charlie y yo nos hacíamos mutua compañía. Me trataba con reparos, como si yo fuese algo que en cualquier momento podía estallarle en pleno rostro. En aquellos tiempos yo era muy irascible y rebosaba impaciencia y desprecio. Debíamos de hacer una pareja particular, pero a nivel profundo nos entendíamos. Tal vez yo le parecía el hijo que nunca tendría, tal vez él me parecía el padre que nunca había tenido. (Esta es otra de las ideas que preconiza mi abogado. No sé qué opina de ellas, Maolseachlainn.) ¿Por dónde iba? Ah, sí, hablaba de Charlie. Un día me llevó al hipódromo. Iba equipado con traje de *tweed*, zapatos gruesos y sombrero flexible que le caía con cierto aire de chulería sobre un ojo. Incluso gastaba prismáticos, aunque no me pareció capaz de enfocar con precisión. Daba la talla, si exceptuamos algo reprimido en su actitud, que transmitía la idea de que estaba a punto de echarse a reír desaforadamente de sí mismo y de sus pretensiones. Yo tenía quince o dieciséis años. Cuando llegamos al tenderete de bebidas se

volvió muy amable hacia mí y me preguntó si prefería irlandés o escocés… y por la noche me devolvió a mis padres estentórea y truculentamente borracho. Mi padre se puso furioso y mi madre rio. Charlie mantuvo un imperturbable silencio, fingió que estábamos en el mejor de los mundos y me pasó con disimulo un billete de cinco libras cuando a trompicones me fui a la cama.

Ay, Charlie, lo siento, de verdad que lo siento.

Como si ahora también recordara aquella ocasión, Charlie insistió en invitarme a una copa y apretó los labios desaprobador cuando pedí ginebra. Lo suyo era el whisky. Formaba parte de su disfraz, como el traje de rayas, los zapatos gastados y hechos a mano y ese maravilloso y alado casco de cabellos ahora plateados que, como gustaba de decir mi madre, lo habían destinado a la grandeza. De todos modos, siempre se las ingenió para eludir su destino. Le pregunté a qué se dedicaba en el presente. Bueno, dijo, dirijo una galería. Miró a su alrededor con sonrisa distraída e inquisitiva, como si semejante idea lo hubiera sorprendido. Asentí. De modo que eso era lo que lo había animado, lo que le había proporcionado un aire de autosuficiencia. Lo imaginé en un cuarto polvoriento de un lugar apartado, con unos pocos y oscuros cuadros colgados de la pared y por secretaria una solterona envarada que le ponía pegas por los gastos de té y que todas las navidades le obsequiaba una corbata envuelta en papel de seda. Pobre Charlie, al final se había visto obligado a tomarse en serio a sí mismo, a atender un negocio y a que los pintores lo persiguieran para cobrar. Pago yo, dije, saqué un billete de mi billetero cada vez más exiguo y lo puse sobre la barra.

A fuer de sincero, debo decir que pensaba pedirle un préstamo. Me lo impidió… Está bien, sé que la sala se reirá, pero lo cierto es que tuve la impresión de que sería de mal gusto. No es que en estas cuestiones sea remilgado, en mis tiempos he recurrido a personajes más patéticos que Charlie para pedirles un préstamo, pero en las circunstancias mismas hubo algo que me contuvo. Ciertamente parecíamos padre e hijo —no *mi* padre, por descontado, ni ciertamente *este* hijo— que se encuentran por casualidad en el prostíbulo. Forzados, apenados, confusos y avergonzados, vociferamos y faroleamos, chocamos nuestros vasos y brindamos por los buenos y viejos tiempos. Pero de nada sirvió, poco después titubeamos y guardamos un melancólico silencio. De repente Charlie me miró con algo muy parecido a una punzada de dolor y preguntó con tono bajo y apasionado: Freddie, ¿qué has hecho de ti mismo? Inmediatamente avergonzado, se alejó de mí presa del pánico, sonrió desesperado y expulsó una protectora bocanada de humo. Primero me enfurecí y luego me deprimí. En realidad, no estaba de humor para ese tipo de conversación. Miré el reloj situado detrás de la barra y, malinterpretando adrede sus palabras, dije que sí, que era cierto, que había sido una larga jornada, que me estaba pasando, y vacié mi vaso, le estreché la mano, recogí la maleta y me largué.

Aquí estaba, desde otra perspectiva, la misma pregunta: ¿por qué, Freddie, por qué vives así? La analicé la mañana siguiente, mientras iba a Coolgrange. El día sintonizaba conmigo: gris, mortecino y pesado. El coche de línea traqueteaba afanosamente por las estrechas carreteras comarcales, bregaba y se revolcaba con un zumbido sordo y un rugido que semejaban el sonido de mi propia sangre en el cerebro. A mi espalda se extendían las infinitas posibilidades del pasado, una dispersión de naufragios. ¿Había en medio de todo un fragmento específico —la toma de una decisión, la elección de un camino, el seguimiento de una señal— que me demostrase cómo había llegado al estado actual? Pues no, claro que no. Mi travesía, como la de

cada quisque, incluso la suya, su señoría, no fue cuestión de señales ni de marcha decidida, sino un ir a la deriva, una especie de moroso descenso, con los hombros encorvados bajo la acumulación gradual de todo lo que no hice. Y, sin embargo, soy capaz de ver que para alguien como Charlie, observador a ras de suelo, debí de parecer un ser de fábula que escalaba las altas cumbres, que ascendía cada vez más y que por fin daba el salto desde la cima en un vuelo maravilloso y enérgico, con la cabeza envuelta en llamas. Pero no soy Euforión, ni siquiera su padre.

El problema consiste en que la pregunta es errónea. Parte del supuesto de que los actos están determinados por la voluntad, por el pensamiento deliberado, por una minuciosa evaluación de los hechos, ese contorsionado teatro de marionetas que hace las veces de conciencia. Vivía así porque vivía así: no hay otra respuesta. Cuando evoco, por mucho que me esfuerzo no percibo una diferencia clara entre una fase y otra. Es un fluir sin fisuras…, aunque *fluir* es una palabra demasiado fuerte. Se trata, más bien, de una rauda estasis, una especie de carrera sin moverse del sitio. Pero hasta eso fue muy acelerado para mí, siempre me encontré algo rezagado, trotando en la retaguardia de mi propia vida. En Dublín aún era el chaval que había crecido en Coolgrange; en Norteamérica fui el joven inexperto de los tiempos dublineses; en las islas me convertí en una suerte de yanqui. Y nada era suficiente. Todo se aproximaba, estaba en camino, a punto de ser. Anclado en el pasado, siempre miré más allá del presente hacia un futuro sin límites. Sospecho que ahora podemos decir que el futuro está aquí.

Nada de esto significa nada. Quiero decir que no significa nada importante. Es mi puro entretenimiento, meditar, perderme en un revoltijo de palabras. Porque aquí las palabras son el instrumento del lujo, de la sensualidad, es lo único que nos han permitido conservar de ese mundo rico y despilfarrador del que estamos excluidos.

Oh, Dios, oh, Cristo, sácame de aquí.

Oh, quienquiera que seas.

Debo parar, empieza a dolerme la cabeza. Los dolores se presentan con frecuencia creciente. No se preocupe, su señoría, no es necesario apelar a la porra del ujier o como sea que se llame… Solo son dolores de cabeza. No me volveré loco de sopetón, no me sujetaré las sienes ni reclamaré a gritos a mi… Hablando del demonio, aquí está Ma Jarrett en persona. Pasa, madre, sube al estrado de los testigos.

Llegué a Coolgrange a primera hora de la tarde. Me apeé en el cruce y vi que el coche de línea se alejaba parsimoniosamente, con su grueso trasero de aspecto irrisorio. El sonido del motor menguó y el vibrante silencio del estío volvió a posarse en los campos. Aunque el cielo seguía encapotado, el sol pugnaba por asomar y la luz, que había sido opaca y débil, se convirtió en un cálido resplandor gris perla. Me erguí y miré a mi alrededor. Lo conocido siempre produce estupor. Allí estaba todo: el portal roto, la calzada, el prado extenso, el robledal —¡el hogar!—, todo en su sitio, esperándome, algo más pequeño que lo que recordaba, como un modelo a escala de sí mismo. Reí. En realidad, no fue una carcajada sino, más bien, una exclamación de sorpresa y reconocimiento. Ante escenas como esta —los árboles, los campos rutilantes, la luz moderada y plácida— siempre me siento como un viajero a punto de partir. Incluso al llegar tuve la impresión de que me iba, con una larga mirada a la tierra perdida. Subí por la calzada con la gabardina sobre el hombro y la vapuleada maleta en la mano, cual un estereotipo ambulante, aunque es verdad que estaba algo entrado en años y un poco grueso para interpretar el papel de hijo pródigo. Un perro asomó entre los setos y me lanzó un gruñido gutural, mostrando los dientes. Hice un alto. Los perros no me gustan. Era un bicho blanco y negro de los que miran a la cara; avanzaba y retrocedía en semicírculo delante de mí, sin dejar de gruñir, con la panza pegada al suelo. Me cubrí las rodillas con la maleta a modo de escudo y hablé con tono tajante, como si me dirigiera a un niño revoltoso, pero mi voz sonó a quebrado falsete y durante un instante reinó la sensación de cachondeo general, como si entre los setos se ocultaran rostros que se desternillaran de risa. Después sonó un silbato, la bestia gimió y se dirigió culposamente hacia la casa. Mi madre estaba en los escalones de la entrada. Rio. De repente asomó el sol con una especie de sordo retumbo. Santo Dios, dijo, eres tú, me pareció que veía visiones.

Titubeo. No es que me falten palabras sino todo lo contrario. Hay tanto que decir que no sé por dónde empezar. Siento que retrocedo lentamente, tambaleante, esgrimiendo en mis brazos extendidos una carga inmensa, voluminosa e ingrávida. Mi madre representa tanto y, al mismo tiempo, nada. Debo andar con cautela porque piso tierras movedizas. Por supuesto, sé que diga lo que diga seré objeto de sonrisas afectadas y cómplices por parte de los aficionados a la psicología que atiborran la sala. Cuando se trata el tema de las madres, la simplicidad queda abolida. De todos modos, intentaré ser sincero y claro. Se llama Dorothy, aunque siempre le han dicho Dolly y no sé por qué, ya que de muñeca no tiene nada. Es una mujer corpulenta y dinámica, de cara ancha y pelo grueso de esposa de calderero. Al describirla de esta guisa no pretendo ser irreverente. A su manera es una mujer impresionante, majestuosa y desaliñada a la vez. La recuerdo de mi infancia como una presencia constante pero distante, escultural, con la mirada vacía, inenarrablemente bella al estilo de los antiguos romanos, como una estatua de

mármol colocada en el extremo de un jardín. Después se volvió demasiado pesada, con un gran trasero y piernas esbeltas; cuando alcancé la adolescencia y me interesé con morbosidad por esas cosas, aquel contraste me llevó a especular sobre la compleja arquitectura necesaria para salvar la brecha, bajo las faldas, entre las rodillas bien proporcionadas y la ancha cintura. Hola, mamá, dije y desvié la mirada, buscando malhumorado algo neutral en lo que fijarme. Ya estaba fastidiado. Mi madre ejerce en mí ese efecto, me basta con tenerla delante para que en el acto la irritación y el resentimiento rezumen en mi pecho. Me sorprendí. Suponía que, después de diez años, habría al menos unos segundos de benevolencia entre nuestro encuentro y el primer ataque de acedía filial, pero no, ahí estaba yo, con la mandíbula rígida y mirando venenosamente un matojo de hierbajos que asomaba de una grieta en los escalones de piedra donde se encontraba mi madre. Apenas había cambiado. Su pecho, que pide a gritos que lo clasifiquen como amplio, había descendido hasta el diafragma. También lucía un fino bigote. Vestía pantalones holgados de pana y un cárdigan de bolsillos desfondados. Bajó los escalones hacia mí y volvió a reír. Freddie, has engordado, tienes unos kilos de más, dijo. Después se estiró y —juro que es verdad — me aferró un trozo de piel de la barriga y lo presionó juguetonamente entre el índice y el pulgar. Esta mujer, esta mujer…, ¿qué puedo decir? Yo tenía treinta y ocho años, era un hombre de talento con esposa e hijo, lucía un impresionante bronceado mediterráneo, me movía con porte grave y con un lejano aire de amenaza, y a ella, ¿qué se le ocurrió? Ni más ni menos que pellizcarme la barriga y soltar su cachazuda risa. ¿Es tan extraño que yo haya acabado en la cárcel? ¿Lo es? Al ver que me aceptarían, el perro se acercó sigilosamente e intentó lamerme la mano, lo que me permitió propinarle un buen patadón en las costillas. Ese gesto contribuyó a que me sintiera mejor, pero no mucho mejor ni durante mucho tiempo.

¿Existe algo más poderosa y penetrantemente provocador que el olor de la casa en la que has pasado la infancia? Como sin duda la sala ha notado, huyo de las generalizaciones, pero seguramente en este caso se trata de un universal, ese involuntario espasmo de reconocimiento que estalla con la primera bocanada de este olor humilde, monótono y pardusco, que en realidad no llega a ser un olor, es más bien una emanación, una especie de suspiro exhalado por los millares de cosas minúsculas conocidas pero no reconocidas que, en conjunto, constituyen lo que llamamos hogar. Entré en el vestíbulo y durante un segundo tuve la impresión de que había atravesado sin hacer ruido la membrana del tiempo propiamente dicho. Titubeé y trastabillé en mi fuero interno. El perchero con el paraguas roto, el mosaico que seguía suelto. ¡Lárgate, Patch, maldito seas!, dijo mi madre a mi espalda, y el perro huyó. El sabor a manzanas inundó inexplicablemente mi boca. Tuve la vaga sensación de que había ocurrido algo trascendental, como si en un abrir y cerrar de ojos todo lo que me rodeaba se hubiese mezclado y hubiera sido sustituido en el acto por una réplica exacta, perfecta hasta el último detalle, hasta la última mota de polvo. Me adentré por este mundo sustituto, mantuve discretamente una expresión imperturbable y me pareció oír el silbido descarnado del aliento contenido y soltado con alivio porque la difícil estratagema había vuelto a dar resultado.

Fuimos a la cocina. Parecía la guarida de un animal voluminoso y carroñero. Por Dios, mamá, dije, ¿acaso *vives* aquí? Había prendas de vestir —los trapos anónimos de una vieja— encajadas entre los platos del aparador. Las punteras de tres o cuatro pares de zapatos asomaban por debajo de un armario y eran un espectáculo desconcertante, como si sus usuarios estuvieran apiñados ahí, con sus fornidos brazos apoyados sobre los hombros encorvados de los otros, prestando atención. Diversos muebles habían ido a parar a la cocina procedentes de toda la casa: el estrecho y pequeño escritorio del estudio de mi padre, el mueble bar de nogal del salón, el reclinatorio

forrado en terciopelo y con reposabrazos pelados en el que, la tarde de un domingo estival, mi tía Alice —una mujer menuda y terrible— murió sin decir esta boca es mía. El enorme y viejo aparato de radio que solía dominar la sala ahora estaba sobre el escurridero, ladeado cual borracho, canturreando suavemente para sus adentros y haciendo titilar su único ojo mágico. En cuanto a limpieza, la cocina dejaba mucho que desear. Sobre la mesa estaba abierto un libro de contabilidad y entre los platos sucios y las tazas de té sin lavar se repantigaban facturas y otros papeles. Mi madre estaba haciendo cuentas. Por un instante pensé plantear el tema crucial de sopetón —me refiero al dinero—, pero lo pensé mejor. Como si se oliera lo que pasaba por mi cabeza, deslizó la mirada de mí a los papeles y nuevamente a mí, conteniendo la risa. Le di la espalda y me dirigí a la ventana. En el jardín una muchacha rechoncha con pantalón de montar paseaba en círculo a una hilera de ponis de los montes de Connemara. Recordé de un modo vago que en una de sus cartas poco frecuentes y apenas inteligibles mi madre me había hablado de una empresa imposible que tenía relación con esas bestias. Caminó y se detuvo a mi lado. Contemplamos en silencio a los ponis, que andaban pesadamente. Son unas bestias feísimas, ¿no te parece?, preguntó animada. En ese momento, al malestar contenido que había experimentado desde mi llegada se añadió un sentimiento de inutilidad absoluta. Siempre he sido propenso a la acedía. Se trata de un estado, si me apuran diré incluso que de una fuerza, cuya significación en los asuntos humanos no suelen apreciar historiadores ni otros especialistas. Creo que haría cualquier cosa por evitarlo…, lo que fuera. Mi madre hablaba de sus clientes, en su mayoría japoneses y alemanes… Freddie, te aseguro que se están apoderando de este puñetero país. Compraban los ponis como animales de compañía de sus hijos mimados a un precio que, reconoció mi madre con entusiasmo, era exorbitante. Añadió que todos estaban chiflados. Reímos y volvimos a guardar un inexpresivo silencio. El sol daba en el jardín y por encima de las hayas abrasadas se desplegaba lentamente una nube enorme y alba. Pensaba en lo extraño que era estar en casa, contemplando con pesimismo un día como aquel, aburrido e irritado, con las manos en los bolsillos, mientras que, en lo más profundo de mí y apenas reconocido, el dolor chorreaba y chorreaba sin cesar como una especie de licor plateado, puro y extrañamente precioso. El hogar, claro que sí, el hogar siempre produce estupor.

Mi madre insistió en que echara un vistazo a la finca. Esas fueron sus palabras. Al fin y al cabo, hijo mío, dijo, algún día todo esto te pertenecerá. Soltó una risa gutural. Por lo que recordaba, en el pasado no se divertía con tanta facilidad. Su risa contenía un elemento casi desenfrenado, una suerte de abandono. Quedé algo desconcertado, me pareció poco decorosa. Encendió un cigarrillo y empezó a recorrer la casa, con la cajetilla y las cerillas sujetas en la garra izquierda, mientras yo seguía, sombrío, su estela de humo. La casa se venía abajo, en algunos sitios tanto y tan deprisa que hasta mi madre se sorprendió. No hacía más que hablar. Yo asentía embotado y contemplaba las paredes húmedas, los suelos hundidos y los desmoronados marcos de las ventanas. La cama de mi antigua habitación estaba rota y en medio del colchón crecía algo. La vista desde la ventana —los árboles, un trozo de campo en pendiente, el techo rojo del granero— era precisa y conocida como una alucinación. Vi el armario que había construido y de inmediato tuve una visión de mí mismo, un mocoso con el ceño fruncido, sierra roma en mano, acuchillando la lámina de madera contrachapada, y mi dolido corazón se tambaleó como si no fuera yo mismo al que recordaba sino alguien parecido a un hijo, amado y vulnerable, perdido sin remedio para mí en las honduras de mi propio pasado. La encontré en la escalera, con expresión acongojada. Volvió a ponerse en marcha. Exclamó que yo debía ver los terrenos, las cuadras, el robledal. Estaba decidida a que lo viese todo, todo.

Al salir al aire libre me animé un poco. Qué benigno es allí el aire del verano. Había pasado demasiado tiempo bajo los implacables cielos sureños. Y los árboles, ¡los grandes árboles!, esos seres pacientes que sufren en silencio, que permanecen inmóviles como si estuvieran incómodos, apartando de nosotros sus trágicas miradas. Patch el perro —ven que no me quedará más remedio que aguantarlo—, Patch el perro apareció, puso en blanco sus ojos de orate y se retorció. Nos siguió en silencio mientras cruzábamos el jardín. La moza de cuadra nos miró de reojo a medida que nos acercábamos y, presa del pánico, estuvo a punto de emprender la retirada. Se llamaba Joan, o Jean, algo así. Culo grande, pecho generoso: evidentemente mi madre se había sentido identificada. Cuando le dirigí la palabra, la pobre chica se puso roja y a regañadientes extendió una mano pequeña y callosa, como si temiese que yo pudiera quedármela. Le dirigí una de mis sonrisas parsimoniosas y me vi a través de sus ojos: un tío alto y bronceado, con traje de hilo, inclinado sobre ella en un jardín en pleno estío y murmurando palabras oscuras. ¡Tinker, lárgate!, chilló. El poni que iba en cabeza, una bestia atontada y de mirada truculenta, se acercaba de lado con esa actitud sordamente decidida de los caballos y me hocicaba con ímpetu. Le apoyé la mano en el flanco para apartarlo y me sobresaltó la solidez, la realidad del animal, el pelaje áspero y seco, su carne espesa e inflexible, la tibieza de su sangre. Conmocionado, aparté enseguida la mano y retrocedí. De repente tuve una clara e inquietante sensación de mí mismo, no del modelo bronceado, sino de otra cosa, de algo pálido, flácido y fofo. Fui consciente de las uñas de los dedos de mis pies, de mi ano, de mi entrepierna húmeda y oprimida. Y me sentí avergonzado. No puedo explicarlo. Mejor dicho, podría, pero no lo haré. El perro empezó a ladrar, se abalanzó sobre los cascos del poni y este resolló, abrió el hocico y chasqueó los dientes. Mi madre pateó al perro y la chica obligó al poni a girar la cabeza. El perro aulló y la fila de ponis se encabritó y relinchó. ¡Qué estrépito! A la postre, todo acaba convirtiéndose en una farsa. Me acordé de mi resaca. Necesitaba un trago.

Primero ginebra, después un espantoso jerez y por último sucesivos tazones del excelente burdeos de mi finado padre, lamentablemente la última botella de la caja. Estaba medio piripi cuando bajé a la bodega por el clarete. Me senté en un cajón, en medio del moho y la penumbra, expulsando vapores de ginebra por las dilatadas narinas. Una ondeante lanza de luz solar cargada de polvo atravesó la ventana baja, cubierta de telarañas, que se abría por encima de mi cabeza. Las cosas palpitaban entre las sombras —un destartalado caballito balancín, una vieja y alta bicicleta, un puñado de anticuadas raquetas de tenis—, con los perfiles desdibujados, grisáceos y desteñidos como si la bodega fuera un apeadero en el que el pasado hacía un alto camino del olvido. Reí. Viejo cabrón, dije a voz en grito, y el silencio resonó como un golpe en el cristal. Pasó aquí abajo los meses anteriores a su muerte. Se dedicó a no hacer nada, precisamente él, que toda su vida estuvo impulsado por energías profundas y obsesivas. Mi madre me mandaba a buscarlo a la bodega, por si le había ocurrido algo, decía con delicadeza. Lo encontraba fisgoneando en los rincones, toqueteando cosas o de pie, inclinado en un ángulo caprichoso y mirando la nada. Cuando le hablaba, pegaba un brinco y se volvía colérico hacia mí, picado, como si lo hubiera descubierto en un acto vergonzante. De todas maneras, esas ráfagas de animación duraban menos que un suspiro y poco después volvía a perderse en una nebulosa. No daba la impresión de que se estuviera muriendo por enfermedad, sino por una especie de distracción general: como si un día, en medio de sus vehementes actividades, algo hubiese llamado su atención, le hubiera hecho señas desde la oscuridad y él, afectado, se hubiese girado y

encaminado hacia ello con la concentración dolorida y perpleja de un sonámbulo. Por entonces yo tenía veintidós, veintitrés años. El prolongado proceso de su agonía me agotó y me exasperó a partes iguales. Es evidente que lo compadecí, pero creo que, para mí, la compasión siempre es la única versión permisible del deseo de dar una buena sacudida a las debilidades. Empezó a encogerse. De repente los cuellos de las camisas eran demasiado grandes para ese zigzagueante cogote de tortuga con dos cuerdas de arpa poco tensadas. Todo le estaba demasiado grande, la ropa tenía más sustancia que él, parecía castañetear dentro de sus prendas. Se le pusieron enormes ojos de obsesionado que ya habían empezado a empañarse. Antaño también era verano. La luz había dejado de ser su medio y prefería estar abajo, en la bodega, en la penumbra mohosa, en medio de sus sombras cada vez más intensas.

Logré ponerme en pie, recogí una brazada de botellas polvorientas y subí a trancas y barrancas la húmeda escalera de piedra.

Pero murió en la planta alta, en el amplio dormitorio principal, el cuarto más ventilado de la casa. Aquella semana hizo muchísimo calor. Abrieron la ventana de par en par y él pidió que corrieran la cama hasta que el pie quedó justo en el balcón. Yacía con las mantas apartadas, desnudo el magro pecho, y se entregaba al sol, al inmenso cielo, agonizaba en el resplandor azul y dorado del verano. Sus manos. El acelerado latido de su aliento. Su…

Ya está bien. Estaba hablando de mi madre.

Había puesto las botellas sobre la mesa y me dedicaba a quitarles el polvo y las telarañas cuando mi madre me comunicó que ya no bebía. Fue toda una sorpresa: en otros tiempos empinaba el codo como el que más. La miré, pero se encogió de hombros y desvió la mirada. Órdenes del médico, dijo. La estudié con renovada atención. Tenía algún problema en el ojo izquierdo y de ese lado le caía el labio. Recordé la forma extraña en que había aferrado la cajetilla y las cerillas con la mano izquierda cuando me paseó por la casa. Volvió a encogerse de hombros. Comentó que el año anterior había sufrido un ataque sin importancia. Me pareció una expresión peculiar: un ataque sin importancia. Como si un poder benévolo pero chapucero le hubiese asestado un golpe cariñoso y juguetón, haciéndole daño sin querer. Me miró de reojo con una sonrisilla insegura, melancólica, casi juvenil. Parecía que estaba confesando algo, una *peccata minuta* leve pero incómoda. Lo lamento, vieja, dije, y la apremié a beber, a tomar un sorbo de vino, ¡al cuerno con los médicos! Creo que no me oyó. Entonces sucedió algo realmente sorprendente. La moza, Joan o Jean —transigiré y la llamaré Jane—, se incorporó de súbito, tragó saliva afligida y torpemente rodeó con el brazo la cabeza de mi madre, la sujetó en una especie de llave de lucha y le apoyó la mano en la frente. Supuse que mi madre le daría un empujón y le pediría que se apartase, pero no, siguió sentada, soportando con estoicismo el abrazo de la chica y mirándome con esa sonrisilla. La observé asustado con la botella de vino suspendida encima de mi copa. Fue extrañísimo. La ancha cadera de la moza estaba junto al hombro de mi madre y, sin poderlo evitar, me acordé del poni que en el jardín se había pegado a mí con esa mirada testaruda y bestial. Reinó el silencio. Después la chica, quiero decir Jane, vio que la miraba, retiró el brazo y volvió deprisa a su sitio. Esta es la cuestión: si el hombre es un animal enfermo, un animal demente, y tengo sobrados motivos para creer que es así, ¿cómo se explican esos gestos menudos y espontáneos de amabilidad y protección? ¿Se le ha ocurrido pensar, su señoría, que la gente de nuestra especie —si se me permite subir al estrado y reunirme unos segundos con usted—, que nosotros nos hemos perdido algo, me refiero a algo genérico, a un principio universal tan simple y obvio que nunca nadie pensó en hablarnos de él? Mi sabio amigo, todos saben en qué consiste, este conocimiento es el símbolo de su hermandad. Y está por

todas partes ese grupo inmenso, triste e iniciado. Sus miembros nos miran desde el estrado pero no dicen nada, simplemente esbozan una sonrisa mezcla de compasión e ironía solidaria, tal como mi madre me sonreía en aquel momento. Se estiró, palmeó la mano de la chica y le dijo que no se preocupara por mí. Le clavé los ojos. ¿Y yo qué había hecho? La moza estaba con los suyos fijos en el plato y buscaba los cubiertos a tientas. Tenía las mejillas encendidas, casi oía su zumbido. ¿Acaso mi mirada había provocado todo eso? Suspiré, pobre ogro, y comí una patata. El corazón estaba crudo y correoso. Más alcohol.

Freddie, ¿no estarás a punto de caer en uno de tus arranques de malhumor?, preguntó mi madre.

Me gustaría saber si he mencionado mis malos humores. Negros, negrísimos. Como si de repente el mundo se oscureciera, como si algo enturbiara la atmósfera. Hasta mis depresiones infantiles aterraban a la gente. De nuevo en el pozo, ¿no?, solían preguntar, reían incómodos entre dientes y se alejaban. Fui el terror de la escuela…, pero no, no, evitaré hablar de mi época escolar. Noté que mi madre ya no se dejaba impresionar por mi pesimismo. Su sonrisa, con esa ligera inclinación lateral, se había vuelto claramente irónica. Le conté que en la ciudad había visto a Charlie French. Ah, a Charlie, dijo, meneó la cabeza y rio. Asentí. Pobre Charlie, es el tipo de persona sobre la cual la gente comenta: Ah, así de simple, y ríe. Otro silencio apático. ¿Por qué demonios había vuelto a la casa? Alcé la botella y me sorprendió comprobar que estaba vacía. Abrí otra, la aferré entre las piernas, la balanceé y gruñí mientras arrancaba el corcho. ¡Ah!, saltó con un chasquido enérgico. Afuera, en el jardín, el último sol del día se espesó por un instante y desapareció. Mi madre preguntaba por Daphne y el niño. Al pensar en ellos un gran sollozo lóbrego y ligeramente cómico se hinchó debajo de mi esternón. Jane —no, no puedo llamarla así, no le va—, Joan quitó la mesa y, créase o no, mi madre sacó una garrafa de oporto y la arrastró por la mesa en dirección a mí. No querrás que nos retiremos, ¿verdad?, preguntó con esa mueca a modo de sonrisa. De todos modos, puedes considerarme como un hombre, ya soy lo bastante mayor. Empecé a hablar descarnadamente de mis problemas económicos, pero me lie y tuve que callar. Además, me dio la impresión de que no me escuchaba. Estaba con el rostro vuelto a medias hacia la luz vespertina niquelada que se colaba por la ventana, con los ojos legañosos y vieja, haciendo gala de la frente ancha y los pómulos altos de sus antepasados holandeses, los secuaces del rey Guillermo. Mamá, te faltan la gorguera y el gorro de encaje, dije. Reí a mis anchas y fruncí el ceño. Tenía la cara embotada. Jean me ofreció amablemente una taza de té. Te lo agradezco, querida, pero no me apetece, respondí con mi grave voz de noble y señalé mi copa de oporto, que, noté, estaba inexplicablemente vacía. Volví a llenarla y me admiré de la firmeza de la mano que inclinaba la garrafa. Pasó el tiempo. Los pájaros piaban en medio del crepúsculo gris azulado. Estaba absorto, rígido, inmerso en una dichosa pena mientras los escuchaba. Con un bufido y gran esfuerzo me incorporé, miré a mi alrededor, chasqueé los labios y parpadeé. Mi madre y la moza habían desaparecido.

Él murió de noche. El dormitorio seguía cargado con el calor del largo día. Me senté en una silla contigua a la cama, junto a la ventana abierta, y le cogí la mano. Su mano. Su tacto de cera. Qué alegre era el aire por encima de las copas de los árboles, brillante y azul como los cielos ilimitados de la infancia. Lo abracé y le apoyé la mano en la frente. Me dijo: no te preocupes por ella. Me dijo…

Basta ya, basta ya. No estuve presente. No he asistido a la muerte de nadie. Murió solo, expiró mientras nadie lo veía, dejó que nos apañáramos como pudiéramos. Cuando llegué de la ciudad ya lo habían amortajado, preparándolo para el cajón. Yacía en la cama con las manos cruzadas

sobre el pecho y los ojos fuertemente cerrados, como un niño que hace buena letra. Habían alisado a la perfección sus cabellos por encima de la frente. Recuerdo que tenía las orejas blanquísimas. Extraordinario: tanta cólera y resentimiento, esa energía frenética y sin objeto, habían desaparecido.

Cogí el resto del oporto y me esfumé escaleras arriba. Me flaquearon las rodillas, tuve la impresión de que acarreaba un cuerpo a la espalda. Parecía que habían cambiado de sitio los interruptores, en la penumbra choqué con varios objetos, solté tacos y me reí. Por error me abrí paso hasta la habitación de Joanne. (Joanne: ¡eso es!) Supongo que estaba despierta y que me había oído tropezar a diestro y siniestro, porque en cuanto abrí la puerta encendió la lámpara. Hice equilibrios en el umbral y la miré con ojos desorbitados. Estaba tendida en la cama ancha y hundida, con la sábana subida hasta el mentón, y no sé por qué tuve la certeza de que aún llevaba el pantalón de montar y el jersey holgado, incluso las botas. No dijo nada, se limitó a sonreírme aterrada y durante un instante de esfuerzo pensé acostarme a su lado, con los zapatos puestos, para que acunara *mi* pobre y vertiginosa cabeza en su brazo joven, rollizo y complaciente. Hasta entonces no había reparado en su extraordinaria cabellera color rojo fuego; el verla desparramada sobre la almohada, a la luz de la lámpara, estuvo a punto de arrancarme lágrimas. Pero el instante se perdió, me retiré en silencio con un grave gesto de asentimiento, cual un viejo y triste fantasma gris y evanescente, y con paso cauteloso y digno crucé el rellano hasta la habitación en la que me habían preparado una cama. En ese momento descubrí que por el camino había extraviado la garrafa de oporto.

Me senté a un costado de la cama, dejé caer los brazos entre las rodillas y de súbito me sentí extenuado. Aunque me zumbaba la cabeza y me ardían los ojos, no fui capaz de echarme a dormir. Parecía un niño que regresa a casa después de un largo día de desenfrenadas excursiones. Había viajado mucho. Lentamente, con movimientos submarinos, desaté los cordones de mis zapatos. Primero cayó un zapato y después…

Desperté con un espantoso sobresalto y me zumbaron los oídos, como si en mi cabeza hubiese tenido lugar una explosión. Un sueño: algo relacionado con la carne. Era de día, pero no supe a ciencia cierta si clareaba o anochecía. Gris. Tampoco supe dónde estaba. Aunque me di cuenta de que me hallaba en Coolgrange, al principio no reconocí la habitación. Muy alta y larga, con ventanas también altas que llegaban hasta el suelo. De aspecto lamentable, con un carácter peculiar y ofendido, como si tuviera conciencia de que antaño había sido un sitio importante. Me levanté cuidadosamente de la cama, me acerqué a la ventana y me asomé al jardín. El césped estaba gris y bajo los árboles había sombras de color paloma. Me tableteaba el cerebro. Debía de ser el alba: en el robledal, bajo un cielo plomizo, un ave solitaria ponía a prueba el aire aligerado mediante una sostenida nota de flauta. Apoyé la frente en la ventana y me estremecí ante el tacto frío, pegajoso y húmedo del cristal. Había estado de viaje cerca de una semana, con poco alimento y mucho alcohol, y ahora todo se derrumbaba sobre mí. Me sentía enfermo, embrutecido, exprimido. Me ardían los párpados y mi saliva sabía a ceniza. Tuve la sensación de que el jardín me observaba con actitud sigilosa y de labios fruncidos o que, de alguna manera, era consciente de mí, allí enmarcado en la ventana, retorciéndome las manos, una suerte de mirón angustiado —¡cuántos más habría habido a lo largo de los años!—, mientras la oscuridad ingrávida de la habitación presionaba mi espalda. Había dormido vestido.

El sueño. (La sala tendría que conocer mis sueños.) Lo recordé súbitamente. No había mucho que considerar. Mis sueños no son el revoltijo desenfrenado de acontecimientos de los que otras personas se jactan, sino estados de ánimo, modos, humores específicos, ráfagas de emoción, acompañados a menudo de consecuencias físicas extremas: lloro, sacudo las extremidades, chirrío los dientes, río, grito. En esta ocasión tuve arcadas secas, recordé el sueño gracias al dolor de garganta que sentí al despertar. Había soñado que roía el esternón arrancado a un ser, probablemente humano. Parecía sancochado, porque la carne estaba tierna y blanca. Apenas tibio, se deshizo en mi boca como sebo y me provocó náuseas. Su señoría, le aseguro que narrando estos hechos disfruto tan poco como la sala al oírlos. Y, como muy bien sabe usía, esto no es lo peor. En resumen, ahí estaba, mascullando esos horribles trozos de carne mientras se me revolvía el estómago incluso dormido. Eso fue todo, en realidad, si exceptuamos una sensación subyacente de transgresión obligada pero espantosamente placentera. Un momento. Quiero que lo que voy a decir se entienda bien, es importante, aunque no sé por qué. Una autoridad anónima me obligó a hacer esa cosa terrible, se cernió implacable sobre mí con los brazos cruzados mientras yo chupaba y babeaba, pero a pesar de eso —y, quizá, precisamente por eso—, a pesar del horror y la náusea, algo se regocijó en lo más profundo de mi ser.

A propósito, al hojear el diccionario me sorprendí ante la pobreza lingüística cuando se trata de nombrar o describir la maldad. Maldad, perversidad, malicia, palabras que dan por supuesta una mediación, la práctica consciente, o cuando menos activa, del mal. No significan el mal en

su estado inerte, neutral y autosuficiente. También están los adjetivos: malísimo, atroz, execrable, vil y de aquí al infinito. Juzgan en lugar de describir. Arrastran el peso de la censura mezclado con el miedo. ¿No es un extraño estado de cosas? Me lleva a pensar. Me pregunto si es posible que la cosa misma —la *maldad*— no exista, si esas palabras extrañamente difusas e imprecisas no son más que un ardid, una especie de compleja cobertura del hecho de que no hay nada. ¿O tal vez las palabras son el intento de hacer que haya algo? O quizá *hay* algo, pero inventado por las palabras. Estas consideraciones me producen vértigo, como si en el mundo se abriera fugazmente un agujero. ¿De qué hablaba? Ah, sí, de mis sueños. Había uno que se repetía, aquel en el que… No, no, dejémoslo para mejor ocasión.

Estoy de pie junto a la ventana del dormitorio de mis padres. Pues sí, ya me había dado cuenta de que era, de que solía ser el dormitorio de mis padres. El gris del alba daba paso a un pálido baño de luz diurna. Tenía los labios pegajosos a causa del oporto de la noche anterior. El cuarto, la casa, el jardín y los campos me eran extraños, aquella mañana no los reconocí…, extraños pero conocidos a la vez, como un sitio de los —claro que sí— sueños. Permanecí con mi traje arrugado, el dolor de cabeza y la boca sucia, con los ojos abiertos pero no del todo despierto, mirando fijamente, con la sorpresa embotada del amnésico, esa parte del jardín bañado por el sol. Vayamos al grano, ¿no soy siempre más o menos así? Si lo pienso, tengo la impresión de haber vivido la mayor parte de mi vida entre dos aguas, atascado entre el sueño y la vigilia, incapaz de distinguir entre el mundo onírico y el de la luz del día. En mi mente hay lugares, momentos y acontecimientos tan apacibles y aislados que no estoy seguro de que sean reales, y si aquella mañana los hubiese recordado, me habrían golpeado con más fuerza e intensidad que las cosas reales que me rodeaban. Por ejemplo, el vestíbulo de la granja a la que, cuando niño, fui una vez a comprar manzanas. Veo el suelo de piedra pulida, de color púrpura. Aún huelo el pulimento. En el vestíbulo hay un tiesto con un geranio nudoso y un gran reloj de péndulo al que le falta el minutero. Oigo a la granjera hablando en las profundidades de la casa, preguntando a alguien por otra persona. Percibo los campos que me rodean, la luz que los cubre, el vasto y lento día de finales del verano. Estoy allí. En esos momentos evocados estoy como nunca estuve en Coolgrange, como creo que nunca he estado ni estaré en ninguna parte, en ningún momento, como yo —o una parte esencial de mi ser— no estuve allí ni siquiera el día que estoy recordando, el día en que fui a comprar manzanas a aquella granjera cuya finca se alzaba en medio de los campos. Nunca plenamente en ningún sitio, nunca con nadie, siempre fui así. Incluso de niño me consideraba un viajero retenido en pleno viaje apremiante. La vida era una espera desmesurada, subir y bajar por el andén a la espera del tren. Las personas se metían en medio y me impedían ver, me obligaban a estirar el cuello por encima de sus cabezas. Sí, aquel era yo, ya lo creo.

Recorrí la casa en silencio hasta la cocina. Bajo la luz matinal la estancia aparecía limpia y presta a ser utilizada. Me moví con cautela porque no quería perturbar ese ambiente de silenciosa expectativa y me sentí como un no iniciado en una ceremonia de luces y fenómenos atmosféricos. El perro estaba tendido en una alfombra vieja y sucia, junto a los fogones, con el morro entre las patas, y me observaba, dejando ver en cada ojo una media luna blanca. Preparé el té y me senté a la mesa, a la espera de que se concentrase, cuando entró Joanne. Vestía una bata color gris ratón muy ceñida en la cintura. Se había recogido el pelo en una coleta gruesa, propiamente equina. Sus cabellos eran en verdad de un color extraordinario, una llamarada rojiza y primaveral. De inmediato, y no por primera vez, imaginé cuál sería el color sedoso de otra parte de su cuerpo y me avergoncé como si hubiese abusado de la pobre chica. Cuando me vio

frenó en seco, a punto de desbocarse. Alcé la tetera con gesto amistoso y la invité a compartirla conmigo. Cerró la puerta, me rodeó con una sonrisa cargada de pánico, manteniendo la mesa entre los dos, y sacó un plato y una taza del aparador. Tenía los talones rojos y las pantorrillas gruesas y muy blancas. Le calculé unos diecisiete años. En medio de las brumas de la resaca me figuré que seguramente estaba al tanto de la situación económica de mi madre, por ejemplo, si los ponis daban beneficios. Le dirigí lo que pretendía ser una sonrisa juvenil y alentadora, aunque supongo que me salió un gesto lascivo y quebrado, y le dije que se sentara, que teníamos que hablar. Pero el té no era para ella, sino para mi madre…, para Dolly, tal como dijo. ¡Vaya, vaya!, pensé, ¡ni más ni menos que Dolly! Se largó en el acto, aferrando el plato con ambas manos y su agitada sonrisa clavada en el líquido que temblaba en la taza.

En cuanto se fue, hurgué taciturno en la cocina, buscando los papeles que el día anterior habían estado sobre la mesa —las facturas, los libros de cuentas y las constancias de los talonarios de cheques—, pero no encontré nada. Un cajón del pequeño escritorio de mi padre tenía el cerrojo echado. Pensé abrirlo por la fuerza, pero me contuve: dada mi resaca, corría el riesgo de hacer trizas el mueble.

Deambulé por la casa con la taza de té en la mano. Habían enrollado la alfombra del salón, en una de las ventanas faltaba un cristal y en el suelo había vidrios. Me di cuenta de que estaba descalzo. Abrí la puerta que daba al jardín y salí en calcetines. El aire despejado y sedoso olía a hierba calentada por el sol y acarreaba un débil aroma a estiércol. La negra sombra de la casa cruzaba el jardín cual un decorado móvil caído. Osé dar uno o dos pasos por el mullido césped y el rocío se coló entre los dedos de mis pies. Me sentí como un anciano que avanza tembloroso, mientras la taza y el plato castañetean, con los bajos del pantalón húmedos y arrugados a la altura de los tobillos. Hacía años que nadie se ocupaba de las rosaledas plantadas bajo la ventana y una maraña de zarzas se amotinaba en los alféizares. Las rosas desteñidas pendían en racimos, pesadas como cortinados. Su peculiar tono rosado pálido y el claroscuro de la escena me llevaron a pensar en algo concreto. Me detuve con el ceño fruncido. Los cuadros…, claro que sí. Regresé al salón. Pues sí, las paredes estaban desnudas, en algunos puntos había cuadrados donde el empapelado no estaba desteñido como en el resto del salón. ¿Era posible que mi madre los hubiese…? Con sumo cuidado dejé la taza sobre la chimenea y respiré lenta y profundamente. ¡La muy zorra, apuesto a que los ha vendido!, dije en voz alta. Mis pies dejaron huellas húmedas de palmípedo en el parqué.

Recorrí una habitación tras otra escudriñando las paredes. Después abordé la planta alta. Sabía que no encontraría nada. Me detuve en el rellano del primer piso y maldije en voz baja. Oí voces cercanas. Abrí de par en par la puerta de un dormitorio. Mi madre y Joanne estaban sentadas una al lado de la otra en la ancha cama de la moza. Me miraron ligeramente sorprendidas y vacilé unos segundos, como si algo rozara mi conciencia, un aleteo de incrédula especulación. Mi madre vestía una mañanita amarilla de punto, con borlas y minúsculos lazos de raso que le conferían el aspecto de un pollo de Pascua monstruosamente embuchado. ¿Dónde, dónde están los cuadros?, pregunté con una serenidad que me sorprendió. Se produjo un intercambio cómico en el que mi madre repitió: «¿Qué? ¿Qué?». Y yo grité: «¡Los cuadros! ¡Maldita sea, los cuadros!». Al final ambos tuvimos que callar. La chica nos observaba, paseando lentamente la mirada de una al otro como quien asiste a un partido de tenis. Se cubrió la boca con la mano y rio. Le clavé la mirada y se puso como un tomate. Hicimos un breve silencio. Madre, nos veremos abajo, dije con tono tan gélido que mi voz casi se quiebra.

Mientras caminaba hacia la puerta tuve la impresión de que las oía reír con disimulo.

Mi madre llegó descalza a la cocina. La visión de sus juanetes y de las enormes uñas amarillentas de sus pies me perturbó. Se había cubierto con una inefable bata de seda tornasolada. Tenía el florido aspecto de una de las putas reventadas de Lautrec. Intenté no hacer gala del asco que sentía. Mi madre se ocupó de nimiedades y me ignoró. ¿Y?, pregunté, pero se limitó a enarcar las cejas con desgana y dijo: ¿*Y* qué? Casi sonreía con afectación. Fue el acabose. Fuera de mí, grité, agité los puños y di patadas con las piernas rígidas. Pregunté a voces dónde estaban los cuadros, qué había hecho con ellos. *Exigí* una respuesta. Eran míos, mi herencia, mi futuro y el de mi hijo. Y así al infinito. Quedé impresionado por mi cólera, por mi sensación de ultraje. Estaba conmovido. Sentí tanta pena de mí mismo que habría llorado. Mi madre me dejó despotricar mientras permanecía de pie con una mano en la cintura y la cabeza echada hacia atrás, contemplándome con irónica calma. Arrancó cuando yo hice un alto para recobrar el aliento. ¿Yo pretendía exigirle algo? ¿Yo, que me había largado y abandonado a mi madre viuda, que había ido a Estados Unidos y me había casado sin siquiera informarla, que nunca, ni una sola vez, había llevado a mi hijo, su nieto, para que la conociera?… ¿Yo, que durante diez años había recorrido el mundo como un buscavidas, sin mover jamás un dedo, viviendo de las pocas libras de mi difunto padre y esquilmando la finca?… ¿Qué derecho, qué derecho tenía a exigir?, preguntó a gritos. Se detuvo y esperó como si realmente aguardara una respuesta. Di un paso atrás. Había olvidado cómo se ponía cuando se sulfuraba. Me repuse y me lancé de nuevo al ataque. Se irguió majestuosa y salió a mi encuentro. Fue igual que antes. Un verdadero infierno. Resultó tan movido que aun el perro se unió, ladró, gimió y bailó sobre las patas delanteras hasta que mi madre le propinó un tortazo y le ordenó que se echara. La tildé de zorra y ella me llamó hijo de puta. Le pregunté en qué se convertía si yo era un hijo de puta y veloz como el rayo respondió: Si yo soy una zorra, me gustaría saber en qué te conviertes *tú*, ¡canalla! Oh, fue un grandioso, un extraordinario encuentro. Parecíamos críos furiosos…, no, no éramos niños, sino grandes seres primitivos y enloquecidos —mastodontes o algo por el estilo— que golpeaban y daban manotazos en un claro de la selva, en medio de una tormenta de lianas castigadoras y vegetación desarraigada. El aire latía entre nosotros lenta y pausadamente. Se creó la sensación de que las cosas se alineaban a nuestro alrededor, de que seres pequeños se agazapaban en la maleza y nos contemplaban en un trance de terror y respeto. Al final, saciados, separamos nuestros cuerpos y nos dimos la espalda. Sujeté con las manos mi dolorida cabeza. Mamá se detuvo junto al fregadero, se aferró a un grifo y miró el jardín por la ventana mientras su pecho subía y bajaba. Oíamos nuestras respiraciones. Sonó la cisterna del lavabo de la planta alta, un ruido amortiguado e inseguro, como si la chica nos recordara sutilmente su presencia. Mi madre suspiró. Le había vendido los cuadros a Binkie Behrens. Asentí. Behrens, qué duda cabe. ¿Todos?, inquirí. No respondió. Pasó el tiempo. Volvió a suspirar. Recibiste el dinero, dijo, lo que quedó… Tu padre solo dejó deudas. De repente rio. No tendría que haberme casado con un irlandés, añadió. Me miró de reojo y se encogió de hombros. Me tocó suspirar. Santo cielo, dije. Ay, santo cielo.

Al prestar testimonio las coincidencias se vuelven insípidas —su señoría, estoy seguro de que con el paso del tiempo lo ha notado—, semejan bromas que deberían ser realmente divertidas aunque no provocan la menor risa. Se escuchan con absoluta ecuanimidad los relatos de los actos más disparatados por parte del acusado y en el instante en que se menciona una banal simultaneidad de acontecimientos, en la tribuna arrastran los pies, la defensa carraspea y los

periodistas contemplan embobados las molduras del techo. Estoy convencido de que, más que de turbación, son señales de incredulidad. Es como si alguien, el organizador oculto de esta historia compleja y sorprendente, que hasta el momento no ha metido la pata, súbitamente se pasara de listo, llegara demasiado lejos y todos nos sintiéramos decepcionados y algo apenados.

Por ejemplo, me sorprende la frecuente aparición de cuadros en este caso. Fue a través del arte como mis padres conocieron a Helmut Behrens… Bueno, no exactamente a través del arte sino de coleccionar obras de arte. ¿No he dicho todavía que mi padre se consideraba coleccionista? Por descontado, las obras propiamente dichas le tenían sin cuidado, solo le interesaba su valor efectivo. Aprovechó su fama de jinete y de antiguo jaranero para colarse en las casas de conocidos ahora gagás en cuyas paredes —treinta o cuarenta años atrás— había visto un paisaje, un bodegón o el retrato difuminado de un antepasado bizco, cuadros que a esas alturas podían valer unas cuantas perras. Poseía una misteriosa habilidad para calcular el momento y a menudo solo se adelantaba un paso a los herederos. Me lo imagino a la vera de una cama con dosel, a la luz de las velas, jadeante por el esfuerzo de subir la escalera, inclinado y metiendo con apremio un billete de cinco libras en una mano paralizada y apergaminada. Aunque acumuló un montón de basura, hubo unas pocas piezas que no me parecieron del todo malas y que supuse tenían probablemente algún valor. Arrebató la mayoría a una anciana distraída a quien el padre de mi padre había cortejado durante una breve temporada en sus mocedades. Papá estaba inmensamente orgulloso de su trapacería y supongo que creyó que lo ponía a la misma altura de los antiguos y grandes barones del robo, a los que tanto admiraba: los Guggenheim, los Pierpont Morgan y, sin duda, los Behrens. Tal vez fueron esos mismos cuadros los que lo llevaron a conocer a Helmut Behrens. Quizá se pelearon por ellos en el mismo lecho de muerte de la anciana, mirándose con los ojos entrecerrados y frunciendo los labios con frenética determinación.

También fue a través de la pintura como conocí a Anna Behrens…, mejor dicho, como volví a verla. De niños solíamos vernos ocasionalmente. Recuerdo que una vez, en Whitewater, me mandaron al jardín a jugar con ella. ¡A jugar! Eso sí que está bien. Incluso en aquella época tenía un aire de indiferencia, de vaga y lejana ausencia, que siempre me resultó inquietante. Más adelante, en Dublín, aparecía de vez en cuando y sobre nuestras fanfarronadas estudiantiles planeaba su serena, muda y desmayada belleza. Como era lógico, la apodaron la Reina del Hielo. La perdí de vista, la olvidé hasta que un día, en Berkeley —aquí es donde empiezan las coincidencias—, la vi en una galería de Shattuck Avenue. Aunque ignoraba que estuviera en Estados Unidos, no me sorprendí. Esta es una de las características de Anna, siempre forma parte del sitio, dondequiera que esté. Me detuve un segundo en la calle y la observé…, supongo que la admiré. La galería ocupaba un local grande, alto, blanco y con cristalera. Estaba apoyada en el escritorio, con un fajo de papeles en la mano, y leía. Llevaba un vestido blanco. Su pelo, plateado por el sol, estaba peinado rebuscadamente, con una única y gruesa trenza que le caía sobre el hombro. Parecía una pieza de exhibición de tan quieta como estaba en aquella luz alta y sin sombras, tras el cristal que reflejaba el sol. Entré y le hablé, volví a admirar ese rostro longilíneo, melancólico y ligeramente descentrado, con los ojos grises muy juntos y la boca florentina. Recordé los dos minúsculos puntos blancos del caballete de su nariz, donde la piel se tensaba sobre el hueso. Se mostró amistosa dentro de su actitud distante. Me miró los labios mientras hablaba. De las paredes colgaban dos o tres grandes lienzos, pintados según el estilo humorístico y minimalista de la época, en su desnudez pastel apenas discernibles de los espacios vacíos que los rodeaban. Le pregunté si pensaba comprar un cuadro. La pregunta pareció divertirla. Trabajo

aquí, dijo, y apartó de su hombro la rubia trenza. La invité a comer, pero negó con la cabeza. Me dio su número de teléfono. Cuando salí a la calle bañada por el sol, un reactor sobrevolaba a poca altura, sus motores agitaban el aire y olía a cipreses, a humo de coches y desde el campus llegó una ligera bocanada de gas lacrimógeno. Todo esto ocurrió hace quince años. Arrugué la ficha en la que había anotado su número de teléfono y estuve en un tris de tirarla, pero la conservé.

Vivía en las colinas, en una casa de madera con techo de tablillas, de falso estilo tirolés, que alquilaba a una viuda loca. Mientras me dirigía a su casa, en más de una ocasión estuve a punto de apearme del autobús y regresar a la mía, aburrido y molesto al pensar en la mirada divertida y tasadora de Anna, en su sonrisa impenetrable. Cuando le telefoneé, apenas pronunció palabra y por dos veces cubrió el micrófono del teléfono y habló con alguien que la acompañaba. A pesar de todo, aquella mañana me afeité con sumo esmero, me puse una camisa nueva y elegí un impresionante libro de teoría matemática que llevar conmigo. Mientras el autobús traqueteaba por las calles estrechas, fui presa de una sensación de repugnancia, me vi convertido en un objeto oscuramente vergonzoso y obsceno, expuesto y abyecto, con mi piel secada y empolvada, mi camisa azul celeste y el libro colgando de mi mano como un paquete de carne. El día estaba encapotado y la bruma se deslizaba entre los pinos. Ascendí por un zigzag de escalones húmedos hasta la puerta y miré a mi alrededor con expresión de afable interés, intentando parecer intachable, cosa que por lo visto hago siempre que piso territorio desconocido. Anna llevaba pantalones cortos y el pelo suelto. El verla súbitamente en la puerta, rubia ceniza, con sus anchas y desnudas piernas largas, me provocó dolor en la raíz de la lengua. El interior de la casa estaba en penumbra. Unos pocos libros, grabados en las paredes, un sombrero de paja colgado de un gancho. Los gatos de la viuda habían dejado huellas en sillas y alfombras y un olor penetrante y cítrico, no del todo desagradable.

Daphne estaba sentada con las piernas cruzadas en una silla de lona y pelaba guisantes, que dejaba caer en un cuenco de metal. Vestía albornoz y llevaba la cabeza envuelta en una toalla. Como puede ver, otra coincidencia.

¿De qué hablamos nosotros tres aquel día? ¿Qué hice? Supongo que me senté, bebí una cerveza, estiré las piernas y me recosté, simulando que estaba relajado. No logro verme a mí mismo. Soy una especie de ojo flotante que vigila, toma notas, planifica. Anna se paseó entre la sala y la cocina y trajo queso, naranjas y rodajas de aguacate. Era domingo. El lugar estaba en calma. A través de la ventana contemplé la bruma que correteaba entre los árboles. Sonó el teléfono y Anna respondió, me volvió la espalda y habló en voz baja. Daphne me sonrió. Su mirada era difusa, una especie de suave tanteo entre los objetos que la rodeaban. Se puso en pie, me pasó el cuenco y los guisantes que quedaban por pelar y subió la escalera. Poco después regresó vestida, con el pelo seco y las gafas puestas; en un primer momento no la reconocí y la tomé por otra inquilina de la casa. Solo entonces me di cuenta de que era ella a quien aquel día había visto en el jardín en la fiesta del profesor Nosequé. Estuve a punto de mencionárselo, de decirle que la había visto, pero cambié de opinión por la misma ignorada razón por la que la primera vez le había dado la espalda sin dirigirle la palabra. Me quitó el cuenco de los guisantes y volvió a sentarse. Anna respondió a otra llamada telefónica, murmuró y rio quedamente. Tuve la impresión de que mi presencia no había dejado huella en su jornada, de que habrían hecho lo mismo si yo no hubiera estado allí. Fue una idea reconfortante. Aunque no me habían invitado a cenar, parecía obvio que me quedaría. Después de la cena estuvimos largo rato de sobremesa. La niebla se espesó y presionó contra las ventanas. Vi a las dos frente a mí en ese crepúsculo lechoso, la morena y la rubia: tienen un aire de complicidad, de regocijo secreto, como si

compartieran a costa mía una broma afable y nada desagradable. Qué distante parece todo aquello, a una era de distancia, cuando aún éramos inocentes, si es que esta es la palabra adecuada, porque tengo mis dudas.

Confieso que me dejé cautivar por ellas, por su aspecto, su compostura, su egoísmo indiferente. Encarnaban un ideal que hasta ahora no sabía que mi ser albergaba. Por aquel entonces aún me dedicaba a la ciencia, pensaba convertirme en uno de esos técnicos geniales y fríos, los amos secretos del universo. De repente se abrió otro futuro ante mí, como si esas dos hubieran provocado el desmoronamiento de una vertiente rocosa ante mis ojos para que viese, más allá del polvo arremolinado, una distancia inmensa y radiante. Eran espléndidas, lánguidas y gallardas a la vez. Me recordaron a un par de aventureras del siglo pasado. Habían llegado a Nueva York el invierno anterior y atravesaron el país por etapas hasta llegar a esa costa bronceada y bañada por el sol, en la que ahora estaban instaladas, como de puntillas, con las manos unidas, los brazos extendidos y el Pacífico ante sí. Pese a que llevaban casi medio año en la casa, su impronta era tan leve, tan fugaz, que las habitaciones apenas registraban su presencia. Parecía que no tenían pertenencias, hasta el sombrero de paja colgado en la puerta lo había dejado un inquilino anterior. Seguro que tenían amigos o, cuando menos, conocidos —pienso en las llamadas telefónicas—, pero no los conocí. De vez en cuando se presentaba la casera, una mujer sombríamente dramática, de ojos expresivos y pelo negrísimo recogido en un moño apretado y ensartado en una horquilla de madera tallada. Se vestía como una india y se adornaba con abalorios y pañuelos de vivos colores. Distraída, recorría la casa, hablaba por encima del hombro y dejaba en pos de sí una densa estela de perfume almizcleño; después, con un salto de ballet, se instalaba en el sofá de la sala y durante una hora hablaba de sus pesares, consecuencia, en su mayor parte, de lo que con la voz quebrada denominaba «problemas con los hombres» mientras se emborrachaba constante y lacrimosamente con calvados, bebida de la cual tenía una provisión en un armario de la cocina cerrado con llave. Era una mujer cadavérica que me resultaba insoportable, con su piel correosa, su boca pintarrajeada, con toda esa histeria, esa confusa soledad. Pero para las chicas resultaba muy entretenida. Gustaban de imitarla y convirtieron en estribillos las cosas que decía. Al verlas remedarla, a veces me preguntaba si, cuando no estaba presente, *a mí* también me tratarían así, lanzando comentarios en una versión cómica y solemne de mi voz, y riendo apenas con actitud hastiada, como si la chanza no fuese divertida sino, lisa y llanamente, ridícula.

Opinaban que aquel país era la monda, sobre todo California. Nos divertimos mucho burlándonos de los norteamericanos, que por aquellos días entraron en esa fase de condenada alegría hedonista que nosotros, hijos dorados de la pobre y vieja Europa enrojecida, ya habíamos superado, o al menos eso creíamos. Cuán inocentes nos parecían con sus flores, sus inciensos y su caótica religiosidad. Sentí una íntima punzada de remordimiento al burlarme de ellos. Cuando llegué, el país me cautivó, y ahora parecía que me había sumado a la mofa de un ser dichoso y afable, la gorda de la fiesta contra la cual me había frotado segundos antes al amparo del cachondeo general, presa de un éxtasis mudo e inflamado.

¿Es posible que para nosotros el desdén fuese un modo de nostalgia, incluso de añoranza? Vivir allí, en medio de los bonitos tonos de la caja de pinturas, fue como vivir en otro mundo, en un sitio salido de un libro de cuentos. (Solía soñar con la lluvia —una verdadera lluvia irlandesa de las que duran todo el día— como si fuese algo de lo que me habían hablado pero que nunca había visto.) ¿O tal vez reírse de Estados Unidos era un modo de defenderse? Es verdad que por momentos pasó por nuestras mentes —o al menos pasó por la *mía*— la idea de que

personalmente podíamos ser un poquitín risibles. ¿Acaso no teníamos un toque ridículo con nuestros trajes de *tweed*, nuestros cómodos zapatos, nuestros acentos extravagantes y nuestros modales insolentes a fuer de civilizados? En más de una ocasión creí detectar una sonrisa deprimida en los labios de alguien que, se suponía, era el blanco ignorado de nuestras burlas. Incluso entre nosotros surgían momentos de silencio, de torpeza, cuando un reconocimiento casi informe nos sobrevolaba como un olor desagradable e incómodo. Un trío de expatriados que se reunía en ese tierno campo de juegos… ¿Acaso había algo más novelescamente sentimental? ¡Por amor de Dios, formábamos un triángulo!

Formamos un triángulo. Lo inevitable sucedió alrededor de un mes después de habernos conocido. Estábamos sentados en el porche trasero, bebiendo ginebra y fumando algo que tenía un sabor horrible y que producía extrañísimos efectos. El día era abrumador y neblinoso. Sobre nuestras cabezas el sol color moneda estaba clavado en medio del blanco cielo. Yo contemplaba una nube de colibríes que libaba las madreselvas que trepaban por la escalera del porche. Daphne, vestida con pantalón corto, blusa sin espalda y sandalias de tacón, se puso en pie algo tambaleante, parpadeó y entró en la casa. La seguí. Yo no pensaba en nada…, iba a buscar más hielo o algo por el estilo. Después del resplandor del exterior, me costó ver dentro de la casa, dondequiera que mirase el aire contenía un inmenso agujero negro. Busqué al desgaire a Daphne, y seguí el tintineo del hielo en su vaso, de la cocina al dormitorio pasando por la sala. La persiana estaba cerrada. Se había sentado en el borde de la cama y contemplaba la penumbra ambarina. De repente me dolió la cabeza. Ella vació la copa de un trago y aún sostenía el vaso en la mano cuando nos tendimos juntos; una gota de hielo escapó y cayó en el hueco de mi hombro. Tenía los labios helados y húmedos. Quiso decir algo, pero le tapé la boca con mis risas. Las ropas nos ceñían como vendajes y tironeé de ellas bufando. En un tris quedamos desnudos. Hubo una pausa de sorpresa. Cerca jugaban unos niños. Daphne apoyó la mano en mi cadera. Tenía los ojos cerrados y sonreía con las cejas enarcadas, como si escuchara una melodía lejana, soñadora y apenas divertida. Oí un sonido y miré por encima de mi hombro. Anna estaba en la puerta. Me vi tal como ella me estaba viendo: los muslos brillantes, la espalda pálida y entreabierta mi boca de pez. Anna vaciló un instante, se acercó a la cama con la mirada clavada en el suelo, como si estuviese profundamente ensimismada, se sentó a nuestro lado y empezó a desnudarse. Daphne y yo permanecimos uno en los brazos del otro y la contemplamos. Se quitó la blusa por la cabeza y apareció en la superficie como una nadadora, sacudiendo los cabellos. Un cierre metálico dejó su huella morada en el centro de la espalda. ¿Por qué me pareció mucho mayor que nosotros, hastiada del mundo, algo ajada, como un adulto que se suma con tolerancia al juego no del todo permisible de los niños? Daphne apenas respiraba y sus dedos apretaban cada vez con más fuerza mi cadera. Había separado los labios, fruncido ligeramente el ceño y contemplaba el cuerpo desnudo de Anna, perdida en una especie de difuso desconcierto. Oí los latidos de su corazón y los del mío. Daba la impresión de que asistíamos a un desnudamiento ritual.

Un rito, sí, así fue. Los tres luchamos lentamente en la cama, como si participáramos en una ceremonia arcaica de esfuerzo y adoración, imitando la construcción y la erección de algo, digamos que de un santuario o de un templo con cúpula. Qué serios fuimos, cuán meditabundos, con cuánta atención manipulamos nuestros cuerpos. Nadie pronunció palabra. Las mujeres empezaron intercambiando un casto beso. Sonrieron algo avergonzadas. Me temblaban las manos. Solo una vez, hacía mucho tiempo, había experimentado esa asfixiante sensación de transgresión, cuando de pequeño, una tarde de invierno en Coolgrange, me revolqué con dos primas pequeñas en la oscuridad de la escalera: el mismo temor e incredulidad, el mismo

regocijo voluptuoso, dolorido e infantil. Exploramos y nos acurrucamos como en sueños, temblando y suspirando. A ratos, alguno de nosotros aferraba a los otros dos con el fervor impaciente y voraz de un crío y lanzaba quedos gemidos, como si le doliera algo o sintiera un pesar insuperable. Por momentos tuve la impresión de que no eran dos mujeres sino una, un ser extraño y lejano, de muchos brazos, absorto tras una máscara esmaltada en algo cuya existencia yo ni siquiera podía sospechar. Al final, a medida que el último espasmo cobraba fuerzas en mi interior, me incorporé sobre los brazos temblorosos mientras Daphne hundía los talones en mi espalda y vi que las dos se mordisqueaban con tierna avidez, boca sobre boca abierta, y durante un instante la sangre anegó mis ojos y noté cómo se fundían sus cabezas, la rubia y la morena, la leonada y la elegante como una pantera. En el acto un estremecimiento arrancó de mi entrepierna y, exultante y asustado, caí sobre ellas.

Después fue solo Daphne la que permaneció en mis brazos, conteniéndome en su interior, mientras Anna se levantaba, caminaba hasta la ventana, apartaba con un dedo la cortina de lona y contemplaba el brumoso resplandor de la tarde. Los niños seguían jugando. Colina arriba hay una escuela, murmuró Anna. Apenas rio y añadió: «Y yo os pregunto, ¿qué es lo que sé?». Era uno de los estribillos de la viuda loca. De pronto todo se tornó pesaroso, gris y desolado.

Daphne hundió su rostro en mi hombro y lloró en silencio. Siempre recordaré las voces de aquellos niños.

Fue un extraño encuentro que nunca más se repitió. Ahora medito sobre él, no por lo que parece, sino porque me desconcierta. El acto en sí, el encuentro a tres, no fue tan extraordinario: en aquellos tiempos todos lo hacían. No, lo que entonces me sorprendió y lo que me sigue sorprendiendo es la extraña pasividad de mi papel en las actividades de aquella tarde. Aunque fui el hombre del triángulo, tuve la impresión de que era a mí a quien penetraban lenta e inexorablemente. Los listos dirán que fui el único eslabón a través del cual ellas negociaron, mano sobre mano, su caída en los brazos de la otra. Quizá sea verdad, pero no es muy importante ni, desde luego, el elemento central. En todo momento tuve la sensación de que se cumplía un rito en el que Anna Behrens era la sacerdotisa, Daphne la ofrenda del sacrificio y yo un mero accesorio. Me esgrimieron como a un falo de piedra, hicieron reverencias y se retorcieron a mi alrededor con suspiros mágicos. Fueron…

Se estaban despidiendo, sin duda. Se me acaba de ocurrir. No acababan de descubrirse, sino que se separaban. De ahí la pena y la sensación de que todo estaba perdido, de ahí el amargo llanto de Daphne. No tenía nada, absolutamente nada que ver conmigo.

Vaya, vaya. Es una de las ventajas de la cárcel, dispones de tiempo para llegar de verdad al corazón de las cosas.

La ilusión de aquel confundirse mutuo entre ellas que experimenté al final de nuestro encuentro de ese día en la cama perduró mucho tiempo. Incluso cuando pienso en ellas juntas veo una especie de moneda bicéfala en la que están tallados sus perfiles gemelos, serenos, emblemáticos y que miran en lontananza, una versión estilizada de virtudes emparejadas: digamos que Calma y Entereza o, mejor aún, Silencio y Sacrificio. Recuerdo cierto momento en el que Anna apartó su boca magullada y brillante de las piernas de Daphne y, mirándome con una sonrisilla cómplice y forzada, se hizo a un lado para permitirme ver el regazo despatarrado y abierto de la muchacha, complejo e inocente como una fruta partida por la mitad. Ahora comprendo que todo estuvo presente en aquel fugaz pasaje de renuncia y descubrimiento. Justo

entonces comenzó todo un futuro.

No recuerdo haberle propuesto matrimonio a Daphne. Por decirlo de alguna manera, su mano ya me había sido concedida. Nos casamos una neblinosa y bochornosa tarde de agosto. La ceremonia fue breve y sórdida. Me dolía la cabeza. Anna y uno de mis colegas de la universidad hicieron de testigos. Después los cuatro regresamos a la casa de las colinas y bebimos champán barato. La celebración no fue un éxito. Mi colega dio una excusa poco convincente y se retiró media hora después, lo que nos sumió a los tres en un silencio inquieto y arremolinado. En el aire, entre nosotros, nadaron todo tipo de cuestiones tácitas cual peces resbaladizos y peligrosos. Con su sonrisa, Anna dijo que suponía que los jóvenes preferíamos estar solos y se largó. De pronto una absurda turbación hizo mella en mí. Pegué un salto y me dediqué a recoger botellas vacías y copas, eludiendo la mirada de Daphne. El sol y la bruma se colaban por la ventana de la cocina. Me quedé ante el fregadero contemplando los espectros negroazulados de los árboles de la colina y dos lágrimas gordas e inexplicables asomaron a los bordes de mis párpados, pero no cayeron.

No creo haber amado a Daphne según lo que el mundo entiende por esta palabra, pero sé que amé sus actitudes. ¿Resultará extraño, frío, tal vez inhumano decir que en realidad solo me interesé por lo que ella era superficialmente? Bah, las apariencias me importan un bledo. Es la única forma en la que se puede conocer a otro ser: superficialmente, ahí reside la profundidad. Daphne deambulando por una habitación en busca de sus gafas, tocando cosas con suavidad y deprisa, interpretándolas con las yemas de los dedos. Su costumbre de hacerse a un lado y mirar dentro del bolso con el ceño fruncido y los labios apretados, como una tía solterona que busca unas cuantas monedas para comprar golosinas. Su mezquindad, sus súbitos ataques de glotonería, tan pueriles y encantadores. Aquella vez, hace años, ya no recuerdo dónde, cuando me topé con ella al final de una fiesta, vestida de blanco, de pie junto a la ventana en la media luz de un amanecer de abril, perdida en un sueño…, sueño del que yo, ebrio y de mal humor, la desperté sin miramientos cuando podría —¡santo cielo!—, cuando podría haber permanecido oculto para pintarla hasta el detalle más nimio y más tierno en la vacía pared interior de mi alma, donde mi amada sombría y misteriosa aún permanecería, tan intensa como aquel amanecer.

Enseguida acordamos —tácitamente, como de costumbre— dejar Estados Unidos. Casi sin pensarlo dos veces renuncié a mis estudios, a la universidad, a mi carrera académica, a todo, y antes de que el año llegara a su término embarcamos de regreso a Europa.

Maolseachlainn Mac Giolla Gunna, mi abogado y, según insiste, mi amigo, tiene maña para aprovechar lo que con toda evidencia es trivial en la elaboración de sus defensas. Las anécdotas sobre sus métodos circulan por los pasillos del tribunal de justicia y por las galerías de esta cárcel. Los detalles, los detalles son su obsesión. Es un hombre corpulento, pesado y torpe —lleva metros, literalmente metros de tela a rayas—, con una gran cabeza cuadrada, pelo desmelenado y minúsculos ojos de obseso. Creo que la vida dedicada a hurgar en las grietas de las tragedias ajenas ha dañado algo en su ser. Transmite un aire de herido anhelo. Dicen que es el terror del tribunal, pero cuando toma asiento ante la vapuleada mesa de la asesoría jurídica de la cárcel, con las gafitas de media luna enganchadas en su cabezota, se agazapa sobre los papeles y toma notas con letra laboriosa y diminuta, jadeante y mascullando para sus adentros, recuerdo sin poder evitarlo a un gordinflón de la escuela, desconsoladamente enamorado de mí, del que solía aprovecharme para que me hiciera los deberes.

En este momento Maolseachlainn está interesadísimo en saber por qué fui a Whitewater. ¿Y por qué no iba a ir? Conocía a los Behrens… Dios sabe que al menos conocía a Anna. Había estado fuera diez años y les hice una visita de cortesía como amigo de la familia. Pero parece que esto no es suficiente. Maolseachlainn frunce el ceño, menea lentamente su cabezota y, sin darse cuenta, machaca con los gajes de su oficio. ¿No es verdad que salí furioso de la casa de mi madre solo un día después de haber llegado al país? ¿No es verdad que me encontraba en un estado de profunda indignación porque me había enterado de que la colección pictórica de mi padre había sido vendida a Helmut Behrens por una cantidad en mi opinión ínfima? ¿Y no es verdad también que tenía motivos para estar resentido con el señor Behrens, que había intentado ponerle los cuernos a mi padre en…? Un momento, viejo: eso solo se supo después, dije. Maolseachlainn se muestra alicaído cada vez que lo corto de modo tajante. De todas formas, los hechos son los hechos.

Es verdad que volví a discutir con mi madre y que salí de casa hecho una furia (como era previsible, el perro me siguió e intentó morderme los talones). De todos modos, Binkie Behrens no fue el motivo de la discusión, al menos directamente. Por lo que recuerdo, fue la pelea de siempre: el dinero, la traición, mi partida a Estados Unidos, mi salida de Estados Unidos, mi matrimonio, el abandono de mi carrera, todo eso, lo habitual… y, sí, el hecho de que mi madre había vendido mi patrimonio por el precio de una cuadra de ponis feos a rabiar con los que soñó que amasaría una fortuna para mantenerse en su decrepitud. ¡Zorra cretina e ilusa! También había que tener en cuenta a Joanne, la chica. Antes de irme hice un alto y dije, midiendo las palabras, que me parecía muy fuera de lugar que una mujer que ocupaba la posición social de mi madre —¡la posición social de mi madre!— fuera tan amiga de una moza de cuadra. Reconozco que me proponía ofenderla, pero temo que fui el único que acabó con los ojos desorbitados. Después de un breve silencio, mi madre me miró a los ojos con descarada indiferencia y añadió

que Joanne no era una niña, que en realidad tenía veintisiete años. Es para mí —en este punto hizo una pausa para crear efecto—, para mí es como un hijo, como el hijo que nunca tuve. Tragué saliva con dificultad y dije: Me alegro por vosotras, ¡ya lo creo!, y salí cabreadísimo. En la calzada hice un alto y tuve que aguardar a que amainaran la indignación y el resentimiento para recobrar el aliento. A veces pienso que soy un sentimental redomado.

Aquella tarde fui a Whitewater. El último tramo del viaje, desde el pueblo, lo hice en taxi. El chófer era un hombre descomunalmente alto y demacrado, con gorra de plato y un viejo traje de franela gris. Me estudió con interés por el retrovisor y apenas se molestó en observar la carretera. Intenté devolverle una mirada maligna, pero no se dio por aludido y torció ligeramente un lado de su delgado rostro con un peculiar aire de complicidad. ¿Por qué recuerdo con tanta intensidad a este tipo de personas? Se amontonan en mi mente, cuando aparto la vista de la página se apiñan a mi alrededor, entre las sombras, calladas y algo curiosas…, hasta podría decirse que atentas. Supongo que son testigos, mirones inocentes que, sin rencor, han venido para prestar declaración en mi contra.

Nunca fui capaz de ir a Whitewater sin soltar un ligero e involuntario jadeo de admiración. La calzada traza, desde la carretera, una curva larga, cerrada y sin árboles, que parece hacer surgir la casa lenta y mágicamente, abriendo de par en par sus columnatas dignas de Palladio. El taxi paró en el camino de grava situado bajo la gran escalinata de la entrada y con el súbito silencio llegó la comprensión —así es, Maolseachlainn, lo admito— de que no tenía motivos para presentarme. Durante unos segundos miré alrededor con tambaleante consternación, como un sonámbulo al que despiertan, pero para entonces el taxista me contemplaba con embelesada expectación por el retrovisor y tuve que simular que sabía lo que hacía. Me apeé, me palmeé los bolsillos y fruncí el ceño dándome aires de importancia, pero no hubo modo de engañarlo, su sonrisa ladeada se volvió aún más ladina y hubo un momento en que creí que me iba a guiñar el ojo. Le dije secamente que esperara y subí la escalinata agobiado por una firme sensación de mofa general.

Mucho más tarde un hombrecillo colérico y hecho una pasa me abrió la puerta vestido con lo que, a primera vista, parecía el uniforme del conductor de un autobús. Ralos y largos mechones de pelo negrísimo se adherían a su cráneo como vetas de betún. Me miró con profundo asco. Hoy no abrimos, dijo, y estaba a punto de cerrarme la puerta en las narices cuando pasé a fuerza de ingenio a su lado y entré en el vestíbulo. Eché un vistazo alrededor, me froté lentamente las manos y sonreí, jugando al expatriado que acaba de regresar. ¡Ah, la vieja casa!, exclamé. El gran Tintoretto de la escalera, rebosante de ángeles y de mártires de mirada extraviada, me abrumó con su extensa gama cromática. El portero o lo que fuese se agitó preocupado a mis espaldas. Me volví y me cerní sobre él, sin dejar de sonreír, y dije que no era un turista, sino un amigo de la familia… Por casualidad, ¿estaba en casa la señorita Behrens? Se puso nervioso, desconfiando aún, me dijo que esperara y partió pasillo abajo, extendiendo un pie plano y luego el otro y alisando primorosamente los pelos grasientos de su coronilla.

Esperé. Todo estaba en silencio si exceptuamos el tictac de un alto reloj alemán del siglo XVII. En la pared, a mi lado, colgaban seis exquisitas y pequeñas acuarelas de Bonington. En ese momento podría haberme guardado un par bajo el brazo y haber salido. El reloj soltó un jadeo fatigoso y dio la media; a mi alrededor, en habitaciones cada vez más distantes, otros relojes hicieron sonar sus carillones individuales y plateados y fue como si un minúsculo terremoto

estremeciera la casa. Volví a contemplar el Tintoretto. También había un Fragonard y un Watteau. Y solo estaba en el vestíbulo. ¿Qué ocurría, qué pasaba para que todo estuviera desatendido? Oí que fuera el taxista hacía sonar el claxon, un bocinazo inseguro y como pidiendo disculpas. Debió de pensar que lo había olvidado. (Y así era.) En el fondo de la casa sonó un portazo y un segundo más tarde una bocanada de aire fresco me rozó la cara. Avancé ruidosamente por el pasillo al tiempo que detrás de mi esternón palpitaba un escalofrío ardiente y casi sensual de recelo. En el fondo soy un hombre tímido y los espacios grandes y vacíos me ponen nervioso. Una de las figuras del Fragonard, una sedosa dama de ojos azules y labio inferior abultado, me miraba de soslayo con lo que parecía una expresión de especulación horrorizada pero animada. Abrí una puerta con suma cautela. El grueso pomo cedió a la presión de mi mano con una tersura maravillosa y confiada. Entré en una estancia larga, alta, estrecha y de muchas ventanas. El empapelado tenía el color del oro deslustrado. El aire también era dorado y estaba bañado por la luz pesada pero suave de la tarde. Tuve la sensación de que me internaba en el siglo XVIII. Los muebles escaseaban, solo había cinco o seis piezas —delicadas sillas con respaldo en forma de lira, un aparador ornamentado, una mesilla de bronce dorado— situadas de tal manera que lo que parecía organizado no eran las cosas sino el espacio que las rodeaba, la luz propiamente dicha. Me quedé petrificado, con el oído atento no sé a qué. En la mesilla había un rompecabezas grande y complicado a medio montar. Algunas piezas habían caído al suelo. Las miré desperdigadas sobre el parqué como charcos de algo derramado y, una vez más, un ligero escalofrío pareció recorrer la casa. En el otro extremo de la habitación una puertaventana estaba abierta de par en par y la brisa agitaba la cortina de gasa. Fuera se divisaba una larga pendiente de jardín en la cual, a media distancia, hacía cabriolas un caballo solitario y heráldico. Más lejos se veía el recodo del río, cuyas aguas se blanqueaban en los bajíos, a mayor distancia la arboleda, después montañas difusas y luego el azul ilimitado y dorado del estío. Tuve la impresión de que, hasta cierto punto, la perspectiva de esa escena era errónea. Parecía que, en lugar de retroceder como correspondía, las cosas estaban dispuestas ante mí —el mobiliario, la puertaventana abierta, el jardín, el río y las montañas lejanas— como si en vez de ser miradas fueran ellas las que miraban, atentas a un punto de fuga situado en el interior de la estancia. Entonces me volví y me vi a mí mismo girando al volverme, como creo que aún me estoy volviendo, como a veces me figuro que siempre me volveré, como si este fuera mi castigo, mi condena, simplemente este giro jadeante, desdibujado e infinito hacia ella.

Ya han visto el cuadro en los periódicos, ya saben qué aspecto tiene. Una mujer joven, de vestido negro y ancho cuello blanco, de pie con las manos cruzadas por delante, una enguantada y la otra oculta salvo los dedos, que están doblados y sin anillos. Lleva algo en la cabeza, un tocado o algún tipo de pasador que le aparta tensamente el pelo de la frente. Sus ojos negros y saltones muestran una ligera inclinación oriental. La nariz es grande y los labios llenos. No es hermosa. En la mano derecha sostiene un abanico cerrado o, acaso, un libro. Está de pie en lo que para mí es la puerta abierta e iluminada de una habitación. Se divisa parte de un diván o quizá de una cama con funda de brocado. A su espalda la oscuridad es espesa y misteriosamente ingrávida. Su expresión es serena, nada expectante, como si hubiera un deje de desafío, incluso de hostilidad, en la disposición de su boca. No quiere estar allí, pero no puede estar en otra parte. El broche de oro que sujeta las solapas de su cuello ancho es caro y feo. Han visto todo esto, lo conocen. Pero yo les digo, amables expertos del jurado, que a pesar de haberlo visto no saben nada o casi nada. Desconocen la entereza y el patetismo de su presencia. No se han topado

súbitamente con ella, como me ocurrió a mí, un crepúsculo estival en una estancia dorada. No la han tenido en sus brazos, no la han visto despatarrada en una cuneta. No han —¡oh, claro que no! —, no han matado por ella.

Me quedé con la mirada fija lo que me pareció una eternidad y poco a poco me fue dominando una turbación, una ardiente y avergonzada conciencia de mí mismo, como si de alguna manera yo, este sucio saco de huesos, fuera el examinado con minuciosa y fría atención. No solo era la mirada pintada de la mujer lo que me escrutaba. Todos los elementos del cuadro —el broche, los guantes, la aterciopelada oscuridad del fondo—, cada punto del lienzo era un ojo clavado en mí sin parpadear. Di un paso atrás ligeramente pasmado. Los bordes del silencio se deshilachaban. Oí los mugidos de las vacas y el motor de un coche. Me acordé del taxi y me dispuse a salir. Una criada se había detenido junto a la puertaventana abierta. Debió de aparecer en aquel instante, me vio y retrocedió alarmada. Tenía los ojos muy abiertos, una rodilla doblada y una mano en alto como si quisiese desviar un golpe. Durante unos segundos ninguno se movió. Tras ella una brisa súbita bruñó la pendiente herbosa. No hablamos. Lentamente, con la mano aún en alto, retrocedió con cautela a través de la puertaventana y trastabilló mientras buscaba a ciegas con los tacones el nivel del sendero enlosado. Sentí una inexplicable y fugaz avalancha de fastidio…, tal vez un presentimiento, el céfiro perdido que se adelantaba a la tormenta a punto de descargar. En algún lugar sonó un teléfono. Me volví deprisa y abandoné la estancia.

En el pasillo no había nadie. El teléfono sonaba con irritante insistencia. Aún lo oí al bajar la escalinata. Obviamente, el taxi ya no estaba. Maldije y eché a andar por la calzada, cojeando sobre el terreno pedregoso con mis zapatos españoles de suela delgada. El sol bajo me dio de lleno en la cara. Cuando me volví para mirar la casa las ventanas estaban en llamas y parecían burlarse de mí. Empecé a sudar, lo que atrajo a los mosquitos. Volví a preguntarme qué me había impulsado a visitar Whitewater. Conocía la respuesta, era evidente. Lo que me atrajo fue el olor del dinero, del mismo modo que el olor a sudor atrajo a esos condenados mosquitos. Me vi como si estuviera en una de esas ventanas inflamadas por el crepúsculo, merodeando en medio del polvo, acalorado, contrariado y demasiado gordo, con la cabeza gacha y la gruesa espalda inclinada, con el traje blanco arrugado en las axilas y combado en el culo, una figura de risa, el final de un mal chiste, y de pronto me dominó la autocompasión. ¡Jesús! ¿No había nadie dispuesto a ayudarme? Hice un alto y eché una atribulada mirada a mi alrededor, como si un benefactor se ocultara en la arboleda. El silencio contenía una sensación de amortiguado refocilo. Reemprendí la marcha, oí motores y al cabo de unos minutos una enorme limusina negra rodeó la curva, seguida de un deportivo rojo y aerodinámico. Avanzaban a paso majestuoso, la limusina se balanceaba delicadamente sobre los amortiguadores y durante unos segundos pensé que se trataba de un cortejo fúnebre. Subí al borde del césped y seguí andando. El chófer de la limusina, un hombre voluminoso y de pelo corto, estaba erguido y vigilante, y rodeaba con manos leves el borde del volante como si fuese un proyectil al que podía quitar las amarras y arrojar con letal puntería. A su lado viajaba una figura encorvada y encogida; cuando el coche pasó a mi lado vislumbré un ojo oscuro, un cráneo con manchas que denotaban un hígado enfermizo y enormes manos apoyadas la una sobre la otra en el pomo de un bastón. Una rubia de gafas oscuras conducía el deportivo. Nos miramos con huero interés, como extraños, cuando pasó a mi lado. Por supuesto, la reconocí.

Diez minutos después avanzaba penosamente por la carretera, pulgar en alto, cuando la oí frenar detrás de mí. Supe que era ella. Me detuve y me volví. Permaneció en el deportivo, con las muñecas apoyadas en el volante. Hubo una breve y muda contienda para ver quién de los dos

hacía el primer movimiento. Ambos cedimos. Yo caminé hasta el coche y ella se apeó para acudir a mi encuentro. *Supe* que eras tú, dijo. Sonreímos y guardamos silencio. Vestía un traje crema y blusa blanca. Había manchas de sangre en sus zapatos. Su cabello era más pajizo de lo que yo recordaba, me pregunté si se lo teñía. Le dije que tenía un aspecto fenomenal. Hablaba en serio, pero como las palabras sonaron vanas me ruboricé. Anna, dije. Con vaga sorpresa recordé el día en que, mucho tiempo atrás, robé el sobre de una de sus cartas a Daphne, lo llevé al lavabo y lo abrí con el corazón encogido para lamer la goma que ella había lamido. Pensé: ¡La amé!, y solté una carcajada desenfrenada y sorprendida. Se quitó las gafas de sol y me miró curiosa. Me temblaban las manos. Ven a ver a papá, dijo, necesita que lo animen.

Condujo a todo gas accionando los mandos meticulosamente, como si intentara encontrar una pauta, una fórmula secreta oculta en esa maraña de actos pequeños y diestros. Quedé impresionado, hasta un poco intimidado. Rebosaba la impaciente seguridad de los ricos. No cruzamos palabra. En un abrir y cerrar de ojos llegamos a la casa y frenamos en medio de una lluvia de grava. Abrió su portezuela, hizo un alto, me miró un instante en silencio y meneó la cabeza. Freddie Montgomery, dijo. ¡Qué sorpresa!

Al subir la escalinata hacia la puerta principal, enlazó ligeramente su brazo con el mío. Me sorprendió. Cuando la había tratado, hacía tantos años, no era partidaria de las intimidades fáciles; sí de las intimidades, pero no de las fáciles. Se rio y dijo: Dios, creo que estoy un poco borracha. Había estado en el hospital de la ciudad… porque Behrens había sufrido un ligero ataque. El hospital estaba alborotado. Un coche bomba había estallado en una transitada calle comercial; por lo que se sabía, se trataba de un artefacto muy pequeño pero de extraordinaria eficacia. Anna había entrado en el pabellón de las víctimas sin que nadie se lo impidiese. Por todas partes había cuerpos. Deambuló entre los muertos y los agonizantes y se sintió como una superviviente. Santo Dios, Anna, dije. Rio tensa. Vaya experiencia, comentó, afortunadamente Flynn lleva en la guantera una petaca con algo fuerte. Había dado sus buenos tragos y empezaba a lamentarlo.

Entramos en la casa. El portero uniformado no estaba en ningún sitio. Le conté a Anna que se había ido y me había dejado merodear a mis anchas. Se encogió de hombros. Suponía que todos habían bajado a ver las noticias del atentado en la televisión. De todos modos, dije, cualquiera podría haber entrado. Venga ya, ¿crees que alguien puede entrar y colocar una bomba?, preguntó. Me miró con una peculiar sonrisa de amargura.

Me guio hasta el salón dorado. La puertaventana seguía abierta. No había indicios de la criada. Una especie de timidez me llevó a apartar la mirada del otro extremo de la estancia, en el que el cuadro sobresalía ligeramente de la pared, como si prestara suma atención a cuanto allí acontecía. Me senté con delicadeza en una de las sillas Luis XV mientras Anna abría el aparador tallado y con florituras, y servía dos generosas medidas de ginebra. No había hielo y la tónica había perdido el gas, pero no me importó porque me hacía falta un trago. Aún estaba jadeante por la idea de que había estado enamorado de ella. Me sentía excitado, perplejo y ridículamente satisfecho, como un niño a quien le han dado algo precioso para jugar. Volví a repetirlo para mis adentros —*¡La amé!*—, probando el sonido de las palabras. Ese pensamiento excelso, genial y un poco delirante encajaba a la perfección con el entorno. Anna caminaba entre el ventanal y yo y sujetaba firmemente el vaso con ambas manos. La cortina de gasa se hinchó perezosa en las lindes de mi visión. Parecía que algo temblaba en el aire. De pronto el teléfono situado en la mesa baja, a mi lado, sonó con estrépito. Anna contestó y dijo sí, sí, ¿cómo dice? Rio. Es un taxista que espera cobrar la carrera, me comentó. Me puse al aparato y le hablé en tono severo al

taxista. Anna me observó atenta, con una especie de ávido regocijo. En cuanto colgué, dijo alegremente: ¡Ah, Freddie, te has vuelto tan pomposo! Fruncí el ceño. No supe qué responder. Su risa y su mirada vidriosa estaban teñidas de histeria. He de reconocer que yo tampoco estaba muy tranquilo. Mira, dijo. Contemplaba molesta sus zapatos manchados de sangre. Chasqueó la lengua, dejó el vaso sobre la mesa y abandonó a toda prisa la estancia. Aguardé. Todo eso ya había ocurrido antes. Caminé hasta el ventanal abierto y me detuve, con la mano en el bolsillo, a beber la ginebra. Pomposo, ni más ni menos…, ¿a qué se refería? El sol casi se había puesto y la luz se apiñaba en manojos por encima del río. Salí a la terraza. Un bálsamo de aire tibio recorrió mi rostro. Pensé que era muy extraño estar allí, con el vaso en la mano, en medio del silencio y la calma de un crepúsculo estival, mientras en mi cabeza había tanta oscuridad. Me volví y contemplé la casa. Parecía deslizarse velozmente contra el cielo. Quería mi parte de esa riqueza, de esa comodidad de oropel. Desde lo más recóndito de la estancia un par de ojos oscuros, serenos y ciegos miró hacia fuera.

Flynn, el chófer de pelo cortado a cepillo, se acercó desde un lado de la casa con un aire de amabilidad de labios apretados que era algo amenazador, deslizándose sobre los metatarsos de sus pies delicados a pesar de su desproporción. Gastaba bigote de bandolero, caído y de color negro azulado, muy cuidado y con las puntas recortadas, de modo que parecía pintado en su cara grande y pálida. Los bigotes no me gustan, ¿ya lo he comentado? Tienen algo obsceno que me espanta. No me cabe duda de que el psiquiatra de la cárcel podría explicar el significado de esta aversión… y tampoco me cabe duda de que en mi caso se equivocaría. Flynn era un ejemplar realmente ofensivo. No sé por qué, pero de repente el hecho de verlo me dio ánimos, me alentó. Lo seguí con ganas al interior de la casa. El comedor era una caverna enorme, oscura y plagada del destello y el centelleo de objetos preciosos. Behrens entró apoyándose en el brazo de Anna; conformaba una figura alta y delicada, con suntuoso traje *tweed* y corbata de lazo. Se movía con lentitud, midiendo los pasos. Su cabeza algo temblorosa era pulida y de cúpula empinada, como un maravilloso huevo desecado. Debía de hacer veinte años que no lo veía. Reconozco que quedé intensamente impresionado. Poseía la pátina fina y sutil de algo creado con amor, como una de esas exquisitas figurillas de jade, tentadoramente pequeñas, que un instante antes había visto sobre la repisa de la chimenea. Cogió mi mano y la apretó despacio con sus dedos de estrangulador mirándome al fondo de los ojos como si intentara vislumbrar a otra persona. Frederick, dijo con voz velada, eres tan parecido a tu madre.

Cenamos en una mesa destartalada puesta en el vano de una alta ventana con vista al jardín. La cubertería era barata y los platos formaban parte de distintos juegos. Era algo que siempre recordé de Whitewater: la improvisación con que se vivía la vida en rincones insólitos, al borde mismo de las cosas. Esa casa no estaba destinada a seres humanos, tanta magnificencia no podía tolerar en su seno las chapucerías de la gente. Observé a Behrens mientras cortaba un trozo de carne jugosa. Esas manos inmensas me fascinaban. Siempre tuve la convicción de que, en algún momento del pasado, había matado a alguien. Intenté imaginarlo joven, con pantalón de franela y *blazer*, con la raqueta de tenis en la mano —¡Vaya, mirad, ahí está Binkie!—, pero me resultó imposible. Mencionó el atentado del coche bomba. Cinco muertos —¿o a esas alturas ya eran seis?— con un solo kilo de explosivos. Suspiró y meneó la cabeza. Más que alterado se diría que estaba impresionado. Anna apenas habló. Estaba pálida y parecía cansada y abstraída. Por primera vez noté lo mucho que había envejecido. La mujer que hacía quince años había tratado seguía allí, pero enclavada en una figura más tosca, cual una de las amantes de Klimt con incrustaciones de piedras preciosas. Contemplé el crepúsculo gris luminoso, espantado y, de una

manera retorcida, orgulloso al pensar en lo que había perdido, en lo que podría haber sido. Cúmulos de nubes y, por último, una franja de cielo brillante. De pronto trinó un mirlo. Algún día también yo perdería todo eso, moriría y todo desaparecería, aquel momento junto a esa ventana, en pleno verano, en el tierno filo de la noche. Era sorprendente pero verídico, sucedería. Anna encendió un fósforo y prendió la vela que reposaba sobre la mesa; durante unos segundos reinó una sensación de revuelo, de balanceo en la atmósfera tenue y oscura.

Mi madre, dije a Behrens, pero tuve que hacer un alto y carraspear…, tengo entendido que mi madre le dio algunos cuadros. El hombre dejó caer sobre mí su mirada de ave de rapiña. *Me vendió*, puntualizó casi en un susurro, me los vendió, no me los dio. Sonrió. Hicimos una breve pausa. Behrens estaba a sus anchas. Añadió que, en el caso de que hubiese ido con la esperanza de volver a ver los cuadros, lo lamentaba mucho. Comprendía que les tuviese apego, pero se había deshecho de ellos casi en el acto. Volvió a sonreír afablemente. Había una o dos obras bastante buenas, pero no habrían quedado bien allí, en Whitewater.

Aquí lo tienes, padre, pensé, esto es cuanto vale tu ojo de experto.

Verás, quería ayudar a tu madre, decía Behrens. Sabrás que estuvo enferma. Le di mucho más de lo que valían en el mercado…, pero espero que no se lo digas. Me parece que tenía la ilusión de montar algún negocio. Rio. ¡Es una mujer tan vital!, exclamó. Se hizo otro silencio. Behrens jugueteó con el cuchillo, divertido y expectante. Con cierta sorpresa me di cuenta de que debía de haber pensado que yo había ido con el propósito de exigir que me devolviera la colección. Y entonces me pregunté, como es lógico, si la había timado con el precio, pese a sus declaraciones en sentido contrario. Esa idea me animó de un modo increíble. Vaya, viejo taimado, pensé y reí para mis adentros, eres igual al resto de los mortales. Observé el perfil de Anna débilmente reflejado en la ventana. ¿Y qué era ella sino una solterona que envejecía, con sus arrugas y su pelo teñido? Es probable que Flynn la cubriera una vez al mes en los intervalos entre lavar el coche e ir a la barbería a recortarse el bigotito. ¡Malditos seáis todos! Me serví un vaso rebosante de vino, derramé un chorro en el mantel y me alegré. Ah, la oscuridad, la oscuridad.

Esperaba que me invitasen a pasar la noche en Whitewater, pero después del café Anna se disculpó, salió un momento y al regresar dijo que había pedido un taxi por teléfono. Me ofendí. Había recorrido tanto camino para verlos y ni siquiera me ofrecían una cama. Se instauró un silencio intolerable. Por incitación mía, Behrens se puso a hablar de pintores holandeses. ¿Me lo imaginé o me miró con sorna cuando preguntó si había estado en la habitación del jardín? Cambió de tema antes de que me percatase de que se refería al salón dorado. Ahora estaba sentado, con la cabeza temblorosa y la boca entreabierta, y miraba, embotado, la llama de la vela. Alzó la mano como si estuviera a punto de recuperar la palabra, pero la dejó caer cansinamente. Los faros de un coche alumbraron la ventana y sonó el claxon. Behrens no se levantó. Me alegro de verte, murmuró, y me ofreció la mano izquierda. Cuánto me alegro.

Anna me acompañó hasta la puerta principal. Tuve la impresión de que había hecho el ridículo, pero no supe con exactitud por qué. En el pasillo nuestras pisadas se volvieron estentóreas, un jaleo confuso y algo absurdo. Flynn tiene la noche libre, se justificó Anna, de lo contrario habría hecho que te llevara. Respondí, muy rígido, que no tenía importancia. Para mis adentros me preguntaba si éramos las mismas personas que una ardiente tarde de domingo habíamos rodado desnudas en la cama con Daphne, al otro lado del mundo, al otro lado del tiempo. No sé cómo imaginé que alguna vez la había amado. Tu padre tiene buen aspecto, comenté. Anna se encogió de hombros. Pues se está muriendo, dijo. No sé qué pasaba por mi cabeza, pero al llegar a la puerta busqué torpemente su mano e intenté besarla. Anna retrocedió

deprisa y estuve a punto de caer. El taxista hizo sonar el claxon por segunda vez. ¡Anna!, exclamé, y no se me ocurrió nada más que decir. Rio con frialdad. Vete a casa, Freddie, dijo con triste sonrisa, y lentamente me cerró la puerta en las narices.

Por supuesto, sabía quién conduciría el taxi. No abra la boca, le dije en tono severo, ¡no se le ocurra pronunciar una sola palabra! Me miró por el retrovisor con actitud afligida y acusadora y rodamos despacio por la calzada. Me di cuenta de que no tenía adónde ir.

Es septiembre. Hace dos meses que estoy aquí. Parece que ha transcurrido más tiempo. El árbol que entreveo desde la ventana de mi celda presenta un aspecto triste y polvoriento, pronto cambiará de color. Tiembla como expectante y por la noche me hago la ilusión de que lo oigo, crujiendo lleno de vida entre las sombras. Por la mañana los cielos son espléndidos, enormemente altos y diáfanos. Me gusta ver cómo se acumulan y se dispersan las nubes. Es un trabajo descomunal y delicado. Hoy se ha formado el arcoíris; al verlo solté una risa estentórea, como si se tratara de un chiste fantástico y absurdo. A ratos la gente pasa bajo el árbol. Debe de ser un atajo. A las nueve aparecen las administrativas con sus cigarrillos y sus peinados de fantasía y, poco después, las soñadoras amas de casa que acarrean bolsas de la compra y niños. Todas las tardes, a las cuatro, llega un escolar rezagado que, cual una joroba, porta a la espalda una cartera enorme. También pasan perros, que caminan muy deprisa con aire decidido, hacen un alto, sueltan un apresurado chorrito en el tronco y siguen su camino. Otras vidas, otras vidas. En los últimos días, desde que empezó a cambiar la estación, todos —el escolar incluido— parecen caminar con paso más ligero, sustentados, como si volaran, por el vidrioso y azulino aire otoñal.

En esta época del año suelo soñar con mi padre. Aunque el sueño es siempre el mismo, las circunstancias varían. La persona que aparece es sin duda mi padre, pero no tal como lo conocí. Está más joven, más robusto, más animado y muestra un rebuscado sentido del humor. Llego al hospital o a otra institución por el estilo y después de muchas búsquedas y malentendidos lo encuentro sentado en la cama, con una humeante taza de té en la mano. Lleva el pelo juvenilmente revuelto y un pijama que no le pertenece. Me saluda con avergonzada sonrisa. Lo abrazo con ademán impulsivo y fervor porque estoy agitado y me he preocupado mucho. Soporta con ecuanimidad esta inusitada muestra de cariño, me palmea el hombro y ríe entre dientes. Tomo asiento en una silla, junto a la cama, y guardamos silencio unos instantes, sin saber qué hacer ni adónde mirar. Tengo entendido que ha sobrevivido a un accidente, un naufragio o una enfermedad como la tisis. Por alguna razón, es su propia temeridad, su imprudencia (¡mi imprudente padre!), lo que lo ha llevado a una situación de riesgo y ahora se siente absurdo y cómicamente avergonzado. En el sueño yo soy siempre el responsable de su afortunado salvamento porque di la alarma, llamé a la ambulancia, bajé el bote salvavidas o algo parecido. Mi hazaña se interpone entre nosotros como algo enorme y poco manejable, como el amor mismo, prueba al fin de la auténtica consideración filial. Despierto sonriente, con el corazón rebosante de ternura. Antes creía que, en el sueño, lo rescataba de la muerte, pero últimamente pienso que lo que deshago de un golpe es, más bien, la prolongada calamidad de su vida. Es posible que ahora tenga que cumplir otra tarea parecida. Hoy me comunicaron que mi madre ha muerto.

Cuando el taxi llegó al pueblo ya había partido el último coche de línea para la ciudad, tal como había vaticinado el chófer con melancólico regocijo. Nos detuvimos en la calle principal a oscuras, delante de una ferretería, con el motor en marcha. El taxista se volvió en el asiento, se levantó la gorra para rascarse rápidamente con un dedo y se dispuso a organizar lo que yo haría a continuación. Por enésima vez me sorprendió la forma en que miran estos individuos, la ingenuidad sorda y brutal de su interés. Será mejor que le ponga nombre —sospecho que se llama Reck—, pues aún tendré para rato con él. Dijo que le encantaría llevarme a la ciudad en su taxi. Negué con la cabeza: había casi cincuenta kilómetros y ya le debía dinero. En ese caso, añadió con una sonrisa espantosa y zalamera, su madre podía darme alojamiento (al parecer Reck regentaba una taberna, encima de la cual había una habitación). Aunque la idea no me atraía, la calle estaba oscura, profundamente silenciosa, las herramientas del escaparate de la ferretería tenían un aspecto muy deprimente y sí, dije con voz débil y me llevé la mano a la frente, sí, lléveme a la taberna de su madre.

Como la señora no estaba, dormía o algo así, Reck en persona me guio escaleras arriba y avanzó de puntillas como una araña grande y temblequeante. El cuarto tenía una ventana pequeña y baja, una silla y una cama con un hueco en medio, como si acabaran de retirar un cadáver. Olía a pis y a cerveza negra. Reck me sonrió con timidez y apretujó la gorra con las manos. Le di las buenas noches de modo terminante y se retiró con andar cansino. Lo último que vi del taxista fue la mano huesuda que cerró lentamente la puerta al salir. Deambulé por el cuarto y oí como crujían las tablas del suelo. Me gustaría saber si me froté las manos. El ventanuco y la cama hundida me provocaron una vertiginosa sensación de desproporción, yo parecía demasiado alto y mis pies demasiado grandes. Me senté en el borde de la cama. Por la ventana se colaba un ligero resplandor. Si me inclinaba, divisaba un torcido cañón de chimenea y la silueta de los árboles. Me sentí como el héroe melancólico de una novela rusa, meditando en mi cuartucho encima de la taberna de la aldea Tal, en el año Cual, con toda la historia ante mí, a la espera de ser narrada.

No dormí. Las sábanas estaban húmedas y algo resbaladizas y llegué a la conclusión de que no era el primero que se agitaba y se revolvía entre ellas desde su último paso por la lavandería. Intenté tenderme, tenso como un muelle, de modo tal que la mínima parte de mi cuerpo estuviera en contacto con las sábanas. El campanario de una iglesia lejana dio las horas con una nota extraordinariamente mortecina. Oí los habituales ladridos de los perros y bramidos del ganado. El sonido de mis bufidos de descontento me enfureció. De vez en cuando pasaba un coche o un camión y en esos momentos una caja de geometría iluminada se deslizaba a toda velocidad por el techo, bajaba por las paredes y se perdía en un rincón. Tenía una sed desaforada. Los sueños de vigilia me asaltaron con visiones grotescas e indecentes. En un momento, cuando estaba a punto de quedarme dormido, experimenté una brusca y espantosa sensación de caída y me incorporé de una sacudida. Aunque procuré apartarla de mi mente, no hacía más que pensar en Anna Behrens. ¿Qué le había pasado para encerrarse en ese espantoso museo, con un viejo agonizante por única compañía? Tal vez no había pasado nada, quizá las cosas eran así. Puede que los días transcurrieran uno tras otro, sin sonido, hasta que al final fue demasiado tarde y una mañana despertó y se encontró anclada en la mitad de su vida. La imaginé allí, pesarosa y solitaria, hechizada en su castillo mágico año tras año y…, bueno, por mi cabeza desfilaron todo tipo de ideas disparatadas, me da apuro referirlas. Y mientras yo pensaba estas cosas, otro pensamiento, situado en otro nivel, más lóbrego, liaba y liaba su madeja sombría. Así que mi plan se originó de una embrollada combinación de ideas sobre quijotismo, rescate y recompensa. Señoría, le

aseguro que no es un intento furtivo de excusarme: solo pretendo explicar mis móviles, quiero decir los más profundos, si es que tamaña cosa es posible. A medida que pasaban las horas —y las estrellas brillaban a través del ventanuco para volver a desvanecerse muy despacio—, en mi mente Anna Behrens se fundía con las otras mujeres que, hasta cierto punto, estaban a mi cargo —Daphne, por supuesto, y hasta mi madre, incluso la moza de cuadra—, pero al final, cuando alboreó el día, fue la figura holandesa del cuadro del salón del jardín la que se cernió sobre la cama y me contempló escéptica, inquisitiva e impasible. Me levanté, me vestí, me senté en la silla junto a la ventana y observé la luz cenicienta del día que descendía sobre los tejados y se colaba entre las ramas de los árboles. Mi mente operaba a toda velocidad, la sangre burbujeaba en mis venas. Entonces supe qué haría. Estaba agitado y al mismo tiempo experimentaba una honda sensación de pavor. Abajo comenzó el movimiento. Quería salir, salir, ser y hacer. Me dispuse a abandonar el cuarto, pero me detuve y me tendí en la cama unos segundos para recobrar la calma; en el acto me hundí en un sueño profundo y terrible. Fue como si me hubiesen fulminado. Soy incapaz de describirlo. Solo duró uno o dos minutos. Desperté temblando. Fue como si el corazón de las cosas se hubiese saltado un latido. Así empezó el día, y así continuaría, en medio del horror.

La señora Reck era alta y delgada. No, era baja y gorda. No la recuerdo con claridad. No quiero recordarla con claridad. Por amor de Dios, ¿cuántos detalles grotescos esperan que invente? La llamaré como testigo y ustedes juzgarán por sí mismos. Al principio creí que le dolía algo, pero solo me eludió y se acobardó a causa de la espantosa timidez que le trababa la lengua. En el saloncito de detrás del bar me surtió de salchichas, lonchas de bacon y morcilla (el verdugo tomó un copioso desayuno). Un tortuoso silencio llenó aquel ámbito y me oí tragar. Las sombras pendían de las paredes cual frondas de telarañas. Había una imagen de Jesús con el corazón chorreante, pintada con espesos tonos carmesí y crema, y la foto de algún Papa bendiciendo a las multitudes desde un balcón del Vaticano. La sensación de pesimismo se aposentó en mi pecho como la acedía. Reck apareció en tirantes y mangas de camisa y preguntó con timidez si todo iba bien. ¡De maravillas, de maravillas!, dije decidido. Se me quedó mirando y sonrió tiernamente con una especie de dichoso orgullo. Yo parecía algo que él había dejado para que se propagase durante la noche. Ah, estas vidas pobres y sencillas, tan numerosas, a través de las cuales he dejado una estela de babas. Ni una vez mencionó el dinero que le debía…, incluso cuando hablamos por teléfono se disculpó por no haberme esperado. Me levanté y pasé a su lado al franquear la puerta. Solo salgo un rato a respirar un poco, dije. Sentí mi horrible sonrisa como si a mi rostro se hubiese adherido algo pegajoso. Reck asintió y una leve arruga de pesar frunció su ceño y bajó hasta su hocico de oveja. Sabías que pensaba largarme, ¿no? ¿Por qué no me lo impediste? No entiendo a estas gentes. Ya lo he dicho antes: no las entiendo.

El sol brillaba a través de la raleante bruma. Aún era más temprano de lo que me había imaginado. Bajé por una acera de la calle principal y subí por la otra, retorciéndome de impaciencia. Había muy pocos transeúntes. ¿De dónde provendrá la idea de que la gente de campo madruga? Pasó una furgoneta, arrastrando un remolque con un cerdo. Al final de la calle se alzaba un puente que franqueaba un riacho pardusco y poco profundo. Me senté en el pretil y observé un rato el agua. Necesitaba afeitarme. Pensé volver a casa de Reck y pedirle prestada una maquinilla, pero no era lo bastante cínico para cometer semejante desfachatez. El calor empezaba a apretar. Me sentí mareado bajo el sol, mientras veía el agua que burbujeaba y saltaba a mis pies. Poco después apareció un anciano corpulento que se dirigió a mí sin preámbulos. Llevaba sandalias, de su hombro colgaba un impermeable raído que semejaba el tartán de un

palurdo y portaba un grueso bastón de fresno. Tenía el pelo largo y la barba enmarañada. Por algún motivo imaginé su cabeza trasladada en alto, en una bandeja. Habló serenamente, con voz clara y retumbante. No entendí ni una palabra de lo que dijo —por lo visto había perdido la capacidad de expresión—, pero me conmovió la forma en que se detuvo, en que se apoyó en el báculo con una rodilla doblada y la mirada fija en mí mientras pronunciaba su testamento. Vi cómo movía la boca en medio del matorral de sus barbas y asentí lenta y seriamente con la cabeza. Los locos no me asustan, ni siquiera me incomodan. Reconozco que sus delirios me calman los nervios. Creo que se debe a que, para ellos, todo —desde la explosión de una nova hasta la caída del polvo en una habitación abandonada— tiene una importancia inmensa y equivalente y, en consecuencia, carece de significado. Concluyó su discurso y durante unos segundos me observó en silencio. Movió la cabeza con gravedad, me dirigió una última y significativa mirada, se dio la vuelta y se alejó cruzando el puente.

Su señoría, sé que he dicho que tenía un plan, pero solo en el sentido más amplio de la palabra. Los detalles nunca han sido mi fuerte. Por la noche, cuando se partió el cascarón y la cosa agitó por primera vez sus alas pegajosas y frágiles, había pensado que me reiría de una idea tan absurda cuando llegara la mañana y recomenzase la vida real. Y vaya si reí, aunque fuese con actitud pensativa. Estoy convencido, realmente convencido, de que nada habría ocurrido si no hubiese quedado varado en aquel agujero, sin otra cosa que mis sombríos pensamientos para pasar el tiempo. Habría apelado a Charlie French y le habría pedido dinero prestado; habría vuelto a la isla para pagar la deuda al señor Aguirre; entonces habría recogido a mi esposa y a mi hijo y habría vuelto a casa, a Coolgrange, para hacer las paces con mi madre, establecerme, convertirme en un hacendado como mi padre, para vivir y ser feliz. Ah…

¿De qué hablaba? Ah, sí, del plan. Su señoría, no soy un genio. La prensa, que desde el primer momento se desbocó —al fin y al cabo, era temporada baja y le proporcioné un tema soberbio e inagotable—, me ha retratado como un criminal peligroso y como una bestia rubia, meticulosa, fría y de férrea voluntad. Juro que solo fue un ir a la deriva, como todo lo demás. Supongo que al principio jugué con la idea, me la conté como si fuese un relato mientras permanecía tendido, príncipe insomne, en la casa recargada y de mal gusto de Mamá Reck, al tiempo que las inocentes estrellas se apiñaban silenciosamente en el ventanuco. Por la mañana me levanté, la acerqué a la luz y ya había empezado a endurecerse, a cuajar. Por muy extraño que resulte, parecía obra de otro y me la habían dado para medirla y someterla a prueba. Parece que este proceso de distanciamiento fue un preludio básico para la acción. Tal vez explique la extraña sensación que me poseyó en el puente, encima del río borboteante. Es difícil describirlo. Sentí que yo era por completo distinto al que era. Quiero decir que conocía a la perfección a ese hombre rubio, corpulento, con unos kilos de más y traje arrugado que estaba sentado en el pretil y movía preocupado los pulgares, pero, al mismo tiempo, fue como si yo —el yo real, pensante y sensible— hubiese quedado atrapado dentro de un cuerpo que no me pertenecía. Pero no, tampoco es exactamente así. Porque la persona que estaba dentro también era extraña para mí, de lejos mucho más extraña que el ser físico y conocido. Admito que lo que digo no es claro. Sostengo que el que estaba en mi interior era extraño para *mí*, pero ¿a qué versión de *mí* me refiero? No, ya lo veo, no queda nada claro. De todos modos, no fue una sensación novedosa. Siempre me he sentido…, ¿cómo se dice?, eso es, escindido. Sin embargo, aquel día la sensación era más intensa, más marcada que de costumbre. Bunter estaba inquieto, desesperado por salir. Llevaba demasiado tiempo encerrado, barbotaba, protestaba y provocaba desde dentro y supe que cuando por fin saliese hablaría y hablaría. Me dio vértigo. La náusea gris me retorció las

entrañas. Me pregunto si la sala se hace cargo del estado en que se encontraban mis nervios, no solo aquel día sino a lo largo de ese período. Mi esposa y mi hijo eran rehenes de unos desaprensivos, yo estaba prácticamente sin blanca, aún faltaban dos meses para recibir la asignación trimestral de la miseria que mi padre me había legado y ahí estaba, después de una noche espectral, con los ojos enrojecidos, sin afeitar, encallado en medio de la nada y evaluando actos desesperados. ¿Cómo no iba a marearme, por qué no se me iban a retorcer las entrañas?

Al fin noté que, a mis espaldas, el pueblo cobraba vida con desgana y regresé por la calle principal, atento a un inoportuno encuentro con Reck o, peor aún, con su madre. Era una mañana soleada y tranquila, cargada de rocío y algo embotada, como ebria de su propia inexperiencia. En las aceras había manchones de humedad. El día sería glorioso. Oh, sí, glorioso.

Hasta que la encontré no supe que buscaba la ferretería frente a la cual la noche anterior Reck había parado el taxi. Estiré el brazo, abrí la puerta, la campanilla produjo un sonido breve y metálico, y mis piernas me trasladaron al interior.

Penumbra, olor a queroseno y a aceite de linaza y montones de trastos colgados del techo. Un hombre bajo, fornido, mayor y a punto de quedarse calvo barría el suelo. Llevaba zapatillas y una bata color canela de las que no había vuelto a ver desde mi infancia. Me sonrió, inclinó la cabeza y dejó el cepillo a un lado. De todos modos, no habló —sin duda por deformación profesional— hasta que tomó posición detrás del mostrador, se apoyó en las manos y ladeó la cabeza. Pensé que unas gafas de montura metálica le habrían dado un toque de gracia. Enseguida me cayó bien. Buenos días, señor, dijo con tono jovial, como si me diese la mano. Hizo que me sintiera mejor. Fue amable en la medida de lo correcto, sin excesiva sumisión ni el menor indicio de entrometimiento. Compré un ovillo de bramante y un rollo de papel de estraza. También una madeja de cuerda —recuerdo que enrollada en un cilindro rígido, muy semejante al nudo del verdugo— de cáñamo del bueno, resistente y liso, nada que ver con esas modernidades de plástico. Casi no sabía qué me proponía hacer con esos objetos. La cuerda, por ejemplo, fue un mero capricho. Me daba igual. Hacía años —¡décadas!— que no experimentaba un placer tan simple y ávido. El ferretero depositó amorosamente mi compra en el mostrador, canturreó en voz baja, sonrió y frunció los labios con gesto aprobador. Era el recreo. En ese mundo de simulación, yo podía tener cuanto quería. Sin ir más lejos, una sierra de espiga con mango de palo de rosa. Un juego de útiles de chimenea con las asas en forma de monos sabios. O el cubo esmaltado y blanco, con la delicada sombra azul clara a un lado. ¡Oh, cualquier cosa! Entonces vi el martillo. Una pieza moldeada y pulida de acero inoxidable, como el fémur de un animal veloz, con aterciopelada empuñadura de caucho y cabeza y oreja engomadas. Soy lo más torpe que quepa imaginar, me considero incapaz de clavar bien un clavo, pero confieso que siempre abrigué el deseo innominado de poseer un martillo como aquel. Más risas en la sala, por supuesto, más carcajadas chuscas por parte de los graciosos de la galería. Su señoría, amables y mañosos miembros del jurado, insisto, insisto en que se trataba de un deseo inocente, un capricho, un anhelo por parte del niño desdichado que hay dentro de mí —no es Bunter, no es él, sino el verdadero y perdido espectro de mi niñez—, el deseo de poseer ese juguete prodigioso. Por primera vez, mi padrino mágico titubeó. Hay otros modelos, osó decir, menos —lanzó un suspiro corto y contenido—, menos caros, señor. Pero no, no, no pude resistirme. Debía tener aquel martillo. Sí, precisamente aquel, el que estaba allí, con su etiqueta. En síntesis, un martillo de la máxima calidad.

Salí de la ferretería con mi paquete bajo el brazo, los ojos nublados y sonriente, feliz como un escolar ebrio. El tendero me había estrechado la mano con actitud extraña y críptica. Tal vez era

masón y quería comprobar si yo formaba parte de la hermandad. Pues no, prefiero pensar que no era más que un hombre honrado, bondadoso y bienintencionado. En este testimonio no figuran muchos de su calaña.

A esas alturas tenía la impresión de que conocía el pueblo. De hecho, sentía que ya había estado e incluso que con anterioridad había hecho lo que hice: deambular sin rumbo fijo a primera hora, sentarme en el puente, entrar en una tienda y comprar cosas. No puedo dar una explicación: es lo que sentía. Era como si hubiese tenido un sueño profético y lo hubiera olvidado, y lo que ocurría era la profecía haciéndose realidad. También debo reconocer que todo lo que hice aquel día se contagió de esa sensación de inevitabilidad… Hay que tener en cuenta que, en mi vocabulario, *inevitable* no significa *excusable*. Claro que no, por mis venas corre una potente mezcla de sangre católica y calvinista.

De repente se me ocurrió, con dichosa intrascendencia, que era un día de mitad del verano.

Este es un país maravilloso, un hombre con acento correcto puede hacer casi de todo. Pensé que me dirigía a la parada del coche de línea para averiguar a qué hora salía un autobús para la ciudad, pero me encontré —una inevitabilidad más— a las puertas de un ruinoso taller de la plaza del pueblo. Un muchacho de sucio mono que le estaba pequeño trasladaba neumáticos y silbaba desafinando. El oxidado letrero de hojalata clavado en la pared por encima de su cabeza pregonaba: «Alquiler de coches Melmoth». El mozalbete hizo un alto y me miró sin ambages. Aunque había dejado de silbar, tenía los labios fruncidos. ¿Puedo alquilar un coche?, pregunté, y señalé el letrero. Giré el volante imaginario. El chico no dijo nada y frunció el ceño desconcertado como si le hubiese pedido algo realmente estrafalario. De la oficina salió una mujer fornida y pechugona y le habló con acento agrio. Vestía blusa roja, pantalón negro ceñido y sandalias de tacón sin puntera. Su pelo, negro como las alas de un grajo, estaba recogido en forma de *brioche* y de los lados le colgaban rizos. Me recordó a alguien, pero no supe a quién. Me condujo a la oficina, en la que, con gran sorpresa, en medio de una colección de postales horteras clavadas con chinchetas en la pared de detrás del escritorio, divisé una panorámica de la isla, el puerto y el mismísimo bar donde había conocido a Randolph el yanqui. Fue desconcertante, un presagio, tal vez una advertencia. La mujer me estudió de arriba abajo con cara de pocos amigos. También con sobresalto supe a quién me recordaba: a la madre del crío que berreaba en el apartamento del señor Aguirre.

El coche era un Humber, un modelo grande, pesado y alto; no era lo bastante viejo para considerarlo antiguo, aunque estaba pasado de moda sin remedio. Parecía construido para una era más simple e inocente que la nuestra, una era poblada por una especie de niños grandes. El tapizado despedía un olor ligeramente fecal. Conduje con sosiego por el pueblo en tercera, encaramado muy por encima de la carretera, como si me trasladaran en un palanquín. El ruido del motor semejaba un aplauso apagado. Había dejado un depósito de cinco libras y firmado un documento a nombre de Smyth (la *y* me pareció un toque de endiablada inteligencia). La mujer ni siquiera me pidió el carné de conducir. Insisto, este es un país maravilloso. Me sentía alegre por demás.

Y ya que hablamos de paseos: hoy asistí al funeral de mi madre. Tres policías de paisano me llevaron en coche cerrado, quedé muy impresionado. Cruzamos la ciudad a toda pastilla, haciendo sonar la sirena, y fue como revivir mi detención, pero al revés. Hacía una mañana espléndida, soleada y fresca, un humo pálido impregnaba el aire, sobre las aceras se veían unas

pocas hojas secas. Sentí una extrañísima mezcla de emociones: cierta crudeza, por supuesto, cierto dolor, pero también júbilo y algo semejante a la pena no exenta de ternura. No solo lloraba a mi madre, tal vez ni siquiera me lamentaba por ella, sino por las cosas en general. Tal vez se debió a la habitual melancolía de septiembre, que las circunstancias tornaron extraña. Avanzamos junto al río bajo un cielo cargado de puñados de luminosas nubes holandesas y luego viajamos hacia el sur atravesando frondosos barrios residenciales. Como siempre, el mar me sorprendió: un cuenco de metal azul en movimiento, de cuya superficie la luz se alzaba en copos. Los tres agentes eran fumadores empedernidos y lo hacían con expresión solemne, como si fumar formara parte de sus obligaciones. Uno de ellos me ofreció un pitillo. El tabaco no es uno de mis vicios, dije, y se rieron muy corteses. Parecían incómodos y miraban cautelosamente por las ventanillas, como si se hubieran visto obligados a salir con un pariente célebre por su mala reputación y temieran que alguien los reconociese. Llegamos a la zona rural, los campos aún estaban cubiertos de niebla y los setos empapados. La enterraron en el solar familiar del viejo cementerio de Coolgrange. No me permitieron salir del coche, ni siquiera abrir la ventanilla. Íntimamente me alegré porque, por alguna razón, no me veía capaz de salir al mundo tan de repente. El conductor aparcó lo más cerca que pudo de la sepultura, permanecí sentado en medio del aire cargado de humo y asistí al drama breve y trillado que se desplegó al otro lado del cristal empañado, entre las lápidas inclinadas. Había escasos deudos: una o dos tías, un anciano que años atrás había trabajado en las cuadras de mi padre. Por supuesto, estaba Joanne, la chica, con los ojos rojos, abotargada e hinchada su pobre cara, vestida con un jersey apelmazado y con la falda torcida. Charlie French estaba algo apartado de los demás, con las manos torpemente cruzadas. Verlo me sorprendió. Fue muy amable, incluso valeroso, al acudir. Ni él ni la moza miraron en mi dirección, aunque tuvieron que notar la presión de mi mirada húmeda. El féretro me sorprendió por su pequeñez, incluso sobró sitio cuando lo introdujeron en la fosa. Pobre mamá. No puedo creer que ya no esté, quiero decir que aún no lo he asimilado. De alguna manera, es como si la hubieran despachado para dejar lugar a algo más importante. Claro que no me es ajena la paradoja de la situación: si yo hubiese esperado unos meses más, no habría sido necesario… No, ya está bien. Leerán el testamento sin mí, cosa que me parece justa. La última vez que la vi nos peleamos. Fue el día que me marché a Whitewater. No me visitó en la cárcel. Lo comprendo. Nunca le llevé al niño para que lo viese. Mamá no era tan dura como yo pensaba. ¿También destruí su vida? Son tantas las mujeres muertas…

En cuanto la ceremonia concluyó, Charlie pasó cabizbajo junto al coche. Pareció dudar, pero cambió de idea y siguió andando. Creo que me habría hablado de no ser por la presencia de los agentes, por mis tías intrigadas a su espalda y… bueno, por el horror general de la situación.

De modo que, con una sonrisa de botarate, me alejo del pueblo en el Humber Hawk. Sin motivos que lo justificaran, tenía la impresión de que dejaba atrás mis problemas. Imaginé que disminuían en el espacio y en el tiempo como el pueblo mismo: una extraña maraña de cosas que se empequeñecían cada vez más. Era obvio: si me hubiera parado a pensar un momento, me habría dado cuenta de que cuanto dejaba atrás no eran mis complicados problemas, como imaginé con ingenuidad, sino una sucesión de pruebas tan evidentes e inequívocas como una bola de pelo enmarañado y sangre. Había dejado la casa de Mamá Reck sin pagar mi hospedaje, había comprado un equipo de ladrón en la tienda del pueblo y por último prácticamente había robado un coche, todo eso a menos de ocho kilómetros de lo que pronto se conocería como la escena del crimen. Coincidirá la sala en que no se trata de huellas de una premeditación minuciosa. (¿Por qué cuanto digo semeja el preámbulo furtivo de una petición de atenuantes?) Lo cierto es que no usé mi mente, no hice nada que en realidad se pueda considerar pensamiento. Me di por satisfecho con desplazarme a sol y a sombra por esas moteadas carreteras comarcales, con una mano en el volante y el codo asomado por la ventanilla, los aromas del campo en mi nariz y la brisa azotando mis cabellos. Todo saldría bien, todo se resolvería. Ignoro por qué me sentí tan animado, tal vez fue una variante del delirio. Me convencía de que solo practicaba un juego de locos del que podría retirarme cuando quisiese.

En el ínterin Whitewater se encumbró por encima de los árboles.

En la verja estaba aparcado un autocar de turistas vacío. La puerta del chófer estaba abierta y este tomaba el sol sentado en el estribo. Me observó cuando me interné por la calzada. Lo saludé con la mano. Llevaba gafas de cristales ahumados. No sonrió. Más adelante me recordaría.

La policía no entendió por qué fui tan poco precavido y conduje con tanto descaro, a plena luz del día, en ese coche inconfundible. Verá, estaba convencido de que el asunto se dilucidaría exclusivamente entre Behrens y yo, aunque tal vez Anna actuara como mediadora. Jamás imaginé que habría algo tan vulgar como una investigación policial, titulares en los diarios y todo lo demás. Yo solo me proponía hacer una simple transacción comercial entre personas civilizadas. Me mostraría amable y firme, ni más ni menos. No pensé para nada en amenazas y exigencias de rescate, por supuesto que no. Cuando con posterioridad leí los comentarios de los periodistas —la llamaron la cacería humana en pleno verano—, no me reconocí cuando me describieron como un personaje inflexible y despiadado. ¡Despiadado yo!… Imposible. No, cuando me acerqué a Whitewater no pensaba en la policía sino en Flynn, el chófer con ojillos de cerdo y manazas carnosas de boxeador. Sí, Flynn era un hombre que convenía eludir.

En mitad de la calzada apareció.

Dios, son tantos los detalles tediosos…

En mitad de la calzada había una bifurcación. Una flecha de madera que llevaba escrita la palabra CASA con pintura blanca señalaba a la derecha, mientras que a la izquierda había un

letrero en el que se leía ABSOLUTAMENTE PRIVADO. Paré el coche. Ahí estaba, una cara grande e imprecisa tras el parabrisas, mirando hacia aquí y luego hacia allá. Parece la ilustración de un tratado aleccionador: el pecador vacila en la encrucijada. Tomé el camino de la izquierda y mi corazón pegó un brinco de aprensión. Mirad, el desgraciado renuncia al camino de la rectitud.

Rodeé el ala sur de la casa, aparqué sobre la hierba y crucé el césped hasta la habitación del jardín. La puertaventana estaba abierta. Respiré hondo. Aún no habían dado las doce. En los campos distantes se movía un tractor cuyo sonido zumbante y soñoliento encarnaba la voz misma del verano. Aún oigo esa tenue y lejana canción anterior a la caída. Había dejado en el coche la cuerda y el martillo y llevaba conmigo el bramante y el rollo de papel de estraza. De pronto todo me pareció absurdo. Me eché a reír y riendo entré en el salón.

Como a estas alturas todos saben, el cuadro se titula *Retrato de mujer con guantes.* Mide ochenta y dos centímetros por sesenta y cinco. A partir de pruebas internas —sobre todo del atuendo de la mujer—, se lo ha fechado entre 1655 y 1660. El vestido negro y el cuello y los puños anchos y blancos solo están iluminados por un broche y por los adornos de los guantes. El rostro presenta un carácter ligeramente oriental. (Cito la guía de la Casa Whitewater.) El cuadro fue atribuido, entre otros, a Rembrandt, a Frans Hals e incluso a Vermeer. Empero, lo más seguro es considerarlo obra de un maestro anónimo.

Nada de esto tiene sentido.

He estado delante de otras obras acaso más magistrales, pero ninguna me conmueve como esta. He colgado una reproducción en la pared, encima de mi mesa —créase o no, enviada por Anna Behrens—, y cada vez que la miro se me encoge el corazón. Hay algo en la forma en que la mujer me contempla, en la insistencia quejumbrosa y muda de sus ojos, de lo que no puedo escapar ni hallar alivio. Me retuerzo bajo el control de su mirada. Me exige un gran esfuerzo, una tremebunda hazaña de escrutinio y atención, de los que no me veo capaz. Es como si ella me pidiera que la dejara vivir.

Ella. Por descontado, ella no existe. Solo se trata de una organización de formas y colores. De todos modos, intento inventarle una vida. Diré que ronda los treinta y cinco o treinta y seis años, aunque la gente que no se para a pensar aún la considera joven. Vive con su padre, el mercader (tabaco, especias y, secretamente, esclavos). Lleva la casa desde la muerte de su madre. Su progenitora no le caía bien. El padre la adora, es su única hija. No deja de repetir que ella es la luz de sus ojos. Organiza los menús —papá es delicado del estómago—, pasa revista a la cocina, hasta supervisa la bodega. Lleva el inventario de la ropa blanca en la pequeña libreta sujeta al cinturón por una delgada cadena de oro y utiliza un código de su propia invención, pues no sabe leer ni escribir. Es severa con la servidumbre y no permite la menor confianza. Cree que la antipatía que le demuestran es expresión de respeto. La casa no basta para agotar sus energías y, además, hace buenas obras: visita a los enfermos y forma parte de la junta del asilo de ancianos. Es activa, a veces impaciente, y la gente del asilo habla mal de ella, en especial las viejas. En ocasiones, sobre todo en primavera y a comienzos del invierno, todo se le hace cuesta arriba. Basta ver la fría y húmeda palidez de su cutis: es víctima de oscuros males. Se va a la cama y durante días yace sin hablar, casi sin respirar, mientras fuera, bajo la plateada luz del norte, el mundo continúa con sus ajetreos. Intenta rezar, pero Dios está lejos. Su padre la visita por la tarde y entra de puntillas. Esos períodos de postración lo aterran, evoca la agonía de su esposa y el terrible silencio de las últimas semanas. Si además perdiera a su hija… Pero ella se levanta, se obliga a hacerlo; muy pronto los criados vuelven a sentir el filo de su lengua y el padre no puede

disimular su alivio, que escapa en risillas, en pícaras expresiones afectuosas y en una suerte de torpe volubilidad. Ella lo observa con ironía y retorna a sus labores. No comprende la idea que a su padre se le ha metido en la cabeza: quiere que un artista le haga un retrato. Soy viejo, es lo único que responde, soy viejo, ¡mírame! Ríe incómodo y esquiva la mirada de su hija. ¿Mi retrato? ¿Por qué el mío?, dice, no soy un asunto digno de un pintor. El padre se encoge de hombros, razón por la cual al principio ella se sorprende y luego se divierte sombríamente: podría haber intentado, cuando menos, contradecirla. El padre parece apercibirse de lo que discurre por la mente de su hija y procura enmendar la situación, pero se conturba y, al ver que él se preocupa por pequeñeces, se irrita y se tironea de los puños, ella comprende con una punzada que es cierto, que su padre ha envejecido. Se ha convertido en un anciano. La idea denota un toque de comedia triste que ella no es capaz de comprender. Tienes manos finas, afirma el padre, y se muestra testarudo, molesto consigo mismo y con ella, has heredado las manos de tu madre…, le pediremos que las destaque. Para complacerlo y también porque está íntimamente picada por la curiosidad, una mañana acude al estudio del artista. Ante todo le llama la atención la miseria. Por todas partes hay mugre y manchas de pintura: huesos roídos en un plato sucio, el orinal en un rincón. El pintor está a la altura del estudio, con las uñas y su guardapolvo inmundos. Tiene la nariz aplastada y picada de viruelas de los bebedores. Ella piensa que el olor del ambiente es desagradable hasta que recibe una bocanada del aliento del artista. Comprueba que se siente aliviada: esperaba un hombre joven, disoluto y amenazador en lugar de este borrachín viejo y barrigón. Cuando el pintor clava fugazmente en ella sus ojillos húmedos, con una especie de intensidad impersonal, la joven recula como si hubiese recibido una potente llamarada de luz. Nunca antes nadie la había mirado así. ¡De modo que este es el precio que se paga por ser conocido! Resulta casi indecoroso. En un primer momento el artista la sitúa de pie junto a la ventana, pero no funciona, la luz le da mal, dice. La cambia de sitio, sujetándola de los brazos y haciéndola caminar hacia atrás de un lado a otro. Ella considera que debería indignarse, pero en el estudio no surten efecto las respuestas habituales. El pintor es una cabeza más bajo que ella. Toma apuntes, traza una o dos notas de color y le dice que vuelva el día siguiente a la misma hora. Que se ponga un vestido más oscuro, añade. ¡Por favor! Ella está a punto de expresar en voz alta una opinión, pero el pintor ya ha abordado otra tarea. La criada, sentada junto a la puerta, se muerde el labio y sonríe con afectación. Deja pasar el día siguiente y el otro para darle una lección. Cuando regresa al estudio, el pintor no dice nada sobre la cita suspendida, se limita a mirar su vestido negro —de pura seda, con un ancho cuello de encaje español— y asiente al desgaire. Está tan disgustada con el artista que se sorprende y se asombra de sí misma. El pintor la instala de pie delante del sofá. Quítese los guantes, dice, debo poner de relieve sus manos. Percibe en su tono una nota de regocijado desdén. Se niega. (¡Vaya con *sus* manos!) El pintor insiste. Sostienen una breve y tensa discusión, un intercambio de gélidas lindezas. Al final acepta quitarse un guante y enseguida intenta ocultar la mano que acaba de desnudar. El artista suspira y se encoge de hombros pero, como ella nota perfectamente, reprime una sonrisa. La lluvia chorrea sobre las ventanas y los jirones de humo sobrevuelan los tejados. El cielo presenta un inmenso agujero plateado. Al principio está inquieta, de pie delante del sofá, pero luego parece franquear en silencio una barrera y la invade una calma de ensueño. Día tras día ocurre lo mismo, al principio agitación, luego el avance y por último silencio, y una especie de indulgencia, como si flotara cada vez más lejos, fuera de sí misma. El pintor masculla a medida que trabaja. Se encoleriza, suelta tacos, chasquea la lengua y emite suspiros y quejidos. Hay ratos largos y febriles en los que trabaja pegado al lienzo y ella solo divisa sus cortas piernas y sus

viejas botas deformadas. Hasta sus pies parecen trabajar. Siente la tentación de reír cuando el artista asoma la cabeza por un lado del caballete y la mira agudamente, frunciendo su nariz de patata. No le deja ver su obra, ni siquiera le permite espiar. Un día percibe una especie de estrépito mudo y de asentamiento en el rincón del estudio donde trabaja el artista, que retrocede con expresión de cansina repugnancia, rechaza el lienzo con un ademán y se vuelve para limpiar el pincel. Ella avanza y mira. Durante unos segundos no ve nada porque está dominada por la mera sensación de detenerse así y girar, es como si…, como si de alguna manera hubiera salido de sí misma. Transcurre una prolongada pausa. Comenta que el broche está maravillosamente pintado. El sonido de su propia voz la asusta, es como si hablara una desconocida, y se acobarda. El pintor ríe más con verdadero regocijo que con amargura y ella experimenta una extraña compenetración. Es el reconocimiento de…, de no sabe qué. Mira y vuelve a mirar. Había imaginado que sería como mirarse al espejo, pero esa es una mujer que ella no reconoce, aunque la conozca. Las palabras se amontonan espontáneamente en su cerebro: ahora sé cómo morir. Se pone el guante y hace señas a su criada. El pintor habla a su espalda, dice algo sobre su padre y el dinero, como es obvio, pero no lo escucha. Está tranquila. Es feliz. Se siente embotada, vaciada, como un caparazón ambulante. Baja la escalera, cruza el sucio pasillo y sale al mundo vulgar.

Que nadie se llame a engaño: todo esto también carece de sentido.

Había depositado con sumo cuidado el bramante y el papel de estraza en el suelo y me adelanté con los brazos extendidos. La puerta se abrió a mi espalda y entró en la estancia una mujer corpulenta con falda de *tweed* y cárdigan. Se detuvo al verme con los brazos abiertos ante el cuadro y mirándola con cara de loco por encima del hombro, mientras con un pie intentaba ocultar el papel y el ovillo de bramante que había dejado en el suelo. Tenía el pelo cano azulado y las gafas sujetas a un cordón que le colgaba del cuello. Frunció el ceño. No debe separarse del grupo, dijo a gritos y con tono malhumorado; francamente, no sé cuántas veces tendré que repetirlo. Una docena de personas vestidas con ropa llamativa se apiñaron tras ella y estiraron el cuello para mirarme. Lo siento, me oí decir dócilmente, me he perdido. Sacudió impaciente la cabeza, caminó hasta el centro del salón y de inmediato habló con un soniquete vocinglero de mesas Carlin y relojes Berthoud; varias semanas después, cuando la policía la interrogó y le mostró mi foto, afirmó que en su vida me había visto. Las personas a su cargo entraron arrastrando los pies y se empujaron con disimulo para no caer dentro de su campo visual. Ocuparon sus posiciones, permanecieron con las manos cruzadas como si estuvieran en la iglesia y miraron alrededor con expresión de respetuosa vacuidad. Un vejete canoso de camisa hawaiana me sonrió y guiñó el ojo. Reconozco que me quedé de una pieza. Tenía un nudo en la boca del estómago y me sudaban las manos. El regocijo que había sentido durante el viaje hasta Whitewater se esfumó y dejó una cruda sensación de mal agüero. Por primera vez me golpeó realmente la monstruosidad de lo que había emprendido. Me sentía como un niño cuyos juegos lo han llevado a internarse en el bosque, ha caído la noche y entre los árboles se mueven figuras sombrías. La guía acabó su informe sobre los tesoros de la estancia —el cuadro, *mi* cuadro, recibió dos frases y una atribución errónea— y salió con un brazo rígido levantado por encima de la cabeza, sin dejar de perorar, cuidando del grupo. En cuanto salieron aguardé, clavé la mirada en el pomo de la puerta y casi esperé que la mujer retornara para sacarme sin contemplaciones del cogote. En mi interior una voz gemía débilmente a causa del pánico. Este es un elemento que no creo que se aprecie en su justa medida —ya lo he comentado—, me refiero a lo asustadizo que soy, a la facilidad con que me amilano. La guía no retornó y los oí subir pisando con fuerza

la escalera. Puse manos a la obra febrilmente. Me veo a mí mismo como al malo de la película, lleno de tics, ceño fruncido y cejas atormentadas. Descolgué el cuadro con bastante dificultad, lo deposité en el suelo —huyendo de la negra mirada— y empecé a cortar trozos de papel de estraza. Jamás imaginé que el papel hiciera tanto ruido, tantos crujidos, castañeteos y rasgueos, debió de sonar como si en la habitación desollaran vivo a un animal. Fue una verdadera chapuza, me temblaban las manos con torpeza, los trozos de papel volvían a enrollarse, no tenía con qué cortar el bramante y, por si esto fuera poco, el cuadro era demasiado grande para envolverlo en virtud del marco grueso y pesado. Correteé a gatas, hablé para mis adentros y lancé chillidos de congoja. Todo salía mal. Renuncia, me dije, por favor, por favor, aprovecha y renuncia ahora que aún hay tiempo, pero otra parte de mí apretó los dientes y dijo no, cobarde, no lo hagas, levántate, ponte de pie, acaba de una buena vez. Así que seguí bregando, gimoteando y lloriqueando, abracé el cuadro y me tambaleé a ciegas, nariz contra nariz, en dirección a la puertaventana. Esos ojos me miraban con tanta insistencia que casi me ruboricé. Entonces —¿cómo expresarlo?—, entonces percibí detrás de esa mirada otra presencia que me observaba. Me detuve, deposité el cuadro en el suelo y allí estaba, detenida junto a la ventana abierta tal como el día anterior, con los ojos desmesuradamente abiertos y una mano en alto. Esto es el colmo, recuerdo que pensé con amargura. Me sentí ultrajado. ¿Cómo era posible que el mundo sembrara tantos obstáculos en mi camino? ¡No era justo, no era justo! Muy bien, le dije, acérquese y coja esto. Le puse el cuadro en los brazos, le di la vuelta y la hice avanzar por el jardín delante de mí. No dijo nada, y si habló no la oí. Le costó caminar por el césped, el cuadro era muy pesado y apenas veía dónde pisaba. Cuando trastabilló le di un golpecito en los omóplatos. De verdad que estaba muy enfadado. Llegamos al coche. El maletero cavernoso olía espantosamente a pescado. Contenía la maraña habitual de objetos misteriosos como el gato, diversas llaves y ese tipo de útiles —no soy hábil para la mecánica, ¿no lo he dicho?—, y un jersey viejo y mugriento, en el que en su momento apenas reparé, metido con engañosa indiferencia en un rincón por el organizador secreto de todas esas cosas. Saqué las herramientas y las arrojé sobre el césped, cogí el cuadro de manos de la criada y lo puse boca abajo en la gastada alfombrilla de fieltro. Era la primera vez que veía el revés del lienzo y de pronto me sorprendió su antigüedad. Tres siglos antes había sido estirado, aprestado y puesto a secar contra una pared encalada. Cerré los ojos un instante y enseguida vi el taller de una callejuela de Ámsterdam o de Amberes, la humeante luz del sol en la ventana, los vendedores ambulantes por las calles y el tañido de las campanas de la catedral. La criada me observaba. Tenía ojos violetas tan pálidos que parecían transparentes; cuando los miré tuve la impresión de que veía a través de su cabeza. ¿Por qué no huyó? Tras ella, en uno de los ventanales de la planta alta, se apiñaban doce cabezas que nos miraban con ojos desorbitados. Distinguí las gafas de la guía y la espantosa camisa del norteamericano. Supongo que debí de gritar colérico, como un viejo león que ruge ante el látigo y el taburete, porque la criada se encogió y retrocedió un paso. Le sujeté la muñeca con mano de hierro, abrí de un tirón la portezuela del coche y la arrojé sobre el asiento trasero. ¡Ay, por qué no huyó! Al sentarme al volante, a tientas y protestando, percibí una bocanada, el olor a algo lejano, penetrante y metálico, semejante al hedor de las monedas gastadas. La veía por el retrovisor, agazapada a mi espalda como si estuviera en una profunda caja de cristal, apuntalada entre la portezuela y el respaldo del asiento, con los codos hacia fuera, los dedos estirados y la cara hacia arriba, cual la heroína arrinconada de un melodrama. Una feroz y asfixiante ráfaga de impaciencia me estremeció. Impaciencia, pues sí, fue lo que más agudamente sentí, impaciencia y una dolorosa sensación de malestar. Estaba apesadumbrado.

Nunca en mi vida me había sentido tan expuesto. La gente me miraba: ella desde el asiento trasero, los turistas asomados a la ventana y también, al parecer, una horda de espectadores fantasmagóricos que, supongo, debieron de ser un indicio de la que pronto se apiñaría fascinada y horrorizada a mi alrededor. Encendí el motor. Los cambios chirriaron. Estaba tan agitado que me saltaba pasos, tenía que volver a empezar y repetir los actos más nimios. Cuando aparté el coche de la hierba y lo puse en la calzada, solté el embrague demasiado pronto y el automóvil dio una serie de sacudidas demoledoras, el capó subió y bajó como la proa de un barco que sigue una estela y los amortiguadores protestaron. Supongo que a esas alturas los mirones de la ventana estaban frenéticos. Una gota de sudor me rodó por la mejilla. El sol había calentado el volante hasta volverlo casi intocable y el parabrisas reflejaba un resplandor cegador. La criada forcejeaba con la manecilla de la portezuela. Le grité, se quedó quieta en el acto y me miró con los ojos muy abiertos, como un niño reprendido. Al otro lado de la verja, el chófer del autocar seguía sentado tomando el sol. Cuando lo vio, la criada intentó abrir la ventanilla, pero no sirvió de nada, el mecanismo fallaba. Dio un puñetazo en el cristal. Giré el volante, el coche salió pesadamente a la carretera y chirriaron los neumáticos. Nos gritamos como un matrimonio que se pelea. Me golpeó el hombro, logró ponerme una mano en la cara e intentó arañarme los ojos. Me metió el pulgar en la nariz, y creí que me la iba a arrancar. Entretanto, el coche avanzaba por la carretera. Hundí los dos pies en el pedal del freno y franqueamos el seto en una curva lenta y arrastrada. La criada cayó hacia atrás. Me volví. Yo tenía el martillo en la mano. Lo miré sorprendido. El silencio se elevó como agua a nuestro alrededor. No lo haga, dijo. Volvía a estar agazapada, con los brazos doblados y la espalda apoyada en el rincón. No pude articular palabra, me invadió el asombro. Nunca había sentido con tanta inmediatez ni con una fuerza tan descarnada la presencia de otro ser. En ese instante la vi, la vi realmente por primera vez, con su pelo ratonesco y su piel descuidada y ese gesto de susto a la altura de los ojos. Era muy vulgar, pero, por alguna razón, no sé cómo explicarlo…, me pareció radiante. Carraspeó, se irguió y apartó un mechón de pelo que se le había enganchado en la comisura de los labios.

Si no me deja ir, tendrá problemas, dijo.

No es fácil esgrimir un martillo dentro de un coche. Al darle el primer golpe esperaba oír el chasquido agudo y definido del acero sobre el hueso, pero fue más parecido a machacar barro o masilla endurecida. En mi mente apareció la palabra *fontanela.* Pensé que bastaría con un buen intento, pero, como demostraría la autopsia, tenía el cráneo extraordinariamente fuerte…; como es obvio, hasta en eso tuvo mala suerte. El primer golpe la alcanzó en la línea del nacimiento del pelo, por encima del ojo izquierdo. No salió mucha sangre, solo una hendidura de color rojo oscuro brillante con pelo adherido. Aunque se estremeció, continuó erguida, balanceándose levemente y contemplándome con ojos de mirada difusa. Tal vez me habría detenido entonces si de repente no se hubiese arrojado sobre mí a través del respaldo del asiento, dando manotazos de ciego y chillando. Quedé consternado. No era posible que me estuviera ocurriendo a mí…, era todo tan *injusto.* A mis ojos afloraron amargas lágrimas de conmiseración. La aparté y tracé un recorrido amplio y del revés con el martillo. La fuerza del golpe la hizo chocar contra la portezuela, su cabeza dio contra la ventanilla y un delgado hilillo de sangre escapó de su nariz y le atravesó la mejilla. También había sangre en la ventanilla, un rocío de gotitas en forma de abanico. La criada cerró los ojos, apartó su rostro de mí y del fondo de su garganta escapó un sonido ronco y gutural. Se llevó una mano a la cabeza en el preciso momento en que yo volvía a atizarla y cuando el martillazo le dio en la sien sus dedos estaban en medio; oí que uno crujía, hice una mueca de desagrado y estuve a punto de pedirle disculpas. ¡Ah!, murmuró, y de repente,

como si en su interior todo se hubiese derrumbado, se deslizó por el asiento hasta el suelo.

Reinó un silencio claro y sorprendente. Me apeé del coche y resollé unos segundos. Estaba mareado. Daba la impresión de que a la luz del sol le había ocurrido algo: mirara donde mirase, todo estaba impregnado de una penumbra submarina. Suponía que había conducido muy poco y esperaba ver la verja de Whitewater, el autocar de los turistas y al chófer corriendo hacia mí, pero, para mi gran sorpresa, la carretera estaba vacía en ambas direcciones y no tenía la menor idea de dónde me encontraba. A un lado se alzaba una empinada colina y del otro divisé, por encima de las copas de los pinos, dunas lejanas y ondulantes. Todo tenía un aspecto francamente irreal. Semejaba un fondo pintado con muchas prisas, sobre todo la lejanía difuminada y reluciente y la carretera que serpenteaba con toda inocencia. Me di cuenta de que aún aferraba el martillo. Lo aparté con un amplio ademán y lo vi caer lentamente, trazando un arco amplio, escalofriante y lejano, lejanísimo, por encima de las copas azuladas de los pinos. De pronto me eché hacia delante y vomité los restos pringosos del desayuno que había tomado siglos atrás, en otra vida.

Subí reptando al coche y me prohibí mirar esa cosa aplastada y encajada detrás del asiento delantero. La luz del parabrisas era un resplandor astillado y pensé que el cristal estaba roto hasta que me llevé la mano a la cara y descubrí que estaba llorando. Me resultó alentador. Las lágrimas no eran un simple presagio del remordimiento, sino indicio de un apremio más vulgar y simple, un sentimiento sin nombre que podía ser mi último vínculo —el único que resistiría— con el mundo de las cosas cotidianas. Porque todo había cambiado, nunca había estado donde ahora me encontraba. Temblé, a mi alrededor todo se estremeció, las cosas tenían un tacto moroso y pegajoso, como si yo y todo eso —el coche, la carretera, los árboles, los prados lejanos—, como si un instante antes nos hubiéramos quedado mudos y hubiéramos salido sorprendidos del canal del nacimiento al aire libre. Giré la llave en el contacto y cobré ánimos, convencido de que en lugar de arrancar el motor ocurriría otra cosa, sonaría un ruido terrible y desgarrador, saldría una llamarada de luz o de debajo del salpicadero manaría lodo sobre mis piernas. Conduje en segunda por el medio de la carretera. Olores, olores. La sangre posee un olor ardiente y espeso. Deseaba abrir las ventanillas pero no me atreví, me daba miedo lo que podría entrar…, la luz externa parecía húmeda y densa como clara de huevo y la imaginé en mi boca y en mis fosas nasales.

Conduje y seguí conduciendo. Aunque Whitewater solo queda a unos cincuenta kilómetros de la ciudad, tuve la impresión de que transcurrían horas antes de llegar a las afueras. Del viaje no recuerdo casi nada. Quiero decir que no me acuerdo de haber cambiado de marcha, de acelerar y frenar, de accionar los pedales, de esas cosas. Me veo moviéndome, ya lo creo, como en el interior de una burbuja de cristal, volando sin sonido a través de un paisaje extraño, soleado y reluciente. Supongo que fui muy rápido porque recuerdo la presión en los oídos, un estruendo sordo e impetuoso. Supongo que conduje en círculo por las estrechas carreteras comarcales. Después aparecieron casas, viviendas de protección oficial, fábricas desperdigadas y supermercados grandes como hangares. Miré por el parabrisas, presa de un vago desconcierto. Parecía un visitante de otra zona del mundo, casi incapaz de creer lo mucho que todo se parecía a mi tierra y, al mismo tiempo, lo distinto que era. No sabía adónde iba, quiero decir que no iba a ninguna parte, simplemente conducía. Fue muy tranquilizador andar así y girar el volante con un dedo, aislado por completo. Fue como si toda mi vida hubiese trepado por una pendiente empinada y difícil, pero ahora había llegado a la cumbre y saltado alegremente al vacío. Me sentía tan libre. En el primer semáforo en rojo el coche se detuvo con suma delicadeza, como si

descendiera por los aires. Estaba en el cruce de dos avenidas suburbanas. A la izquierda había una suave elevación verde con un castaño y una ordenada hilera de casas nuevas. Los niños jugaban en la loma herbosa. Los perros brincaban. Brillaba el sol. Siempre he sentido un profundo cariño por los lugares tranquilos como este, dominios nada extraordinarios pero queridos, formados por edificios, actividades y cuidados. Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y sonreí mientras miraba a los niños que jugaban. Cuando el semáforo pasó al verde no me moví. No estaba realmente allí, sino perdido en otra parte, en un rincón soleado de mi pasado. Sonaron unos golpecitos en la ventanilla, junto a mi oreja. Pegué un brinco. Una mujer de cara grande, ancha y caballuna —¡por Dios, me recordó a mi madre!— me miraba y decía algo. Abrí la ventanilla. Tenía una voz estridente, al menos así me pareció. No la entendí, habló de un accidente y me preguntó si estaba bien. Metió la cabeza, la giró por encima de mi hombro, abrió la boca y lanzó un gemido. ¡Ay, pobre chica!, exclamó. Volví la cabeza. En ese momento había sangre por todo el asiento trasero, ciertamente demasiada para que la hubiese perdido una sola persona. Durante un instante de locura en el que brilló y se apagó una hábil chispa de esperanza, me pregunté si *había habido* un accidente en el que, por algún motivo, no reparé o que olvidé, como si un vehículo pesado se hubiese precipitado contra la parte trasera de nuestro coche, introduciendo cuerpos y litros de sangre por la luna posterior. No podía articular palabra. Suponía que estaba muerta, pero allí se encontraba, arrodillada entre los asientos, buscando a tientas la ventanilla y yo que oía cómo chirriaban sus dedos sobre el cristal. El pelo le colgaba en nudos ensangrentados y su rostro era una máscara de barro teñida de cobre y carmesí. La mujer de fuera farfullaba en mi oído algo sobre teléfonos, ambulancias y policías…, ¡la policía! Le dirigí una mirada fulminante. ¡Señora, tenga la amabilidad de no meterse donde no la llaman!, dije con aspereza (posteriormente describiría mi modo de hablar como *culto* y *autoritario*). Retrocedió y me miró alterada. Reconozco que yo mismo quedé impresionado, jamás me imaginé capaz de utilizar un tono tan imponente. Cerré la ventanilla, puse la marcha y salí disparado; demasiado tarde me di cuenta de que el semáforo había pasado al rojo. Un camión de reparto que rodaba por la izquierda clavó los frenos y lanzó un chirrido de indignación. Seguí mi camino. No había recorrido más de una o dos calles cuando de improviso apareció una ambulancia a mi espalda, haciendo sonar la sirena y titilar la luz azul. Quedé asombrado. ¿Cómo era posible que se hubiese presentado con tanta presteza? De hecho, fue otra de las coincidencias espeluznantes en las que este caso es tan pródigo. Más tarde me enteraría de que la ambulancia no me buscaba, sino que regresaba de —sí—, de la escena de un accidente automovilístico en el que —lamento decirlo, pero es así— una mujer agonizaba en el asiento trasero. Seguí avanzando, volando con la cabeza gacha, y mi nariz casi rozaba el borde del volante. Estaba tan asustado que creo que no habría podido parar. La ambulancia se puso a mi lado, se balanceó peligrosamente y tocó el claxon como una bestia frenética. El sanitario que iba en el asiento del acompañante —un joven fornido en mangas de camisa, con la cara roja y patillas delgadas— observó la ventanilla trasera ensangrentada con ligero interés profesional. Habló unos segundos con el conductor y con gestos complicados, asentimientos y movimientos de la boca me dio a entender que lo siguiera. Supusieron que formaba parte del mismo accidente y que trasladaba a otra víctima al hospital. Me adelantaron velozmente. Los seguí embotado de susto y desconcierto. No veía más que ese vehículo grande, cuadrado y torpe que correteaba a toda velocidad, levantando polvo y cubriendo metros y más metros con sus ballestas. De repente frenó, franqueó una amplia verja y por la ventanilla asomó un brazo que me hizo señas de que lo siguiera. El hechizo se rompió en cuanto vi ese brazo grueso. Con una carcajada de loco pasé por

delante de la verja del hospital, apreté el acelerador a fondo y el ruido de la sirena mermó a mi espalda, se convirtió en una sorprendida demanda y quedé libre.

Miré por el retrovisor. Estaba caída en el asiento, con la cabeza colgando y las manos apoyadas, palmas hacia arriba, en los muslos.

De pronto el mar apareció a mi izquierda, más abajo, azul e impertérrito. Bajé por una cuesta empinada y seguí la recta de cemento contigua a las vías del tren. A mi derecha, enorme y vacío, apareció un hotel rosa y blanco, con almenas y banderas al vuelo. La carretera se estrechaba y acababa en un pantano de matorrales y cardos, y allí me detuve, en medio de un silencio inmenso y definitivo. La oí respirar detrás de mí. Cuando me di la vuelta alzó su temible cabeza de sibila y me miró. «Ayúdeme», susurró. «Ayúdeme.» Una burbuja de sangre escapó de su boca y reventó. «¡Tommy!», dijo, o pronunció algo parecido, y añadió: «Amor». Y yo, ¿qué sentí? Remordimientos, aflicción, una espantosa… No, no, no, no mentiré. No recuerdo haber experimentado nada, salvo esa sensación de extrañeza, de estar en un sitio que conocía pero no reconocía. Al apearme me mareé y tuve que apoyarme unos segundos en la portezuela, con los ojos cerrados. Tenía manchas de sangre en la chaqueta, me la quité y la arrojé entre los matojos enanos… No entiendo por qué, pero nunca la encontraron. Me acordé del jersey del maletero y me lo puse. Olía a pescado, a sudor y a grasa de coche. También saqué la madeja de cuerda del verdugo y la tiré. Cogí el cuadro, caminé hasta donde había una alambrada de espino hundida y una cuneta por la que corría un hilillo de agua y allí lo dejé. No sé qué discurría entonces por mi cabeza. Quizá fue un gesto de renuncia. ¡De renuncia! No sé cómo me atrevo a emplear semejantes palabras. La mujer con guantes me dirigió una última mirada de rechazo. No esperaba nada bueno de mí. Volví al coche y me esforcé por no mirarlo, por no ver las ventanillas ensangrentadas. Algo caía sobre mí: un delicado y silente manto de lluvia. Alcé la vista hacia el espléndido sol y vi una nube directamente encima de mí, la más ínfima manchita gris en medio del cielo azul del verano. Pensé: No soy humano. Giré y me alejé andando.

II

Toda mi vida adulta he tenido un sueño recurrente (¡sí, sí, otra vez los sueños!), aparece una o dos veces al año y me perturba durante varios días. Por lo general, no se trata de un sueño en el sentido vulgar de la palabra, ya que en realidad no es mucho lo que ocurre ni contiene nada explícito. Fundamentalmente hay una sensación indefinida pero profunda y creciente de desasosiego, que al final se convierte en auténtico pánico. Al parecer, hace mucho tiempo cometí un crimen. No, esto es demasiado fuerte. Pero algo he hecho, aunque nunca está claro. Quizá tropecé con algo, hasta es posible que fuese un cadáver, cubrí las huellas y casi lo olvidé. Ahora, años después, han encontrado pruebas y vienen a interrogarme. Sin embargo, no hay nada que sugiera que estuve directamente implicado, ninguna sospecha recae sobre mí. Solo soy un nombre de la lista. Ellos son cordiales, hablan con cortesía, son impasibles, respetuosos y hasta un poco aburridos. El joven se impacienta. Respondo amablemente a sus preguntas, con cierta ironía, sonrío y enarco una ceja. Me digo satisfecho que es la actuación de mi vida, la obra maestra del ocultamiento. Noto que el mayor me observa con creciente interés y entrecierra sus ojos perspicaces. Algo he debido de decir. ¿Qué he dicho? Los colores se me suben a la cara, no puedo impedirlo. Me domina una horrible opresión. Parloteo y lo que pretendía ser una risilla relajada se convierte en un jadeo de asfixia. Al final me paro, como un juguete al que se le acaba la cuerda, me quedo inmóvil y los miro azorado e indefenso. Estalla un espantoso silencio que se estira cada vez más hasta que al final mi yo dormido escapa y despierto sobresaltado, asustado y sudoroso. El elemento peculiarmente horroroso del sueño no consiste en la perspectiva de ser juzgado y encarcelado por un crimen que ni siquiera estoy seguro de haber cometido, sino en el hecho simple y desolador de que me hayan descubierto. Es eso lo que me hace sudar, lo que llena de ceniza mi boca y de vergüenza mi corazón.

Entonces, mientras corría por la recta de cemento, con la vía del tren a mi lado y el mar más lejos, experimenté la misma sensación de ignominia. Qué tonto había sido. Cuántos problemas surgirían en los días, las semanas, los años siguientes. Pero también viví una sensación de ligereza, de optimismo, como si me hubiera quitado de encima un peso mortal. Desde que había alcanzado lo que llaman uso de razón hacía una cosa y pensaba otra porque el peso de las cosas parecía muy superior al de los pensamientos. Lo que decía nunca correspondía exactamente con lo que sentía y lo que sentía nunca era lo que parecía que debía sentir, a pesar de que eran los sentimientos lo que parecía auténtico, correcto e ineludible. Y ahora había asestado un buen golpe al hombre interior, ese malhablado carcajeante y gordo que no había cejado de decirme que estaba viviendo una mentira. Y por fin había estallado y era él, el ogro, el que andaba a golpes en esa luz color limón, con sangre en el pellejo, y yo el que colgaba desvalido de su espalda. Todo había desaparecido: el pasado, Coolgrange, Daphne, toda mi vida anterior desapareció, abandonada, despojada de su esencia, de su importancia. Hacer lo peor, lo peor que exista, es el modo de ser libre. Nunca más necesitaría fingir ante mí mismo que era lo que no era.

Este pensamiento hizo girar mi cabeza y revolvió mi estómago vacío.

Fui víctima de una sucesión de nimias inquietudes. El jersey olía mal y me quedaba demasiado estrecho. La pernera izquierda del pantalón tenía un siete a la altura de la rodilla. La gente notaría que no me había afeitado. Y necesitaba, francamente anhelaba, lavarme las manos, hundirme hasta los codos en agua jabonosa muy caliente, asearme, empaparme, enjuagarme: estar limpio. Frente al hotel abandonado se elevaba una maraña de edificios grises que antaño habían sido una estación de tren. En el andén crecían hierbajos y estaban rotos todos los cristales de las ventanas de la cabina del guardagujas. Un letrero esmaltado y agujereado con una mano que señala pintada con esmero indicaba un blocao de cemento situado cerca del andén. Un arbusto de flores violetas crecía junto al umbral del servicio de caballeros. Entré en el de señoras… Al fin y al cabo, ya no regía ninguna regla. El aire estaba helado y húmedo. Olía a cal viva y una cosa verde y brillante trepaba por las paredes. Hacía mucho habían arrancado los sanitarios, hasta las puertas de los lavabos habían desaparecido. Sin embargo, por el estado del suelo quedaba patente que el lugar aún se utilizaba. En un rincón había un montoncillo de cosas —supongo que condones usados, descoloridas bolas de algodón, trapos— de las que aparté rápidamente la mirada. En la pared donde un día habían estado los lavamanos asomaba un único grifo conectado a un tubo de cobre verdoso. Cuando lo abrí, oí un gemido y un estruendo lejano y, al cabo de unos instantes, cayó un goteo herrumbroso. Me lavé las manos como pude y me las sequé con el faldón de la camisa. Había terminado y estaba a punto de salir cuando detecté una mancha de sangre entre los dedos. Ignoro de dónde había salido. Tal vez se había adherido al jersey o incluso a mi pelo. Ya estaba coagulada, oscura y pegajosa. Nada, ni las manchas del coche, ni las salpicaduras de las ventanillas, ni los gritos de ella, ni siquiera los olores de su agonía, nada me afectó tanto como esa gota de goma pardusca. Volví a meter las manos bajo el grifo, gemí desesperado y froté y restregué, pero no logré quitármela. La sangre desapareció, pero algo persistió, lo sentí en todo momento de aquel largo día, aferrado a la horcajadura de la tierna carne que separa mis dedos, una mácula húmeda, cálida y secreta.

Tengo miedo de pensar en lo que he hecho.

Permanecí un rato sentado en un destartalado banco del andén, bajo el sol. Cuán azul era el mar, qué alegres las banderas que ondeaban y aleteaban en las almenas del hotel. Todo estaba en silencio salvo la brisa marina que arrullaba el tendido del telégrafo y algo que crujía y chocaba, crujía y chocaba en alguna parte. Sonreí. Fue como si volviera a ser un niño que soñaba despierto en aquel entorno de juguete. Percibí el olor del mar, de las algas de la playa y el de los gatos en la arena. Un tren se acercaba, sí, chucuchú, las vías tamborileaban y se estremecían expectantes. No se veía un alma, ni un solo adulto, salvo los contados bañistas que, en la playa, estaban tendidos al sol en sus toallas. Me pregunté por qué ese lugar estaba tan desierto. Tal vez no fuera así, quizá hubiera por todas partes multitudes playeras y no reparé en ellas en virtud de mi sempiterna incapacidad para captar los detalles. Cerré los ojos, surgió una fantasía —una evocación, una imagen— y volvió a hundirse sin asomar a la superficie. Intenté atraparla antes de que desapareciese, pero solo tuve aquella visión fugaz: me parece que era una puerta que daba a una habitación a oscuras, y una misteriosa sensación de expectativa, de algo o de alguien a punto de aparecer. Entonces llegó el tren, un trueno lento y ondulante que vibró en mi pecho. Los pasajeros estaban instalados como maniquíes delante de las amplias ventanillas y al pasar me miraron sin verme. Se me ocurrió que debía volver la cabeza: ahora cualquiera era un testigo potencial. Pensé que, de todas maneras, no tenía importancia. Pensé que al cabo de pocas horas estaría entre rejas. Miré a mi alrededor, aspiré grandes bocanadas de aire y me bebí la porción del

mundo que muy pronto perdería. En los jardines del hotel apareció una pandilla formada por tres o cuatro chavales. Deambularon por el césped descuidado y se detuvieron a arrojar piedras al letrero que decía «En venta». Me incorporé con un desanimado suspiro, abandoné la estación y volví a caminar por la carretera.

Tomé un autobús que iba a la ciudad. Era de un solo piso, hacía un recorrido poco habitual y venía de muy lejos. Los pasajeros parecían conocerse. En cada parada en la que subía alguien bromeaban entre ellos y se cruzaban burlas amistosas. Un viejo de gorra y muleta cumplía las funciones de anfitrión del reducido club de pasajeros. Estaba sentado en la primera fila, detrás del conductor, su rígida pierna izquierda asomaba en el pasillo y saludaba a los recién llegados con un salto de falsa sorpresa y el tamborileo de la muleta. ¡Mirad, aquí está!, decía, y hacía muecas burlonas a los demás por encima del hombro, como si quisiera alertarnos de la llegada de un personaje terrible, cuando quien estaba en el estribo era un joven con cara de hurón y un manoseado abono que sobresalía de su mano cual una lengua descolorida. Las chicas provocaban piropos, que las hacían sonreír con afectación, mientras otros dirigían guiños y pícaras alusiones a su rígida extremidad mirando con complicidad a las amas de casa que iban a hacer la compra al centro de la ciudad. De vez en cuando el viejo me dirigía una rápida mirada de tanteo, algo inquieta, como la de un actor de teatro que descubre a un acreedor en la primera fila. La verdad es que me pareció que había algo histriónico en ese montaje. El resto de los pasajeros mostraba el recatado aplomo del público que asiste a los estrenos. Ellos también interpretaban un papel. Tras la cháchara, las bromas y la confianzuda familiaridad parecían preocupados y sus miradas estaban cargadas de incertidumbre y cansancio, como si se hubieran aprendido el texto de memoria pero aún no supieran en qué momento intervenir. Los examiné con sumo interés. Creía haber descubierto algo significativo, aunque no sabía a ciencia cierta de qué se trataba ni qué significaba. ¿Y qué papel desempeñaba yo entre ellos? Supongo que el de tramoyista que está entre bambalinas y envidia a los actores.

Cuando llegamos a la ciudad no supe dónde bajarme, cualquier parada me parecía buena. Debo decir algo sobre mis posibilidades en aquel momento. Tendría que haber temblado de miedo. Llevaba en el bolsillo un billete de cinco libras y algunas monedas, en su mayoría extranjeras; presentaba el aspecto y el olor de un vagabundo y no tenía adónde ir. No disponía de una tarjeta de crédito con la que farolear y alojarme en un hotel. Pero era incapaz de preocuparme, no conseguí sentir inquietud. Parecía flotar perplejo con un desapego onírico, como si me hubiesen administrado una buena dosis de anestesia local. ¿Será esto lo que significa estar conmocionado? No: supongo que fue la certeza de que en cualquier momento una mano me sujetaría del hombro al tiempo que una voz terrible lanzaría una advertencia. Seguramente a esas alturas tendrían mi nombre, habrían hecho circular una descripción de mi aspecto físico y hombres de mirada severa y chaqueta abultada recorrerían las calles buscándome. Sigue desconcertándome el hecho de que nada ocurriera por esos derroteros. Los Behrens debieron de saber en el acto quién se había llevado el cuadro, pero no abrieron la boca. ¿Y qué decir de la estela de pruebas que había dejado a mi espalda? ¿Qué decir de las personas que me habían visto, los Reck, la señorita del taller, el ferretero, la mujer que se parecía a mi madre y que me había abordado cuando permanecía como catatónico ante el semáforo? Señoría, no pretendo alentar a delincuentes potenciales, pero le aseguro que es más fácil de lo que se cree cometer un acto y lograr que quede impune, al menos durante un tiempo. Pasaron días decisivos —¡con qué

facilidad adoptamos la jerga de los otros!—, pasaron *días decisivos* hasta que se enteraron de a quién buscaban. Si no hubiese seguido siendo tan irreflexivo como al principio, si me hubiera detenido a pensar y a evaluar cuidadosamente la situación, sospecho que ahora no estaría aquí, sino en una región más soleada, acunando mi culpa bajo un cielo despejado. Pero no me detuve a pensar. Bajé del autobús y caminé en la dirección en que miraba, ya que, estaba convencido, mi sino me aguardaba por los cuatro costados, en los brazos abiertos de la ley. ¡La captura! Mi corazón mimó esa palabra. Fue un consuelo. Era la garantía del reposo. Regateé como un borracho a las multitudes, sorprendido de que no se apartaran horrorizadas ante mí. Estaba rodeado por un infierno de prisas y sonidos. Una cuadrilla de hombres con los torsos desnudos perforaba la calle con martillos neumáticos. El tráfico se enredaba y chillaba, los rayos del sol parpadeaban como cuchillos en los parabrisas y los palpitantes capós de los coches. El aire era una bruma azul, ardiente y ponzoñosa. Ya no estaba acostumbrado a las ciudades. Pero fui consciente de que, mientras forcejeaba por las calles, también avanzaba uniformemente en el tiempo; me pareció una especie de ejercicio natatorio sin esfuerzo. El tiempo, pensé con toda seriedad, el tiempo me salvará. Aquí está Trinity, el banco. Fox’s, donde papá solía traerme de peregrinación anual, con grandes ceremonias, para comprar sus cigarros navideños. Era mi mundo y yo me sentía proscrito. Experimenté una profunda y desapasionada conmiseración por mí mismo, como la sentiría por una pobre criatura perdida y errante. El sol brillaba implacable, un ojo obeso clavado en medio de la bruma, por encima de los árboles. Compré una barra de chocolate y la devoré sin dejar de andar. Compré la primera edición de un periódico vespertino, pero no traía ninguna noticia. Lo tiré al suelo y seguí arrastrando los pies. Un golfillo lo recogió —¡Eh, señor!— y corrió detrás de mí. Le di las gracias, el chiquillo sonrió y estuve a punto de deshacerme en lágrimas. Estaba atascado y miré desconcertado a mi alrededor, como un objeto inanimado. La gente pasó a mi lado, pura cara y codos. Creo que aquel fue mi momento más depresivo, aquel instante de desvalimiento y sordo pavor. Decidí entregarme. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Me pareció una perspectiva maravillosa y seductora. Imaginé que me recogían tiernamente en brazos y que, a través de una serie de habitaciones blancas y frescas, me llevaban hasta un sitio de calma y silencio, de fastuosa rendición.

Al final, empero, acudí al pub de Wally.

Estaba cerrado. No lo comprendí. Al principio pensé, a la desesperada, que tenía que ver conmigo, que acababan de descubrir que había estado allí y lo habían clausurado. Empujé la puerta hasta el hartazgo e intenté ver a través del culo de botella de los cristales, pero el interior estaba a oscuras. Retrocedí. Al lado había una diminuta tienda de modas, en la que un par de chicas rubias, frágiles e inmutables como flores permanecían inmóviles, mirando al vacío, hasta el extremo de que parecían formar parte del escaparate. Cuando hablé volvieron hacia mí, sin el menor interés, sus ojos bordeados de hollín. Es la hora sagrada, dijo una, y la otra sonrió lánguidamente. Retrocedí, sonreí con afectación, regresé al pub y aporreé la puerta con renovadas fuerzas. Un rato después sonaron pisadas y cerrojos que se abrían. Qué quieres, preguntó Wally medio cabreado, y entrecerró los ojos a causa de la cruda luz del sol que se colaba desde la calle. Vestía un batín de seda morada y zapatillas informes. Me miró de arriba abajo con cara de disgusto y reparó en la barba y en el jersey sucio. Le expliqué que mi coche se había averiado y que necesitaba hablar por teléfono. Soltó un bufido sardónico y exclamó: ¡Hablar por teléfono!, como si se tratara del comentario más jocoso que había oído en su vida. Se

encogió de hombros. De todas formas, era casi la hora de abrir. Lo seguí al interior del pub. Sus pantorrillas eran regordetas, blancas y sin pelos; me pregunté dónde había visto hacía poco otras parecidas. Wally encendió una lámpara con pantalla rosa situada detrás de la barra. Ahí tienes el teléfono, dijo, hizo un ademán y frunció los labios con gesto burlón. Le pedí que me sirviera una ginebra antes de hablar. Bufó, gratificado su corazón escéptico, y se permitió esbozar una sonrisilla. ¿Has sufrido un choque?, preguntó. En un primer momento no supe de qué hablaba. Ah, el coche, dije, no, nada de eso, simplemente…, se paró. Pensé con hosco regocijo: acabo de responder a la primera pregunta sin haber mentido. Se dio la vuelta para servirme el trago. Con su bata púrpura parecía un sacerdote. Dejó el vaso en la barra, se apoyó en el borde de su taburete y cruzó los gordos brazos. Supo que yo había hecho algo, lo noté en su mirada impaciente y desdeñosa a la vez, pero no fue capaz de preguntarme nada. Le sonreí, bebí y me divertí viendo cómo se debatía. Comenté que dormir la siesta era una buena idea. Wally enarcó las cejas. Señalé su batín. Una cabezada a mediodía es una buena idea, dije. No le causó gracia. De las sombrías extensiones que se abrían a mi espalda apareció un joven desgreñado, sin más ropa que un calzoncillo caído. Me miró sin interés y preguntó a Wally si ya había llegado el periódico. Ten, toma el mío, dije. Debí de retorcerlo porque parecía una porra rígida. El joven lo abrió y leyó los titulares sin dejar de mover los labios. Condenados bomberos, dijo, malditos lunáticos. Wally le dirigió una mirada demoledora. El muchacho descartó el periódico y se alejó rascándose el culo. Extendí mi vaso para que lo volviera a llenar. Por si no lo sabes, aún cobramos la consumición, dijo Wally. Aceptamos dinero. Le entregué las cinco libras que me quedaban. Un delgado hilo de luz se colaba por un resquicio en los postigos y, empotrado en el suelo, formaba un declive delante de mí. Observé la espalda regordeta de Wally mientras me volvía a llenar el vaso. Pensé en contarle lo que había hecho. Parecía plausible. Al fin y al cabo, nada, absolutamente nada sorprende a Wally. Casi me lo creí. Lo imaginé mirándome con la boca torcida y una ceja en alto, reprimiendo una sonrisa suspicaz mientras yo relataba mi horrorosa historia. La idea de la confesión me levantó el ánimo porque era esplendorosa por irresponsable. Hacía que todo pareciese ni más ni menos que el punto álgido de un jolgorio, una broma que había salido mal. Reí pesaroso con los labios apoyados en el vaso. Tienes una pinta de mierda, dijo Wally satisfecho de sí mismo. Le pedí otra ginebra, esta vez doble.

Con absoluta claridad la voz de ella volvió a decir en mi cabeza: No lo hagas.

El muchacho de pelo rizado regresó vestido con tejanos ceñidos y una ajustada camiseta verde brillante. Se llamaba Sonny. Wally lo dejó a cargo del bar y se contoneó hasta sus aposentos, agitando el batín tras de sí. Sonny se sirvió una generosa medida de *crème de menthe*, llenó el vaso de cubitos de hielo, se instaló en el taburete, acomodó sus nalgas prietas y me observó sin mucho entusiasmo. Eres nuevo, comentó con un tono que semejaba una acusación. No, yo no, el nuevo eres tú, dije, y sonreí presuntuoso. Abrió desmesuradamente los ojos. Discúlpame, creí que lo eras. Wally regresó de punta en blanco, peinado y apestando a potingues. Tomé otra ginebra doble. Se me tensó el rostro, que parecía una máscara de barro. Había alcanzado esa fase de la intoxicación etílica en la que todo encaja en otra versión de la realidad. No parecía una borrachera sino una forma de esclarecimiento, casi casi un desembriagarse. Entró un grupo de gente de la farándula haciendo cabriolas y graznando. Vieron mi aspecto y se miraron entre sí rebosantes de júbilo. Ya me hablarás de clientes difíciles, comentó uno, y Sonny rio con disimulo. Pensé: esto es lo que haré, convenceré a cualquiera de esos actores de que me lleve a su casa y me oculte, a la Lady Macbeth con la máscara y las uñas rojo sangre o a aquel sujeto con camisa de arlequín que no cesa de reír…, ¿por qué no? Sí, es lo que haré, a partir de este

momento viviré entre actores, practicaré y estudiaré su oficio, el gesto ampuloso y el matiz sutil. Puede que con el tiempo aprenda a interpretar mi papel lo bastante bien, con la convicción suficiente para ocupar mi sitio entre los otros, los naturales, las personas del autobús y el resto de los mortales.

Solo me di cuenta de que estaba esperando a Charlie French cuando lo vi entrar. El buenazo de Charlie. Mi corazón se enterneció, tuve ganas de abrazarlo. Llevaba traje a rayas y portaba una cartera gastada que parecía contener documentos importantes. Aunque me había visto hacía tres días, al principio no dio señales de reconocerme. Pero es probable que no me reconociese a causa de mi desaliño y de mi mirada desaforada. Dijo que había entendido que yo iría a Coolgrange. Le dije que ya había vuelto y preguntó por mi madre. Le conté que había sufrido un ataque. Sospecho que cargué las tintas…, hasta es posible que derramase una lágrima. Charlie asintió, miró más allá de mi oreja izquierda e hizo tintinear las monedas que llevaba en el bolsillo del pantalón. Hicimos una pausa durante la cual resollé y suspiré. Vaya, comentó a la ligera, vuelves a estar de viaje, ¿no? Me encogí de hombros. Wally explicó que mi coche estaba averiado y exhaló una risilla muy chocante. Charlie frunció el ceño como muestra de solidaridad. ¿De veras?, preguntó tranquilo, con soñadora atonalidad. De pronto el grupo de actores chilló tan agudamente a nuestras espaldas que hasta los vasos temblaron, pero fue como si él no los oyera, porque ni siquiera parpadeó. Había perfeccionado una pose para sitios y ocasiones como aquellos, mediante la cual se las ingeniaba para estar y no estar. Permanecía muy erguido, con los gruesos zapatos negros bien juntos y la cartera apoyada en las piernas, con una mano en la barra —¡caray, aún lo veo!— y la otra sujetando el vaso de whisky a medio camino hacia los labios, como si hubiese entrado por error y fuera demasiado educado para cortar el rollo y largarse antes de compartir un trago y unas pocas cortesías con los desesperados parroquianos del pub. Era capaz de mantener esa actitud de quien está a punto de partir durante toda una noche de parranda. Ah, sí, Charlie era un actor consumado.

Cuanto más bebía, mayor era mi cariño por él, sobre todo porque pagaba las ginebras a la misma velocidad con que yo las bebía. Pero no solo por eso. Tenía —tengo— un profundo afecto por Charlie, creo que ya lo he apuntado. ¿He mencionado que me consiguió trabajo en el instituto? Estuvimos en contacto durante mis años de universidad…, mejor dicho, *él* mantuvo el contacto *conmigo.* Gustaba de considerarse el sabio y constante amigo de la familia que vigila con ojo de tío al hijo único y genial de la casa. Me llevaba a pasear y me invitaba. Recuerdo los tés en el Hibernian, el extraño paseo hasta el Curragh y la cena anual en Jammet’s el día de mi cumpleaños. Esas celebraciones nunca funcionaron, eran demasiado forzadas. Siempre temí que alguien me viera con él, ya que Charlie se hundía en un estado de inquieta melancolía mientras yo me retorcía y fruncía el ceño. Cuando estábamos a punto de separarnos se producía un súbito estallido de cháchara alegre que no era más que un alivio mal disimulado, después nos separábamos y cada uno se alejaba cargado de culpa. Pero Charlie no se desanimó y un día después de regresar con Daphne de Estados Unidos me invitó a una copa en el Shelbourne y me preguntó si —y estas fueron sus palabras— no quería echar una mano a los tíos del instituto. Yo aún estaba mareado —tuvimos una horrorosa travesía invernal en una cáscara de nuez que era poco más que un vaporcillo— y Charlie se mostró tan apocado y adoptó actitudes despectivas tan rebuscadas que tardé un rato en darme cuenta de que me estaba ofreciendo trabajo. Se apresuró a añadir que el trabajo estaba en mi línea —casi no requería esfuerzos y suponía que para alguien como yo sería más bien una forma de juego—, el salario era decente y las posibilidades ilimitadas. Por su actitud suplicante y arisca al mismo tiempo, supe que su oferta se

debía a las instigaciones de mi madre. Bueno, dijo, y mostró sus grandes dientes amarillentos en una sonrisa forzada, ¿qué te parece? Primero me sentí molesto y después divertido. Al final pensé: ¿y por qué no?

Si la sala está de acuerdo, abordaré por encima esta etapa de mi vida. Se trata de una época que aún suscita una inquietud imprecisa y no sé a qué se debe con exactitud. Tengo la impresión de que al aceptar ese trabajo hice algo absurdo. No era digno de mí, por supuesto, ni de mi talento, pero ese no es el único motivo de mi humillación. Tal vez fue el momento de mi vida en el cual…, pero qué estoy diciendo, los momentos no existen, ya lo he dicho. Solo hay esa deriva incesante, lenta y vehemente de las cosas. Si me quedaba alguna duda, el instituto las aclaró definitivamente. Ocupaba un enorme edificio de piedra gris del siglo pasado que con sus costados escarpados, sus contrafuertes, sus florituras y sus chimeneas ennegrecidas siempre me recordó un majestuoso y anticuado transatlántico. Nadie sabía a ciencia cierta cuáles eran nuestros objetivos. Realizábamos investigaciones estadísticas y producíamos abultados informes rebosantes de gráficos, diagramas y apéndices complicados, informes que el Gobierno recibía con serias palabras de encomio y que olvidaba con gran rapidez. El director era un individuo corpulento y frenético que chupaba ferozmente una enorme pipa negra, tenía un tic en un ojo y de cuyas orejas asomaban mechones de pelo. Deambulaba por el edificio, siempre de camino a otra parte. Recibía con risa brusca y vencida cuantas preguntas y peticiones le hacíamos. ¡Pídaselo al ministro!, gritaba por encima del hombro mientras se alejaba a grandes zancadas y a su paso dejaba densas ráfagas de humo y chispas. Como era de esperar, existía un alto porcentaje de locura entre el personal. Al descubrir que no había obligaciones definidas, los empleados emprendían furtivamente sus proyectos personales. Había un economista, un hombre alto y demacrado, de cara verdosa y pelo revuelto, que se dedicó a diseñar un sistema infalible de apuestas hípicas. Un día se ofreció a revelarme el secreto, me aferró la muñeca con mano temblorosa y me susurró apremiante al oído, pero entonces pasó algo, no recuerdo qué, la desconfianza se instaló entre nosotros y al final no me dirigía la palabra, evitándome cada vez que nos cruzábamos en los pasillos. Fue lamentable pues formaba parte del selecto grupo de eruditos con los que yo tenía que tratar para acceder al ordenador. Esa máquina era el eje de nuestras actividades. Su uso obedecía a normas muy estrictas y conseguir una hora sin interrupciones era un privilegio de dioses. Funcionaba las veinticuatro horas del día, zumbaba y crujía en la inmensa sala blanca del sótano. Por la noche estaba al cuidado de un trío misterioso y siniestro, supongo que un criminal de guerra y dos individuos extraños, uno de los cuales tenía la cara estropeada. Pasé tres años en aquel instituto. No fui tremendamente desgraciado. Solo me sentí y, como digo, me siento algo ridículo, algo incómodo. Y jamás se lo perdoné a Charlie French.

Era tarde cuando salimos del pub. La noche se componía de cristales. Yo estaba muy borracho. Charlie me ayudó. Estaba preocupado por su cartera y la sujetaba con firmeza bajo el brazo. Cada equis metros le obligaba a hacer un alto para decirle cuán bueno era. No, dije, y levanté el brazo con gesto imperativo, no, quiero decirlo, Charlie, eres un buen tipo, un buen tipo. Como es lógico, lloré como una Magdalena y en varias ocasiones tuve arcadas secas. Fue una especie de arrobamiento glorioso, desconsolado y tambaleante. Me acordé de que Charlie vivía con su madre y también lloré por ello. ¿Cómo está, Charlie, dímelo, cómo está esa santa mujer?, grité pesaroso. No quiso responder, hizo oídos sordos, pero machaqué tanto que al final

meneó la cabeza irritado y exclamó: ¡Está muerta! Intenté abrazarlo y se alejó unos pasos. En la calle encontramos un hoyo rodeado por una cinta de plástico rojo y blanco. La cinta temblaba y chasqueaba a causa de la brisa. Aquí es donde ayer estalló el coche bomba, dijo Charlie. ¡Ayer! Me desternillé de risa, me arrodillé en la calle al borde del hoyo y reí cubriéndome la cara con las manos. Ayer, el último día del viejo mundo. Espera, dijo Charlie, tomaremos un taxi. Se alejó y yo seguí arrodillado, meciéndome y tarareando *sotto voce*, como si entre los brazos acunara a un niño. Estaba cansado. El día había sido largo. Había llegado muy lejos.

Desperté en medio de la astillada luz del sol, al tiempo que un chillido sonaba en mis oídos. Cama grande y hundida, paredes pardas, olor a humedad. Pensé que estaba en el dormitorio de mis padres en Coolgrange. Estuve tendido unos instantes, con la mirada fija en las luces acuáticas que se deslizaban por el techo. Entonces recordé, cerré los ojos con fuerza y me tapé la cabeza con los brazos. La oscuridad era taladrante. Me levanté, me arrastré hasta la ventana y me sorprendí con la inocencia azul del mar y el cielo. Los veleros blancos viraban de bordada bahía adentro. Bajo la ventana se extendía un pequeño puerto de piedra y, más lejos, la curva de la carretera del litoral. Apareció una gaviota enorme, que chilló y se arrojó con violento aleteo sobre el cristal. Te toman por mamá, dijo Charlie a mi espalda. Estaba en la puerta, llevaba un delantal sucio y en la mano sostenía una sartén. Explicó que su madre tenía la costumbre de alimentar a las gaviotas. Tras Charlie había un resplandor blanco e impenetrable. Este era el mundo en el que a partir de ahora debía vivir, en medio de esa luz abrasadora e ineludible. Me miré y comprobé que estaba desnudo.

Me senté en la espaciosa cocina, bajo una ventana inmensa y sucia, y miré cómo Charlie preparaba el desayuno en medio de una nube de humo grasiento. A la luz del día Charlie no tenía buen aspecto, estaba ojeroso y con mal color, tenía escamas de jabón de afeitar en el mentón y bolsas amoratadas bajo sus ojos color flema. Además del delantal, llevaba un cárdigan de lana sobre una sucia camiseta de punto y holgados pantalones de franela. Ella solía esperar a que yo me fuera, explicó, para arrojarles comida por la ventana. Ladeó la cabeza y rio. Era una mujer tremenda, dijo, tremenda. Se acercó con un plato de lonchas de bacon, pan frito y un huevo baboso y lo dejó delante de mí. Ten, dijo, es lo único que alivia los males de cabeza. Lo miré sobresaltado. *¿Los males de cabeza?* ¿Acaso la noche anterior le había dicho algo, había hecho una confesión de borracho? Imposible, Charlie no haría bromas de esa índole. Regresó a los hornillos, encendió un cigarrillo y tuvo dificultades con las cerillas.

Mira, Charlie, dije, más vale que te lo diga, estoy metido en un lío.

Al principio supuse que no me había oído. No se inmutó y fue presa de una soñadora vacuidad, con la boca abierta y algo torcida y las cejas ligeramente enarcadas. Entonces me percaté de que pretendía ser discreto. Bueno, si no quería saber nada, allá él. Pero, señoría, quiero que conste que se lo habría contado si hubiese estado dispuesto a escuchar. Tal como ocurrió, dejé pasar el silencio y le pregunté si me podía prestar la maquinilla de afeitar, una camisa y una corbata. Naturalmente, dijo, naturalmente, pero no me miró a los ojos. De hecho, desde que me levanté revoloteó a mi alrededor con la mirada torcida, trajinando con la tetera y la sartén como temeroso de que, en el caso de hacer una pausa, surgiera algún conflicto incómodo al que no sabría cómo hacer frente. Supongo que algo sospechaba. No era tonto. (Al menos, no

era un tonto redomado.) También creo que se debió, simplemente, a que no supo cómo adaptarse a mi presencia. Se impacientó, cambió cosas de lugar, guardó otras en cajones y armarios y volvió a sacarlas hablando, distraído, para sus adentros. No era frecuente que recibiera gente en su casa. Recuperé parte del lacrimógeno respeto que la noche anterior había sentido por él. Me pareció casi maternal con su delantal y las gastadas zapatillas de fieltro. Me cuidaría. Bebí el té y miré con cara de pocos amigos el intacto huevo frito que se enfriaba en el plato. Fuera sonó un bocinazo. Charlie lanzó una exclamación, se quitó el delantal y salió a toda prisa de la cocina. Le oí corretear a tientas por la casa. En un tiempo sorprendentemente breve volvió a aparecer trajeado, con la cartera bajo el brazo y gastando un sombrerito chulesco que le confería el aspecto de un agobiado corredor de apuestas. ¿Dónde te has instalado?, preguntó, y miró un punto situado detrás de mi hombro izquierdo. ¿En Coolgrange o en…? No dije nada, me limité a mirarlo suplicante y Charlie exhaló un «ah», asintió despacio y se retiró despacio. De pronto no quise que se fuera —¡me quedaría solo, solísimo!—, corrí tras él, le obligué a regresar y le pedí que me explicara cómo funcionaba la cocina, dónde estaba la llave y qué decirle al lechero si aparecía. Noté que mi vehemencia lo desconcertó y lo alarmó ligeramente. Lo seguí hasta el vestíbulo y no dejé de hablarle mientras salía por la puerta principal, asintiendo cauteloso y con una sonrisa fija como si yo fuera…, ¡ja, ja!, estaba a punto de decir como si yo fuera un peligroso criminal. Subí a saltos la escalera hasta el dormitorio y lo vi recorrer el sendero, una figura bufonescamente escorzada, con su sombrero y su traje holgado. Junto al bordillo esperaba un coche negro de grandes dimensiones cuyo doble tubo de escape exhalaba una discreta bruma azul claro. El conductor, un hombre fornido, de traje oscuro y cuello corto, se apeó con soltura y abrió la portezuela trasera. Charlie alzó la vista hasta la ventana donde me encontraba y el conductor siguió su mirada. Me vi a mí mismo tal como ellos me vieron: un rostro difuso que flotaba tras el cristal, de ojos legañosos y sin afeitar, la imagen de un fugitivo. El coche se alejó sin estruendo, recorrió el camino del puerto, giró en una esquina y desapareció. No me moví. Deseaba permanecer como estaba, con la frente apoyada en el cristal y el día de verano ante mis ojos. Todo me parecía singular: el mar coronado de blanco, las casas blancas y rosas y, a lo lejos, extraño y dichoso, el promontorio borroso, cual un mundo de juguete expuesto en un escaparate. Cerré los ojos y nuevamente emergió de las profundidades un fragmento de recuerdo —la puerta, la habitación a oscuras y la sensación de algo inminente—, pero esta vez no tuve la impresión de recordar mi propio pasado.

A mi espalda, el silencio se inflamaba como un tumor.

Fui a coger deprisa mi plato con el huevo frito y las grisáceas lonchas de bacon de la cocina, subí la escalera de tres en tres peldaños, regresé a la habitación, abrí la ventana y salí al estrecho balcón de hierro. Soplaba un viento fuerte y tibio que me cogió por sorpresa y que durante unos segundos me dejó sin aliento. Cogí los alimentos, los arrojé al aire y vi que las gaviotas se abalanzaban sobre esos bocados exquisitos, chillando roncamente de asombro y gula. Por detrás del promontorio un barco blanco, silencioso, apareció y relumbró en medio de la bruma. Cuando terminé de arrojar la comida también tiré el plato, no sé por qué; se deslizó como un disco por la carretera y el muro del puerto. Cayó al agua casi sin salpicar. Tenía hebras de grasa tibia entre los dedos y yema de huevo en las uñas. Entré en la habitación y me limpié las manos con la ropa de cama, el corazón alborotado de agitación y asco. No sabía lo que hacía ni lo que haría a continuación. No me conocía a mí mismo. Me había convertido en un desconocido antojadizo y peligroso.

Exploré la casa. Era la primera vez que estaba allí. Se trataba de una vivienda grande, lúgubre

y oscura, con cortinas también oscuras, armatostes a modo de muebles y zonas raídas en las alfombras. Aunque no estaba sucia, olía a cerrado, a cosas que han permanecido demasiado tiempo en el mismo sitio, y el aire emitía una sensación gris y embotada, como si hiciera mucho tiempo que se había consumido una de sus esencias vitales. Olía a moho, a té y a periódicos viejos y por todas partes se percibía algo insípido y ligeramente dulzón que interpreté como el resplandor crepuscular de Mamá French. Sospecho que se desternillarán de risa cuando me oigan decir que soy un maniático de la limpieza, pero lo cierto es que lo soy. Ya estaba afligido cuando empecé a husmear entre las pertenencias de Charlie, temeroso de lo que podría encontrar. Sus lamentables secretillos no eran peores que los míos ni que los de cualquiera, pero cada vez que removía una piedra y salían disparados, me estremecía y me avergonzaba de él y de mí mismo. Me acoracé, perseveré y al final tuve mi recompensa. En su dormitorio había un escritorio de tapa corrediza, que tardé diez minutos en abrir con gran esfuerzo y la ayuda de un cuchillo de cocina, acuclillado y sudando alcohol puro a mares. En su interior encontré varios billetes y un portatarjetas de plástico. También contenía cartas…, créase o no, de mi madre, escritas hacía treinta, cuarenta años. No sé por qué no las leí; las guardé respetuosamente, junto a las tarjetas de crédito y el efectivo, y volví a echarle llave al escritorio. Al salir crucé una sonrisilla avergonzada con mi imagen en el espejo del ropero. Aquel alemán cuyo nombre no recuerdo tenía razón: el dinero es la felicidad abstracta.

El cuarto de baño estaba en el recodo del primer piso y era una especie de cobertizo de madera con calentador de gas y una bañera gigantesca con patas en forma de garras. Me incliné sobre el lavamanos y me rasuré la barba de dos días con la maquinilla de Charlie, cubierta de jabón. Aunque pensaba dejarme la barba para cambiar mi aspecto habitual, ya me había perdido bastante a mí mismo y no quería que también desapareciese mi cara. El espejo poseía una superficie cóncava y plateada en la que mis rasgos ampliados —la mandíbula ancha y picada de viruelas, una fosa nasal negra y con pelos, un globo ocular único y rodante— se balanceaban y mecían de manera alarmante, cual cosas que aparecen por la ventana de un batiscafo. Cuando terminé me metí en la bañera y permanecí con los ojos cerrados mientras el agua me caía en cascada desde el calentador de gas. Me hizo bien, fue a la vez solaz y castigo hirviente; si el gas no se hubiese acabado, me habría quedado todo el día, perdido para mí mismo y para todo lo demás en medio de esa penumbra rugiente y sepulcral. Cuando abrí los ojos, delante de mí silbaron y explotaron estrellas minúsculas. Me arrastré empapado hasta la habitación de Charlie y dediqué largo rato a decidir qué me pondría. Al final elegí una camisa de seda azul marino y una corbata de lazo, floreada y algo llamativa. Calcetines negros, por supuesto —también de seda: Charlie no se priva de nada—, y pantalón oscuro, holgado pero de excelente corte, de un estilo lo bastante antiguo para estar nuevamente de moda. De momento me arriesgaría sin ropa interior: hasta un asesino tiene principios y los míos me impedían ponerme los calzoncillos de otro. Amontoné mi ropa —qué extraño aspecto tenía desparramada en el suelo del dormitorio, como esperando a que alguien la perfilara con tiza— y, apartando la cara, la llevé a la cocina y la metí en una bolsa de basura. A continuación lavé y sequé la vajilla del desayuno y estaba en medio de la cocina, con un trapo sucio en la mano, cuando la imagen de su rostro ensangrentado se me apareció como un elemento de un tenderete del parque de atracciones. Tuve que sentarme porque estaba sin aliento y temblando. Verá, no hacía más que olvidar, lo olvidaba todo durante prolongados períodos. Supongo que mi mente necesitaba un respiro para hacer frente a la situación. Agotado, paseé la mirada por la cocina grande y húmeda. Me pregunté si Charlie se enteraría de que faltaba un plato. ¿Por qué lo arrojé al mar, por qué? Aún no habían dado las

doce. El tiempo abrió sus fauces negras delante de mi cara. Entré en una de las habitaciones principales —cortinas de red, inmensa mesa de comedor, un búho disecado dentro de una caja de cristal—, me detuve junto a la ventana y me puse a mirar el mar. Tanto azul intimidaba. Caminé de aquí para allá, me detuve, agucé el oído con el alma en vilo. ¿Qué esperaba oír? No sonaba nada, solo el ruido distante de otras vidas, un tictac y un movimiento ínfimos, como el sonido de un motor al enfriarse. Recordé días semejantes de la infancia, días extraños y vacíos en los que deambulaba de puntillas por la casa en silencio y en los que me sentía una especie de espectro, apenas presente, un recuerdo, una sombra de otra versión más sólida de mí mismo que vivía, oh, que vivía maravillosamente en otra parte.

Debo parar. Estoy harto de mí mismo, harto de todo.

El tiempo. Los días.

Adelante, adelante.

La repugnancia es algo que conozco a fondo. Diré una o dos palabras sobre la repugnancia. Aquí estoy, desnudo bajo las vestiduras carcelarias, tacos de carne pálida atada y embolsada como ternera mal empaquetada. Me incorporo y camino sobre las patas traseras, como un animal con correa, depositando una invisible nevada de caspa dondequiera que voy. Los ácaros viven de mí, lamen mi sudor, hunden el morro en mis poros y devoran cuanto encuentran. Después la piel agrietada, las hendiduras, los huecos. Y el pelo: no quiero ni pensar en el pelo. Y eso es solo la superficie. Más vale no imaginar lo que pasa adentro, la bomba roja que se estremece y chapotea, los pulmones que salpican y, allá abajo y a oscuras, la fábrica de pegamento que trabaja sin cesar. Carroña animada, resbaladiza por la blenorragia crónica, que aún no está lo bastante madura para los gusanos. Puaj, debería…

Calma, Frederick, calma.

Hoy ha venido mi esposa. No es extraordinario, lo hace todas las semanas. En tanto que detenido pendiente de juicio, tengo derecho a visitas ilimitadas, pero no se lo he dicho y, si ella lo sabe, no ha hecho el menor comentario. Preferimos que sea así. Incluso en el día más tranquilo, la hora de visita de los jueves se convierte en un ritual estrafalario, por no decir misterioso. Tiene lugar en una estancia grande, cuadrada y alta, con escuetas ventanas abiertas muy cerca del techo. Un tabique de madera contrachapada y cristal —un artilugio de lo más desagradable— nos separa de nuestros seres queridos, con los que charlamos lo mejor que podemos a través de una desinfectada rejilla de plástico. Esta situación de casi cuarentena es una imposición reciente. Nos han dicho que es para impedir la entrada de drogas, pero creo sinceramente que es el modo de mantener *dentro* los virus interesantes que en los últimos tiempos hemos empezado a incubar. La habitación semeja un acuario con la pared de cristal verdoso, la luz que cae y las voces que, a través del enrejado de plástico, nos llegan como burbujeadas en medio del agua. Los reclusos nos sentamos con los hombros hundidos, nos apoyamos con gesto serio en los brazos cruzados y estamos pálidos, abotargados y con la mirada perdida, cual crustáceos desarraigados y agazapados en el lecho de la pecera. Nuestras visitas existen en un elemento distinto al nuestro, están más claramente definidas que nosotros, más intensamente presentes en su mundo. A veces percibimos sus miradas, mezcla de curiosidad, compasión y también de leve repugnancia, miradas que nos atraviesan el alma. Tienen que

percibir la fuerza de nuestro anhelo, casi deben de oírlo, el canto de los tritones, una nota aguda de puro dolor que retintinea en el cristal que nos separa de ellas. Su inquietud por nuestra situación no supone un consuelo, más bien nos aflige. Es el momento más tierno de la semana, deseamos tranquilidad, decoro, voces asordinadas. Estamos con los nervios de punta, preocupados por que la esposa o la amiga de alguno monte una escena allí fuera, grite y patalee, dé puñetazos en el tabique y llore. Cuando estas cosas ocurren es espantoso, realmente espantoso, y después aquel al que le ocurrió es objeto de solidaridad y respeto entre nosotros, como si acabara de sufrir una pérdida.

No existe riesgo de que Daphne monte un numerito. En todo momento mantiene una pose encomiable. Hoy, por ejemplo, al hablarme del niño lo hizo con serenidad, apartando su mirada de mí con su aire habitual de ligera abstracción. Confieso que me sentí molesto, no pude disimularlo. Tenía que haberme contado que estaban haciéndole pruebas en lugar de presentarse ante mí con un diagnóstico inesperado como ese. Me miró extrañada, inclinó la cabeza y estuvo a punto de sonreír. ¿Te sorprende?, preguntó. Me volví enfadado y no respondí. Claro que no estaba sorprendido. Sabía que el niño tenía algún problema, siempre lo supe…, se lo había dicho a Daphne mucho antes de que ella estuviese en condiciones de aceptarlo. Desde el principio hubo algo en su modo de moverse, con cautela, temblando sobre sus piernecillas flacuchas como si hiciera esfuerzos por no dejar caer algo grande e inmanejable que le habían puesto en los brazos, mirándonos con desconcierto y súplica, como un animal que mira desde un hoyo en el suelo. ¿Adónde lo llevaste, a qué hospital, qué te dijeron exactamente?, pregunté. Daphne se encogió de hombros. Respondió que fueron muy amables y muy comprensivos. El médico habló largo rato con ella. Es una enfermedad muy rara, el síndrome de no sé quién, ya he olvidado el nombre, es un maldito suizo o sueco…, ¿qué importancia tiene? El niño nunca hablará correctamente. Por lo que parece, nunca hará nada correctamente. Algo falla en su cerebro, falta algo, un fragmento fundamental. Daphne me lo explicó todo y repitió lo que el médico le había dicho, pero apenas la escuché. Una especie de fatiga, una especie de cansancio había hecho mella en mí. Se llama Van, ¿ya lo he dicho? Van. Tiene siete años. Cuando yo salga probablemente tendrá, ¿cuántos años, treinta y pico? Cristo, tendrá casi la misma edad que yo ahora. Un chico grande, así lo llamarán con cierta ternura los campesinos de Coolgrange. Un chico grande.

Claro que no, no lloraré. Si ahora empiezo, no pararé nunca.

Por la tarde volví a abrir el escritorio de Charlie, saqué dinero y me atreví a ir hasta el quiosco de periódicos del puerto. Experimenté un extraño y ardiente escalofrío de entusiasmo al entrar, se me revolvió el estómago y tuve la impresión de que atravesaba lentamente un caldo de cultivo denso y resistente. Creo que una parte de mí se hacía la ilusión —no, abrigaba la esperanza— de que de alguna manera me salvaría, de que como en los cuentos de hadas todo se invertiría por arte de magia, la bruja malvada desaparecería, el maleficio se rompería y la doncella despertaría de su sueño encantado. Al recoger los diarios, durante unos segundos pareció que la magia había dado resultado, porque al principio no leí nada salvo comentarios sobre el atentado del coche bomba y sus consecuencias. Compré tres periódicos de la mañana y una edición de primera hora de la tarde y reparé (¿o acaso solo es percepción retrospectiva?) en la severa mirada que me dirigió la muchacha granujienta situada detrás del mostrador. Regresé corriendo a la casa y mi

corazón latió al galope, como si lo que llevaba bajo el brazo fuese una selección de literatura erótica. Nuevamente de puerta para adentro, dejé la prensa sobre la mesa de la cocina y corrí al baño, en el que, dada mi agitación, me las ingenié para mearme un pie. Después de una búsqueda prolongada y febril encontré un cuarto de botella de ginebra y me eché un buen trago al coleto. Intenté encontrar otra cosa en la que ocupar el tiempo, pero no sirvió de nada y con pasos pesados regresé a la cocina. Me senté despacio a la mesa y abrí los diarios. Allí estaba, unos pocos párrafos en uno de los matutinos, encajados bajo la foto de un vendado superviviente del atentado, que descansaba en una cama de hospital. En la edición de la tarde publicaban un artículo más extenso, con una foto de los chicos que yo había visto jugar en el jardín del hotel. Fueron ellos los que la encontraron. También había una foto de ella, luciendo una mirada solemne desde un fondo difuso, debía de ser una ampliación de una foto de grupo de una boda o de un baile, ya que llevaba un horrible vestido largo de cuello rebuscado y sostenía algo en las manos, quizá flores. Se llamaba Josephine Bell. En las páginas interiores había más información, una foto de archivo de Behrens y una panorámica de Whitewater, así como un artículo sobre la colección Behrens, plagado de erratas y de datos confusos. Habían enviado a un redactor para que hablara con su madre, la señora Brigid Bell. Era viuda. Publicaban una foto de la mujer torpemente de pie delante de su casa; era una señora fornida y de cara tosca, con delantal y un viejo cárdigan, que miraba a la cámara con una especie de impasible consternación. Decía que su Josie era una buena hija, una chica decente, que no entendía por qué alguien había querido matarla. De repente volví a estar allá, la vi sentada en medio de las salpicaduras de su propia sangre, mirándome, con una burbuja de saliva rosa a punto de estallar en sus labios. «Mami» fue lo que dijo, esa fue la palabra, no Tommy. Acabo de darme cuenta en este preciso momento. «Mami» y después: «Amor».

Creo que la temporada que pasé en casa de Charlie French fue el período más extraño de mi vida, aún más raro y desorientador que mis primeros días aquí. En medio de la penumbra pardusca de aquellas habitaciones y con esa brillante luz marina en el exterior, tuve la impresión de que permanecía colgado en el aire, en un frasco cerrado a cal y canto, aislado de todo. El tiempo se escindió: estaba el tiempo del reloj, que se movía con abrumadora lentitud, y la carrera febril en mi cerebro, como si el muelle real se hubiera averiado y todos los mecanismos girasen a su aire. Entré y salí de la cocina haciendo de centinela durante infinidad de horas, con los hombros hundidos y las manos metidas en los bolsillos, conspirando con ardor, ignorante de que la distancia entre giro y giro decrecía cada vez más hasta que al final me detenía con brusquedad y miraba desconcertado alrededor como un animal que cae en una red. Montaba guardia en el dormitorio principal de la planta alta, junto a la ventana, con la espalda pegada a la pared, y a veces vigilaba tanto tiempo la carretera que olvidaba que era a mí a quien debían vigilar. En aquel barrio apartado había muy poco tráfico y enseguida reconocí a los transeúntes habituales: la chica de pelo color zanahoria que ocupaba un piso en la casa de al lado, el individuo lampiño y de aspecto dudoso que portaba un muestrario de viajante, los cuatro vejetes que paseaban a sus perros todos los días, a la misma hora, o arrastraban los pies hasta la tienda. Pero no habría modo de confundir a los otros, a los siniestros, cuando se presentasen. Lo más probable es que ni siquiera los viera llegar. Rodearían la casa, abrirían la puerta de una patada y esa sería la primera señal que de ellos recibiría. Pero permanecí allí, vigilando y vigilando como un amante consumido más que como un fugitivo.

Todo había cambiado, todo. Estaba alienado de mí mismo y de lo que otrora había supuesto que era. Mi vida hasta entonces solo había tenido la ingrávida densidad de un sueño. Si pensaba en mi pasado, era como meditar sobre lo que otro había sido, alguien a quien nunca conocí pero cuya historia me sabía al dedillo. Todo semejaba una ficción gráfica. Y no es que el presente fuese más sólido. Me sentía delirante, voluble, en la cuerda floja ante cualquier situación. Bajo mis pies el suelo se tensaba como una cama elástica, debía quedarme quieto por temor a altibajos inesperados, saltos y rebotes peligrosos. Y encima estaba rodeado por todo ese aire azul y vacío.

No podía pensar directamente en lo que había hecho. Habría equivalido a clavar la mirada en una luz cegadora. Era demasiado grande y brillante para evaluarlo. Resultaba incomprensible. A pesar de todo, cuando digo *lo hice* no estoy seguro de a qué me refiero. No se me entienda mal. No es mi intención vacilar, titubear y arrojar hojas secas sobre las pruebas. La maté, lo reconozco libremente. Y sé que si hoy volviera a estar allí, volvería a hacerlo, no porque quisiera, sino porque no me quedaría otra opción. Sería igual que entonces, con la araña, la luz de la luna entre los árboles y todo, todo lo demás. Tampoco puedo decir que no pretendía matarla…; solo puedo afirmar que no tengo claro en qué momento me lo tomé en serio. Estaba nervioso, impaciente y colérico, ella me atacó, le di un tortazo, el tortazo se convirtió en golpe, este en preludio de un

segundo golpe —en su apogeo, por así decirlo, o quizá me estoy refiriendo a su perigeo— y así al infinito. A lo largo de ese proceso no existe un momento del cual pueda decir con certeza: ahí, entonces, decidí que debía morir. ¿Decidir? No creo que se tratara de una decisión. Ni siquiera creo que fuera una cuestión de pensamiento. El monstruo gordo que hay dentro de mí vio su oportunidad y salió soltando espumarajos y golpes. Tenía cuentas que ajustar con el mundo y en aquel momento ella fue suficiente mundo para él. No pude impedírselo. ¿O tal vez sí? Al fin y al cabo, él es yo y yo soy él. Pero no, la situación había llegado demasiado lejos. Es posible que esa sea la esencia de mi crimen, de mi culpabilidad, permitir que las cosas llegasen a esos extremos, no haber sido lo bastante vigilante y simulador, dejar que Bunter se las arreglase solo y de este modo permitirle creer, fatalmente, que era libre, que la puerta de la jaula estaba abierta, que nada estaba prohibido, que todo era posible.

Después de mi primera comparecencia ante el tribunal, la prensa dijo que no di muestras de remordimiento cuando leyeron las acusaciones. (¿Qué esperaban, que llorara y me rasgara las vestiduras?) Con su cegata agudeza estaban detrás de algo. El remordimiento supone la esperanza del perdón y yo sabía que lo que había hecho era imperdonable. Pude fingir pesar, dolor, culpa, todas esas cosas, pero ¿para qué? Aunque hubiese experimentado sinceramente esas emociones en las profundidades más recónditas de mi corazón, ¿qué habría cambiado? El acto estaba cumplido y los gritos de angustia y arrepentimiento no lo revocarían. Cumplido, sí, consumado, como nunca antes en mi vida había consumado ni cumplido nada…, y al mismo tiempo no tenía fin, no había más vueltas que darle. Con todo el peso que la palabra implica, me consideré responsable de mi acto. Al matar a Josie Bell destruí una parte del mundo. Los martillazos destrozaron un complejo de recuerdos, sensaciones y posibilidades —una vida, en suma— que era irreemplazable y que, de alguna manera, había que reemplazar. Sería atrapado y encerrado por el delito de asesinato, lo supe con la serenidad y la certidumbre que solo el sentirse ajeno inspira; después dirían que había pagado mis deudas, convencidos de que al emparedarme en vida habían restituido cierto equilibrio. Según las leyes del justo castigo y la venganza, tendrían razón; empero, dicho equilibrio sería, en el mejor de los casos, negativo. No, no. Lo que se imponía no era mi muerte simbólica —lo reconocí a pesar de que no comprendí su significado —, sino que ella recobrase la vida. Eso, ni más ni menos.

Aquella noche, al regresar, Charlie asomó cauteloso la cabeza por la puerta como si temiera que en lo alto hubiese un cubo de agua. Lo miré de reojo y me tambaleé. Había liquidado la ginebra y pasado, a regañadientes, al whisky. No estaba borracho, borracho como se entiende al pie de la letra, sino dominado por una especie de embotada euforia, como si acabara de regresar de una prolongada y exquisitamente tormentosa visita al dentista. La vieja resaca acechaba bajo el nuevo murmullo, esperando el momento oportuno. Notaba la piel caliente y seca y los ojos chamuscados. ¡Salud!, grité, reí con fatuidad y los cubitos de hielo tintinearon en el vaso. Charlie miraba de soslayo mi vestimenta. Espero que no te moleste, dije. Jamás imaginé que tuviéramos la misma talla. Ah, dijo, sí, verás, creo que con los años he encogido. Lanzó una risa sepulcral. Me di cuenta de que había abrigado la esperanza de no encontrarme al regresar a casa. Lo seguí al vestíbulo, donde se quitó el sombrerito de corredor de apuestas y lo dejó, junto con la cartera, en el mueble de roble oscuro. Fue al comedor, se sirvió una moderada medida de whisky y le agregó un chorro de soda que había perdido el gas de una botella con tapón de rosca. Bebió un sorbo y se quedó como atascado, con una mano en el bolsillo, mirándose los pies con seriedad.

Mi presencia estorbaba sus rituales vespertinos. Guardó la botella de whisky sin convidarme. Regresamos a la cocina, donde Charles se puso el delantal y revolvió armarios y oscuros cajones en busca de los ingredientes para preparar un guiso. Mientras trabajaba, hablaba distraídamente por encima del hombro, con un cigarrillo colgado de su boca torcida y un ojo cerrado para que no le entrase el humo. Me hablaba de una venta que había realizado, de un cuadro que acababa de comprar o de algo por el estilo. Sospecho que solo hablaba por temor al silencio. De todas maneras, no le presté mucha atención. Le vi verter en el guiso más de la mitad de una botella de Pommerol que costaba cincuenta libras. Tres centímetros de ceniza de cigarrillo fueron a parar a la cazuela e intentó retirarlos sin éxito con una cuchara, sonriendo fastidiado. ¡Puedes imaginarte lo que para mí supone separarme de los cuadros!, exclamó. Asentí solemnemente. De hecho, me imaginaba a Charlie en su diminuta galería, haciendo zalemas y frotándose las manos delante de una mala puta con abrigo de piel, que apestaba a polvos para la cara y sudor, cuyo marido le había dado cuatro perras para que se comprase una chuchería por su cumpleaños. De pronto me sentí deprimido y cansado.

Sirvió el guiso y derramó un poco en el suelo. No era hábil con los utensilios, se volvían traidores en sus manos, se tambaleaban, giraban y resbalaban. Llevamos nuestros platos al comedor y nos sentamos a la mesa, bajo la mirada virulenta y vidriosa del búho disecado. Bebimos el resto del Pommerol y Charles trajo otra botella. Siguió esforzándose por eludir mi mirada y sonrió al suelo, a los muebles y a los atizadores de la chimenea, como si de repente lo vulgar llamase su atención con un encanto nuevo e inesperado. El sol de poniente me daba de lleno a través de la alta ventana situada a mi espalda. El guiso sabía a pellejo quemado. Aparté el plato, me volví y contemplé el puerto. En el cristal de la ventana había una grieta brillante. Algo me llevó a pensar en California, algo relacionado con la luz, con los yates pequeños y con el dorado mar vespertino. Estaba cansado, tan cansado que en aquel momento me habría entregado, salido a la deriva hacia el crepúsculo estival con la misma facilidad que la brisa, ignorado, sin planes, libre. Charlie aplastó una colilla empapada en el borde del plato. ¿Has leído lo que dice el periódico sobre Binkie Behrens?, preguntó. Me serví otra copa de vino. No, Charles, respondí, ¿qué dice?

A propósito, ¿qué habría hecho a lo largo de toda esta historia sin el solaz de la bebida y sus efectos embotadores? Creo que superé aquellos días mediante una sucesión de temblorosas sacudidas de un fugaz estado de ebrio equilibrio a otro, como un fugitivo que huye a través de un zigzag de pasaderas cubiertas de cieno. Hasta los colores, azul ginebra y rojo clarete…, ¿acaso no son los emblemas de mi caso, los colores tribunalicios de mi testimonio? Ahora que estoy sobrio para siempre recuerdo no solo aquella época sino toda mi vida como una juerga achispada pero no demasiado feliz, de la que siempre supe que, tarde o temprano, saldría con un espantoso dolor de cabeza. Este, ah, sí, este es el tiempo de la resaca con venganza.

El resto de la velada, según recuerdo, fue una sucesión de sorpresas definidas y amortiguadas, como cuando en un sueño caemos lentamente escaleras abajo. Fue entonces cuando me enteré de que mi padre había tenido una amante. Al principio me sorprendí y luego me indigné. ¡Yo había sido su coartada, su camuflaje! Los domingos por la tarde, mientras yo pasaba horas sentado en el asiento trasero del coche frente al susodicho club náutico de Dun Laoghaire, mi padre se largaba a joder con su querida. Se llamaba Penélope… ¡Penélope, por amor de Dios! ¿Dónde se reunían?, indagué. ¿La tenía en un nidito secreto, un escondite pequeño y precioso con rosas alrededor de la puerta y espejo en el techo del dormitorio? Charlie se encogió de hombros. Bueno, dijo, solían venir aquí. En un primer momento no fui capaz de asimilarlo. ¿Aquí?, grité.

¿Aquí? ¿Y qué pasaba con…? Volvió a encogerse de hombros y esbozó una sonrisilla. Al parecer, a Mamá French no le importaba. En varias ocasiones incluso tomó el té con aquella pareja de amantes. Penélope y ella intercambiaban muestras de punto. Verás, ella lo sabía…, empezó a decir Charlie, pero se interrumpió, un manchón de color apareció en la piel agrietada de cada pómulo y se pasó rápidamente el dedo por el interior del cuello de la camisa. Esperé. Ella sabía que yo estaba enamorado de tu…, de Dolly, dijo al fin. A esas alturas la cabeza me daba vueltas. Antes de que pudiese decir esta boca es mía, Charlie me contó que Binkie Behrens también le había ido detrás a mi madre, que los invitaba a Whitewater y llenaba de alcohol a mi padre para que no reparase en sus miradas salaces y en sus manos traviesas. Después mi madre iba a ver a Charlie, se lo contaba todo y juntos se reían. En ese momento Charlie meneó la cabeza y suspiró. Pobre Binkie, dijo. Yo estaba pasmado y perplejo e intentaba mantener firme la copa de vino. Me sentí como un niño al que hablan por primera vez de los actos de los dioses: esas figuras tremebundas, arcaicas e imperfectas se apiñaron en mi mareada cabeza con sus maquinaciones, sus rivalidades y sus amores imposibles. Charlie fue muy prosaico, soñador y divertido a partes iguales. Casi hablaba como si yo no estuviese presente y de vez en cuando alzaba la mirada apenas sorprendido ante mis bufidos y soplidos de asombro. Y tú, dije, ¿qué hay de ti y de mi…? No me atreví a expresarlo. Me dirigió una mirada maliciosa y furtiva a la vez.

Ten, dijo, acaba la botella.

Creo que me dijo algo más acerca de mi madre, pero no me acuerdo. Lo que sí recuerdo es que aquella noche la telefoneé, sentado con las piernas cruzadas en la penumbra del vestíbulo, con los ojos llenos de lágrimas y el aparato apoyado en mis piernas como si fuese un sapo. Me pareció enormemente lejana, una voz en miniatura como un retumbo metálico en medio de un vacío tamborileante. Freddie, dijo, estás como una cuba. Me preguntó por qué no había vuelto, aunque solo fuese para recoger mi bolsa. Tuve ganas de decirle: Mamá, ¿cómo quieres que vuelva a casa ahora? Estuvimos unos segundos en silencio y agregó que Daphne la había llamado para preguntar dónde estaba yo y qué hacía. ¡Daphne! Hacía días que no pensaba en ella. A través de la puerta del final del pasillo vi que Charlie se ocupaba de nimiedades en la cocina, cambiaba de lugar cazos y cacerolas y simulaba que no intentaba oír mi conversación. Suspiré y el sonido se convirtió en un leve gemido. Mamá, dije, estoy metido en un buen lío. Había parásitos en la línea, o tal vez estaban en mi cabeza, semejaban una especie de aleteo ensordecedor. ¿Cómo?, preguntó, no te oigo… ¿Cómo has dicho? Reí y dos lagrimones rodaron por los costados de mi nariz. Nada, grité, nada, olvídalo. Añadí: Oye, ¿sabes quién es…, quién era Penélope? ¿Estás enterada de su existencia? Me escandalicé de mí mismo. ¿Por qué dije semejante cosa, por qué quise herirla? Guardó silencio unos segundos y luego rio. ¿Esa puta?, preguntó. Claro que estoy enterada de su existencia. Charlie se había asomado a la puerta y me observaba con un paño de cocina en una mano y un plato en la otra. La luz le daba por detrás y yo no veía su rostro. Se produjo otra pausa. Eres muy duro contigo mismo, Freddie, dijo mi madre finalmente con aquella voz lejana y reverberante, logras que todo se te haga muy cuesta arriba. No supe a qué se refería. Sigo sin saberlo. Esperé unos instantes, pero ella no dijo nada más y yo no estaba en condiciones de hablar. Fueron las últimas palabras que intercambiamos. Colgué con cuidado y me puse en pie con dificultades. Se me había dormido una rodilla. Anduve cojeando hasta la cocina. Charlie estaba inclinado sobre la pila y fregaba los platos con un cigarrillo colgado del labio, las mangas arremangadas y el chaleco desabrochado a la espalda. El cielo era de color añil claro en la ventana que Charlie tenía delante, pensé que nunca en mi vida había visto algo tan hermoso.

Charlie, dije, y me balanceé, necesito un préstamo.

Siempre he sido llorón, pero ahora el menor gesto de amabilidad me hace gimotear como un crío. Cuando en aquel momento se sentó a la mesa de la cocina y preparó un cheque —aún lo tengo: garabatos negros, firma ilegible y sucia huella del pulgar en un ángulo—, intenté aferrar su mano con manchas hepáticas, creo que tenía la intención de besarla. Pronunció un breve discurso que no recuerdo bien. Incluía a mi madre y a Daphne. Creo que hasta mencionó a Penélope. ¿Estaría borracho? Su imagen se centraba y se diluía, pero no me pareció consecuencia de mi visión difusa sino, más bien, de una especie de indecisión por su parte. Ay, Charlie, debiste hacer caso de aquella punzada de recelo, debiste echarme aquella noche por muy borracho e indefenso que estuviera.

Lo que a continuación recuerdo es que estaba arrodillado delante del retrete, echando un torrente ferruginoso de vino mezclado con trozos de carne fibrosa y rodajas de zanahoria. El aspecto de esa sustancia que manaba de mí me llenó de asombro, como si no fuera vómito sino algo rico y extraño, un oscuro torrente de mineral que brotaba de la mina profunda de mis entrañas. Luego tuve la impresión de que todo se balanceaba, una impresión de brillante oscuridad y de que las cosas que contenía giraban a mi lado, como si me hicieran dar vueltas y más vueltas, lentamente, en un bamboleante tiovivo de cristal. Después estaba tendido boca arriba en la cama grande y revuelta de la planta alta, temblando y sudando. Había una luz encendida y la ventana era una caja de profunda y vibrante oscuridad. Me dormí y después de lo que me pareció un instante desperté con el sol dándome en pleno rostro. La casa estaba en silencio y percibí, más que oí, un pitido tenue y perseverante. Las sábanas eran una maraña empapada. No quería moverme, me sentía frágil como el cristal. Hasta mi pelo parecía quebradizo, una descarga de filamentos erguidos y minúsculos que rebosaban estática. Oía la sangre que corría por mis venas, veloz y pesada como el mercurio. Tenía la cara hinchada, hirviendo y extrañamente sensible al tacto: un rostro de muñeca. Al cerrar los ojos una figura carmesí latió, se desvaneció y volvió a palpitar dentro de mis párpados, como la imagen duplicada de un proyectil que estalla en la oscuridad. Al tragar, el pitido que resonaba en mis oídos cambió de tono. Dormité y soñé que iba a la deriva por un lago caliente. Cuando desperté era por la tarde. La luz que se colaba por la ventana, una luz densa, serena y clara, llegaba directamente desde el pasado. Tenía la boca seca e hinchada y la sensación de que mi cabeza estaba llena de aire. Desde la niñez no había vuelto a vivir ese estado peculiar de voluptuosa aflicción. No era realmente una enfermedad, sino una especie de respiro. Pasé muchas horas en la cama, casi sin moverme, viendo cambiar el día, atento a los más leves sonidos del mundo. La luz broncínea se apagó, poco a poco, el cielo pasó de lila a malva y asomó una estrella solitaria. De pronto era muy tarde, yo estaba soñoliento, embotado en la suave oscuridad del verano, y no me habría sorprendido en absoluto si mi madre, joven y sonriente, hubiese aparecido en medio de un sedoso frufrú, llevándose un dedo a los labios para darme las buenas noches antes de irse. Pero no fue mamá la que vino, sino Charlie; giró cuidadosamente la puerta sobre los goznes quejumbrosos y me observó estirando su cuello de tortuga, pero como yo cerré los ojos se retiró sin hacer ruido y bajó la escalera de puntillas. Con la imaginación vi otra puerta y otra oscuridad —aquel fragmento del recuerdo que, una vez más, tampoco me pertenecía— y esperé, casi sin respirar, a que algo o alguien apareciese. Pero no hubo nada.

Creo que aquel fugaz acceso de fiebre intermitente marcó el final de la etapa inicial y definida

de mi vida como asesino. Por la mañana del segundo día la fiebre había bajado. Yacía en medio de la maraña húmeda y pegajosa de las sábanas con los brazos extendidos, simplemente respirando. Me sentía como si, frenético, hubiese vadeado el agua que me cubría hasta la cintura y ahora por fin hubiera llegado a la orilla, exhausto, tembloroso de pies a cabeza pero casi en paz. Había sobrevivido. Había retornado a mí mismo. Al otro lado de la ventana chillaban las gaviotas, buscaban a Mamá French, se elevaban y descendían con las alas rígidas totalmente abiertas, como si colgaran de elásticos. Me levanté temblequeante y crucé el dormitorio. Había viento y sol y el mar resplandecía con un tono azul denso y peligroso. Más abajo, en el pequeño puerto de piedra, los yates cabeceaban, viraban y tironeaban de las amarras. Me aparté. Esa escena alegre y luminosa contenía algo que parecía regañarme. Me puse el batín de Charlie y bajé a la cocina. Silencio por todas partes. Bajo la serena luz matutina todo estaba inmóvil, como hechizado. La idea de comer me resultó insoportable. En la nevera encontré una botella abierta de Apollinaris y me la bebí. Le faltaba gas y sabía ligeramente a metal. Me senté a la mesa y apoyé la frente en las manos. Mi piel estaba granulosa, como si la epidermis se hubiese convertido en una especie de polvo adherido. Los platos del desayuno de Charlie seguían en la mesa, también vi ceniza de cigarrillos y un platillo con colillas aplastadas. Los periódicos que yo había comprado el jueves estaban en el cubo de basura. Era sábado. Me había perdido cerca de dos días, dos días de acumulación de pruebas. Busqué la bolsa de plástico en la que había metido mi ropa, pero no la encontré. Charlie debió de sacarla para que la recogieran los basureros, para entonces probablemente estaría en un vertedero. Tal vez en ese mismo instante un trapero la estuviera revisando. Me dominó un espasmo de horror. Di un salto y caminé de un extremo a otro de la cocina, con las manos cruzadas para que no me temblaran. Tengo que hacer algo, lo que sea. Corrí escaleras arriba y fui de cuarto en cuarto como un rey loco, con el faldón del batín volando a mi espalda. Me afeité, mirándome frenético en el espejo de ojo de pez, volví a ponerme la ropa de Charlie, abrí su escritorio, saqué el efectivo y la tarjeta de crédito, bajé la escalera de tres en tres peldaños y salí al mundo hecho una furia.

Y me detuve. Todo estaba en su sitio: las embarcaciones en el puerto, la carretera, las casas blancas que bordeaban la costa, el promontorio lejano, las nubecillas en el horizonte y, sin embargo…, sin embargo, todo era distinto de lo que yo esperaba, de lo que algo en mi interior esperaba, una agradable sensación de la forma en que debían ordenarse las cosas. Entonces me di cuenta de que era yo, por supuesto, el que estaba fuera de sitio.

Fui al puesto de periódicos con el mismo ramalazo de temor y exaltación que había experimentado la primera vez. Cuando recogí la prensa la tinta me manchó las manos y las monedas resbalaron por mis dedos sudorosos. La chica granujienta volvió a observarme. Tenía una mirada curiosa y untuosa, parecía pasar de mí y, al mismo tiempo, reparaba en mí. Por sus modales, por esa actitud tensa e irascible deduje que estaba con la tensión premenstrual. Le di la espalda y hojeé los diarios. El caso se había corrido, como una mancha, del pie de página a los titulares, al tiempo que mermaban los informes sobre el atentado del coche bomba porque los heridos habían dejado de morir. Publicaban una foto del coche, que parecía un hipopótamo herido, con un guardia imperturbable al lado y un agente con botas de lluvia que señalaba algo. Habían entrevistado a los chicos que lo encontraron. ¿Me recordaban, se acordaban del pálido desconocido que soñaba despierto en el banco de la estación abandonada? Me recordaban y dieron mi descripción: un hombre mayor, de pelo negro y barba espesa. La mujer del semáforo estaba convencida de que yo era un veinteañero bien vestido, de bigote y mirada penetrante. También figuraban los turistas de Whitewater, que me vieron largarme con el cuadro, y Reck y

su mamá, por descontado, así como el idiota y la mujer del taller donde alquilé el coche: de cada una de sus declaraciones iba surgiendo una nueva versión de mí, más estrafalaria que la anterior, hasta que por multiplicación me convertí en una banda de asesinos bigotudos, que corría con mirada furibunda y emitía ruidos amenazadores, como un coro de bandidos de una ópera italiana. Estuve a punto de echarme a reír. Y, al mismo tiempo, me sentí decepcionado. Pues sí, es verdad, decepcionado. ¿Quería que me descubrieran, abrigaba la esperanza de ver mi nombre escrito con letras de molde en todos los titulares? Creo que sí. Sospecho que en lo más hondo de mi ser deseaba que me pusieran delante del jurado y me obligaran a revelar mis sórdidos secretillos. Sí, que me descubrieran, que de repente se precipitaran sobre mí, me golpearan, me desnudaran y me expusieran a la multitud aullante, ese era mi deseo más profundo y ardiente. Me figuro a la sala que, sorprendida e incrédula, contiene el aliento. Y acaso ustedes, damas y caballeros del jurado, ¿acaso no lo anhelan desde el fondo de su corazón? Que te calen. Notar cómo esa mano pesada cae sobre tu hombro y oír la tronante voz de la autoridad cuando te dice que el juego ha tocado a su fin. En síntesis, que te desenmascaren. Pregúntense a sí mismos. Confieso (¡confieso!) que los días transcurridos mientras esperaba a que me encontraran fueron los más estimulantes que he vivido y que, supongo, viviré. Terribles, pero también estimulantes. El mundo nunca me había parecido tan inestable ni mi sitio en él tan emocionantemente precario. Tenía una descarnada y lasciva conciencia de mí mismo, una cosa grande, tibia y húmeda en las ropas de otro. Podían atraparme en cualquier momento, incluso era posible que en ese mismo instante me vigilaran, hablaran en voz baja por los transmisores e hicieran señas a los tiradores apostados en el tejado. Primero surgiría el pánico y a continuación el dolor. Y en cuanto todo desapareciese, hasta la última brizna de dignidad y simulación, ¡qué libertad, qué ligereza sentiría! Pero no, qué digo, de ligereza nada, todo lo contrario: peso, gravedad, por fin la sensación de estar firmemente arraigado. Por fin sería yo, dejaría de ser esa pobre personificación de mí mismo que toda la vida había interpretado. Sería auténtico. Sería, sobre todo, humano.

Tomé el autobús a la ciudad, me apeé en la calle donde años atrás había vivido, cuando era estudiante, y caminé junto a la verja del parque, mientras el viento tibio agitaba los árboles, con el corazón plagado de nostalgia. Un hombre de gorra y aterradores ojos sucios estaba en la acera, agitaba el puño y lanzaba improperios a los coches que pasaban. Lo envidié. Me habría gustado chillar de esa manera, expulsar toda esa ira, dolor e indignación. Seguí caminando. Un trío de muchachas ligeras de ropa salió riendo de una librería y durante un segundo me vi rodeado por ellas, mostrando los dientes en una sonrisa temerosa, como una bestia entre las Gracias. En una tienda recién inaugurada compré una chaqueta, un pantalón, dos camisas, varias corbatas, ropa interior y, en un alarde de desafío, un sombrero bonito y algo ostentoso. Creí detectar un ligero endurecimiento de la atención cuando saqué las tarjetas de crédito de Charlie —Dios mío, ¿lo conocían, era cliente suyo?—, pero puse de relieve todo mi acento, hice su firma con aplomo y todos se serenaron. No estaba preocupado de verdad. De hecho, me sentía ridículamente entusiasmado y feliz, como un niño que sale de juerga por su cumpleaños. (¿Qué tiene el mero acto de comprar que me permite experimentar un placer tan sencillo?) Tuve la sensación de que nadaba calle arriba, erguido como un hipocampo, arrostrando el aire. Sospecho que aún tenía unas décimas de fiebre. Las personas entre las que me movía me resultaban ajenas, quiero decir más ajenas que de costumbre. Tuve la impresión de que ya no formaba parte de su especie, de que algo había ocurrido desde la última vez que las había encontrado reunidas, de que en mí había tenido lugar un ajuste, un acontecimiento evolutivo sorprendentemente veloz y

trascendental. Pasé entre ellas como un niño cambiado por otro, como un mutante. Estaban más allá de mí, no llegaban a rozarme…, ¿me veían o ya me encontraba fuera de su campo de visión? Con cuánta avidez, con qué hambre y asombro las observé. Esos seres se movían a trompicones a mi alrededor, con los ojos embotados y confusos, como refugiados. Me vi a mí mismo, balanceando la cabeza y los hombros por encima de ellos, disfrazado y solitario, albergando mi enorme secreto. Yo era su sueño no reconocido y desconocido…, era su Moosbrugger.[3] Llegué al río y holgazaneé en el puente, entre los mendigos, los fruteros y los vendedores ambulantes de bisutería barata, admirando la luz que el viento agitaba sobre las aguas y saboreando con los labios el aire. ¡El mar! ¡Estar lejos, allá fuera, a incontables brazas de distancia, perdido en medio de tanto azul!

Entré —todo era tan fácil—, entré en un bar y pedí un trago. Cada sorbo fue gélido y liso como una astilla metálica. Era un local cavernoso y muy oscuro. La luz procedente de la calle brillaba con toda su blancura a través de la puerta abierta. Podría haber estado en cualquier lugar del sur, en uno de esos puertos húmedos y aburridos que conocía tan bien. En el fondo, en un sector iluminado como un escenario, varios jóvenes de cabeza rapada y enormes botas con cordones jugaban al billar. Las bolas silbaban y chocaban, los muchachos soltaban tacos en voz baja. Parecía obra de Hogarth, por ejemplo, un grupo de cirujanos sin peluca inclinados sobre la mesa de disección. Con los brazos cruzados y la boca abierta, el camarero miraba una carrera de caballos en la televisión instalada en el estante alto de una esquina. Un joven tuberculoso de corto abrigo negro entró y permaneció de pie a mi lado, bufando y sin estarse quieto. Por la tensión que irradiaba me percaté de que tramaba algo y durante unos segundos me sentí placenteramente inquieto. Podía hacer cualquier cosa, de todo. Pero se limitó a hablar. «He vivido aquí treinta y tres años», dijo con tono de amarga indignación, «y todo el mundo tiene miedo». El camarero lo miró con aletargado desdén y volvió a concentrarse en la tele. Los caballos azules galopaban en silencio sobre el césped verde brillante. *Yo* tengo miedo, añadió el joven, ahora resentido. Sufrió una tremebunda contorsión, hundió los hombros, bajó la cabeza y levantó un brazo como si un bicho le hubiera picado en el cuello. Se volvió y salió deprisa, aferrado al abrigo. Lo seguí, abandonando mi vaso por la mitad. Fuera imperaba una luz cegadora. Lo vi bastante lejos, esquivando al gentío con los codos pegados a los lados del cuerpo, dando pasitos veloces y rígidos, con la agilidad de un bailarín. Nada podía detenerlo. Enseguida encontraba un resquicio en la oleada más densa de cuerpos, se erguía con destreza desde la cintura y se zambullía sin cambiar el ritmo. Qué pareja habríamos formado si a alguien se le hubiese ocurrido vincularnos, él con su abrigo ceñido y raído y yo con mi sombrero petulante y mis bolsas de lujoso aspecto. Me costó mucho seguirlo y al cabo de uno o dos minutos estaba sin aliento y sudando. Experimenté una inexplicable sensación de regocijo. El joven hizo un alto y se quedó mirando el escaparate de una farmacia. Hice tiempo en la cola del autobús, sin dejar de vigilarlo con el rabillo del ojo. Estaba tan concentrado y temblaba tanto que llegué a la conclusión de que iba a cometer un acto violento, tal vez volverse y atacar a cualquiera o dar una patada al escaparate y moverse entre las cámaras fotográficas y los expositores de cosméticos. Pero el muchacho solo esperaba a que se le pasara el temblor. Esta vez, al levantar el brazo extendió la pierna, como si el codo y la rodilla estuvieran conectados por un hilo invisible, y un segundo después su tacón dio contra la acera con un golpe resonante. Dirigió una rápida mirada alrededor para comprobar si alguien lo había visto, se sacudió con rapidez y disimulo, como si de ese modo demostrara que el espasmo anterior también había sido intencionado, y reemprendió la marcha como un lebrel. Sentí el deseo de darle alcance y

hablarle. Ignoraba qué podría decirle. No le demostraría solidaridad, desde luego. No lo compadecí, no vi en él nada que mereciera mi conmiseración. No, lo que acabo de decir es falso porque era un ser patético, un infeliz tullido y chiflado. Pero no le tuve lástima, mi corazón no se conmovió. Lo que experimenté fue, ¿cómo expresarlo?, sentí una especie de consideración fraterna, un sentimiento fuerte, protector y casi gozoso de comunión con él. En ese momento me pareció la cosa más simple del mundo acercarme, apoyar la mano en su delgado hombro y decir: «¡Compañero de sufrimientos, querido amigo, compagnon de misères!». Con profunda desilusión y contrariedad me detuve en la siguiente esquina, miré hacia el gentío que se empujaba y comprendí que lo había perdido de vista. Casi en el acto encontré un sustituto: una chica alta y gorda, de hombros anchos, trasero enorme y fornidas piernas tubulares que acababan en un par de pies minúsculos, como las manos de cerdo, encajados en zapatos blancos de tacón. Había ido a la peluquería, se había cortado el pelo con un estilo masculino y a la moda que, en ella, resultaba grotesco. Su nuca velluda, con su pliegue de grasa, aún mostraba el colérico tono rojo provocado por el secador, parecía ruborizarse por ella. Me pareció tan valiente y apenada chapoteando con sus horribles zapatos que sospecho que la habría seguido todo el día, pero un rato después también la perdí de vista. Luego me dio por un hombre con una enorme mancha de fresa en la cara; a continuación por una mujer menuda que trasladaba un perro minúsculo en un cochecito de muñecas, y después por un individuo joven que avanzaba decidido, como si no viera a nadie, con la mirada severa y fija de los visionarios, un joven que balanceaba los brazos y refunfuñaba para sus adentros. En una ajetreada vía peatonal repentinamente me vi rodeado por una pandilla de gitanas, a las que mi madre habría llamado *pobretonas* —muchachas de pelo rojo, pecas y extraordinarios ojos de color verde botella—, que me arrinconaron con súplicas agresivas, me tironearon de la manga y gimieron. Fue como si me atacara una bandada de grandes aves silvestres y fastidiosas. Cuando intenté ahuyentarlas, una de las chicas me quitó el sombrero mientras otra arrebataba hábilmente de mi mano la bolsa con la chaqueta nueva. Huyeron empujándose entre risas estridentes, al vuelo sus talones despellejados y encarnados. Yo también reí, recogí el sombrero de la acera e ignoré las miradas de los transeúntes, a quienes mi divertimento les parecía indecoroso. La chaqueta me tenía sin cuidado —a decir verdad, su pérdida concordaba de una manera curiosa y afín con la de su predecesora desechada—, pero me habría gustado ver adónde iban las chicas. Me figuré que a un cobertizo de harapos y restos de hierro galvanizado montado en un vertedero polvoriento, con un perro famélico, críos llenos de mocos y una bruja alcoholizada inclinada sobre el perol humeante. O quizá en alguna parte las esperaba Fagin, acechando en las sombras de una vivienda abandonada, en la que la luz del verano tocaba los postigos, las motas de polvo se deslizaban bajo los techos altos y las garras de las ratas en el zócalo arañaban el silencio, arañaban, cesaban y volvían a arañar. Seguí paseando feliz un rato, soñando con otras vidas, hasta que divisé un gigante de cara pálida y piernas de goma que avanzaba sobre dos muletas y lo perseguí con verdadera avidez.

¿Qué hacía, por qué seguía a esas personas…, qué esclarecimiento buscaba? Ni lo sabía ni me importaba. Me sentía desconcertado y feliz, como un niño al que permiten participar en un juego de adultos. Durante horas estuve zigzagueando por calles y plazas con la embotada perseverancia de un borracho, como si en la cara de la ciudad dibujase un letrero enorme y complejo para que alguien lo leyera desde el cielo. Di con sitios cuya existencia desconocía, callejones sinuosos, espacios repentinos, anchos y abandonados, y calles sin salida bajo los puentes del ferrocarril, donde los coches aparcados disfrutaban con fruición del sol de la tarde, incendiados sus techos de colores de juguete. Comí una hamburguesa en un café acristalado, con sillas de plástico

moldeado y ceniceros de hojalata, donde las personas se sentaban solas y mordisqueaban sus alimentos como niños atemorizados y abandonados. La luz del día murió lentamente, dejó en el cielo una mancha crepuscular de rayas rojas y doradas y al avanzar tuve la impresión de que caminaba bajo la superficie de un río ancho y en llamas. Salió a la calle la gente de la noche: muchachas de pantalones ceñidos y tacones, y jóvenes musculosos de peinado desafiante. En medio del anochecer cálido y neblinoso las calles parecían más anchas, aplastadas, y los coches corrían lustrosos como focas bajo el resplandor de las lámparas de vapor de sodio. Volví tarde a casa de Charlie, con los pies doloridos, acalorado, desaliñado y con el sombrero ladeado, pero pletórico de una extraña sensación de haber realizado una proeza. Y aquella noche soñé con mi padre. Era una versión en miniatura de sí mismo, un niño arrugado y de bigote, vestido con traje de marinero, con su carita apretada muy limpia y el pelo perfectamente peinado, e iba de la mano de una matrona grande, alta, de ojos oscuros y ataviada con una túnica griega y corona de mirto, una matrona que me dedicó una sonrisa lasciva e indulgente.

He sufrido una conmoción. Hoy ha venido a verme mi abogado y ha traído una noticia extraordinaria. Por lo general disfruto, de una manera lúgubre, de nuestros coloquios. Nos sentamos a una mesa cuadrada de un cuarto pequeño, sin ventilación y sin ventanas. Las paredes están pintadas de color gris archivador. La iluminación del tubo de neón que cuelga sobre nuestras cabezas cae como niebla de grano fino. La luz emite un sonido débil y constante. Al principio Maolseachlainn se muestra rebosante de energía, busca en su cartera, revuelve los papeles y masculla. Parece un oso grande y preocupado. Se esfuerza en buscar temas de los que hablar conmigo, nuevos enfoques del caso, oscuros tecnicismos legales que podría plantear, las posibilidades de que nos toque un juez comprensivo, ese tipo de asuntos. Habla a demasiada velocidad y tropieza con las palabras como si fuesen piedras. Poco a poco la atmósfera de la prisión le domina como la humedad y calla. Se quita las gafas, se acomoda y me mira parpadeante. Su modo de pellizcarse el caballete de la nariz con el pulgar, el índice y el corazón resulta de verdad enternecedor. Le compadezco. Creo que me aprecia sinceramente. Este hecho le desconcierta y, sospecho, le perturba. Cree que me deja en la estacada cuando pierde moral de esta forma, pero en realidad ya no queda nada por decir. Ambos sabemos que me condenarán de por vida. La ecuanimidad que muestro frente a mi destino le resulta incomprensible. Le digo que me he consagrado al budismo. Sonríe precavido, pues no está seguro de que sea una broma. Le entretengo con anécdotas de la vida carcelaria, a las que doy cuerpo con imitaciones (personifico convincentemente a nuestro director). Cuando Maolseachlainn ríe, no se oye sonido alguno, solo hay un lento movimiento de los hombros y una sonrisa estirada y brillante.

A propósito, vaya formulación peculiar: condenado de por vida. Las palabras casi nunca significan lo que enuncian.

Hoy me percaté enseguida de que se encontraba en un estado especial. No hacía más que tironear el cuello de la camisa y carraspear, quitarse las gafas de media luna y volver a ponérselas. Además, sus ojos estaban empañados. Vaciló, habló del concepto de justicia, de los criterios de los tribunales y de otras tonterías por el estilo. Apenas le presté atención. Mientras movía su gran trasero en la silla de la cárcel y miraba a cualquier parte salvo a mí, estaba tan pesaroso e incómodo que estuve a punto de reír. Empero, agucé el oído cuando masculló algo sobre la posibilidad de que me declarase culpable… después de todo el tiempo y las energías que, al principio, dedicó a convencerme de que me declarase inocente. Cuando le interrumpí, reconozco que bastante bruscamente, se desvió de inmediato del tema y puso expresión de alarma. Me gustaría saber qué está tramando. Debí dejarle hablar y arrancárselo. Como táctica de distracción revolvió su cartera y sacó una copia del testamento de mi madre. Yo aún no conocía su contenido y, huelga decirlo, estaba muy interesado. Noté que para Maolseachlainn este tema era tan conflictivo como el anterior. Tosió sin cesar, arrugó el entrecejo, leyó los párrafos destinados a donaciones, contratos y legados secundarios y tardó una eternidad en ir al grano.

Aún no me lo puedo creer. La vieja puta le ha dejado Coolgrange a la moza de cuadra, ¿cómo se llama?, a Joanne. Hay un poco de dinero para Daphne y para los estudios de Van, pero para mí, nada. Supongo que no debería sorprenderme, pero lo ha hecho. Aunque no fui un buen hijo, soy el único que tuvo. Maolseachlainn me contemplaba con mirada compasiva. Lo siento, dijo. Sonreí y me encogí de hombros, aunque no fue fácil. Deseé que se largara en ese mismo instante. Bueno, dije, al fin y al cabo es comprensible que redactase un nuevo testamento. Mi abogado no hizo ningún comentario. Se impuso un silencio peculiar. Después, casi con ternura, me pasó el documento. Consulté la fecha. El testamento tenía siete, casi ocho años de antigüedad. Me había desheredado mucho tiempo atrás, antes incluso de que regresase para deshonrar su persona y su apellido. Recordé con asombrosa claridad la forma en que aquel día me había mirado en la cocina de Coolgrange y volví a oír las estridentes carcajadas. Está bien, me alegro de que el chiste le hiciera gracia. Es muy bueno. Descubro que en mi corazón hay una sorprendente ausencia de amargura. Sonrío, aunque probablemente parece una mueca de dolor. Esa es la contribución de mi madre al largo curso de lecciones que debo aprender.

Maolseachlainn se puso en pie y, como siempre, adoptó su actitud más campechana en un intento por disimular su alivio ante la perspectiva de irse. Le vi ponerse con dificultad el abrigo azul marino y anudarse alrededor del cuello la bufanda de lana roja. A veces, cuando llega, su ropa despide leves ráfagas y soplos del aire de fuera; la olisqueo con subrepticio placer, como si fuese el perfume más exquisito. ¿Cómo es el afuera?, pregunté en ese momento. Maolseachlainn se detuvo y parpadeó inquieto. Pensó que le pedía una imagen global, como si yo hubiese olvidado el aspecto del mundo. El día, puntualicé, el tiempo. Desarrugó la frente. Se encogió de hombros. Ah, dijo, gris, simplemente gris, ya me entiende. Con una punzada de dolor vi en el acto la tarde de finales de noviembre, el opaco brillo de las calles húmedas, los niños que se rezagaban al volver a casa de la escuela, los grajos que daban vueltas y se encumbraban en medio de las nubes hechas jirones y el matiz deslustrado del cielo tras las ramas peladas y ennegrecidas. Aquellos eran los momentos que solía amar, los momentos irreflexivos del tiempo, cuando el inmenso ajetreo del mundo transcurre serenamente por su cuenta, como si no existiera nadie para verlo o no le importase. Me veo como un niño allá fuera, holgazaneando por la calle mojada, pateando una piedra y soñando el enorme sueño del futuro. Recuerdo que había una senda que, a través del robledal, acortaba camino unos dos kilómetros, senda que yo sabía que finalmente desembocaba en Coolgrange. Qué verdes las sombras, honda la rodada e inquietante el silencio de aquella vía. Siempre que pasaba por allí subiendo desde el cruce me decía: la próxima vez, la próxima vez. Y cada vez que llegaba la próxima vez, tenía prisa, estaba a punto de anochecer o no estaba de humor para emprender un nuevo camino, de modo que seguía la ruta de siempre, a la vera de la carretera. Al final nunca abrí aquella senda ignota y ahora, evidentemente, es demasiado tarde.

He hecho cálculos mentales —lo que me ayuda a no pensar en otras cosas— y compruebo sorprendido que en total no pasé más de diez días en casa de Charlie, desde el día del solsticio de verano, mejor dicho, desde la noche, hasta la última y trascendental jornada de junio. Eso *son* diez días, ¿no? Treinta días tiene septiembre con abril, junio y…, sí, diez días. O tal vez hayan sido nueve. De lo que no hay duda es de que fueron nueve noches. ¿Y dónde acaba el día y comienza la noche o a la inversa? ¿Y por qué considero que la noche es una entidad más fácilmente cuantificable que el día? Nunca he servido para este tipo de cosas. Cuanto más

simples son los números, más me desconciertan. Alrededor de diez días, más o menos, es el tiempo de mi estancia con Charlie French, cuya hospitalidad y amabilidad no pretendía traicionar. Me había parecido más largo. Pensé que eran semanas y semanas. No fui infeliz en su casa. Quiero decir que no fui más infeliz de lo que habría sido en otra parte. ¡Infeliz! ¡Qué palabra! A medida que pasaban los días me sentía cada vez más inquieto. Tenía los nervios a flor de piel y en la boca del estómago sentía un nudo permanente de dolor. Sufrí ataques súbitos y frenéticos de impaciencia. ¿Por qué no iban a buscarme, a qué esperaban? Me molestó, sobre todo, el silencio de los Behrens, llegué a la conclusión de que estaban jugando un juego cruel conmigo. En todo momento, tras esa agitación acechaba una sensación persistente, sorda y apagada. Me sentí defraudado. Me sentí abandonado. Lo menos que esperaba de las atrocidades de las que era culpable era que me cambiasen la vida, que hicieran ocurrir cosas por muy espantosas que fuesen, que se produjera una sucesión constante de hechos que paralizaran el corazón, de alarmas, miedos súbitos y escapadas por los pelos. No sé cómo logré pasar aquellos días. Todas las mañanas despertaba con un sobresalto de angustia, como si en mi frente se desplomara una gota de dolor puro y destilado. Aquella enorme casona, con sus olores y sus telarañas, era asfixiante. Bebí mucho, desde luego, pero no lo suficiente para volverme insensible. Dios sabe que intenté conquistar el olvido, que le di al alcohol hasta que mis labios se entumecieron y las rodillas apenas me sostuvieron, pero no sirvió de nada, no pude escapar de mí mismo. Esperaba las noches con la expectación embelesada del amante, ya que entonces me ponía el sombrero y mis ropas nuevas —¡mi nueva máscara!— y salía cauteloso, como un tembloroso doctor Jekyll, dentro del cual se enfadaba y pugnaba por salir ese otro ser terrible que anhelaba experiencias. Sentí que hasta entonces no había visto el mundo corriente y maloliente que me rodeaba: las personas, los lugares, las cosas. Qué inocente me pareció todo, inocente y condenado. ¿Cómo expresar la maraña de emociones que se agitaron en mi interior mientras recorría las calles de la ciudad, haciendo que mi monstruoso corazón se atiborrase de las vistas y los sonidos de lo vulgar? Por ejemplo, ¿cómo puedo comunicar la sensación de poder? No surgía de lo que había hecho, sino del hecho de que lo había hecho y *nadie lo sabía.* Fue el secreto, el secreto mismo, *eso* fue lo que me situó por encima de los de mirada embotada entre los que me movía a medida que moría el largo día, las farolas se encendían y el tráfico se deslizaba de regreso a casa, dejando en el aire a oscuras una bruma azul que pendía como el humo de las armas de fuego. Y también existía aquella excitación constante y ardiente, como la fiebre en la sangre, que era a medias temor de ser desenmascarado y a medias anhelo de serlo. Sabía que en alguna parte, en despachos y en oficinas modestas y llenas de humo, incluso en ese momento hombres anónimos montaban escrupulosamente las pruebas en mi contra. Pensaba en ellos por la noche, cuando me acostaba en la cama grande y llena de bultos de la madre de Charlie. Era extraño ser objeto de una atención tan meticulosa, extraño y no del todo desagradable. ¿Suena perverso? Pero si yo ya estaba en otro país donde las viejas reglas no contaban.

Me costaba trabajo conciliar el sueño, por supuesto. Supongo que no quería dormir pues temía lo que pudiera encontrar en mis sueños. En el mejor de los casos lograba una o dos horas de descanso espasmódico en la oscuridad que precede al alba y despertaba extenuado, con dolor en el pecho y los ojos irritados. Charlie también estaba insomne, a todas horas oía su paso crujiente en la escalera, el tamborileo de la tetera en la cocina, el tintineo trabajoso e irregular cuando vaciaba en el retrete su vejiga de viejo. Apenas nos veíamos. La casa era lo bastante grande para que ambos estuviéramos solos. Me había eludido desde aquella primera noche de borrachera. Al parecer, no tenía amigos. El teléfono nunca sonaba, nadie visitaba la casa. Una noche regresé

temprano de mis callejeos por la ciudad y me sorprendí, para a continuación alarmarme espantosamente, al encontrar tres cochazos negros aparcados en la carretera y a un policía de uniforme holgazaneando en compañía de dos individuos con anorak y vigilantes a la altura del muro del puerto. Me obligué a caminar despacio, como un honrado ciudadano que sale a dar un paseo al final del día, a pesar de que mi corazón martilleaba y de que tenía empapadas las palmas de las manos. Me colé por la parte de atrás y entré en medio de los chillidos de las gaviotas. En pleno jardín agreste tropecé, caí y me arañé la mano izquierda con un rosal desmadrado. Me tendí entre las hierbas altas y agucé el oído. Olía a mantillo, a hojas y al espesor de la sangre en mi mano herida. La luz amarilla de la cocina convirtió el crepúsculo que me rodeaba en el más apacible de los azules. Dentro había una desconocida, con delantal blanco, cocinando en el fogón. Cuando abrí la puerta trasera se volvió deprisa y lanzó un grito. Santo Dios, dijo, ¿quién es usted? Era una persona mayor, de peluca horrible, dentadura postiza que no encajaba y aire de despistada. Como enseguida sabremos, se llamaba Madge. Están todos arriba, dijo a modo de despedida, y volvió a ocuparse de las ollas humeantes.

Había cinco, seis, contando a Charlie, aunque al principio me pareció que sumaban el doble. Estaban en el lúgubre salón del primer piso, de pie junto a las ventanas, con la copa en la mano, eludiéndose y meneándose como cigüeñas nerviosas y parloteando como si en ello les fuese la vida. Detrás relumbraban las luces del puerto y en el lejano cielo un inmenso banco de nubes color pizarra se cerraba como una tapa sobre la última y humeante veta de fuego crepuscular. Cuando entré la charla se interrumpió. Solo había una mujer, alta, delgada, de cabellera rojiza y con un extraordinario y rígido rostro pálido. Charlie, que se encontraba de espaldas a mí, me vio reflejado en las miradas que sus invitados me dirigieron. Se volvió con dolida sonrisa. Ah, ya estás aquí, dijo. Su pelo alado brillaba como un yelmo bruñido. Lucía corbata de lazo. ¡Vaya, vaya, podrías habérmelo dicho!, me oí comentarle con tono de animada truculencia. Me temblaban las manos. Hubo un instante de silencio incierto y la charla se reanudó bruscamente. La mujer seguía observándome. La piel clara, el pelo leonado y el cuello largo y esbelto la dotaban de una expresión de permanente sorpresa, como si en el pasado le hubiesen transmitido un secreto escandaloso y aún no lo hubiera asimilado. Charlie se disculpó con un murmullo, me tomó del codo con mano vieja y temblorosa y me hizo retroceder delicada pero firmemente para sacarme de la estancia. El temor que yo había experimentado minutos antes se convirtió en malestar. Tuve ganas de propinarle un tortazo y de hacer mella en ese ridículo casco pretoriano de pelo. Dile a Madge, me decía, dile a Madge que te dé algo de comer, enseguida bajo. Le vi tan preocupado que pensé que iba a echarse a llorar. Permaneció en el último peldaño y me vio bajar la escalera como si temiera que, si dejaba de mirarme, yo volviera a colarme. Charlie solo regresó al salón y a ocuparse de sus invitados cuando yo llegué sano y salvo abajo y me dirigí a la cocina.

La cocina estaba llena de vapor y Madge, con la peluca torcida, parecía aún más acalorada y acosada que antes. ¡Por Dios, este sitio es imposible!, exclamó con amargura. Tal como dijo tan gráficamente, era la criada ocasional del señor French y acudía cada vez que había una cena u otro tipo de celebraciones. Ese dato era interesante. ¡Joder con las cenas! La ayudé descorchando el vino y me senté a la mesa con una botella para mí. Había bajado la mitad cuando en la puerta principal se oyó una llamada tan estentórea que el corazón me dio un vuelco. Fui al vestíbulo, pero Charlie ya bajaba la escalera apresuradamente. Cuando abrí la puerta, vi que los dos anoraks de fuera custodiaban el paso de un hombre fornido y de una mujer alta y esbelta, que entraron en el vestíbulo con actitud regia. Ah, Max, eres tú, dijo Charlie, y se adelantó con torpe

impaciencia. Ignoró a la mujer. Max le estrechó fugazmente la mano, recuperó la suya y la pasó deprisa por su frente baja y agresiva. Jesús, dijo, vives tan lejos que pensé que nunca llegaríamos. Caminaron hacia la escalera, Charlie y Max delante y la mujer en segundo plano. Esta lucía un horrible vestido azul y triple sarta de perlas. Contempló el vestíbulo, vio mi mirada y me la sostuvo hasta que desvié los ojos. Madge había salido de la cocina y revoloteaba por encima de mi hombro. Este sí que está pagado de sí mismo, susurró, y ni hablemos de la parienta.

Esperé a que subieran y, en cuanto Madge volvió a los pucheros, los seguí y me colé nuevamente en el salón. Charlie, Max y la señora de Max admiraban la panorámica desde una de las ventanas mientras los demás se agitaban, reían entre dientes y hacían esfuerzos por no mirarlos con excesivo descaro. Saqué una brazada de botellas de la repisa de la chimenea y pasé entre ellos, llenando sus vasos. Los hombres exhibían una actitud estirada, impaciente y ligeramente ansiosa, como la de esos grandes escolares de traje azul que salen a dar su primer paseo de adultos, con la excepción de un hombre mayor con la nariz como una naranja sanguina y manchas en la pechera del chaleco, que permanecía solitario a un lado, desanimado y con los ojos vidriosos. Los otros me ignoraron olímpicamente, pero el viejo se animó de inmediato y se mostró dispuesto a charlar. De todos modos, ¿qué opina, ganaremos o no?, preguntó a voz en cuello. Me di cuenta de que era una pregunta retórica. Ganaremos, respondí con desparpajo, y le guiñé el ojo. Enarcó las cejas, retrocedió un paso y me miró dubitativo. Por Dios, ahora sí que no lo sé, dijo. Me encogí de hombros y seguí afablemente mi camino. Charlie me había descubierto y en su rostro estaba clavada una sonrisa de alarma. Mi copa es de vodka, dijo en tono desabrido la señora de Max cuando le ofrecí ginebra. Yo estaba ocupado observando a su marido. Parecía haber sufrido una descamación, como si hubiese estado expuesto mucho tiempo a un tipo de luz y de clima mucho más severo que el que conocían los demás invitados. También sus movimientos, la forma en que se mantenía erguido, el modo lento y deliberado en que volvía la mirada o se llevaba la mano a la frente, todos sus gestos tenían un sello singular y estaban cargados de una especie de conciencia teatral. Su voz era lenta y gutural y hablaba de una manera violenta que resultaba impresionante y, aunque parezca extraño, seductora. Era la voz de un hombre que avanzaba inexorablemente a través de un bosque de pequeños obstáculos. Le imaginé aplastando al desgaire cuanto se ponía bajo sus pies: flores, caracoles o los empeines de sus enemigos. Vaya, Charlie, estaba diciendo, ¿sigues comprando barato y vendiendo caro? Charlie se ruborizó y me miró. Lo que faltaba, intervino la señora de Max, pondrás en ridículo a todo el mundo. Había hablado en voz alta, con sordo énfasis, y sin mirarle. Era como si, por encima del hombro de su marido, arrojara comentarios a un aliado irónico. Él tampoco la miró, dio la impresión de que había hablado una voz incorpórea. Max soltó una risa chillona. ¿Ya me has conseguido esa obra holandesa?, preguntó. Charlie sonrió preocupado y meneó la cabeza sin poder articular palabra. Su párpado izquierdo empezó a temblar, como si de repente una polilla hubiese cobrado vida por debajo. Le ofrecí la botella de whisky, pero se apresuró a cubrir el vaso con la mano. Max también rechazó mi ofrecimiento. La mujer de cabellera rojiza estaba a mi espalda. Su mano, dijo, se ha hecho daño. Todos guardamos silencio unos instantes, Max y su señora, Charlie, Rojiza y yo. Contemplamos el arañazo cubierto de gotas que tenía en los nudillos. Sí, dije, me caí sobre un rosal. Reí. La media botella de vino se me había subido a la cabeza. Charlie pasaba sigilosamente el peso del cuerpo de un pie a otro y supongo que le asustaba la posibilidad de que yo la liase. Por primera vez me di cuenta de lo asustado que estaba. Pobre Charlie. Un yate iluminado se desplazaba en silencio por el puerto negro como la

tinta. Una panorámica maravillosa, comentó Max ceñudo.

En el comedor, desde su campana de cristal, el búho disecado contemplaba a la compañía con expresión de sorpresa y cierta consternación. A esas alturas, Peluca, quiero decir Madge, era presa del pánico. Llevé platos y fuentes en su lugar y los dejé caer sobre la mesa con extravagantes floreos de camarero. Reconozco que lo estaba pasando muy bien. Me sentía delirante y rebosaba alegría maníaca, como un niño en carnaval. Tenía la impresión de que me movía bajo el influjo de un hechizo mágico, ignoro cómo funcionaba pero durante un rato, a lo largo de una o dos horas en que posé como factótum de Charlie, me sentí liberado de mí mismo y de los terrores que durante días me habían perseguido implacablemente. Incluso me inventé una historia personal a medida que actuaba, quiero decir que…, ¿cómo explicarlo?, que adopté cierta actitud que no me pertenecía y que, al mismo tiempo, incluso a mí no me pareció menos auténtica ni plausible que mi yo real. (¡Mi yo real!) Me convertí en Frederick el Indispensable, en el célebre hombre del señor French, sin el cual ese solterón desabrido y adinerado sería incapaz de sobrevivir. Me había salvado de circunstancias desagradables cuando yo era joven —por ejemplo, de atender la barra en un sórdido pub del centro— y ahora le era fiel y leal hasta las últimas consecuencias. Yo también le tiranizaba, desde luego, y podía convertirme en el terror de la casa cuando recibía invitados. (¿Celos? En ocasiones los conocidos especularon sobre el tema, pero no, concluyeron, Charlie no tenía esas debilidades: ¿os acordáis de aquella mujer caballuna que vivía en el campo, el amor perdido de su vida?) En realidad, éramos como padre e hijo, aunque hay que reconocer que ningún hijo sería tan constante ni ningún padre tan indulgente con mis traspiés. Por momentos resultaba difícil distinguir entre el amo y el hombre. Aquella noche, por ejemplo, al acabar el plato principal, me senté entre los invitados y me serví una copa de vino como si fuese lo más natural del mundo. El silencio se instaló entre nosotros, Charlie frunció el ceño, arrastró unas migas por el mantel y simuló pensar en otra cosa, Max miró tétricamente por la ventana las luces del puerto mientras sus secuaces no se estaban quietos a su alrededor y se miraban nerviosos, hasta que al final alcé mi copa, me puse en pie, dije: ¡Bueno, será mejor que las señoras nos retiremos!, y salí enfadado del comedor. Como era de esperar, en el pasillo me apoyé en la pared y me desternillé de risa. De todos modos, las manos me temblaban. Supongo que es el miedo al público. ¡Qué actor se ha perdido el mundo!

¿Y ahora qué hago?

Subí hasta el salón. No, me dirigí a la cocina. Madge: peluca, dentadura postiza, delantal blanco, ya está todo dicho. Volví a salir. En el pasillo me topé con Rojiza. Había abandonado el comedor. Bajo la escalera había un escondite y allí nos encontramos. Vislumbré su rostro en medio de la penumbra y sus ojos solemnes y temerosos me observaron. ¿Por qué está triste?, inquirí, y durante unos segundos no supo qué hacer con las manos. Las cruzó a la espalda, dobló una rodilla y balanceó débilmente los hombros y las caderas, como una escolar que coquetea. ¿Quién dice que estoy triste?, preguntó. No lo estoy. Pensé que se iba a echar a llorar. ¿Vio en mí el terror y la vergüenza, los vio desde el primer momento? Porque fue ella la que me buscó, de eso estaba seguro. Me estiré tras ella, abrí una puerta y súbitamente entramos en el suelo de madera de una habitación vacía. Había un olor seco y como a cebolla, el mismo olor de cierto desván de Coolgrange. Sobre una pared reposaba un paralelogramo de luna semejante a un espejo quebrado. Aún sostengo esos puñeteros platos. Los dejé en el suelo, a nuestros pies, y mientras estaba agachado ella me rozó el hombro y dijo algo que no entendí. Rio suavemente, al parecer sorprendida, como si el sonido de su propia voz fuese inesperado. No he dicho nada, dijo, nada. Tembló en mis brazos. Era puros dientes, aliento, dedos que apretaban. Sostuvo mi

cabeza con sus manos como si quisiera aplastarla. De un puntapié se quitó los zapatos, que hicieron ruido al chocar contra el suelo. Levantó un pie por detrás y lo apoyó en la puerta, apretó y apretó. Tenía los muslos fríos. Lloró y sus lágrimas rodaron sobre mis manos. Le mordí el cuello. Fuimos como…, no lo sé. Fuimos como dos mensajeros que se encuentran en las tinieblas para intercambiar sus terribles noticias. Dios mío, dijo, Dios mío. Apoyó la frente en mi hombro. Nuestras manos estaban manchadas. Retornó la habitación, la luz de la luna, el olor a cebolla. Ningún pensamiento salvo: su cara blanca, su pelo. Perdón, dije. No sé por qué reí. De todos modos, no fue una auténtica risa.

Qué pacíficos son los días aquí y ahora, en el callejón sin salida del año. En la fortaleza de este cuarto gris a veces imagino que estoy totalmente solo, que no hay nadie en varios kilómetros a la redonda. Es como encontrarse en la profunda bodega de un gran buque gris. El aire es denso e inmóvil, presiona en mis orejas, en mis ojos, en la base de mi cráneo. Por fin han fijado fecha para la vista. Sé que ese hecho debería permitir que me concentrara, debería darme un objetivo y esas cosas, debería entusiasmarme o asustarme, pero no es así. Algo le ha pasado a mi sentido del tiempo, ahora pienso en eones. Los días, las semanas de este trivial y breve drama en un tribunal solo quedarán registrados como un pinchazo. Me he convertido en un condenado a cadena perpetua.

Hoy Maolseachlainn volvió a plantear el tema de qué debo declararme. Le dejé desvariar un rato, pero me harté y le dije que prescindiría de sus servicios si no iba derecho al grano y expresaba qué estaba pensando. Fue una falsedad de mi parte porque desde su última visita tuve claro que apuntaba a la posibilidad de un acuerdo (por las conversaciones celebradas aquí dentro me doy cuenta de que prácticamente no se dicta una sola sentencia que antes no haya sido acordada entre los abogados). Me interesaba saber qué esperaba de mí el tribunal. Al ver retorcerse y sudar al pobre Mac creí entenderle: Charlie, por supuesto; intentaban salvar parte de la reputación de Charlie. (¿Cómo podía imaginar que Charlie o su reputación les importara un comino?) Huelga decir que yo haría cuanto pudiera por Charlie, aunque me parecía que era un poco tarde. De acuerdo, Mac, dije, y levanté la mano, me declararé culpable… y después, ¿qué? Me miró por encima de las gafas. Después será un caso abierto y cerrado, ¿no?, dijo. Segundos más tarde me di cuenta de que ese comentario pretendía ser una ocurrencia. Maolseachlainn sonrió melancólico. Quería decir que se abriría la vista, yo rechazaría los cargos que me imputaban, me declararía culpable de homicidio involuntario o alguna cosa por el estilo, el juez dictaría una sentencia algo recortada gracias a mi colaboración y así acabaría todo, la vista tocaría a su término y el caso se cerraría. Dijo que no podía garantizarme nada, pero que tenía el deber de conseguirle a su cliente el mejor juicio posible dentro del marco legal. Es muy encantador cuando se pone pomposo. ¿Qué sentido tiene, cuál es el truco?, pregunté. Se encogió de hombros. El truco es que nadie prestará declaración. Así de simple. Guardamos silencio unos segundos. ¿Y servirá de algo, eso salvará a Charlie?, pregunté. Maolseachlainn frunció el ceño desconcertado y en el acto me di cuenta de que me había equivocado, de que Charlie y sus apuros no eran el tema en cuestión. Reí. Ya lo he dicho, en ocasiones creo que soy redomadamente inocente. Maolseachlainn miró por encima de su hombro —lo hizo, de verdad que lo hizo— y se inclinó sobre la mesa con actitud conspiratoria. Nadie se preocupa por Charlie French, dijo, nadie se preocupa *por él.*

Su señoría, esto no me gusta, no me gusta nada. Me declararé culpable, por descontado —

¿acaso no he dicho en todo momento que lo soy?—, pero no me gusta dejar de testimoniar, no, no me gusta un ápice. No es justo. Hasta un perro como yo debe tener su oportunidad. Siempre me he visto en el estrado de los testigos, mirando en línea recta hacia delante, tranquilo y vestido con atuendo deportivo, como le gusta a la prensa. Y después esa voz autorizada que narra los hechos desde mi perspectiva, con mis propias palabras. Y ahora me niegan mi instante dramático, seguramente el último de ese tipo que conoceré en esta vida. No, no es justo.

Escuche, lo cierto es que apenas me acuerdo de aquella velada en casa de Charlie French. Quiero decir que recuerdo aquella noche, pero no a la gente, al menos con claridad. Recuerdo las luces del puerto, las últimas vetas del ocaso y el oscuro banco de nubes con mucha más claridad que los rostros de esos chicos-hombres campechanos. En mi evocación, Max Molyneaux es poco más que un traje caro y cierta bestialidad elegante. Por amor de Dios, ¿qué me importan Max y los de su calaña? Que se guarden sus reputaciones, a mí no me interesan ni en un sentido ni en otro, no pretendo desencadenar un escándalo. La ocasión transcurrió ante mis ojos cual un manchón vidrioso, como tantas otras cosas a lo largo de aquellos diez días. Vaya, si en mi estado de frenesí hasta la pobre Rojiza fue poco más que un accesorio para una polución nocturna. No, un momento, retiro lo dicho. Por mucho clamor y risas impúdicas que provoque, debo declarar que a ella la recuerdo con claridad, ternura y compasión. Es y probablemente seguirá siendo la última mujer con la que hice el amor. ¿Amor? ¿Puedo llamarlo amor? De qué otro modo podría llamarlo. Confió en mí. Olió la sangre y el horror y en lugar de recular se abrió como una flor y me permitió descansar en ella unos segundos, con mi corazón tembloroso, mientras intercambiábamos nuestros secretos sin palabras. Sí, la recuerdo. Yo estaba cayendo y ella, mi Gretchen, me sujetó.

En realidad se llamaba Marian, pero no tiene la menor importancia.

Con excepción de la señora de Max, que se marchó inmediatamente después de la cena, se quedaron hasta muy tarde. Vi cómo se la llevaban, sentada muy tiesa en el asiento trasero de una de las limusinas negras, cual una Nefertiti destruida. Max y sus amigotes subieron y estuvieron de juerga hasta que clareó el día. Pasé la noche en la cocina, jugando a las cartas con Madge. ¿Dónde se había metido Marian? No lo sé… Como de costumbre, me ahogué en alcohol. De todos modos, nuestro momento había pasado, si nos hubiésemos vuelto a encontrar nos habríamos sentido incómodos. Pero supongo que fui a buscarla, ya que recuerdo haber recorrido a trancas y barrancas los dormitorios de la planta alta y caído varias veces en la oscuridad. También recuerdo estar ante la ventana abierta de par en par, muy alto, oyendo los sones de la música transportada por el aire, cascabeleos y trompeteos misteriosos que parecieron moverse y desaparecer, como si en medio de la noche partiera una clamorosa cabalgata. Supongo que procedía de una sala de baile o de fiestas del puerto. Empero, pienso que es el ruido que el dios y su séquito hicieron cuando me abandonaron.

El tiempo cambió al día siguiente. A media mañana, cuando mi resaca y yo nos levantamos, el sol brillaba tan alegre e inhumanamente como lo había hecho a lo largo de la semana, y las casas que bordeaban la costa relumbraban en medio de la bruma azul claro, como si el cielo hubiese adquirido una geometría etérea. Me detuve en calzoncillos delante de la ventana, me rasqué y desperecé. Me sorprendió el hecho de estar casi habituado a ese extraño estilo de vida. Era como si, después de la fase inicial de estremecimientos y escalofríos, me adaptara a la enfermedad. Oí los tañidos de las campanas de una iglesia. Domingo. Los paseantes ya habían salido con sus perros y sus hijos. Al otro lado de la carretera, junto al muro del puerto, un hombre en impermeable permanecía de pie con las manos cruzadas a la espalda contemplando el mar. Oí voces abajo. Madge estaba en la cocina y fregaba los platos de la noche anterior. Me miró sorprendida. Yo llevaba puesto el batín de Charlie. Me pregunto cómo no me di cuenta entonces, cómo no percibí el nuevo tono especulativo de su voz, tono que debería haberme alertado. Esa mañana contaba con una ayudante, su sobrina, una cría torpe de unos doce años con… con qué, qué importa qué tenía, cuál era su aspecto. Estos testigos secundarios jamás serán llamados a declarar. Me senté a la mesa, bebí té y las observé trabajar. Noté que la niña me tenía miedo. Tararí, tarará. Por si no lo sabe, se ha ido, dijo Madge con los brazos hundidos en agua jabonosa, el señor French salió justo cuanto yo entraba. Su tono era inexplicablemente acusador, como si Charlie hubiese huido de casa por mí. Y así era.

Por la tarde una nube enorme escaló el horizonte, una nube gris y granulosa, como un depósito de légamo, y el mar se agitó, un azul negruzco salpicado de blanco. Contemplé la ondulante cortina de lluvia que soplaba lentamente desde el este. El hombre instalado junto al muro del puerto se abotonó el impermeable. La gente del domingo por la mañana se había ido, pero él, *él* seguía allí.

Qué extraño me sentía ahora que por fin había llegado. Esperaba que me dominasen el terror, el pánico, los sudores fríos o los temblores, pero de eso nada. Más bien se apoderó de mí una especie de euforia de ojos desorbitados. Deambulé por la casa como el ebrio capitán de una nave sacudida por las tormentas. Por mi cabeza cruzaron todo tipo de ideas delirantes. Levantaría barricadas ante puertas y ventanas. Tomaría como rehenes a Madge y a su sobrina y las cambiaría por un helicóptero que me condujese a la libertad. Esperaría el regreso de Charlie, lo utilizaría como escudo humano y lo obligaría a marchar delante de mí con un cuchillo pegado al cuello…; incluso bajé a la cocina a buscar el instrumento adecuado. Madge había terminado de fregar y se había sentado a tomar una taza de té mientras leía un dominical sensacionalista. Me observó con aprensión cuando revolví el cajón de los cubiertos. Me preguntó si quería el almuerzo o si esperaría al señor French. Reí como un desaforado. ¡El almuerzo! La sobrina

también rio, soltó un graznido de loro y se le levantó el labio superior, dejando al descubierto un centímetro de encía blancuzca y brillante. Cuando la miré, cerró la boca bruscamente, fue como si cayera una persiana. Jacintha, dijo Madge con acento desabrido, vuelve a casa. ¡Quédate donde estás!, grité. Ambas se asustaron y a Jacintha le tembló la barbilla y los ojos se le llenaron de lágrimas. Renuncié a la búsqueda del cuchillo y me lancé escaleras arriba. El hombre del impermeable ya no estaba. Solté un gran suspiro de alivio, como si todo el rato hubiese contenido el aliento, y me dejé caer contra el marco de la ventana. La lluvia arreció, sobre la calzada bailaron grandes gotas y dio la impresión de que la superficie del agua hervía en el puerto. Oí un portazo en la entrada principal, Madge y la chica aparecieron a mis pies y corrieron calle arriba cubriéndose las cabezas con los abrigos. Me causaron gracia, la niña esquivaba los charcos de un salto y Madge trastabillaba tras ella. En ese momento divisé el coche, aparcado carretera arriba, en la acera de enfrente, y a dos figuras grandes, inmóviles e imprecisas sentadas en el asiento delantero, con los rostros difuminados tras el parabrisas chorreante.

Me instalé en un sillón del salón, mirando al frente, sujetando los reposabrazos con las manos y con los pies firmemente clavados en el suelo. Ignoro cuánto tiempo permanecí allí, en aquel espacio gris y reverberante. Tengo la impresión de que transcurrieron horas, pero no creo que haya sido así. Olía a tabaco y a bebida abandonada la noche anterior. La lluvia emitía un sonido sedante. Me hundí en una especie de trance, de duermevela. Me vi cuando de pequeño paseaba por la colina boscosa próxima a Coolgrange. Supongo que corría marzo y era uno de esos días holandeses de ventolera bramante, con el cielo de color azul porcelana y nubes acrobáticas y cenicientas. Sobre mi cabeza los árboles se balanceaban y gemían a causa del viento. De repente hubo un veloz e intenso sonido impetuoso, el aire se oscureció y algo se derrumbó a mi alrededor, sacudiéndose y revolviéndose como las alas enormes de un pájaro. Era una rama caída. Aunque no sufrí daño alguno, no podía moverme y permanecí azorado, pasmado y tembloroso. La fuerza y la velocidad de la caída me espeluznaron. Más que miedo, experimenté una profunda sensación de sorpresa ante lo insignificante de mi presencia. Yo podría haber sido, simplemente, un cabello en el aire. El suelo, la rama, el viento, el cielo y el mundo eran las coordenadas exactas y necesarias del acontecimiento. Solo yo estaba fuera de lugar, solo yo no tenía papel alguno que jugar. Y nada importaba. Si hubiese muerto, habría caído ahí mismo, boca abajo entre las hojas secas, y el día habría continuado como antes, como si no hubiera pasado nada. Porque no habría pasado nada o, al menos, nada extraordinario. Se habrían producido adaptaciones. Las cosas habrían tenido que retorcerse para salir de debajo de mí. Cabía la posibilidad de que una hormiga extraviada explorase la cámara ensangrentada de mi oído. Pero la luz habría sido la misma, el viento habría seguido soplando como soplaba y la flecha del tiempo no habría vacilado un segundo en su recorrido. Quedé pasmado. Jamás olvidé aquel instante. Y ahora estaba a punto de caer otra rama, oí sobre mi cabeza el mismo sonido impetuoso y experimenté el descenso de la misma ala oscura.

Sonó el teléfono con un campanilleo semejante al del cristal que se hace añicos. La línea transmitía una algarabía de estática. Al parecer, alguien preguntaba por Charlie. ¡No, no, no está en casa!, grité, y colgué violentamente. Casi en el acto el aparato volvió a sonar con estridencia. Espera, espera, no cuelgues, dijo la voz, *soy* Charlie. Reí, por supuesto. Estoy carretera abajo, dijo, carretera abajo. Yo no dejaba de reír. Luego se hizo un silencio. Freddie, la policía está aquí, dijo, quiere hablar contigo, se ha producido un malentendido. Cerré los ojos. Comprendí que, contra toda esperanza, una parte de mi ser se había hecho ilusiones, porque era incapaz de creer que el juego había terminado. El zumbido de la comunicación semejaba el sonido mismo

de la angustia y la turbación de Charlie. Charlie, dije, Charlie, Charlie, ¿por qué te ocultas en una cabina, qué crees que sería capaz de hacerte? Colgué antes de que me respondiera.

Tenía hambre. Bajé a la cocina, preparé una tortilla enorme y devoré media barra de pan y medio litro de leche. Me senté encogido sobre la mesa, con los codos clavados a ambos lados del plato y la cabeza colgante, atiborrándome con indiferencia animal. La luz de la lluvia produjo una especie de atardecer en la cocina. Oí a Charlie en cuanto entró en casa: nunca fue hábil para abrirse camino en medio de las dificultades de la vida. Asomó la cabeza por la puerta de la cocina e intentó sonreír, pero sin éxito. Le mostré la silla de enfrente y, puntilloso, tomó asiento. Yo había atacado los restos fríos de las patatas hervidas de la noche anterior. Estaba famélico, nada me parecía suficiente. Charles, dije, tienes muy mala cara. Era verdad. Estaba gris, encogido y con ojeras plomizas. Aunque no llevaba corbata, se había abotonado el cuello de la camisa. Se pasó la mano por el mentón y oí el roce de la barba. Explicó que se había levantado temprano, lo habían abordado y le habían pedido que fuese a la comisaría. No apartaba la vista de mi plato, del revoltijo de patatas. Algo le había pasado al silencio que nos rodeaba. Me percaté de que había dejado de llover. Santo Dios, Freddie, dijo en voz baja, ¿qué has hecho? Parecía perplejo, más que escandalizado. Saqué del fondo de la nevera otra botella de leche que estaba por la mitad. Charlie, ¿recuerdas los honores que solías hacerme en Jammet's y en el Paradiso?, pregunté. Se encogió de hombros. No estoy muy seguro de que me escuchase. La leche estaba cortada. A pesar de todo, la bebí. Disfruté en aquellas ocasiones, dije, me divertí aunque no lo demostrase. Fruncí el ceño. Algo va mal, algo está agrio como la leche. Los embustes hacen que mi voz suene extrañamente apagada, un berrido ronco que surge del fondo de la garganta. ¿Para qué resucitar en aquel momento una mentira caduca y carente de importancia? ¿Acaso ocultaba mis cartas, me preparaba para el gran torneo que me aguardaba? No, es demasiado fuerte. Pretendía pedir disculpas, quiero decir en un sentido amplio, y no podía hacerlo sin mentir. Parecía tan viejo hundido en esa silla, con la cabeza ladeada sobre el cuello correoso, la boca torcida y los ojos legañosos clavados vagamente ante sí. Qué mierda, Charlie, dije, lo siento mucho.

Me pregunto si fue una coincidencia que el policía actuara en aquel preciso instante o si había estado escuchando al otro lado de la puerta. He notado que en el cine el individuo armado siempre espera en el pasillo, con la espalda pegada a la pared y el blanco de los ojos encendido hasta que los que están dentro han pronunciado su parlamento. Supongo que este sujeto era un aventajado estudioso del cine. Tenía el rostro afilado, pelo negro y lacio, y gastaba una especie de chaqueta militar acolchada. La metralleta que portaba —un modelo contundente y casi cuadrado cuyo cañón apenas alcanzaba los tres centímetros— se parecía extraordinariamente a un juguete. De los tres, él pareció el más sorprendido. Me admiré de la destreza con que abrió de una patada la puerta trasera. Esta colgó quejumbrosa de los goznes y el cerrojo roto se balanceó como la lengua de un sabueso. Charlie se puso de pie. Todo está en orden, agente, dijo. El policía franqueó el umbral y me miró airado. Maldita sea, queda detenido, dijo. Tras él, en el patio, el sol asomó de repente y todo brilló y relució lleno de humedad.

Después entraron más policías por la puerta principal, me pareció un grupo numeroso a pesar de que solo eran cuatro. Entre ellos figuraba el sujeto a quien por la mañana había visto junto al muro del puerto, reconocí el impermeable. Todos portaban armas de formas y tamaños diversos. Quedé impresionado. Se alinearon junto a las paredes y me observaron con reprimida curiosidad. La puerta del vestíbulo estaba abierta. Charlie intentó moverse en esa dirección y uno de los policías dijo tajantemente: Espere. Reinaba el silencio si exceptuamos el ligero charloteo

metálico de las radios de la policía en la calle. Daba la impresión de que aguardábamos la llegada del soberano. La persona que entró en último término supuso una sorpresa. Era un hombre de unos treinta años menudo y juvenil, de pelo rubio rojizo y ojos azules casi transparentes. Reparé de inmediato en sus manos y en sus pies porque eran pequeños, casi delicados. Se acercó a mí en ángulo, mirando el suelo con sonrisilla peculiar. Dijo ser Haslet, el inspector Haslet de la brigada de detectives. (Hola, Gerry, espero que no te molestes si menciono tus manos exquisitas; sabes que lo son, es verdad.) Me di cuenta de que la singularidad de su actitud —la sonrisa, la mirada indirecta— era producto de la timidez. ¡Un poli tímido! No era lo que esperaba. Miró a su alrededor. Se produjo un instante de malestar. Al parecer, nadie sabía lo que había que hacer. Volvió de nuevo a mí su mirada cabizbaja. Bueno, ¿la cosa va bien?, preguntó sin dirigirse a nadie en particular. De pronto todo fue actividad. El de la metralleta —digamos que se llama sargento Hogg— dio un paso al frente, dejó el arma sobre la mesa y me puso con destreza las esposas. (A propósito, no son tan incómodas como parecen; en realidad, había algo sedante en el hecho de estar maniatado, como si fuese un estado más natural que el de la libertad sin límites.) Charlie puso cara de pocos amigos. Inspector, ¿es imprescindible?, preguntó. Era una frase antigua tan trillada, pronunciada tan genialmente y con el grado tan exacto de solemne grandeza, que durante un segundo pensé que provocaría una salva de aplausos. Lo miré con renovada admiración. Se había quitado de encima el aire enfermizo de pocos minutos antes y de verdad estaba impresionante con su traje oscuro y sus mechones de pelo plateado. Hasta la barba sin afeitar y el cuello sin corbata le conferían el aspecto de un estadista arrancado de la cama para hacer frente a una grave crisis en los asuntos nacionales. Juro que soy sincero cuando afirmo que admiro su pericia como transformista. Ahora me parece que depositar toda la fe en la máscara es el auténtico sello de la naturaleza humana perfeccionada. ¿Lo he dicho yo u otro? ¡Es igual! Con una mirada llamé su atención para demostrarle mi aprecio y para pedirle…, bueno, supongo que para pedirle perdón. Después me preocupó que mi mirada le hubiese parecido irrisoria más que de disculpa, porque sospecho que hice una mueca afectada a lo largo de esa grotesca comedia de cocina. Tenía la boca firmemente apretada y un nervio le contorsionaba la barbilla —tenía todo el derecho del mundo a estar furioso—, pero en sus ojos solo percibí una especie de pena soñadora. Después Hogg me empujó, avancé a paso rápido por el pasillo y salí a la luz deslumbrante de la tarde.

Hubo un momento de confusión en el que los policías se apiñaron en la acera, estiraron el cuello rechoncho y aguzaron la vista puerto arriba y abajo. ¿Qué esperaban, la aparición de un comando de rescate? Noté que todos llevaban zapatillas deportivas salvo Haslet, el buen chico de origen rural con sus fuertes y pesados zapatos marrones. Uno de los hombres chocó con él. Demasiados policías echan a perder la presa, comenté con humor. Nadie rio y Haslet no se dio por aludido. A mí me pareció de un ingenio subido, por supuesto. Seguía dominado por un estado de delirante solaz, no sé cómo explicarlo. Más que caminar, tenía la impresión de dar saltos rebosante de feroz energía. Todo resplandecía bajo el despejado aire marino. La luz del sol poseía una cualidad parpadeante y alucinante, tuve la impresión de que veía el proceso mismo, de que atrapaba los fotones al vuelo. Cruzamos la carretera. El coche que había visto desde la ventana de la planta alta seguía allí, con el parabrisas punteado de gotas de lluvia. Cuando pasamos, las dos figuras sentadas en el asiento delantero nos observaron con precavida curiosidad. Reí: no eran policías, sino un hombre fornido y su gruesa esposa que habían salido a dar el paseo del domingo. La mujer, que chupaba lentamente un caramelo, miró boquiabierta las esposas y alcé las muñecas hacia ella en un gesto amistoso. Hogg volvió a darme un empellón

entre los omóplatos y estuve a punto de caer. Me di cuenta de que tendría problemas con él.

Había dos coches anodinos y sin identificar, uno azul y el otro negro. La comedia de apertura de las portezuelas, cual si fueran alas de escarabajos. Me metieron en el asiento trasero con el sargento Hogg a un lado y, del otro, un matón fornido, pelirrojo y con cara de bebé. Haslet se apoyó en la portezuela. ¿Se lo habéis dicho?, preguntó en voz baja. Reinó el silencio. Los dos detectives del asiento delantero se quedaron rígidos, como temerosos de soltar la carcajada si se movían. Hogg, impasible, miró hacia delante y en su boca se dibujó una línea delgada. Haslet suspiró y se alejó. El conductor puso el motor en marcha. Tiene derecho a permanecer en silencio, bla, bla, bla, dijo Hogg malévolamente y sin mirarme. Gracias, sargento, respondí. Me pareció otra respuesta magnífica. Nos apartamos del bordillo con un chirrido y a nuestras espaldas dejamos una bocanada de humo de neumáticos. Me pregunté si Charlie estaba asomado a la ventana. No volví la vista atrás.

Hago un alto para consignar que Helmut Behrens ha muerto. De un ataque cardíaco. Santo cielo, esto se está convirtiendo en el Libro Tibetano de los Muertos.

Con cuánta claridad recuerdo aquel trayecto. Jamás me desplacé con tanta velocidad en un coche. Casi volábamos, nos abrimos paso en medio del pesado tráfico dominguero, rugimos por los carriles interiores, giramos en las esquinas sobre dos ruedas. Como las ventanillas estaban subidas, hacía mucho calor e imperaba un hedor almizclero. La atmósfera despedía chispas. Me sentía extasiado, pletórico de terror y de una especie de júbilo al avanzar como un rayo, embutido en medio de esos hombres fornidos, sudorosos y callados, que miraban la calzada con los brazos firmemente cruzados, guardando para sí su agitación y su ira contenida. Los oía respirar. La velocidad los serenaba: la velocidad era violencia. El sol nos daba de lleno en los ojos, un resplandor enorme y espeso. Supe que a la más ligera provocación se lanzarían sobre mí y me dejarían medio muerto, era lo que estaban esperando. Y hasta esa certeza fue reconfortante. Nunca en mi vida había sido hasta tal extremo el centro de atención. A partir de ese momento sería vigilado, sería atendido, alimentado y escuchado como si fuese un niño grande y peligroso. Basta de escapadas, basta de esconderse y esperar, ya no tenía que tomar más decisiones. Me acomodé entre quienes me habían apresado y gocé con el roce ardiente del metal en mis muñecas. Entretanto, otra parte de mi mente registraba otra versión de las cosas: pensaba, por ejemplo, en todo lo que estaba a punto de perder. Miré las calles, los edificios y la gente como si los viera por última vez. Yo, que en el fondo soy hombre de campo —sí, sí, es verdad— y que nunca conocí la ciudad ni me importó, ni siquiera cuando viví en ella, había terminado por amarla. ¿Amarla? No es una palabra que emplee a menudo. Tal vez me refiero a otra cosa. Fue la pérdida, sí, la pérdida inminente de…, no lo sé. Estaba a punto de decir *de la comunidad humana*, una frase solemne y grandiosa como esa, pero ¿cuándo formé parte de *esa* tribu? De todos modos, a medida que avanzábamos, una honda caverna de mi corazón se llenaba con el dolor de la renuncia y la partida. Recuerdo sobre todo un sitio próximo al río, donde un semáforo averiado nos retuvo un minuto. Era una calle de casas pequeñas apretujadas entre edificios grises y monótonos, almacenes e inmuebles por el estilo. Un viejo estaba sentado en el alféizar de una ventana, un mocoso jugaba en la cuneta con un cachorro mugriento. Las hileras de brillante colada se veían ensartadas como banderines a lo ancho de un callejón. Todo estaba inmóvil. El

semáforo seguía en rojo. Poco después, como si en alguna parte hubiesen accionado una palanca secreta, la terrible escena cobró vida lenta y tímidamente. Primero un tren verde cruzó un puente de metal rojo. Luego las puertas de dos casas se abrieron a la vez y dos muchachas engalanadas con sus mejores ropas de domingo salieron a la calle soleada. El crío balbuceó y el perrito aulló. Un avión surcó el cielo y un instante después su sombra cubrió la calle. Con sorprendente agilidad el viejo se apeó de un salto del alféizar. Hubo una pausa que pareció efectista y entonces, con una escalofriante ráfaga de la sirena antiniebla, por encima de los tejados asomó el puente blanco y la chimenea negra de un barco enorme y majestuoso. Fue todo tan extraño, tan inocente y vehemente —como la ilustración de la cubierta de un libro de geografía para niños— que tuve ganas de reír, aunque creo que si hubiese reído habría sonado a sollozo. El conductor soltó una palabrota y se saltó la luz roja. Volví la cabeza deprisa y vi que todo se alejaba, las muchachas domingueras y el barco, el niño y el perro, el viejo, el puente rojo, todo se alejaba hacia el pasado.

La comisaría era una especie de falso palacio renacentista con alta fachada de piedra gris, muchas ventanas y una arcada que desembocaba en un patio pequeño y oscuro donde seguramente antaño había habido una horca. Me sacaron del coche de mala manera y me guiaron por puertas bajas y a lo largo de sombríos pasillos. Imperaba la atmósfera de letargo del domingo por la tarde y olía a internado. Confieso que esperaba que la comisaría en pleno estuviera intrigada por mi llegada, que funcionarios, secretarias y policías de tirantes se apiñaran en la entrada para verme, pero casi no había un alma y los pocos con que me crucé apenas se tomaron la molestia de mirarme, cosa que hizo que me sintiera algo ofendido. Nos detuvimos en un cuarto lúgubre y desagradable y el inspector Haslet tardó unos minutos en llegar. Al patio daban dos altas ventanas muy sucias y con los cristales inferiores reforzados con tela metálica. Había un escritorio lleno de inscripciones y varias sillas de madera. Nadie tomó asiento. Arrastramos los pies y miramos el techo. Alguien carraspeó. Apareció, en mangas de camisa, un policía con unos cuantos años a cuestas. Era calvo y tenía una sonrisa tierna, casi infantil. Vi que llevaba gruesas botas negras, lustradas, con los cordones muy apretados. Esas botas fueron una visión reconfortante. A lo largo de los días siguientes calaría a mis guardianes por su calzado. Tuve la impresión de que podía confiar en zapatos gruesos y en botas, y que las zapatillas deportivas eran siniestras. El coche del inspector Haslet paró en el patio. De nuevo aguardamos su llegada. Entró igual que antes, con la misma sonrisa tímida. Permanecí de pie delante del escritorio mientras leía las acusaciones. Fue una ceremonia extrañamente formal. Me acordé del día de mi boda y tuve que disimular una sonrisa. El policía viejo y calvo mecanografió la hoja de los cargos en una antigua y negra máquina de escribir vertical, como si hiciese laboriosos esfuerzos por tocar de oído una melodía al piano, con la punta de la lengua encajada en la comisura de los labios. Cuando el inspector Haslet me preguntó si quería añadir algo, negué con la cabeza. No habría sabido por dónde empezar. Así concluyó el ritual. Se produjo una especie de relajamiento general y, con excepción de Hogg, los detectives salieron. Fue como el fin de la misa. Hogg sacó un paquete de cigarrillos y convidó a Haslet, al agente de la máquina de escribir y, tras unas breves vacilaciones, a mí. Me sentí en la obligación de aceptar. Procuré no toser. Dígame, ¿cómo me encontró?, pregunté a Haslet. Se encogió de hombros. Parecía un estudiante que ha obtenido una puntuación tan alta en los exámenes que se siente perturbado. Por la chica del puesto de periódicos, replicó. Usted iba todos los días y solo leía la misma noticia. Ah, sí, claro, dije. De todos modos, me pareció muy poco convincente. ¿Le estaba cubriendo las espaldas a Binkie Behrens, incluso a Anna? (No fue así. Los Behrens guardaron silencio hasta el final.) Fumamos

como si estuviéramos de tertulia. Por las ventanas entraban rayos gemelos de sol. En alguna parte canturreaba una radio. De pronto me sentí profundamente aburrido.

Oiga, dijo Hogg, cuéntenos por qué lo hizo.

Lo miré estupefacto y desconcertado. Era la única pregunta que jamás me había planteado, al menos con una fuerza tan directa e inevitable. Sargento, le aseguro que es una pregunta buenísima, dije. No cambió de expresión y me pareció que no se movía, a pesar de que subió y bajó un mechón de pelo y durante un segundo tuve la impresión de que yo tenía un ataque, de que algo en mi interior, el hígado o un riñón, reventaba por decisión propia. Sentí, sobre todo, desconcierto…, desconcierto y una satisfacción rara y perversa. Caí de rodillas en medio de una bruma abrasadora. Me faltaba el aliento. El agente viejo salió de detrás del escritorio, me ayudó a levantarme —¿dijo ¡caramba!, o me lo imaginé?—, y a cruzar la puerta trastabillante, me acompañó por el pasillo y me hizo entrar en un retrete fétido y exiguo. Me incliné sobre la taza y vomité tacos de huevo, patatas grasientas y una ristra de leche cortada. El dolor de mis entrañas era extraordinario, me parecía increíble, a mí, que debería haberlo sabido todo sobre estas cuestiones. Cuando ya no quedó nada que vomitar, me senté con los brazos alrededor de las rodillas. Ah, sí, pensé, esto está mejor, se parece a lo que esperaba, mientras me retorcía en el suelo del mugriento excusado con el estómago en llamas. El agente llamó a la puerta y me preguntó si había terminado. Otra vez me ayudó a ponerme en pie y regresamos despacio por el pasillo. Siempre pasa lo mismo, dijo con tono coloquial, suben cosas que uno no recuerda haber comido.

Hogg estaba de pie junto a la ventana, con las manos en los bolsillos, y miraba el patio. Me observó por encima del hombro. ¿Se siente mejor?, preguntó. El inspector Haslet estaba sentado al escritorio, absorto y tamborileando los dedos sobre un revoltijo de papeles. Señaló la silla que tenía a su lado. Me senté con cautela. Cuando se volvió para mirarme, nuestras rodillas estuvieron a punto de tocarse. Fijó la mirada en un rincón del techo. Bien, dijo, ¿quiere hablar conmigo? Ay, claro que quería, quería, quería hablar y hablar, confiar en él, lanzar en tropel todos mis secretillos. Pero ¿qué podía decir? ¿Qué secretos? El agente calvo volvía a estar ante la máquina de escribir, con los dedos despuntando sobre las teclas y la mirada clavada en mis labios con animada expectación. Hogg también esperaba, junto a la ventana, y hacía sonar las monedas que llevaba en el bolsillo del pantalón. Lo que les dijera me importaba un bledo, para mí ellos no contaban. El inspector era harina de otro costal. Me recordaba a alguien que tal vez conociera de estudiante, uno de esos héroes modestos y poco expresivos que no solo eran buenos en deportes sino en matemáticas, y que restaban importancia a los elogios, pues su propio éxito y popularidad los volvía tímidos. No tuve valor para confesarle que no había nada que confesar, que no había elaborado un plan que mereciera ese nombre, que casi desde el principio había actuado irreflexivamente. Por eso me inventé una sarta de disparates y dije que había pretendido que el robo pareciese obra de terroristas y otro montón de sandeces que por vergüenza no me atrevo a repetir. Y entonces la chica, dije, la mujer —¡durante un segundo me resultó imposible recordar su nombre!—, y entonces *Josie*, dije, lo echó todo a perder al intentar impedir que me llevase el cuadro, al atacarme, al amenazarme con…, con…; me quedé sin palabras, continué sentado y lo miré sin esperanza, retorciendo las manos. Estaba tan necesitado de que me creyera. En ese momento el hecho de que diera crédito a mis palabras me pareció casi tan deseable como el perdón. Reinó el silencio. Seguía mirando un rincón del techo. Daba la impresión de que no me escuchaba. Jesús, dijo Hogg sin excesivo ardor, y el agente sentado al escritorio carraspeó. Haslet se puso en pie, retrocedió un paso, dobló una rodilla, abandonó el cuarto y cerró con

suavidad la puerta al salir. Lo oí caminar pasillo abajo con el mismo andar tranquilo. Sonaron débiles voces, la suya y otras. Hogg me miraba por encima del hombro con cara de asco. Es usted un payaso de tomo y lomo, dijo. Pensé contestarle, pero me decanté por la prudencia. Pasó el tiempo. Alguien rio en una habitación cercana. En el patio se encendió el motor de una moto. Estudié el cartel amarillo colgado de la pared, que advertía sobre los peligros de la rabia. Sonreí. Por fin habían capturado al perro rabioso de Montgomery.

El inspector Haslet regresó, mantuvo abierta la puerta e hizo pasar a un hombre corpulento, sudoroso, de cara roja y camisa a rayas, y a otro sujeto más joven, de aspecto peligroso, uno de los miembros de la estirpe de Hogg. Se congregaron a mi alrededor y me miraron, se inclinaron muy concentrados y respiraron con las manos apoyadas en el escritorio. Volví a contar mi historia y procuré recordar los detalles para no contradecirme. En esta ocasión sonó aún más inverosímil. Cuando acabé reinó el silencio. Empezaba a acostumbrarme a esas pausas interrogativas y, en mi opinión, profundamente escépticas. El hombre de cara roja, del que deduje era una persona de gran autoridad, parecía presa de una ira que le costaba gran esfuerzo dominar. Lo llamaremos… Barker.[4] Me observó unos instantes con atención. Vamos, Freddie, dijo, ¿por qué la mató? Le clavé los ojos. No me gustaba nada ese tono desdeñosamente confianzudo —¡vaya con *Freddie*!—, pero lo dejé correr. Reconocí en él a un ejemplar de mi misma especie, a una de las personas corpulentas, de mal genio y respiración resollante que habitan este mundo. Además, ya estaba harto de la parodia. La maté porque pude hacerlo, respondí, ¿qué más puedo añadir? Todos nos sorprendimos con esa frase, yo tanto como ellos. El más joven, Hickey…, no, Kickham,[5] lanzó una especie de risilla. Poseía una voz suave, aguda y casi musical que contrastaba enormemente con su aspecto y su actitud amenazadoras. No recuerdo cómo se llama, dijo, pero es marica, ¿no? Lo miré desamparado. No sabía de quién hablaba. No lo entiendo, dije. French, dijo con impaciencia, ¿es de la acera de enfrente? Me reí, era inevitable. No supe si la idea de Charlie entrando a saltos en el pub de Wally y pellizcando los traseros de los jovencitos era cómica o absurda. (Al parecer, el niño de Wally, Sonny el de los tonos esmeralda, había lanzado calumnias sobre las predilecciones del pobre Charlie. Francamente, este mundo es siniestro.) Oh, no, dije, no…, tiene una muchacha ocasional. El nerviosismo y la sorpresa me llevaron a pronunciar esa frase, no pretendía hacer un chiste. Nadie rio. Siguieron mirándome mientras el silencio se tensaba como algo que se atornillaba y luego, como si hubiesen recibido una señal, se dieron la vuelta, salieron con un portazo y me quedé a solas con el policía entrado en años, que sonrió con ternura y se encogió de hombros. Le dije que las náuseas volvían a dominarme y salió a buscarme una taza de té empalagoso y un trozo de pan. ¿Por qué será que el té, el mero hecho de verlo, me hace sentir desdichado, como un niño abandonado? Cuán perdido y solitario parecía todo: el cuarto con olor a cerrado, los ruidos difusos de la gente que hacía su vida en otra parte, la luz del sol en el patio, esa misma luz densa y resplandeciente que, atravesando los años, brilla hasta en los rincones más recónditos de la infancia. Había desaparecido la euforia de un rato antes.

Haslet retornó, esta vez solo, y como antes se sentó a mi lado. Se había quitado la chaqueta y la corbata y remangado la camisa. Llevaba el pelo revuelto. Parecía más joven que nunca. También portaba una taza de té que parecía enorme en su mano pequeña y blanca. Me lo imaginé de niño, en cualquier pantano de los yermos de la zona central de Inglaterra, amontonando turba en compañía de su padre: temblor de agua en las zanjas, olor a humo y a patatas asadas, las lejanas distancias del color del pellejo de una liebre y el cielo inmenso y vertical atiborrado de haces de nubes luminosas.

Muy bien, dijo, empecemos de nuevo.

Estuvimos horas hablando. Me sentí casi feliz sentado en su compañía, desembuchando la historia de mi vida mientras la luz que se colaba por la ventana se alargaba y se desvanecía el día. Mostró una paciencia infinita. Me dio la impresión de que no había nada, ningún detalle por muy nimio o enigmático que pareciese, que dejara de interesarle. No, no es exactamente así. Fue como si, en realidad, nada le interesase. Lo escuchó todo, cada hilo y nudo de mi historia, con el mismo y pasivo aire de tolerancia, con la misma sonrisilla débil y perpleja. Le dije que conocía a Anna Behrens, a su padre, sus minas de diamantes, sus empresas y su inestimable colección de obras de arte. Lo observé con atención e intenté deducir hasta qué punto mis palabras eran una novedad para él, pero no sirvió de nada, no dejó traslucir absolutamente nada. Sin embargo, debía de haber hablado con ellos, debía de haberles tomado declaración y todo lo demás. Sin duda le habían hablado de mí, sin duda ya habían dejado de protegerme. Se rascó la barbilla y volvió a mirar un rincón del techo. El tal Behrens es un hombre que se ha hecho a sí mismo, ¿no?, preguntó. Vamos, inspector, dije, ¿acaso no lo somos todos? Al oírme me miró extrañado y se levantó. Volví a percibir una fugaz mueca de dolor. Sufría de la rodilla. Jugaba al fútbol. Los domingos por la tarde, los gritos amortiguados por el aire gris, el golpe seco del cuero sobre el cuero. Pregunté: Y ahora, ¿qué pasará? No quería que me dejase. ¿Qué haría cuando llegara la oscuridad? Respondió que diera al agente el nombre de mi abogado para que le comunicase que estaba detenido. Asentí. Yo no tenía abogado, pero sentí que no podía decirlo: todo era muy sosegado y amistoso y no deseaba provocar el menor contratiempo. Además, estaba decidido a acometer mi propia defensa y ya me veía pronunciando arengas geniales y apasionadas desde el banquillo de los acusados. ¿Hay algo más que deba hacer?, pregunté, y lo miré con seriedad. ¿Hay alguien más a quien deba comunicárselo? (Oh, fui tan bueno, tan conciliador, qué cálido estremecimiento de conformidad sentí al ser tan respetuoso con el buen chico.) Volvió a dedicarme una mirada peculiar, cargada de irritación e impaciencia, pero también de cierto divertimento irónico, incluso de un atisbo de complicidad. Lo que puede hacer es contar su historia tal como ocurrió, sin adornos ni fantasías, dijo. ¿Qué quiere decir?, pregunté, ¿qué quiere decir? Me sentí consternado. De repente Bob Cherry se puso serio, durante un instante casi se convirtió en el señor Quelch.[6] Sabe perfectamente a qué me refiero, respondió. Salió y volvió Hogg, Hogg volvió con el agente entrado en años —por amor de Dios, hay que darle un nombre —, Hogg volvió con Cunningham, el viejo Cunningham, el sargento de recepción, y me bajaron a los calabozos.

¿Sigo esposado?

No sé por qué digo que me *bajaron* (bueno, claro que lo sé), ya que nos limitamos a caminar por el pasillo, pasar por delante del retrete y atravesar una puerta de acero. Confieso que experimenté cierta aprensión, rápidamente reemplazada por la sorpresa: ¡todo era tal como esperaba! De verdad hay barrotes, de verdad hay un cuenco, un jergón, colchón con forro de rayas y plagado de bultos, e inscripciones en las sucias paredes. Incluso había un veterano barbudo, los nudillos blancos en la puerta de su celda, que me observó con mofa muda y colérica. Me entregaron una pastilla de jabón, una toalla diminuta y tres trozos de brillante papel higiénico. A cambio entregué el cinturón y los cordones de los zapatos. En el acto me percaté de la importancia del ritual. Acobardado, con las lengüetas de los zapatos salidas, aferrando con una mano la pretina del pantalón y sujetando con la otra, a la vista de todos, los accesorios fundamentales de mis funciones más privadas, ya no era plenamente humano. Me apresuro a añadir que me pareció muy correcto, en verdad una especie de ajuste de cuentas, una definición

oficial y exterior de lo que en todo momento había sido el caso en mi caso. Había alcanzado mi apoteosis. Hasta el viejo Cunningham y el sargento Hogg parecieron reconocerlo porque a partir de ese momento me trataron secamente, con una especie de consideración airada y abstraída, como si fueran mis guardianes en lugar de mis carceleros. Yo podría haber sido un león viejo, enfermo y desdentado. Hogg se metió las manos en los bolsillos y se alejó silbando. Me senté en el borde del jergón. Pasó el tiempo. Todo estaba en paz. El veterano de la celda de al lado me preguntó mi nombre. No le respondí. Que te den por el culo, dijo entonces. Cayó la tarde. Siempre he amado esa hora en la que la luz suave y de muselina asciende, como si saliera de la tierra misma, y todo parece tornarse pensativo y apartarse. Era de noche cuando se presentó el sargento Hogg y me entregó un papel sucio. Por su aliento supe que había comido patatas fritas de bolsa. Miré desconcertado la hoja mal mecanografiada. Es su confesión, dijo Hogg. ¿Por qué no la firma? El preso de al lado rio torvamente. ¿Qué dice?, pregunté. Estas no son mis palabras. Hogg se encogió de hombros y eructó tapándose la boca con la mano. Como quiera, dijo, de todos modos le caerá la perpetua. Se fue. Me senté y examiné el insólito documento. ¡Cunningham se las sabía todas! Tras la máscara de vejete calvo se ocultaba un artista trabajador y endemoniado, el tipo de artista que yo jamás llegaría a ser, directo y sutil, maestro del estilo parco, del arte que oculta el arte. Me maravilló la forma en que lo había puesto todo a su servicio, las faltas de ortografía, la torpe síntesis, incluso el atroz mecanografiado. Tanta humildad, tanta deferencia, qué implacable represión del yo en bien del texto. Había tomado mi historia, con todos sus —¿cómo lo había expresado Haslet?—, con todos sus adornos y fantasías, y la había reducido a los elementos básicos absolutos. Era un relato de mi crimen que apenas reconocía, pero me lo creí. Cunningham me había convertido en asesino. Lo habría firmado, pero no tenía con qué escribir. Incluso registré mis ropas en busca de algo afilado, un alfiler o cualquier cosa parecida, con lo cual pincharme y estampar mi firma en sangre. Pero daba lo mismo, no hacía falta que lo avalara. Doblé reverentemente la hoja en cuatro y la puse bajo el colchón, en el extremo donde apoyaría la cabeza. Después me desvestí, me acosté desnudo en la oscuridad, crucé las manos sobre el pecho como un caballero de mármol en la tumba y cerré los ojos. Había dejado de ser yo mismo. No sé cómo explicarlo, pero es verdad. Había dejado de ser yo mismo.

La primera noche en cautiverio fue turbulenta. Dormí a rachas, no se puede decir que durmiera, fue más bien como sacudirse y deslizarse desvalidamente sobre la superficie de un mar oscuro. Percibí las profundidades debajo de mí, las honduras negras e insondables. Como siempre, la hora que precede al alba fue la peor. Me masturbé sin cesar —más vale pasar por alto los detalles sórdidos—; más que por placer, para agotarme. Qué abigarrado grupo de maniquíes evoqué para que participaran conmigo de esos roces melancólicos. Daphne estuvo presente, por supuesto; y Anna Behrens, divertida y algo escandalizada por lo que le hice hacer; y también la pobre Rojiza, que volvió a llorar en mis brazos cuando yo, mudo y sigiloso mientras cumplía mi crimen, la apretaba y volvía a apretarla contra la puerta de la habitación vacía y con claro de luna de mi imaginación. También hubo otras a las que no esperaba: por ejemplo, la sobrina de Madge —¿se acuerdan de la sobrina de Madge?—, la chica corpulenta de nuca roja que había seguido por las calles de la ciudad —¿se acuerdan de *ella*?— e incluso, que Dios me perdone, mi madre y la moza de cuadra. Al final, cuando todas llegaron y se fueron y yací vacío en el jergón del calabozo, volvió a surgir una vez más, cual el espectro de una tarea onerosa e ineludible, la

imagen de esa puerta misteriosa y oscura y la presencia invisible que contenía, anhelando aparecer, estar presente. Anhelando vivir.

Lunes por la mañana. Ah, lunes por la mañana. La luz cenicienta, el ruido, la sensación de prisa insustancial pero coercitiva. Creo que un lunes por la mañana seré recibido en el infierno. Me despertó temprano un policía que traía otra taza de té y otro trozo de pan. Había estado dormitando, fue como si un animal grande, caliente y maloliente me sostuviera con fuerza entre sus brazos. En el acto supe exactamente dónde estaba: no había error posible. El policía era joven, un muchacho enorme de cabeza minúscula, y cuando abrí los ojos y lo miré me dio la impresión de que se elevaba casi hasta el techo. Dijo algo ininteligible y se alejó. Me senté en el borde del jergón y me sujeté la cabeza con las manos. Tenía la boca asquerosa, sensación de dolor detrás de los ojos y de temblor en la zona del diafragma. Me pregunté si la náusea me acompañaría durante el resto de mi vida. La pálida luz del sol entraba en declive a través de los barrotes del calabozo. Tenía frío. Me cubrí los hombros con una manta y me agaché sobre el cubo, con las rodillas temblorosas. No me habría sorprendido que una multitud se apiñase en el pasillo para cachondearse de mí. No hacía más que pensar que sí, esto es todo, así serán las cosas desde ahora. Fue horrible, pero casi grato.

El sargento Cunningham vino a buscarme para la primera sesión de interrogatorios de la jornada. Me había lavado lo mejor que podía en la mugrienta pila del rincón. Le pregunté si me podía dejar una maquinilla de afeitar. Se rio y meneó la cabeza como si la idea le pareciese brillante. Me consideraba de verdad un bicho raro. Admiré su excelente humor: había estado en pie toda la noche, su turno estaba a punto de concluir. Me arrastré tras él por el pasillo, sujetándome el pantalón para que no se me cayera. El despacho era un pandemonio inhóspito. Tecleaban las máquinas de escribir, las radios de onda corta lloriqueaban ráfagas adenoideas y la gente entraba y salía, hablando por encima del hombro, se arrinconaba en los escritorios o gritaba por los teléfonos. Cuando pasé se hizo el silencio…, no, no fue exactamente silencio, sino una modulación descendente del ruido. Era evidente que se había corrido la voz. No me miraron, supongo que porque habría sido poco profesional, aunque de todos modos asimilaron mi presencia. Me vi en sus ojos: un ser grande y confuso, como un oso danzarín, que arrastraba los pies tras los tacones con punta metálica de las botas amistosas de Cunningham. Abrió una puerta y me hizo pasar a una estancia cuadrada y gris. Había una mesa con tablero de plástico y dos sillas. Bueno, dijo, ya nos veremos, me guiñó un ojo, apartó la cabeza y cerró la puerta. Me senté despacio y apoyé las palmas de las manos sobre la mesa. Pasó el tiempo. Me sorprendió la serenidad con que me había dispuesto a esperar. Era como si no estuviese plenamente presente, como si de alguna forma me hubiese separado de mi yo físico. La habitación semejaba el interior de un cráneo. Daba la impresión de que el vocerío del despacho me llegaba desde otro planeta.

Barker y Kickham fueron los primeros en presentarse. Barker lucía un traje azul cortado en bandas grandes y anchas, como si su destino no fuera ponérselo sino albergar una colección de cosas, tal vez de cajas. Ya estaba rojo y sudando. Kickham llevaba la misma chaqueta de piel y

la misma camisa oscura del día anterior (me pareció que no era un hombre muy propenso a cambiarse de ropa). Querían saber por qué no había firmado la confesión. La había olvidado debajo del colchón, pero, sin saber por qué, respondí que la había roto. Se produjo otro de esos silencios breves y estentóreos mientras los policías se cernían sobre mí, apretando los puños y bufando enérgicamente. La atmósfera rebosaba violencia reprimida. Salieron en fila y volví a quedar a solas. Después aparecieron un tipo mayor con traje de sarga de caballería y un sombrerito elegante, y un joven musculoso y de ojos entrecerrados que parecía el hijo contrariado del más viejo. Se quedaron junto a la puerta y durante un buen rato me observaron con atención, como si me midieran. Después el detective Sarga avanzó, se sentó frente a mí, cruzó las piernas y se quitó el sombrero, dejando al descubierto una calva aplastada, cerosa y sorprendentemente picada de viruelas, como la de un bebé enfermizo. Sacó la pipa, la encendió con rigurosa deliberación, descruzó las piernas, se repantigó y soltó una retahíla de preguntas enigmáticas que, comprendí al cabo de un rato, pretendían averiguar qué sabía yo de Charlie French y sus conocidos. Respondí con la mayor cautela que pude porque no sabía qué era lo que querían averiguar… y sospecho que ellos tampoco. Les sonreí para demostrar lo bien dispuesto que estaba, lo sumiso que era. El más joven, que permanecía de pie junto a la puerta, tomaba notas. O al menos ejecutaba los movimientos de escribir en una libreta, ya que experimenté la curiosa sensación de que se trataba de una impostura que pretendía distraerme o intimidarme. Lo único que ocurrió fue que me harté —me resultó imposible tomármelo en serio—, me embrollé y empecé a contradecirme. Un rato más tarde ellos también se desalentaron y se largaron. Entonces apareció mi amigo, el inspector Haslet, que se acercó furtivamente con su tímida sonrisa y la mirada baja. Dios mío, dije, ¿quiénes son esos? Son de la división, respondió. Tomó asiento, miró el suelo y tamborileó los dedos sobre la mesa. Escuche, dije, estoy preocupado, mi esposa, yo… No escuchaba, no le interesaba. Sacó el tema de mi confesión. ¿Por qué no la había firmado? Habló con serenidad, como si se refiriera a las condiciones meteorológicas. Le aseguro que se evitaría muchos problemas, dijo. De repente la cólera me dominó, no sé qué se apoderó mí. Di puñetazos sobre la mesa, pegué saltos y grité que no haría nada, que no firmaría nada a menos que me dieran algunas respuestas. De verdad que lo dije: «¡A menos que me den algunas respuestas!». La ira se desvaneció en el acto, volví a sentarme sumisamente y me mordí los nudillos. El aire agotado se aposentó. Su esposa, dijo Haslet sin inmutarse, está cogiendo un avión —consultó el reloj— justo en este momento. Lo miré. Ah, dije. Me sentí aliviado, como es obvio, pero no sorprendido. Siempre había sabido que el señor como se llame era demasiado caballeroso para retenerla.

Era mediodía cuando llegó Maolseachlainn, con el aspecto desaliñado de quien acaba de saltar de la cama. Siempre tiene esa pinta, es otra de sus conmovedoras características. Ante todo me sorprendió lo mucho que nos parecíamos físicamente: dos hombres corpulentos, delicados, anchos y pesados. La mesa gemía cada vez que nos apoyábamos en ella y las sillas lanzaban chillidos de alarma bajo nuestros gordos traseros. Me cayó bien apenas lo vi. Dijo que tal vez no quisiera saber quién lo había contratado en mi nombre. Asentí con firmeza, aunque lo cierto es que semejante idea ni se me pasó por la cabeza. Le dio vueltas al asunto, masculló algo acerca de mi madre y afirmó que había trabajado para ella en algún momento impreciso del pasado. Yo tardaría mucho tiempo en averiguar, con gran sorpresa y bastante consternación, que de hecho había sido Charlie French quien lo había organizado todo, el que aquel domingo por la noche

había llamado a mi madre, le había comunicado la noticia de mi detención y le había dicho que se pusiera inmediatamente en contacto con su buen amigo Maolseachlainn Mac Giolla Gunna, el célebre letrado. Fue Charles quien pagó y aún paga los nada insignificantes honorarios de Mac. Deposita el dinero en el banco y mi madre —supongo que ahora debe de hacerlo la moza de cuadra— lo envía como si procediera de Coolgrange. (Mac, lamento haberte ocultado este dato, pero así lo quiso Charlie.) Si no me equivoco, ha presentado una confesión, ¿verdad?, dijo Maolseachlainn. Le hablé del maravilloso documento de Cunningham. Mis comentarios debieron de alterarme, ya que el abogado torció el gesto, cerró los ojos tras las gafas de media luna como si le doliera algo y alzó la mano para hacerme callar. No firme nada, dijo, absolutamente nada…, ¿se ha vuelto loco? Bajé la cabeza. Pero si soy culpable, dije con tono sereno, *soy* culpable. Hizo oídos sordos. Escúcheme, dijo, preste atención: no firme nada, no diga nada, no haga nada. Presentará una declaración de inocencia. Abrí la boca para protestar, pero no hubo modo de interrumpirlo. Presentará una declaración de inocencia, repitió, y cuando yo considere que ha llegado el momento oportuno, la cambiará y se declarará culpable de homicidio involuntario. ¿Me ha entendido? Me miraba fríamente por encima de las lentes. (Eso ocurrió en los primeros tiempos, antes de que se convirtiese en mi amigo.) Negué con la cabeza. Dije que no me parecía correcto. Soltó una carcajada. ¡Correcto!, exclamó, pero no añadió: Me parece genial viniendo de usted. Permanecimos unos instantes en silencio. Mi estómago emitió un sonido corto y metálico. Me sentí con náuseas y hambriento a un tiempo. A propósito, dije, ¿ha hablado con mi madre, vendrá a verme? Simuló no oírme. Guardó los papeles, se quitó las gafas y se pellizcó el caballete de la nariz. Me preguntó si necesitaba algo. En ese momento me tocó a mí reír disimuladamente. Quiero decir, si hay algo que yo pueda hacer que ellos consigan para usted, añadió con tono remilgado y reprobador. Una maquinilla de afeitar, respondí, y que me devuelvan el cinturón, no tengo la menor intención de ahorcarme. Se puso en pie a punto de marcharse. De pronto quise retenerlo. Muchísimas gracias, dije con tanto fervor que se detuvo y me miró atentamente. Por si no lo sabe, tuve intención de matarla, dije, carezco de explicaciones y de excusas. Maolseachlainn se limitó a suspirar.

Por la tarde me llevaron a la sala. Me acompañaron el inspector Haslet y dos agentes de uniforme. Se me había infectado la herida de la mano donde me arañé con el rosal. Oh, Frederick, qué enfermo estás. Tengo un recuerdo extrañamente impreciso de la primera comparecencia. Esperaba que el tribunal fuera grandioso, semejante a una iglesia pequeña, con bancos de roble, techo artesonado y atmósfera de pompa y seriedad, pero se me cayó el alma a los pies cuando vi que era poco más que un mísero despacho, el tipo de lugar donde administrativos incompetentes expiden oscuros permisos. Cuando me hicieron entrar se produjo un irritado revuelo de actividad que tomé por los preparativos generales y que, como comprobé sorprendido, era la vista propiamente dicha. No duró más de uno o dos minutos. El juez, vestido con un vulgar traje de calle, era un vejete alegre, patilludo y de nariz roja. Debía de tener fama como hombre ingenioso porque cuando me miró jubiloso y dijo: Adelante, señor Montgomery, la sala entera se carcajeó divertida. Sonreí con amabilidad para demostrarle que sabía encajar una broma aunque no la entendiese. Un agente me dio un golpe en la espalda, me puse en pie, me senté, volví a levantarme y todo acabó. Miré sorprendido a mi alrededor. Tenía la impresión de que me había perdido algo. Maolseachlainn reclamaba la libertad bajo fianza. El juez Fielding meneó afablemente la cabeza, como si regañase a un niño atrevido. Ah, no, señor, dijo, me

parece que no la concederé. Esas palabras provocaron otra andanada de regocijo en la sala. Y me alegré de que lo estuvieran pasando tan bien. El policía situado detrás de mí estaba diciendo algo, pero no pude concentrarme en sus palabras porque tenía una horrorosa sensación de vacío en el pecho y me di cuenta de que estaba a punto de llorar. Me sentía como un niño o como un anciano muy viejo. Maolseachlainn me tomó del brazo. Me aparté desvalido. Vamos, dijo el policía con amabilidad, y caminé tras él a trompicones. Todo me daba vueltas. Haslet iba detrás de mí, a esas alturas ya conocía sus pasos. En la calle había una pequeña aglomeración. ¿Cómo sabían quién era yo, en qué sala me juzgarían, a qué hora comparecería? Cuando me vieron lanzaron un grito, una especie de gemido ululante de respeto y abominación que me puso la piel de gallina. Estaba tan confuso y aterrado que me olvidé de todo y saludé…, ¡los saludé con la mano! Dios sabe en qué estaría pensando. Supongo que pretendía ser un gesto apaciguador, una señal animal de sometimiento y retirada. Como cabía esperar, eso los enardeció aún más. Esgrimieron los puños y chillaron. Uno o dos parecían a punto de separarse del grupo y arrojarse sobre mí. Una mujer lanzó un escupitajo y me tildó de hijo de puta. Seguí de pie, asintiendo y saludando como un muñeco, con una sonrisa de terror clavada en el rostro. Fue entonces cuando me percaté por primera vez de que había matado a *uno de los suyos*. Había llovido mientras estaba en la sala y ahora había salido el sol. Recuerdo el brillo del asfalto húmedo, una nube que se alejaba sigilosamente por encima de los tejados y un perro que bordeó a la colérica multitud con mirada preocupada. Como puede ver, siempre las cosas secundarias, las pequeñeces. Entonces me cubrieron con la manta, me arrojaron de cabeza dentro del coche patrulla y partimos a toda velocidad, haciendo chirriar las ruedas. Ja-ja, ja-ja. Lloré hasta el hartazgo en medio de aquella oscuridad ardiente y lanuda.

La cárcel. Este sitio. Ya lo he descrito.

La primera visita que recibí fue toda una sorpresa. Cuando me dijeron que se trataba de una mujer, supuse que era Daphne, recién llegada al aeropuerto, o mi madre, y al principio, cuando entré en la sala de visitas, no la reconocí. Parecía más joven que nunca con su jersey deforme, su falda escocesa y sus cómodos zapatos. Presentaba el aspecto amorfo y pecoso de una escolar, la burra de la clase, la que por la noche llora en el dormitorio y se pirra por los ponis. Solo su maravilloso pelo color fuego proclamaba su femineidad. ¡Jenny!, exclamé, y se ruborizó. La tomé de las manos. Estaba absurdamente contento de verla. Ignoraba que pronto se convertiría en mi usurpadora. En realidad me llamo Joanne, masculló, y se mordió el labio. Reí incómodo. Joanne, repetí, tienes razón, discúlpame, estoy muy confundido. Nos sentamos. Yo sonreía sin cesar. Me sentía voluble, casi frívolo. Podría haber sido el visitante, el viejo solterón amigo de la familia que va a visitar al patito feo el primer día de clase. Joanne había traído mi bolsa de Coolgrange. Me resultó ajena, familiar y sin embargo desconocida, como si desde la última vez que la había visto hubiese emprendido un viaje extraordinario y transfigurador a otro planeta, a otra galaxia. Pregunté por mi madre. Tuve la discreción suficiente para no preguntar por qué no había venido. Dile que lo siento, dije. Sonó ridículo, como si me disculpara por faltar a una cita, y ambos desviamos furtivamente la mirada e, incómodos, guardamos silencio largo rato. Aquí ya me han puesto mote, añadí, como era de prever me llaman Monty. Sonrió y me alegré. Cuando esboza una sonrisa y se muerde el labio de esa manera tan peculiar, se parece más que nunca a

una niña. Me cuesta creer que sea una intrigante. Supongo que se sorprendió tanto como yo al conocer el testamento. Es difícil verla convertida en la señora de Coolgrange. Quizá sea eso lo que mi madre pretendía: tras *ella*, la tonta. Ah, este comentario no es digno de mí, ni de mi nueva seriedad. No la odio porque me haya desheredado. Me parece que, a su manera, intentó darme una lección, hacerme mirar las cosas más de cerca, quizá, prestar más atención a las personas como esta pobre chica desmañada, con sus pecas, su sonrisa tímida y sus cejas invisibles. Recuerdo lo que ayer me dijo Daphne, en medio de un mar de lágrimas, se ha clavado como una espina en mi mente. «¡No sabías nada de nosotras, nada!». Sin duda tiene razón. Hablaba de Estados Unidos, de sí misma, de Anna Behrens y de todas esas cosas, pero es verdad en sentido general: no sé nada. Y, sin embargo, lo intento. Miro, escucho y medito. De vez en cuando se me permite entrever algo que me parece un nuevo mundo, pero comprendo que siempre estuvo presente sin que yo me enterase. Mi amigo Billy resulta un guía valioso para estas exploraciones. Creo que no había mencionado a Billy, ¿eh? Se me pegó desde el principio, creo que está un poco enamorado de mí. Tiene diecinueve años: músculos, pelo negro y graso, manos de asesino bien proporcionadas, como las mías. Nuestros juicios se celebrarán el mismo día y Billy lo considera una señal de buena suerte. Está acusado de asesinato y de violación múltiple. Aunque insiste en que es inocente, no puede disimular una sonrisilla de culpabilidad. Creo que está íntimamente orgulloso de sus crímenes. De todas maneras, exhala una especie de inocencia, como si en su fuero interno hubiera algo, una parte minúscula y preciosa, que nada puede mancillar. Cuando pienso en Billy casi llego a creer en la existencia del alma. Desde niño ha estado detenido con cierta frecuencia y es una fuente inagotable de jerga carcelaria. Me cuenta los diversos e ingeniosos métodos que existen para introducir drogas. Por ejemplo, antes de que montaran las mamparas de cristal, esposas y amigas ocultaban en la boca bolsitas de plástico con heroína, que pasaban mediante largos besos, los presos las tragaban y luego las vomitaban en las letrinas. La idea me conmovió, me afectó profundamente. Qué necesidad, qué pasión, qué comprensión y osadía…, ¿he conocido alguna vez sentimientos semejantes?

¿Qué estaba diciendo? Puras vaguedades. Aquí dentro nos ocurre a todos. Esta distracción que todo lo domina, esta apatía es una especie de defensa que en el acto, en cualquier momento y en cualquier lugar, nos permite borrarnos, caer en rachas de sueño breves y embotadas.

Joanne. Vino a verme, me trajo mi bolsa. Me alegré de recuperarla. Las autoridades de la cárcel habían confiscado la mayor parte de su contenido, aunque había algunas camisas, una pastilla de jabón —su perfume me golpeó como un puñetazo—, un par de zapatos, mis libros. Abracé esas cosas, esos iconos, contra mi corazón y lloré por el pasado muerto.

El dolor, ese tipo de dolor es el gran peligro que corremos aquí dentro. Socava la voluntad. Los que ceden a ese dolor se tornan desvalidos, los domina un letargo devastador. Semejan personas de luto para las cuales el duelo no acaba nunca. Fui consciente de ese peligro y decidí evitarlo. Trabajaría, estudiaría. El tema estaba presente, al alcance de la mano. Pedí a Daphne que me trajese sesudos tratados sobre pintura holandesa, no solo de historia, sino sobre las técnicas, los secretos de los maestros. Estudié informes sobre los métodos para preparar colores, sobre el comercio de aceites y pinturas, sobre la industria del lino en Flandes. Leí las biografías de los pintores y de sus mecenas. Me convertí en un experto de segunda fila en la República Holandesa del siglo XVII. Pero a la larga no sirvió de nada: todo ese saber, esa información, creció y se petrificó como el coral que se adhiere a un barco hundido. ¿Cómo comparar los hechos con el sorprendente conocimiento que había resplandecido en mí mientras clavaba los

ojos en el cuadro que yacía de canto en la cuneta donde lo dejé caer? No podría haber vivido con ese conocimiento, con esa certeza. Miro la reproducción clavada con chinchetas en la pared de mi celda, pero tiene algo muerto. Tiene algo muerto.

Con el mismo espíritu de bulliciosa exploración estudié detenidamente durante muchas horas los archivos de prensa de la biblioteca de la cárcel. Leí hasta la última palabra dedicada a mi caso, leí y releí, masqué las frases hasta que en mi mente se convirtieron en papilla insípida. Conocí la infancia de Josie Bell, sus años de escuela —lamentablemente fugaces—, su familia y sus amigos. Los vecinos hablaban bien de ella. Era una muchacha tranquila. En una ocasión había estado a punto de casarse, pero algo salió mal, su prometido se fue a Inglaterra y no volvió. Al principio Josie trabajó de dependienta en su pueblo. Antes de trasladarse a Whitewater, pasó una temporada en Dublín, trabajando de camarera en el Southern Star Hotel. ¡El Southern Star! ¡Dios mío, cuando estuve en casa de Charlie podría haber ido a ese hotel, reservado una habitación, dormido en la cama que ella había hecho alguna vez! Me reí de mí mismo. ¿Qué habría aprendido? Para mí, de ella no habría habido más que lo que hubo en los artículos de prensa, que lo que hubo aquel día en que me volví y la vi por primera vez en la puertaventana abierta, con los azules y los dorados del verano a su espalda, que lo que hubo cuando se agazapó en el coche y yo la golpeé y volví a golpearla y la sangre salpicó la ventanilla. Creo que esto es lo peor, el pecado esencial para el cual no hay absolución: nunca la imaginé lo bastante gráficamente, nunca la hice estar suficientemente presente, no la hice vivir. Sí, ese fracaso de la imaginación es mi verdadero crimen, el que dio lugar a todos los demás. Lo que le dije a aquel policía es verdad: la maté porque pude hacerlo y pude matarla porque, para mí, no estaba viva. Ahora mi tarea consiste en devolverle la vida. No estoy muy seguro de lo que esta frase significa, pero me golpea con la contundencia de un imperativo ineludible. ¿Cómo haré que se produzca este acto de parir? ¿Debo imaginarla desde el principio, desde la niñez? Estoy desconcertado y un poco asustado, pero algo se revuelve en mi interior y siento una extraña agitación. Tengo la impresión de haber adquirido nuevo peso y densidad. Me siento alegre y, a un tiempo, prodigiosamente serio. Estoy preñado de posibilidades. Estoy viviendo por dos.

Lo he decidido: no me dejaré influir, me declararé culpable de asesinato. Me parece justo. Cuando se lo comuniqué, Daphne se deshizo en lágrimas. Quedé azorado y espantado. ¿Y qué será de mí, qué será del niño?, gimió. Con toda la moderación de que fui capaz respondí que me parecía que ya había destruido sus vidas y que lo mejor que podía hacer era mantenerme apartado de ellos el mayor tiempo posible —incluso para siempre— a fin de que Daphne tuviese la oportunidad de rehacer su existencia. Parece que mis palabras no fueron de recibo. Lloró y lloró sentada al otro lado del cristal, sujetando con la mano un pañuelo de papel empapado y sacudiendo los hombros. Después salieron la cólera y la vergüenza, no entendí ni la mitad a causa de los sollozos. Daphne retrocedió en el tiempo. Lo que yo había hecho y dejado de hacer. Lo poco que sabía, lo poco que comprendía. La miré pasmado y boquiabierto. No pude pronunciar palabra. ¿Era posible que siempre hubiese estado tan errado con respecto a ella? ¿Cómo no me di cuenta de que tras su reticencia anidaba tanta pasión, tanto sufrimiento? Pensé en un pub por el que había pasado a última hora en uno de mis callejeos nocturnos por la ciudad la semana anterior a mi captura. Caía por, no estoy seguro, por Stoney Batter o algo parecido, era un pub de clase obrera con tela metálica de protección en las ventanas y antiguas manchas de vómito en la entrada. Cuando pasé, un borracho salió a trompicones y entreví el local unos

segundos, antes de que la puerta volviera a cerrarse. Seguí mi camino sin detenerme, con la escena en la cabeza. Era digna de Jan Steen: la luz ahumada, la aglomeración de bebedores carirrojos, los viejos apoyados en la barra, la gorda que cantaba y exhibía su boca de dientes irregulares. Se apoderó de mí una especie de lento desconcierto, asombro y dolor por la fuerza con que me sentía excluido de aquel mundo simple, horrible y bullanguero. Tengo la impresión de haber pasado la vida así, cruzando por delante de puertas abiertas y ruidosas y siguiendo de largo hacia las penumbras. Sin embargo, también hay momentos que me llevan a pensar que no estoy definitivamente perdido. El otro día, sin ir más lejos, de camino a otra comparecencia como detenido, compartí el furgón policial con un viejo borracho al que habían arrestado la noche anterior por matar, según me contó, a su amigo. No fui capaz de imaginarlo con un amigo, menos aún matándolo. Habló sin parar mientras rodábamos, pero casi todo lo que dijo fue un galimatías. Tenía un ojo a la funerala y una herida supurante y enorme en la boca. Por la ventanilla con barrotes contemplé el paso de las calles por la ciudad e hice lo imposible por ignorar al borracho. Cuando tomamos una curva cerrada, se cayó del asiento encima de mí y descubrí que sostenía con mis brazos a la vieja bestia. Su olor era insoportable y los harapos que llevaba tenían un tacto resbaladizo que me obligó a apretar los dientes, pero de todas formas lo sostuve, no habría permitido que cayera al suelo y creo que incluso —me parece que estoy rizando el rizo— lo habría abrazado en un gesto de, no estoy seguro, de simpatía, de camaradería, de solidaridad, de algo por el estilo. Sí, lo que soy es un explorador que atisba un nuevo continente desde la proa de un barco a punto de naufragar. No quiero dar lugar a error: considero que episodios como este, que dichas incursiones en el nuevo mundo, no disminuyen un ápice mi culpa. Pero tal vez tengan significado en el futuro.

¿Debería destruir el último párrafo? No, da lo mismo, que se quede.

Daphne me trajo un dibujo de Van. Lo he clavado con chinchetas en la pared. Según ha dicho, es mi retrato. Un pie enorme y con forma de garrote, dedos asalchichados, un ojo de cíclope extrañamente sereno. Si lo pienso, es en realidad de una semejanza asombrosa. También me ha dado una noticia sorprendente. Joanne ha invitado a Daphne y al niño a que vayan a vivir a Coolgrange. Mi esposa y la moza de cuadra formarán un hogar. (¡De qué rara manera las circunstancias se las ingenian para crear algo que parece un desenlace!) No estoy insatisfecho, lo cual me sorprende. Por lo visto, yo también viviré allí cuando salga. Oh, me imagino con botas de lluvia y sombrero limpiando las cuadras. Pero no he dicho nada. Pobre Daphne, si solo…, ah, sí, si solo…

Maolseachlainn también se horrorizó cuando le comuniqué mi decisión. No padezca, dije, me declararé culpable y no quiero concesiones. No lo entendió y no tuve fuerzas para explicárselo. Lisa y llanamente, es lo que quiero. Es lo que debo hacer. El barco de Apolo ha zarpado hacia Delos, con la popa coronada de laurel, y yo debo cumplir mi condena. A propósito, Mac, dije, le debo un plato a Charlie French. Aunque no entendió la broma, sonrió. ¿Sabe una cosa? Cuando la dejé no estaba muerta, dije. No fui lo bastante hombre para rematarla. Hubiera hecho lo mismo con un perro. (Es verdad…, ¿no tienen fin las cosas que he de confesar?) Asintió e hizo esfuerzos por no mostrar su repugnancia, aunque tal vez solo pretendía disimular su sorpresa. La gente fuerte no muere con facilidad, dijo. Recogió sus papeles y se dispuso a salir. Nos dimos la mano. La ocasión parecía exigir esa nimia formalidad.

Ah, antes de que se me olvide, la trama: estuvo a punto de escabullirse de mi mente. Charlie

French le compró los cuadros a mi madre por un precio irrisorio y se los vendió caros a Binkie Behrens, después se los compró baratos a Binkie y se los vendió a Max Molyneaux. O algo por el estilo. ¿Qué importa? Actos oscuros, oscuros actos. Ya está bien.

Pasa el tiempo. Devoro el tiempo. Imagino que soy una especie de gusano que consume el futuro serena y metódicamente, lo que el mundo exterior llama futuro. Debo estar alerta y no ceder a la desesperación, a esa abulia que siempre fue una amenaza contra todo lo que intenté hacer. He mirado tanto tiempo el fondo del abismo que a veces pienso que es el abismo el que mira en mi interior. He tenido días buenos y malos. Pienso en los monstruos de cuyo lado me ha situado mi crimen —los asesinos, los torturadores, las sucias bestezuelas que contribuyen a que suceda— y me pregunto si no sería mejor acabar con todo. Pero tengo mi tarea, mi condena. Hoy, en el taller, percibí el olor de ella, un olor penetrante, metálico e inconfundible. Es el olor del limpiametales; seguramente aquel día estuvo limpiando la plata. ¡Me sentí tan dichoso cuando lo identifiqué! Todo parecía posible. Incluso me pareció que algún día despertaría y, avanzando desde la habitación a oscuras hacia el marco de la puerta que ahora está siempre en mi mente, vería a una niña, una muchacha a la que de inmediato reconocería sin el menor atisbo de duda.

Es primavera. Hasta aquí dentro lo notamos, en la vivificación del aire. Tengo algunas plantas en la ventana, me gusta ver cómo se alimentan de luz. El juicio tendrá lugar la semana que viene. Será rápido. La prensa se llevará un chasco. Había pensado publicar estas páginas, mi testimonio. Pero no lo haré. He pedido al inspector Haslet que las guarde en mi expediente, con las otras ficciones, las oficiales. Hoy me ha visitado en mi celda. Cogió las páginas y las sopesó con la mano. Iba a ser mi defensa, dije. Me miró con el gesto torcido. ¿Incluyó usted que es científico, que conocía a la Behrens, que debía dinero y ese tipo de cuestiones?, preguntó. Sonreí. Es mi historia, dije, y a ella pienso atenerme. Se rio. Venga ya, Freddie, dijo, ¿hasta qué punto es verdad? Era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila. ¿Qué es verdad, inspector?, dije. Todo. Nada. Solo la vergüenza.

Fantasmas

A Robin Robertson

Había espíritus que volvieron a la tierra para oírsus frases

WALLACE STEVENS

I

Aquí están. Son siete. O, mejor dicho, una media docena, así hay más margen. Están subiendo con esfuerzo por las dunas, tropezando en la arena, discutiendo, quejándose, buscando compasión, deseosos de estar en otro sitio. Eso sobre todo: estar en otro sitio. Para ellos no hay otro sitio. Solo aquí, en este pequeño escenario.

—¡Escora!

—Escorando.

—Hace agua como un…

—Eso he dicho, lo he dicho.

—Todo parece raro.

—Ese supuesto capitán.

—Sí, ya se lo dije.

—Citera, y un cuerno.

—Menuda excursión.

—¡Escuchad!

Detrás de ellos el barco se inclina, varado en un banco de arena, ladeado a estribor como un borracho, panzudo, cubierto de percebes, traicionado por una ola imprevista o por un capricho de la marea y por los cálculos equivocados de un capitán ebrio. Han tenido que meterse en el agua por los bajíos para llegar a la orilla. Así empiezan las cosas. Es una mañana a finales de mayo. El sol brilla alegre. ¡Cómo sopla el viento! Nace un pequeño mundo.

¿Quién habla? Yo. Diosecillo.

Licht los vio desde lejos, con su vista de águila. Hacía tanto tiempo que no veía a nadie, que por un momento apenas supo lo que eran. Voló a la sala de la torre en lo alto de la casa donde el profesor cada vez pasaba más tiempo solo, cavilando o escrutando ocioso el horizonte a través del telescopio de bronce que había sobre su escritorio. Nada más entrar, Licht se detuvo, dubitativo de pronto. Siempre le pasaba igual: primero el empuje y la precipitación y luego el parón. El profesor apartó despacio la cara del enorme libro que tenía abierto delante y miró a Licht con un distanciamiento tan glacial que Licht se asustó y casi olvidó lo que había ido a decirle. ¿Es así la muerte?, se preguntó, ¿es así como empieza a morirse la gente, nadando cada vez un poco más lejos hasta que la tierra desaparece de la vista para siempre? Al final el profesor volvió en sí, parpadeó, arrugó el ceño y frunció los labios enfadado por que Licht lo hubiese encontrado allí, tan absorto. Licht se quedó de pie jadeando con esa sonrisa suya, vaga y angustiada.

—¿Qué? —preguntó con brusquedad el profesor—. ¿Qué? ¿Quiénes son?

—No lo sé —respondió sin aliento Licht—. Pero creo que vienen hacia aquí, quienesquiera

que sean.

Pobre Licht. Lo mismo podría tener veinticinco que cincuenta años. Sus rizos de color rubio pálido y sus piernecitas flacuchas le dan un aspecto antiguo: es como si le faltaran la peluca y los calzones. Tiene los ojos castaños y la frente ancha, con dos leves hoyuelos en las sienes, como si quienquiera que lo moldeara le hubiese dado a su cabezota un último y cariñoso apretón con los dedos. Nunca está quieto. Ahora golpeaba con el pie el suelo de la torre y abría y cerraba el puño que se había metido en el bolsillo de los pantalones. Señaló el catalejo.

—¿Los ha visto? —dijo—. Ovejas, pensé que eran. ¡Ovejas verticales!

Se rio, tres bocanadas leves y rápidas. El profesor dejó de mirarlo y encorvó los hombros oscuros e imponentes, mientras su silla giratoria de capitán gemía bajo su peso. Licht fue a la ventana y se asomó.

—Vienen directos aquí —dijo en voz baja—. Ah, sí, estoy seguro de que vienen para aquí.

Negó con la cabeza y frunció el ceño, esforzándose por parecer asustado ante la perspectiva de la invasión, aunque tuvo que morderse el labio para no sonreír.

Entretanto, mis náufragas criaturas no han llegado muy lejos. Aún no están acostumbradas a la tierra firme y la arena es blanda. Hay un viejo con un canotier, una joven guapa, llamada Flora, claro, y una rubia con falda negra y chaqueta de cuero negra con una cámara al hombro. También un surtido de niños: tres para ser exactos. Y un hombre delgado, ágil y cetrino, con mala dentadura, el pelo teñido de negro y ojos sombríos y vigilantes. Se llama Felix. Parece que algo de esto le divierte y sonríe orgulloso para sus adentros y sorbe el aire por un colmillo roto. Apremia a los demás cuando desfallecen, sobre todo a Flora, insertándole dos dedos largos y huesudos debajo del codo. Ella no le mira. Tiene una sensación rara, dice ella, es como si ya hubiese estado allí. Él arruga la suave frente despejada y presta mucha atención a sus palabras. Tal vez, dice al cabo de un momento, tal vez le recuerde a los paseos infantiles por la playa: la brisa salada, el ruido de las olas, el olor acre de la arena, esa luz centelleante y deslumbrante del sol que hace que todo parezca fundirse despacio en otra cosa.

—¿Qué cree usted? —preguntó—. ¿Podría ser eso?

Ella se encogió de hombros, sonrió y se tocó el pelo, zanjando así la cuestión. Pensó en lo peculiar y al mismo tiempo peligroso que sonaba que alguien hablara con tanto cuidado, con un énfasis tan extraño.

En voz baja.

Los niños —son dos— lo observaban todo, dándose codazos y sonriendo untuosos.

—Es muy raro —estaba diciendo Flora—. Todo parece tan…

—¿Sí? —la interrumpió Felix.

Ella guardó silencio un instante y luego se estremeció.

—Solo… raro —respondió—. No sé.

Él asintió con la cabeza y bajó la mirada sombría.

Felix y Flora.

Las dunas acabaron y llegaron a un herbazal llano de color verde oscuro donde la hierba arenosa crujía a su paso y había minúsculas margaritas con la punta de los pétalos rosa, y celidonias que florecen cuando llegan las golondrinas, aunque todavía no he visto ninguna golondrina, y aquí y allá una tierna violeta temblando bajo la brisa. Se detuvieron vagamente perplejos y miraron alrededor esperando que ocurriera algo. El terreno estaba acribillado de

madrigueras de conejo, cada una con un pequeño montoncito de tierra a la entrada, y unos conejos que parecían moverse por algún mecanismo se levantaron y los miraron, dieron unos saltitos, se detuvieron y volvieron a mirarlos.

—¿Qué es eso? —dijo la rubia, que se llama Sophie—. ¿Qué es ese ruido?

Todos escucharon, conteniendo el aliento, incluso los niños, y todos lo oyeron, una canción honda, leve y sin forma que parecía alzarse de la tierra misma.

—Parece música —dijo soñoliento el hombre del sombrero de paja—. Como… si cantaran.

Felix frunció el ceño y volvió despacio la cabeza hacia uno y otro lado, escudriñando, con la punta de la fina nariz temblando, hombre-pájaro, ave de presa, presa del éxtasis.

—Debería haber una casa —murmuró—. Una casa en una colina, y un puentecillo y una carretera que sube por ella.

Sophie lo miró con desprecio, sonriente.

—¿Ha estado aquí antes? —dijo, y luego añadió con dulzura—: Eea, ¿no?

Él la miró de soslayo y esbozó su fina y feroz sonrisa. Acaban de conocerse y ya son viejos enemigos. Tarareó para sí, asintiendo con la cabeza para sus adentros, y se apartó de ella, como quien anda despacio en sueños, todavía escudriñando, y recogió su bolsa negra de la hierba.

—Sí —dijo con acerada alegría—, sí, Eea: y usted se encontrará como en casa, sin duda.

Ella levantó la cámara como un arma y disparó. Por el modo en que la maneja veo que es una profesional. De hecho, es un poco famosa, su nombre aparece en revistas caras y en los lomos de lujosos volúmenes de fotografías satinadas en negro y plata. La luz es su medio, se mueve en ella como a través de un fluido fino y brillante, llevando en alto, lejos del alcance del mundo, el precioso frasquito de su ser.

Se demoraron un poco más, mirando alrededor, y de pronto, inexplicablemente, la brisa de algo que era casi felicidad flotó entre ellos, aunque cada uno se la tomó de una manera diferente, y todos pensaron que lo que sentían era único y singular, por lo que no fueron conscientes de este breve momento de concordia. Luego desapareció, el dios de la inspiración voló a alguna otra parte y todo siguió como antes.

Hoy debo de tener el ánimo sosegado.

La casa. Es grande y de otra época. Se alza en un montículo verde, hecha de piedra y madera, es alta, estrecha, desgarbada, cada piso parece inclinarse en una dirección diferente. Hace mucho estuvo pintada de rojo, pero los años, el viento y el salitre la han vuelto de color rosa claro. El tejado está muy inclinado, con chimeneas altas y alegres filigranas debajo de los aleros. La delicada torre octogonal con la veleta en lo alto es una sorpresa, la gente ve los esbeltos vitrales centelleando desde lejos y dice: «¡Ah!», y sonríe. En el primer piso hay un balcón con puertas acristaladas que se extiende a lo largo de los cuatro costados, y donde no hay duda de que antes de que acabe el día habrá una mujer con la mano en el pelo, mirando a lo lejos a la luz del sol. Debajo del balcón, el porche delantero es un hueco profundo y mal iluminado, y la puerta principal tiene dos grandes paneles de cristal de color rubí y una aldaba oxidada de bronce como una garra de león. Detalles, detalles, acumúlalos. Las ventanas están vacías. Tres escalones conducen desde el porche hasta una pequeña extensión de gravilla y a una pendiente verde que desciende de manera abrupta hasta un riachuelo serpenteante y pedregoso. A lo largo de la orilla crecen genistas y espinos, todos en flor, rosa pálido y blanco. Ha sido un buen año para los espinos. Detrás de la casa hay una cresta alta con árboles, robles viejos, creo, sobre los que

planean y descienden en picado las gaviotas. (¡Robles y gaviotas! ¡Imagínate! Así es nuestra isla.) Esta altura boscosa se cierne sobre la escena, oscura e imponente a veces, en ocasiones casi altanera, casi, de hecho, heroica.

La casa es una casa de veraneo; en otras épocas del año, sobre todo en otoño, respira con dificultad, gime, le crujen las articulaciones. Pero cuando el tiempo se vuelve más caluroso, como ahora, en mayo, y el aire tibio invade hasta las habitaciones más lejanas, algo se agita en el corazón de la casa, como algo que despertara de un largo sueño y desplegase las alas céreas, y de pronto todo tiende a lo alto y todo son techos y ventanas abiertas de par en par y cortinas que se hinchan a la luz del mar. Yo vivo aquí, en este mundo titilante y salitroso, en estas habitaciones descoloridas, rodeado de esta quietud. Y este mundo vive en mí.

Sophie, hábil y rápida, apuntó con su cámara.

—Parece un hotel —dijo.

—O al menos una casa de huéspedes —observó dubitativo Croke.

No es ni lo uno ni lo otro. Es el hogar del profesor Silas Kreutznaer y su fiel compañero Licht. ¡Ja!

Habían llegado al puentecillo de madera, pero una vez allí dudaron, incluso Felix, poco dispuestos a cruzar, sin saber por qué, y miraron inseguros hacia la casa impasible. Croke se quitó el canotier, o era un panamá, sí, Croke se quitó el panamá y se enjugó la frente, y musitó irritado alguna cosa. El sombrero, la chaqueta de rayas y la corbata, los pantalones blancos de dril, todo le había parecido muy bien al principio, un valiente gesto ostentoso y apropiado para un día de excursión, pero ahora se sentía ridículo; ridículo y viejo.

—No podemos quedarnos aquí todo el día —dijo, y miró acusador a Felix, como si en cierto modo todo fuese culpa suya—. ¿Voy a ver?

Miró a los demás, pero todos evitaron su mirada, indiferentes de pronto, incapaces de darle importancia.

—Tengo hambre —dijo Hatch—. Quiero desayunar.

Pound, el niño gordo con gafas, murmuró dándole la razón y echó una mirada aviesa a los adultos.

—¿Dónde está el pícnic que nos prometieron? —preguntó malhumorado Croke.

—Se cayó al agua, ¿no? —respondió Hatch, con una risita disimulada.

—¡Bah! Vaya una excursión.

—Escúchalos —le dijo Felix en voz baja a Flora, adoptando la suave máscara de una sonrisa indulgente—. Bla, bla, bla.

Su sonrisa se volvió servil e inclinó la cabeza a un lado como implorando algo de ella, que fingió estar distraída, frunció el ceño y miró hacia otra parte. Se sentía muy rara.

Sophie se volvió con un suspiro de impaciencia y cogió a Croke del brazo.

—Vamos —dijo—. Preguntaremos.

Y echaron a andar por el puente, Sophie a grandes zancadas y el viejo andando con cuidado con las piernas vacilantes, intentando seguir su ritmo, con el bajo de los pantalones mojado y cubierto de arena rozando las tablas. El riachuelo borboteaba.

Licht los observó desde la ventana de la torre, el pequeño grupo se había retrasado —¿tenían miedo?— y el viejo y la mujer avanzaban por el puente. Qué pequeños parecían, qué lejanos y pequeños. La pareja del puente andaba muy envarada, majestuosa, como si sospecharan que

alguien, en alguna parte, se estuviera riendo a su costa. Sintió vergüenza por ellos. Eran como actores obligados a improvisar. (Uno de ellos es un actor, está improvisando.) Apretó la frente contra el cristal y notó cómo se le aceleraba el corazón. Desde que los vio por primera vez subiendo por la pendiente se había dicho varias veces que no debía esperar nada de ellos, pero era inútil, estaba emocionado. En cierto modo esas personas se le parecían, eran como la imagen que tenía de sí mismo: perdidos, impacientes, incómodos y alocados. El cristal estaba frío contra su frente, donde le latía una venilla. Silencio, bosques espesos, un viento súbito. Parpadeó: ¿se había quedado dormido un segundo? Llevaba una temporada durmiendo mal. Esa mañana estaba despierto a las tres en punto, deambulando por la casa, avanzando entre las vagas profundidades de silencio sombrío en las escaleras, sin atreverse apenas a respirar en mitad del silencio donde otros dormían. Cuando se asomó, vio una rendija de luz en el horizonte plomizo. ¿Atardecía todavía o era que estaba amaneciendo? Sonrió con tristeza. Así era ahora su vida, este leve resplandor entre un pasado borroso y un futuro inimaginable.

La mujer del puente trastabilló. Estaba erguida y un momento después se había caído de lado como una marioneta, toda brazos y rodillas, con el pelo al viento y la cámara balanceándose de su correa. Licht experimentó un pequeño estremecimiento de espanto. Se habría caído si el viejo, con una velocidad y un vigor inesperados, no la hubiera agarrado por el brazo que, por un segundo, pareció volverse inmensamente largo. Se le cayó el sombrero. Un mirlo salió volando de un arbusto, con una nota de advertencia áspera y repetida. La mujer, equilibrándose sobre una sola pierna, se quitó el zapato empapado y lo miró: el tacón estaba roto. Se quitó el otro zapato y se disponía a seguir descalza cuando Felix, como si de pronto se hubiese acordado de sí mismo y de alguna noción de autoridad, dejó la bolsa en el suelo y se adelantó a grandes zancadas, dejó atrás a la mujer y echó a andar por la pendiente, abrochándose la chaqueta del ajustado traje marrón.

—¿Quién es ese? —preguntó secamente el profesor—. Vamos, déjame ver.

Licht se volvió sobresaltado: había olvidado que no estaba solo. El profesor había estado toqueteando el telescopio, intentando en vano dar con un ángulo para ver más de cerca a Felix mientras subía por el sendero. Ahora apartó el tubo del instrumento a un lado y avanzó despacio hacia la ventana, musitando tristemente para sus adentros. Cuando Licht lo miró, a la luz de esos desconocidos que avanzaban, reparó por primera vez en lo desaliñado que se había vuelto. Su chaqueta negra sin forma estaba raída en los codos y los bolsillos estaban dados de sí, la pajarita estaba anudada con torpeza y tenía un brillo grasiento. Con esa cabezota calva, la cara ancha y pálida, un velo en la mirada y los ojos claros y saltones, como una gran estatua antigua de uno de los césares manchada por la lluvia. Licht sonrió para sus adentros con impotencia: ¿cómo iba a marcharse, cómo podría él marcharse jamás?

Felix subía deprisa por la pendiente, extendiendo las piernas y cortando el aire con los brazos.

—Míralo —dijo riéndose Croke—. Mira cómo anda.

Desde el puente daba la sensación de que estuviera trepando a cuatro patas. Cuanto más se acercaba a la casa, esta más parecía alejarse de él. Licht estaba estirando el cuello. El profesor se hizo a un lado, mientras se daba palmaditas en los bolsillos, todavía tarareando tenso para sus adentros.

Abajo, la zarpa perentoria del león golpeó una, dos, tres veces.

Helo aquí, he aquí el momento en que los mundos colisionan, y lo único que noto es una risa, distante, suave, escéptica.

Ante esos golpes bruscos, joviales y sincopados, la casa pareció quedarse inmóvil y silenciosa por un instante como si previera asustada las molestias venideras. Licht se quedó ensimismado en la ventana de la torre, observando a los del puente. Luego sonó otro golpe, más fuerte que antes, y se sobresaltó, se volvió, apartó al profesor y bajó por las escaleras en un frenesí de brazos y rodillas. En el vestíbulo se detuvo, al ver la silueta de Felix en el cristal de color rubí de la puerta, una forma decidida, extrañamente inmóvil y ladeada. En cuanto se abrió la puerta, Felix sonrió radiante y se coló de lado con destreza en el vestíbulo, hablando ya, y con la fina mano extendida.

—¡… naufragado! —decía riéndose—. Sí…, arrastrados hasta estas orillas. ¡No puedo decírselo!

En su agitación, Licht apenas pudo entender lo que decía. Retrocedió un paso, balbuciendo impotente y asintiendo con la cabeza. La aguda mirada de Felix recorrió todo el vestíbulo.

—Qué sitio tan encantador —dijo en voz baja, echó atrás la cabeza y sonrió astuto, mostrando un colmillo roto. Tenía un no sé qué de improvisado y deslavazado, como si lo hubiesen montado a toda prisa con trozos y partes de otras personas. Parecía contener la risa como si atesorara un chiste para sus adentros. Con esa sonrisa y esos ojos ávidos y vidriosos me recuerda al muñeco de un ventrílocuo; aunque en su caso sería él quien hablaría, mientras la boca de su dueño se abría y se cerraba como una trampilla rota—. Sí, encantador, encantador —dijo—. Caramba, si ya casi me siento como en casa.

Después Licht nunca estuvo seguro de que todo esto hubiese ocurrido, o al menos de que hubiese ocurrido tal y como él lo recordaba. De lo único que estaba seguro era de haber tenido la sensación de estar rodeado de pronto de algo luminoso y abrumador. No fue solo Felix lo que le hizo retroceder, sino la *troupe* de posibilidades que parecían agolparse tras él, saltando y brincando invisibles en el vestíbulo. Se vio a sí mismo bajo una luz cegadora, heroico y absurdo, y el vestíbulo podría haber sido el paso de Roncesvalles. No debería burlarme: yo también me he tenido siempre en secreto por un héroe, muriendo con el rostro vuelto hacia España, aunque sospecho que no habrá alma caritativa ni santo en los altares que venga a llevarme consigo cuando escupa las últimas gotas de sangre de mi corazón.

Felix estaba describiendo cómo el barco había embarrancado. Con delicadeza se levantó la pernera de los pantalones con los dedos, como si fuese una falda, para mostrar un par de tobillos delgados, desnudos, blancos y azulados y los zapatos oscuros por la humedad. Ladeó la cabeza con esa sonrisa cómica como si se despreciara a sí mismo.

—El profesor Kreutznaer —dijo Licht con una especie de desesperación impotente—, el profesor Kreutznaer está… ocupado.

Felix lo observaba con atención y una ceja levantada.

—Ocupado, ¿eh? —respondió en voz baja—. Bueno, pues entonces no le molestaremos, ¿no?

A esas alturas los demás habían cruzado el puente arrastrando los pies y seguían de mala gana la estela del rápido ascenso de Felix hasta la casa, como si estuviesen atados a él a distancia; se retrasaban, esperando una señal. Sophie se sentó en una roca y se masajeó el pie que se había torcido. Hatch se apretaba el estómago y movía los ojos en una muda exhibición de hambre, mientras Pound se reía y Alice sonreía dubitativa. ¿Hemos conocido a Alice? Tiene once años. Lleva el pelo recogido en una trenza gruesa, parda y brillante. No es guapa. Sophie contempló al

menudo Hatch sin entusiasmo, su rostro pálido y fino y la boca como un tajo rojo; en todas las compañías hay un payaso.

—Después de la guerra —le dijo—, cuando era más pequeña que tú, no teníamos comida. Todos los días, durante meses y meses, pasé hambre. Mi madre untaba el fogón con el sebo de una vela —describió grandes y lentos círculos en el aire con la mano— y freía patatas en él, y, cuando se acababan las patatas, freía las mondas y nos las comíamos también.

Hatch se abrazó a sí mismo con aire trágico y cayó como si estuviera muerto en la hierba y se quedó allí retorciéndose.

—¡Oh, déjelos, condesa! —dijo con sorna Croke, haciéndole un gesto con la cabeza—. Esto no es la vieja Viena.

Ella lo miró con frialdad. Cuando sonreía, Croke exhibía unos dientes amarillentos de caballo, la piel de los pómulos se le estiraba y el cráneo bajo la piel tensa parecía sonreír también, aunque de otro modo. Condesa: había empezado a llamarla así la noche anterior en el bar del hotel cuando se achispó y le guiñó el ojo e intentó emborracharla; sospechó sombría que iba a seguir haciéndolo.

—Qué gracioso es usted —dijo—. Qué graciosos son todos.

Los chicos se rieron —¡con qué facilidad se irritaban los adultos ese día!—, pero también estaban inquietos. Sophie ya se había convertido para ellos en objeto de profundas y secretas especulaciones, esa mujer taciturna vestida de negro que era tan mayor como una madre pero tan distinta de ninguna madre que hubieran conocido, el modo tan ansioso en que se fumaba los cigarrillos, la forma en que se sentaba con las rodillas separadas, igual que un hombre, sin preocuparse (Hatch, en el suelo, se esforzaba en mirar debajo de su falda), el fascinante olor a sudor que dejaba en el aire a su paso.

Croke, todavía mirándola rijoso, canturreó para sus adentros, con voz temblorosa:

Wien, Wien, nur du allein!

Al reírse, tosió, un gargajo vibró en su garganta y Alice lo miró furiosa. No le gustaba Croke, por su vulgaridad y porque era viejo.

—Ni siquiera soy vienesa —dijo tristemente Sophie, mirándose el pie con el ceño fruncido.

—Pero debería serlo, condesa —dijo Croke, con lo que él tomaba por galantería—. Debería serlo.

Flora se había apartado con discreción y la mirada gacha. Sophie la observó de cerca. Flora tenía un aire distante y afectado, como si pensara que esa pudiese ser una situación violenta y se sintiese obligada a fingir que no había reparado en ella. Qué hermosa era, como una niña de Modigliani, con ese pelo negro y espeso, esos ojos inclinados, esa elegancia patituerta, vacilante y un poco torpe. Sophie sospechaba que había pasado la noche anterior con Felix. Pequeña idiota santurrona.

Viena. ¡Dios! Encendió un cigarrillo. Tenía callos en el pie y la uña del dedo meñique casi había desaparecido en la carne. Cerró los ojos. Se daba asco a sí misma. ¿Por qué había dicho esa tontería sobre las mondas de patata? ¿Para quién interpretaba este papel y por qué tenía que seguir actuando todo el tiempo? Era una comedia, claro, todo era una espantosa comedia. Ahí fuera, en la oscuridad apolillada y floculante, un público invisible se estaba desternillando al verla. Se levantó, enfadada de pronto consigo misma y con todo lo demás, y, zapatos en mano y con paso perezoso, emprendió el camino por el sendero hacia la casa, donde Felix había vuelto a

aparecer y los estaba esperando en el porche con aires de ser el amo y señor del lugar, las manos juntas igual que un brahmán, un hombre sonriente y rebosante de secretos.

Los recibió tan calurosamente como si fuese el dueño de la casa, tocando un codo aquí, dando una palmadita en el hombro allá, sonriendo a los chicos, que habían cargado con su bolsa negra. Y para su sorpresa, cuando los hizo pasar, todos ellos, incluso Sophie, sintieron una oleada de agradecimiento por su presencia bondadosa; recordaron la terrible y tremenda sacudida cuando el barco zozobró, las cosas que caían, el enorme cajón que se deslizó por la cubierta hasta el agua y al capitán borracho que no paraba de maldecir, y repararon en que, al fin y al cabo, en cierto modo eran supervivientes, a pesar del aire festivo que había adoptado todo, y de pronto les embargaron la ternura que sentían por sí mismos y la lástima por su situación. Licht pululaba por el umbral oscuro, sonriendo impotente, asintiendo con la cabeza y pronunciando saludos inaudibles a medida que iban entrando.

—Hola, Harpo —dijo alegremente Hatch, y Pound detrás de él se rio entre gotas de saliva.

El vestíbulo era amplio y estaba enlosado de manera irregular con baldosas blancas y negras. Había un espejo agujereado en un marco dorado y un paragüero con varios bastones y un palo de tiro roto. Las paredes estaban cubiertas hasta el friso de papel repujado al que las repetidas capas de barniz habían dado una textura gruesa y pegajosa de color caramelo, mientras por detrás del pasamanos se desplegaban grises y sombrías extensiones que una vez, mucho tiempo atrás, habían sido blancas. Olía a manzanas que empezaban a pudrirse. Y la impresión ahora era de sobresalto educado, de una mano llevada a la boca con sorpresa por todo este ruido, esta intrusión. Licht estaba fuera de sí.

Siguieron allí incómodos, apiñados en grupo, sin saber qué hacer.

Y entonces sucedió algo, no sé muy bien qué. Estaban ahí todos juntos, sin decidirse a avanzar o esperar, y esta incertidumbre causó en ellos una conmoción, un estremecimiento inquieto, como cuando el día se oscurece de pronto y una racha de viento surgida de la nada sopla entre los árboles y los agita. Un bonito toque virgiliano. Croke miró hacia el techo con los ojos entornados, retrocedió y pisó a Sophie en el pie que se había torcido. Ella chilló, y su chillido causó un silencio inmediato y solemne y todos se quedaron quietos como estatuas. Podría dejarlos allí, podría irme ahora y dejarlos allí para siempre. El silencio duró media docena de latidos y luego, en voz baja, como si estuviese cayendo despacio, Alice rompió a llorar.

—¡Oh! —dijo apesadumbrado Licht—, mi pobre… mi querida…

Le puso una mano trémula en el hombro, pero ella se apartó con violencia y soltó un gran sollozo. No sabía qué le pasaba. Los niños la miraron con franco interés.

—Dios —dijo Pound contento y asqueado—, ya empieza.

Alice llora con facilidad.

Licht los condujo a la cocina, una sala grande de techos altos con una mesa rústica de pino, sillas de madera diferentes y un montón de platos sin lavar en el fregadero. En un hueco ennegrecido había una enorme estufa del color de las gachas con la chimenea negra. La ventana daba a unos campos en pendiente y a la cresta cubierta de árboles, así que tuvieron una curiosa sensación de inmersión, y se sintieron como si estuviesen mirando a través de la luz acuosa y plateada de un charco profundo y tranquilo. Licht se inclinó, abrió la portezuela de la estufa y miró dentro.

—Apagada, claro —dijo indignado y gritó—: ¡La estufa! —pero nadie respondió. Se volvió

con una sonrisa de disculpa—. ¿Están mojados?

Estaban mojados. Estaban cansados. No dijeron nada. Habían subido a bordo de un barco al alba para hacer un pequeño viaje de placer y ahora se habían quedado varados en una casa desconocida en esta isla en mitad de la nada.

Licht seguía inclinado sobre la estufa mirándolos, la sonrisa olvidada en su rostro. Esa gente podría haber salido directamente de sus más profundos anhelos, pensó. Había pasado días soñando con una invasión justo como esta, voces y ruidos poco familiares en el vestíbulo, la cocina llena de desconocidos y él entre ellos, sonriendo como un bobo. Se apartó de la estufa y se afanó animándoles a sentarse y a quitarse los zapatos mojados, ofreciéndoles té y yendo de aquí para allá, agitado con el feliz temor de que al final resultaran ser un producto de su imaginación y desapareciesen en el momento menos pensado. Sophie le estaba preguntando no sé qué sobre las ruinas de las colinas, pero él no podía concentrarse y no hacía más que decir sí, sí y esbozar su sonrisa vaga y aturullada. Cuando Flora lo miró lánguida desde la mesa y le dio los zapatos mojados y calientes, Licht sintió una especie de colapso en su interior, como si hubiese caído algo en el hueco de su corazón y se hubiese quedado allí colgando de un elástico. Se sentía rara, le dijo ella, rara y tenía escalofríos. Su voz era suave. Lo miró desde debajo de las largas pestañas, indefensa y calculadora al mismo tiempo, él se dio cuenta y notó cómo lo estaba evaluando; no le importó, aunque le habría gustado ser más joven, más alto, totalmente distinto. Se quedó delante de ella sujetando sus zapatos, uno en cada mano, y un enjambre de anhelos imposibles se alzó ebrio en su interior. La llevó arriba a descansar y se quedó a la puerta del dormitorio, girando y girando el pomo en la mano. Ella se sentó despacio en el borde de la cama, se abrazó a sí misma y miró al suelo con expresión vacía.

—¿Está de vacaciones? —preguntó él con timidez.

—¿Qué? —seguía mirando con fijeza hacia delante y frunciendo el ceño con perplejidad. Se incorporó un poco y negó con la cabeza—. No. Cuido de ellos —hizo un gesto despreciativo en dirección al piso de abajo—. O eso se supone —soltó un suave resoplido.

—¿Ah?

Ella lo miró con impaciencia.

—De los niños —dijo—. Es solo un trabajo de verano, en el hotel.

Se mordió el labio con gesto hosco.

—¡Ah! —respondió él. O sea, que era una especie de sirvienta; se animó. Esperó algo más, pero en vano—. ¿De verdad ese barco —preguntó al cabo de un momento—, de verdad encalló?

Ella no parecía estar escuchando. Otra vez miraba al suelo con gesto inexpresivo. Detrás, una enorme nube de color azul plomo pasaba furtiva por la ventana, húmeda e hinchada, la viva imagen de sus propios deseos contenidos. Era tan guapa que le dolía mirarla, con sus pies esbeltos y un poco torcidos, los ojos enormes y una leve sombra de bigote. En su imaginación se agitó un recuerdo, la sensación de algo suave y lustroso, a la vez que vaga y tiernamente repulsivo. Sí: una guarida de liebre que había encontrado en la hierba entre las dunas un día cuando era niño, con dos lebratos doblados uno alrededor del otro como en un emblema heráldico. Los había llevado a casa debajo del abrigo, pero su madre no le dejó quedárselos. ¡Con qué delicadeza latían sus corazones contra el suyo, que de pronto se había vuelto muy lento! Ese era él, siempre buscando algo que querer y que le correspondiera y sin encontrarlo nunca. O casi nunca. Pobre mamá. Cuando volvió a la madriguera no la encontró y tuvo que dejar a los lebratos al abrigo de una roca, con unas hojas donde tumbarse y hierba y diente de león para comer. Al día siguiente habían desaparecido. No quedaba ni rastro. La hierba estaba

intacta. Desaparecidos. Y aun así, qué poco le había importado, allí de pie en la mañana gris contemplando esa ausencia, mientras el mar murmuraba detrás de las nubes y el viento lustraba la hierba oscura a su alrededor. Suspiró, confundido consigo mismo, como siempre.

—Creo que quiero tumbarme —dijo Flora.

—Claro, claro.

—Solo un ratito.

—Por supuesto.

Estaba dividido entre quedarse allí, apoyado despierto en su escudo, o precipitarse abajo otra vez para asegurarse de que los demás no habían desaparecido. En vez de eso, cuando ella se tendió en la cama, entre bostezos y suspiros, y él cerró la puerta despacio, acabó deambulando en una especie de éxtasis inquieto y sin objeto por los pisos de arriba, deteniéndose de vez en cuando a escuchar, no estaba seguro de qué: el crujido de los élitros tal vez, el ruido de la nueva vida saliendo del capullo. Desde las escaleras vislumbró a través de la puerta entreabierta del baño una imagen de Sophie sentada en el váter con la espalda muy recta, la falda levantada y las bragas por las rodillas, la vista al frente y una mirada seria y soñolienta mientras hacía aguas que tintineaban libremente en la taza que tenía debajo. Pasó de largo apartando los ojos, ruborizado, sonriendo avergonzado y murmurando para sus adentros.

¡Oh, qué emoción, qué emoción!

Las gaviotas me despiertan temprano. Oigo cómo baten las alas y emiten gritos extraños y guturales en lo alto de las chimeneas. Parecen bebés humanos. Tal vez lo que oigo sean las crías, que aún no han volado del nido y todavía piden comida. Nunca he sido un gran naturalista. Qué encantadora es la luz veraniega a esta hora de la mañana, un suave gris tornasolado con reflejos acuosos. Me quedo tumbado mucho tiempo sin pensar en nada. Sé hacerlo, sé cómo dejar la mente en blanco. Es un truco que aprendí en los días en que la idea de lo que tendría que soportar antes de que volvieran la oscuridad y el olvido me resultaba difícil de aguantar. Y así, vacío, ingrávido como un barco de papel, viajo lejos, muy, muy lejos hasta el mismo borde, donde un disco de agua brilla como una moneda fundida contra un cielo de color moneda, y todo se eleva, y el cielo y las aguas confluyen invisibles. Ahí es donde parezco estar más cómodo ahora, en el margen pálido y lejano de las cosas. Si es que puedo llamarlo comodidad. Si es que puedo llamarlo estar.

Una isla, claro. Al liberarme, las autoridades me preguntaron con su típica suspicacia adónde iría, y respondí en el acto: «¡Oh!, a una isla, ¿adónde si no?». Lo único que quería, les aseguré, era un lugar aislado y tranquilo donde pudiera empezar el largo proceso de reajuste con el mundo y proseguir mis estudios sobre un famoso pintor del que ellos no habían oído hablar. A mí me pareció sorprendentemente verosímil. (¡Oh, sí, señoría —dice el viejo convicto, de pie ante el estrado, con su traje de rayas mientras retuerce la gorra entre las manos—, esta vez me voy a enmendar, descuide, no le defraudaré!) Las islas tienen algo que me atrae, la sensación de estar cercado, supongo, de estar protegido del mundo; y de que el mundo esté protegido de mí, eso también. Lo aprobaron, o en cualquier caso pareció que lo hacían; creo que se alegraron de librarse de mí. Me trataron con tanta dulzura, fueron tan considerados con mis deseos, que me sorprendió. Pero así es como ha sido siempre, más o menos. Tenían entre manos casos peores que el mío, tipos a los que en otra época con menos escrúpulos habrían ahorcado, arrastrado y descuartizado por sus actos, pero aun así se diría que me tenían por alguien especial. Tal vez fuese porque no dudé en confesar mi crimen, sin excusas, e incluso demostré un interés forense por mis motivos, que eran casi tan misteriosos para mí como para ellos. Cualquiera que fuese la razón, se portaron conmigo como si hubiese hecho algo grande y solemne, como si fuera un mensajero, digamos, que regresa de algún lugar inmensamente lejano y peligroso, con noticias tan terribles que se habían sentido fuertes y nobles solo por recibirlas. Puede ser, claro, que ese semblante tan solemne fuese solo un modo de disimular su odio y su desprecio. Sospecho que les habría gustado castigarme con violencia, pero que no querían mancharse las manos. Tal vez esperasen que los otros presos me infligieran los castigos que ellos no estaban dispuestos a administrar. De ser así, se llevaron una decepción; allí fui un hombre importante, con relativa libertad para ir adonde quisiera entre aquella abigarrada multitud. Y ahora había cumplido mi condena, y había salido.

No era ni mucho menos la misma persona que una década antes (¿es el anciano en su senilidad el mismo que cuando era un crío arropado en su cochecito?). Se había producido un lento cambio radical. Creo que en esos diez años de encarcelamiento —es decir, la perpetua menos el tiempo por buena, por ejemplar, conducta— me había convertido en un organismo infinitamente más complejo. Esto no significa que sintiera que era mejor de lo que había sido —la doctrina de la rehabilitación penal se había estrellado contra la roca de mi culpa inexpugnable— ni tampoco peor: solo diferente. Todo se había vuelto más intrincado, más denso y reflexivo. Mi crimen se había ramificado; ahora se asentaba en mi interior como un yo secundario y parasitario, con sus tentáculos enroscados en torno a mis células. Mi pecado me había hecho engordar; tenía la sensación de flotar, hinchado y purpúreo, como una especie mutada de medusa repleta de veneno. Es decir, suave, informe, todavía malvado, pero no tan feroz como lo fui un día, no tan despreocupado, ni tan frío. Confundido también, claro, todavía incapaz de creer que hubiese hecho lo que hice. No son excusas; es de lo único de lo que puedo jactarme: de que nunca intenté excusarme por mis atrocidades. Y así llegué a esta isla penitencial (hay unas chozas de piedra seca en las colinas), no buscando la redención, eso habría sido pedir demasiado, sino un acomodo conmigo mismo, tal vez, y con mi pobre e hinchada conciencia.

Me dicen que soy demasiado duro conmigo mismo; como si eso fuese posible.

Me trajeron, o quizá sea mejor decir que me deportaron: sí, me deportaron aquí en barco. Fue encantador. Yo había esperado encontrarme fuera una mañana desolada y gris, con un paquete de papel de estraza debajo del brazo, pálido y perplejo al ver las calles enormes, y ahí estaba, rozando alegremente las pequeñas olas con la brisa en la cara y el olor alquitranado del mar en las fosas nasales. La mañana era brillante y soleada; la luz, cristalina. Sombras de nubes corrían hacia nosotros por el agua, oscurecían el aire a nuestro alrededor un segundo, y seguían adelante. Cuando estuvimos al socaire de la isla, el viento cesó, el capitán apagó el motor y nos deslizamos con suavidad hacia delante en medio de un vasto e insulso silencio. El agua iluminada por el sol estaba maravillosamente clara, podía ver el fondo, donde había rocas verdes y gruesas algas de color café, y bancos de peces como flechas, grises con un destello de platino blanco de vez en cuando. El pequeño embarcadero estaba desierto, la playa también, igual que la colina verde de detrás. En el muelle había un montón de casas de piedra en ruinas con agujeros en el tejado; al verlas, no sé por qué, tuve uno de mis momentos de negro temor. Casi me he acostumbrado a esos ataques, esos pequeños temblores. Duran solo un instante. Hay veces, sobre todo de noche, en que los confundo con punzadas de dolor físico, y me gustaría saber si algo en mi interior está enfermo, no un órgano importante, no el corazón o el hígado, sino el bazo, tal vez, o la vesícula, algo así, una pequeña ciruela purpúrea amoratada o un pliegue orquidáceo de tejido maligno que quizá un día sea lo que acabe conmigo con un acompañamiento de tormentos exquisitos.

Entonces oí por primera vez ese extraño, suave bramido que hace la isla y que me llegó con claridad a través del agua, una voz de sirena.

—Parece música —dije—. Como… si cantara.

Cuando le pregunté al capitán qué era, se encogió de hombros.

—¡Ah!, no se preocupe —dijo—. Debe de haber algún viejo respiradero en alguna parte y las olas empujan el aire por él. No se preocupe lo más mínimo.

Luego ese momento tambaleante de deslizarse y mecerse y el leve golpe del barco contra el muelle: la arribada.

La isla me gustó enseguida, su desolación me pareció agradable. Parece hecha para mí. Tiene quince kilómetros de largo por siete de ancho (¿o son siete de largo por quince de ancho?, eso del largo y el ancho siempre me ha confundido), con un acantilado a un lado y una playa rocosa al otro. Las aguas que la rodean son traicioneras, y están plagadas de corrientes ocultas y revueltas, por lo que los yates y las embarcaciones de recreo las evitan con el feliz resultado de que no nos molestan los excursionistas, ni esos alegres personajes con gorra y suéteres de punto, que pasean por el puerto pidiendo grog y hablando de manera incomprensible sobre botalones, mesanas y demás. En general, está agradablemente desprovista de ningún rasgo pintoresco. Es cierto, hay cabañas enjalbegadas y muros de piedra seca, y ovejas, e incluso aquí y allá un pastor con chaqueta de *tweed*. Y también tenemos cosas de mayor enjundia, las colinas, y las vistas del océano y las distancias relucientes de color lavanda, y por la noche está el firmamento cuajado de luces. Lo que falta es ese aspecto de fortaleza pétrea —de resistencia a las tormentas y tolerancia a las privaciones— que una verdadera isla ofrece al mundo exterior y que llena al visitante ocasional de una mezcla idéntica de asombro e irritación. Lo cierto es que no parece una isla, es más como un trozo de tierra firme que no hace mucho hubiese quedado a la deriva. Hay calvas de terreno yermo, y misteriosos apriscos cerrados con candado que huelen a gasolina diésel, y caminos alquitranados que se dirigen decididos hacia las colinas, como si allí los aguardasen grandes carreteras como destino. El pueblo, aunque está solo a dos kilómetros tierra adentro del puerto, oculto en el pliegue de una colina, tiene el aire abandonado de un lugar perdido en mitad de la llanura. Parece que allí solo viven idiotas. (Debería mudarme allí, podría ser el sabio del pueblo; imagina una risa quejosa.) Hay una tienda, una oficina de correos y una taberna cuyo umbral no he hollado nunca. Aquí ahora viven sobre todo viejos, los jóvenes han huido hacia lo que creyeron que sería la vida más cómoda en tierra firme. Cuando llegué, pensé en abrir una pequeña escuela, como el pobre Ludwig en la Montaña Nevada, para dar clase a los pocos niños que siguen aquí, pero todo se quedó en nada, como ha ocurrido con tantos de mis proyectos. ¡Yo, maestro de escuela! Vaya una idea. Pero aun así fue un pensamiento benévolo, no tengo muchos de esos. Los servicios en general son escasos. El médico más cercano está a una lenta y a veces errática travesía en barco hasta tierra firme. Así que cuando llegué enseguida me sentí como si en cierto modo hubiese llegado a casa. ¿Parecerá raro que diga que me sentí en casa en unos andurriales en apariencia tan poco acogedores? Pero es que la pobreza, la monotonía y la falta de énfasis podían ser una forma de sutileza después de todo. Lo último que quería era dramatismo, a no ser que fuese el de las gaviotas describiendo círculos sobre los robles, o el de un barco varado en un banco de arena, o el de un grupo de desconocidos angustiados subiendo con esfuerzo por las dunas y contemplando una casa antigua que se alza en la ladera de una colina.

De mis copiosas lecturas —¿qué otra cosa tenía que hacer, en esos primeros días de supuesta libertad, sino leer y soñar?— espigué lo siguiente: *Tengo la sensación habitual de que mi vida real ha pasado y estoy viviendo una existencia póstuma*. Había quemado mis naves, los años estaban dispersos como cenizas en el agua. Estaba en paz aquí, en la calma de debajo de la gran ola del mundo. Sí, me sentía en casa, yo que pensé que no volvería a sentirme en casa en ninguna parte. Esto no quiere decir que al mismo tiempo no me sintiera un intruso. Aquel lugar me toleraba, nada más. Tenía la impresión de un cierto desdén, de que todo se apartaba de mí desviando la mirada. La casa, sobre todo, tenía un aspecto ceñudo, como si tuviera los labios apretados. O tal vez me equivoque, tal vez lo que detectaba no era desprecio, o siquiera desaprobación, sino algo muy distinto: tacto, por ejemplo —los objetos inanimados siempre parecen angustiados por no entrometerse—, o solo un deseo general de mantener las formas. Sin

embargo, dondequiera que fuese, incluso cuando entraba en una habitación vacía, tenía la inquietante sensación de que las cosas callaban al verme llegar. Sé, por supuesto, que todo esto era una insensatez, que en realidad yo le traía sin cuidado a aquel lugar, que podía haber desaparecido en el aire con un *¡pum!* y todo habría seguido su curso como si nada hubiese sucedido. Aun así, no lograba librarme de la convicción de que en cierto modo yo era —¿cómo expresarlo?— necesario.

Y, a pesar de la presencia de los demás, estaba solo. Cómo estar solo en medio de la apremiante multitud es otro de los trucos que me enseñaron los años de cautiverio. Es una cuestión de quietud interior, de ocultarse en el seno de uno mismo, igual que un animal escondido, mientras los perros pasan de largo. ¡Oh!, ya sé lo que parecerá esto: que me retiré en la soledad, que vivía en un mundo de fantasía, un mundo de imágenes y figuras pintadas y demás. Pero no es eso, no, no es ni mucho menos eso. Es solo que intenté alejarme lo más posible de todo. Había intentado alejarme también de mí mismo, pero en vano. Los chinos, o tal vez fuesen los florentinos de la época de Dante —en cualquier caso, uno de esos pueblos feroces e implacables—, ataban al asesino por los pies y la cabeza al cadáver de su víctima, arrojaban el terrible paquete a una mazmorra y tiraban la llave. Yo sabía algo de eso, aquí en mi celda olvidada, atado a mi ser ineluctable, por no hablar de… Bueno, por no hablar. Lo que intentaba era simplificar, refinar. Me había despojado de todo lo posible excepto de mi propia existencia. Tal vez, pensé, tal vez sea un error: tal vez debería cargar con los obstáculos de la vida en lugar de apartarlos. Pero no, no quería vivir —haría que otros hicieran eso por mí— sino solo resistir. Cierto, no hay escapatoria del apasionado apego al ser, esa viga maestra colocada justo en el centro del mundo que sostiene el destartalado edificio en pie. En cualquier caso, estaba decidido a intentar convertirme al menos en un —¿cómo se llama?— monomorfo: una mónada. Y luego volver a empezar, vacío. De ese modo, pensaba, podría llegar a entender las cosas, aunque fuese de forma rudimentaria. Las cosas pequeñas, claro. Las cosas sencillas.

Pero, por supuesto, no hay cosas sencillas. Lo he dicho antes, y lo diré otra vez. El objeto se divide, da la vuelta, se duplica, se convierte en algo distinto. Bajo la menor presión, la aparente unidad se divide en un millón de pedazos y cada pedazo en un millón más. Yo mismo no era un ser unitario. Era más bien como una baraja de naipes, mezclado en una y otra versiones de mí mismo: aquí era el rey, aquí la sota, aquí el as de espadas. Tampoco parecía posible hablar de manera sencilla. Abría la boca y salía un balbuceo, una glosolalia inútil. La parte más elemental del habla era una cacofonía. Escoger una palabra era excluir infinidad de otras, se agolpaban allí en la oscuridad, zumbando y respirando. Cuando quería decir una cosa, el zumbido de otra miríada de posibles significados se burlaba de mis esfuerzos. Todo lo que decía estaba a la fuerza fuera de contexto, y cada vez que me zambullía en el habla acababa inevitablemente dándome un planchazo. Quería ser sencillo, candoroso, natural —quería, sí, me arriesgaré a decirlo: quería ser honrado—, pero ninguno de mis esfuerzos causaba sino abucheos de burla y puro desprecio.

Mi problema, en suma, era el mismo de siempre, en concreto, que hacía una cosa mientras pensaba en otra y en esta confusión no sabía lo que era yo. ¿Cómo entonces podía esperarse que supiera lo que son los otros, que los imaginara de forma tan vívida para que cobraran una especie de vida?

¿Otros? Otro: todos son uno. El único.

Por no hablar.

Y, sin embargo, todo seguía adelante, seguía adelante sin cesar, y había que vivir cada momento, agotarlo, en cierto modo; ni una pausa, ni el más mínimo titubeo en el flujo; una sentencia a cadena perpetua. Ni siquiera el sueño era una escapatoria. Por las mañanas me levantaba exhausto, como si una parte de mí hubiese estado fuera toda la noche vagando en la oscuridad igual que un perro en celo. Los sueños que tenía, esas inmensas elaboraciones, me agotaban. ¿Para qué eran?, habría querido saber. Eran una especie de coartadas, versiones endiabladamente intrincadas de un suceso cuyas verdaderas circunstancias no osaba admitir, ni siquiera para mis adentros, que recordara. ¿A quién estaba ofreciendo ese fárrago increíble, ante qué juez estaba convocado? No es que me creyera inocente, solo que me habría gustado ver el rostro de mis oníricos acusadores. Recuerdo el primer sueño que tuve, la primera noche que dormí aquí. No tengo ni idea de qué significaba, si es que significaba algo. Yo estaba en algún lugar de Oriente, a las puertas de una enorme, gris y ruinosa ciudad, al caer la noche, con mi madre. Esta no se parecía nada a como yo la recordaba en realidad, sino que era muy enérgica, una viajera intrépida vestida de *tweed*, con un sombrero de ala ancha y un grueso bastón en la mano. No paraba de detenerme y hablarme en tono intimidatorio, el hijo holgazán que iba detrás de sus talones, con sus zapatos de ciudad y los pantalones caídos, sudoroso, con sobrepeso y una risible mediana edad. Cuando entramos en la ciudad nos encontramos enseguida en una alta y estrecha callejuela con puestecillos a los lados. Había mucha gente y una gran algarabía de voces y música oriental, y los gritos melifluos de los mercaderes que anunciaban sus mercancías. Este es el mercado del oro, me dice mi madre, hablándome muy alto al oído. Había un brillo suntuoso en el aire, como si la luz procediera no del cielo, sino espontáneamente de las incontables cosas preciosas que había a nuestro alrededor, los ornamentos, las bandejas apiladas y los grandes cuencos de oro batido. Nos abrimos paso por las intrincadas callejuelas hacia el corazón de la ciudad. Había mezquitas y minaretes y arcos y casas con celosías en las ventanas que daban a patios donde crecían limoneros en enormes macetas de piedra. Todo estaba hecho de la misma piedra gris, una especie de pumita solo que más oscura, lo cual estaba mal: debía haber sido algo duro, suave y casi precioso, como mármol o pórfido, sea lo que sea eso. Estaba anocheciendo y no se veía un alma, nuestros pasos resonaban en los callejones. Es Ramadán, dijo mi madre en voz baja. En ese momento de debajo de un arco aparecieron de pronto ante nosotros dos muchachos esbeltos, descalzos, con la tez de color miel y ropajes descoloridos que giraban sueltos en torno a ellos cuando se movían. Cruzaron el arco bailando de izquierda a derecha, ágiles y veloces como monos con una concha brillante de oro batido del tamaño y la forma de una barquilla de cuero invertida sobre la cabeza, tan delicada y ligera que parecía flotar sobre la punta de sus dedos. Se rieron haciendo ruidos suaves y guturales. ¿Era un juego o estaban llevando a cabo alguna maravillosa tarea ritual? Los vi solo un segundo y luego desaparecieron, y mi madre también desapareció de mi lado, y todo era tan real, tan cargado de misterioso significado, que empecé a llorar en sueños y me desperté sollozando a moco tendido, como un niño.

También están las pesadillas, por supuesto, las recurrentes, iluminadas con un brillo chillón y ultraterreno, en las que los muertos me hablan: carne, huesos aplastados, el fluido lento, secreto y azul negruzco. No intentaré volver a narrar estos espectáculos manchados de sangre. No me sirven de nada. No son más que una suerte de morboso martilleo por el que se deja arrastrar mi imaginación, los chisporroteos y los chispazos que despide la dinamo de mi conciencia sobrecargada al girar. No son los muertos lo que ahora me interesa, por muy penosamente que puedan aullar en las cámaras de la noche. ¿Quiénes entonces? ¿Los vivos? No, no, algo a medio

camino; una tercera cosa.

Sueños, y luego despertar. A veces era difícil apreciar la diferencia; salía de un sueño agitado, me levantaba y andaba por ahí en un estado confuso y superficial que parecía tan solo una forma más tranquila y menos atormentada de sueño que en la que había estado sumido antes. Recorría los caminos con el frío del amanecer mientras un sol blanco ascendía tembloroso del mar. Todo es raro a esa hora, más raro que de costumbre, quiero decir: el mundo parece como imagino que será cuando yo haya muerto, vasto y vacío, recorrido por largas sombras, sorprendido en cierto modo y no del todo sólido, luces de ángulos extraños y fachadas cambiantes. Estas vistas despejadas —¡tanto cielo!— me alarmaban. Estaba permanentemente mareado, aferrándome por mi vida a nuestra isla fugaz, y tenía siempre una especie de lejano zumbido en los oídos. Era como si acabase de amanecer todo el día, notaba ese hervor en la sangre, ese sabor metálico en la boca. Los días se alargaban y avanzaban hacia la noche. Observábamos en silencio el implacable y lento transcurrir del tiempo. Aquí, en la isla del Diablo, no podemos permitirnos la ilusión de los altos y bajos, de las rápidas aceleraciones, de las arrancadas y los parones. Solo hay el avance firme y glaciar que lo arrastra todo consigo. A veces, hasta creía notar al planeta mismo lanzado pesadamente por el espacio en su burbuja de aire brillante. Tenía mis momentos de rebeldía, claro, en los que me levantaba como podía de las losas cubiertas de barro y agitaba con rabia mis cadenas, gritándole a un carcelero inexistente. La mayor parte el tiempo, no obstante, estaba en paz, o al menos en calma, con la calma febril del enfermo crónico. Eso es, a eso es a lo que más se parece este sitio: no a una isla prisión o a un lugar de peregrinaje, sino a uno de esos sanatorios que eran tan numerosos cuando yo era niño y medio mundo tenía los pulmones podridos. Sí, me veo aquí en esas primeras semanas y meses encerrado detrás de un muro de cristal, asomándome con un aturdimiento febril por encima de los pinos apretados mientras un sol enorme declinaba sobre el lejano valle de un río. Alturas, siempre he buscado las alturas, físicas si no morales. No anhelo la grandeza, ni el peñasco musgoso o el pico altísimo, sino la perspectiva remota, la distancia, la disminución de las cosas. Apenas había llegado aquí cuando me vi trepando por los campos de detrás de la casa hacia la cresta cubierta de robles. La vista desde esa cima elevada es maravillosa, el verde cercano y el azul distante y esa cinta de playa cenicienta que contiene una enormidad de mar y cielo, toda la escena es clara y delicada, como pintada por el propio Vaublin, un trasfondo para uno de sus famosos *pèlerinages* o para una delicada *fête galante*. Desde esta atalaya distinguí en los campos que me rodeaban unos curiosos canales trazados en la turba. Vete a saber si a lo mejor habría habido viñedos alguna vez en este lugar (¡viñedos, en estas latitudes!, qué inculto soy), pero la solterona que regenta la oficina de correos del pueblo me sacó del error. «Surcos para patatas —me aclaró gritando, porque, por alguna razón, me tomó por extranjero (y, si me paro a pensarlo, supongo que es lo que soy)—. De antes de la hambruna». En aquel entonces vivían aquí mil almas. Los imagino, con sus boinas y sus chales, bajando rezagados por el sendero hasta la playa y hasta el barco negro que los esperaba, los hombres con la vista fija en la distancia y las mujeres mirando atrás con los ojos abiertos y espantados. Citera, y un cuerno. Tanto sufrimiento, tanto pesar: es inimaginable. No, no es cierto. Puedo imaginarlo. Puedo imaginar cualquier cosa.

Subo la basura de la casa a estos riscos para quemarla. Me gusta quemar cosas, sobre todo papel. Creo que el fuego debe de ser mi elemento; me entusiasman la llamarada súbita y el chisporroteo, su rabia, la amenaza. Me quedo apoyado en mi horca (es un utensilio maravilloso

con la madera del mango sedosa por el uso y los dientes templados por el fuego hasta adquirir una opalescencia encantadora, oscura y untuosa), con mis botas y mi viejo sombrero, mordisqueándome el interior de la mejilla y sin pensar en nada, y me siento alborotado y al mismo tiempo extrañamente en paz. A veces, me convenzo de que alguien me está observando, y me vuelvo a toda prisa para ver si puedo vislumbrar una cara astuta y unos ojos brillantes y mefíticos entre las hojas; me digo a mí mismo que son imaginaciones, que no hay nadie, pero no me convenzo; supongo que querría que él siguiera aquí, alguien peor que yo, salvaje, implacable, burlándose de todo. El calor agita el aire por encima del fuego y da la impresión de que los árboles al otro extremo del claro se estremecen. Entre los troncos puedo ver el mar, azul oscuro, impasible, salpicado de blanco. Las piedras apiladas alrededor del fuego zumban y crujen, grandes cascajos rojizos con brillantes vetas amarillas. Recuerdo cuando de niño fundía trozos de plomo en una lata, el modo en que el plomo temblaba en su interior y de pronto asomaba el gusanito secreto y reluciente. También intentaba fundir piedras, pensando que las vetas de hierro eran de oro. Y cuando no se rompían y el oro no se fundía, no podía entenderlo y montaba en cólera y quería pegarle fuego a todo, quemarlo todo. A pesar de que era un niño tímido, albergaba sueños de destrucción irresistible. Imaginaba el manto ondulante de fuego, el viento rojizo elevándose, el rugido y el desgarro. Fuego, sí, sí.

Tengo otras tareas. Recojo leña, claro, y me ocupo de la estufa, y me aseguro de que la bomba de agua funcione y de que la fosa séptica esté en condiciones. Antes eran las ocupaciones de Licht; se alegró mucho de traspasármelas en cuanto llegué. No tuve valor de demostrarle cuánto disfrutaba con lo que él pensaba que sería una carga. Podría extasiarme con estas cosas: me refiero a la bondad sencilla de lo normal. La cárcel me había enseñado el callado placer del trabajo. El trabajo manual embota el filo de las cosas y a veces incluso puede desviar las flechas del remordimiento. No es que a los presos se les pida que hagan lo que podríamos llamar trabajo duro. Tengo la teoría, pueden burlarse de mí si quieren, de que la práctica penal moderna no busca castigar al criminal, o siquiera inculcarle un sentido moral, sino que más bien busca emascularlo mediante un proceso de enervación. Sé que tenía ideas ridículas y anticuadas de lo que debía esperar de la prisión, sacadas sin duda de las películas en blanco y negro de mi infancia: las cabezas afeitadas y azuladas, las figuras harapientas esposadas andando en círculos en el patio, las uñas destrozadas, como las del pobre Oscar, de tanto recoger estopa —caramba, ni siquiera los grilletes y la dieta a pan y agua me habrían sorprendido—, y en vez de eso teníamos tenis de mesa, televisión y la tetera siempre llena. Les digo que habría ablandado al más endurecido reincidente. (Tal vez, cuando haya terminado con Vaublin, escriba una monografía sobre la reforma de las prisiones: aquí, como en todas partes, aunque puede que sea un poco más lento, el proceso de extensión de los valores liberales no conoce límites y no puede sino perjudicar al fuste moral de la raza, que necesita a sus criminales, igual que necesita a sus deportistas y a sus carniceros, para conseguir esa mezcla vital de fuerza, astucia y falta de remilgos.) Por supuesto, en la cárcel había privaciones, y eran difíciles de soportar, no lo negaré. Pensé que lo que querría al salir serían mujeres; mujeres y trajes de seda, y las calles abarrotadas de la ciudad, todo ese mundo abigarrado del que había estado aislado tanto tiempo, pero aquí estaba, llevando una vida tranquila en esta casa destartalada, en un peñasco en medio de las aguas yermas. Tenía mis libros, mis papeles y mis estudios, y desempeñaba el papel de amanuense del profesor Kreutznaer, ayudándole en teoría a completar su gran obra sobre la vida y la obra de Jean Vaublin que el mundo, o esa parte de él que se preocupa por estas cosas, se ha hartado de esperar. A los dos, por razones no del todo claras para mí, nos convenía mantener la

ficción de que yo no era más que su ayudante; lo cierto es que, antes de que me diera cuenta, me había cedido por completo esa tarea. Me halagaba, claro, pero no me engañaba a mí mismo respecto a la opinión que le merecían mis habilidades; es cierto que tengo la capacidad de soportar el dolor, aprendida en una dura escuela, pero no soy un erudito. No fue el aprecio que sentía por mí, sino una creciente indiferencia por el destino de la obra de su vida lo que empujó al profesor a abdicar a mi favor. No, no es cierto. Más bien fue, creo, un acto de expiación por su parte. Quería que yo tuviera pecados que expiar, y este sacrificio fue uno de los caminos que escogió. O fue, por el contrario, como me sugiere a veces el gusanillo de la duda, lo que él entiende por una broma. De todos modos, da igual, da igual. Mi nombre no aparecerá en la cubierta; yo no lo permitiría. Con un breve agradecimiento será suficiente; estoy deseando escribirlo yo mismo, saboreo con anticipación la emoción reflexiva de escribir mi propio nombre y ser, aunque sea solo por un momento, otro. Siempre, desde luego, que alguna vez lo termine. Soy feliz con mis trabajos, más feliz de lo que esperaba o de hecho merecía ser; creo haber alcanzado mi apoteosis. Mi tiempo está maravillosamente equilibrado entre las toscas labores cotidianas y la escrupulosidad y la fina discriminación que exige la historia del arte, mi trabajo consiste en cuestionar esta quietud de saurio ante los objetos brillantes. En estas noches lívidas y cálidas, mientras una refulgencia azul grisácea se demora en la ventana, yo trabajo en la mesa de la cocina en el centro de un vasto y, en cierto modo, atento silencio, imitando a un erudito, buscando las fuentes, leyendo el material del profesor, mecanografiado con exuberancia por Licht, y tomando mis propias notas, pegando, encajando y avanzando poco a poco. Es un papel espléndido, el mejor que jamás he tenido el privilegio de interpretar, y he interpretado muchos. No tengo prisa; la luz de la lámpara cae firme sobre mí, sobre mi cabeza inclinada y me ilumina media cara, mientras mi mano avanza centímetro a centímetro por la página. Entonces y ahora hago una pausa y me quedo quieto un instante, como un vigilante escrutando la noche. Tengo la agradable sensación de ser un centinela, un guardián, un protector contra ese merodeador, mi yo oscuro, a quien imagino acechando aquí y allá en la oscuridad. ¿Dónde puede haberse ocultado, si es que sigue aquí? Podría haber vuelto a colarse en la casa, podría estar acechando en algún sitio en el desván, en algún cuarto no utilizado, mordisqueando sobras robadas de la cocina y viendo cómo el día declina poco a poco hacia la oscuridad, a la espera de la hora propicia. ¿Estará tal vez en el cuarto de la leña? Si está aquí, es que busca a la chica. No la conseguirá, yo me encargaré.

En cualquier caso, vine aquí y me establecí, si puede decirse así. Me alegré. Este era un sitio donde estar. No fui a tierra firme. Nadie me dijo que no pudiera, pero me pareció intuir una prohibición tácita. Si existía esa norma debí de formularla yo, pues confieso que no tenía el menor deseo de mudarme de Laputa al país de los gigantes y los caballos. Sí, me gustaba estar aquí, con mis catálogos y mis detalladas reproducciones, puliendo mi estilo *galant* como preparación para la gran obra que se extendía ante mí aguardando impaciente mis atenciones. ¡Ay, me decía, qué alegre, qué convincentemente desfilarán las figuritas!

Vete a saber si no deposité demasiadas esperanzas en esta obra. ¿De verdad podía esperar redimir parte de mi alma contaminada escudriñando los cuadros —las reproducciones de los cuadros— de un pintor desaparecido hace mucho tiempo que ni siquiera fue un maestro de primera fila? Sabemos tan poco de él. Hasta su nombre es incierto: ¿Faubelin, Vanhoblin, Van Hobellijn? Elíjase cualquiera. Cambió de nombre, de nacionalidad, de todo, ocultando sus huellas. Tengo la impresión de que era un hombre que se había dado a la fuga. No hay obra temprana, ni de juventud, ni queda nada de su época de aprendiz. De pronto, un día empieza a

pintar. Sí, un hombre manufacturado. ¿Es eso lo que me atrae? Algo en estas escenas soñolientas de amor cortesano y melancólicas pantomimas me conmueve profundamente, cierta cualidad de quietud y lejanía, la sensación de angustia, de daño, de pérdida inminente que transmiten. El pintor siempre está fuera de sus sujetos, estas señoras pálidas con sus maravillosos vestidos —¡cómo le gustaban el brillo y el fulgor anacarados de esas sedas gruesas!— atendidas por esos galanes petimetres que siempre parecen un poco achispados con sus mandolinas y sus máscaras; se mantiene lejos de estas figuras, incapaz de hacer por ellas nada que no sea dejar constancia de su apurada situación, pues ni siquiera cuando están más alegres tienen remedio, dan sus delicados pasos de baile en el borde mismo del mundo, mientras las sombras se agolpan en los árboles y la noche empieza su aproximación furtiva. Sus cuadros apenas necesitan barniz, su brillante superficie es ya una capa de cristal, suave, fría e impenetrable. Es el maestro de la oscuridad, igual que otros lo son de la luz; incluso la luz del sol parece ensombrecida, teñida de la penumbra de estos gruesos árboles, este suelo de color ocre, estos espacios insondables que conducen hacia la noche. Hay un misterio, no solo en *Le monde d'or*, la última y más enigmática de sus obras maestras, sino en toda su obra; hay algo que falta, algo que calla a sabiendas. Sin embargo, creo que es esta misma reticencia lo que presta a sus cuadros su característico poder. Es el pintor de las ausencias, de los finales. Sus escenas parecen cernerse al límite de la desaparición. Qué claro y, al mismo tiempo, qué remoto y evanescente es todo, como si lo viera alguien que, en su lecho de muerte, se hubiese acercado a la ventana al caer el sol para contemplar por última vez el mundo que está a punto de perder.

Dos veces por semana me presento ante el sargento Toner, el único policía municipal de la isla, una figura majestuosa y taciturna. Su sala de estar en el cuartel me recuerda extrañamente a las aulas de mi infancia: los tablones polvorientos del suelo, el olor a tinta, el reloj de madera en la pared dando las horas las tardes lentas y luminosas. El sargento Toner se mueve con enorme parsimonia, se levanta tambaleándose de su escritorio, como si cargara con un gran peso, moviendo la cabeza a modo de sobrio saludo. Una especie de decoro monumental marca estas ocasiones. Hablamos —cuando hablamos— sobre todo del tiempo, y de sus traiciones e inesperadas beneficencias. El sargento se apoya en su escritorio, con los fornidos hombros encorvados y el cuero cabelludo sonrosado brillando a través del pelo rubio muy corto, y escribe mi nombre en el registro con un cabo de lápiz corriente y pulido por el sudor, atado al mostrador con un cordel; ese lápiz debe de llevar allí desde los días en que él todavía era recluta. Respira profundamente, tanto que, de vez en cuando y se diría que sin que él lo sepa, asoma una palabra farfullada, un fragmento de sus pensamientos que se le escapa sin querer en una especie de ronco suspiro. «¡Ay, Dios!», murmura, o «Miércoles», o, en una ocasión memorable, «Pudines»… Honra las sutilezas de nuestro apuro, manteniendo una cuidadosa distancia entre los dos. Al principio me había preocupado que estuviera impresionado conmigo, en un sentido profesional, que pudiera mirarme como a una especie de celebridad a la que conviniera vigilar y exhibir —al fin y al cabo, no todos los días llega a conocer a un hombre de mi notoriedad—, pero la primera vez en que, nervioso como un colegial, fui a presentarme ante él, repitió mi nombre pensativo para sus adentros un par de veces y luego —aunque, claro, estaba esperándome y lo sabía todo de mí, pues, como suele decirse, las autoridades le habían informado— me preguntó, con esa meticulosidad y ese sentido del tacto que he llegado a admirar tanto en él, si podía deletreárselo. Cuando lo hice, y él lo apuntó en su cuaderno, guardamos un breve silencio con la mirada baja,

en reconocimiento, supongo, de la solemnidad de la ocasión. «¡Ah, sí! —dijo entonces con un suspiro—, sí: la cadena perpetua es para siempre, claro». Es algo que se me ha inculcado a lo largo de los años, pero viniendo de él, y en el modo en que lo dijo, tenía cierto peso, incluso cierta grandeza, y por un momento me vi a mí mismo como una persona importante; una persona seria, con profundas imperfecciones y dañada sin remedio, cierto, pero alguien: decididamente alguien.

Necesito a esta gente, al sargento, y al señor Tighe, el tendero del pueblo, incluso a la señorita Broaders, la mujer de los conjuntos rosas y la boca apretada que dirige la oficina de correos. Los necesitaba sobre todo los primeros días. Tenían sustancia, que era justo lo que parecía faltarme a mí. Me aferraba a ellos como si fuesen un asa con la que pudiera aferrarme a las cosas, a las cosas sólidas y sencillas (¡sí, sencillas!), y a mí mismo entre ellas. Pues me sentía como algo suspendido en el aire vacío, incorpóreo, transparente, yendo de aquí para allá con cada golpe de viento. Al menos cuando estaba encerrado había tenido la sensación de estar allí, pero ahora que estaba libre (o al menos suelto) no me parecía estar aquí. Así es como imagino la existencia de los fantasmas: pobres y lívidos espectros señalados para estremecerse al viento igual que la insignificante ropa tendida, anhelándonos, mientras nosotros hacemos caso omiso y andamos despreocupadamente entre ellos.

Tiempo. Tiempo en mis manos. Es una frase rara. De esas primeras semanas en la isla recuerdo especialmente las tardes, períodos lentos, silenciosos y extrañamente misteriosos de algo que, más que tiempo marcado por el reloj, parecía un material de textura más gruesa, una especie de deriva, una marea subrepticia más profunda que el mundo. Mira este rayo de luz del sol, cómo flota imperceptiblemente en el suelo como una cometa en forma de caja, escucha el roce de la cortina mientras se mueve en la brisa, fíjate en esa vista verde y borrosa enmarcada por la ventana blanca, en la línea lejana y estrecha de la playa y más allá en ese mar azul, irreal, vívido como la memoria. Es una manera diferente de estar vivo. A veces, en momentos así, pensaba que sencillamente podía dejarme llevar y convertirme en parte de todo eso, flotar y disolverme, ser un resplandor de luz que se disipara poco a poco en la nada. Se acercaba la temporada de las noches blancas, me costaba dormir. Es extraordinario el aspecto que tienen entonces las cosas en el crepúsculo, podría ser otro planeta, con esa bóveda pálida en el cielo y esas distancias de ensueño, contraídas y dudosas. Vagaba por la casa, deambulaba sin ruido por el silencio y las sombras, y a veces me extraviaba de mí mismo, quiero decir que salía de algún modo de mí mismo y era como un fantasma, una mancha móvil de oscuridad contra la tiniebla más clara que me rodeaba. La noche parecía algo a punto de ser dicho. Esta sensación de inmanencia, de que las cosas estaban esperando su momento, esperando para ocurrir, ¿era solo imaginación y ganas de confundir el deseo con la realidad? La noche siempre me parece poblada; los muertos se agolpan a mi alrededor deseando hablar.

La casa tiene un no sé qué de náutico. La brisa marina hace que la madera se mueva y cruja, y la luz azul y cargada de sal de las ventanas es claramente oceánica. El aire huele a salitre y el suelo cuando le da el sol despide un olor a brea. Luego por todas partes está el olor a manzanas podridas: yo podría ser Jim Hawkins inmerso en una gran aventura. Cuando bajé por fin la mañana de la llegada del grupo, la cocina parecía el camarote de un barco. Al principio sentí una

especie de hosca indignación teñida de temor: este era mi hogar y lo estaban invadiendo. Y, no obstante, aunque apenas llevaba aquí unas pocas semanas, al igual que Licht también anhelaba un cambio, un poco de desorden, ese lío y confusión que organiza la gente. Era sencillo, la verdad, por mucho misterio del que quiera rodear las cosas. Lo que necesitábamos era compañía, el tosco calor de la presencia ajena para decirnos que, a pesar de las apariencias, seguíamos vivos. Se agolpaban claramente intranquilos ante la larga mesa de pino sosteniendo las tazas de té que les había preparado Licht. Sus zapatos estaban alineados, puestos a secar sobre la estufa. Todavía era pronto, y fuera brillaba un sol pétreo y vastas nubes blancas y plateadas se amontonaban y pasaban sobre la cresta cubierta de robles. Cuando entré desde el vestíbulo, el viento abrió la puerta de atrás y todo empezó a aletear y a moverse y algo salió volando de la mesa y el pobre Licht se adelantó ladeado con un brazo extendido y los faldones al viento, la cerró de un portazo y en el acto todo cesó y nuestro galeón siguió cortando serenamente las aguas.

—La leche está agria —dijo Pound.

Se me olvida: ¿Pound es el payaso o es el gordo de las gafas? Preveo que tendré problemas con estos dos.

Lo lógico sería pensar que yo me haría preguntas a mí mismo, como se supone que deben hacer los personajes como yo, por ejemplo: «¿Quiénes pueden ser?», o «¿Qué están haciendo aquí?», o «¿Qué significará esto para mí?». Pero nada de eso. Y, sin embargo, debía de estar esperando su llegada, o la de alguien como ellos, tal vez sin saberlo. Esperando el momento, esa es la frase. En mi caso siempre ha sido así, nunca me he conocido a mí mismo ni mis veleidades y he flotado en la ignorancia. Entonces, mientras los miraba con sorda sorpresa, con esa inquietante sensación de reconocimiento que solo se produce en sueños, salió a flote un recuerdo —aunque *recuerdo* es una palabra demasiado fuerte, y al mismo tiempo no lo bastante fuerte— de un cuarto en la casa donde nací. Es una imagen recurrente, una entre un puñado de fragmentos significativos del pasado más profundo que misteriosamente parecen constituir algo del mismo material del que estoy hecho. Es una tarde de verano, pero la habitación está en penumbra, excepto donde un agrietado rayo de luz del sol, lleno de motas de polvo, cae inclinado desde la ventana. Todo es frescor y silencio, o lo que pasa por silencio en verano. Al otro lado de la ventana el jardín aguarda espantado entre una maraña de convólvulos como trompetas. No pasa nada, no va a pasar nada, pero todo está sereno, esperando, una silla en un rincón acurrucada con los brazos preparados, las frondas enrolladas de un helecho, la cazuela de cobre con la mancha de sol en el borde. Esto es lo que lo mantiene todo unido y al mismo tiempo separado, esta sensación de expectación, igual que un muelle tenso en medio del aire y sostenido por su propia fuerza, ejerciendo una presión idéntica en todas partes. Y yo, yo estoy allí y no lo estoy: soy el pretexto de las cosas, aunque no tengo alas doradas ni un halo pálido. Si yo no estuviera allí, no habría ningún momento, ningún suceso separable, solo la tosca y ciega deriva de las cosas. Eso parece cierto; e importante también. (Sí, se diría que, al fin y al cabo, sí que soy necesario.) Y, sin embargo, aunque soy uno de ellos, soy solo media figura, una figura entrevista, de pie en el umbral, o sentado a la esquina de la mesa de pino rústica con una taza agrietada al lado del codo, y si intentan verme de frente, o vuelven la cabeza demasiado deprisa, desaparezco.

—Ese capitán —estaba diciendo Felix—. ¡Vaya tipo! ¿Escorando?, le dije, ¿escorando? ¡Más bien creo que corremos peligro de darnos la vuelta como una tortuga!

Y se desternilló de risa.

Yo estaba pensando en el modo tan extraño en que las cosas se disponen solas a veces, como

si al fin y al cabo hubiese alguien, otro, cuya tarea fuese ordenarlas así.

Desde el otro lado de la sala, Licht me echó una de sus miradas tristes y acusadoras.

—Está bien —gritó—, está bien, no se preocupen, encenderé la estufa.

El profesor Kreutznaer estuvo largo rato sentado sin moverse en su nido de águilas, oyendo solo el lento latido de su propia sangre, las rachas de viento primaveral y, de vez en cuando, el áspero grito infantil de las gaviotas, sorprendentemente cercano. Por mucho que se esforzaba no podía oír nada de abajo. ¿Qué hacían? No se habían ido, los habría visto salir. Los imaginaba de pie en el umbral oscuro, inmóviles por arte de magia, vidriosos y mudos, uno con la mano levantada, otro agachándose para dejar una bolsa, y Licht delante de ellos, al pie de las escaleras, asintiendo y haciendo gestos nerviosos como una marioneta, igual que de costumbre.

Toqueteó el telescopio y suspiró. ¿Seguro que se había equivocado, seguro que no era quien él creía?

Fue a la puerta. Siempre se atrancaba y era difícil abrirla sin ruido. En efecto, soltó un pequeño *¡ñiii!* y se estremeció brevemente en los goznes. Un destello de rabia hizo que el corazón le latiera acalorado. Se quedó un momento en el rellano, aguzando el oído. Ni un suspiro. No obstante, los intuía ahí fuera, notaba la densidad de su presencia, el aire de la casa más lleno de lo normal. Su corazón se calmó, se asentó gruñón en su pecho como un bebé irritable. En ese piso las escaleras eran estrechas y no tenían moqueta. En el descansillo un ventanuco circular, gris por el polvo y las telarañas, se asomaba legañoso a las copas de los árboles y a un fragmento de azul brillante, del mar o del cielo, nunca sabía qué. Una vez más, Kreutznaer se sorprendió escuchando los latidos de su corazón, con ese ligero tropiezo en la sístole que le recordaba el roce de la seda. Si se tirara de cabeza por esas escaleras, ¿lo notaría, la cara aplastada, las rodillas rotas, el esternón golpeándose con los escalones, o habría desaparecido ya, un ectoplasma flotando en la penumbra hasta el techo, mirando con desinterés ese saco de carne que resbalaba de manera cómica hasta el rellano? De joven pensaba que hacerse mayor sería un proceso de refinamiento en el que las cosas que importaban irían desprendiéndose como lucecitas apagándose una a una, hasta que por fin se extinguiera la última luz. Y era cierto, cosas que antaño le habían parecido importantes se habían desvanecido, pero otras habían ocupado su lugar. Nunca había prestado mucha atención a su cuerpo, en cambio ahora notaba su peso constantemente. Se sentía invadido por su propia carne, aplastado por este simio quejoso con sus dolores, sus ansias y su corazón traicionero. Y estaba confundido todo el tiempo, confundido y entumecido.

Empezó a bajar con cuidado las escaleras, haciendo una mueca en cada escalón cuando chirriaban los tablones. Si era Felix, ¿cómo había encontrado el camino hasta allí? ¿Por casualidad? Sonrió con amargura para sus adentros. ¡Oh, claro…! Por pura casualidad. Podía notar el pasado desbordándose a su alrededor, una sustancia humeante y sulfurosa.

En la ventana del rellano del primer piso volvió a detenerse y contempló el mar a lo lejos. Qué despejado estaba hoy: veía las matas bruñidas de hierba en la ladera de las dunas moviéndose al viento. Le gustaban las mañanas, el aire frío y las inmensidades de luz, la sensación desnuda e

indefensa de las cosas. Era la hora de trabajar, cuando el cerebro aún estaba tierno de los desmayos y las locas alarmas del sueño y la carne demoníaca aún no había reafirmado su sucia hegemonía. Trabajar. Pero él ya no trabajaba. Notaba el viento aporreando la casa, golpeando despacio los cristales de las ventanas. En el alféizar una mosca zumbaba agonizante, patas arriba y describía desesperada pequeños círculos en espiral. Kreutznaer se inclinó hacia el marco de la ventana y enseguida las viejas preguntas volvieron a surgir y a atormentarle. ¿Cómo pueden estas cosas tan dispares —este viento, esta mosca, él mismo pensando allí—, cómo pueden estar juntas, en contacto unas con otras en la misma realidad? La incongruencia: el desorden y la incongruencia, lo grotesco de la máscara que no paraba de caerse, eran las únicas constantes que había podido discernir jamás. Cerró los ojos un momento y dio un pequeño sorbo a la oscuridad. Quédate aquí, no vuelvas a moverte, sécate poco a poco hasta vaciarte, conviértete en una frágil cáscara que un soplo de viento pueda arrastrar. Lo imaginó todo en silencio y la luz cambiando despacio y la noche acercándose, luego la larga oscuridad, después la lluvia al amanecer y el ala de la gaviota, luego otra vez la luz, otro día brillante que declinaría con el crepúsculo, luego otra noche, incesantemente.

De pronto, se oyó un sordo cataclismo, la puerta que tenía detrás se abrió y salió Flora. Al principio, el profesor la vio solo como una silueta contra una niebla de luz blanca en la ventana del baño a su espalda. Brilló en el umbral como si estuviera envuelta en un material fluido y oscuro, y una forma en ángulo se dobló detrás de su hombro igual que un ala al plegarse.

—¡Oh! —dijo y, eso le pareció a él, se rio.

Flora cerró la puerta tras ella con una mano mientras con la otra se sujetaba el pelo largo en un moño en la nuca. Él se llevó la mano a la pajarita torcida. Una horquilla para el pelo cayó al suelo y ella se agachó enseguida a recogerla. Él le miró las rodillas apretadas, pálidas como la cera, vio los perfiles de los huesos frágiles empaquetados debajo de la piel y captó por un segundo un leve olor a orina cálido y oscuro. Iba descalza. Al incorporarse se tambaleó un poco y él alargó la mano para sujetarla, pero ella fingió no notarlo y se apartó de él con una sonrisa vaga y rígida, murmuró alguna cosa y se fue a toda prisa escaleras abajo, sujetándose todavía el moño de pelo suelto. Cuando se marchó, lo único que quedó, la única traza de ella, fue el quejoso borborigmo de la cisterna al volver a llenarse, y por un instante el profesor se preguntó si no la habría soñado. De pronto se alzó ante él la imagen de su madre. La vio como cuando era niño, apartándose de la sombra hacia la luz, una mujer menuda, de huesos pequeños, con un vestido negro con corpiño y la espesa melena negra que tantos problemas le daba, y de la que tanto se envanecía, peinada en dos trenzas recogidas sobre las orejas con una raya al medio tan severa que él pensaba que debía de hacerle daño, ese verdugón blanco marcado de la nuca a la frente como una herida sin sangre. *Das Mädel,* la llamaba su padre, con una sonrisa amarga y burlona, *das kleine Mädel*. Su padre con su traje blanco, de pie en la rosaleda, trazando ocioso figuras en el suelo con la contera del bastón, alegre, decepcionado, soñoliento y siniestro, como un personaje de Chejov. ¿Dónde era eso? En el Báltico, en la casa de veraneo. En la época en que tenían una casa de veraneo. El pasado, el pasado. Se tambaleó, como si le hubiesen dado un golpe sin hacer ruido, cerró los ojos un momento y apretó los dedos contra el alféizar para apoyarse, y una especie de hueco se abrió en su interior y no pudo respirar.

Licht subió por las escaleras.

—¿Qué ocurre? —dijo como si estuviera enfadado—. ¿Qué le ocurre?

El profesor parpadeó.

—¿Qué?

—Ella ha dicho que usted…

Se miraron. Licht fue el primero en apartar la vista.

—¿Quién es? —dijo el profesor tras una pausa.

—¿Quién?

—Esa chica.

Licht se encogió de hombros y tarareó una cancioncilla para sus adentros, marcando el ritmo con el pie. El profesor alzó los ojos fatigados hacia la ventana y el brillante día que hacía fuera. El viento seguía soplando, la mosca seguía zumbando. Se volvió otra vez hacia Licht.

—¿Qué les has dicho? —preguntó—. ¿Han pedido quedarse?

Licht frunció el ceño con sosería y continuó tarareando como si no le hubiera oído, mientras rascaba con la uña un poco de pintura descascarillada de la pared que tenía delante. El profesor descendió amenazadoramente un escalón hacia él y se detuvo. De repente notó, sin ningún lugar a dudas, el minúsculo pero calamitoso cambio que se había producido entre ellos.

Entonces Felix: tenía que ser Felix.

Licht habló para el cuello de su camisa.

—¿Qué? —dijo el profesor.

—Flora —respondió Licht y lo miró desafiante—. Así se llama. Flora.

Luego se dio la vuelta y bajó a toda prisa por las escaleras.

La habitación en la que estaba Flora era pequeña y de techo bajo; todo parecía hecho en miniatura, así que se sintió enorme, con las manos y los pies desproporcionados. Además el suelo estaba en pendiente; cuando se levantó de la cama y se dirigió a la ventana, fue como si se inclinara hacia atrás a cámara lenta. Uno de los cristales de la ventana estaba roto y en su lugar habían colocado un trozo de cartón. En el corral iluminado por el sol, unos cuantos pollos escuálidos picoteaban sin ganas en el polvo, y un perro viejo y gordo dormitaba debajo de una carretilla. Cuando se asomó, vio los campos y, más allá, la cresta alargada cubierta de árboles. Había un fuego encendido, unas tenues volutas de humo blanco se alzaban al viento por encima de las copas de los árboles. Volvió al camastro y se sentó con cuidado con los brazos apretados contra los costados y las manos aferradas al borde del colchón. Todavía notaba el balanceo del mar, una mareante sensación de flacidez, como si sus miembros estuviesen llenos hasta arriba de un líquido lento y espeso. No se encontraba bien, no quería estar en esta casa, en esta isla. Cuando Licht la acompañó allí, la cama aún conservaba el calor de alguien que había dormido en ella. Se había tumbado encima de la ropa de cama —una manta parda con una mancha de aspecto sospechoso en el centro, y una sábana hecha, estaba convencida, con viejos sacos de harina— sin atreverse a apartarla. El colchón estaba hundido en el medio, como si hubiesen dejado mucho tiempo en él un cadáver pesado. En el tocador de pino había un cepillo para el pelo con unos cuantos mechones pelirrojos enganchados en las púas. Apoyado contra la pared en un ángulo vigilante, un espejo sucio reflejaba un misterioso brillo azul grisáceo. Pensó en registrar los cajones de la cómoda —le gustaba husmear en las cosas de los demás— pero le faltaron las fuerzas. Colgada de la pared, al lado del espejo, había una reproducción en color de un cuadro arrancada de un libro. La observó sin entusiasmo. Era una escena extraña; ¿qué ocurría? Había una especie de payaso vestido de blanco de pie con los brazos caídos, y varias personas detrás que bajaban por una pendiente hacia un barco que los esperaba, y, a la izquierda, un hombre con una sonrisita ufana a lomos de un burro.

Felix abrió la puerta sin ruido, asomó la cabeza estrecha y sonrió, mostrando el brillo de un diente mellado.

—¿Estás presentable?

Ella no respondió. Se sentía separada de las cosas. Todo a su alrededor era claro y resplandeciente: el espejo inclinado, la ventana con su vista soleada, el globito de cobre en el poste de la cama… pero en cierto sentido todo era pequeño y lejano. Lo mismo podía haber estado al final de un túnel estrecho y profundo asomada al exterior. Felix cerró la puerta a su espalda y fue con esos sinuosos movimientos suyos hasta la ventana, dando la impresión de no rozar el suelo sino de gatear por la pared. No la miró, sino que siguió sonriendo para sus adentros y haciendo gala de su desenvoltura. ¿Por qué lo había dejado entrar a su habitación la noche anterior? No sabía nada de él, nada; sencillamente se había presentado de pronto allí, como alguien a quien hubiese conocido y olvidado en otro tiempo y hubiese vuelto. Eso era lo raro: que no le había extrañado cuando él le sonrió en el pasillo del hotel, puso la mano en la puerta para que no la cerrase, miró a su alrededor a toda prisa y se coló en la habitación llevándose un dedo a los labios. Podría haber sido cualquiera, podría haber pasado cualquier cosa. Era horrible sin ropa, todo piel y huesos y estirado, como un galgo de pie sobre las patas traseras. Qué blancuzco le había parecido en la oscuridad, aproximándose a ella, reluciente, con esa cosa enorme asomando a un lado como algo que hubiera brotado de él, con la cabeza descarada moviéndose de un lado al otro y un ojo oblicuo mirando a todas partes buscando cómo entrar otra vez. Se había retorcido y gemido encima de ella, clavándosela como si estuviese acuchillándola con un gran cuchillo romo. Cuando ella gimió y puso los ojos en blanco, notó cómo él se detenía un segundo y la miraba con una risita y supo que él sabía que ella estaba fingiendo. El vello de él ahí abajo era rojizo y crujiente, como pequeños anillos de hilo de cobre.

—Bonita vista —dijo ahora, y por alguna razón se rio—. Un paisaje precioso. Con esos árboles.

Fue hacia ella, y su reflejo, curvo, estrecho, minúsculo y preciso, se deslizó de pronto sobre el borde de la bola de bronce del poste de la cama a su lado. Se quedó sentada sin moverse, lo miró y una placentera sensación de temor hizo que se le formara un nudo en la garganta; era como la excitación del pánico que sentía de niña cuando jugaba al escondite y algún niño hosco con cara de buey estaba a punto de tropezar con ella en su escondrijo. Vio que Felix iba a intentar besarla y se puso de pie a toda prisa, ágil de pronto como un pez, y pasó escurriéndose a su lado.

—Hace calor —dijo en voz baja—. ¿No tienes calor?

La voz le temblaba. Cualquiera diría que tenía miedo. Una voz dijo burlona en su cabeza: «Y lo tienes, lo tienes». Se inclinó e intentó abrir el ventanuco. Él se le acercó por detrás y dio unos golpes en el marco con los nudillos.

—Está atascada por la pintura —dijo—. ¿Lo ves?

Ella notó su fina sonrisa y pudo oler su aliento grisáceo. Él alargó el brazo y le quitó con habilidad una horquilla y el pelo se le soltó; cogió un puñado, tiró en broma de él y le acercó la boca al oído:

—Pobre Rapunzel —susurró—. Pobre damisela.

Flora cerró los ojos y se estremeció.

—¿Tienes miedo? —susurró él—. No debes tener miedo. No hay peligro. Estamos a salvo. Hemos aterrizado de pie en este lugar.

En el corral los pollos escarbaban entre los adoquines, se detenían, daban unos pasos y volvían a escarbar. El perro se había ido de debajo de la carretilla. Felix le echó el aliento cálido en la

nuca. Todo parecía tan raro. A Flora le ardía la piel.

—¿Hum?

—Tan raro —dijo ella—. Como si yo…

Él le soltó el pelo y, de pronto, lleno de tensa energía, se apartó de ella y recorrió la habitación con la cabeza gacha y las manos detrás de la espalda.

—Sí, sí —dijo con impaciencia—. Todo el mundo tiene la sensación de haber estado antes aquí.

Ella oyó ladrar sin ganas al perro en alguna parte.

—Ese hombre —dijo ella—. Pensé que iba a…

—¿Quién?

—Ese viejo.

Él soltó una risa sedosa.

—¡Ah!, has conocido al profesor, ¿eh? —dijo—. ¿Al gran hombre?

—Estaba de pie en las escaleras. Él…

—¿Sabes quién es? —sonrió; parecía enfadado; ella le tenía miedo.

—No —dijo vagamente—. ¿Quién?

—¡Ah!, te gustaría saberlo, ¿eh? —la miró de reojo con astucia—. Es famoso.

—¿Ah, sí?

—O al menos lo era —dijo con una risotada—. Podría contarte un secreto sobre él, pero no quiero.

Ella apoyó la espalda contra el marco de la ventana, se cruzó de brazos, balanceándose y lo observó ir y venir por la habitación. Sí, Felix haría cualquier cosa, sería capaz de cualquier cosa. Quería que la golpeara, que la tirase al suelo y se le echara encima y se hartara de pegarle en la boca sanguinolenta. Se imaginó vestida de blanco, sentada en un pequeño café a la orilla del mar en algún lugar de Italia o del sur de Francia, donde él la había llevado, con el viento cálido soplando y las palmeras haciendo ruido y el mar de un azul vívido como en los cuadros, y ella tan pálida y calmada y la gente mirándola y queriendo saber quién era mientras seguía allí sentada con su vestido fino y claro, retorciéndose un poco de dolor, disfrutando en secreto del lento calor de los moratones ocultos, esperando a que él llegara a pie por el paseo marítimo con las manos en los bolsillos, silbando.

Luego de algún modo volvió a estar en la cama mirándose los pies descalzos sobre la alfombra azul y gris del suelo, con Felix sentado a su lado y acariciándole la mano.

—Puedo darte tanto —le decía con fervor, en un tono repleto de vibrante falsedad—. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella suspiró. No le estaba escuchando.

—¿Qué? —dijo—. Sí —y luego, en tono más distante— : Sí.

¿De qué hablaba? De amor, supuso; siempre hablaban de amor. Él sonrió, buscándole los ojos, escrutando todo su rostro. Detrás de su hombro, como si fuese otra versión de él en miniatura en un espejo lejano, el hombre del borrico en el cuadro le sonreía regodeándose.

—¿Serás mi esclava, entonces, y harás todo lo que te pida? —dijo en tono de broma. Alzó una mano, la puso despacio en uno de sus pechos y levantó su leve peso—. ¿Lo harás, Flora?

Sus ojos negros la miraron brillando con maldad y alegría. Fue como si estuviera mirándola por el ojo de una cerradura, espiándola y riéndose. Hasta ahora no había pronunciado su nombre. Ella asintió en silencio con los labios separados.

—Bien, bien —murmuró él.

Rozó su boca con la de ella. Flora volvió a notar su olor rancio y mohoso. Luego, como si la hubiese puesto a prueba y hubiese quedado complacido, le soltó la mano, se puso en pie con agilidad y fue hacia la puerta. Una vez allí se detuvo.

—Claro —dijo alegremente—, quien algo da algo recibe, ¿verdad?

Le guiñó el ojo y se marchó.

Ella se miró la mano donde él la había dejado, sobre la cama. Su pecho todavía notaba el espectro de su roce. Se estremeció como si una brisa fría le hubiese soplado en la espalda y las paletillas se estremecieron como dos alas plegadas. A su alrededor, el día parecía la noche. Sí, eso era: una especie de noche luminosa. Y yo estoy soñando. Sonrió para sus adentros, una fina sonrisa como la de él, y apartó las sábanas, se tumbó con cuidado en la cama y cerró los ojos.

Cuando el profesor Kreutznaer bajó por fin a la cocina, los fogones estaban encendidos y Licht freía salchichas en una sartén ennegrecida. El profesor se detuvo en el umbral. La rubia estaba sentada con la chaqueta negra por encima de los hombros, un codo sobre la mesa y la cabeza apoyada en la mano, mirándolo con aire ausente y la cámara en la mesa delante de ella. Una nube de humo espeso giraba despacio en el aire. El más pequeño de los niños mordisqueaba una corteza de pan, la niña estaba sentada con los ojos rojos y las manos en el regazo. Y ese anciano personaje con la chaqueta de vendedor de golosinas, ¿qué era?, ¿qué eran todos ellos? ¿Un circo ambulante? Esta vez Felix se había superado a sí mismo. Licht le estaba diciendo algo, pero él no hizo caso y entró en la habitación y se sentó con el ceño fruncido a un rincón de la mesa. El de la chaqueta de rayas se aclaró la garganta e hizo ademán de levantarse de la silla.

—Me llamo Croke —dijo cordial, luego vaciló—. Nosotros… —miró a Sophie en busca de apoyo—. El maldito barco encalló —dijo—, el supuesto capitán…

El profesor contempló las vetas en espiral de la mesa y asintió con la cabeza. El silencio zumbó.

—Íbamos en un barco —dijo Sophie en voz alta, como si pensara que el profesor debía de ser sordo—. Chocó con algo en el puerto y estuvo a punto de zozobrar —señaló sus zapatos en la estufa—. Tuvimos que meternos en el agua.

El profesor volvió a asentir con la cabeza sin mirarla. Daba la sensación de estar pensando en otra cosa.

—Sí —dijo—. Las mareas aquí son muy traicioneras.

—Sí —ella miró a Croke y los dos apartaron la vista enseguida para no reírse.

Licht apartó la sartén del fogón y puso las salchichas quemadas en los platos con un tenedor, sonriendo nervioso, asintiendo con la cabeza todo el tiempo y haciendo todo el ruido posible. No miró al profesor. La cocina olía a té.

Felix entró muy bullicioso, frotándose las manos y sonriendo, se sentó al lado de Pound, cogió una salchicha del plato del niño, mordió un trozo y volvió a dejarla en él.

—Ñam, ñam —dijo, masticando—. Qué rica.

Algo se inclinó absurdamente por un segundo. Todos esperaron, mirando de Felix al profesor, notaron que el aire se tensaba entre ellos al otro lado de la mesa. El profesor, con el ceño fruncido, no levantó la vista. Pound miró con hosca indignación su salchicha mordisqueada.

—Bueno —dijo Sophie para interrumpir el silencio—, ¿cómo está la Bella?

Felix adoptó un gesto inexpresivo un momento y luego asintió muy serio.

—No se encuentra bien —dijo—. Le duele la cabeza. Tiene un poco de vértigo, ya me

entiende.

Croke le dio un codazo a Sophie por debajo de la mesa y le susurró con brusquedad al oído:

—Fulminada por nuestro amigo Espina-Venenosa.

Sophie bajó apenas los párpados y sonrió vagamente.

De pronto, como si hubiese estado ensayándolo para sus adentros, Felix se puso en pie, se inclinó al otro lado de la mesa y le tendió la mano al profesor.

—Es usted muy amable por acogernos —dijo con una risa entrecortada, esquivando la mirada del profesor—, muy amable, sí, gracias.

El anciano miró sin expresión la mano que le tendía y, al cabo de un segundo, Felix la cerró como una navaja y la retiró.

—¿Puedo hacer las presentaciones…? Este es el señor Croke, y esta es Sophie, y la pequeña Alice, y Patch…

—Hatch —dijo Hatch.

—Quería decir Hatch. ¡Ja, ja! Y Pound… ¿Pound? Sí —un murmullo, pies arrastrados. Se sentó—. ¡Uf!, menudo asunto —dijo—. Creo que ese capitán estaba borracho. Se lo dije, sí, se lo dije: «¡Recuérdelo, será usted responsable!». Un recorrido por las islas, nos dijeron; un crucero de placer. ¿Qué placer?, pregunto, ¿qué crucero? Mírenos: ¡parecemos los robinsones suizos! —se rio exageradamente, con los hombros estremecidos, y se detuvo un momento, lamiéndose los labios con la punta brillante de la lengua—. Esta casa, señor —dijo en voz baja, en un tono casi confidencial—, el jardín, esos árboles de ahí —añadió señalando con el dedo—, tengo que decirle que todo es muy bonito, muy bonito y agradable. Espero que no seamos una molestia. Estaremos aquí muy poco tiempo. Un día. Menos de un día. Una tarde. Tal vez una noche, no más. Siempre he pensado que el crepúsculo es precioso en estas latitudes: esta luz grisácea, estas sombras temblorosas. Me recuerdan a mi pintor favorito, ¿sabe a quién me refiero? —se quedó pensando un momento, sonriendo y mirando hacia arriba, de perfil, luego volvió a mirar al profesor y sonrió—. Creo que apenas notará usted que estamos aquí. Nuestras alas —hizo un movimiento ondulante con las manos— apenas agitarán el aire.

Se hizo otro silencio y todos volvieron a quedarse muy quietos, esperando a que hablase el profesor. Pero el profesor no dijo nada, y Felix se encogió de hombros, le guiñó el ojo a Sophie e hizo una mueca de cómica impotencia. Licht se volvió hacia los fogones con el gesto torcido y los hombros encorvados, como si se le hubiera caído algo y estuviese esperando oír el ruido. Un sollozo entrecortado cogió a Alice de sorpresa, tragó saliva, miró a toda prisa a Hatch y se ruborizó. Felix golpeó los dedos contra la mesa y canturreó en voz baja:

¡Din din!
¡Don don!

El sol brillaba en la ventana, el viento hizo que la puerta trasera se estremeciese en su cerrojo.

—Sí que está agria la leche —dijo Pound—. ¡Dios!

El salón, como lo llaman, es una habitación larga, estrecha, de techo bajo y muy abarrotada con ventanas que dan al mar. Huele como los vagones de ferrocarril de mi juventud. Aquí, en el aire pardo e inmóvil, viven su vida secreta muebles grandes y borrosos, butacas desgarbadas y un enorme sofá lleno de bultos, una mesa alta cuadrada con las patas nudosas, un escritorio con tapa

de persiana del que asoman veinte o treinta papeles manoseados como una veintena de lenguas. Todo está detenido, como si un día antes hubiese ocurrido algo y las personas que viven aquí hubieran dejado en el acto lo que estaban haciendo y hubiesen corrido fuera para no volver más. Aun así el salón espera todavía, dispuesto a empezar otra vez como un reloj parado. Me siento en mi sitio al lado de la ventana mientras tomo mi té matutino, encajado cómodamente entre una alta librería y una mesita donde hay un helecho seco en un bote de cobre; detrás de mí, sobre mi cabeza, en un buró bajo una campana de cristal, un búho disecado sujeta con indiferencia en una garra enmohecida a un ratón comido por la polilla y que manifiesta un curioso desinterés. Desde donde estoy veo un poco de césped, un rosal ya en flor y un viejo barril lleno de agua de lluvia en la esquina de la casa.

Pienso para mis adentros: «Mi vida es una ruina, una casa abandonada, un lugar desierto». La misma idea, de una forma u otra, se me ha ocurrido al menos una vez al día, cada día, desde hace años; ¿por qué entonces me sorprende cada vez como si fuese nueva?

Tengo mis días buenos y malos. Adivinen qué es este.

Té. Hablemos del té. Para mí, tomar el té es un placer ceremonial y solitario. Prefiero un Darjeeling superior; recuerdo que había una tienda en París, ¿cómo se llamaba?, donde preparaban una mezcla excelente y una o dos onzas costaban unas pocas rupias. Aunque también me parece aceptable un buen Keemun en caso de apuro. Luego está la cuestión de la taza: incluso el peor brebaje de Licht tendrá un sabor medio decente si se sirve en, digamos, en una taza antigua Royal Doulton de color azul huevo de pájaro con el borde dorado. Me encanta la porcelana fina, la idea misma, quiero llevarme todo, taza y platillo y demás, a la boca y apretarlo un rato entre los dientes, como merengue. El té sabe a otras vidas. Cierro los ojos y veo a los recolectores agachados en las verdes colinas, con la ropa color azafrán y las manos finas del color marrón de las hojas; veo los muelles bulliciosos donde unos tipos medio muertos de hambre con piernas como bastones africanos asomando de unos pantalones cortos harapientos jadean con el pecho cincelado en madera y se llaman unos a otros como loros; incluso veo los talleres de cerámica donde una tarde de verano a finales del siglo XIX un aprendiz con el labio leporino y una hermana ciega esperándole en una casucha en un callejón pestilente torneó esta taza a partir de una arcilla blanca como una nube. ¡Vidas, otras vidas!, miles de ellas, destiladas en este dedal de placer perfumado…

¡Oh, basta!

El filósofo pregunta: «¿Puede el estilo de un malvado tener alguna unidad?».

El salón.

Fuera estaba oscureciendo. Una nube apelotonada, de color plomo con el borde ardiendo como magnesio había aparecido delante de la ventana. Se produjo una quietud crepitante que presagiaba lluvia. Me gustaría saber qué causa este silencio expectante. Supongo que la presión del aire cambia, o que la lluvia inminente humedece de algún modo el viento. Debería haber estudiado meteorología, haber aprendido cómo funciona todo, el flujo caótico y la riada de las cosas, las corrientes de aire, el viento, las nubes, estas vastas nadas que se mueven de aquí para allá sobre la tierra.

Flora sueña con el mundo dorado.

Mundos dentro de mundos. Sangran unos en otros. Estoy al mismo tiempo aquí y allí, entonces y ahora, como por arte de magia. Pienso en la quietud que habita en la profundidad de los espejos. Lo que se refleja ahí no es nuestro mundo. Es otro lugar totalmente distinto, otro

universo, que imita con astucia el nuestro. Allí todo es posible; incluso los muertos pueden volver a la vida. En el cristal aparecen imperfecciones, el azogue se desprende y revela a los habitantes de ese mundo paralelo e invertido que se pasan la vida desapercibidos. Y a veces el cristal se convierte en aire y lo atraviesan sin hacer ruido y se internan en mi mundo. Aquí llega ahora Sophie, descalza, todavía con la chaqueta de cuero sobre los hombros, y el tiempo resplandece en su marco.

Se detuvo en la puerta y contempló los muebles enormes y oscuros amontonados en la parda penumbra, y de inmediato acudió a su cabeza la música ruidosa de un organillo y vio a la niña de pie en la ventana por encima de una amplia avenida, con una luz grisácea como esta y las hojas muertas arrastradas furtivamente por el viento de aquí para allá por la acera. Asaltada por los recuerdos, se hundió en un rincón del sofá, encogió las piernas y las dobló debajo de ella mientras se masajeaba el empeine amoratado. Había tantas cosas que estaba cansada de recordar, las buenas igual que las malas. El apartamento en la Kirchenallee, el piano vertical al lado de la ventana donde practicaba las escalas las interminables tardes invernales, con los dedos rígidos por el frío y las rodillas entumecidas. El olor a almendras y a café de verdad, al polvo en las cortinas donde apoyaba la cabeza mientras veía pasar a la gente por las anchas aceras desnudas de la ciudad en ruinas, encorvada y apresurada, con bolsas o paquetes debajo del brazo, igual que las personas de un noticiario. Su madre en la cocina, vendiendo medias de seda y cigarrillos norteamericanos de una maleta abierta sobre la mesa, hablando y hablando con esa voz rápida y chillona que sonaba siempre como si en cualquier momento pudiera romperse y saltar en pedazos igual que una bombilla que se hace añicos. Los clientes eran furtivos, tímidos, resentidos; Frau Müller, que cojeaba; el hombre sudoroso, con el rostro grisáceo y el traje apretado; la chica delgaducha del café al otro lado de la calle. La miraban con aire culpable, con sonrisas débiles e implorantes al cruzar el salón, ocultando lo que habían comprado; qué despacio, con qué cuidado cerraban la puerta al salir, como si temieran romper algo. Pensaba que había conseguido olvidar todo eso, pensaba que lo había desterrado de su memoria, y aquí estaba otra vez. El pasado se burlaba de ella con su simplicidad y su completitud.

¿Ven cómo también para ellos el espejo se vuelve transparente y ese mundo azogado avanza y los envuelve en su gélido abrazo?

Deseó estar en su cuarto oscuro, en esa luz densa, roja, aórtica, observando las figuras oscurecerse y cobrar forma bajo el agua, nadando hacia la superficie para ir a su encuentro. Las cosas para ella ya no eran reales hasta que las había filtrado por una lente. ¡Qué claro, minúsculo y detallado parecía todo en el interior de esa pequeña caja oscura de luz!

Humildemente, las primeras gotas de lluvia golpearon el cristal de la ventana.

Todo ahí fuera, ¡oh!, todo ahí fuera.

¿Y si, me pregunto, y si un día despertase tan asqueado de mi ser físico que mi carne ya no pareciera habitable? Menudo tormento: una babosa retorciéndose en sal.

Sophie.

Sophie se miró las manos y suspiró y cerró los ojos un segundo. Se sintió mareada. Notaba una especie de zumbido en la cabeza. Era como si hubiese estado girando en círculos y se hubiese detenido de pronto. Cuando era niña, su padre la cogía de las manos y le daba vueltas y vueltas en el aire hasta que los pies parecían llenársele de plomo y le crujían las muñecas. Era como volar en un sueño. Luego, cuando la soltaba y ella se quedaba mareada, todo seguía dando vueltas a su alrededor como un carrusel inmenso y destartalado. Y a veces se asustaba y pensaba que lo que veía era el movimiento de la Tierra, del planeta mismo girando en el firmamento. En

realidad nunca había perdido ese miedo de caer en el espacio. Aún había momentos en los que se detenía de pronto, igual que un actor abandonado en mitad del escenario, olvidados los versos, con los ojos desencajados y boqueando como un pez fuera del agua. Sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolsillo de la chaqueta de cuero y encendió una cerilla. Hizo una pausa, observó como la llama se extendía por la madera y reparó en el leve temblor de su mano. Era como hacer reír a un actor cuando tenía que hacerse el muerto. Se imaginó aquí en la cama, en un cuartito anónimo en lo más alto de la casa, tumbada en paz con las manos sobre la fría sábana doblada, mirando la luz del mar a través de las ventanas cubiertas de salitre y las gaviotas chillando y haciendo círculos. Estar ahí, ser intrascendente; olvidarse de sí misma, siquiera un ratito; detenerse; estarse quieta; estar en paz.

Tenía la idea de que su padre estaba vivo en alguna parte, un fugitivo al sur del trópico, en algún islote selvático, tal vez; lo imaginaba viejísimo, arrugado y alegre y perverso, sentado cómodamente a la sombra ante una cabaña de adobe, atendido por una mujer india de nariz chata mientras niños desnudos, morenos y suaves como el barro correteaban a sus pies, con un río ancho de color chocolate a su espalda, y detrás el enorme muro de la selva, chirriante, verde negruzca, impenetrable. Quería que hubiese sido importante, espantoso, un hombre perseguido; era su fantasía secreta. Lo habían esperado día tras día en el gélido apartamento (era raro lo pesado que parecía el frío, una especie de sustancia pétrea e invisible suspendida inmóvil en el aire), luego semana tras semana, después las semanas se convirtieron en meses, los meses, en años, y no volvió. Pensaba en él como la última vez que lo había visto, bajando las escaleras con un petate al hombro. No recordaba su rostro, pero sí la ligereza con que había bajado los escalones, silbando, con el pelo repeinado y la raya bien marcada desapareciendo de su vista. El dolor, el dolor espantoso de haber sido abandonada le había sorprendido, igual que le sorprendía siempre en esos días, como noticias llegadas de otro mundo, el grande, el de verdad, donde no quería tener que ir, pero al que cada día le acercaba un poco más. Ella tenía seis años cuando él se marchó. Su madre se tumbaba de noche en la cama y lloraba; una noche tras otra, Sophie la oía desde el otro lado del pasillo, gimiendo, tragando saliva, metiéndose la almohada en la boca, intentando contenerse, intentando que no la oyera, como si estuviera haciendo algo vergonzoso, algún acto vergonzoso.

Se oyeron ruidos en la puerta y Croke entró con cuidado, primero una garra grande con manchas hepáticas, luego la cabeza aún más grande, después las rodillas y por fin la espalda encorvada. Contempló la habitación y no la vio acurrucada en el rincón en sombra del sofá. Avanzó hacia la ventana pisando la alfombra con los andares pausados de un camello, como si anduviera un paso por detrás de sus piernas, con la cabeza alargada balanceándose sobre el cuello encorvado. La lluvia caía con fuerza, como un aluvión de luz sucia. Se puso las manos detrás de la espalda y se asomó sombrío, con los labios fofos apretados como si estuviese intentando recordar cómo silbar.

—¡El mundo dorado! —murmuró, en un tono de profundo asco.

Se tiró un pedo, cerrando un ojo y torciendo el gesto. Al oír la risa suave de Sophie dio un respingo sobresaltado y la miró con cara de espanto por encima del hombro.

—¡Dios! —gritó—. ¿Es que quiere usted matarme? —movió los dedos hacia ella como si estuviese asperjándola con agua—. ¡Sentada ahí como un fantasma!

Ella se volvió a reír. Era un zafio: cuando tropezó en el puente y la ayudó, sus manazas la habían sobado por todas partes. Se estremeció al recordar el tacto de su brazo de viejo, la carne resbaladiza como un pescado dentro de la manga y, por debajo, el hueso duro y afilado como un

arma antigua. Ahora empezaba a andar agitado describiendo un pequeño círculo mientras murmuraba para sus adentros y negaba con la cabeza. Se detuvo y se miró los pies.

—Todavía tengo los zapatos empapados —dijo y soltó su risa gargajeante—. Chorrean como una fulana insatisfecha. ¡Ja! —la miró, pero ella no dijo nada y él echó a andar de nuevo. Se detuvo y volvió a mirar la lluvia con gesto torvo. El mundo ahí fuera se había convertido en una mancha borrosa gris y ondulante.

Silencio. Imagínalos allí, dos figuras bajo la luz lluviosa. Algo, algo salido de la infancia.

—Estaba intentando pensar… —dijo Croke— en el nombre de esa cosa donde guardan la hostia para mostrarla en la exposición del Santísimo. ¿Cómo lo llaman? Esa cosa con forma de sol que levanta el cura. ¿La ha visto alguna vez? ¿Cómo se llama? Llevo toda la mañana intentando acordarme —suspiró—. Y eso que fui monaguillo —se volvió resuelto hacia ella, pensando que se reiría—. Lo fui.

Pero ella no estaba escuchándole. Seguía sentada y se balanceaba con los brazos cruzados y la mirada fija en el suelo. Croke se encogió de hombros, se giró y toqueteó los botones de un enorme y anticuado aparato de radio que había en una mesita al lado de la ventana. La luz verde de sintonizado se encendió, un ojo pulsátil, y a medida que fueron calentándose las válvulas, se fue oyendo un crepitar lejano, como si fuese el ruido del mismo pasado lo que estaba atrapado allí entre las bobinas y los filamentos relucientes. Giró la rueda y entre el ruido de los parásitos emergió una voz, diciendo palabras incomprensibles, distantes. Croke escuchó un momento con los ojos entornados y luego la apagó.

Felix entró. Al ver a Sophie dudó y dejó que su mirada se volviera inexpresiva y vagase por la habitación. A Croke no le hizo el menor caso.

—¡Menudo sitio! —dijo—. ¿Sabe que no tienen teléfono?

Ella lo miró con los ojos entornados por el humo del cigarrillo. Lo había oído arrastrarse por el pasillo del hotel la noche anterior, hasta que esa furcia le dejó pasar, estaba segura de ello. Había estado utilizando la mano como cenicero y ahora sostuvo la colilla humeante del cigarrillo en alto y miró a su alrededor con el ceño fruncido. Felix fue con elegancia hasta la repisa de la chimenea, encontró un platillo y se lo llevó. La observó con lo que casi parecía ternura mientras ella se inclinaba hacia delante y aplastaba la colilla. La última, acre, voluta de humo fue como algo amargo y brusco que alguien hubiese dicho. Alzó la mirada un instante y luego la apartó.

—¿Sabe quién es? —preguntó—. El profesor. ¿Lo ha reconocido?

Ella se encogió de hombros y él movió la cabeza en un gesto de reproche.

—*O fama…!* —soltó un suspiro histriónico.

—Pues dígamelo —dijo picada—. Dígame quién es.

—Alguien famoso, un hombre famoso.

Ella parecía escéptica.

—¿Ah, sí?

Él asintió con la cabeza con fingida solemnidad y se puso un dedo al lado de la nariz. Ella se ruborizó y dijo con brusquedad:

—¿No debería ir a ver si la princesa duerme profundamente?

Aun así Felix se inclinó hacia ella con su traje marrón abotonado y su corbata deshilachada, un hombre contenido y circunspecto, con una sonrisa espasmódica y una ceja arqueada, observándola. Ella se subió el cuello de la chaqueta alrededor de la garganta.

—¿Qué soy yo —dijo él—, me gustaría saber el Príncipe Encantado o la Bestia? —ella no respondió y Felix acercó su rostro sonriente y le preguntó en voz baja—: ¿Está usted celosa?

Sophie se rio a carcajadas.

—¿De quién, de ella?

Él lo negó con un gesto.

—Quería decir de mí.

Ella abrió mucho los ojos y lo miró fijamente con una sonrisa desdibujada y no dijo nada. Croke se quedó inmóvil con la cabeza en alto, como si estuviese escuchando algo a lo lejos, un eco de esa voz salida del éter. (Ese objeto dorado, como una especie de estallido solar, con las asas doradas y la base cuadrada, y la etiqueta del precio todavía en el empeine de la zapatilla del cura cuando hacía una genuflexión; el olor a incienso y a cera de vela, el carnoso olor de los lirios… ¿Cómo se llamaba?) Hubo una racha de viento, y la lluvia susurró despacio como arena empujada por el aire contra el cristal. Felix se apartó de Sophie con un ademán ostentoso y empezó a andar arriba y abajo por la habitación con un trote equino, en apariencia muy pagado de sí mismo, tarareando para sus adentros y sonriendo. Se detuvo para examinar el búho disecado, con la cabeza estrecha inclinada en ángulo y los labios fruncidos. Una mancha de luz plateada brillaba en el hueco de su mejilla. Sacó del bolsillo de la pechera una cigarrera de oro fina y abollada, sacó de ella un cigarro y lo sujetó entre los dedos índice y corazón de la mano izquierda.

—Veo que de algún modo consiguió que no se le mojara el tabaco —dijo Croke desde la ventana, pero siguieron sin hacerle ni caso.

—Usted y yo no hemos hablado de verdad —le dijo Felix a Sophie por encima del hombro, frunciendo el ceño al mirar al búho. Una cinta de humo salió de la comisura de sus labios. El pájaro le devolvió la mirada con una fijeza apoplética—. Yo creo que deberíamos, ¿usted no?

De pronto, la lluvia cesó, el sol salió tembloroso y afuera todo brilló y goteó.

—¿Hablar? —dijo Sophie—. ¿Hablar de qué?

—¡Oh!, de cualquier cosa. De todo. Estoy intentando ser amistoso, ya me entiende.

Sophie miró pensativa su espalda delgada un momento.

—¿Quién es?—dijo—. El anciano.

—¿Qué? Ya se lo he dicho: un hombre famoso. En el pasado. Un profesor de Bellas Artes —pareció encontrarlo muy divertido—. ¡Oh, sí —dijo, riéndose sin ruido, moviendo un hombro huesudo—, un gran entendido en bellas artes!

Ella lo observó con la cabeza ladeada.

—¿Por eso ha venido usted? —preguntó ella—, ¿por él?

Esta vez él se rio casi con timidez y se llevó la mano al pelo teñido.

—No, no —murmuró encantado—. El azar…, ¡el puro azar!

Sophie asintió con la cabeza, sin creerle.

—Él no parece haberle reconocido a usted —dijo.

—Sí… ¡Oh, vaya que sí! Aunque tal vez prefiera olvidar —le echó una mirada sonriente—. A lo mejor usted podría volver a hacerle famoso —se quitó el cigarro de los labios y se llevó una cámara invisible a los ojos—. Clic, clic, ¿sí? El gran hombre sentado a su escritorio —imitó el acento de ella.

Sophie se levantó del sofá, alisándose el vestido, atravesó la habitación y se detuvo con una mano en el picaporte y la otra sujetándose todavía la chaqueta alrededor del cuello.

—Es usted un farsante —dijo.

—Falso, sí —respondió enseguida él, acercándose, con los feroces labios apretados—, pero no un farsante. Pregunte al profesor: él sabe de estas cosas —avanzó un paso hacia ella con

impaciencia, se detuvo y se quedó con las manos en los bolsillos de la chaqueta y la cabeza hacia atrás, mirándola por encima de la nariz y sonriendo cordial, con el cigarro entre los dientes y el humo saliéndole de la boca curvada—. ¿Qué dice? —dijo—. ¿Nos peleamos?

Ella dudó, bajó los ojos y miró el lugar donde él estaba. Se imaginó adelantándose sin decir palabra y golpeándole hasta hacerle caer de rodillas, casi le pareció ver la sombra oscura de la sangre en su cabeza y notar cómo una exultación irresistible le agitaba el corazón; atravesaría a la carrera el espacio que los separaba, con un brazo hacia atrás como si tendiera un arco, ligera, alada, dando un leve saltito, el suelo sería como aire sólido bajo su paso, y luego notaría el crujido del puño contra la carne y oiría la risa de él y sus gritos al caer con estrépito con los miembros torcidos, como una muñeca de madera. Tembló, se volvió de pronto y salió, dejando que la puerta se cerrara tras ella con un chasquido descuidado.

Felix se volvió hacia Croke con las cejas arqueadas y las palmas vacías de las manos vueltas hacia arriba con impotencia, alzó los hombros y suspiró.

—Oiga —dijo Croke—, usted parece saber de estas cosas: ¿cómo se llama eso que el cura sostiene en alto en la exposición del Santísimo?

Se lo mostró, alzando las manos entrelazadas. Felix lo observó con atención, luego sonrió despacio y le puso un dedo delante de la cara.

—¡Ajá! —dijo, con una risa de reproche—, intenta tomarme el pelo, ¿eh?

El sueño de Flora se ha ensombrecido. Ahora vaga de noche por un lugar boscoso. Los árboles la rodean, agitan sus ramas y murmuran entre ellos como los asistentes enmascarados a una ceremonia. Por encima, el cielo brilla iluminado por el resplandor azul humo de la primavera, pero por donde ella va todo es penumbra y falsas sombras, rodea el círculo de árboles, buscando en vano una salida. Hay personas vagamente presentes, quietas como estatuas, Sophie y los niños, el viejo Croke con su sombrero de paja, y alguien más cuyo rostro no distingue, que está en el centro del claro, inmóvil como si colgara suspendido de hilos invisibles, una figura reluciente vestida de blanco, desconsolada y dolorida, que no se mueve ni habla. Felix se le acerca a lomos de un burro de pantomima, trotando sobre sus propios pies con el animal disecado entre las piernas. Acerca su rostro al de ella, se ríe, se pone bizco y saca sugerente la lengua rosada y puntiaguda. Ella repara en que el burro, aunque está hecho de algún material grueso y peludo, está vivo; la mira implorante y ella reconoce a Licht, apretado dentro de la gruesa piel. Flora huye, pero no hay salida, y oye a Felix tras sus talones, su risa, el tintineo de los arreos y los jadeos ásperos y quejosos del pobre Licht. Por fin corre hasta la figura inmóvil vestida de blanco y descubre que se ha convertido en un tubo hueco de tela gruesa, y que dentro hay una escalera, y sube por ella tirando del grueso tejido. Nota un olor mohoso que le recuerda a su infancia. En la oscuridad sube los pequeños escalones, llega a la máscara vacía que es la cara de la figura, encaja en ella su cara y mira a través de los agujeros las vastas y silenciosas distancias del día que declina y comprende que por fin está a salvo.

Subí campo a través hasta la cresta cubierta de robles. Noté que las manos me temblaban; nada como una visita para hacer que la adrenalina fluya por la sangre. La lluvia había cesado, pero la hierba estaba húmeda. Otra nube oscura se alzaba enorme sobre los árboles como un ogro con los brazos extendidos. El bosquecillo no podía estar más verde y había campanillas y ajos

silvestres e incluso un ramillete de prímulas aquí y allá, agitándose en una orilla musgosa o asomando coquetos en el tronco podrido de un roble derribado por una tormenta. Los árboles reverdecían lánguidos, justo en ese momento en el que le gustaba capturarlos a Corot. Todo muy bonito, y muy verosímil también, aunque no podía dejar de pensar que parecía colocado allí para otra persona, alguien más amable que yo, menos corrompido, sin ese tufillo a azufre que sospecho que me precede allí donde voy. En el claro ardía aún sin llama la hoguera que había encendido ayer; enseguida la devolví a la vida. Poco después empezó a llover de nuevo, al principio sin ganas, golpeando las hojas muertas sobre mi cabeza y luego como una sábana blancuzca que ondeaba entre los árboles y silbaba al caer en el fuego. Me quedé con la cabeza gacha y los brazos colgando en los costados y la lluvia corrió sobre mi cuero cabelludo y mis cejas y resbaló por mi cara como lágrimas hasta caer en gruesas gotas de mi barbilla. A veces me gusta abandonarme así a los elementos. Nunca he sido de esos que adoran a la naturaleza, pero reconozco cierto valor terapéutico en la contemplación de los fenómenos naturales; creo que tiene que ver con la indiferencia del mundo, quiero decir el modo en que al mundo le traemos sin cuidado, igual que nuestra felicidad, o nuestro sufrimiento, el modo en que espera ahí mirando hacia arriba, murmurando para sus adentros en un idioma que no podemos entender. Incluso alguien como yo podría aprender humildad de ese ejemplo inquebrantable de resistencia y pocas esperanzas. Nada sorprende a la naturaleza: los hechos más terribles, los crímenes más espantosos dejan impasible al mundo, como puedo atestiguar. Algunos lo encuentran desasosegante, lo sé, y arremeten contra todo lo que los rodea buscando con rabia una respuesta, aunque nada sirve, ni siquiera la antorcha. A mí, en cambio, me consuela este desapasionamiento universal…

Pero basta, basta; ya he empezado a generalizar otra vez. Eso es lo que ocurre cuando se pone uno filosófico. La naturaleza no existía hasta que la inventamos una dieciochesca mañana radiante de luz alpina.

El caso es que estoy bajo la lluvia con la cabeza gacha en mi pose de penitente. De pronto, aunque no había visto ningún rayo, un trueno tremendo retumbó justo sobre mi cabeza e hizo estremecerse a los árboles, me dio un susto espantoso. Imagina que te golpea un rayo salido de la nada, o de una nube gris. Se acabó la indiferencia del mundo; eso podría llamarse una falacia patética. O tal vez el rayo galvanizara a este pobre monstruo inerte que soy. En ese caso, Dios sabe que al mundo más le valdría tener cuidado, oh, sí.

La lluvia cayó con fuerza y luego cesó casi de repente. Una tormenta en mayo; qué bien suena. Pensé que mi vida es como un barco pequeño y que debo sujetar con firmeza la caña del timón contra las rachas de viento y las olas, y que en ocasiones, como esta mañana, la suelto por alguna razón y la vela flamea inútil y la pequeña embarcación se balancea y va de aquí para allá empujada por las olas. Me gustan estas formulaciones, como si concebir el mundo de este modo equivaliera a dominarlo. (¿Dominarlo? ¿He dicho dominarlo? Tal vez no sea tan impasible ante la indiferencia de la naturaleza después de todo.) Sí, un pequeño esquife, y yo en él, en las aguas insondables.

Cuando pasó el chubasco y volvió a salir el sol, me quité la camisa y la retorcí entre dos palos al lado del fuego para que se secara. La brisa rozó mi espalda desnuda y me puso la piel de gallina. Me miré; reparé en que estaba empezando a tener tetas; me reí y me acurruqué al lado del fuego para calentarme. Las llamas vacilaron entre la madera húmeda y se me metió el humo en los ojos. Cuando Hatch y Pound se encontraron conmigo, incluso Hatch retrocedió al principio, inseguro ante esta criatura grande, semidesnuda y goteante con los ojos rojos, el

hombre salvaje del bosque, acuclillado con los brazos alrededor de las rodillas y observándolos con los párpados entreabiertos. Luego avanzaron circunspectos y se plantaron a mi lado y los tres contemplamos el fuego. En torno a nosotros el viento soplaba húmedo entre los árboles, las hojas goteaban y la húmeda luz del sol destellaba. Cada racha traía consigo el rumor del mar: el leve y lejano golpear de las olas y el silbido del agua al correr sobre los guijarros. Cerré los ojos y el pasado fue como una melodía que hubiera olvidado y que estuviese empezando a recordar, la oí en mi imaginación, una música minúscula, fina y conmovedora.

—¿Cómo se llama este sitio? —preguntó Hatch.

—El País de los Sueños —respondí, y ellos se rieron sin convicción y volvieron a sumirse en el silencio.

Los observé con disimulo. Hatch era astuto y desdichado y Pound era más espabilado de lo que parecía. La madre de Pound tenía que haberlos acompañado en el viaje en barco, pero había surgido algo. Miraba el fuego con el ceño fruncido, mordisqueándose el labio. Me habría gustado saber qué habría dicho su madre si hubiese sabido que en ese momento su rollizo niño estaba solo en compañía del ogro mismo en el bosque. A veces me digo a mí mismo que no sé si las autoridades hicieron bien en dejarme libre. Aunque tal vez me conociesen mejor que yo mismo. Estoy seguro de ser inofensivo. Bastante inofensivo. En cualquier caso, ya no soy peligroso. O no mucho.

Hatch no dijo nada; Hatch no tenía madre.

Una fuerte ventolera estremeció los árboles y las hojas mojadas se movieron con estrépito.

—Esto es peor que estar en casa —dijo Pound con repentina vehemencia y les dio una patada a las brasas del borde de la hoguera—. No hay nada que hacer.

Recordé de pronto que, cuando yo era joven como ellos, un domingo de invierno me senté en un bosque de castaños al lado de una hoguera húmeda y humeante como esta al caer la noche y un chico cuyo nombre no recuerdo (Reck, creo que era, o Rice) llegó y nos dijo que habían matado a una mujer de una paliza en la confitería que había calle abajo. Imaginé la escena, distorsionada, temblorosa, con los colores mezclados entre sí, como si estuviese viéndola a través del cristal de una botella, y me sentí asustado e inexplicablemente culpable. Nunca he olvidado ese momento, esa visión súbita y filtrada con sangre, tan intensa como si hubiese estado allí. La primera mancha así en mi vida.

Los chicos me observaron con incertidumbre, esperando que hablase. No dije nada. Debieron de pensar que estaba chiflado. Lo estoy, un poco. Tengo que estarlo, seguro. Sería un consuelo pensarlo.

Un olor cálido, húmedo y esponjoso se alzó de la hierba a nuestro alrededor a medida que el sol secaba la lluvia, y de pronto el verano surgió de la maleza como un hombre dorado, goteando y brillante. Entre los árboles, el brillo azulado del mar. El canto de los pájaros hacía que el aire pareciera chillón.

Los dejé allí y bajé por la pendiente, llevando un bastón y con la camisa, todavía húmeda, a la espalda. El viento se había vuelto más alegre y el sol calentaba. La casa estaba a mis pies, cerrada sobre sí misma. Me senté en una roca al pie de un espino florido. Hay veces en que mi imaginación se apaga, como si algo se hubiese desconectado en mi cabeza. Algunas mañanas cuando me despierto no recuerdo quién soy o qué he hecho. Me quedo acostado un minuto o más, sin ganas de moverme, disfrutando del anestésico del olvido. Es como acabar de nacer. En momentos así, entreveo un ser diferente, sin ennegrecer, pleno de potencial, una especie de niño grande y radiante envuelto en luz resplandeciente. Luego todo vuelve a colarse, extendiéndose

como un líquido lento y espeso por mi imaginación. Sin embargo, a veces incluso cuando estoy despierto, en pleno día, imagino por un segundo, como si anduviese por un lugar oscuro y pasara de pronto por una mancha de luz, que nada de eso ha pasado, que soy lo que podría haber sido, un hombre inocente, aunque sé muy bien que nunca he sido inocente, ni tampoco, ya puestos, lo que puede llamarse en propiedad un hombre. Aun así, contenido pero insistente, persiste el sueño de que de algún modo, por un esfuerzo milagroso del corazón, lo que está hecho podría deshacerse. ¿Qué forma tendría esa expiación que podría hacer que el tiempo retrocediera y devolver los muertos a la vida? Ninguna. Ninguna posible, no en el mundo real. Y no obstante, en mi imaginación, veo con claridad a esta criatura nueva y purificada que surge de mí igual que un prosélito sale empapado del río bautismal entre gritos de alegría.

Sentado allí en mi dura roca debajo del mayo, la casa empezó a cobrar vida a mis pies mientras la observaba. Licht apareció en el corral con comida para los pollos, y encima de él, en el primer piso, se abrieron de pronto con teatralidad las cristaleras y Sophie salió al balcón con su cámara de fotos. En una ventana más arriba vi haraganeando borroso a Felix con su rostro moreno y alargado y los ojos brillantes. Alice estaba subiendo las escaleras, la vi en los sucesivos rellanos, una figura pequeña y solemne, ascendiendo decidida, primero a la derecha, luego a la izquierda, y luego el cristal esmerilado de la ventana del baño se volvió blanco por un instante cuando entró y cerró la puerta a su espalda. El profesor iba y venía en la habitación de la torre, una sombra que se movía recortada contra la luz de las ventanas que tenía alrededor, y ahora, al volverse, la veleta del tejado giró con él empujada por la brisa, y sonreí por esta pequeña coincidencia que solo yo había visto.

Era a Flora a quien buscaba en vano, claro, los demás me importaban lo mismo que otros tantos gusanos en un trozo de queso. ¡Oh, sí!, me había fijado en ella enseguida, con mis ojos penetrantes, en el momento en que entré en la cocina y los vi a todos sentados descalzos con sus tazas de té. Destacaba entre ellos como la virgen en una concurrida anunciación, serena como María y nimbada con esa inconfundible aura de los elegidos. ¿Qué esperanzas tenía yo? ¿Qué esperaba? No lo que están pensando. Nunca me interesó mucho la carne. Tenía la sangre tan caliente, o la mirada tan calenturienta, como cualquiera, pero para mí eso siempre fue secundario ante otra cosa que no sé cómo llamar. ¿Curiosidad? No, eso se queda corto. Una especie de ansia de conocimiento, el deseo apasionado de abrirme paso en la feminidad y saborear el temple mismo de su ser. Son palabras peligrosas, lo sé. Bueno, malinterprétenme, me da igual. Puede que siempre haya querido ser una mujer, tal vez sea eso. Si es así, he llegado a la etapa intermedia, me he convertido en un pobre andrógino asexuado. Pero la chica no tenía nada que ver con esto. (A propósito, ¿a qué viene este recato para usar su nombre? Quieres robarle su individualidad, ¿eh?, quieres convertirla en *das Ewig-Weibliche* que te conducirá a la salvación, ¿es eso, viejo y astuto Fausto?… ¿Qué he dicho?) Sophie habría sido más de mi edad, con su cámara, sus cigarrillos y sus trágicos recuerdos, pero escogí a la joven. Supongo que lo que yo buscaba era la inocencia, la arcilla pura e inocente esperando a un canoso Pigmalión que le insuflara vida. Así de sencillo. Ni amor, ni pasión, ni siquiera la idea del ser radiante alzándose como una llama en el espejo del otro, sino el ansia de darle la vida y de vivir en ella, de conjugar en ella el verbo del ser.

Déjenme aquí en mi roca, apoyado en mi báculo debajo de las flores en el aire limpio de mayo, una figura arcádica. Concédanme este momento.

El profesor iba y venía por el estrecho círculo de su torre de cristal y consideraba las ruinas de su vida. Cuando se sentó en su silla de capitán, le pareció que las cosas que tenía delante en el escritorio no se estaban quietas, los lápices, los papeles, una taza de té en su platillo, todo temblaba levemente; le confundió, hasta que comprendió que era él, su trémula presencia, lo que hacía que todo temblara de ese modo. Estaba sin aliento y un poco aturdido, como si estuviese a punto de llevar a cabo una gran y peligrosa hazaña. Se sentía animado, impetuoso y asustado de sí mismo, como siempre, por lo absurdo de todo lo que era y hacía. Felix. Era Felix quien lo había traído todo de vuelta. Le pareció oír el chillido de las gaitas y el repiqueteo de las panderetas, un ronco clamor que se alzaba en el aire deslumbrante; ¿era el dios que partía o que regresaba una última vez a propinarle un último golpe en el corazón?

—¿Le molesto?

Sophie se quedó en el umbral haciendo como si dudara, apoyada contra el marco de la puerta, mirándole con una sonrisilla falsa e inquisitiva. Él no dijo nada, solo la miró, y ella avanzó, sonriendo todavía. Olía a humo y perfume y a algo sucio y dulzón. La piel por encima de la clavícula tenía manchas y había arrugas finas como un pelo en el maquillaje alrededor de los ojos. Detente en la ventana, contempla la vista. El sol brilla sobre un resplandor verde y el verano asciende por la colina. El profesor la observó donde estaba, de espaldas a él y con los brazos cruzados, como si tuviera a otro yo más delgado aferrado con fuerza contra ella. Vio los pobres pies descalzos de ella con los tendones marcados y la maraña de venas purpúreas detrás de los tobillos. En otro tiempo, a él el mundo le había parecido un lugar variado y hermoso, ahora solo veía la pobreza de las cosas.

—Felix dice que es usted famoso —dijo Sophie sin darse la vuelta.

—¿Qué?

No estaba seguro de si él había hablado o solo lo había imaginado. Había perdido la costumbre del habla.

—Parece conocerle a usted —respondió ella.

Él asintió con la cabeza con aire ausente, frunciendo el ceño, mirando aquí y allá por encima del escritorio como si intentara calcular sus dimensiones.

—Esa joven —dijo él—, ¿cómo se llama?

—Flora.

—Sí. Me recuerda a alguien.

—¡Ah! —respondió ella en tono inexpresivo—. ¿A quién?

—Hace mucho tiempo.

Un silencio confuso.

—Sé lo que quiere decir —contestó ella.

Él levantó la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Las caras —dijo ella—. No hay muchas; cinco o seis, creo, no más.

Él asintió con un gesto; no la estaba escuchando.

—Muerta —dijo. Carraspeó y soltó una especie de suspiro como si estuviese cambiándose un peso de un hombro al otro. Muerta, sí; su mano fría en la de él, como un haz de frágiles ramitas envueltas en papel de arroz; parecía más pequeña de lo que era, como una figurita tallada, un recuerdo de sí misma que hubiese dejado tras ella—. Mi madre —dijo. Sophie volvió a girarse hacia la vista y se quedó inmóvil—. Hace mucho tiempo —el profesor asintió despacio con la cabeza, mientras pensaba—. Es notable, esa joven…

Otro silencio, esta vez más largo. Con el gesto solapado de un hechicero, Sophie sacó la cámara de debajo del brazo. Él se movió inquieto y ella se rio.

—No se preocupe —dijo—. No he venido a fotografiar a personas, solo ruinas —enfocó el escritorio, el respaldo de la silla, los alféizares de las ventanas. Él escuchó con un vago placer el repetido chasquido del obturador—. Estoy haciendo un libro —dijo—. *Tableaux morts:* así se titula. ¿Qué le parece?

Otra vez había dejado de escucharla.

—¿Hace mucho que conoce a ese hombre? —preguntó él.

Ella lo miró y luego negó con la cabeza.

—Estaba en el hotel anoche —dijo— y luego en el barco. ¿Por qué?

El profesor se encogió de hombros.

—Pensé que lo conocía —dijo—. Pensaba que…

—No —dijo ella—. No lo conozco.

Así conversan, entrecortadamente, entre largas pausas. Detrás de la lengua que hablan otras lenguas hablan en silencio, unas que conocen y aun así evitan, las lenguas de la infancia y de la pérdida. Esta reticencia parece imperativa. Ambos están pensando en lo raro que es estar aquí y al mismo tiempo ser conscientes de ello, verse reflejados en cierto modo en el otro. Debe de ser que los humanos son así, separados y pese a todo juntos, en su mundo, su mundo humano.

Truenos lejanos en mitad de la noche; me despiertan, un sordo retumbar a lo largo del horizonte, el aire se desploma. Imagino cómo debe de ser estar ahí, más allá de la tierra, donde el giboso mar suspira con fuerza, negro como un hule encerado, bajo un cielo a punto de reventar, oscuro como la arcilla; lo imagino y estoy allí. En estas aguas hay delfines, los he visto; inquietantes criaturas, con su sonrisa gomosa y sus gritos semejantes a maullidos. Se dice que salvan a la gente de ahogarse. Vete a saber si me salvarían a mí, si cayera en picado y desapareciera bajo las olas con un silbido. Vivo entre fantasmas y ausencias. Un pájaro nocturno pasa volando, oigo el rápido zumbido de las alas y más abajo, hacia el arroyo, algo pasa galopando. ¿Un caballo? Aquí no hay caballos. Un burro tal vez. Oigo, con toda claridad, la trápala inconfundible de los cascos. ¿Quién es el jinete?

Vida, vida: estar fuera.

Noche y silencio y

¡Oh, vida!

Y yo en llamas.

No llevaba ni una semana en la isla cuando me busqué una viuda. Al menos estoy seguro de que así es como lo contaron por aquí, donde da la impresión de que en casi todas las casas hay un solterón astuto al acecho de una compañera de segunda mano, una que ya esté acostumbrada al bocado, como me dijo el otro día el señor Tighe, el tendero, con voz sibilante y un codo apoyado en su mostrador, mientras me guiñaba el ojo rijoso. Mi viuda incluso tenía varios acres de tierra. Vivía encima de nosotros en la cresta, en una casa teñida por la lluvia y apoyada de lado contra la espesa oscuridad del bosque de robles. Tenía pollos y una cabra atada a un poste en el corral. Había objetos extraños aquí y allá, como si hubiesen quedado enganchados de camino a algún otro sitio. Había una bañera de bebé de color rojo intenso, un neumático de coche, un escurridor oxidado y algo que parecía una versión primitiva de una lavadora. La primera vez que fui allí fue una tarde brumosa, más típica de noviembre que de mayo, con un ventarrón del oeste y el mar plano en la distancia como una lámina de acero ondulado. La puerta principal estaba abierta, pero no se veía a nadie por ninguna parte. Me acerqué con cuidado, cohibido por el aspecto de aquel umbral oscuro; las casas desconocidas siempre me impresionan. La cabra, que mascaba algo con un rápido movimiento lateral, me miró con una especie de sonrisa sardónica, mientras los pollos soltaban sus gritos quejosos como si tuviesen bocio. Llamé y esperé, y tuve que llamar otra vez y por fin se oyó un ruido como si arrastrasen los pies y apareció, alzándose de pronto en el umbral con su cabeza de medusa de pelo enmarañado y sus inquietantes ojos descoloridos y azules. No dijo nada, sino que se quedó con la mano en el pestillo y me miró con aire escéptico, como si no creyera que yo fuese real. Era una figura alta y austera con las manos artríticas y un rostro fino y estropeado, bello y al mismo tiempo impersonal: cuando pienso en ella siempre la veo de perfil, erguida, arcaica y noble como en una moneda de plata gastada. Todo en ella estaba descolorido, su piel, su vieja falda, el nido de pájaros de su pelo color ceniza, y yo tenía la impresión de que si alargara el brazo para tocarla mi mano encontraría solo aire en sombras. Por un momento no se me ocurrió qué decir, luego pregunté sin convicción si podía llevarme unos huevos, pues de eso era de lo que vivíamos en el Château d'If y esa semana a las gallinas les había dado por dejar de poner. Esperó un momento, pensativa, dio media vuelta sin decir palabra y fue a la parte de atrás de la casa. Yo escudriñé con avidez a través de la puerta abierta: así soy, siempre ansiando otros mundos, cuanto más grises y desolados mejor, Dios sabrá por qué, para poder llenarlos, supongo, con lo que imagino. Había una mesa con un mantel muy sencillo, una mecedora, una estufa negra; las paredes y el suelo de cemento estaban desnudas. Al fondo vi vagamente una cocina en un cobertizo, con el techo de plástico corrugado transparente por el que se filtraba una luz encantadora e incongruente de color melocotón como la que podría bañar cualquier interior doméstico de uno de los maestros italianos del norte. Cuando volvió con los huevos en una bolsa de papel, le ofrecí pagárselos, pero ella se encogió de hombros y respondió que tenía más de los que necesitaba. Su voz sonaba tan distante y ligera que apenas la oí, una especie de crujido seco,

como de papel. Hasta que estuve otra vez a mitad de colina no reparé en su acento.

No era oriunda de estos pagos. Se llamaba señora Vanden. Los isleños la llamaban la Holandesa, pero puede que fuese sudafricana; nunca llegué a saber su verdadera nacionalidad. Había vivido en muchos sitios en el extranjero: su marido era una especie de funcionario colonial. Rara vez hablaba del pasado y cuando lo hacía su voz adoptaba un tono cansado y vagamente irritado, como si fuese una historiadora describiendo un importante, pero no muy interesante, período de la antigüedad. El difunto señor Vanden no aparecía mucho en esa época casi desaparecida, y tal vez fuese por lo poco que sabía de él por lo que adoptó en mi imaginación el perfil de una figura legendaria, un Stanley o un Mungo Park, con un salacot, un bastón de mando y unos enormes bigotes. Ignoro cómo acabó aquí su viuda. Cuando me aventuré a preguntarle, me dijo que había llegado a la isla para alejarse del ruido; supongo que quería decir del ruido en general, del bullicio del mundo. Adoraba el silencio; era como una forma de sustento para ella, se alimentaba de él, como un paciente del gotero. A veces, cuando iba a verla, como hacía con creciente y, ahora que lo pienso, sorprendente frecuencia en las semanas que la conocí, apenas decía una palabra. Puede que el señor Vanden hubiese sido muy hablador. No parecían groseros, estos silencios. Más bien me los tomaba como un indicio, tal vez no de amistad —no describiría nuestras relaciones como amistosas, por muy íntimas que pudieran ser—, sino de tolerancia. Me soportaba igual que aquellas cosas del corral, los objetos que habían ido a parar allí. Sospecho que nunca llegó a creer que yo fuese real del todo. A veces, si decía algo después de alguna larga pausa, o hacía sentir mi presencia sin previo aviso de otro modo, cruzaba su rostro una mirada de sorpresa teñida de consternación, como si una presencia cómoda e inanimada hubiese cobrado vida de pronto fastidiosamente ante sus ojos.

La vi por segunda vez una tarde en el bosque de robles. Tenía la hoguera en marcha; de hecho, yo me había hecho cargo de su hoguera, igual que ella se había hecho cargo de la de otro guardián de las llamas; me parece que somos un linaje, con nuestro pedernal y nuestra horca, que se remonta a la época de los druidas. Llegó andando entre los árboles con la cabeza gacha, con aquel aire distraído suyo, zigzagueando un poco, como si buscara algo en el suelo. Confieso que no me alegró mucho verla; en aquellos tiempos, una buena hoguera —como otras muchas cosas, desde el sexo hasta el té— me proporcionaba más disfrute en soledad. No me miró, e incluso cuando se detuvo delante del fuego no tuve la certeza de que hubiese reparado en mi presencia. Llevaba botas de agua, una falda torcida y un sombrero abollado que seguro que había usado en el *veldt.* La tarde era gris y de una calidez grisácea. Nos quedamos mirando las llamas. Luego ella echó una mirada pensativa de soslayo a mis pies y me invitó a ir a su casa a tomar el té. Me quedé tan sorprendido que no pude negarme.

Su cocina olía a grasa, a gas y a agua sucia. Me senté fatigado a la mesa y la observé. Me recordó a un trozo de hueso pulido, o a un pedazo de madera arrastrado por la marea, adelgazado y endurecido por el paso de los años. Busqué sus huellas en la estancia, los rastros de su vida solitaria, pero no encontré ninguno. Sillas sencillas, cazuelas sencillas, cerámica sencilla en la alacena. En un clavo por encima de mi cabeza colgaba uno de los calendarios de publicidad del señor Tighe con una foto de una anticuada belleza en traje de baño. Por un instante llamó mi atención una lámpara con un Sagrado Corazón fijado a la pared sobre una base de madera, rosa como un sorbete y con un brillo trémulo, pero cuando vio que lo miraba esbozó una seca sonrisa y negó con la cabeza: estaba allí, dijo, cuando ella llegó a la casa, y no había sabido

desconectarlo.

Comimos en un silencio rumiante. El lento día declinó y el sol se puso por la ventana de la cocina en un cataclismo gradual de rojos y dorados. Mientras avanzaba el crepúsculo hablamos sin ganas de esto y aquello. No fue exactamente una conversación, más bien una discusión intermitente y laboriosa; éramos como un par de tenistas decrépitos jugando una partida al acabar el día, lanzando pelotas lentas de un lado al otro en el aire cada vez más oscuro. El nombre Dickie no paraba de salir a colación, y la señora Vanden casi se volvió animada: Dickie era esto y Dickie había hecho aquello y, ¡oh!, qué buena planta tenía Dickie a caballo. Supuse que hablaba de su difunto marido, pero cuando se percató de mi error, se produjo un tenso silencio y me miró a la cara, por primera vez me pareció, con esos ojos inexpresivos e impenetrables, y fue como si me hubiese detenido vacilante al borde mismo de un precipicio con solo el cielo vasto e insondable a mis pies. No, dijo, Dickie era su hija, su única hija, muerta hacía veinte años. Me puse nervioso, no supe qué decir y miré confundido mi plato. Ahora querría saber, ¿perdí una verdadera oportunidad en esa ocasión? ¿De qué? Bueno, por ejemplo, podría haber averiguado todo tipo de cosas sobre ella y sus viajes con el intrépido señor Vanden. Tal vez incluso podría haber sacado a pasear a mis propios muertos, esos que son tan palpables para mí como Dickie la amazona fantasma lo era para ella. Pero el momento pasó, ya se había hecho de noche y me levanté aturullado de la mesa, le di las gracias y me apresuré colina abajo entre la suave e inmensa oscuridad.

Qué corteses fuimos, con qué corrección nos comportamos. Creo que incluso si ella hubiese sido cincuenta años más joven, no habría pasado más entre nosotros que lo que pasó. Y aun así creo que lo que pasó fue mucho. ¿Tiene algún sentido? Hay ciertas personas que parecen conocerme mejor que yo mismo. Para algunos, me doy cuenta, esto habría sido una incómoda intromisión en su intimidad y su sentido de sí mismos, y es cierto, había ocasiones en las que en su presencia yo era muy consciente de la presión que ejercía el peso abrumador de todo lo que debía de saber de mí y no decía; no obstante, por encima de todo me sentía, bueno, aliviado, como si me hubiesen dado permiso para dejar un momento mi carga —quiero decir la carga de mi propio ser— y para tomar aliento, innecesario por un instante, en un lugar ancho y tranquilo. No había nada filial en todo esto y, desde luego, estoy seguro, no había nada maternal —dejando aparte la sangre holandesa, mi madre no se parecía ni remotamente a la señora Vanden—, pero había algo que debió de ser muy similar a esa complicidad tímida y no expresada, esa sensación de disfrutar de un vínculo secreto, que según tengo entendido se da entre las madres y los hijos. Este es un territorio peligroso, lo sé; muy pronto Pies Grandes entrará en escena dando zancadas y con las cuencas de los ojos inundadas en lágrimas. Pero no me importa, pueden hacer toda la psicología barata que quieran, yo seguiré diciendo que cuando estaba con ella me sentía protegido, a salvo de algunas de las cosas que el mundo quería hacerme; las cosas pequeñas, los castigos cotidianos. Es lo que siempre había querido, alguien fuerte, mudo e incognoscible tras cuyas faldas pudiera esconderme. Un segundo, eso es una sorpresa; ¿de verdad quiero decir eso? A veces mi pluma se pone a parlotear por su cuenta y surgen las cosas más extrañas, cosas que no sabía que sabía, o que en cualquier caso preferiría no saber, o no oír. *Mudo, incognoscible,* ¿es eso lo que quiero en realidad, una especie de estatua, una de esas figuras morunas, hechas de huecos y curvas que pueden rodearse con las manos, sin rostro y vendadas como una mami, quiero decir, una momia de bronce (vaya, qué ambigua y traicionera es nuestra lengua)? En cualquier caso, me alegraba de estar a la deriva en compañía de la señora Vanden, si es que puede llamarse así, sin interesarme por la naturaleza de su vida interior, sus pensamientos o sus

opiniones, si es que las tenía. Debería avergonzarme de mi egoísmo, supongo, de mi incurable solipsismo, pero no puedo hacerlo con ninguna convicción. Creo —dudo si decirlo, la verdad, sabiendo cómo sonará— que lo que logramos, lo que empezamos a lograr, la señora V. y yo, era una nueva o al menos poco frecuente forma de relación, una que, lo comprendo, yo llevaba más tiempo buscando de lo que recuerdo. No sé cómo llamarla, cómo describirla; palabras como *reticente, respetuosa, calmada* no bastan. Hay hombres, lo sé, que merodean por el mundo en busca de una mujer ideal, una que les conceda sus deseos más sombríos y aplaque para ellos los apremios ardientes e informes de la sangre; yo también soy así, pero lo que busco no es una furcia de mirada astuta, sino un ser hecho de quietud; no inerte, no sin vida, tan solo callado, como yo —sí, callado, soy callado a pesar de toda esta cháchara—, una pálida charca en un claro sombrío del bosque donde poder mojar mi frente febril y enfriar sus fuegos vergonzosos (lo sé, lo sé: la charca, y el enamorado que se asoma a ella, yo también he percibido ese eco). El perdón, supongo; todo parece reducirse a eso al final, aunque detesto esas palabras grandilocuentes. Perdón, no por las cosas que he hecho, sino por lo que soy. Ese es el más difícil de conseguir: lo que se llamaba, si es que recuerdo bien, un caso reservado.

En cualquier caso, un día, un par de semanas después de nuestro primer encuentro, fui a la casa y ella no respondió cuando llamé, aunque la puerta estaba abierta, como siempre, y cuando, con el corazón en un puño, subí las escaleras adonde sabía que estaba su cuarto, la encontré tumbada de espaldas en la cama estrecha, con la manta por la barbilla, los ojos abiertos y vidriosos y una mosca descarada andando por encima de la frente fría. Al principio, en mi sorpresa, aturdimiento y consternación, se me ocurrió la idea absurda de que no era ella, sino una efigie suya que había dejado para engañarme mientras escapaba. (Supongo que no me equivoqué demasiado.) La mosca de la frente se detuvo, se frotó las manos con enérgica consternación y luego se fue volando aburrida, y yo me incliné, le cerré los ojos —eso sí que es una sensación escalofriante— y me marché sin hacer ruido. Descubrí que estaba conteniendo el aliento. Al llegar a la puerta principal, dudé si cerrarla o no, pero al final decidí dejarla abierta, porque era lo que ella hacía siempre; además en estas tierras lo habitual, cuando alguien muere, es dejar abierta la puerta a todos los visitantes. ¿Son imaginaciones mías o la cabra me echó una mirada triste y compasiva mientras me alejaba por el sendero?

Sentí sobre todo rencor. Fue como si me hubiese gastado una broma de mal gusto, me había engañado, engatusándome y desapareciendo luego de pronto. La había necesitado y me había dejado tirado. Pero ¿para qué la había necesitado? Le di vueltas a la pregunta sin querer saber en realidad la respuesta, rozándola solo con la punta del pensamiento, como si fuese uno de esos bultos mortíferos cuya profundidad y dimensiones exactas no deseara saber. El perdón, como he dicho, la absolución. Era consciente de ello, pero era lo que había querido, no lo que había querido que representara, como un ser separado de mí. (¡Ay, Dios, qué confuso y oscuro es todo esto!) En fin, dejen que me desahogue: no podía quitarme de la cabeza la creencia de que ella había sido una especie de esperanza, no solo para mí, sino para… bueno, no lo sé. Esperanza. Sé muy bien lo absurdo que es decir estas cosas, pero ya lo ven: es cierto, es lo que sentí. Lo malo de la muerte, comprendí, es que no es ni mucho menos un final; deja demasiadas cosas inconclusas y demasiadas sin aplacar. Uno sigue pensando que el que ha muerto se ha ido, se ha marchado a mitad del asunto y volverá pronto y continuará donde ambos lo dejasteis. Me maldije a mí mismo por no haber registrado su casa ese último día, cuando tuve ocasión; nadie se habría

enterado, podría haber husmeado en todos los rincones, investigado hasta el último recoveco. No obstante, en el fondo sé que no habría encontrado nada, ningún escondrijo con papeles familiares, ningún diario escandaloso, ningún fajo de cartas atadas con una cinta azul. Se había deshecho de todo, excepto de lo más esencial. Comparada con la suya, mi vida seguía inundada con los restos del naufragio de vidas anteriores hundidas. Tenía la esperanza de que aparecería alguien y nos sorprendería en el funeral, un anciano de las colonias de piel correosa, por ejemplo, que hablaría de cafres y de bebidas con ginebra y de aquella vez que un tipo se volvió loco y se pegó un tiro en las escaleras del club, pero no vino nadie; el sargento Toner y yo fuimos los únicos dolientes. Mientras el cura murmuraba las oraciones y asperjaba el ataúd con agua bendita, caí con un sobresalto en que ni siquiera sabía su nombre de pila.

Otro muerto; Dios mío, no hago más que acumularlos, ¿eh? Bueno, así es la vida, supongo. Pienso en ellos como en las figuras de uno de los paisajes crepusculares de Vaublin, colocadas aquí y allá, aisladas en la escena, cada figura en cierto modo es su propia fuente de luz y brilla en mitad de las sombras, calladas e inmóviles, no muertas pero tampoco vivas, con la esperanza tal vez de cobrar una especie de vida. Eso es, embarquémonos en una digresión, para pasar el tiempo y no quedarnos cavilando. Pensemos en algo. Los fantasmas, ¿por qué no? Nunca he entendido por qué los fantasmas tienen que ser algo a lo que haya que tener miedo; pueden ser molestos, una carga, quizá, toqueteándonos mientras intentamos seguir con nuestra vida desdichada, pero desde luego no temibles. Sin embargo, aunque la mujer que acaba de enviudar llora y se da golpes en el pecho, si volviera a casa del cementerio con el velo y el vestido de luto y encontrara al espíritu de su marido sentado en su sillón favorito al lado del fuego, saldría corriendo a la calle gimoteando de miedo. No tiene sentido. Se me ocurren ocasiones y circunstancias en las que incluso los fantasmas de completos desconocidos, por muy horribles que sean, serían bienvenidos. El prisionero en su celda de aislamiento, por ejemplo, sin duda agradecería despertar una noche febril y ver una cuadrilla de sus predecesores colándose por las paredes con su barba y sus harapos arrastrando las cadenas, y sospecho que a Santa Teresa le habría hecho tilín recibir una visita en su castillo interior de algún hidalgo de Castilla la Vieja muerto mucho tiempo antes. ¿Y qué hay de nuestro amigo Crusoe en su cabaña?, ¿no se habría alegrado de que le persiguieran los espíritus de sus camaradas ahogados? El cirujano del barco podría haberle dado consejos contra la malaria, el carpintero sobre cómo hacer las cercas, mientras que el grumete, por muy tímido que fuese, sin duda habría supuesto un cambio agradable ante los oscuros encantos de Viernes.

Claro que hay fantasmas y fantasmas. Banquo era un aguafiestas que no dejaba divertirse al rey, y el padre de Hamlet hacía unas invocaciones a la piedad filial que me parecen excesivas. No obstante, por mi parte, sé que agradecería cualquier relación con los muertos, por muy torvas que fuesen sus miradas o inevitables sus dedos pálidos y acusadores. Creo que podría, no exonerarme, pero tal vez explicarme a mí mismo, aclarar mis descuidos, mis fallos, las cosas que quedaron sin decir, todos esos pecados contra los muertos, tanto por omisión como por comisión, de los que yo había sido culpable mientras aún estaban en el país de los vivos. Pero más que eso, más importante que el deseo de justificarme a mí mismo, es mi convicción, por absurda que pueda parecer, de que nosotros, los vivos, tenemos la responsabilidad de evocar a nuestros propios muertos. Estoy seguro de que no hay otra vida en el más allá para ellos que esta, de que deberían vivir en nosotros, y a través de nosotros. Es nuestro deber. (Me gusta el tono moral

elevado. ¡La verdad, no sé cómo me atrevo!)

Tomemos el caso hipotético de un hombre sorprendido por amar, no a una mujer viva —nunca ha podido interesarse gran cosa por los vivos—, sino a la figura de una mujer en, ¡oh!, digamos un cuadro. Es decir, que un día pierde la cabeza por una obra de arte. Ocurre; no muy a menudo, lo admito, pero ocurre. El hecho de que el asunto del cuadro sea una mujer tal vez no sea muy significativo, aunque sería perfectamente posible «enamorarse», como les gusta decirlo, de una imagen pintada; después de todo, ¿qué otra cosa aman los amantes sino la imagen que tienen el uno del otro? El propio Freud observó que en el encuentro apasionado de cualquier pareja intervienen cuatro personas. ¿O deberían ser seis?, los dos amantes supuestamente verdaderos, más las imágenes que tienen de sí mismos, más las imágenes que tienen el uno del otro. ¡Qué red tan enmarañada teje Eros! Sea como fuere. Este hombre, este hombre hipotético, se encuentra un día en la casa de un rico conocido, donde ve el retrato de una mujer y comprende en el acto que cuanto antes y por el medio que sea debe ser suyo. Eso es lo que se conoce por amor, ¿no? No es, entiéndanme, que la mujer sea guapa; de hecho es evidente que la modelo era una mujer vulgar, demacrada, con ojos de pez, nariz grande y labios demasiado carnosos. Pero, ¡ah!, en su retrato tiene presencia, está ahí sin que se la pueda pasar por alto, más real que la mayoría de sus hermanas en esto que llamamos la vida real. Y nuestro Monsieur Hipótesis no está acostumbrado a ver a la gente en su conjunto; el resto de la humanidad es para él, en su mayor parte, una especie de niebla irritante que empaña su visión del oscuro escaparate del mundo y de sí mismo reflejado en él. Se dice que robará el cuadro y pedirá rescate por él, aunque en realidad es solo a efectos de la trama. Su verdadero deseo secreto —secreto tal vez incluso para él— es poseer este objeto maravilloso, tenerlo y sostenerlo, regodearse en el brillo de su presencia perfecta, inmóvil e inmutable. Es, o al menos ha sido, digamos, un hombre de cierta erudición, entrenado para razonar y calcular, que ante un mundo manifiestamente caótico ha perdido su fe en la posibilidad del orden. Se deja llevar. No tiene una base moral. Luego, de pronto, un día de principios de verano se topa con este cuadro y se queda prendado. Podría haber sido algún otro objeto, una estatua, por ejemplo (creo que pronto tendremos algo que decir a propósito de las estatuas; sí, noto que la cuestión está a punto de suscitarse), o una bella formulación matemática, o incluso, quién sabe, una muñeca verdadera que anduviera, hablase, mease e hiciese mohines. Es evidente que la necesidad estaba ahí todo el tiempo esperando para cumplirse en cualquier forma que pudiera ofrecer el azar. Es el ser lo que ha encontrado, la cosa en sí, la esencia pura y sin mediación, en la que, cree, se hallará por fin a sí mismo y su verdadero hogar, su lugar en el mundo. Es imposible, sueños imposibles, pero por un momento se permite creer en ellos. Se lleva el cuadro.

Aquí no es tanto que la trama se espese como que se coagula.

Nuestro hipotético y enamorado protagonista es un ladrón inepto. Se presenta descaradamente en pleno día y descuelga a la dama de la pared, luego se vuelve y enseguida se encuentra con una persona viva de carne y hueso (oh, sí, mucha carne y también mucha sangre), una criada, tal vez (finjamos que estamos en los viejos tiempos, cuando siempre había criados disponibles, por no decir que eran desechables), que por mala suerte entra en ese momento en la sala. En fin, por resumir una historia larga y horripilante, le aplasta sin más la cabeza a la criada, en realidad no porque suponga una amenaza para él, sino porque, bueno, porque está ahí, o porque está ahí y él no la ve bien, o… o por lo que sea, ¡qué más da eso, por Dios! La mata, ¿no basta con eso? Y escapa. Cosas así eran normales en los viejos tiempos. De pronto, no obstante, para su enorme sorpresa y profunda decepción, descubre que el cuadro ha perdido su encanto. Cenizas.

Garabatos. Pintura en un trozo de tela. Lo tira a un lado como si fuese una página del periódico de ayer. Lo que le interesa ahora, claro, es la mujer viva a la que ha matado con tanta indiferencia. Recuerda con fascinación y una especie de mareante perplejidad los momentos previos a asestar el primer golpe, cuando miró a los ojos de su víctima y supo que nunca había conocido a otra criatura —ni madre, ni esposa, ni hijo, ni nadie— de un modo tan íntimo, tan invasivo, tan profundo e indecente, como a esa mujer a la que estaba a punto de matar a golpes. En fin, se quedó estupefacto. Pensaba que sentiría remordimiento, miedo a que lo detuviesen y a la deshonra, y que se sentiría agradecido, como si fuese la prueba de que no había renunciado del todo a ser humano, pero esto, este acceso inesperado al ser íntimo de otra persona, le espantó y lo dejó atónito. ¿Cómo, con semejante conocimiento, podía haber seguido adelante y matado? ¿Cómo, después de ver a través de esos ojos transparentes de color azul cielo las profundidades de lo que a falta de una palabra mejor llamaré su alma, cómo pudo destruirla?

¿Y cómo, después de matarla, iba a devolverla a la vida? Pues esa, comprendió, era su misión ahora. La cárcel, el castigo, pagar su deuda con la sociedad, todo eso no era nada, era solo cómo pasaría el tiempo mientras dilucidaba la verdadera forma de expiación, que no era otra que la restitución de una vida. *Restitución,* esa era la palabra, la recordaba de cuando era un crío en la escuela y le decían lo que debía hacer el ladrón, que era «proceder a la restitución» de lo robado.

Por descontado, no sabía cómo hacerlo, por dónde empezar. Se quedó espantado ante la idea, perplejo e impotente. Ese momento de conocimiento inefable cuando se volvió hacia ella blandiendo el arma no le servía de ayuda, ese era un conocimiento de un orden distinto, el material de la vida, por así decirlo, mientras que lo que él necesitaba era el arte de la necromancia. La cuestión era cómo poner en marcha una nueva vida, pero ¿cómo iba a responder a eso, si apenas sabía cómo vivir su propia existencia? ¡Una vida!, con todas sus complejidades, sus falsos arranques y sus cierres inesperados, las soledades estivales y los pesares invernales, las exaltaciones inexplicables con el tiempo de abril, las comidas que había que comer, los sueños que había que soñar, la sangre que seguía su curso, el abrigo que aún aguantaría una temporada más, los zapatos nuevos, los zapatos viejos, las tardes, las noches, las mañanas abarrotadas de pájaros, los viejos que morían y los niños que nacían, el esplendor y luego, en un parpadeo, las sombras otoñales, después la vejez y por fin la muerte. Eso era lo que le había robado y ahora debía devolver. Necesitaría ayuda. ¡Oh, necesitaría ayuda! Y así espera la agitación en el aire, el momento de frío repentino, los pasos inaudibles a su lado que anunciarán la presencia del fantasma que de algún modo debe evocar.

Como he dicho, es solo una hipótesis.

Anoche soñé con mi padre. Es algo poco frecuente. Apenas pienso en él y nunca aparece en mis sueños. Mi madre era una bestia vieja y horrible, pero creo que nos queríamos a nuestra manera violenta e implacable. Por mi padre, en cambio, creo que nunca sentí nada más fuerte que el desafecto. Quiero decir que es probable que le quisiera, como los hijos quieren a los padres, biológicamente, por así decirlo, pero no tenía nada que ver con él. Era un hombrecillo temible, con la queja en la boca día y noche y proclive a sufrir ataques de ira súbitos e incontenibles. Siempre pienso en él, que Dios me perdone, como el señor Hyde, con su chaqueta de *tweed* demasiado grande, cojeando, resoplando y hurgando en las cosas con su bastón. Tuvo una mala muerte, se pudrió ante nuestros ojos, encogiéndose como si estuviera consumiéndose en su propia rabia. En mi sueño íbamos andando juntos por un edificio administrativo enorme y

resonante, un lugar sacado de mi infancia, un ayuntamiento, una biblioteca pública, no sé. En cualquier caso, la luz en el sueño era la luz de la infancia, firme, clara y densa con sus propias vastedades insustanciales. Aunque no podía ver a nadie, oía con claridad los ruidos del lugar: el frágil parloteo de una máquina de escribir, la risa de un tipo y una chica que se divertían en alguna parte, y alguien a quien le crujían los zapatos y que andaba con aire muy profesional por un pasillo. Mi padre y yo subíamos por las escaleras interminables no muy empinadas y con muchos giros: notaba el lustre pegajoso de la barandilla en la mano e intuía el techo abovedado sobre mi cabeza. Mi padre daba zancadas a toda velocidad, un paso por delante de mí, como de costumbre, con la cabeza gacha y los codos moviéndose como pistones. De pronto, desfalleció y yo, que no me di cuenta, choqué con él, o tal vez fuese él quien cayera contra mí, no lo sé. El caso es que por un instante extraordinario pensé que me atacaba. Lo que más noté fue su olor, a gomina, sarga y humo de tabaco, y también algo más, algo íntimo, agrio y denso, y sorprendentemente ajeno. Se agarró a mí un segundo, para sostenerse, asiéndose con dedos férreos a mi muñeca en un apretón al mismo tiempo débil y feroz, y a mí me pareció notar que se ponía de pronto en marcha una especie de oscilación, como si un equilibrio enorme y general en el que no había reparado hasta entonces se hubiese descompensado. Un oficinista asomó la cabeza repeinada por la puerta de un despacho a nuestros pies y volvió a retirarla en el acto. Mi padre me empujó a un lado con una especie de repulsión. «¡He tropezado!», gruñó, torció el gesto como si esperara que le contradijera y miró con furia la barandilla, lívido de rabia. Se hurgó en los bolsillos, sacó un pañuelo y se limpió las manos. Nos quedamos jadeando, como si de verdad nos hubiéramos peleado. Cerca sonó un teléfono, un timbrazo áspero, como una risa metálica, y alguien contestó enseguida en voz baja, con apremio, como si intentara aplacar a la propia máquina. Y comprendí que lo que habíamos ido a buscar allí era el certificado de defunción de mi padre; esto parecía totalmente natural, claro, como ocurre en los sueños. Continuamos subiendo por las escaleras, y ahora parecía muy ágil, casi alegre, en un sentido lamentable, como si intentara fingir que no pasaba nada, y a mí me dio vergüenza porque comprendí que había empezado a morirse y que la muerte sería vergonzante para él como hombre, igual que convertirse en cornudo o arruinarse. Yo tenía la esperanza de que nadie nos viera juntos, pues si conseguíamos salir de allí sin que nos vieran, podríamos fingir que yo no sabía que él estaba condenado y de esa forma podría guardar las apariencias. Luego llegó una confusa y agitada digresión que no me molestaré en detallar: qué extraña es la gente que aparece en los sueños, como esas figuras que acechan a los viajeros asustados de un tren fantasma y que surgen por un momento desquiciado de la oscuridad circundante haciendo aspavientos antes de volver a apartarse tiradas por sus hilos. En cualquier caso, después de ese entreacto absurdo, mi padre y yo llegamos por fin a una sala enorme llena de gente que corría en todas las direcciones, gritando, blandiendo trozos de papel, exigiendo, implorando, maldiciendo. Mi padre se abalanzó enseguida, como un terrier, al centro de aquel tumulto, empujando y gritando como el que más, conmigo a la zaga, esforzándome por seguirle. Le indignaba que los funcionarios no se distinguieran de algún modo de la muchedumbre, y se dedicaba a parar a la gente al azar, cogiéndola del brazo, poniéndose de puntillas y gritándole a la cara. No lo entiende —les gritaba —, he venido a por mi vale, maldita sea, ¡he venido a por mi vale! Pero nadie le escuchaba, ni le miraba siquiera, por lo ocupados que estaban alargando el cuello para seguir su camino, intentando ver lo que quiera que buscasen con tan feroz determinación. Lo perdí y me vi a mi vez corriendo desesperado de aquí para allá, gritando su nombre y agarrando a la gente y preguntando si lo habían visto. Y luego de pronto, como una humareda que se despeja, la

multitud se dispersó y me quedé solo en la enorme sala. Después de una larga búsqueda llevado por el pánico, encontré una portezuela encajada en la pared y tan bien camuflada que apenas se distinguía de los paneles, aunque por alguna razón supe que estaba allí para que yo la encontrase. Cuando la crucé llegué a otra sala mucho más pequeña, con una ventana con barrotes que daba a un soleado paisaje clásico de prados, colinas y valles nemorosos salpicado de estatuas y extravagancias de mármol y cascadas delicadas y centelleantes. Mi padre estaba sentado de lado en una silla en medio del suelo, desnudo y con aire de perplejidad, encorvado y encogido, mirando asustado como si esperara un golpe; era evidente que lo habían dejado a toda prisa en la silla poco antes de que yo entrara. Detrás de él un grupo de hombres silenciosos con el cuello de la camisa almidonado, chaqué y pantalón de rayas estaba de pie en actitud seria y pensativa, contemplándose las uñas con el ceño fruncido, o mirando fijamente por la ventana. Mi padre había estado llorando, tenía el rostro hinchado y le moqueaba la nariz. Toda su fiereza había desaparecido. ¡Tú! —me dijo con una mezcla de acusación y ruego—, ¡tú tienes que cumplir condena antes de que ellos hagan nada! Justo entonces, los caballeros que tenía detrás se pusieron en marcha, lo cogieron todavía sentado y se lo llevaron con silla y todo de la habitación, pasando por la portezuela con dificultad, murmurando irritados y chasqueando la lengua con desaprobación. Cuando abrí los ojos y me senté a la luz del sol me quedé desconcertado un momento en ese mundo entre el sueño y la vigilia, convencido de que no lo había soñado, sino recordado; todo el día perduró la incómoda sensación de una oportunidad perdida, de un significado de gran importancia no reconocido. Ciertos sueños hacen eso, parecen oscurecer el aire, poblándolo con las sombras de otro mundo.

Los sueños también traen el recuerdo; tal vez sean para eso, para obligarnos a desenterrar los pequeños trucos y mezquindades que creíamos haber conseguido olvidar. Estos recuerdos medio involuntarios son terribles. Hay días como este en que me recorren de la mañana a la noche como un dolor puro. Me dejan jadeante, incluso los que parecen felices, como si fuesen el recuerdo vivo de pecados odiosos pero muy sutiles que creyese haber ocultado para siempre. Y, claro, siempre está lo inesperado: aunque la noche pasada fue sobre mi padre, todo el día de hoy he estado pensando en mi madre. Cuando murió mi padre me sorprendió la profundidad del dolor de ella. La convirtió en algo antiguo y elemental, en una figura tribal, sentada sin lágrimas, de negro, huérfana, inmóvil, silenciosa y monumental, como una figura vestida de piel en un calvero del bosque que observara las cenizas ardiendo sin llama de una pira funeraria. ¿La había juzgado mal al pensar que estaba hecha de una pasta más dura? Creo que el inicio de la madurez, si es que puede llamarse así, lo señaló el momento en que comprendí que era demasiado tarde para cambiar la opinión que me había formado de ella; demasiado tarde también para la expiación (otra vez esa palabra). Pasé alrededor de ella de puntillas, sin saber qué decir, temeroso de entrometerme en ese ritual primitivo. La casa tenía el aire perplejo y perruno de haber sido rechazada sin motivo. Yo conocía esa sensación.

Habitantes de este lugar. Qué pandilla tan peculiar debemos de parecer, el profesor y Licht, la chica y yo, tan diferentes, arrojados juntos a esta isla rocosa. La chica lo ha complicado todo, claro. Antes de su llegada, las cosas se habían apaciguado; incluso Licht, que al principio fue tan desconfiado conmigo, se había reconciliado con mi presencia. Sí, sin ella podríamos haber seguido tirando indefinidamente, yo con mi historia del arte, Licht con sus proyectos —se le da muy bien hacer planes—, y el profesor haciendo lo que quiera que haga. Ahora estamos inquietos, y nos impacienta la languidez impuesta de estos días de verano; el tiempo, que antes parecía un medio tranquilo, se ha vuelto agitado, como un mar amenazado de tormenta. Si los otros se hubieran quedado, quiero decir Sophie, Croke y los niños, si ellos también se hubieran quedado, podrían haberse convertido en una pequeña comunidad, podrían haber formado un pequeño rebaño, y yo podría haber sido el pastor guardándolos de los merodeos del lobo. Son fantasías ociosas, perdónenme, a veces me dejo llevar.

Inevitablemente, por supuesto, se ha producido una brecha reconocida a medias, con el profesor y Licht por un lado, la chica y yo por el otro, y detrás hay otro grupo en el que la chica está entre Licht y yo, un par de ratas viejas hurgando en la suciedad y mostrándonos los dientes afilados. Licht cree que está enamorado de ella, claro, y le irritan lo que considera las excesivas atenciones que le dedico. Los silencios de ella lo atormentan y lo hacen enmudecer a su vez; se arrastra y se planta tras ella callado y tembloroso, o se sienta a la mesa y la mira con ojos de conejo, con las aletas de la nariz hinchadas y enrojecidas y las manos trémulas. Idea maneras astutas e indirectas para hablar de ella, con tanta desaprobación como el señor Guppy de *Casa desolada*, sacando a relucir su nombre con elaborada naturalidad a propósito de las cuestiones más improbables y utilizando circunloquios sutiles y laboriosos. Está abatido y suspira por la casa con el aire agónico de un hombre con un dolor de muelas insoportable. Al menos ha servido para que se arregle un poco. De vez en cuando se pasa el peine por esa peluca de espantajo y, si mi nariz no se equivoca, se baña más que antes. Supongo que la ha asociado en su imaginación con el sueño que tiene de marcharse y encontrar una vida más plena en otra parte; los veo, como en una de esas viejas películas mudas, en una sala con solo una mesa cuadrada, él con la cabeza apoyada en las manos y ella esbozando su sonrisa de Lulú al rijoso casero con bigotes que le hace señas desde la puerta.

Ella es una criatura singular, o en cualquier caso a mí me lo parece. Dice tener veintiún años, pero yo creo que no tendrá más de dieciocho o diecinueve. No quiere hablarme de su vida, o al menos no lo hace: quiero decir que tal vez, si yo supiera cómo preguntarle, si conociera los códigos con los que todo el mundo está familiarizado desde la cuna, ella parlotearía sin parar de su mami y su papi, de sus días en el colegio y del trabajo que hacía en el hotel y demás. Ahora tiene el aire ceñudo y embotado de un amnésico. Hay veces que la sorprendo observándome con esa mirada distante como si yo fuese algo que hubiese aparecido de pronto en su camino, como

una roca, una rama caída o una extensión de agua no vadeable. Es probable que le parezca un fenómeno tan desconcertante como ella a mí, mi silenciosa Mélisande. Se arrastra por la casa con una vieja gabardina de Licht que usa como batín, con el pelo lacio y las mejillas pálidas. Cada vez que la veo me vuelvo a sorprender. Soy como un antropólogo estudiando el último espécimen de alguna especie esquiva y delicada, que se creía extinguida hacía mucho. La voy reconstruyendo poco a poco, empezando por sus extremidades; miro sus pies desnudos —el quinto dedo se mete debajo de su vecino como el pulgar de un bebé—, sus manos duras y pequeñas, la venosa, vulnerable, lechosa y azulada parte de detrás de las rodillas. A veces, de noche, viene a la cocina y se sienta mientras yo trabajo. No sé si se siente sola o si tiene miedo, o si la cocina es solo uno de una serie de lugares donde se detiene en su deambular intermitente; toca las cosas al pasar, rozándolas apenas con la punta de los dedos, igual que un niño tocando las marcas de un juego secreto. Está tensa, incómoda, preocupada, siempre dispuesta, como si en cualquier momento pudiera desplegar un par de alas ocultas y remontar el vuelo por la ventana hacia la oscuridad y desaparecer. Ocurrirá; una mañana despertaré y sabré al instante que ha volado, notaré su ausencia como un agujero irregular en el aire por el que el viento se cuela sin ruido. ¿Qué haré entonces, cuando mi condena haya terminado?

De Felix no habla.

Le cuento lo poco que se sabe del pintor, Vaublin. Ella escucha, con los ojos muy abiertos, asintiendo levemente de vez en cuando con la cabeza, absorbiéndolo todo o pensando en otra cosa, no lo sé. Quizá esté hablando conmigo mismo, contándome una y otra vez la misma historia. Escucha…

¿Quién no conoce, aunque solo sea por las postales o la tapa de las cajas de bombones, esas escenas impregnadas de ternura y melancolía que al mismo tiempo tienen un no sé qué de dureza, algo casi inhumano? *Le monde d'or* es uno de esos puñados de imágenes intemporales que parecen estar colgadas desde siempre en la galería de la imaginación. Hay aquí algo misterioso que va más allá del misterio inherente al propio arte. Contemplo este cuadro, no puedo evitarlo, con un espíritu de interrogación vergonzante, preguntándome qué significa, qué están haciendo estas figuras enigmáticas congeladas para siempre en el momento de partir, qué es este ambiente portentoso sin ningún portento aparente. No hay ningún significado, claro, solo una importancia profunda e inexplicable; ¿por qué no me basta con eso? El arte imita a la naturaleza no mediante la mímesis, sino consiguiendo para sí mismo una objetividad natural, yo debería saberlo más que nadie. Sin embargo, en este cuadro parece haber una especie de valor, una especie de fortaleza admirable de labios apretados, como si el pintor supiera algo que no quisiera divulgar, no queda claro si para ocultárnoslo o para protegernos. Tanta quietud: aunque la escena se mueve no hay movimiento; en este valle crepuscular se ha detenido el impotente y tambaleante deambular de las cosas por el tiempo: ¿qué otro pintor, antes o después, ha conseguido ilustrar esta paradoja fundamental del arte con una habilidad a la vez tan profunda y alegre? Estas criaturas no morirán, aunque nunca hayan vivido. Son figuritas maravillosamente detalladas, animadas pero congeladas en la inacción: pienso en ellas como en los muñequitos de una caja de música, o de uno de esos viejos relojes de los ayuntamientos, esperando ecuánimes a la música en miniatura que nunca empezará, la campana de bronce que nadie tañerá. Es la misma quietud de su mundo lo que les permite durar; si se mueven morirán, se convertirán en polvo y no dejarán tras ellos más que unas tiras de frágil encaje, un lazo de satén, una hebilla de zapato,

una mandolina rota.

Admiro el leve pero omnipresente aire de concupiscencia que impregna toda la obra de este artista. Vistas desde cierto ángulo, estas educadas escenas arcádicas pueden parecer una bacanal desenfrenada. Con qué lascivia nos miran sus damas, con los apasionados ojos brillantes como canicas y las mejillas sonrosadas como si les hubiesen dado una suave bofetada. Incluso la utilería tiene un no sé qué de tumescente, esas columnas pulidas y los árboles altos y gruesos, estas nubes pendulares y redondeadas, esas arboledas musgosas de cuyo interior parecen salir los suspiros y las risas contenidas de los amantes sin aliento. Incluso en *Le monde d'or*, en apariencia tan casto y tan etéreo, cierto aire frenético y expectante revela excesos recordados o venideros. La figura de Pierrot es sugerente y andrógina, la mujer rubia que se aleja del brazo del anciano —que tiene un no sé qué de libertino— tiene aspecto cansado y cómplice, mientras los dos chicos, esos angelotes pálidos y un tanto estropeados, parecen haber visto más cosas de las que deberían. Incluso la niña con la trenza que lleva la señora de la mano tiene el aire de una Justine o Juliette en ciernes, una víctima potencial en quien los viejos podrían plasmar oscuros sueños de tiernos abusos. Y luego está ese arlequín sonriente a lomos de su burro antropomórfico: ¡qué cosas parece haber visto, qué cosas sabe!

Hago una pausa para registrar una infestación de moscas, animalillos negros y brillantes con alas grandes y desproporcionadas y al mismo tiempo de una delicadeza imposible con forma de semillas de sicomoro. Creo que deben de haber nacido hace poco. ¿Qué es una moscarda? Eso fue lo que pensé al verlas: moscardas. ¿Hay algo muerto por aquí que aún no ha empezado a apestar? No consigo descubrir de dónde salen; aparecen sin más a la luz de la lámpara, atraídas por el calor, supongo, y chocan contra la bombilla y luego caen aturdidas sobre la mesa y aletean atontadas hasta que las aparto con la manga. También se han metido entre mis papeles, levanto una página y las encuentro aplastadas, minúsculas flores negras y rojas con pétalos en vez de alas. Es estremecedor, incluso un poco alarmante, pero me siento casi cautivado. Parece sacado de la Biblia. ¿Qué anuncia? Me he vuelto supersticioso, resultado sin duda de vivir tanto tiempo entre fantasmas. Aquí abajo en el inframundo las cosas dan la extraña impresión de ser otras cosas, todos estos Pierrots y Colombinas con sus máscaras negras, e incluso las moscas, contempladas bajo cierta luz, pueden parecer mensajeros celestiales. Cuando empezaron a aparecer no sentí repugnancia, solo una especie de sorpresa complacida. Me senté un buen rato a mirarlas, con la cabeza apoyada en la mano, abstraído y sonriendo inane, como uno de esos soñadores patilludos rodeados de hadas en un grabado victoriano. Sé que la realidad que habitan es distinta de la mía, que para ellas este mundo al que han ido a parar es todo lucha y dolor y un fuego súbito e inexplicable —al fin y al cabo no son más que moscas, y yo soy solo yo—, pero, cuando se alzan y descienden aleteando bajo la luz, podrían ser una hueste de brillantes serafines llegados para ofrecerme consuelo.

Hoy en mis lecturas he topado con otra joya: «Muy cerca del dolor del mundo, y a menudo en el terreno volcánico del mundo, ha plantado el hombre sus pequeños jardines de felicidad». Sí, lo han adivinado, me he dedicado a la jardinería, incluso a la sombra de mis ruinas. Es un cambio relajante después de los rigores de la erudición. (¡La erudición!) Pero no, no, es más que eso. Aquí fuera entre este verdor, con este clima tan clemente, tengo la sensación irresistible de estar

en contacto con algo, algo auténtico y fundamental, ante lo cual una parte de mí que creía atrofiada responde como a un bálsamo sanador y vigorizante. Me he perdido muchas cosas en la vida; hay momentos, breves y poco frecuentes, en los que pienso que podría no ser demasiado tarde para experimentar al menos algunas de ellas. Mis necesidades son modestas; un poco de agricultura servirá, por ahora. (¿Llegarán después el árbol del conocimiento, Eva, la manzana fatídica y todo lo demás, incluida Caín?) Tal vez fabrique una pequeña estatua de mí mismo y la pulverice y la mezcle con el barro, como recomienda el filósofo con tanto encanto, y de ese modo vuelva a vivir mediante estas cosas que crecen.

A un lado de la casa encontré lo que un día debió de ser un huerto. Se hallaba todo cubierto de grama y malas hierbas, pero los perfiles de los surcos y los arriates aún estaban allí. Despejé el terreno y encontré tierra fértil negra y planté verduras; sobre todo habichuelas, me temo, pues me encantan sus flores escarlatas. Ya han aparecido los primeros frutos (¿oiré también el arrullo de la tórtola?). No puedo expresar la emoción que sentí cuando empezaron a brotar esas tiernas semillas. Eran tan frágiles, y al mismo tiempo tan tenaces, tan… tan valientes. Les tengo afecto a las cosas atrofiadas, los redrojos, las que no consiguen florecer y aun así se niegan a morir, o las que arranca el viento y aun así florecen en los tallos caídos. Tengo la sensación, absurda, lo sé, de que es por mí por lo que se aferran a la vida, de que mis cuidados, no, mi sola presencia, les imparte ánimos de algún modo y les permite vivir. ¿Quién o qué estaría allí para reparar en sus esfuerzos si yo no saliera y anduviera entre ellas todos los días? Estar aquí debe de significar algo. Soy el agente de la individuación: en mí encuentran su singularidad. Las planté en pulcras ringleras y le dejé a cada una su espacio; sin mí sería solo la locura del crecimiento sin más. Ni un solo pajarillo cae…, ¿cómo sigue? He olvidado la cita, la cita equivocada. De todos modos me estoy dejando llevar; si sigo así empezaré a oír voces. Lo que ocurre es que hay días en los que, como el sobrino de Rameau, he de reflexionar: es una aflicción que debe seguir su curso.

¿Por dónde iba? Por mi huerto, sí. Tengo grandes expectativas de una buena cosecha. Pero ¿qué haré con tanta abundancia? ¿Me ayudará tal vez el señor Tighe a vender una parte en su tienda? Si no, da igual que se desperdicie. La vida, el crecimiento, esta tierna lucha verde abriéndose paso en la tierra, eso es lo único que me interesa. Es evidente, claro, pero ¿qué me importa? Me conformo con lo evidente. Al menos a veces.

Y luego están las malas hierbas; sé que si fuese un verdadero horticultor libraría una lucha cruel e implacable contra las malas hierbas, pero el hecho es que las aprecio. Me parecen incluso más vivas que las plantas sembradas entre las que crecen. Córtalas hoy y mañana volverán, arráncalas de sus agujeros y deja el más fino hilo detrás y volverán a abrirse paso de nuevo, más fuertes que nunca. Comparadas con estas rufianas, hasta mis coles más duras parecen ñoñas. Y qué taimadas son además, con qué inteligencia escogen su sitio, crecen astutamente al lado de las plantas cultivadas que más se les parecen. ¿Contra quién están adoptando este camuflaje? Los insectos no se las comen, pues tienen mi producto más tierno para alimentarse, y los pájaros no las tocan. ¿Soy yo a quien temen? ¿Me ven venir, con mis botas y mi cuchilla? Vete a saber si sentirán dolor, si experimentarán terror, si llorarán y sangrarán, en su mundo húmedo y vermicular, igual que nosotros, aquí a la luz. Veo las briznas de pamplina temblando entre los brotes de habichuela y me conmuevo extrañamente. ¡Qué resolución, qué ansias! Ellas también quieren vivir. Es lo único que piden: tener su fugaz momento en el mundo.

Un petirrojo viene a comer donde excavo, uno de aspecto encallecido. Me observa con un brillo en los ojos y se abalanza detrás de sus presas entre mis pies. Las gaviotas describen círculos en lo alto y los mirlos vuelan bajo, entre gorjeos vocingleros. Esta mañana, mientras

escardaba entre los caballones de las patatas apareció una rata, husmeando debajo de la tapia enjalbegada que separa mi huerto del corral. Debía de estar enferma: cuando me vio no huyó, se sentó sobre los cuartos traseros y me miró con fatigada sorpresa. (¿Dónde se habrá metido el perro?) Pensé en Alba Longa, claro, en Cartago en llamas, en todo eso. ¡Qué cabeza tengo, repleta de altisonantes nimiedades! Al cabo de un momento, se dio la vuelta y se marchó andando de lado y arrastrando la cola gruesa y rosada por el barro. ¿Cómo no? Todo bulle de vida a mi alrededor y me topo cara a cara con una rata que agoniza decrépita. Supongo que debería haberla matado. Ya no se me da tan bien matar cosas. ¿Volverá? En sueños tal vez.

Todo esto, el huerto y demás, ¿por qué me recuerda tanto a los días de la infancia? Dios sabe que nunca fui un hijo rubio de la naturaleza, enredado entre las flores y revolcándome por la hierba. Mis mayores intereses eran los cigarrillos y las niñas malas. Pero cuando salgo aquí con mi azada, noto el eco de una felicidad inmemorial. ¿Será que el pasado se ha vuelto bucólico, igual que en mi imaginación lo es este jardín, siempre primaveral, reluciente con una luz estilizada y prelapsaria como la que brilla con una radiación melancólica sobre los placenteros parques de Vaublin? Para eso escarbo, supongo, eso es lo que intento destapar: el estado perdido, imposible e irrecuperable de pura inocencia.

Conque imagínenme en este tiempo de principios de verano todavía primaveral, con mi blusón de campesino y mis gruesos zapatos de cuero agrietados, hurgando entre las bardanas, un improbable Silvio, esforzándome por reparar con su inofensiva labor lo que queda de mi alma corrompida. La lluvia de por la mañana ha cesado y el aire mercurial está repleto de destellos y fuegos fríos; este empapado resplandor es una sorpresa, la verdad. Hay una especie de eco en todas partes y todo está húmedo y sedoso bajo un cielo pálido y desnudo. Hemos tenido un invierno húmedo, el verano ha empezado tarde, y el barro sigue mojado, una sustancia espesa y oscura que respira y sorbe cuando hundo la azada. Todo se mueve despacio, con calma, según un ritmo uniforme y misteriosamente ordenado; tengo la sensación de que un inmenso reloj marca los pasos lentos, uno por uno. Me detengo y me apoyo en el mango de la azada con el rostro alzado hacia la luz, los tobillos cruzados y los pies en el barro (que es su verdadero medio, después de todo) y no pienso en nada. Hay un árbol en un rincón del huerto, no estoy seguro de qué es, un haya, creo, lo llamaré haya —¿quién va a notar la diferencia?—, algo maravilloso, como un gran animal delicado y paciente. Parece apartar la mirada hacia arriba, con cuidado, hacia algo que solo él puede ver. Produce un ruido inquieto y sibilante, y la luz del sol atrapada como agua luminosa entre sus ramas se balancea y se estremece. Estoy convencido de que es consciente de mi presencia; más locuras, lo sé. Sin embargo, por ilusorio que sea, tengo la sensación de estar viviendo entre vidas: es decir, la sensación de la importancia y la enmarañada complejidad de las cosas. Estas vidas, estas cosas, me hablan de asuntos que no acabo de entender. Me hablan del pasado y, de manera más evocadora, del futuro. Unas veces son apremiantes, otras parecen tan leves y fatigadas que apenas puedo oírlas.

He descubierto de dónde vienen estas moscas: un ramo de flores que el infeliz de Licht dejó demasiado tiempo en el alféizar encima del fregadero. Otro intento de «alegrar el lugar», su obsesión de estos días. Eran crisantemos, flores del mundo dorado. Entre los pétalos debía de haber huevos que han eclosionado al sol. El agua donde estaban ha dejado tras ella una especie de olor verdoso y carnal. Pero imagínense: ¡moscas de las flores! ¡Ay, Charles, Charles —aguarden, déjenme componer la pose; listo—: Ay, Charles, *mon frère mélancholique!* Sostienes

que el genio consiste en la habilidad de evocar la infancia a voluntad, o algo por el estilo, no lo recuerdo con exactitud. Yo he perdido la mía, la he perdido por completo. Quiero decir la infancia. Lo único que puedo evocar son versiones de ella. Bueno, ¿qué esperaba? Algo tenía que perder, por el bien del futuro; en eso baso ahora mis esperanzas. ¡En el futuro! ¡Ah!

Flora duerme de costado con una rodilla brillante destapada y un brazo extendido en una postura extraña, con la mano colgando a un lado de la cama. Fíjense en los labios separados y en los párpados delicadamente en sombra, en ese mechón de pelo húmedo pegado a la frente. Un rayo de sol en forma de zeta se abre camino imperceptible hacia ella por encima de la sábana arrugada. Murmura algo y frunce el ceño.

—¿Estás bien? —pregunta Alice en voz baja y le toca el brazo colgante.

—¿Qué? —Flora se incorpora y mira alrededor con gesto inexpresivo y los ojos abiertos—. ¿Qué?

—¿Estás bien? —a Alice le asusta la gente cuando se despierta, le parece rara y desquiciada —. Me han enviado a ver si estabas mejor.

Flora cerró los ojos y se pasó las manos por el pelo. Tenía la piel caliente y sudorosa y su pelo estaba caliente, sudoroso y pesado. Inspiró hondo, contuvo el aliento un instante y luego suspiró.

—No estoy mejor —dijo—. Todavía tengo escalofríos. Debo de haberme resfriado. ¿Me puedes traer un vaso de agua?

Volvió a desplomarse en la cama y se quedó mirando el techo, con el pelo negro esparcido sobre la almohada y los brazos en alto a ambos lados de la cara. La parte inferior de las muñecas tiene un color blanco azulado.

—Ha estado lloviendo, pero ahora hace muy bueno —dijo Alice.

—¿Ah, sí? —respondió Flora desde las profundidades. Estaba intentando recordar su sueño. Algo de ese cuadro: estaba en ese cuadro—. Sí —dijo, mirando la reproducción colgada en la pared a su lado, aquel payaso extraño con los brazos colgando y el que había a la izquierda que se parecía a Felix, que le sonreía.

Alice tuvo la sensación, que tenía a menudo, de estar hecha de cristal, y de que todos los que la miraban veían a través de ella y no reparaban en su presencia. Está enamorada de Flora; cuando está con ella tiene la sensación de que hay algo vago, grande y brillante, una especie de éxtasis doloroso que está a punto de florecer y nunca florece. Ojalá se le ocurriera algo que decirle, algo que le produjera un sobresalto de emoción y consternación. Oyó el viento vibrando en las chimeneas y a las gaviotas gritando como bebés. Pensó en su madre. Una nube apagó la luz del sol. La súbita oscuridad la puso nerviosa.

—Ese hombre nos ha preparado unas salchichas.

Se notaba un leve olor a frito.

—¿Quién? —preguntó Flora. No era que le importase. Levantó las rodillas debajo de la sábana y se las abrazó; se inclinó enroscada en la máquina ronroneante de su ser, con el ensimismamiento levemente ofendido de un gato. De pronto, se incorporó y se rio—. ¿Qué? —dijo—. ¿Ha cocinado él… Felix?

Alice se llevó las manos a la espalda y giró despacio sobre el talón.

—No —respondió desdeñosa—. El que vive aquí. Ese hombrecillo.

La luz del sol volvió a abrirse paso e inundó todo con una sensación de velocidad, silenciosa y fugaz. Flora se cubrió el pecho con la sábana áspera y se acurrucó en el hueco afelpado del

colchón, inhalando sus propios olores cálidos y achocolatados. Ya no le importaba de quién fuese aquella cama, qué corpachón hubiese dormido en ella. La sangre corría por sus venas espesa como el aceite.

—Diles que estoy bien —dijo—. Que estoy dormida.

La suave luz de la ventana y la blancura áspera de la almohada sosegaron su corazón. Estaba enferma y al mismo tiempo se encontraba de maravilla. Cerró los ojos y escuchó los ruidos del día a su alrededor, el canto y los gritos lejanos de los pájaros y el incesante y vano intento por hablar del viento. Volvió a ser una niña, perdida en el verano. Vio el sol en la tapia del convento y al tonto del pueblo en el camino haciendo muecas, y a sus pies los tejados relucientes, más allá el puerto, el mar y las nubes amontonadas como rollos de plata sucia en el ardiente horizonte.

—Diles que yo…

Alice se detuvo delante de la puerta. A través del ventanuco del rellano vio la sombra de las nubes rozando el mar a lo lejos y las cabrillas que desde aquí parecían inmóviles. Al otro lado de la ventana del siguiente rellano había un árbol enorme que vertía una luz verdosa sobre las escaleras. Se asomó entre las hojas cambiantes y le pareció ver a alguien en el jardín que la miraba y se acaloró del susto. Hatch había dicho que este lugar debía de estar encantado. Salió corriendo.

La cocina tenía el aire perplejo y perdido de un lugar abandonado hacía poco. Solo Licht estaba allí, sentado a la mesa cubierta de cosas con la cabeza levantada, fantaseando bajo la luz de la ventana. Al principio, cuando la vio no se movió, luego parpadeó, se estremeció y se incorporó.

—Me ha dicho que diga que está dormida —dijo. Él asintió complacido con la cabeza y sonrió desconcertado—. Flora —añadió ella con firmeza.

—¡Ah, Flora! —volvió a asentir con la cabeza—. Sí.

La mirada de Licht se apartó tímida. Estaba diciéndose que debía pensar en algo. El rumor del viento lo había aturdido, como si una multitud hubiese estado horas gritándole al oído, y no pudiera apartar ese zumbido de su cabeza. Por un instante se vio a sí mismo con claridad, sentado allí, bajo la jaquecosa luz matutina, una figura frágil y desdibujada. Por encima de la madera de roble temblaba un doble arcoíris, una banda más gruesa por encima y debajo un eco más leve.

—Flora —repitió él.

Vagamente, en la oscuridad de su imaginación, la idea dio vueltas.

Alice se imaginó cogiéndolo de los hombros y sacudiéndolo; vete a saber si la cabeza le sonaría como una matraca.

—Me ha dicho que diga que aún no está bien —dijo.

—¿Oh? —Childe Nosecuántos a la oscura torre llegó—. Espero que…

La vajilla sucia seguía en el fregadero, las cosas del desayuno estaban en la mesa.

—¿Lavamos los platos?

Licht negó con la cabeza.

—No —respondió—, déjalos, esa es labor de otro —la miró de soslayo con una sonrisa astuta —. Una vez tuvimos una criada que tenía un perro llamado Agua, y cuando mi madre se quejaba de que los platos estaban sucios, Mary siempre decía: «Caramba, señora, los he limpiado con Agua» —se rio con un grito súbito y agudo, dio una palmada en la mesa y se puso serio—. Pobre

mamá —murmuró. Se levantó. Salta, hombrecito, salta—. Vamos —dijo—. Te enseñaré algo.

Los arcoíris estaban desapareciendo ya en la ventana.

La casa estaba silenciosa mientras subían y ella imaginó figuras que acechaban invisibles a su alrededor con la mano en la boca y los ojos rasgados, intentando que no las oyera reír. Caminaba delante de Licht y tuvo una extraña sensación en la parte de atrás de la nuca, como si le hubiese crecido una pequeña cola en ella. Lo oyó tararear ocupado para sus adentros. La idea de su madre era como una burbuja que se hinchaba en su interior a punto de estallar. Todo era tan espantoso. Esa mañana en el barco Pound había entrado en el baño cuando ella estaba dentro y le había ofrecido dulces a cambio de bajarse las bragas y dejar que la mirara. Alice le tenía un poco de miedo, pero también le inspiraba lástima el modo en que mostraba los dientes cuando fruncía el ceño y cómo se subía constantemente las gafas sobre la nariz sudorosa. El aliento le olía a queso.

Licht se detuvo en el primer rellano, inclinó la cabeza y escuchó, sonriendo sin motivo. ¿A quién se parecía con esa especie de levita larga y esos pantalones ajustados?

—¡Todo despejado! —susurró, le guiñó un ojo y la dejó pasar. ¿Al Conejo Blanco? ¿O a la Liebre de Marzo? Al fin y al cabo, ella era Alicia—. Dime —dijo él—, ¿fue agradable el viaje en barco?

Alice no tenía claro qué debía responder. Pensaba que tal vez estuviera burlándose de ella. Licht iba andando a su lado, tan encorvado que no podía mirarlo a la cara. Tenía una pequeña maraña de arrugas en las comisuras de los labios y de los ojos, muy finas, como grietas en la porcelana.

—No estuvo mal —dijo con cautela—. Luego encalló en ese banco de arena y todos nos caímos. Creo que…

—¡Chist!

Pasaron sin hacer ruido por delante de la habitación donde dormía Flora. A él le habría gustado saber si se había quitado la ropa. Un nuevo anhelo, sordo y doloroso, volvió a encenderse en su pecho.

Una vez más, se detuvo y escuchó.

Todo despejado.

Llegaron al piso más alto.

En la habitación de la torre, Alice entrelazó las manos y apretó los labios. Aquí todo tendía hacia arriba. Las ventanas a su alrededor mostraban más cielo que tierra y unas nubes enormes blancas como el hielo pasaban flotando tranquilas. Algo tembló. Ella tuvo la sensación de estar suspendida en el aire, como si levitara treinta centímetros por encima del suelo. Imaginó que además de una cola le habían salido unas alas pequeñas, casi pudo notarlas en el tobillo y la muñeca, unas alas pequeñas, plumosas y rápidas que aleteaban invisibles y la transportaban volando por el aire cristalino. Podía ver todo a su alrededor: delante el mar y detrás el bosque de robles. Tuvo la impresión de estar sosteniendo algo entre las manos, una especie de cuenco o algo así, que le habían dado para que lo cuidara.

—Este es el cuarto del profesor Kreutznaer —dijo Licht, con una mano en el corazón y jadeando un poco después de la subida—. Mira, este es su escritorio… y sus cosas, sus libros y sus cosas.

Ella avanzó un paso y bajó obediente los ojos hacia el revoltijo de papeles amarillentos con sus jeroglíficos garabateados y los grandes libros abiertos con fotos de actores, músicos y damas con vestidos dorados. Todo parecía dispuesto, colocado a propósito para que alguien lo viera. Todo estaba cubierto de polvo.

—¿Mira las estrellas? —dijo.

—¿Qué? —él había girado la cabeza y estaba mirando por la ventana hacia las profundidades del cielo.

—Las estrellas —repitió ella en voz más alta—. Por la noche.

Licht volvió a regañadientes de muy lejos. Alice señaló el telescopio.

—Supongo —dijo él—. Y el mar —hizo un gesto vago—. Las nubes.

Ella se le plantó delante, atenta e inexpresiva, esperando. La silla giratoria se movió cuando Licht rozó el respaldo con la yema del dedo.

—Antes solo miraba los cuadros —dijo con el ceño fruncido—. Era un experto en proveniencia.

Ella asintió.

—Providencia. Sí.

—No, no: proveniencia. De dónde procede un cuadro, quién era el dueño y demás. Hay que saber esas cosas para confirmar que no es falso. El cuadro, quiero decir.

—¡Ah!

Reinó un silencio impotente. Desde el jardín les llegó el murmullo de unas voces; a toda prisa ambos corrieron a la ventana y miraron hacia abajo, casi rozándose con la frente. Los niños forcejeaban sin ganas en la hierba.

—Míralos —susurró Alice para sí, con un suave desprecio.

Licht la observó con el rabillo del ojo con súbita sorpresa. No había podido verla tan de cerca hasta entonces. Podría haber sido una nueva especie de algo que se hubiese posado a su lado. La oía respirar. Cada vez que ella parpadeaba, sus pestañas se posaban un instante en la suave elevación del pómulo. Olía a una mezcla de leche y virutas de lápiz. Les llegó con claridad la voz de Hatch: «¡Oh, mierda!». Silencio, bosques oscuros, otra vez ese viento, como un río que corriera entre las hojas centelleantes. Él cerró los ojos. Se le contraía un músculo de la mandíbula.

—¿Alguna vez piensas que no estás aquí? —dijo en voz baja—. En ocasiones tengo la impresión de que he salido flotando de mí mismo, y de que lo que hay aquí, de pie, hablando, no soy yo.

Apartó la vista atribulada de ella y se mordió el labio. Alice miró con intensidad hacia abajo a través del cristal. Casi sin respirar. Algo se meció entre ellos y luego se detuvo despacio. Él suspiró. En los últimos tiempos notaba cosas muy raras, ruidos extraños y reverberaciones en su cabeza, estallidos, gemidos y crujidos repentinos e inesperados, como si el mundo se estuviera desintegrando a hurtadillas a su alrededor. Una noche, cuando estaba a punto de quedarse dormido, algo estalló con estrépito y notó un destello de luz blanca, como si disparasen una pistola en el interior de su cráneo, y despertó aterrorizado, pero no había nada, ni el más mínimo ruido o eco.

—Me gustaría saber si le pasa algo a mi cerebro —Licht se vio en otra parte, corriendo por una calle, o encorvado sobre un pupitre escolar bajo la luz polvorienta y el insistente tictac de un reloj—. ¿Crees que nos morimos y ya está, Alice? —murmuró—. Que todo se acaba sin más…

La sombra de un pájaro con las alas rígidas pasó rozando la ventana en un picado en diagonal.

—Creo que el capitán estaba borracho de verdad —dijo ella de pronto, mirando todavía a través del cristal.

—¿Qué?

—El capitán del barco. Tenía una botella debajo de un estante. Primero maldijo y luego se rio

y le soltó a ese tal Felix que se fuese al infierno.

Suspiró.

—¿Ah, sí? —dijo él.

La observó mientras la chica seguía de puntillas mirando por la ventana, con el borde sonrosado de una oreja asomando entre el pelo y la punta de la lengua tocándole el labio superior.

—Me alojo en un hotel, ¿sabe? —Alice hizo un gesto en dirección hacia donde pensaba que estaba la tierra firme—. Mi mamá…

El ceño le tembló y él pensó que iba a empezar a llorar otra vez.

—Vamos —dijo.

Fuera de la habitación de la torre, tres empinados escalones llevaban a una puerta tan baja que incluso Alice tuvo que agacharse para pasar por ella. Es el desván, un lugar oscuro, ancho y alargado en forma de tienda de campaña con una cegadora columna de luz suspendida en ángulo desde una mugrienta mansarda en el techo. Olor a polvo y a manzanas y el aroma dulzón de las vigas podridas. Aquí arriba debajo del tejado hace calor y el aire está cargado. Había cosas apiladas por todas partes, muebles, botellas viejas, mazos de cróquet, una bicicleta negra vieja, todas como sus propios fantasmas bajo un suave y velludo perfil de polvo. «El emperador Rodolfo —estaba diciendo Licht—, el emperador Rodolfo…», pero la extraña acústica de aquel sitio se llevó el resto de sus palabras y las convirtió en un eco ininteligible. Se quedaron plantados un momento, impresionados, oyendo los ecos rebotar y caer al suelo como agujas. Una corriente de aire llegó desde las escaleras y una puerta resonó un poco sobre sus goznes en alguna parte. El calor les oprimía los tímpanos. Palomas invisibles murmuraban lascivas en los aleros y un ratón se escurrió sin ruido bajo los tablones del suelo. Ya he estado aquí.

—Un gran coleccionista —dijo Licht en voz baja, como si pudiera haber alguien escuchando —. ¿Habías oído hablar de él?

Alice miró preocupada sus rodillas con el rabillo del ojo.

—No creo —dijo despacio.

—¡Tenía cada cosa!, una estatua mágica, por ejemplo, que cantaba una especie de canción cuando le daba el sol —pareció dudar un momento—. Al menos eso he leído en alguna parte.

Ella se volvió y se apartó un paso de él, tambaleándose. Tuvo la sensación de que una sustancia preciosa y volátil rebosaba ahora de eso que aún parecía sostener entre las manos. De pronto él se rio a su espalda y volvieron a alzarse los ecos.

—Escucha —dijo—, escucha —y se adelantó con un dedo en alto—. ¿Qué forma tiene un loro muerto?

Alice fingió que se esforzaba en pensar. Él la observó regodeándose, mientras asentía con la cabeza y arqueaba cada vez más las cejas.

—¿Te rindes?

Ella se preparó para reírse.

—¡Un *pollygono*!

Licht se estremeció con una risita inaudible. Alice se esforzó en sonreír y asintió con la cabeza. Ya se lo sabía.

En un rincón, el suelo estaba cubierto de manzanas marchitas. Cuando su mirada cayó en ellas, Licht se puso mohíno.

—Mis reinetas —dijo—. Me había olvidado de ellas —cogió una y la olió pesaroso—. Difuntas —le dedicó una sonrisa quejosa—. Como el pobre loro Polly.

Se arrodilló delante de un arcón metálico. Dentro había disfraces, le dijo, vestidos de hacía mucho tiempo, vestidos de baile, cascos y un uniforme de oficial con un sombrero de tres picos. Toqueteó los cierres, pero no pudo abrirlos. Después de un breve esfuerzo, se rindió; déjalos, déjalos ahí, los siglos chabacanos. Se sentó en la tapa del arcón y se balanceó adelante y atrás, sujetándose una rodilla, mientras Alice seguía de pie, tambaleándose un poco y mirando a lo lejos. Pasó otra nube y la luz del sol en la ventana sobre su cabeza se apagó de pronto con una especie de chasquido.

—Era famoso, ¿sabes? —dijo Licht—. ¡Oh, sí! Salía en los libros y venía gente de todo el mundo a pedirle su opinión sobre los cuadros —su rostro se ensombreció como el de un niño enfadado—. Luego dijeron que él… —hizo una pausa y levantó un dedo a modo de advertencia y escuchó.

¡Ah!

Volvió a brillar el sol. A lo lejos volvieron a oír las voces ásperas de los niños.

—¿De dónde era emperador? —preguntó Alice.

Licht la miró y parpadeó.

—¿Eh? No, no, él no… Digo el profesor Kreutznaer.

—¡Ah!

Parecía más irritado que nunca. Se levantó del arcón y empezó a ir y venir con las manos a la espalda y las comisuras de los labios hacia abajo. Alice notó cómo el cuenco invisible se inclinaba entre sus manos.

—Yo era su ayudante, ¿sabes? —dijo en tono frívolo, señalando los papeles de la mesa—. Pasaba a máquina lo que escribía —movió los dedos como si apretara unas teclas invisibles—. Era el único que entendía su letra.

Se quedó de pie con el ceño fruncido y se rascó la cabeza con un dedo.

—¿También escribían sobre usted en los libros? —preguntó ella.

La miró con severidad.

—¡Pues claro que no! —le espetó, y ella notó la sombra de una salpicadura de mercurio caer a sus pies.

Licht se interrumpió y volvió a alzar la mano, con el ceño fruncido y las aletas de la nariz dilatadas como las de un conejo. Un escalón crujió. Luego silencio. (El profesor está ahí, agazapado como un mirón, escuchando.) Los observo perfilados en la luz polvorienta contra la tenue oscuridad, un emblema de alguna cosa, y se me encoge el corazón.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Alice.

—¿Qué? ¡Oh!, me había parecido oír… ¡Chist!

Escucharon. Ni un ruido. Licht se encogió de hombros y empezó a hablar, pero de pronto Alice se volvió hacia él y dijo:

—¡Tengo miedo!

Y, en cuanto lo dijo, dejó de ser cierto. Licht retrocedió con la mirada fija, sujetando entre las palmas sorprendidas el cuenco invisible que ella le había dado.

Cuando Alice corrió escaleras abajo y Licht entró encorvado por la pequeña puerta, el profesor Kreutznaer estaba allí en la ventana del rellano con los puños metidos en los bolsillos deformados de su vieja chaqueta negra. Licht se ruborizó enfadado.

—¿Qué estás haciendo? —dijo el profesor.

—¡Nada! —gritó Licht. Sonó como un chillido. Carraspeó y volvió a intentarlo—: Nada. ¿Qué quiere decir? ¿Es que está espiándome?

Abajo se oyó el brusco golpe de la puerta principal al cerrarse de un portazo; la casa tembló y, al cabo de un segundo, una fantasmal corriente de aire ascendió por las escaleras.

—Te dije que no debías dejar que se quedaran —dijo el profesor—. ¿Por qué les has dejado?

Licht pasó de largo hacia la ventana y se quedó mirando afuera. Los ojos se le inundaron de lágrimas de rabia y resentimiento.

—¿Por qué me culpa? —exclamó—. Me culpa usted de todo, y me espía, va por ahí a hurtadillas y escucha detrás de las puertas. Es a usted a quien buscan, ¡es a usted a quien han venido a buscar!

Qué alegre y despreocupado parecía todo fuera, el sol en las dunas y la hierba meciéndose y el azul irreal del mar en la distancia. En momentos así, Licht tenía la sensación de que el mundo se desternillaba de risa y se burlaba de él. Golpeó despacio con los puños contra el alféizar de la ventana y lloró, sacudiendo los hombros.

—Tengo que salir de aquí —dijo, como si hablara para sus adentros, y soltó un jugoso sollozo, moviendo la cabeza a un lado y al otro mientras se le formaba una pompa de saliva en los labios llorosos y reventaba con un minúsculo estallido—. ¡Tengo que marcharme!

El profesor lo miró en silencio, con el ceño fruncido. Licht, frotándose los ojos y murmurando alguna cosa, pasó a su lado y bajó las escaleras a trompicones.

Volvió a oírse un portazo en la puerta principal y el profesor notó el leve temblor bajo sus pies. Esperó y enseguida oyó otro ruido, más cerca, y cuando miró por encima de la barandilla vio a Felix en el rellano de abajo, con la oreja en la puerta del dormitorio, una mano en el bolsillo de la chaqueta y la cabeza inclinada mientras sonreía para sí y escuchaba los ruidos de dentro. El profesor se apartó deprisa, con el corazón acelerado, pero demasiado tarde. Por un momento se hizo un silencio y luego oyó a Felix que se reía desde abajo y canturreaba en voz baja por el hueco de la escalera:

—¡Hoooola! —pausa—. ¿Profesor? —pausa; otra vez una risa—. ¿Está usted ahí, don Virtuoso?

El profesor cerró los ojos un instante y suspiró. Había cosas que no quería recordar. Noches negras al lado del río, las farolas en el muelle estremeciéndose bajo el viento, las gaviotas sobrevolando en círculos la oscuridad como grandes hojas de papel, y los chicos de pie en las sombras, todo seda y acero enfundado, arrastrando los pies por el frío, con la punta de los cigarrillos llameando y sus voces felinas y melifluas llamándole mientras pasaba por la acera por tercera o cuarta vez, intentando parecer distraído, intentando parecer lo que otras veces había creído ser. «¿Cómo estás, machote? Estás buscando, ¿eh?» Todos tenían los mismos ojos vivos, como los ojos de un animal a medio domesticar. Le daban miedo. Y, no obstante, qué tímidos eran detrás de esa fachada dura y de sus palabras insolentes; solos por fin con él en un umbral oscuro o en un callejón trasero se reían cohibidos y agachaban la cabeza, esquivando sus ojos huidizos e implorantes, fingiendo no estar allí, igual que él. Esa mezcla de amenaza y vulnerabilidad le resultaba irresistible. Y luego, dando trompicones por las calles enfangadas por la lluvia, mareado, estremeciéndose con una especie de alegría saciada. ¡Nunca más!, gritaba en el fondo de su corazón, nunca, ¡lo juro!, dirigiéndose a una fantasmal versión de sí mismo que estaba a su lado con los brazos cruzados y los labios apretados en un gesto acusador. Y Felix siempre allí, señor de las calles, saliendo de ninguna parte, espantosamente al tanto de todo, haciendo bromitas y esbozando su sonrisa malévola e insinuante. Todos conocían a Felix y

sabían lo de los cartones de cigarrillos de contrabando que desembarcaba de los barcos y lo de sus paquetitos de polvo precioso. «El flautista de Hamelin, profesor, ese soy yo.» Y esa risa.

—¡Eooo! —gritó ahora, con un dulce sonsonete. Estaba apoyado en la barandilla, con la cara vuelta hacia arriba y una sonrisa amplia y sin labios—. Ahí está. No sea tímido, profesor, solo soy yo.

El profesor Kreutznaer bajó despacio por las escaleras; sin dejar de sonreír, Felix se quedó de pie y lo miró acercarse, mientras daba unos golpecitos rítmicos en la barandilla con la yema de los dedos. Qué silenciosa pareció de pronto la casa.

—¿Qué…? —dijo el profesor, y tuvo que carraspear y volver a empezar—: ¿Qué está haciendo aquí?

Felix soltó una risa entrecortada, se puso los dedos extendidos en el pecho y adoptó un gesto de inocencia agraviada.

—¿Quiere decir aquí? —preguntó señalando al suelo bajo sus pies—. Pues nada. Pasando el rato.

—Quiero decir en la isla —dijo el profesor.

Felix se limitó a sonreír, fue a la ventana y contempló tan contento la escena iluminada por el sol: la hierba de la pendiente, el puente sobre el riachuelo, las dunas cubiertas de hierba a lo lejos y la franja del mar en la distancia. Suspiró.

—Qué sitio tan agradable tiene aquí —dijo—. Tan tranquilo —miró por encima del hombro y guiñó un ojo—. No como en los viejos tiempos, ¿eh? Aunque supongo que habrá algún muchacho pescador que le traerá sus arenques —sacó su abollada cigarrera de oro, encendió un cigarro y dejó la cerilla apagada con cuidado sobre el alféizar de la ventana. Asintió pensativo, mientras fumaba—. Sí —dijo—, un sitio así me convendría mucho, tengo que reconocerlo.

El profesor se quedó inmóvil y escuchó el latido vacilante de su corazón, mientras pensaba que el miedo siempre tiene en su centro una fina, pequeña e inagotable llama de placer.

—¿Por qué ha venido aquí? —dijo.

Felix soltó una gran bocanada de humo y negó con la cabeza triste y divertido.

—Ya se lo he dicho —respondió—. El capitán estaba borracho, el barco encalló. ¡Somos náufragos! —se rio en voz baja—. Es la verdad. Una feliz coincidencia. ¿No se alegra de verme?

El profesor siguió mirándolo fijamente con ojos apagados.

—¿Cómo ha sabido dónde encontrarme? —preguntó.

Felix chasqueó la lengua con enfado fingido.

—¡La verdad —dijo—, no sé por qué no me cree! ¿Le he mentido alguna vez?

Al oírlo el profesor soltó el seco gruñido que en él pasaba por una risa. Se miraron a través de una voluta de humo de color azul plomo. El profesor alzó la mirada y Felix se tocó tímidamente el pelo teñido.

—Pensé que no lo notaría —dijo con aire coqueto y movió las pestañas—. Ya me conoce, profesor, mi apellido es «mutabilidad».

—¿Qué quiere de mí? —preguntó el profesor.

—¿Querer? Pues nada. ¿Qué he querido siempre? Entretenimiento. Diversión. La compañía de un gran hombre.

Felix se apartó sonriente, acercó la cara a la ventana y echó una mirada escrutadora hacia el jardín. Fuera soplaba el viento, la luz del sol centelleaba.

—Cuénteme —dijo—, ¿qué tal está el mercado del arte estos días? Volátil, ¿verdad?

Algo parecía latir en el aire, como después del tañido de una campana.

—Creo que me estoy muriendo —dijo el profesor.

Se oyó a sí mismo decirlo y retrocedió un paso con una especie de consternación sorprendida y atragantada, como desde el borde ventoso de un lugar alto. Felix lo miró ausente desde la ventana, por encima del hombro.

—¿Qué? —dijo—. ¿Muriéndose? Sí, bueno —se volvió otra vez hacia la ventana y fumó en silencio un buen rato—. Este sitio es precioso de verdad —repitió—. Me gusta mucho. De hecho, me gusta tanto que creo que me quedaré una temporada.

Otra vez ese tañido de campana latiendo en el aire.

—No —respondió el profesor.

Felix escudriñaba la ladera de la colina donde una figura desaliñada estaba sentada al pie de un árbol en flor.

—*¡Montgomery!* —gritó con suavidad—, *¿por qué tu criado tiene las orejas puntiagudas?* —se volvió hacia el profesor con una sonrisa luminosa—. ¿Ha dicho que no? —dijo—. Vaya, vaya, eso no es muy hospitalario. Solo me quedaré una temporadita. Hasta que me recupere. Últimamente he sufrido unos cuantos reveses. Nada serio, ya me entiende; nada de una escala que valga la pena comentar.

Siguieron de pie mirándose, Felix con su sonrisa llena de intención, y el profesor con gesto lúgubre.

—No puede quedarse —dijo el profesor.

—¡Oh, vamos! —exclamó Felix—, pasaremos el tiempo como si tal cosa, igual que hacíamos en el mundo dorado… ¡Uy! —se tapó la boca con la mano y alzó las cejas con consternación fingida—. ¿Qué he dicho? Caramba, profesor, se ha puesto usted muy pálido —inclinó la cabeza y contempló con tensa diversión al anciano acurrucado y ceñudo que tenía delante—. A propósito, el otro día pasé por Whitewater —dijo encantado Felix—. Ahora lo lleva la hija, toda una castellana. Por una libra te dejan deambular cuanto quieras. Muy confiados, debo decirlo… Aunque siempre lo fueron, ¿verdad? Quería comprobar si *El mundo dorado* conservaba su oropel. Qué obra tan sorprendente… Nunca deja de asombrarme. Siempre me ha parecido tan… —bajó un poco la voz— convincente —se le había apagado el cigarro; dejó la colilla al lado de la cerilla apagada sobre el alféizar—. Hablé con la señora de la casa. Muy amable, muy servicial.

El profesor asintió apesadumbrado con la cabeza.

—Ella le dijo dónde me encontraba —dijo. Felix se limitó a sonreír. El profesor se oyó respirar y notó esa sedosa oleada en el corazón—. Usted no puede hacerme daño —dijo.

Felix se apartó con una sonrisa atónita.

—¿Hacerle daño? —exclamó—. Caramba, ¿por qué iba a querer hacerle daño? No: va a ser usted mi gallina de los huevos de oro —le guiñó un ojo, se volvió de pronto y empezó a bajar los escalones con ágiles saltitos; a mitad de las escaleras se detuvo y se volvió—. A propósito —dijo —, espero que sepa apreciar la discreción con que me he comportado, a pesar de que ni siquiera se ha dignado estrecharme la mano.

Movió la cabeza con desaprobación, se rio y desapareció escaleras abajo.

Cuando se fue, el profesor se quedó inmóvil, en suspenso, como le pasaba a menudo esos días, esperando algo que no llegaba. Probó distraído la puerta del dormitorio. Estaba cerrada.

Ahora Croke, prueba con Croke, él es el más auténtico, el *homo verus* del mito y la leyenda. Salió al porche iluminado por el sol, se detuvo con gesto agrio y olisqueó el día. El hedor del mar, la densa acritud de la hierba mojada y una especie de aroma a mantequilla que supuso que debía de ser el olor de las aulagas. No le gustaban el campo, los árboles, el tiempo y demás. Era un hombre de ciudad nato. Un paseo al lado del canal una mañana de octubre, con los cisnes deslizándose sobre su propio reflejo, el sol sobre los depósitos de gas y el cielo delicadamente azulado por los vapores de la gasolina, con eso tenía suficiente aire libre. Bajó los escalones del porche y giró a la derecha por el camino empavesado, pasó al lado del rosal, del barril de agua de lluvia y del montículo de color moscarda donde echan la ceniza de los fogones de la cocina. Aquí crecen unos manzanos raquíticos, entre la hierba exuberante, los arbustos frutales y una espesa mata de ortigas verdes en posición de firmes. Olor a rosas, luego a lilas y por fin a algo muerto y dulzón. Una nube apartó de pronto el sol. Cerca goteaba el agua, ¿o era un pájaro lo que hacía ese ruido *plip, plip*? Llegó a la puerta de hierro que llevaba del rincón del césped al corral de detrás de la casa. Los adoquines aún estaban mojados en parte. Observó su mano sujetar la reja de la puerta y por un momento se quedó allí, mirando esa garra marchita que apenas podía creer que fuese suya. En estos tiempos evitaba mirarse con demasiada atención, no quería ver la papada del cuello y el pecho entrecano, las tetas caídas, las piernas trémulas y varicosas. Los años habían convertido su piel en algo fino y traslúcido, suave y pegajoso, como papel encerado, un pellejo suelto en cuyo interior resbalaba su vieja carcasa. No necesitaría mortaja, podrían empaquetarlo como a un pavo, doblar los pliegues y atar el nudo final. Sonrió lúgubre y la puerta se abrió ante él con estrépito. Una franja de luz barrió el corral y, mientras avanzaba vacilante en este súbito y débil resplandor, el dios invisible lo ungió y por un momento sintió una extraordinaria felicidad.

Una gallina picoteaba las ramitas de paja, con el ojo encendido, buscando algo entre los adoquines embarrados. Se detuvo pensativa y soltó un pequeño montículo de mierda en espiral, blanca como la tiza y verde oliva. Croke la miró levemente asqueado: ¿qué coño comían? El perro salió de su cama debajo de la carretilla, avanzó ladeado uno o dos pasos y se detuvo jadeante.

—Aquí, chico —dijo Croke, y le sorprendió el volumen de su voz, lo hueca y poco convincente que sonaba. Se vio a sí mismo como una figura cómica, con sus rayas de vendedor de golosinas, los zapatos empapados y el ridículo sombrero de paja—. Vamos, chico —dijo hosco—, aquí, amigo.

El perro, un spaniel blanco y negro al que le salía algo repugnante de los ojos, se dio la vuelta desdeñoso y regresó contoneándose a su guarida.

Croke continuó andando y llegó a otra puerta de hierro más ancha. Detrás estaban los campos que ascendían hasta la cresta cubierta de robles. Se quitó el sombrero, la contempló y notó el aire

frío de pronto en la frente.

¿Cómo se llama eso, esa cosa dorada?

Debajo de la puerta había barro pisoteado (¿hay vacas?) con pequeños charcos de agua que reflejaban el cielo como fragmentos de cristal. Pasó tembloroso por encima del barro, pero el terreno más allá también estaba enfangado y la hierba húmeda se le pegaba de un modo alarmante a los pies. A pesar de todo, continuó ascendiendo por la pendiente irregular con paso lento sobre su propia sombra achaparrada, que se tambaleaba por delante de él abriéndole paso.

De ver mi propia sombra bajo el sol
y disertar sobre mis deformidades

No es que jamás le permitieran interpretar al rey Ricardo. Lo único que había llegado a hacer era estar de pie con unos pantalones de cuadros escoceses de tela de saco y una túnica que olía al sudor de otra persona, intentando no bostezar mientras un gordo marica con una corona de papel iba y venía vociferando. ¡Bah! En el fondo de su corazón despreciaba eso de disfrazarse y fingir ser otra persona. Era una lástima que ya no se representaran revistas. Le gustaban las revistas, las antiguas, antes de que todo se volviera sucio e indecente. Había sido un gran personaje serio en los dúos cómicos, probablemente por su tamaño: un idiota torpe y grandullón de cara reluciente con el pelo repeinado, traje y corbata y el ceño fruncido al que un hombrecillo le gastaba bromas, ¿qué podía ser más gracioso? Era raro que nunca le hubiese importado parecer imbécil. Los graciosos pensaban que eran ellos quienes controlaban el cotarro; se equivocaban, claro, ese era el secreto. Todos eran unos catetos, celosos, agarrados, siempre con quejas… y además mujeriegos. Dios, sí, las faldas los volvían locos.

Se sorprendió pensando en Felix. No confiaba en ese bufón, con el pelo teñido y la sonrisa rijosa. Y además era muy cetrino: ¿sería judío? Enseguida había ido a por la chica, claro. Siempre lo hacen. Esa chica…

¡Oh!

Se apartó asustado cuando un pájaro salió volando de pronto de entre la hierba con un gorjeo y se elevó en el aire. Una alondra, ¿no? Se quedó con la cabeza hacia atrás sonriendo por el esfuerzo, y observó a la minúscula criatura entonar su canto gutural en lo alto. Al cabo de un minuto se cansó, o tal vez el canto hubiese terminado, y volvió al suelo por etapas, bajando de un profundo escalón de aire a otro, hasta que desapareció otra vez entre la hierba. Croke siguió andando. Hacía mucho tiempo, cuando era niño, alguien había tenido un canario; lo recordaba en su jaula en una ventana soleada. ¿Quién era? ¿Quién podía haber tenido un pájaro cantor? Lo veía con toda claridad: la jaula, el visillo recogido y la ventana con los cristales y la luz amarilla que se colaba por ella. Suspiró. La melancolía, espesa y dulce como la melaza, hinchó su corazón.

Siguió andando, colina arriba. Esta última parte era empinada y había barro y hojas muertas que hacían difícil la marcha. Olía a humo húmedo. Arriba, los árboles hacían un ruido susurrante y angustiado. Se detuvo a descansar un momento, inclinado hacia delante con las manos en las rodillas y respirando con la boca abierta. Le dolían los pulmones. ¿Qué estaba haciendo, trepando allí, qué locura lo había dominado? Podía morir, caer como un árbol y morir, estaría días allí sin que nadie lo encontrara. Volvió la mirada sombría hacia los campos que se desplomaban tras él, hacia la casa, la playa y el mar distante. Nubes blancas pasaban deslizándose sobre su cabeza. Por un momento le pareció que volaba y se sintió mareado. Detrás

de él alguien empezó a cantar.

Oh
se corrió dos veces
en un cuenco de arroz
y decía que era tapioca

Era uno de los niños. Estaba acuclillado en medio de un claro, al lado de los restos del fuego, hurgando con un palo entre las brasas que ardían sin llama. Miró a Croke sin sorprenderse. Su pelo incoloro estaba húmedo y pegado al cráneo. Sus ojos tenían un extraño tono azul desvaído.

—¿Cuál eres tú? —preguntó Croke, todavía jadeando por la subida—. ¿Hatch? —se le ocurrió que debería llevar bastón, eso le prestaría autoridad, al señalar con él y demás. Hatch siguió mirándolo con indiferencia; lo mismo podía haber estado mirando a través de los barrotes de una jaula. Croke, desconcertado por la mirada fija del niño, probó otra cosa y señaló al fuego—. ¿Se te ha apagado? —preguntó.

Hatch se encogió de hombros.

—Pound ha meado encima.

—No es verdad —objetó Pound, saliendo de entre los árboles. Pound era el gordo: gafas, con un remolino, zapatos como barcos—. Ha sido él quien ha meado.

Desconcertado, Croke esbozó una débil sonrisa. Abrió la boca, pero no se le ocurrió nada que decir, y se quedó indeciso, sintiéndose expuesto y burlado al mismo tiempo. Aquellos dos le daban un poco de miedo. Hatch en particular le alarmaba con su cara de duende, sus ojos violetas y sus manos pequeñas y pálidas como garras.

Pound se acercó, se plantó al lado de la fogata y dio una patada a las cenizas con la puntera del zapato. Echó una mirada de soslayo en dirección a Croke.

—Debe de haberse ido —le dijo a Hatch—. No lo veo.

—Se habrá metido en su madriguera —respondió Hatch y se rio.

Una racha de viento recorrió el claro y levantó cáscaras secas y el esqueleto de encaje de las hojas del año anterior; en el silencio, Croke tuvo una soñolienta sensación de caída lenta y sin peso.

—¿Había alguien aquí? —preguntó.

Hatch clavó el bastón entre las hojas.

—Ese tipo —dijo.

—¿Qué tipo?

—Tarzán, el hombre mono.

Esta vez Pound se rio, con un grito untuoso. Croke los miró a los dos, al desdichado acuclillado en el suelo y al gordito con las mejillas hinchadas y la cara pálida de bebé. Intentó otra vez pensar en algo que decir que los confundiera, algo seco y gracioso, pero en vano, así que se volvió con un gesto irritado y se alejó para dar un paseo, con la nuca ruborizada. Los niños y los animales, los animales y los niños: tendría que haber sabido lo que hacía.

Llegó a la linde del bosque y tuvo que bajar los primeros metros agachado. Se sintió raro: «desplomándose», decía su padre: «me desplomo». El terreno parecía aún más irregular que al subir, y la hierba ocultaba agujeros en los que temía torcerse el tobillo (tenía que haber vacas, o caballos, tal vez haya caballos, después de todo). La casa se veía con claridad a sus pies, pero por alguna razón cada vez parecía más sesgada, como si todo tuviese una inclinación secreta, y,

cuando llegó abajo, el tejado e incluso la torre desaparecieron de la vista a la izquierda detrás de un empinada ladera herbosa perforada de madrigueras de conejo y se encontró andando por un ancho sendero arenoso con dunas altas a ambos lados.

Delante de él se extendía el mar, lo oía, el murmullo, el silbido y el ruido áspero de las olas al romper contra los guijarros de la orilla. El sol brillaba con fuerza en lo alto. Se detuvo sin mucho entusiasmo y se quedó allí al sol con la cabeza inclinada. ¿Qué le había ocurrido? No lo entendía. Hacía un minuto estaba arriba en la cresta y ahora estaba abajo, hundido en este hueco caluroso. Miró a su alrededor. Los chicos estaban detrás de él, de pie en una duna, observándole. No los veía muy bien; ¿estaban riéndose? Volvió a sentirse mareado y algo le zumbó en la cabeza.

Continuó andando. El sudor le nublaba la vista. La badana del sombrero estaba grasienta y caliente y se le había metido arena en los zapatos empapados, duras hileras que se le clavaban en las plantas de los pies, le apretaban los dedos y hacían que le dolieran los callos. El camino se volvió más empinado, la suave pendiente se alzó ante él como un muro; en lo alto el viento levantaba pequeños remolinos de arena y más allá el cielo era de un azul intenso, de sorpresa. Notó un fuerte hedor. Una oveja muerta yacía retorcida en la arena, con la cabeza de lado y las delicadas y negras pezuñas partidas. Debía de haber resbalado y caído por las dunas hasta romperse el cuello. Algún animal se había comido los cuartos traseros; la lana vacía, todavía intacta, se movía al viento, de modo que la oveja muerta parecía estremecerse de dolor y esforzarse por ponerse en pie. Pasó a su lado intentando no respirar aquel olor, y vio el brillo vidrioso del hocico y el negro hueco de una órbita del ojo. Tosió, escupió, gimió. Apenas sabía ya dónde se encontraba, solo estaban la pendiente, el resplandor deslumbrante del sol y la arena abrasadora que se retorcía bajo sus pies. Quería llegar al mar; todo iría bien si conseguía llegar al mar. Oyó la música que hace la isla, la profunda canción que se alza de la tierra, y pensó que debía de estar imaginándolo. Tropezó, con el corazón tembloroso en la caja torácica y el aire salado raspándole los pulmones. Al cabo de una docena de pasos se detuvo otra vez y se dio la vuelta. Los niños seguían detrás de él, guardando las distancias. Dejaron de andar cuando él se paró y se quedaron observándolo impasibles. Gritó y los amenazó con el puño. ¿Por qué no lo ayudaban? Seguro que habían notado que necesitaba ayuda. Estaba asustado. Pensó que se echaría a llorar. Ahora tenía arena en la boca. ¿Cómo se llamaba? *Anabasis*. No. *Discanto*. No, no, ese objeto, ese objeto dorado, ¡cómo se llama! Como en un sueño, observó cómo sus pies cansados caminaban con esfuerzo por la arena, uno bajaba y el otro se levantaba y luego ese era el que bajaba a su vez. ¿Cómo había llegado hasta aquí, qué había ido tan mal y tan deprisa? Volvió a ver el canario, la luz en la ventana de la abarrotada habitación de delante y al viejo en la cama alta. Sí, sí, ella le había comprado el pájaro al final, para que le hiciera compañía: «¡Para que cante en mi funeral!», gritaba el viejo entre toses y risas, divertido y furioso. Volvió a oír la risotada áspera y la voz cansada y desdeñosa: «Mi hijo, el cómico». Los años cayeron por la angosta escalera y de pronto volvió a ser un niño, el vestíbulo con el linóleo reluciente, y aquel cuadrante donde rozaba la puerta, y fuera en la plaza, de la mano, el bebedero y los cerezos en flor en sus jaulas de alambre, y luego el gran y ancho pasillo resonante iluminado con una luz granulosa y los pasos rápidos de la monja alta sobre las baldosas desiguales —nunca se les veían los pies— y su voz fina y chillona diciendo algo sobre las oraciones y sobre ser bueno.

¡Mamá! ¡Sujétame!

Llegó a lo alto de la pendiente y se quedó tambaleándose un momento, contemplando con la boca abierta la playa y las extensiones verdeazuladas de agua, aspirando el tufo de la arena y las algas. El viento le quitó el sombrero, que rodó por la pendiente a su espalda. Echó a correr dando

tumbos por la playa, deseando llegar al océano, con los largos brazos balanceándose y las rodillas hacia fuera. Al llegar al borde de las olas se detuvo. El sol en lo alto era una hostia de oro blanco temblorosa que se deslizaba por el centro del vasto azul. Extendió los brazos. No sabía si reía o lloraba.

Ese oro

Esa cosa ese oro

Cerró los ojos y fue como si una puerta se cerrara dentro de su cabeza.

Los chicos asomaron por las dunas justo a tiempo de verlo alzarse despacio sobre una pierna, como una gran ave moribunda, aferrándose en vano con los brazos a unas argollas de aire. Vaciló un momento, luego se desplomó despacio y cayó cuan largo era sobre la arena.

Anoche soñé que… No, no, no puedo. Algunos sueños son demasiado espantosos para contarlos.

Un dolor repentino en el pecho. ¡Ay!, duele. Tal vez sea yo quien se muere de un ataque al corazón. Sería gracioso, morirme y dejarlos ahí, atrapados, con la marea detenida, el barco encallado para siempre. Poner fin a todo, al espacio y al tiempo, un enorme destello y luego oscuridad y un bendito silencio cuando cesa la cháchara. Se lo merecerían. Nos lo mereceríamos todos. Nosotros somos los peligrosos, no otras especies como la nuestra, toda la creación se acobarda ante nosotros, los administradores de muerte. Veo una bestia hendida, acuclillada en el muladar del mundo, con los ojos rojos, mirando hacia atrás, royendo una tibia: pobre destructora sin seso. Mejor sin nosotros, mejor nada que esto, este desastre que hemos creado. Sí, abajo con todo: un cuello universal y yo el verdugo. Al final. Aún no. Al final.

El doble de Vaublin. Curioso episodio. (¿Ven con qué rapidez recobro el aplomo?) Todos los expertos, entre ellos el profesor Kreutznaer, coinciden en que fue todo una ilusión, un fantasma engendrado por la fiebre y el cansancio en ese último y desesperado verano de la breve vida del pintor. Yo no estoy tan seguro. Cuanto más estudio el asunto, más raro se vuelve. Estaba viviendo en la Île de la Cité, el último lugar de descanso en sus constantes vagabundeos, en unas grandes habitaciones sobre el Sena. Tenía treinta y siete años; sus pulmones estaban destrozados. Las pinturas de esa época, paisajes oníricos y apresurados bañados en un inquietante resplandor lunar, tienen un no sé qué de sorpresa, las figuras inmóviles e inescrutables desperdigadas por el lienzo parecen los supervivientes de una enorme calamidad de aire y luz. Lo que busca aquí es algo intangible, una esencia pura y destilada que tal vez no sea humana del todo. En una de sus últimas cartas narra cómo se dio cuenta de que el centro del cuadro, ese punto concentrado de equilibrio del que fluyen todos los elementos de la composición y donde al mismo tiempo todo está disperso, nunca se encuentra donde debería estar, nunca es central o significativo, sino que podría ser una mancha de cielo, el pliegue de un vestido, un perro que se rasca la oreja, cualquier cosa. La clave está en localizar ese punto esencial y trabajar a partir de él. A esas alturas ya se había volcado por entero en la teatralidad. Los actores de la Comédie-Française posaban para él disfrazados, todas las figuras señeras: Paul Poisson, La Thorillière, la trágica Charlotte Desmares, Biancolelli, cuyo Pierrot fue la sensación de la temporada. Eran perfectos para sus

propósitos, pura pose y brillantez superficial. Adoptaban una postura y la mantenían una hora sin moverse, en un trance de amor propio. También se inspiraba en sus recuerdos de las *fêtes* y los *spectacles* organizados años atrás en los grandes jardines de la ciudad. Esos crepúsculos verdes y ocres que tanto le gustaban son sin duda reminiscencias de las *grands nuits* de la duquesa de Maine en Sceaux, las sombras suaves entre los árboles, la música en el agua, las figuras enmascaradas que paseaban por las grandes extensiones de césped mientras la última luz de la tarde se convertía en un crepúsculo cada vez más negro y los murciélagos salían y aleteaban en la oscuridad del aire. La melancolía que siempre le caracterizó se mezcla en estas escenas finales con una especie de hilaridad perpleja. La luminosidad en que están bañadas parece siempre a punto de apagarse, como si se originara en la llama palpitante de la vida debilitada y exhausta del propio pintor.

Cuando se le ocurrió la idea de que un doble sombrío le acechaba por la ciudad, pensó que debía ser una broma, un complicado engaño organizado tal vez por alguien que le guardaba rencor por algo, siempre había sido suspicaz por naturaleza. En la calle un conocido lo paraba, lo miraba con sorpresa y le decía que acababa de verlo hacía menos de cinco minutos andando en dirección opuesta con un gabán negro. No le divirtió. Luego empezó a reparar en los cuadros. Eran *fêtes galantes* y *amusements champêtres*, e incluso escenas teatrales, su especialidad, cuyas figuras parecían mirarlo con diversión contenida, a sabiendas. Estaban ejecutados en un estilo inquietante y muy similar al suyo, pero a toda prisa, con errores técnicos y sin prestar atención a la calidad de la superficie. Este estilo chapucero parecía una burla dirigida directamente a él y a sus pretensiones, ridiculizando sus fallos de concentración, los atajos y los errores técnicos en los que había pensado que nadie repararía. Cuando intentaba ver más de cerca esta o aquella obra, siempre fracasaba en el intento. Vislumbraba una *Récréation galante* que dos mozos con delantal sacaban de la tienda de un marchante, o una *Île enchantée,* que por un vertiginoso segundo le parecía su propia obra, colgada sobre la chimenea de un salón elegante justo cuando le hacían pasar a otra sala. ¿Quién era este bromista capaz de pintar imitaciones de Vaublin con tanta seguridad, que conocía sus fallos secretos, que era capaz de imitar no solo sus puntos fuertes sino también los flacos, sus evasivas, sus errores de gusto y de técnica? En una carta al amigo que redactó su necrológica, Antoine de La Roque, le dice que tiene la sensación de estar siendo constantemente obstaculizado; algunos días, cuenta, tiene que hacer un verdadero esfuerzo por ir hasta el caballete, como si de verdad hubiese allí un doble invisible que lo apartara a un lado, y, cuando está delante del lienzo, otro brazo más pesado parece levantarse a la vez que el suyo. «Me parece oír una risa burlona —escribió— y que siempre hay alguien en la esquina a mi espalda, pero cuando me vuelvo no hay nadie.»

Había empezado a trabajar en *Le monde d'or,* apresurándose mientras le quedaban fuerzas. El verano era caluroso. Lo imagino en su buhardilla, con todas las ventanas y puertas abiertas al aire y al bullicio de la ciudad, la brisa, los olores y las luces reflejadas en el agua. Las manos le tiemblan, todo tiembla, aleteando y moviéndose como si la casa fuese un inmenso y pesado bergantín que navega a todo trapo. Le dice a La Roque: «Me he embarcado en el mundo dorado». Quiere confesar algo pero no puede, algo sobre un crimen cometido hace mucho tiempo; algo sobre una mujer.

A hurtadillas, el día florece y avanza hacia el mediodía. El viento ha amainado. En la cresta, los robles están inmóviles, oscuros por el calor, y el aire sobre los campos ondea como una bandera. Las gallinas se han ido del corral, huyendo del sol, el perro viejo dormita otra vez debajo de la carretilla. El haya del rincón del huerto se alza inmóvil en el charco purpúreo de su propia sombra. Algo chirría y luego calla. ¡Mundo secreto y silencioso! La puerta trasera está abierta, una caja vertical de negra y suave oscuridad; deslízate por ella, ligero como la brisa, toca esto y aquello, estas cosas oscuras, con el roce plumoso de un ciego. El estrecho pasillo al lado de las escaleras huele a lima, el vestíbulo atruena de luz. Voces. Arriba se abre una puerta y se oyen unos pasos rápidos. ¡Escuchen! ¡Están viviendo sus vidas insignificantes!

En la cocina, Sophie, de pie con la cadera apoyada en el borde de la mesa, fotografiaba a Alice, que estaba sentada en una silla delante de ella con la carita lánguida mirando con timidez hacia la lente, absorta e inmóvil, como una flor que se alza hacia la luz. Felix llegó del pasillo, con Licht —tembloroso y con ojos de conejo— trotando preocupado tras sus talones. Sophie les hizo un gesto y los dos se quedaron en la puerta, observando.

—No te muevas —le dijo a Alice en voz baja y, con delicada concentración, apuntó aquí y allá con la cámara mientras apretaba despacio el botón del obturador.

Felix fue detrás de ella y Sophie bajó la cámara, pero no se dio la vuelta. Alice le sonrió preocupada.

—Pensaba que solo hacía fotos de cosas muertas —murmuró Felix.

Sophie no respondió. Notó el vago calor de su presencia a su espalda; dejó la cámara, se incorporó de pronto, fue a la ventana y se quedó con las manos apoyadas en el frío y grueso borde del fregadero. Contempló su rostro en el trozo de espejo roto que había apoyado en el alféizar y apenas reconoció su propio reflejo, todo cuello brillante y ojos caídos y desconocidos, como una máscara metálica bruñida. Cuando se volvió, Felix la miró con complicidad y con cierta diversión astuta, con la cabeza ladeada y los labios fruncidos, y ella se encogió como si hubiese rozado algo empalagoso, lascivo y repugnante.

Una sombra cayó en el umbral y Croke entró tropezándose, con su sombrero de paja y una risa angustiada.

—¡Dios! —dijo.

Se quedó tambaleándose y miró a su alrededor con una especie de sorpresa, mientras sonreía aturdido con la boca abierta. El ala del sombrero estaba aplastada por un lado, tenía arena húmeda en la chaqueta y los pantalones blancos estaban otra vez sucios y mojados en las perneras. Hatch y Pound aparecieron tras él, uno a cada lado, con el aire cerúleo del mediodía entre ambos, aburridos y frunciendo el ceño sin entusiasmo.

—¿Qué? —dijo con brusquedad Croke, como si alguien hubiera hablado.

Negó con la cabeza, avanzó a trompicones y se sentó a la mesa al lado de Alice. Parecía

envejecido y al mismo tiempo increíblemente joven, con el rostro levantado y atento y las manos colgando entre las rodillas, un bebé enorme, anciano y perplejo. Tenía un poco de barba en el mentón hundido y gotas de saliva en la comisura de los labios; el pelo formaba encima de la oreja un remolino, que volvió a formarse cuando intentó alisárselo.

—Me he caído —dijo con un gesto—. Así, pum, de culo.

Negó con la cabeza y se rio divertido; cogió un tenedor de la mesa, lo toqueteó distraído y volvió a dejarlo. Los niños entraron con disimulo y él se dio la vuelta en su silla y los señaló acusador con un dedo tembloroso.

—¡Y en cuanto a estos dos…!

Volvió a reírse, tosió y se dio un puñetazo en el pecho, luego se giró de nuevo hacia la mesa, frunció el ceño y se lamió los labios cortados por la sal. El mundo a su alrededor era luminoso. Todo brillaba por sí mismo, estremeciéndose en su propio resplandor. En todas partes había movimiento; incluso los objetos más sólidos parecían bullir, la mesa bajo sus manos, la silla donde se había sentado, las propias paredes. Y también él tembló, como si todo su ser hubiese sido golpeado como un diapasón contra la superficie dura y brillante de las cosas. Los demás lo miraron, tranquilizados por un momento, observándolo. Se imaginó a sí mismo como los otros debían de verlo: un hombre resplandeciente, flotando en medio de la luz. Volvió deprisa la cabeza, vigilante, cuando creyó oír que una voz a su espalda pronunciaba su nombre. No había nadie.

—¡Dios! —repitió en voz baja, con un suspiro suave y sibilante.

Licht fue a los fogones y empujó las ollas y las sartenes de aquí para allá. Una mancha de sol de la ventana tembló en el hueco oscuro de encima de los fogones, un rayo agitado y dorado. Cerró los ojos un segundo y se imaginó libre, volando sin ruido en el aire azul y sin límites. Fue a la fresquera que había en la pared y sacó un plato blanco donde había envuelto un pollo escuálido y desplumado con manchas rojizas y patas amarillas y escamosas.

—Mira esto —dijo asqueado—. Otra vez Tighe ha olvidado limpiarlo.

Dejó el pollo en la mesa y se quitó el abrigo.

—Cuando murió mi padre —dijo Croke sin dirigirse a nadie en particular—, era más joven que yo ahora.

Miró a su alrededor con una sonrisa vacía, y su mirada nublada se deslizó por encima de todo. Alice miró con una vaga repulsión la espiral de su enorme oreja peluda. Pensó en un cuadro que había visto de pequeña de un viejo mendigo, de pie en una esquina, y de un ángel muy alto de pelo largo y dorado con alas también doradas que se inclinaba solícito hacia él. Se preguntó ociosa si Croke estaría muriéndose. No le importó. Cogió la cámara de Sophie y le sorprendió lo que pesaba. Le gustó su tacto, su solidez, la funda de cuero y la sedosa frialdad de las partes de acero más anchas. Imaginó la película enrollada en su interior, con su rostro impreso en ella una y otra vez, docenas de versiones en miniatura de sí misma, con el pelo muy rubio y la piel negra, mirando con las órbitas de los ojos vacías, se estremeció y notó que algo se acercaba en el aire purpúreo y en sombras y la tocaba.

—Así que se cuela en la tienda de aspiradoras —estaba diciendo Hatch con aire furtivo—, las rompe todas y se marcha, y el titular del periódico al día siguiente dice: «Loco rompe aspiradoras y se “las-pira”» —soltó una risa sibilante, con los labios lívidos separados y mostrando los dientecillos afilados. Le guiñó un ojo a Licht y dijo—: Buen chiste, ¿eh, jefe?

Licht fingió no haberle oído; Hatch se volvió hacia Alice.

—Supongo que no lo has pillado —dijo.

Pound, desplomado sobre la mesa con la barbilla sobre las manos regordetas, resopló. La luz se reflejaba en los cristales de sus gafas, y daba la impresión de que no tenía ojos. Hatch le arreó una patada por debajo de la mesa y dijo:

—¿Qué tal la dieta? —le guiñó el ojo a Alice—. Su madre lo tiene a dieta.

—Calla —dijo con indiferencia Pound—. Tú te comes los mocos.

Felix se rio, le dio una colleja al niño gordo y dijo:

—Bunter, eres un bestia.

—¡Ay!

Los ojos violetas de Hatch brillaron y volvió a darle una patada a Pound en la espinilla, esta vez más fuerte.

—¡Maldito seas! —le dijo Licht al pollo, apretando los dientes, y le arrancó la cabeza.

Felix se detuvo al lado de Sophie y la observó de cerca, con un gesto serio y preocupado.

—Parece usted abatida, *contessa*. ¿Qué es… mal de amores?

Y se rio.

Ella observó su rostro alargado y risueño y su mirada alegre y malévola. Cuando se reía, entornaba los ojos y asomaba la punta de la lengua, húmeda y sonrosada.

—¿Nos acompañará la *principessa*? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—*Quella povera ragazza!* —dijo Felix, y negó con la cabeza y soltó un profundo suspiro—. Duerme.

—Sí —contestó Sophie—. Lo sé.

Felix tardó un momento en responder. Se rio y movió un dedo con gesto juguetón.

—*Ah, crudèle!* —canturreó.

Fue a la puerta trasera y contempló encantado el corral iluminado por el sol, con una mano en el bolsillo de la chaqueta y la estrecha espalda encorvada. A sus pies se posó un petirrojo.

—¡Ah! —Alice se levantó de pronto de la mesa—. Había quedado en llevarle un vaso de agua.

Fue a toda prisa al fregadero, lavó un vaso sucio y lo llenó bajo el grifo. Felix sacó una llave del bolsillo de su chaqueta y la sostuvo en alto con indiferencia.

—Necesitarás esto —dijo. Sophie lo miró con desprecio y él se encogió de hombros—. Uno tiene que proteger lo que es suyo —añadió con una sonrisa.

Alice cogió la llave, se la guardó en el bolsillo del vestido y se fue, sujetando el vaso con cuidado con las dos manos y observando con el rostro serio inclinado cómo se movía el agua bajo el tenso y brillante menisco.

Sin previo aviso, Hatch y Pound se levantaron de un brinco de la mesa, como un par de peces saltando del agua, y Hatch con una rabia sorprendente se abalanzó sobre el niño gordo con los puños en alto. Pound se quedó inmóvil como un saco de boxeo, con una expresión dulce, casi indiferente, frunciendo perplejo el ceño mientras recibía los puñetazos. Hatch se inclinó hacia él con la cabeza gacha, golpeando y golpeando, como si intentara abrirse paso hasta el grueso pecho de Pound. Los demás los miraron hipnotizados, hasta que Croke se incorporó con esfuerzo, cogió a Hatch de los hombros delgados y lo aupó en el aire, donde el niño maldecía y se retorcía presa de un llanto sin sentido, y movía brazos y piernas como un escarabajo patas arriba. Croke lo dejó en el suelo de golpe y el niño se sentó y recobró el dominio de sí mismo, acurrucado, mientras se mordía los nudillos y sollozaba furioso.

—Solo he dicho —decía confundido—, solo he dicho…

Alice regresó, se sentó y cruzó las manos sobre el regazo. Felix la miró con una ceja enarcada.

—¿Cómo está la paciente? —preguntó.

Alice no lo miró.

—Dice que solo quiere descansar —dijo, y frunció los labios.

Felix se acercó y extendió la mano.

—¿La llave?

Alice miró su mano de soslayo y se quedó pensando.

—La tiene ella —dijo, esbozó una sonrisita triunfal y por un segundo pareció una anciana marchita.

Sophie se rio.

Felix dudó, luego se encogió de hombros, fue al centro de la sala y se quedó allí con los pies juntos y los codos en los costados, sonriendo y balanceándose despacio sobre la punta de los dedos de los pies, como un nadador desplazándose en el agua sin esfuerzo, flotando en su elemento.

—*Ah, Mélisande, Mélisande!* —canturreó en voz baja con un agudo falsete, volviendo los ojos al cielo. Luego dio un brinco de pronto, de puntillas, poniendo los ojos en blanco y girando las manos sobre las muñecas.

El pestillo de la puerta trasera se movió y unos nudillos llamaron con timidez.

Tarareando sin palabras y abrazándose el pecho y la espalda en la pose de un bailarín de tango, Felix fue contoneándose hasta la puerta y la abrió de par en par. La luz del corral entró y con ella el olor de la paja recalentada por el sol y las cagadas de gallina. El suave movimiento de las alas. Un poco de brisa. El día azul resplandece.

En los escalones había un muchacho pelirrojo con dientes de caballo y botas de agua.

—¡Ajá! —gritó Felix—, ¡aquí estás! ¿Qué tal *le bateau ivre*? Supongo que se habrá hundido, las mujeres y los niños en los botes, la bandera ondeando y el capitán saludando desde la popa y demás.

El chico bizqueó fatigado y dijo:

—El capitán dice que les diga que la marea subirá pronto y que vayan preparándose.

Felix se volvió hacia la sala y abrió los brazos.

—¿Han oído, señores? —dijo—. Las aguas se alzan.

Sophie estaba rebobinando la película en la cámara.

—¿No viene con nosotros? —preguntó.

Pero Felix se limitó a sonreír.

El sargento Toner abrió la puerta de madera e hizo una pausa antes de empezar a subir por el empinado sendero que conducía a la casa. Se quitó la gorra, se rascó la cabeza con el dedo anular y el índice y volvió a ponerse la gorra esta vez más calada. La luz había aumentado hasta convertirse en una cálida neblina sobre los campos. Los aviones comunes volaban de aquí para allá en el aire radiante, describiendo rápidas curvas al salir y entrar en los nidos de debajo de los aleros. El sargento, un hombre corpulento, amable y pecoso, avanzaba con sus andares decididos de policía, pensativo, con aire austero y abstraído. Subió los escalones del porche, llamó ruidosamente a la puerta y esperó; volvió a llamar, pero nadie respondió, y, haciéndose sombra con las manos, se agachó y miró a través de los paneles rojo rubí de la puerta, pero no vio más que las siluetas teñidas de color burdeos de la mesita del vestíbulo, el paragüero y las tensas y significativamente vacías escaleras. Bajó los escalones, puso los brazos en jarras, echó la cabeza

hacia atrás y escudriñó ceñudo las ventanas de arriba. Detrás del cristal que reflejaba el cielo no se movía nada. Se dio la vuelta y se encaminó despacio al otro lado de la casa, con las manos a la espalda, una dentro del puño contrario. En el corral, una gallina que andaba a grandes zancadas se detuvo y lo miró con fijeza, y el perro de debajo de la carretilla gruñó, pero solo se movió para golpear sin ganas con la cola contra el polvo. La puerta trasera estaba abierta; la cocina parecía desierta. El sargento se asomó, llamó a la puerta con los nudillos y gritó: «¿Quién despacha?», pero no obtuvo más respuesta que el eco leve y resonante, como una risita ahogada, de su propio vozarrón. Entró, se quedó un momento escuchando y luego se adelantó con un crujido de los zapatos, cogió una silla y se sentó, después de quitarse la gorra y dejarla en la mesa al lado del codo, donde la brillante visera azul oscuro reflejaba deformada una jarra de leche. Suspiró. En el fogón una enorme olla soltaba apagados eructos y olía a sopa de pollo. Un rayo de sol caía sobre el borde del fregadero.

En algún lugar de la casa alguien soltó un ruidoso estornudo.

Un abejorro entró volando por la puerta trasera, dio una vuelta vacilante a la sala y se posó en el alféizar de la ventana. El sargento Toner lo observó interesado mientras el insecto zumbaba con su camiseta de jugador de rugby. Pensó en qué se sentiría al ser una abeja en verano, ebria del aroma del trébol y las aulagas, y por un momento le dio vueltas la cabeza contemplando otros mundos.

Licht llegó a toda prisa por el pasillo, resbaló hasta detenerse, miró al sargento y estornudó.

—¡Jesús! —dijo el sargento Toner, de buen humor.

Parpadeando y jadeando, Licht se hurgó el bolsillo, sacó un pañuelo gris y se quedó inclinado hacia atrás con la boca entreabierta y la nariz enrojecida.

—¡A-a-aaa! —dijo expectante en voz cada vez más alta, pero esta vez no ocurrió nada y volvió a guardar el pañuelo con una generalizada sensación de anticlímax—. He pescado un resfriado —dijo con voz nasal.

Era como si hubiese estado llorando. Levantó la tapa de la olla que había sobre el fogón y miró con los ojos entornados a través del vapor de agua.

El abejorro alzó zumbando el vuelo desde el alféizar, voló directo hacia la puerta y se marchó.

—Solo pasaba por aquí —dijo el sargento, como si estuviera a sus anchas.

—¡Ah! —respondió en tono insulso Licht y asintió con la cabeza, evitando la mirada del otro. Se sorbió la nariz—. ¿Quiere tomar algo?

El sargento se quedó pensando.

—¿Un vaso de agua? —dijo, sin demasiada convicción.

Licht se concentró en el enorme hervidor de agua negro que había sobre el quemador; un hilo de vapor salía ya del pitorro. El sargento Toner le observó igual que había observado al abejorro, con calma e interés. A Licht le temblaban las manos. Se le cayó una cucharilla, intentó atraparla, volcó la lata y derramó el té. La cuchara rebotó resonando en las baldosas. El hervidor empezó a silbar.

—Creo que vamos a tener buen tiempo —dijo el sargento.

Licht asintió distraído con la cabeza. Se detuvo con el quejoso hervidor de agua en la mano y frunció el ceño mirando la pared que tenía delante.

—Me paso la vida preparando el té —dijo sombrío para sus adentros.

El sargento Toner asintió muy serio con la cabeza, pero no hizo más comentarios. Licht recogió la cucharilla del suelo, se la limpió en los pantalones, echó el té en la tetera, vertió el agua caliente sobre las hojas y puso la tapa, luego llevó la tetera y una taza agrietada a la mesa y

las dejó sin más ceremonias al lado de la gorra del sargento. La leche, el azúcar, la misma cucharilla. El sargento miró la mesa esperanzado.

—Ya solo falta una rebanada de pan —dijo—, si la tiene.

Sin que el sargento lo viera, Licht alzó la mirada al techo, fue al aparador y volvió con una lata de galletas, la abrió y la dejó sobre la mesa con un ruido metálico. El olor dulzón de las migas de galleta se alzó cálido en el aire. El sargento Toner sonrió y le dio las gracias. Se sirvió juiciosamente el té, levantando y bajando la tetera con mano experimentada, a la vez que observaba complacido el líquido oscuro y aromático y disfrutaba del ruido que hacía al llenar la taza. Licht sacó unos cubiertos de un cajón y empezó a poner la mesa mientras el sargento lo contemplaba con mirada apacible.

—¿Tienen visita? —dijo.

Licht no respondió. Sacó cuencos de sopa de la alacena y los repartió. El sargento contó ocioso los sitios, moviendo los labios en silencio.

—¿Recuerda —dijo— cuando venían aquí los adoradores del demonio? —alzó la vista con gesto inquisitivo. Sus blancas pestañas eran casi invisibles—. ¿Se acuerda?

Licht lo miró con gesto inexpresivo y sorprendido.

—¿Qué? —dijo—. No.

—Su madre, Dios la tenga en su gloria, aún estaba con nosotros.

El sargento alzó la taza llena con cuidado, extendió los labios fruncidos hacia el borde caliente y dio un cauto sorbo.

—¡Ah! —exclamó agradecido, y tomó un trago más largo, luego dejó la taza en la mesa y desvió su atención a la lata de galletas, inclinando un poco la silla y escudriñando su interior con las cejas arqueadas—. Menuda gentuza —dijo—. Diseccionaban gatos.

Licht fue al fregadero, donde el rayo de sol se adelgazó hasta convertirse en un florete que le cortó las muñecas. El fregadero seguía lleno de vajilla sin lavar; se quedó mirando con impotencia los platos manchados de grasa y los cubiertos sucios.

—¿Eran de por aquí? —preguntó con aire ausente.

El sargento estaba mordiendo una galleta de jengibre.

—¿Eh?

Licht suspiró.

—Que si eran de por aquí, esa gente.

—No, no —respondió el sargento—. Venían en el barco desde la costa cuando se acercaban los días señalados para ellos o lo que fuesen. Los solsticios, o como se llamen. Empezaban haciendo un gran círculo de piedras en la playa, así sabía que habían llegado. ¡Oh, menuda chusma!

Licht metió las manos en el agua grasienta.

—¿Los detuvieron? —preguntó.

El sargento sonrió para sus adentros, mientras bebía el té.

—Sí —dijo—. Aquí no se nos escapa nadie.

El profesor entró. Al ver al sargento se detuvo, se quedó de pie y se hizo el silencio. El sargento hizo ademán de levantarse de la silla a modo de saludo respetuoso y volvió a sentarse.

—Le estaba hablando al señor Licht de los adoradores del demonio —dijo con ecuanimidad.

El profesor lo miró con fijeza.

—Los adoradores del demonio —repitió.

—Mataban gatos —dijo Licht desde el fregadero, y soltó una risita.

—¡Oh!, más que gatos —dijo imperturbable el sargento—. Más que gatos —levantó la tetera con un gesto complaciente—. ¿Quiere una taza de té, profesor?

Licht se adelantó apresurado y le puso la tapa a la caja de galletas, haciendo caso omiso del gesto de decepción del sargento.

—Estamos un poco ocupados —señaló Licht—. Me pilla preparando la comida.

El sargento Toner asintió comprensivo, pero no hizo ademán de levantarse.

—Para las visitas —dijo—. Claro.

Por un momento, los tres guardaron silencio. Licht y el profesor miraron en direcciones opuestas, mientras el sargento sorbía pensativo su té.

—He visto el transbordador en el Banco Negro. Encallado, ¿no? —el sargento hizo una pausa —. ¿Es así como llegaron? —luego añadió en voz baja—: Digo las visitas.

Licht sacó un plato chorreante del fregadero y lo frotó con fuerza con un trapo sucio.

—Por lo visto el capitán estaba borracho —respondió—. Ese servicio de transbordador parece de broma. Un día se va a ahogar alguien —sonó un poco falso; demasiadas palabras. Frotó el plato aún con más fuerza que antes.

El sargento asintió pensativo.

—He estado hablando con él, con el capitán —dijo—. Y es cierto que le brillaban un poco los ojos —una vez más, asintió y quedó inmóvil pensando, con la taza a mitad de camino de la boca —. Y, díganme, ¿dónde están ahora los náufragos?

Licht miró al profesor y el profesor miró al suelo.

—¡Oh! —respondió Licht con gesto despreocupado—, en la casa, preparándose.

El sargento frunció el ceño.

—¿Preparándose?

—Para marcharse —dijo Licht—. Esperan a que suba la marea.

Notó que se le hacía un nudo en la garganta y le escocían los ojos. Ojalá no hubiesen llegado nunca para alterarlo todo. Al diablo con ellos. Pensó en Flora.

—Así que han venido solo a pasar el día, ¿eh? —comentó el sargento.

Licht se apartó y murmuró algo para sus adentros.

—¿Perdón? —preguntó en tono amable el sargento Toner, llevándose el dedo detrás de la oreja.

—He dicho —respondió Licht— que a lo mejor han venido a decir una misa negra.

Siguió un breve escalofrío. El sargento Toner no era un hombre bromista. Licht volvió al fregadero con la cabeza gacha y los hombros encorvados.

El profesor carraspeó y frunció el ceño. El sargento observó pensativo un rincón del techo.

—¿No habrá con ellos un tipo —preguntó—, un tipo delgado, pelirrojo y con aire de extranjero?

Licht se apartó del fregadero.

—¿Pelirrojo? —repitió—. No, pero…

—No —le interrumpió con brusquedad el profesor, y Licht lo miró enseguida—. No hay nadie así.

El sargento Toner asintió con la cabeza sin dejar de mirar el techo. Desde fuera llegó el zumbido de un tractor que araba los campos a lo lejos. Licht se secó las manos sin mirar a nadie. El sargento hizo un tubo con el puño y soltó en él un suave eructo con sabor a galleta, luego se sirvió otra taza de té. El sol se había apartado de la ventana, pero la cocina seguía narcotizada con su calor.

—Un día estupendo —comentó el sargento—. Un verdadero comienzo del verano.

El profesor miró al sargento, que echó dos cucharadas de azúcar al té, dudó, añadió una tercera, cogió la taza entre las dos manazas y se recostó en la silla quejosa.

—¿Alguna vez se ha planteado, profesor —dijo—, por qué la gente hace las cosas que hace?

El profesor arqueó las cejas y no dijo nada.

—En mi trabajo —continuó el sargento—, lo veo a menudo.

El profesor lo miró con ojos inexpresivos.

—¿Qué es lo que ve?

—¿Eh? —el sargento lo miró sonriendo con la cabeza ladeada en un gesto inquisitivo—. ¡Oh! Pues nada y de todo —se bebió el último sorbo de té, dejó la taza con firmeza en la mesa y la miró, sonriendo para sus adentros—. La gente se cree que aquí estamos aislados —dijo—. Que no sabemos lo que pasa en el mundo. Pero le diré una cosa: lo cierto es que no somos ningunos idiotas —alzó la vista riéndose en silencio—. ¿Verdad, señor Licht?

Licht estaba en los fogones, con la mirada fija en la olla de la sopa, y fingió no oírle.

El profesor se volvió sin prisa, como una estatua de piedra que girara lentamente sobre un pivote. El sargento hizo ademán de ponerse en pie. Se dio una palmada en las rodillas, cogió la gorra y se levantó de la mesa.

—Me voy a ir yendo —dijo con firmeza, como si alguien intentara retenerle. Fue despacio hacia la puerta trasera y se detuvo para ponerse con cuidado la gorra sobre la cabezota. Ante él, la tarde se desplegaba temblorosa en el patio—. Si ven a ese tipo —dijo—, a ese del que les he hablado, díganle que lo estoy buscando —miró por encima del hombro—. ¿Saben a quién me refiero?

El profesor siguió con la mirada perdida. Licht se volvió de los fogones y asintió con la cabeza sin decir nada.

—En fin —dijo el sargento, tirándose del cinturón—, buenos días a los dos.

Se llevó un dedo a la visera de la gorra y bajó, casi con delicadeza, los escalones traseros. Oyeron el ruido de sus botas al cruzar el patio. El perro gruñó.

Licht se detuvo en el rellano y soltó un enorme estornudo, doblándose por la cintura y salpicándose los zapatos de saliva.

—¡Mierda! —exclamó, al tiempo que se hurgaba el bolsillo en busca de un pañuelo.

Esperó, mirando desganado hacia delante pañuelo en ristre, luego estornudó otra vez y se estremeció. A lo mejor era Flora quien le había contagiado el catarro. Eso le proporcionó unas migajas de triste consuelo. Se oyeron unos pasos lentos y enseguida vio al profesor, que ascendía por las escaleras sombrío y pensativo, como una efigie transportada sobre unos hombros invisibles. Cuando este vio a Licht, se detuvo con un pie en el escalón de arriba y los dos se quedaron mirándose con una especie de animosidad fatigada. De pronto, Licht comprendió que había ocurrido algo, que había cambiado algo, que las cosas ya no volverían a ser como antes. Sintió una punzada de arrepentimiento. Deseaba que se produjera un cambio para poder escapar, pero esto parecía más un final que un principio.

—Bueno —quiso saber—. ¿A qué ha venido todo eso?

Incluso oyó el tono nuevo de su voz, ese deje de impaciencia y apremio. El profesor se volvió y miró por la ventana las dunas y el mar a lo lejos.

—Es posible que tenga que marcharme —dijo, con voz lejana, como si en su imaginación se

hubiese ido ya.

—¿Ah, sí? —respondió Licht, sorprendido de sí mismo, por lo fría que sonaba su voz.

El profesor abrió la boca para hablar, manoseando las palabras como si fuesen monedas, pero al final no dijo nada, se encogió de hombros, pasó de largo y siguió subiendo las escaleras. Licht miró cómo ascendía, igual que una figura voladora y envuelta en telas en un techo pintado, se quedó mirándolo hasta que desapareció y luego escuchó hasta que sus pasos dejaron de oírse, e incluso entonces siguió mirando hacia arriba casi con sorpresa, mientras imaginaba al anciano elevándose a extensiones más y más altas de aire luminoso y azul, hasta quedar reducido a un punto y desaparecer.

Al escuchar ante la puerta de lo que ya consideraba la habitación de Flora, Licht no pudo oír nada. Igual que una tumba. Las sombras del rellano parecían apelotonarse como otros oyentes más fantasmales. Probó a girar el pomo; las clavijas interpretaron una lúgubre frase en su minúsculo teclado: cerrada. Escuchó otra vez y luego llamó despacio a la puerta. Quería decir su nombre, pero no se atrevió. Llamó de nuevo y dio un respingo asustado cuando una voz apagada respondió enseguida justo detrás de la puerta.

—¿Quién anda ahí?

Miró a su alrededor desesperado, presa del pánico. Era como si hubiese metido la mano en una trampa y se le hubiera quedado atrapada.

—Soy yo —dijo con voz chillona—. Licht —Flora no respondió. Él se quedó oyendo latir su corazón contra los barrotes de la caja torácica. Se sintió desconcertado y estúpido, e inexplicablemente expectante—. ¿Está bien?

Se oyó un suspiro y luego un roce suave y sedoso; cuando ella habló, su voz sonó al nivel de las rodillas de él; debía de estar sentada en el suelo, o tal vez arrodillada, con la frente apoyada en la puerta.

—¿Qué quiere? —preguntó.

Licht se acuclilló sobre los talones, perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse. Comprendió con claridad, aunque con una curiosa indiferencia soñolienta, y no por primera vez, lo que era su vida. Al final, nada tiene sentido.

—Ha venido un guardia —dijo.

Por un instante, imaginó al sargento Toner bajando por la pendiente, con los pulgares metidos en el cinturón y los pies planos, un autómata con las alegres mejillas pintadas, la sonrisa fija y una enorme llave rotando despacio entre sus omóplatos.

—¿Un guardia? —repitió Flora sin entusiasmo a través de la puerta.

—Sí. Un policía. Buscaba a… buscaba a alguien.

Ella no dijo nada en un buen rato. Licht esperó y por fin Flora le preguntó qué hora era. La oyó suspirar, levantarse y alejarse de la puerta, los pies desnudos hicieron un ruido leve y lento como una bofetada en los tablones del suelo, luego chirriaron los muelles del colchón y volvió a reinar el silencio. Licht se levantó tembloroso, con las rodillas anquilosadas e hizo una mueca. Escuchó un momento más, luego suspiró y bajó las escaleras.

En todas partes reinaba el silencio. Flora se quedó inmóvil y escuchó, pero no oyó más que el callado y lejano jadeo del mar, los gritos de las gaviotas y aquel extraño estruendo en la

distancia. El día brillaba con un resplandor cobrizo. Se sentía débil; su imaginación estaba entumecida, pero tenía una impresión de transparencia y claridad, como si la luz se derramara por una sala grande y vacía. Recordó que Licht había ido a su puerta; ¿hubo alguien más o lo había soñado, el tímido golpecito, los susurros, el tenue ruido de la respiración de quienquiera que hubiese estado allí, escuchando? ¿Habría sido Alice o algún otro? Ahora solo había silencio y una especie de hueco en todas partes. Había hecho un viaje por un lugar oscuro: agua, olas y balanceo, un ritmo sordo y repetido, luego un enrojecimiento y la sorpresa repentina de la luz. Con los ojos pegajosos, un sabor a cobre en la boca y la piel sucia, se levantó con esfuerzo de la cama y se quedó temblorosa mirando a su alrededor sin reconocer nada, con la llave caliente en la mano húmeda. Notó que algo se estaba poniendo en marcha. Alguien la esperaba, dispuesto a aguardar a que llegara la ocasión. Abrió la puerta, salió al rellano envuelta en una manta y esperó un momento para volver a escuchar. Oyó un paso abajo en las escaleras y retrocedió, alerta, entre atemorizada y presa de una expectación fascinada y sin aliento.

Nada podría haberme preparado para esto. Después de todas estas semanas, de pronto, como si…, como si… No sé. Esta mañana, no hace ni media hora, yo, es decir, Flora y yo, es decir, Flora, cuando yo… Tranquilo. Tranquilo. ¿Qué ha pasado, al fin y al cabo, salvo que ella me habló? Y, sin embargo, lo ha cambiado todo, lo ha transfigurado todo, no sé cómo. Dejen que les dibuje la escena, que la dibuje tal como fue, y no como pareció, con pinceladas de gris luminoso. La cocina, una mañana de principios de verano, las ocho en punto. Gris no es la palabra, sino más bien una blancura densa, el cielo cubierto de nubes y la luz, no derramándose, sino filtrándose de las cosas sin proyectar sombras en ninguna parte. Piensen en el brillo apagado y peculiar de una tetera metálica. La hora del desayuno. El frágil humo de la mañana en el aire y una especie de zumbido apagado que no es un sonido, pero tampoco llega a ser un silencio. Un día normal. Mi cabeza no funciona bien a esas horas tan tempranas; es decir, funciona, sí, pero según sus propias normas, como si fuese independiente de mí, como si por la noche se hubiesen roto sus amarras y yo no la hubiese arrastrado aún de vuelta a la orilla. Así que estoy sentado ante la vieja mesa de pino, bajo esa luz, con las cosas del desayuno sobre la mesa, una taza de té cargado en una mano y un libro en la otra y mi imaginación repasando ociosa sus propios pensamientos. Licht y el profesor aún siguen en la cama —los dos se levantan tarde— y yo, supongo, estoy disfrutando de esta hora de soledad, si puede llamarse disfrutar a este estado neutral de simple deriva. Entra Flora. Iba descalza, con los hombros encorvados como de costumbre y las manos hundidas en los bolsillos de la vieja gabardina de Licht. Se sentó a la mesa y, sin decir nada, señalé la tetera, ella asintió con la cabeza y le serví una taza de té. Lo de siempre. A menudo nos vemos así a la hora del desayuno; nunca hablamos. Qué elocuentes son en esos casos los ruidos que hacen las cosas humildes, el sordo chapoteo del té al servirlo, el seco entrechocar de la loza, la súbita nota vibrante de la cucharilla al chocar contra el borde del platillo. Y luego, sin previo aviso, empezó a hablar. ¡Oh!, no recuerdo de qué, apenas presté atención al sentido de sus palabras; algo de un sueño, o de un recuerdo, de cuando era una niña y se hallaba una tarde de verano en un camino al pie de la tapia de un convento, mirando por encima de los tejados del pueblo hacia el mar a lo lejos mientras un chico del pueblo con pocas luces le hacía muecas. El contenido no tenía importancia; para ninguno de los dos, creo. Lo que le interesaba era lo mismo que a mí, es decir…, es decir, ¿qué? Pues cómo el presente se alimenta del pasado, o de versiones del pasado. Cómo los fragmentos de tiempo perdido afloran

de pronto, claros y brillantes, y con fantásticos detalles, en el turbio mar de la memoria, pequeñas islas donde parecería posible vivir, siquiera fuese por un instante. Y, mientras ella hablaba, me vi mirándola y contemplándola por primera vez, no como una suma de muchos detalles, sino de una pieza, sólida, singular y sorprendente. No, no sorprendente. Esa es la clave. Estaba ahí sin más, una encarnación de sí misma, no un nexo de adjetivos, sino un nombre puro y presente. Reparé en los finos pelillos de sus piernas, en un declive de piel seca a lo largo del pie, en un resto de sueño en la comisura del ojo. Ya no era Nuestra Señora de los Enigmas, sino una joven, solo una joven. Y, en cierto modo, al mostrarse de pronto así, hizo que las cosas que la rodeaban se hiciesen presentes también. El mundo, el pequeño mundo en el que nos encontrábamos, se realizaba y encontraba su apoyo en ella y en lo que decía. Era como si hubiese dejado caer una gota concentrada de color en el agua del mundo y el color se hubiese extendido y los perfiles de las cosas hubiesen adquirido un relieve brillante. Sentado allí, mientras la escuchaba con la boca abierta, noté que todo y todos temblaban y cambiaban y adoptaban formas vivísimas, se apartaban de mí y de mi concepción de ellos y se transformaban en lo que eran y dejaban de ser una invención, un misterio, un producto de mi imaginación. Y yo, ¿estaba yo entre ellos, por fin?

II

Retrocedamos. Imaginen el pobre y viejo mundo chirriando hasta detenerse y luego, con un crujido cósmico, volviendo a empezar en dirección contraria. Los acontecimientos pasan a toda velocidad en sentido inverso, las pequeñas figuras se apresuran hacia atrás, el barco se arranca del banco de arena con una sacudida y sale con la popa por delante para cerrar la cremallera desabrochada del mar, el sol se pone con calma por el este. Volvamos a detenernos, y una vez más nos caemos y nos levantamos parpadeando. El hecho es que sí me vi a las puertas de la cárcel una mañana gris, y sí llevaba un paquete envuelto en papel de estraza debajo del brazo. Había imaginado este momento tantas veces que ahora que había llegado apenas lo creía. Todo parecía una complicada escenificación, creíble, pero no real. Era pronto. No había más que un colegial, con una mochila y un calcetín caído, que me dirigió, al hombre liberado, una mirada turbia y resentida y pasó de largo. Soplaba un viento fuerte. Dudé, sin saber qué camino tomar. Es un lugar desolado, esta extensión adoquinada, donde las grandes puertas dan a la calle. Sospecho que en otro tiempo debió de haber aquí un patíbulo, tiene el aire estremecido y asustado de un sitio que ha conocido varios amaneceres espantosos. Sin duda siguen rondando por aquí algunos demonios menores, en busca de muchachos propicios. Yo, claro, ya he sido recomendado, y por el jefe.

Me sentí, me sentí…, ¡oh!, ¿cómo me sentí? Bueno, de entrada, atemorizado, pero de un modo extraño, casi femenino. Me quedé uno o dos minutos mirando al suelo, temeroso del gran mundo. Es ridículo, lo sé, pero me aterrorizaba que alguien pudiera verme allí, quiero decir alguien de mi antigua vida que me reconociera. Además, mis horizontes llevaban mucho tiempo limitados: los muros hacen que la mirada se vuelva hacia el interior. Había pasado años en los que la única manera de ver más allá de mi mundo apartado era alzar la vista. Era el niño en el fondo del pozo, mirando asombrado las estrellas diurnas. En cautividad había llegado a conocer el cielo en todas sus facetas, los grandes y furtivos cambios de luz, los pálidos y lentos oscurecimientos, los bajíos crepusculares. No obstante, aquí, esta mañana, todo era aire despejado y espacios llanos y deslumbrantes, y la vista ante mis ojos parecía un poco inclinada, por lo que, por un momento, tuve la biliosa sensación de estar cayéndome. Una voluta de humo gris plomo se alzaba de lado desde una alta chimenea y una bandada de cuervos giraba a lo lejos empujada por el viento. Me subí el cuello de la chaqueta y me puse en camino pendiente abajo, hacia los muelles.

Mi vestimenta dejaba mucho que desear; me había ataviado, entonces comprendí que equivocadamente, con el traje de lino blanco —a esas alturas color hueso— que llevaba el día en que me detuvieron diez años antes. Me había parecido que era necesaria una túnica ceremonial, que mi ropa debía proclamar al mismo tiempo mi absolución y señalarme como un paria, y esto fue lo mejor que se me ocurrió. Debía de parecer salido de Marte, un extraterrestre intentando hacerse pasar por humano, con mi traje inapropiado para la temporada, y probablemente ridículo

y pasado de moda. Además soplaba viento del río y hacía un frío espantoso.

Siempre me ha gustado el río, su extensión majestuosa, las nobles vistas. Ese día la marea estaba alta, el agua subía con un apagado brillo de color peltre. Me incliné a mirar el dique y a respirar el aire sucio, convencido de que mis pensamientos acelerados empezaban a ralentizarse un poco. En primavera hay ciertas ásperas mañanas de color cuchillo que son más llorosamente evocadoras que cualquier día de otoño en que el viento empuje las hojas caídas. En la otra orilla, el tráfico de las nueve fluía y se detenía, fluía y se detenía, los techos de los coches brillaban abombados como focas. En el río es siempre el siglo XVIII; yo podría haber sido Vaublin a orillas del Sena, me imaginaba con una capa y un sombrero de fieltro, casi podía oler las flores y los excrementos de París. Se diría que la ciudad, esta sucia y pequeña ciudad que me inspira un afecto tan lúgubre, apenas había cambiado. Observé su perfil, buscando algún hueco trascendental. Habían desaparecido algunos hitos, se habían añadido algunas incongruencias, pero por lo general era tal y como la recordaba. ¡Qué raro haber estado allí todo ese tiempo y a la vez no haber estado! En plena noche me quedaba tumbado despierto en mi celda, a esa hora en la que la bestia callaba brevemente sus aullidos, e intentaba oír el zumbido de la vida más allá de las paredes; a veces incluso me levantaba, demacrado y anhelante, y me sentaba con la cara contra la ventana con malla de mi celda para captar las minúsculas vibraciones del cristal, diciéndome que los latidos que notaba eran el ruido del mundo, sus gritos y choques, ese clamor deshilachado e hilarante, y no solo el leve golpeteo del generador de la cárcel.

Me incliné sobre el murete, eché el pobre hato de mis pertenencias al agua aceitosa y observé cómo se alejaba flotando. Era algo que había planeado hacer: otro gesto ceremonial, no muy original, supongo, pero en cualquier caso la ocasión estuvo revestida de cierta formalidad. El envoltorio de papel de estraza se deshizo y cabalgó las olas como una piel vieja, ondulante y arrugada. Hela aquí, me dije, aquí es donde empieza de verdad: mi vida. Aunque no estaba muy convencido.

Al lado de la ventana de una tienda tapiada conspiraban dos indigentes. Uno era un tipo alto y delgado con un gorro de lana, barba y ojos trágicos y lánguidos. Fue él quien llamó mi atención. Creí recordarlo de otras veces; ¿sería posible que aún estuviese en esas mismas calles después de todos estos años? Parecía imposible, pero estaba seguro de haberlo reconocido. ¡Un superviviente, igual que yo! Por injustificado que fuese, la idea me resultó reconfortante. Su compañero, que llevaba unas zapatillas deportivas rotas y unos pantalones castaños demasiado grandes, era bajo y de aspecto desastrado, con una nuca como la de un bebé. Era quien más hablaba, apuntaba al aire con el dedo y asentía con fervor para sus adentros, mientras que el alto se limitaba a mirar desolado a media distancia y a mover despacio las mandíbulas, recordando su última comida, probablemente, y deteniéndose de vez en cuando para soltar una palabra considerada. Dos profesionales, intercambiando las novedades de su mundo, sus altibajos. Vete a saber si yo podría acabar como ellos. Me imaginé desplomándome por un aire cada vez más oscuro, cayendo en picado hasta que me atrapara la última red deshilachada. Allí abajo, en ese estado sombrío y elemental, aprendería una nueva jerga, conocería todos los trucos, sería uno más, uno de los perdidos, de los fugados. Qué relajante sería recorrer todo el día los caminos, o haraganear en portales manchados por la lluvia mientras caía la noche, sin tener que pensar en nada más que en el hambre, los piojos y el estado de mis pies.

Mientras estaba allí, observando a aquellos dos, reparé en que yo también estaba siendo observado. En el puente giboso que cruzaba el río había un hombre de pie, con una mano en la

barandilla metálica, un hombre andrajoso, delgado y de pelo negro. También me dio la impresión de conocer a este, aunque no habría sabido decir cómo o de dónde; podría haber sido alguien con quien hubiera soñado en un sueño olvidado hacía mucho tiempo. Su rostro estaba inclinado en un ángulo extraño y, aunque sus ojos no me miraban directamente, no había duda de que me observaba, con un interés constante y peculiar. Estaba muy quieto. Tenía un no sé qué de siniestro y de demacrado: me pareció oír una risa oculta. Allí arriba, recortado contra el cielo blanquecino, nimbado de luz sucia y con la gente pasando de aquí para allá a su espalda, parecía plano como una figura recortada en cartulina. Nos quedamos así un rato, él escrutándome de soslayo con disimulo y yo mirándole con descaro, dispuesto a enfrentarme a él; cómo o por qué, no lo sabía. Luego se dio la vuelta, se perdió entre la multitud y desapareció.

Después de este encuentro, si puede llamarse así, empecé a andar con paso más ligero, casi con alegría, a pesar del amargo viento y de la luz cenicienta. Fue como si hubiese recibido una señal, un mensaje de ánimo de los que eran como yo. De pronto el mundo me pareció más vívido, más peligroso, recorrido por una risa secreta: mi mundo, y yo en él. Esto no era lo que había imaginado, este aligeramiento repentino e inesperado, este paso alegre y los hombros erguidos. Sin duda aquello no estaba bien, sin duda lo menos que el decoro me pedía hacer era agachar la cabeza y apartarme humillado a un agujero oscuro donde el mundo no tuviera que soportar mi presencia. Sin embargo, no podía evitar tener la sensación de que en ese momento, al lado del río, había sido bendecido. No con una verdadera bendición, claro; el Paráclito nunca extendería sus alas redentoras sobre mi cabeza gacha. No, esta era una bendición de algún otro sitio. Recuerden que los ángeles también cantan en el infierno, como nos dice el profeta K., y, ¡ay, con cuánta dulzura!

Billy me esperaba en el Barquero. No es el típico sitio que yo habría frecuentado en los viejos tiempos. A pesar de lo temprano de la hora había ya un puñado de bebedores, tipos anodinos, encorvados sobre sus pintas de cerveza en la penumbra gris y sucia. El hedor agrio de los muelles se mezclaba con los olores de la cerveza pasada y del humo de los cigarrillos. A esa hora se respiraba vigilancia y un poco de piratería en el ambiente; no me habría sorprendido vislumbrar una pata de palo debajo de una silla o el brillo de un alfanje. Cada vez que se abría la puerta, se colaba como un ectoplasma una nube blanquecina de luz del río, se cernía un instante y luego caía entre las mesas rayadas y los taburetes de plástico. Billy estaba sentado en un banco con un vaso de cerveza sin tocar delante, tenso como un perro perdiguero, mirando con atención extasiada por debajo de un bucle de pelo negro y engominado el ajetreado aparato de televisión que había encima de la barra. Llevaba fuera seis meses. Iba vestido con una impoluta camisa blanca con los puños abotonados, unos tejanos muy limpios y zapatos negros brillantes con gruesa suela de cuero. Una colilla ardía en un puño, mientras con la otra mano masajeaba pensativo los músculos apretados de su brazo. Al verme, apagó el cigarrillo a toda prisa y se levantó. Me estrechó la mano con violenta energía, moviendo los hombros y sonriendo como un loco. Detrás de él, en la pantalla de la televisión un bulldog de dibujos animados sujetaba por el cuello a un gato de dibujos animados y lo abofeteaba en el hocico con lúgubre violencia.

Esto es un error, me dije.

Billy se había ruborizado. Se ruboriza con facilidad. Siguió estrechando mi mano como si temiera que, si la soltaba, tendría que hacer algo incluso más incómodo y embarazoso. Su mano era dura como una piedra. Tiene cuerpo de boxeador, bajo, ancho y musculoso. No parece hecho

de carne sino de algún material más sólido, una especie de magma, flexible, pesado y cálido; a su lado me siento hinchado y cursi, una mole grande, blanda y temblorosa. Despedía un vago olor plúmbeo como a aceite de motor; recordé que hablaba a menudo de su entusiasmo por las motos: tal vez ese tufo a aceite caliente fuese su fantasmal recuerdo. Debe de tener, Dios, debe de tener casi treinta años, aunque aparenta dieciocho. Todavía le quedaba un resto de esa palidez descolorida y cadavérica que se supone que la gente como nosotros no llegar a perder nunca. Sus ojos, no obstante, pardos como caracoles marinos, eran más limpios y cristalinos que nunca. Billy el carnicero, lo llamábamos; de joven, nuestro Billy era muy hábil con el cuchillo de desollar.

Nos sentamos a la mesa y se produjo un espantoso silencio, como si algo se tensara más y más en el aire entre nosotros. Vete a saber si aún olería a cárcel: a algo mohoso y cerrado, con un dejo de lana húmeda, humo viejo y cacao frío. Billy no paraba de tirarse de los blancos puños de la camisa y de las rodillas de los tejanos. Imaginé los nervios silbando y chisporroteando debajo de su piel como manojos de cables eléctricos. Llevaba una bolsa entre los pies. Era una bolsa muy pequeña, negra, pesada y de aspecto peculiarmente peligroso; todas las cosas de Billy tienen un no sé qué de amenazante. Cuando me fijé en ella y le pregunté si iba a alguna parte, negó con la cabeza.

—Solo son bártulos —dijo en tono misterioso.

Billy siempre parece a punto de partir. Incluso cuando acababan de encerrarnos, cuando yo todavía estaba conmocionado, buscando los primeros agarraderos en el zigurat de mi sentencia, él parecía un inocente que esperara confiado en su inminente liberación. Se sentaba en la litera, dispuesto a saltar, con las piernas dobladas como una compleja serie de muelles, o se quedaba a la puerta de la celda dando golpecitos rítmicos en los barrotes con la punta de los dedos, como si no hubiese comprendido aún que esto era real, que no iban a llegar por el pasillo en cualquier momento, avergonzados y ruborizados, a decirle que todo era un error absurdo, darle unas palmaditas en la espalda y dejarlo marchar. ¡Ay, Billy! Su juicio se celebró el mismo día que el mío (me temo que, como había imaginado, no fue más que un triste trámite), lo cual nos convirtió naturalmente en compinches; a esas alturas él era ya un preso experimentado, pues había pasado su adolescencia en varias instituciones correccionales entre intervalos desenfrenados y cada vez más breves de libertad, y fue una gran ayuda para mí en esos primeros meses en que fui un pobre preso bisoño.

El camarero, que llevaba una camisa de manga corta, se acercó secándose las manos enrojecidas con un trapo sucio. Pedí té y recibí una mirada agria.

—¿No bebes? —preguntó Billy, con una sonrisa torva y astuta. Tiene la idea fija de que soy un individuo temible.

El camarero se alejó cabizbajo. ¿Por qué los camareros llevan esos pantalones tan feos? Detesto generalizar, como probablemente he dicho antes, pero es cierto, me he dado cuenta. En la pantalla, el gato incorregible estaba sentado con los ojos entornados debajo de un halo giratorio de estrellas de colores, después de recibir otra paliza.

—Bueno, Billy —empecé—, dime, ¿qué aspecto tengo? Sé sincero, ¿eh?

—Estás muy bien.

—No, de verdad.

Volvió a mover los hombros y me miró con los ojos entornados, mordiéndose el labio.

—Tienes una pinta de mierda —dijo, con una sonrisa torcida de disculpa.

Tomé aliento.

—¿Sabes, Billy? —le dije—, la última vez que estuve en un pub, hace mucho tiempo, alguien me dijo lo mismo. Justo lo mismo. ¿No te parece una coincidencia increíble?

De pronto pensé que iba a echarme a llorar; noté ese cosquilleo en las fosas nasales y las lágrimas que se me acumulaban en los ojos. Me levanté a toda prisa, hurgándome el bolsillo en busca de un pañuelo y murmurando algo para mis adentros, aterrorizado de ponerme en ridículo. No podía ponerme a sollozar. Pensaba que eso se había acabado. Se supone que la cárcel endurece, pero me temo que a mí me ha ablandado. Soy como uno de esos pecadores afligidos en un altar medieval, escondiéndome bajo mi propia nube personalizada que me riega con una continua llovizna de pesar.

Había un teléfono al otro extremo del bar. Corrí hacia él. Me costó utilizarlo; había perdido práctica. Los bebedores levantaron la vista de sus pintas y me observaron con un interés sardónico.

—No son esas monedas —dijo uno de ellos, y el camarero, esperando a que hirviera el agua, se rio.

Esos pequeños indicios —la anchura pasada de moda de la pernera de un pantalón, las patillas demasiado largas o demasiado cortas, una constante expresión de sorpresa por el precio de las cosas— son los que traicionan el origen de un viejo presidiario.

Mi mujer respondió. Tardó un rato. Me convencí, sin razón, no me cabe duda, de que sabía que era yo y de que estaba esperando a propósito para levantar el auricular cuando yo estuviera a punto de colgar. ¿Por qué pienso esas cosas de ella?

—Tú —dijo.

La línea no funcionaba bien, la voz sonaba hueca y crepitante tapada por oleadas oceánicas y chapoteos, como si grandes olas rompieran en la distancia al otro extremo.

—Sí, yo —respondí.

Guardó silencio tanto rato que pensé que se había cortado. Apoyé la espalda en la pared, me oí respirar en el hueco pegajoso del micrófono y observé a Billy, que seguía sentado con las piernas cruzadas y estaba encendiendo otro cigarrillo, incómodo y cohibido, mirando a su alrededor con estudiada despreocupación, como si pensara que pudiera haber alguien mirando, esperando para reírse de él. Vio que lo miraba, sonrió incómodo y luego dejó vagar la vista y deshizo su sonrisa en una serie de pequeños y disimulados reajustes de los músculos faciales. Parecía tan natural cuando estábamos dentro, tan seguro de sí mismo, con su aire afable y amenazador, andando por los pasillos con elegancia felina. Estoy convencido de que hay gente que ha nacido para ir a la cárcel. No es una idea muy popular, lo sé, pero es lo que creo. Me gustaría saber si yo soy uno de esos malhechores. ¿Estuvo todo determinado desde el principio? Con qué ansias, temblando como un sabueso flaco, se abalanza mi pobre y vieja conciencia sobre el hueso roído de mi descargo.

—Podrías haberme avisado de que era hoy —dijo mi mujer.

—Lo habría hecho —dije—, pero…

—¿Pero?

—Pero… —era sorprendente cómo habíamos caído enseguida en la vieja rutina, el parloteo inexpresivo que antes parecía tan sofisticado, tan mundano, en los tiempos en que teníamos un mundo donde representarlo—. Lo siento —añadí.

La imaginé de pie en el vestíbulo, una mujer seria, corpulenta, morena, víctima de una emboscada en pleno día, un día en el que, hasta ese momento, yo no había aparecido. Mi mujer. ¿Cómo debería llamarla esta vez? ¿Judy? Tal vez no haga falta ponerle un nombre. Ya la he

arrastrado bastante por el fango; dejémosla ser decorosamente anónima.

—Me gustaría verte —dije.

Una vez más guardó silencio. Escuché el áspero susurro de la línea y pensé que estaba sumergido en las profundidades marinas.

—No creo… —respondió despacio por fin, con voz neutra—. No creo que quiera que vengas por aquí. No creo que quiera.

Esta vez no dije nada.

—Lo lamento —añadió.

—Pues no lo parece —de hecho, sí lo parecía—. Necesito mis cosas —continué—. Mi ropa. Mis libros. No tengo nada —me sentía agraviado, felizmente afligido y lleno de autocompasión.

—Te las enviaré —dijo—. Está todo empaquetado. Te lo enviaré por correo.

—Me lo enviarás por correo.

Silencio.

Uno de los bebedores del bar levantó tranquilamente el trasero del taburete y se tiró un pedo.

—De acuerdo —dije—. No iré —esperé—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo, con demasiada precipitación, y luego hizo una pausa; casi la oí morderse el labio—. Estoy bien.

—¿Qué quieres decir con que estás bien?

—Pues que estoy bien. ¿Cómo crees que estoy?

¿Era un leve indicio de lágrimas lo que se notaba en su voz? No llora con facilidad, pero cuando lo hace es espantoso. Me puse una mano sobre los ojos. Me sentí fatigado de pronto. Vamos, me dije, haz un esfuerzo, esta podría ser tu última oportunidad de conseguir lo más parecido a una vida normal. Todavía tenía esperanzas de que el mundo humano volviera a acogerme en su sencillo y compasivo abrazo.

—¿Puedo verte? —pregunté quejoso.

Ella suspiró; la imaginé dando golpecitos impacientes con el pie. No es una persona insensible —todo lo contrario—, pero el espectáculo del sufrimiento ajeno siempre la irrita, no puede evitarlo.

—Alguien te busca —dijo.

—¿Qué? ¿Quién?

—Por teléfono. Por cómo hablaba, un extranjero. O fingía serlo. Parecía divertido por algo…

Se oyó un balido enfadado: se me estaba acabando el dinero. Le di mi número, colgué y esperé. No llamó. La ausencia de esa llamada todavía resuena vagamente en mi recuerdo como una campana tocando a duelo en la distancia.

Mi taza seguía sobre la mesa, con una de esas bolsitas marrones hinchadas sumergida en el té, con el horrible hilo flácido colgando sugerente sobre el borde. El té estaba tibio. Le eché cuatro terrones de azúcar y observé cómo se deshacían poco a poco. Mi afición al dulce: otro vicio contraído en el trullo.

—¿Todo bien? —preguntó Billy.

—¡Oh, de primera! —respondí—. De primera.

Asintió muy serio con la cabeza y bebió un sorbo de cerveza. ¡Qué tranquilo es, qué indiferente! Esta gente espera tan poco del mundo… Se quedan ahí tan tranquilos, con la vista perdida y masticando hasta que pasa a buscarlos el coche fúnebre. A veces pienso que debo de ser de una especie diferente. De pronto, se le iluminó la cara, se agachó, abrió la bolsa, sacó una botella de ginebra y me la dio con otro extraño movimiento de los hombros y otra sonrisa

cohibida. ¡Un regalo! ¡Me había comprado un regalo! Por un momento, no pude hablar y me quedé sentado, mudo de emoción, aferrándome a la botella entre las manos impotentes y asintiendo muy serio. Noté que me observaba.

—¿Es buena? —preguntó preocupado. Billy no prueba el alcohol; es un poco puritano, a su manera—. Me la ha dado mi cuñado.

—Es espléndida, Billy —respondí con un nudo en la garganta—. De verdad, espléndida —otra vez estaba al borde de las lágrimas. En serio, vaya un llorón que estoy hecho.

A partir de ahí, las cosas mejoraron. Billy se volvió locuaz y siguió riéndose entrecortadamente entusiasmado y aliviado. Me habló de su trabajo. Por lo visto repartía cosas, no recuerdo qué, para ese cuñado, el vendedor de ginebra. Todo era muy vago. Tenía su propia furgoneta. Lo que de verdad le apetecía hacer, no obstante, era entrar en el ejército. No sabía si lo admitirían. Dudó, sentado sobre las manos y mordisqueándose la comisura del labio, y luego lo soltó: ¿Podría escribirle yo una carta de recomendación?

—Ya me entiendes —dijo emocionado—, una especie de carta de recomendación personal.

Me reí. Fue un error. Apartó la mirada y se quedó sombrío y pensativo, mirando hacia delante con los ojos entornados. Hay momentos, lo confieso, en que me inspira un poco de miedo. No es que piense que pueda hacerme daño…, no se le ocurriría, lo sé. Solo noto una inquietud general, una sensación de estremecimiento en la columna vertebral como la que sentiría al pasar cerca de la jaula de un animal agazapado, tenso y corpulento de ojos verdes. Vete a saber si los demás se asustarán de mí del mismo modo. No puedo afirmarlo, pero supongo que debe de ocurrir. ¿Se percatan del miedo que, a pesar de nuestra ferocidad, nos inspiran ellos cuando los vemos pasearse por el mundo, dueños del látigo y de la silla?

Un chaparrón golpeó un rato los cristales de la ventana. Observé ocioso a los bebedores del bar.

—¿Tú crees que nos reconocen, Billy? —pregunté.

Él asintió con la cabeza.

—¡Oh, sí! Ya nos han reconocido —sonrió e hizo un movimiento con el brazo siguiendo las agujas del reloj y blandiendo una cachiporra invisible—. Tal para cual, tú y yo. Somos una especie de hermandad, ¿eh?

Un hombre con el rostro anaranjado, la mirada desesperada y una boca como una trampilla apareció en la televisión y empezó a contar chistes a toda velocidad, riéndose y burlándose, tan enloquecido como el señor Punch.

—Sí, Billy —respondí—; eso es: somos una especie de hermandad.

Viento y humo y nubes pasajeras y la pálida luz del sol reflejada en las aceras salpicadas por la lluvia. El viento fluía acerado y burbujeante. Billy avanzaba a grandes zancadas, musculoso, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y la bolsa debajo del brazo, casi rebotando sobre las recias suelas de cuero, haciendo caso omiso del viento frío. Recordé a los dos vagabundos a los que había visto hablando; también nosotros debíamos de parecer una pareja extraña. Billy todo músculo y tensión juvenil y yo corriendo detrás de sus talones, encorvado como si estuviese participando en una carrera de sacos. Pasamos al lado de chatarrerías, de tiendas de artículos de segunda mano y de escaparates con cagadas de mosca y nombres de abogados pintados con letras doradas y descoloridas. Una bolsa de plástico se alzó en el cielo dando vueltas y sacudidas. Estas son las cosas que recordamos.

La furgoneta de Billy era un cacharro destartalado con el borde de los guardabarros oxidado y una profunda abolladura en la puerta. En el asiento trasero, un muelle asomaba en un cómico ángulo a través de un agujero en la tapicería. Noté que estaba deseando despedirse de mí, buscó las llaves entre grandes aspavientos y frunció el ceño igual que un hombre muy importante a quien esperan en otro lado. No le culpé: yo también me considero a veces una compañía escalofriante. Cuando se inclinó hacia delante para abrir la portezuela, le miré la coronilla y el remolino canoso y le dije sin pensar:

—Oye, Billy, ¿podrías llevarme a un sitio?

Me miró alarmado.

—¿Qué? ¿Adónde?

—Al sur. Tengo que coger un barco por la mañana.

Frunció despacio el ceño.

—¿Quieres decir ahora? —preguntó—. ¿Irnos sin más?

—Sí —respondí—. Irnos sin más.

Volvió la mirada preocupada hacia el río. Tenía que pensar en su madre, dijo, lo esperaba en casa para cenar, y había quedado con su novia esa noche… y el reparto del día, ¿qué? No dije nada, solo esperé. ¿Qué pasó por mi cabeza al intentar aprovecharme así de él? ¿Era únicamente que no quería viajar solo, atrapado con mis pensamientos obsesivos? Sí, debió de ser eso, estoy seguro: quería compañía, quería dar tumbos en el cacharro de Billy con el viento silbando por las puertas agujereadas y ese muelle moviéndose en el asiento trasero como un muñeco roto de resorte. La soledad: eso y nada más. A veces me sorprendo de lo sencillo que, al fin y al cabo, debo de ser como organismo aunque no lo sepa.

Al final, aceptó. Al principio condujo inclinado sobre el volante, mirando preocupado la carretera con el ceño fruncido, pero, cuando nos alejamos de la ciudad, se animó. Siente, igual que yo, afecto por las afueras. ¿Qué habrá en esas pulcras áreas residenciales, en esos pequeños parques y centros comerciales, que nos habla con tanta elocuencia? ¿Qué sigue vivo en ellos que

en nosotros ha muerto? Los árboles en miniatura empezaban a echar la hoja, las nubecillas flotaban y las calles brillaban y temblaban con pálidas franjas de luz. Mientras avanzábamos a toda prisa, Billy me habló, entre pausas largas y pensativas, de su novia. Era, me confió, aprendiz de peluquera. A ella no le importaban sus crímenes, me contó, ni siquiera lo de la violación; por lo visto, le parecían solo locuras de la juventud. De hecho, le gustaba la idea de ser la novia de un presidiario: Billy tenía cierta fama en el barrio, por rajarle las tripas en la calle una noche a un tipo que dijo no sé qué de su hermana. Él quería casarse cuanto antes, pero ella decía que no, que debían esperar: cuando entrase en el ejército tendrían su propia casa y ella abriría una peluquería para las mujeres del cuartel. Escuché complacido, repantigado en mi asiento como un niño a la hora de acostarse, mientras él pintaba con bonitos colores —verde oliva, rosa pluma de ganso— su sueño sobre el futuro. Así era como pasábamos el tiempo allí dentro, contándonos historias sobre cómo sería la vida venidera. A cambio le conté mis planes de redimirme mediante el trabajo honrado y demás; debió de parecerle tan cuento de hadas como a mí su cháchara sobre un futuro sonrosado. Incluso le enseñé mi carta de presentación al profesor Kreutznaer, que me había escrito una mujer buena y compasiva. Me preocupó ver que, aunque la había guardado con cuidado, había adquirido ya ese aspecto mugriento, grisáceo y manoseado que la cárcel confiere a todos los documentos importantes; cuántos de esos fatigosos documentos he manejado —allí dentro mi opinión era muy valorada— mientras jóvenes como Billy se sentaban al borde de sus literas retorciéndose las manos y observándome con ojos en los que pugnaban la angustia y la esperanza. Créanme, ustedes no conocen la ternura de las cosas allí dentro, la extraña mezcla de violencia, pesar e inconmovible optimismo.

—¿Anna qué? —preguntó Billy, mirando con los ojos entornados la carta que sostuve para que la viera.

—Behrens —respondí—. Una vieja amiga. Su difunto padre era un hombre muy rico que coleccionaba cuadros. Una vez le cogí uno prestado.

Billy se rio en voz baja.

—He de decir que fueron muy comprensivos. Anna me ha perdonado. Mira lo que dice: «Por favor, ayúdele en todo lo posible, lo ha perdido todo y quiere empezar de nuevo». ¿No te parece amable por su parte? Yo a eso lo llamo ser amable.

La furgoneta traqueteaba y se estremecía, y se desviaba a la izquierda cada vez que Billy pisaba el freno, pero a mí me pareció que estábamos volando por el suave aire primaveral. Me gusta viajar así, es uno de mis placeres secretos. Cualquier modo de transporte motorizado me sirve, coche, autobús, furgoneta…, incluso un furgón policial. Creo que la magia no radica en la velocidad o la reclusión uterina, sino en estar rodeado de cristales por todas partes. En mi opinión, el parabrisas es una de las más felices invenciones de la humanidad. Visto a través de esta curva moldeada de luz, el mundo exterior parece hecho de cristal, un lugar semejante a un juguete con hojas desperdigadas y sombras fugaces, donde los árboles pasan en un instante y los edificios se alzan y se hunden de pronto, y la gente asoma de pie, inclinada, mirando con fijeza y con una altura imposible, como los sorprendidos maniquíes de los escaparates de mi infancia. Si pudiera creer que al morir me espera algo que no sean tormentos constantes e infinitos —si, digamos, una lucha de poder en el Olimpo resultara en una amnistía general para los pecadores mortales, yo entre ellos—, así es como me veo viajando a la eternidad, recostado con los brazos cruzados, en una especie de feliz confusión, en el cálido centro de este mundo vidrioso y giratorio.

Debió de ser la charla de Billy sobre su novia lo que me hizo pensar otra vez en mi mujer.

Aburrido, la imaginé en el vestíbulo después de que se cortara la línea, escuchando el zumbido en el auricular y luego colgando el teléfono y quedándose allí con una mano en la cara, como hace siempre que ocurre algo inesperado. No obstante, esta vez, mientras estaba allí pensando, le di, sin tener verdadera intención, un compañero. Al principio estaba borroso, era solo una silueta masculina que asomaba al borde de mi fantasía, pero a medida que mi imaginación —enrojecida y prensil— se adueñó de él con un feroz escrutinio, la corriente chisporroteó en los electrodos, lo recorrió un escalofrío y de pronto empezó a andar y hablar con espantosa verosimilitud. ¿De dónde proceden estos fantasmas inesperados que se cuelan sin control en mis pensamientos cuando estoy desprevenido, avasalladores, pagados de sí mismos y echando ceniza del cigarrillo sobre la alfombra, como si fuese suya? Inventados en un juego ocioso de la imaginación, pueden volverse traicioneros de repente, pueden alzarse con un destello y dar un desagradable mordisco en la mano que los moldeó. Este estaba adquiriendo atributos a cada instante. Era alto y delgado, con pelo rubio lacio y la mandíbula marcada, vestido de *tweed,* con una camisa de cuadros y unos zapatos gruesos y gastados de cuero rojo. Tiene una pipa en alguna parte y tabaco fuerte en una petaca suave y fina. Cultiva un aire de vago desprecio, tras el que acecha una astuta vigilancia. Tiene un no sé qué de libertino. Conduce un coche deportivo y monta un caballo grande. Probablemente sea protestante. Y se está follando a mi mujer.

Me había olvidado de la ginebra, pero ahora, con manos temblorosas, saqué la botella del bolsillo de la chaqueta a toda prisa y la abrí. Me encanta el pequeño chasquido cuando cede el tapón metálico; es como el cuello de algún pequeño y sabroso animal al romperse. Eché un trago y jadeé al notar la fría quemazón del licor en mi lengua y un mundo entero resurgió cosquilleante, gélido y azul plata. Al instante me pareció estar borracho, como si ese primer trago hubiese agitado el sedimento de los litros que había bebido en los viejos tiempos que aún quedaba en mí. Billy me miró con desaprobación y el ceño fruncido; sé lo que está pensando: que un caballero como yo no debería dejarse ver en un cacharro oxidado, bebiendo de una botella de ginebra a las diez y media de la mañana. De ser por él, llevaría monóculo y polainas.

Estábamos en el campo, dando tumbos por una carretera cubierta de hojas, con una vista absurda y preciosa de los campos ondulados, los arroyos plateados y las montañas malvas y borrosas ante nuestros ojos. Ni una sola vez en los años que estuve allí dentro se me pasó por la cabeza tener celos. ¡Oh!, sabía que muy probablemente había perdido a mi mujer, pero siempre pensé en ella como algo seguro, encadenado a la roca de mi ausencia, igual que una de esas doncellas prerrafaelitas misteriosamente afligidas y de ojos grandes. La idea de que estuviese retozando con un jinete de gesto serio como los que siempre la rondaban en los viejos tiempos me sacudió con la fuerza de un golpe en el corazón. Me quedé espantado, acalorado, ruborizándome dolorido y lo vi todo. Están en un hotel, en la plaza del mercado de alguna ciudad pequeña y anodina del centro del país. El dormitorio da a la plaza, donde su deportivo está discretamente aparcado al pie de unos árboles en flor. La luz tenue de la tarde desierta se cuela por los grandes ventanales. Ella mira alrededor entre sorprendida y divertida, la cama, el escritorio, la alfombra rozada del suelo: de modo, piensa, que lo que había parecido accidental era en realidad algo buscado, y aquí está, este martes vacío, en esta habitación anónima de una ciudad desconocida a kilómetros y kilómetros de su vida. Él sigue en pie incómodo, sin mirarla, un poco nervioso a pesar de la charla desenfadada que han tenido por el camino, saca las cosas de los bolsillos y las coloca alineadas sobre la mesilla de noche: unas monedas, las llaves, ese objeto que utiliza para limpiar la ceniza de la pipa. Tiene la nuca inflamada. Esa mancha sonrosada hace que a ella se le forme un nudo en la garganta. Él se vuelve y le habla para ocultar

su incomodidad, se interrumpe y la mira con impotencia. Lo oye tragar. Siguen allí un momento, tensos, escuchándose a sí mismos, ese zumbido interior cada vez más alto. Luego uno levanta una mano, roza una cara, contiene el aliento. Esto es lo que conmueve mi corazón, la idea de este momento de rendición silenciosa. Todo lo que seguirá también es terrible —mi imaginación es imparable—, pero es aquí, cuando los dedos de él rozan su mejilla, y ella abre la boca y se queda con la mirada perdida, cuando mi imaginación se engancha como una uña rota. Sin embargo, también sé que hay algo en mí que quiere que haya ocurrido, que quiere inclinarse sobre ellos con la cara encendida y añadir pesar a sus abrazos y aspirar sus gritos. ¿Qué espantosa necesidad es esta? ¿Soy el fantasma en su banquete, sorbiendo una parte de su vida para calentarme? Su amante imaginario es más real que yo: cuando me miro en ese espejo no veo reflejo alguno. Estoy y no estoy allí, yendo asustado de un lado a otro en la cámara de tortura de mi imaginación, pobre y reseco Nosferatu.

En un tramo recto, Billy pisó a fondo el acelerador y fue como si voláramos. Miré cómo se alzaba y se apresuraba el paisaje, bebí más ginebra y me sentí un poco mareado. Mi mujer no duerme bien, pero siempre he envidiado lo que me parecía la densa tragedia de sus noches, esa lucha agitada y laboriosa a través de la oscuridad de una orilla de luz a otra. Se sumía de pronto en el sueño, a menudo a mitad de frase, y se quedaba sobre la sábana arrugada, con el rostro ladeado, la boca abierta y las piernas estremecidas, como un nadador de larga distancia flotando en las aguas negras y heladas. También hablaba en sueños, con oscuros gruñidos y bruscas preguntas. A veces gritaba, mirando sin ver en la oscuridad. Y yo yacía despierto de espaldas a su lado, rígido como un mástil bajo el viento, entumecido con esa oscura angustia que me inunda cuando me quedo a solas. Ahora habría querido saber si había alguien más que yacía a su lado de noche con la garganta seca y el corazón henchido, escuchando mientras ella dormía su sueño inquieto: no el centauro jactancioso que acababa de inventar, sino un pobre y solitario mortal igual que yo, mirando sin ver en la oscuridad, con la vida escapándosele todavía gota a gota, muriendo gradualmente. Creo que yo habría preferido al centauro.

—¡Para aquí, Billy! —grité—. Para aquí.

Siempre me fascina el modo en que ocurren las cosas que ocurren. Quiero decir las cosas normales, los pequeños sucesos que siguen añadiéndose a todo lo ocurrido en la suma total de eso que llamo mi vida. No creo que los acontecimientos sean discretos y discontinuos; en su mayor parte es como flotar sin rumbo. Yo no floto, claro, solo me lo parece: en realidad estoy en caída libre. Y llego a tierra repetidamente con un golpe, aunque cada vez me sorprendo, sentado aturdido en el duro suelo de la inevitabilidad, como el gato Tom, apoyado en los nudillos, con las piernas abiertas y unas estrellas dando vueltas alrededor de mi pobre y dolorida cabeza. Cuando Billy detuvo la furgoneta, estuvimos escuchando un rato el tictac del motor y el gorgoteo del radiador, y me quedé como mi mujer en esa habitación de hotel que yo había evocado para su cita imaginaria, mirando a su alrededor sorprendida de estar donde estaba. Yo no había querido ir por ese camino, había dejado que Billy eligiera la carretera que él prefiriese; pero allí estábamos. ¿Sería un indicio más —me dije— en este día repleto de indicios? Billy miró con calma el tramo de carretera comarcal que teníamos delante y dio unos golpecitos en el volante con los dedos.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En casa —me reí. La palabra resonó como una bocina de niebla.

—Es bonito —dijo Billy—. Con los árboles y demás.

Volvió a maravillarme su falta de curiosidad. Por lo visto nada le sorprende. ¿O me equivoco como me ocurre siempre con la gente y su comportamiento? Que yo sepa, Billy podría vivir en una incesante fiebre de sorpresa ante el espectáculo de este mundo tan improbable. Se mueve mucho, y a veces despertaba gritando en su litera; pero, antes o después, todos nos despertábamos gritando de noche, así que eso no significa nada. En todo caso, probablemente lo esté subestimando; subestimar a la gente es uno de mis defectos menos graves.

—¿Tu familia sigue aquí? —preguntó—. ¿Tu madre y tu padre?

Frunció el ceño. Vi cómo se esforzaba en imaginarlos, gente grande y mandona, dando voces a caballo por el camino, tan raros para él como un caballero medieval con su armadura.

—No —dije—. Gracias a Dios, todos han muerto. Mi mujer vive aquí.

Abrí la puerta de la furgoneta, saqué las piernas y me quedé sentado un momento con la cabeza gacha, los hombros encorvados y la botella entre las rodillas. Al alzar la vista, vi el tejado de la casa detrás del borde irregular del seto. Me sorprendí jugando con la idea de que eso era todo lo que había, solo un tejado puesto allí para engañarme, como algo sacado de *Las mil y una noches,* y que, si me ponía de pronto en pie, vislumbraría debajo de los aleros una delatora franja de cielo sedoso y una luna igual que una brillante cimitarra flotando al fondo.

—¿Alguna vez te he hablado, Billy —dije, mirando todavía esas chimeneas familiares—, de la teoría de los universos paralelos?

De los pocos fragmentos de ciencia que aún puedo recordar (¡sacados de otra vida!), la teoría de los universos paralelos es mi favorita. El universo, según dice, está dividiéndose en todas

partes y en cada momento en una miríada de versiones de sí mismo. En Plutón, pongamos por caso, una partícula de masilla choca con un trozo de plomo y se crea otra partícula más pequeña que sale disparada en todas las direcciones. La teoría de los universos paralelos propone que cada una de esas posibles direcciones producirá su propio universo, con sus propias estrellas, su propio sistema solar, su propio Plutón, su propio tú y su propio yo: idéntico a todos los otros miles de universos excepto por este acontecimiento único, esta partícula concreta zumbando por este camino concreto. En esta versión múltiple de la realidad, el azar es una ley de hierro. El azar. Imagínense. ¡Oh!, solo son números, lo sé, solo un astuto truco ideado para acomodar el infinito y que encajen las ecuaciones, pero, cuando lo contemplo, algo se agita en mi interior, algo borroso y caído que creía muerto se alza sobre un ala aplastada y suelta un patético y esperanzado gorjeo. ¿Acaso no es posible que en algún lugar de esta cristalina multiplicidad de universos, en esta regresión reflejada e infinita, exista un lugar donde los muertos no hayan muerto y yo sea inocente?

—¿Qué te parece, Billy? —dije—. Esa es la teoría de los universos paralelos. No está mal, ¿eh?

—Es raro —respondió, moviendo la cabeza despacio de un lado al otro para contentarme.

La primavera es extraña. Este día parecía más bien de principios de invierno, todo brillos metálicos y cielos límpidos y plateados. El aire era frío y brillante y olía a arcilla húmeda. Me fue embargando una especie de alegría extraña y vacilante: la ginebra, supongo.

—¿Qué es lo primero que notaste al salir, Billy? —pregunté.

Apenas tuvo que pararse a pensar.

—El silencio —dijo—. No hay gente gritando todo el rato.

El silencio, sí. Y la amplitud de las cosas, las vistas a lo lejos por todas partes y la sensación de que más allá hay sitios más y más lejanos. Me mareó pensarlo.

Por fin me incorporé, los pies chapotearon en la cuneta embarrada, y anduve un poco a lo largo del camino. No tenía pensado nada en particular. No era mi intención pasar cerca de la casa —la puerta estaba en la dirección contraria—, pues, en el fondo de mi corazón, sabía que mi mujer tenía razón, que no debía acercarme. No obstante, ahora que estaba allí por casualidad, no pude resistirme a ver aquel sitio una vez más, a hollar las viejas pisadas, por así decirlo, para comprobar si aún encajaban. Sin embargo, no pude sentir lo que se supone que se siente al redescubrir de pronto las escenas de nuestro pasado, lágrimas, mareos y un éxtasis de recuerdos, apretándolo todo contra el pecho con un grito ahogado y un súbito y dulce dolor en el corazón. No; lo que sentí fue una especie de entumecimiento vidrioso, como si estuviera suspendido en algún material delgado y transparente, como uno de esos huevos que mi madre conservaba en cristal líquido cuando era niño. Esto es lo que te ocurre en la cárcel, que pierdes el pasado, te lo confiscan, con los cordones de las botas y el cinturón, en cuanto entras por la puerta. Aún estaba ahí, claro, el mundo de siempre, afable y detallado, sumido desde hacía años en su propio silencio, solo que lejos de mi alcance, como detrás de un cristal. Había incluso algunos árboles que me pareció reconocer; no me habría sorprendido si hubiesen cobrado vida y me hubieran hablado, alzando sus ramas y suspirando como en un cuento infantil. En ese momento, como si de verdad este fuera el bosque encantado, se materializó ante mí en el camino, igual que un duende, un hombrecillo atezado con botas claveteadas y una gorra, que llevaba nada menos que una hoz en la mano. Tenía los brazos largos, la espalda encorvada y las piernas arqueadas y andaba balanceándose, como si rodara igual que un aro. Mientras nos acercábamos el uno al otro, me observó atentamente de soslayo con una mirada astuta y rijosa. Cuando estuvimos a la misma

altura se llevó un dedo a la gorra y soltó un saludo incomprensible, mirándome con ojos nublados y medio ciegos. Me detuve. Se fijó en mi traje blanco con una mezcla de desconfianza y diversión desdeñosa; probablemente pensó que yo era alguien importante.

—Un día magnífico —dije en voz alta, repleta de falsa cordialidad.

—Pero duro —respondió, muy pagado de sí mismo, como si me hubiese pillado en un renuncio.

—Sí —admití avergonzado—, muy duro.

Se quedó encorvado delante de mí, balanceándose por la cintura, como si su columna vertebral tuviese algún sistema de muelles en la base. La hoz se movía al final de su largo brazo como una prótesis. Guardamos un breve silencio. Contemplé el cielo mientras él miraba el camino a mis pies. Nunca se me ha dado bien intercambiar bromas con los campesinos, pero me dio pereza seguir adelante, no sé por qué. Tal vez lo tomara por otro de los misteriosos mensajeros de ese día.

—¿Es usted de por aquí? —dijo, con ese tono zalamero que reservan para los turistas y los desconocidos adinerados en general.

Hice un vago gesto evasivo como respuesta.

—¿Conoce esa casa? —pregunté, señalando por encima del seto.

Se pasó la mano morena y encallecida por la mandíbula, haciendo un ruido como de papel de lija, y me echó una mirada rápida y astuta. Sus ojos parecían fragmentos de algún objeto grande, roto y antiguo, una urna funeraria, tal vez.

—Sí —respondió—. La conozco muy bien.

Luego soltó un interminable galimatías sobre mi familia y su historia. Lo escuché sobrecogido como si fuese una historia de dioses antiguos. Era todo una invención, claro; incluso los pocos datos que ese hombre conocía estaban distorsionados o del revés.

—También conocía al señorito —*¿Al señorito?*—. Un día lo vi matar a un conejo. Le rompió el cuello, como si tal cosa. Era una mascota. Lo cogió entre las manos y… —hizo un chasquido con la comisura del labio— lo mató. No era más que un muchacho, un chaval de pelo rizado que parecía incapaz de matar una mosca. Estaba hecho un buen sinvergüenza. No me extrañó nada cuando me enteré de lo que había hecho.

¿Qué absurdo era este? Yo nunca le había retorcido el cuello a ningún conejo. Era el más inocuo de los niños, un pobre chiquillo tembloroso que tenía miedo de su propia sombra. ¿Por qué se había inventado esa versión grotesca de mí? Sentí confusión y una especie de vergüenza airada, como si un impostor absurdo e increíble que dijera ser yo me hubiese empujado a un lado de la calle. El viejo me miraba con la boca flácida y un único diente largo y amarillento colgando de las encías superiores.

—Supongo que usted también estará buscándolo, ¿no? —añadió.

Un escalofrío me heló el corazón.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Quién más lo está buscando?

Su sonrisa se volvió cómplice y astuta.

—¡Ah! —dijo—, siempre hay tipos así que buscan a gente.

Guiñó un ojo, volvió a llevarse un dedo a la gorra, con el aire complacido de quien ha resuelto los problemas de otro, y siguió su camino muy campanudo. Lo miré, pero me vi a mí mismo, un hombre corpulento, desaliñado, deteriorado, gordo como una marsopa, angustiado en medio del camino ventoso, colgando de un patíbulo invisible con mi absurdo traje blanco, los miembros flácidos, la boca abierta, los pantalones de campana aleteando y el cuello de la botella de ginebra

asomando del bolsillo. No sé por qué estaba tan disgustado. Me embargó esa sensación de dislocación que siento cada vez con más frecuencia en estos tiempos y que me asusta. Es como si la mente y el espíritu se separasen, o como si el yo esencial y absoluto se hubiese encogido hasta tener el tamaño de un punto, dejando lo demás colgando en una enorme suspensión masiva y al mismo tiempo sin peso, como un árbol aserrado antes de caer. Vete a saber si será una epilepsia incipiente, o alguna otra enfermedad cerebral. Pero no creo que el efecto sea físico. Tal vez sea cómo enloqueceré al final, tal vez saldré volando así y me perderé a mí mismo para siempre. El ataque, si es que se puede llamar así sin exagerar, pasó, como ocurre siempre, con una sensación de caída, una especie de sacudida, como si me hubiesen atizado un puñetazo blando y amortiguado y me hubiese caído, aunque siguiera allí de pie, encorvado de miedo. Miré alrededor pestañeando fatigado; fue como si acabase de aterrizar de un lugar del todo distinto. Todo estaba en su sitio, el tejado detrás del seto, el viejo que se alejaba dando saltitos, y la nuca de Billy oscura como una foca inmóvil en la furgoneta, como si nada hubiera ocurrido, como si no se hubiese abierto esa fisura en la superficie engañosamente lisa de las cosas. Pero conozco ese aire de inocencia que adopta el mundo; sé lo que significa.

Encontré un hueco en el seto y me colé por él, los zapatos se me hundieron hasta el borde en el fango sorprendentemente frío. Las ramas me azotaron la cara y las espinas se engancharon a mi abrigo. Había olvidado lo que era el campo, la impávida malevolencia de las zarzas y los arbustos. Cuando llegué al otro lado, estaba jadeando. Tenía la sensación, como me sucede a menudo, de que todo esto había ocurrido ya antes. La casa estaba ahí enfrente, firme y maciza después de todo y bien sujeta a su tejado. Aun así, parecía cambiada, más pequeña y más cerca del camino de lo que debía estar, y por un momento de pánico dudé de si mi memoria me había engañado y esa no era mi casa. (¿*Mi* casa? ¡Ay!) Los rosales de mi madre seguían floreciendo debajo de la enorme ventana en un extremo de la casa. Ya estaban en flor. Pobre mamá, muerta y desaparecida, y sus rosas todavía ahí, aferrándose a su manera tenaz y secreta. Atravesé el césped y la hierba empapada se hundió como una esponja bajo mi peso. El pasado se agolpaba aún más espeso a mi alrededor, vadeé por él, entumecido como un nadador untado en grasa, esperando a notar el frío y la corriente traicionera. Me aparté de la puerta principal —ya no entro por las puertas principales—, rodeé los rosales, mirando las ventanas con los ojos entornados en busca de indicios de vida. Qué ceñudas contemplan el mundo las ventanas vacías, llenas de cielo y de un verdor extrañamente dispuesto. Al fondo de la casa, me demoré un rato en la humedad arcillosa del huerto, sintiéndome como el pobre Magwitch al darse a la fuga. Unos cuantos tallos de las coles del año anterior, nudosos como columnas vertebrales, se inclinaban aquí y allá, y había gallinas que se alejaban asustadas de mí dando grandes pasos a cámara lenta, o se quedaban sobre una sola pata y con la cabeza inclinada, agitando las barbas y emitiendo quejosos graznidos de alarma. (Qué criaturas tan extrañas y barrocas son las gallinas; siempre me ha dado la impresión de que tienen un no sé qué de persas.) No pensaba en nada. Solo tanteaba a ciegas, igual que un médico palpando en busca de la zona dolorosa. Habría agradecido el dolor. Avancé soñoliento, admirando el musgo verde como el mar de la puerta del retrete abandonado, y las lilas que caían sobre el tejado de metal cubierto de óxido. Sopló una brisa y un zorzal silbó su canto breve y concentrado. Me detuve mareado y guiñé los ojos. Por fin el aire luminoso, el canto del pájaro, ese tono concreto de verde, todo se combinó para lograr transportarme por un momento al pasado lejano y perdido, a una mañana gris plata, empapada por una lluvia como esta, olvidada, pero todavía sentida, y me quedé un momento dominado por un éxtasis inexplicable, con el rostro alzado hacia la luz, sin aliento, trastabillando en mi interior, como si

hubiesen soltado en mis brazos un peso enorme y aéreo. Pero no duró mucho, esa tierna carga que me habían dado, fuese lo que fuese, se evaporó enseguida, y el éxtasis pasó y volví a sentirme entumecido, como antes.

Apoyé la cara en la ventana de la cocina y escudriñé el interior. Pude ver poco más que sombras y mis propios ojos reflejados en el cristal, fijos y ansiosos, como los ojos de un desconocido desesperado. Acurrucado allí, con el aliento empañando el cristal y el olor bilioso de desagüe en mi nariz, sentí la intensa presión de las cosas que tenía detrás, el jardín, los campos y los bosques lejanos, como una muchedumbre curiosa agolpándose a mi espalda y dándose codazos para mirar. Nunca me siento del todo cómodo al aire libre; siempre espero que alguna malignidad de la tierra o el cielo me derribe o, peor aún, me arrastre de manera vertiginosa hacia el cielo. Siempre me ha dado un poco de miedo el cielo, tan transparente y sin embargo impenetrable, tan engañosamente inofensivo en su insulsa melancolía.

La puerta trasera estaba cerrada. Iba a darme la vuelta para marcharme, más aliviado, creo, que otra cosa, cuando de pronto, con un ataque de ira, o de resentimiento de propietario, o algo, no sé muy bien qué, me giré con el codo levantado y lo golpeé contra uno de los cristales esmerilados de la puerta. Estas cosas no son tan fáciles como parecen en las películas: tuve que hacer tres intentos antes de conseguirlo. El cristal cedió con un golpe sordo, como una risa, gutural y cruel, y los pedazos hicieron un ruido siniestro y un poco musical al caer al suelo, una música de elfos. Esperé, escuchando. ¡Qué entendido en silencios me había vuelto con los años! Este tenía sorpresa en él, y un cálido espanto, y la alegría contenida de un niño travieso. Tomé aliento. Temblaba como un címbalo. Qué siniestro y estremecedor es romper un cristal e introducir la mano por el agujero dentado en el enorme y frío vacío del otro lado. Imaginé mi mano pirueteando sola, en ese espacio asustado, haciendo su pequeño *pas de deux* de atrás adelante con la llave. La puerta se abrió de pronto y casi me caí en el umbral; no fue tanto la brusquedad lo que me hizo vacilar, sino la enorme sorpresa de estar allí. Por un instante me vi iluminado por un rayo, una figura acurrucada y descarnada, vívida y no del todo real, una emanación de mí mismo, una imagen de holograma, con los ojos saltones y parpadeantes. Entré tembloroso, y recordé, con alarmante inmediatez, el sobaco húmedo, cálido y envuelto en *tweed* de un ciego al que había ayudado a cruzar la calle en alguna parte, en una ciudad olvidada hacía años.

Cerré la puerta a mi espalda, me quedé en pie y volví a tomar aliento profundamente, como un saltador preparado en el extremo tembloroso del trampolín. Los muebles fingieron no verme. El silencio se extendía como una capa de polvo por encima de todo. Supe que no había nadie en la casa. Deambulé de aquí para allá, sin que mis pasos hicieran el menor ruido. Tuve una sensación extraña en los oídos, una especie de plenitud, como si estuviese en una embarcación a muchas brazas de profundidad y el peso del océano presionara a mi alrededor. Los objetos que miraba parecían aislados, como si los hubiesen pintado con una capa protectora de algún material invisible, frío, espeso y suave como el esmalte, y cuando los toqué no me pareció sentirlos. Pensé en estar allí, un niño pequeño y serio con un jersey mugriento, el pelo muy corto y el gesto ceñudo, con los dedos manchados de tinta y las orejas rosadas y traslúcidas, sentado a esta mesa inclinado sobre mis deberes una tarde de invierno y soñando con el futuro. ¿De verdad puedo haber sido así? ¿Puede ese niño ser yo? Sin duda, en alguna parte entre ese pasado inocente y este lúgubre presente, algo se partió, se produjo alguna ruptura, sin que me diese cuenta, en la línea que estaba dejando a mi espalda mientras corría, alargando la mano ansioso hacia todas las buenas cosas que pensaba que me esperaban. ¿Quién era entonces, quisiera saber, el que cogió el extremo deshilachado y corrió ágilmente detrás de mí, riéndose en voz baja para sus adentros?

Fui al vestíbulo. Ahí estaba el teléfono que ella había tardado tanto tiempo en responder. El artilugio se acurrucaba tenso sobre su mesita, igual que un sapo negro y brillante, deseoso de hablar, de contarlo todo, de soltar todo lo que le habían confiado a lo largo de los años. ¿Dónde había ido todo el mundo? ¿Habían huido al oír mi voz en la línea, ella lo había dejado todo, había cogido al niño en brazos y había huido a la carretera con un chirrido de los neumáticos? Comprendí por qué no podía tocar nada, por qué no podía notar la textura de las cosas: la casa se había vaciado de mí, había sido exorcizado de ella. ¿Llegaría a saber ella que yo había estado allí? ¿Notaría la contaminación del aire? Cerré los ojos y volvió a asaltarme esa sensación de estar y no estar, de haberme liberado de mí mismo. Siempre he estado convencido de la existencia en alguna parte de otro yo, mi yo más sólido, grave y mucho más serio, dedicado tal vez a tareas enormes e inconcebibles, en otra realidad, donde las cosas son reales de verdad; supongo que para él, en uno de los universos paralelos, yo no sería más que el capricho de un día de verano, un brillo en el borde de la visión, algo entrevisto, como la sombra de una nube, o un soplo de viento, o el vuelo tenso y repentino de un caballito del diablo sobre las aguas cubiertas de juncos y blanqueadas por el sol. Y ahora, mientras estaba en el centro de mi propia ausencia, en el lugar natal del que me había liberado totalmente, murmuré una pequeña oración y dije: ¡Oh!, si de verdad estás ahí, hermano listo, en tu realidad más verdadera, piensa en mí, concentra en mí todas tus serias atenciones, aunque sea por un instante, y hazme real a mí también.

(Por supuesto, a veces pienso en ese otro yo no como en mi mitad mejor sino como la peor; si él es el malo, el perverso, el gemelo perdido, ¿en qué me convierte eso a mí? Es un camino por el que prefiero no aventurarme.)

Subí las escaleras. Me sentí flotando de un modo extraño y tembloroso, como si tuviese muelles en la suela de los zapatos y debiera pisar con cuidado para no caerme por encima de la barandilla. Al llegar al primer rellano, me detuve, miré a un lado y al otro, como un pobre minotauro perplejo, la cabeza giró despacio sobre los gruesos tendones, un peso enorme, mi mirada húmeda, oscura como la sangre, tanteó obstinada en busca de algo, de una leve traza de mis identidades pasadas que pudiera quedar allí, igual que los rostros ocultos en el acertijo de un tebeo. De niño me encantaba estar solo en la casa; era como estar entre las amistosas manos de un gigante preocupado, mudo y melancólico. Algo le pasó a la luz, había caído una especie de penumbra. No era lluvia. Tal vez fuese niebla; en esos pagos la niebla cae sin avisar y vuelve a levantarse de pronto. En cualquier caso, recuerdo un brillo pegajoso y crepuscular. Anduve por el pasillo. Era como andar en un sueño, una especie de trastabillar demorado, sin peso ni obstáculos. Al final del pasillo había una ventana en arco con un cristal de color vino que siempre me había hecho pensar en iglesias frías y en la palabra *letanía*. La puerta de uno de los dormitorios estaba entreabierta; imaginé que detrás había alguien de pie, conteniendo el aliento, escuchando igual que yo. Dudé, y luego, con un dedo, empujé la puerta hasta abrirla, entré de lado y me quedé escuchando el silencio suave y sordo. La habitación estaba vacía, un cuarto alto y blanco, con el techo en forma de bóveda y una enorme ventana que daba al follaje de unos árboles altos. No había muebles, no había cuadros en las paredes, no había nada. Los tablones del suelo estaban desnudos. ¿De quién había sido esa habitación? No lo recordaba; ese techo tan ornamentado, por ejemplo, abovedado y apuntado como la coronilla del birrete de un cura: debía de haber un falso techo en mi época, que habían quitado después. Miré las sombras tenues y todo se desplomó a mi alrededor como agua. Qué frío y tranquilo estaba todo, qué quieto el aire. Pensé en cómo sería vivir aquí, en esta celda de color marfil, tan vacía, ver los días ascender y volver a caer en la oscuridad, oyendo apenas el soplido del viento, viendo cómo la luz se abría

camino por el suelo hasta morir. Y luego alejarse flotando, desaparecer, como polvo disperso en la vastedad del aire. No ser. No ser nada. En el fondo, en lo más profundo de mis sueños, ¿acaso he deseado otra cosa que esa consunción? A veces creo que ese sátiro, comoquiera que se llame, tenía razón: mejor no haber nacido, y, en caso de haber nacido, terminar cuanto antes.

Un pájaro como una flecha negra salió volando en línea recta de entre los árboles y se estrelló con estrépito contra el cristal de la ventana.

Entonces algo despertó mi memoria, el pájaro, quizá, o el aspecto de esos árboles o esa luz extraña y neblinosa en el cristal: una vez que me puse enfermo, me llevaron allí desde mi cuarto, no recuerdo por qué: puede que por la vista, o por la elevación, no lo sé. Volví a ver la cama al lado de la ventana, las altas columnas del dosel que se alzaban a mi alrededor, las copas de los árboles otoñales fuera, y al niño que era yo entonces, tendido en silencio, con el cuello vendado, pálido y ceñudo, con las manos apoyadas en el pliegue de la sábana, como un guerrero en miniatura en su tumba. Qué extrañamente placenteras eran las enfermedades en esos días. Flotando allí en una languidez febril, con los ojos doloridos, los miembros plomizos y la sangre latiendo en mis oídos, soñaba que estaba en mundos aéreos donde pájaros metálicos se alzaban describiendo giros brillantes de alambre y grandes nubes de cristal turbio se deslizaban cantarinas por el aire frío y diáfano. Tal vez sea así como mueren los niños; tal vez se olviden de sí mismos sin más y se alejen flotando mientras suspiran aún por ese olvido del que salieron hace poco.

Un fugaz reflejo pasó por el espejo que tenía delante y al volverme encontré a mi hijo de pie en el umbral, observándome con una sonrisa plácida e inquisitiva. Pensé: «Me encontré a la muerte en el camino». Me senté en el alféizar de la ventana. De pronto me sentí débil.

—¡Van! —dije y solté una risa sin aliento—. ¡Cuánto has crecido!

Vete a saber si me reconoció. Debe de tener diecisiete o dieciocho años, en mi confusión no recordaba su cumpleaños, ni siquiera en qué mes caía. Llevaba diez años sin verlo. ¿Le molestaría que me presentase así de pronto? Quién sabe lo que le molesta. Tal vez nada, tal vez esté en paz encerrado en sí mismo. Imagino un país blanco y lejano, borroso y llano bajo un cielo blanqueado, y, en el horizonte, un pájaro, quizá, pequeño como un juguete a esa distancia, volando recto. Pero ¡qué grande era! Al principio no pude hacer nada más que sentarme inclinado hacia delante con las manos en las rodillas mirándolo boquiabierto. Me sacaba más de un palmo, con un pecho de toro, los hombros enormes y una cabeza grande y ancha, incongruentemente noble, como la de una estatua prehistórica de piedra inclinada en lo alto de una ladera, sobre la costa de alguna isla remota y olvidada. Los rizos rubios que recordaba se habían convertido en una espesa cabellera y se habían vuelto de color rojizo como óxido; eso lo ha sacado de mí. No obstante, había heredado de su madre el tono oscuro de la piel y los ojos negros y solemnes. Su mirada, incluso cuando era más firme, se apartaba distraída a un lado, lo cual creaba un curioso efecto, como si en ese corpachón gigantesco temblara diminuta una versión más frágil de él, parecida a la que yo recordaba. En mi imaginación, salí de mí mismo, como un nadador emergiendo del agua, di un paso vacilante hacia él, con los brazos extendidos, lo abracé contra mi pecho y sollocé. Pobre niño, mi pobre niño. Esto es espantoso. En realidad sigo sentado en el alféizar de la ventana, con las manos apretadas contra las rodillas y los nudillos blanquecinos, mirándolo y sonriendo inane y con impotencia; lo mío nunca han sido los abrazos. Hizo un ruido profundo y gutural que podría haber sido una risa y se adelantó con una especie de ligereza inesperada y vacilante, casi un paso de baile, y escudriñó el mirlo aturdido que seguía fuera en el alféizar, vidrioso e inmóvil con su asombro y su dolor. El ave seguía

soltando pequeños suspiros estremecidos y parpadeando lentamente. Tenía sangre en el pico. Qué sorpresa debió de llevarse la pobre cuando lo que parecía aire brillante se convirtió de pronto en cristal sólido y el mundo se cerró. ¿Es eso lo que le ocurre a mi hijo todo el tiempo, una especie de encontronazo contra superficies oscuras, brillantes e impenetrables? Señaló al pájaro, me miró casi con timidez y volvió a soltar esa risita. Despedía un olorcillo mohoso y vagamente dulzón que me hizo pensar en sillas de ruedas y en esas muletas anticuadas de madera forradas de tela. Siempre le fascinaron los pájaros. Recordé que, años atrás, cuando era niño, recorrí con él un ventoso día de otoño los jardines de una mansión después de que pagáramos un chelín para visitarla. Había un pavo real en alguna parte, oíamos su grito inquietante y desolado por encima de los setos y los céspedes ornamentales. Van estaba fuera de sí e iba y venía agitado de aquí para allá con la cabeza levantada en ese ángulo peculiar que adoptaba cuando estaba nervioso, buscando qué podía estar haciendo esos ruidos tan extravagantes. Pero nunca encontramos al pavo y ahora el día regresó cargado con esa pequeña ausencia, esa ave maravillosa que no habíamos visto, y noté la punzada lejana y aguda como el propio grito del pájaro.

—¿Estás bien? —le pregunté. Esa luz densa y curiosa estaba en los árboles y se apretaba como una gasa contra los cristales de las ventanas—. ¿Eres feliz?

¿Qué otra cosa podía decir? Su única respuesta fue un gesto ceñudo, fugaz y confundido, como si lo que hubiera oído no fuese mi voz, sino solo un ruido familiar e incomprensible, otro de los chillidos y gorjeos que pueblan el aire de su mundo blanco. Nunca he podido convencerme de que su enfermedad no es culpa mía, de que, incluso antes de que naciera, no lo dañé de algún modo con mis expectativas, que mis grandes esperanzas hicieron que se refugiara en su interior hasta que fue demasiado tarde para que saliera y estuviese con nosotros. Y, me diga a mí mismo lo que me diga, tenía esperanzas. ¿De qué? ¿De salvarme a través de él, como si el hijo, su sola existencia, pudiese absorber y absolver los pecados del padre? Incluso ese nombre grandilocuente que insistí en echarle al cuello —¡Vanderveld, por el amor de Dios!, por la familia de mi madre—, incluso eso era un peso que debió de ayudar a hundirle. Cuando todavía era un crío nos imaginaba un día en un futuro lejano paseando por una calle veteada de luz en algún lugar del sur, él un hombre crecido y yo milagrosamente joven, los dos de blanco, mi mano posada en su hombro con ligereza y él sonriendo: padre e hijo. Pero mientras yo miraba hacia otra parte, soñando con ese u otro idilio igual de fatuo, el rey de los elfos se lo llevó.

De pronto, como si no hubiese ocurrido nada, el mirlo se puso en pie como con un resorte, flexionó las alas y alzó el vuelo deprisa en la luz blancuzca y algodonosa. Van soltó una especie de maullido decepcionado y apretó la cara contra el cristal alargando el cuello para ver al pájaro, y por un segundo, mientras estaba allí con la cara girada de ese modo, me pareció ver en él a mi madre. Dios mío, todos mis fantasmas se agolpan aquí.

Después de aquello, las cosas están borrosas y fragmentadas, como vistas a través de una neblina iridiscente de lágrimas. Deambulé de aquí para allá por la casa, con Van siguiéndome en silencio con esos delicados pasos de bailarín. Hurgué en los dormitorios e incluso miré en los cajones y en los armarios, pero en vano: no saqué ninguna impresión. Todo se deshacía ante mí como humo. ¿Qué estaba buscando, al fin y al cabo? ¿A mí mismo, el rastro seco de mis huellas? No las encontraría allí. Recogí un poco de ropa y bajé del altillo del armario una vieja maleta de cartón para guardarla. Los cierres se abrieron con un ruido como el disparo de una pistola, abrí la tapa y noté un olor de algo que estuve a punto de reconocer, una hierba o madera aromática, un insípido suspiro del pasado. Cuando miré hacia atrás, Van había desaparecido y había dejado

solo un tenue estremecimiento en el aire. Me vi a mí mismo, arrodillado en el suelo con la maleta abierta delante, como un violador acurrucado sobre su víctima abierta de piernas, y metí las últimas camisas, cerré la tapa, me levanté y bajé a toda prisa las escaleras. En la cocina, la puerta trasera con el cristal roto seguía abierta; tenía un aire insolente e insinuante, como un tipo duro apoyado con el codo contra la pared que me mirara entre desdeñoso y divertido. Salí a hurtadillas, aferrado a mi maleta y ruborizado con una vergüenza inexplicable. Nunca, jamás, volveré allí. Lo he perdido; lo he perdido para siempre. Al emerger por el hueco en el seto me sentí como si saliera de algo, como si hubiese dejado atrás una parte de mi vida, enganchada en los espinos como un abrigo viejo, y experimenté un espasmo de pesar cegador; fue tan puro, tan punzante, que por un momento lo confundí con algo placentero; fluyó a través de mí, un suero hirviente y me dejó casi santificado, un santo pecador.

Me sorprendió encontrar a Billy esperándome aún. Después de todo lo sucedido, pensé que se habría ido, atrapado por el torbellino, igual que las demás cosas que parecía haber perdido ese día. Había alguien inclinado hacia la ventanilla, hablando con él, un hombre delgado de pelo negro que, al verme llegar, se irguió y desapareció en una curva del camino, andando a toda prisa de una manera extrañamente cómica e irreverente, con un brazo colgando, la otra mano hundida en el bolsillo de la chaqueta y la pernera del pantalón aleteando.

El aire en la furgoneta estaba cargado de humo de cigarrillo.

—¿Quién era ese? —pregunté.

Billy se encogió de hombros y no me miró.

—Un tipo —dijo.

Tiró la colilla por la ventanilla, arrancó el motor y nos pusimos en camino. Cuando doblamos la curva no había ni rastro del hombre de pelo negro.

—¿Has visto a la familia? —preguntó Billy.

—Ya te lo he dicho —respondí—. No tengo familia. Una vez tuve un hijo, pero murió.

Pienso en ese viaje al sur como en una especie de viaje épico y en mí como un Ulises, ahora sin patria, partiendo una vez más, la última, de Ítaca. Cuanto más nos alejábamos, más ligero me sentía, más insustancial, como si estuviese arrojando lastre a medida que avanzábamos. La furgoneta no hacía más que estropearse, y Billy, negando con la cabeza entre triste y divertido, se apeaba y golpeaba alguna cosa debajo del capó mientras yo me inclinaba y apretaba los pedales cuando me lo pedía a gritos. Era raro estar allí sentado en esa quietud imprevista en mitad de la nada. El campo tenía un aire sorprendido y desaprobador, como si con esas paradas inoportunas estuviésemos violando una norma general del decoro; un profundo silencio se cernía sobre los campos y los árboles se agitaban inquietos, con el frufrú de sus sedas, en el aire suave y barnizado. Este mundo encantador, y nosotros la única mancha en el paisaje. Nosotros, ¿o solo yo? A veces tengo la impresión de que el mundo se aparta de mí, como del roce de alguna cosa fría, inquietante y pegajosa. Recuerdo un día de niño que entré con mi madre en un hotel de la ciudad, uno de esos sitios destartalados y majestuosos que ya han desaparecido, y me detuve en el umbral del salón cuando todo el mundo que estaba allí tomando el té se quedó de pronto en silencio. Fue solo una coincidencia, claro, lo único que ocurrió fue que todo el mundo dejó de hablar al mismo tiempo, pero yo me convencí de que ese espantoso silencio era por mi causa, que de algún modo había infectado el aire y dejado muda a aquella gente, y seguí allí acalorado de vergüenza y terror mientras las matronas corpulentas seguían inmóviles con las teteras levantadas y los viejos reumáticos miraban a su alrededor sorprendidos y parpadeantes, hasta que, un momento después, todo volvió a empezar poco a poco, y mi madre me cogió de la mano y tiró de mí con impaciencia, y yo fui obediente detrás de ella, tropezando con todo ese ruido y esa luz.

Estaba cayendo un crepúsculo temprano cuando llegamos a Coldharbour, un pueblecito aferrado a una península rocosa que daba al Atlántico. Las casas brillaban blancas en la luz tenue y el humo se alzaba de las chimeneas azul mejillón contra el azul más pálido de la noche, y, más allá del malecón del puerto, el mar se agitaba como un montón de grandes cajas metálicas vacías flotando y chocando entre sí. Me pareció oír música de acordeón y oler a arenques ahumados. Billy aparcó a la puerta de una enorme taberna que parecía un rancho y entramos a tomar un trago. Nos sentamos delante de un fuego de turba en una sala baja con vigas falsas y paredes amarilleadas por el humo y escuchamos la radio que murmuraba para sus adentros. Arreos de caballos, hiedra de plástico, un pez disecado y sorprendido en una vitrina de cristal. Éramos los únicos clientes. El tabernero era un hombre torpe y corpulento; se quedó detrás de la barra secando pensativo un vaso de cerveza, con el ceño fruncido como si intentara recordar en vano algo muy importante. Vete a saber qué pensaría de nosotros. Parecía un tipo decente. (Cuidado: es probable que haya veces en las que yo mismo parezco un tipo decente.) Su hija, una niña flacucha de rostro enjuto y con las uñas mordidas, que había heredado sus ojos, bajó del piso de

arriba, todavía con el uniforme verde del colegio, y anunció que su madre había dicho que la ayudara con las sumas. Mientras él murmuraba encima del cuaderno, con la gruesa punta de la lengua asomando por la comisura del labio, ella se inclinó sobre la barra y tarareó quejosa una cancioncilla fingiendo no mirar hacia nosotros. El tabernero le mostró las sumas resueltas y le habló en voz baja, tomándole el pelo, y ella dijo: «¡Oh, papá!», suspirando, alzando la mirada y poniendo caras sacadas del Greco. Billy y yo nos inclinamos sobre nuestro grog, y los observamos con disimulo, con la nariz apretada contra la ventana brevemente iluminada de todo lo que habíamos perdido, y Billy, inducido, supongo, por algo en el ejemplo de esta pequeña escena familiar, se lanzó de pronto a una confesión titubeante, con la cabeza baja y hablando con voz monótona y entrecortada. No tenía novia, dijo. Se lo había inventado todo, la peluquería, los planes de boda, todo. Tampoco tenía trabajo, ni ningún cuñado dudoso dedicado al transporte de mercancías; llevaba viviendo del paro desde que salió. Incluso lo de su madre era inventado: no estaba en casa, esperándole para cenar, sino muriéndose en el hospital con el hígado podrido. Y ahora su agente de la condicional la tomaría con él por marcharse de la ciudad sin avisarle.

Guardamos silencio un buen rato, como escuchando la reverberación después de un inmenso choque, y luego me oí diciendo en voz baja:

—¿De dónde has sacado la ginebra?

Ya sé que no fue la respuesta adecuada, pero fue un momento raro. Billy se encogió de hombros.

—La robé —dijo.

—Ah. Entiendo.

Nada de esto me sorprendió —creo que en el fondo supe siempre que todo era una fantasía— y desde luego no lo desaprobé: al fin y al cabo, ¿por qué no iba a construirse una vida? No obstante, admito que me enfadé, no porque me hubiera mentido, sino, al contrario, porque se había arrepentido y lo había reconocido, maldita sea. ¿Acaso yo le había pedido que fuese sincero? No. En mi opinión, eso que llamamos la verdad está muy sobrevalorado. Lo malo es que está cerrada: cuando dices la verdad, se acabó; las mentiras, por su parte, se ramifican en toda suerte de direcciones inesperadas, complicando las cosas, anudándolas en sí mismas, espesando la textura de la vida. La mentira hace más interesante un mundo aburrido. Mentir es crear. Además, las mentirijillas son más divertidas y los mentirosos, no me cabe duda, viven más tiempo. Sí, sí, soy un entusiasta defensor de las trolas. Pero ahora al puñetero Billy le habían salido los escrúpulos y ¿qué demonios íbamos a hacer? Algunas cosas no tienen marcha atrás. Nos quedamos un rato mirando solemnes el fuego, abismados en otro horrible silencio, la hija del tabernero volvió al piso de arriba, el tabernero continuó limpiando los vasos, y entonces —¡ay, Dios mío, fue horrible!— Billy se echó a llorar. En todos los años que habíamos pasado juntos en el trullo jamás lo había visto verter una lágrima, ni siquiera en sus peores días. Y ni siquiera era un llanto de verdad, no gimoteó ni sollozó, como yo habría hecho, sino que se quedó ahí con la cabeza gacha, con las lágrimas brotándole de los ojos y los hombros estremecidos. ¡Qué vergüenza! Cuánto agradecí que el local estuviera vacío. Miré al tabernero, pero vi que había tenido cuidado de volverse hacia el otro lado, con los labios fruncidos, silbando sin ruido. No imagino qué pensaría que éramos ni qué estaba sucediendo. Yo había pensado que quien lloraría ese día sería yo. Le toqué el hombro a Billy, no tanto para consolarlo, me temo, como para darle a entender que pensaba que había llegado la hora de que se dominase, pero enseguida aparté la mano, pues el roce de esa carne cálida y temblorosa trajo ecos turbadores de antiguas intimidades: entre rejas, Eros encuentra sus consuelos donde puede. Acabé mi bebida, me puse

en pie al tiempo que me aclaraba la garganta, y dije, todavía con esa voz neutra que apenas reconocía como mía, que tenía que salir un minuto. Billy asintió sin mirarme, y yo me fui casi de puntillas, un capitán Oates cobarde, pasé por los baños y, a través de un patio, salí a un callejón detrás de la taberna y me quedé un rato en la oscuridad marina con los ojos cerrados, respirando profundamente el hedor de otra sucia y pequeña traición.

Saqué mi maleta de la furgoneta y me fui camino del puerto. Era noche cerrada y lo único que tenía para guiarme era el brillo de las estrellas en los adoquines y alguna farola ocasional que se estremecía al viento. Era como si fuese a alguna parte. Mis pasos siguieron su propio camino, por una calle en pendiente y a lo largo del rompeolas hasta el muelle. Unos cuantos barcos borrosos estaban fondeados en el agua agitada y la jarcia repiqueteaba contra el mástil. ¿He aludido a Mi Búsqueda de Dios? Todos los presos emprenden esa búsqueda antes o después; he visto a los reclusos más endurecidos, tipos que te rebanarían el cuello antes de que tuvieras tiempo de pestañear, arrodillarse humildes como niños pequeños al lado de su litera antes de que apagaran las luces, con los dedos entrelazados, los ojos cerrados y los labios moviéndose en callada comunión con el Señor. Me alegra decir que me las arreglé para resistir un tiempo que me parece bastante notable. En realidad, nunca había pensado en la religión y todo eso; este mundo siempre había estado lo bastante lleno de misterio para mí sin necesidad de inventar un improbable más allá (el adjetivo es redundante, lo sé). Es cierto que tenía, y aún tengo, de vez en cuando, una especie de fe en una fuerza general, una fuerza maléfica suprema que actúa detrás del aparente caos y de la contingencia del mundo. Hay veces, de hecho, en las que incluso abrigo la idea de una deidad personal, un Dios sacado de los libros antiguos, El Que Ríe, el *deus ridens*. Cuando era un joven tierno e impresionable recuerdo haber leído en un libro la historia del pueblo xhosa de la Provincia Cabo Oriental. ¿Han oído hablar de los xhosa? Eran una raza orgullosa y sofisticada, y también grandes guerreros, sin embargo, llevaban un tiempo perdiendo inexplicablemente una batalla tras otra contra los ejércitos de los colonos blancos. Una y otra vez, habían cargado con total confianza a través del *veldt* contra las balas y las bayonetas de esos pigmeos del color de las gachas con sus casacas escarlatas y en todas las ocasiones habían sido rechazados con enormes pérdidas. Entonces un día, en una visión, la voz de los antepasados ordenó a una joven llamada Nongqawuse que informara a su pueblo de que debían sacrificar todo su ganado y renunciar a cualquier forma de agricultura; después de estos sacrificios, los muertos volverían a la vida y llevarían con ellos enormes rebaños e incontables reservas de trigo, para formar un ejército fantasmal e invisible que empujaría a los blancos al mar. Los ancianos de la tribu conferenciaron y decidieron que les convenía hacer lo que se les pedía; incluso el sabio rey Sandili (ya lo ven, hasta recuerdo los nombres), que se había mostrado escéptico al principio, acabó declarando que creía en el Pueblo Nuevo. Sacrificaron el ganado, dejaron que los campos se agostaran y se pusieron a esperar confiados la llegada del día de los días, que, por supuesto, llegó y pasó sin que apareciera un solo guerrero fantasma. No ocurrió nada. El sol no se detuvo en el cielo, ningún rebaño salió del polvo, ni un solo grano de trigo apareció en los cestos vacíos. Solo en ese año de 1857 murieron de hambre setenta mil xhosa. Recuerdo con claridad que solté el libro y me quedé con la mirada perdida, con la luz enloquecida del converso brillando un momento en mis ojos, y que pensé: ¡Sí, sí, si pasan estas cosas, debe de haber un Dios! Y lo imaginé como un viejo de barba rubia y enmarañada y nariz de bebedor, reclinado sobre una nube lanosa, con la barbilla apoyada en el puño y riéndose para sus adentros, mientras ese pueblo orgulloso avanzaba en un solemne ritual hacia los campos, sacrificaba el ganado y quemaba las cosechas. Es probable que, cuando llegara la hambruna, Él se hubiese desinteresado ya, hubiese

vuelto su atención hacia otro sitio totalmente distinto, dejando que los xhosa murieran solos, mudos y acurrucados en la sabana agostada por el sol. Con el tiempo, claro, perdí la fe en este Dios bromista, y preferí creer en la Gran Nada, que, cuando se para uno a pensarlo, es en sí misma una especie de fuerza. No obstante, llegó un momento, una espantosa noche en la cárcel, en la que me sentí tan lejos de todo, tan perdido y angustiado, que acabé implorando, alargando los brazos como un bebé abandonado en su cuna fría, que alguien o algo me consolara y me salvase de esos horrores. No había nadie, claro, o no para mí, en todo caso. Fue como despertar en la oscuridad en el campo de batalla entre los gritos y el humo de cañón y buscar a tientas un miembro cercenado. Nunca había conocido una negrura tan vasta y profunda como la que mi alma encontró esa noche. Aun así, casi tan malo como ese vacío, no obstante, fue el hecho de la necesidad misma, ese miembro sangrante que no me atrevía a tocar. Y ahora, allí en el muelle, bajo el viento nocturno, sentí que me oprimía el peso de otra vasta oscuridad y otra necesidad insaciable, de qué, no pude precisarlo. Volví a mirar el pueblo; qué distante parecía, qué lejanas sus lucecitas, como si me hubiese embarcado ya y hubiera emprendido la travesía. Se me ocurrió que había llegado al final de alguna parte, que este largo día que se acercaba a su fin era el último que conocería. Y luego ¿qué? Las voces me hablaron en el viento, las voces muertas. Me quedé sobre el agua negra y agitada e imaginé cómo sería, el salto torpe, la zambullida y el silencio súbito e hinchado conforme me hundiera. Por la mañana encontrarían mi maleta en el muelle, única e incongruente, una extraña premonición de mi lápida. Es raro: nunca consideré en serio poner fin a mi vida, ni siquiera en la cárcel, donde regularmente aparecían tipos colgando de las tuberías de la celda con cuerdas hechas de sábanas anudadas. Pero ¿qué tenía que perder ahora que no hubiera perdido ya, menos la vida, y qué valor tenía para mí? La cobardía, claro, el puro canguelo, era la fuerza que me impediría hundirme, aunque hay veces que incluso la cobardía debe ceder y cede ante fuerzas mayores e irresistibles. No obstante, sabía que no lo haría; ni siquiera por un momento pensé que pudiera. ¿Sería que en cierto modo ya estaba muerto, o acaso estaba esperando un nuevo arrebato de vida y esperanza? ¡Vida! ¡Esperanza! Y aun así, debió de ser algo similar lo que me empujó a seguir adelante. Un negocio sin cerrar, una deuda impagada; sí, eso también, claro, claro, todos lo sabemos. Pero aparte había algo más, no sabía qué. Tenía la sensación de que fuese lo que fuese, ¡lo que es!, debe de ser sencillo, pero tan inmenso que no puedo verlo, tan inmenso como el aire: ese secreto del que participa todo el mundo menos yo. Cuando vuelvo la vista atrás todo parece inevitable, como si por debajo de todo hubiese en realidad una estructura secreta, sujeta en su sitio por una fuerza desconocida e incognoscible. Hasta el más mínimo de mis actos había sido un grano de arena en el flujo de las cosas que se añadiría al momento en que dejara de preocuparme, cuando, con un gran ¡tachán!, abriera la puerta de la jaula y dejara salir a la bestia. Ahora estoy condenado a sentarme aquí en la paja sucia y tamizar los huesos una y otra vez. ¡El eterno retorno! Eso es lo que comprendí esa noche de pie en la oscuridad en el extremo del muelle sobre el mar seductor y agitado: que para mí no habría fin; mi condena acababa de empezar. Pero esta vez me habían sentenciado a la libertad. ¡La libertad! ¡Menuda idea! La palabra misma me producía escalofríos. La libertad, informe e inabarcable, sí, esa era la verdadera naturaleza de mi sentencia. Durante diez espantosos años había anhelado ser libre, había comido, dormido, bebido pensando en eso, había yacido en mi litera de noche, con el corazón acelerado y los ojos fuera de las órbitas, jadeando como un onanista decrépito a la espera del momento fantástico en que se abrirían las puertas y me soltarían, y ahora había llegado y la idea me aterraba. Soy libre, me dije, pero ¿qué significa eso? Esta libertad sin propósito es una carga para mí. ¿Olvidar, pues, el pasado, abandonar toda

esperanza de recuperar mis otras identidades, olvidarme sin más, dejar que caigan en el olvido? Y luego convertirme en algo nuevo, en un ser vacilante y pegajoso con ojos compuestos y alas húmedas, una estupefacción surgiendo en el mundo, esforzándose ebria por volar. ¿Era eso, debía imaginar que cobraba existencia antes de enfrentarme a la tarea más difícil de evocar otra? Cerré los ojos. Mi pobre cerebro parecía a punto de estallar. No sabía qué hacer, si seguir adelante, volver atrás o quedarme allí para siempre. Luego di media vuelta y desanduve los pasos hasta el pueblo, arrastrando los pies, confundido como siempre, perdido y solo.

Estatuas. Estoy pensando en estatuas. Siempre he visto algo inquietante en esas figuras repentinas y congeladas, en el modo en que permanecen tan inmóviles entre las hojas estremecidas, o al final de una avenida, observando algo que no somos nosotros, que está más allá de nosotros, algún espectáculo paralizado e interminable que solo ellas pueden ver. Para ellas el tiempo se mueve tan lento como las montañas. Recuerdo, por ejemplo, los estudios matutinos del gran fotógrafo antiguo Père Atget en Versalles y Saint-Cloud, de Venus mojadas por la lluvia y faunos rientes, Vertumno quitándose la máscara invernal, esa Diana extasiada con el arco asomando entre los arbustos hacia la luz al lado del estanque inmóvil; qué vívidas y equilibradas hace que parezcan con su lente, tan inmanentes y plenas de intención, esas criaturas impetuosas y blanqueadas, tensas como si fuesen a bajar de un salto de sus pedestales y a marcharse a grandes zancadas, arrastrando nubes de polvo a su espalda. Diderot desarrolló una teoría de la ética basada en la idea de la estatua: si éramos buenos, dijo, debíamos convertirnos en escultores del yo. La virtud para nosotros no es connatural; la conseguimos, si es que llegamos a conseguirla, mediante una especie de esfuerzo artístico, tallando y moldeando el material del que estamos hechos, la intransigente piedra del ser, y erigimos en nuestra imaginación y en la de los demás una efigie idealizada de nosotros mismos y vivimos como mejor podemos según su ejemplo sublime. Me gusta esta idea. Tiene un no sé qué de trágico y de majestuoso, y también una alegría esencial. El propio Diderot sentía una gran reverencia por las estatuas; pensaba que en cierto sentido estaban vivas: seres extraños, solitarios, ejemplares, distantes, cerrados en sí mismos y a la vez deseando, a su manera muda e impotente, entrar en nuestro mundo, reír o llorar, conocer la felicidad y el dolor, ser mortales como nosotros. «Esas estatuas tan bellas —escribió en una carta a su amante Sophie Volland— ocultas en los lugares más remotos, lejos unas de otras, estatuas que me llaman, que busco, o que encuentro, que me detienen y con las que tengo largas conversaciones…» Me gusta imaginar a ese alegre *philosophe*, en Saint-Cloud, en Marly o en el gran parque de Sceaux, charlando con los querubines de un jarrón tallado o explicando a un Pigmalión de piedra la hegemonía de los sentidos.

¿Qué estatua de mí mismo erigí hace tiempo, me gustaría saber? Debió de ser una gárgola.

Una anécdota. Un tipo a quien conocí en España en una vida anterior, pintor, no muy bueno, consiguió un encargo para pintar un retrato de un prohombre del pueblo donde los dos nos ganábamos la vida en la época. Mi amigo iba a casa del viejo por las mañanas y trabajaba una hora en el lienzo mientras todavía hacía fresco; no sabía mucho español y de todos modos por aquellos pagos hablan un dialecto incomprensible, así que la conversación se reducía al mínimo. Durante mucho tiempo, el trabajo no fue bien. Era muy difícil conseguir un parecido. El alcalde, creo que era el alcalde, un campesino viejo y feo, con las manos enormes y la frente simiesca, se sentaba muy envarado con su mejor traje azul en una habitación blanca, con la mirada fija al

frente y aspecto atormentado, como si, decía mi amigo, estuviera en la consulta del oncólogo esperando para oír lo peor. Algunos modelos, explicaba mi amigo, sencillamente no parecen ellos mismos; la timidez, la vergüenza, algo les impulsa a ponerse una máscara y a ocultarse tras ella; se parecerán a sus madres, a sus hermanos, incluso a totales desconocidos, pero no a sí mismos. Con modelos así, el pintor debe ir poco a poco, tomarse su tiempo, esperar a que se relajen y se olviden de sí mismos lo suficiente para ser ellos mismos. El alcalde era así. Se quedaba allí sentado como un macaco de Berbería, impávido, sin rasgos, replegado sobre sí mismo. Hasta que una mañana mi amigo llegó y lo encontró transformado; no era que estuviese más animado que otras veces, pero por fin, de pronto, su rostro se había vuelto franco, se había quitado la máscara, su personaje —violento, rapaz, temible, triste— era legible en cada arruga, lunar y patilla mal afeitada. En fin, en una hora acabó el retrato —y además, según mi amigo, le quedó muy bien—, pero el alcalde siguió allí sentado, mirando al frente con un aire pensativo y levemente confundido. Sabrán, claro, lo que había ocurrido, lo habrán visto venir, ¿no?: el viejo estaba muerto, había muerto de un infarto unos minutos antes de que llegara el pintor. ¿Lo ven, ven a qué me refiero? Sé fiel a ti mismo, dice la gente; bueno, me permití ese lujo solo una vez y ya ven lo que pasó. No, no, a mí denme la máscara, prefiero la falta de autenticidad y la mala fe, esas cosas que solo corroen el ser pero dejan el mundo intacto.

También estoy leyendo lo que escribió Diderot sobre los actores y la interpretación. Él sabía que parte de la vida es un papel que interpretamos. Concebía la vida como una forma de hipocresía necesaria, en la que cada cual interpretaba su papel y hacía de sí mismo. Es cierto. ¿Qué he sido toda la vida, sino un actor, aunque sea malo, demasiado metido en mi papel, no lo bastante distanciado, no suficientemente frío? Sí, sí, así es. ¿Creen que soy frío? No lo soy. Brusco, tal vez, indiferente ante las convenciones, demasiado aficionado a hacer chistes malos, pero no frío. Todo lo contrario: de hecho, sudo acalorado con mi jubón y mis calzas, esforzándome por no mirar las caras de detrás de las candilejas, los ojos deseosos de contemplar el desastre fijos en mí mientras tropiezo con los otros actores, balbuceo mis versos inverosímiles y hago que los demás se equivoquen en los momentos claves. Por eso nunca he aprendido a vivir como es debido con otras personas. La gente piensa que soy raro. Bueno, yo pienso que soy raro. No soy convincente, por algún motivo, ni siquiera para mí mismo. «Quien pretenda conmover a la multitud debe ser un actor que se encarne a sí mismo.» ¿Es eso, de verdad es eso? ¿Lo he entendido? Y yo que todo el tiempo pensaba que era a los demás a quienes debía imaginar para que cobraran vida. Bueno, bueno. (Actuar es ser, ensayar es llegar a ser: Felix *dixit*, o alguien como él.) Esto tiene el sabor de un gran descubrimiento. Estoy seguro de que debe de ser una ilusión.

¿Han reparado en cómo resuenan los gritos de las gaviotas en estas páginas con sus notas hambrientas y de súbita súplica? Es mi emblema; mi filigrana. A la mañana siguiente estaba por todas partes, un ruido agudo e incorpóreo en el aire blanco y en calma. El viento había amainado y había una especie de niebla tenue y luminosa. Volví a andar por el muelle, cargado con mi maleta, pero a la luz del día, con la escena convertida en la imagen positivada del dolorido negativo de la noche previa. El barco era una embarcación rechoncha con la chimenea oxidada y una bandera que colgaba flácida del cordaje. Cuando llegué estaba cargado ya de tomates, patatas fritas, balas de papel higiénico y misteriosas y complejas piezas de maquinaria, todas brillantes e inverosímilmente nuevas. El patrón, un hombre barrigudo con la cara colorada, fue a

la cabina del timón y bostezó. (Si fuese un visitante de otro planeta —aunque, ¿acaso no lo soy? —, creo que de todas las rarezas terrícolas el acto de la pandiculación es el que más me sorprendería y fascinaría, ese lento desperezarse y luego el aullido mudo y simiesco en el que se regodean con lánguido placer.) Había también un muchacho, un chico ágil de piernas arqueadas, pelirrojo y con dientes de caballo; hacía todo el trabajo, corría por la cubierta y maldecía con violencia para sus adentros mientras Bulkington, en la cabina del timón, lo observaba entre divertido, cariñoso y desdeñoso, echando un traguito de vez en cuando de la botella que tenía escondida en un estante debajo de la rueda. Por lo visto, el único pasajero era yo. En cuanto terminaron de estibar la carga, nos hicimos a la mar. Siempre siento una emoción infantil cuando sueltan la última amarra y el barco se aparta estremecido del muelle. Salimos al centro del puerto, viramos con elegancia y pasamos al lado del faro hacia mar abierto. Yo me quedé en la popa y vi cómo Coldharbour se convertía en una miniatura de sí mismo, erizado de mástiles, con sus chimeneas humeantes y las figuras minúsculas pululando por el muelle. Vi la camioneta de Billy, todavía aparcada delante de la taberna. Casi seguro habría dormido en ella, acurrucado en el asiento trasero con ese muelle suelto asomando y las rodillas apretadas contra el pecho. Yo, claro, había pasado las horas de oscuridad como siempre, colgando boca abajo de los aleros de la taberna envuelto en mis alas de cuero.

La mañana estaba extraordinariamente tranquila bajo un cielo puro y perlado. La costa se empequeñeció detrás de nosotros; al mirar hacia proa lo mismo podríamos haber estado a mil leguas de tierra. El mar se extendía a lo lejos vacío, excepto por un barco blanco en el horizonte, inmóvil, al parecer, altísimo e iluminado desde abajo, un barco fantasmal y reluciente. Me gusta el mar; lo temo, pero aun así me gusta, su rareza, su presencia indiferente; en todo ese espacio puedo olvidar por un tiempo quién y qué soy. Un par de delfines rompieron la superficie y nadaron con nosotros, cruzándose a proa y saltando en la espuma, como si simbolizaran algo, y de vez en cuando aves pardas de cuello largo aparecían de la nada, solas, volando bajo y recto a gran velocidad sobre el agua. El patrón se quedó en la cabina del timón y el muchacho se sentó en cubierta con un transistor pegado al oído, con la mirada perdida y moviéndose rítmicamente. Pronto el cielo despejó, se levantó un viento delicado y el agua se convirtió en zafiros astillados. Me tumbé y di una cabezada sobre una pila de lonas embreadas, acariciado por el ruido del mar y los fríos céfiros. Dormí un poco y soñé que estaba de vuelta en la cárcel y no podía entender por qué se balanceaba el suelo de mi celda; luego llegó un guardia con una gorra de marinero ladeada y me dijo que no me preocupara, que pronto me soltarían, y se rio con extravagancia, señalándome con el dedo a través de los barrotes.

Desperté con un sobresalto y me puse adormilado en pie, frotándome los ojos. Fue como si me hubiese quedado dormido en un mundo y hubiese despertado en otro. El aire parecía más fresco, el cielo más azul. El barco rozaba las olas, con todas las cuadernas tensas, ligero y ansioso como si en cualquier momento pudiera alzar el vuelo con un salto quejoso. Me sentí mareado; al mirar al horizonte me pareció que no era el bote sino el mar mismo lo que se balanceaba. A pesar de lo temprano de la hora, saqué la botella de ginebra y bebí un trago acerado directamente del gollete, fui a la barandilla de popa y vi la estela que se desplegaba detrás de nosotros. Sombras de nubes, veloces y de color azul ballena, rozaban la brillante superficie del mar. ¿Lo he dicho ya? De pronto volvió a mi memoria un día cuando era niño y fui en bicicleta por el campo hasta la costa con mi amigo Horse. Mi amigo; no tuve muchos, y los que tuve no me duraron demasiado, tampoco Horse. Pero ese día nuestra amistad estaba aún en la etapa trémula y solemne que a veces creo que es todo lo que he conocido de eso a lo que se refiere la gente cuando habla de

amor. Dejamos las bicis escondidas en una cuneta y nos abrimos paso por un espeso y oscuro bosquecillo y salimos al estuario del río y encontramos fondeada entre las cañas la barca que el padre de Horse tenía allí para ir a cazar patos. El padre de Horse era muy buen cazador, lo recuerdo, un hombretón de movimientos lentos y rostro bien afeitado, como será ahora Horse, supongo. Horse soltó la amarra y nos sacó de las cañas con una habilidad negligente que me llenó de envidia e hizo que me sintiera orgulloso de ser su amigo. Con qué ligereza, sin apenas un ruido, se deslizó la barca blanca por el agua, sin rozar en apariencia la superficie. Horse se plantó detrás de mí a popa y metió la espadilla en el agua con la vista fija en el horizonte lejano. No vimos un alma; podríamos haber estado solos en el mundo. Seguimos la orilla del río dos o tres kilómetros y de pronto el cielo y el mar se abrieron ante nosotros, cruzamos una ancha extensión y vimos una orilla baja y alargada de color caqui. Lo veo, lo veo todo, tan claro como el agua, la barca blanca, la orilla iluminada por el sol y a nosotros dos allí, Horse y yo. Debió de ser un sitio donde el agua del río se juntaba con el mar abierto, o tal vez tuviese algo que ver con las corrientes, o estuviera subiendo la marea —no entiendo de estas cosas—, pero por un minuto nos quedamos inmóviles en las aguas quietas en mitad de una calma dorada. La superficie bruñida del mar estaba alta, densa y lisa como el metal, y una ola pequeña y repetida jugaba como una nutria a lo largo de la orilla. El sol calentaba. No pasó nada. Nos quedamos allí ese minuto, en equilibrio entre el mar y el cielo, como suspendidos en el aire, no, en el aire no, sino en otro elemento ultraterreno, y me pareció que nunca había conocido semejante felicidad, y que no volvería a conocerla, aunque *felicidad* no es la palabra, ni mucho menos. Ahí es donde me gustaría vivir: en una franja olvidada de orilla arenosa, de espaldas a tierra, contemplando el océano ilimitado. Eso sería la libertad, observar en soledad el paso de los días, las estaciones, las mareas primaverales y las auroras otoñales, soportar el sol del verano y las tormentas de invierno. Pura existencia, pura existencia y nada más.

Ahora, convertido en un presunto adulto, me quedé no sé cuánto tiempo a popa, observando cómo las aguas blancas se tejían del revés a nuestro paso y las nubecillas que volaban en el cielo, y luego de pronto oí ese leve rugido que llegaba a través del agua, me volví, sobrecogido, y allí estaba, la isla, asomando delante de nosotros, con la colina salpicada de ovejas, los árboles diminutos y el camino estrecho que se alejaba entre curvas, como si acabaran de evocarlo el mar y las nubes. Entramos resoplando en el muelle desierto, pasamos unas rocas dentadas y de color chocolate como las que los maestros italianos gustaban de pintar detrás de sus madonas. El Pip pelirrojo había dejado su radio y estaba otra vez trabajando furiosamente con cabos y cabrestantes mientras el patrón en la cabina, vaciada la botella, manejaba el timón con gestos amplios y vacilantes. Eché otro trago de ginebra y miré a mi alrededor hacia el puerto y la colina mientras se colocaban, deslizándose como el decorado bien engrasado de un escenario, ante nuestro lento avance.

Amarramos. De pronto todo se quedó en silencio. El patrón salió de la timonera y escupió por la borda. El chico estaba ya en el muelle, atando la amarra a un bolardo. Cuando bajé detrás de él a tierra firme el mundo siguió moviéndose bajo mis pies. ¡Apolo hiperbóreo, recé, apresúrate a ayudarme! La furgoneta del señor Tighe llegó traqueteando por el muelle y se detuvo estremecida en el puerto donde el muchacho estaba descargando el barco desde la cubierta. Qué vívido y alegre le pareció todo a mi mirada teñida de ginebra: la colina de color verde ácido y el agua opalescente brillando bajo una luz color limón. Eché a andar ladera arriba y enseguida el señor Tighe me alcanzó con su furgoneta y se ofreció a llevarme, pero yo decliné entre grandes gestos de agradecimiento. Él asintió amistoso y siguió su camino con la furgoneta pedorreando

nubes de humo azul gasolina por el tubo de escape. ¿Deberíamos describirle ahora? No lo creo. El señor Tighe, y ese perro viejo que va y viene, y el caballo que creo haber oído pero nunca he visto: agujeros en el telón de fondo por donde centellea el cielo desnudo. Cuando volví la vista atrás desde la última curva de la carretera, el barco ya había vuelto a zarpar, y estaba virando más allá de la escollera como una oferta de indulto retirada sin más ceremonias. ¿Qué había hecho, yendo a ese lugar remoto? Pero ¡qué liviano me sentía, qué veloz, como si tuviera alas! Seguí andando y pronto vi la casa que se alzaba solitaria bajo la cresta cubierta de robles. Los espinos estaban en flor. Aquí está el puentecillo. Viento, brillo, nubes, las expectativas injustificadas pero incontenibles del corazón. He llegado.

Debí de parecer como sacado de un relato bíblico, mientras subía fatigosamente por el camino pedregoso con mi traje sucio, la maleta de cartón en la mano y el cuello de la chaqueta levantado para protegerme del viento. Tendría que haber ido de rodillas, claro, o mejor aún descalzo, con un báculo y un halcón, como el peregrino penitente que fingía ser. Todavía notaba el balanceo del mar, y de ese otro mar de ginebra que se agitaba en mi interior, y el terreno seguía alzándose bajo mis pies del modo más alarmante, como una alfombra flotando en el viento; cada vez que tropezaba, salían piedras volando y se me metía tierra en los zapatos. Me oía respirar a mí mismo. Siempre sé que estoy borracho cuando me oigo respirar; sonaba como si estuviese cargando con un hombretón gordo y jadeante a la espalda. Al llegar a la verja me detuve para recuperarme un poco, pero solo conseguí que me diera vueltas la cabeza; volví a ponerme en marcha muy serio, subiendo por el sendero hasta la puerta principal como un muñeco de madera, murmurando y resoplando, con la cabeza hacia atrás y balanceando el brazo que tenía libre. Di unos golpes con el aldabón, me volví y contemplé la escena alrededor, sacando pecho y con las ventanas de la nariz dilatadas, aspirando el aire.

Tuve que llamar una segunda y luego una tercera vez hasta que por fin llegó Licht. Abrió un poco la puerta, asomó su cara diminuta, miró molesto por detrás de mi hombro y movió la punta de la naricilla afilada. Le dije quién era, frunció los labios y sorbió por la nariz.

—¡Ah! Así que es usted —dijo. Pensé que iba a cerrar la puerta, pero, al cabo de un instante de hosca indecisión, se apartó refunfuñón a un lado y me invitó a pasar—. Soy Licht. El profesor me advirtió de su llegada.

Volvió a sorber por la nariz.

El vestíbulo era alto y estaba envuelto en sombras. Tuve una misteriosa sensación de reconocimiento: fue como si entrara en mí mismo, en la bóveda en sombras de mi propio cráneo.

—Está trabajando —dijo con truculencia Licht—. Hay una habitación lista para usted —eso pareció divertirle.

Cerró la puerta y toqueteó la cerradura. Yo esperé jadeando; notaba que un horrible gesto ebrio y lascivo iba y venía incontrolable por mi rostro. Me pareció estar flotando en alguna sustancia densa y pegajosa, un mar Muerto de la mente. Tuve una sensación de hilaridad vaga y violenta, y noté unos tirones y unos ruidos como si algo se hubiese soltado en mi interior y estuviera dando bandazos a un lado y a otro. Licht seguía sin mirarme directamente y observaba enfadado una mancha en el suelo con la boca fruncida, una mano temblándole en el bolsillo y la pierna moviéndose. Nunca quieto, nunca quieto. No supe qué decirle. En el fondo soy un alma tímida; sí, sí, lo soy, de veras. La gente como yo siempre lo es. Cuando oigo hablar en la radio de alguna lúgubre atrocidad —el cuerpo ensangrentado hallado en el bosque, el jubilado golpeado hasta la muerte en su cama, la suegra descuartizada, metida en una maleta y enviada a Dundee con el correo nocturno—, pienso enseguida no en la víctima, como sé que debería hacer, sino en

el otro, en el pobre tipo lívido, tembloroso y con caspa, con su chaleco y sus zapatos baratos, con las manos trémulas y los ojos alucinados, sorprendido allí, congelado bajo el foco, comprendiendo con una sensación de hueco en el estómago que ya nunca volverá a tener un momento de intimidad, ni un segundo que pueda llamar suyo, que le hurgarán y tantearán y le harán preguntas infinitas y luego lo sentarán en el banquillo para que todos lo miren boquiabiertos y luego lo enviarán de por vida —¡de por vida!— a ese panóptico donde ni siquiera podrá vaciar el intestino sin un público que lo mire. Así es como te pierdes, así es como te arrancan lo que creías que eras y te cuelgan de los pelos e invitan al mundo a rodearte, a señalarte con el dedo, a reírse y a intentar comprenderte. Y todo el tiempo, claro, sabes que te lo mereces, que te mereces eso y más.

—Tiene muy mal aspecto —dijo Licht complacido y sonrió y se mordió el labio—. ¿Se ha mareado?

—No, no —respondí—. Solo estoy un poco, un poco… cansado.

Subí tras él las escaleras. Los tramos superiores se volvieron cada vez más estrechos y nuestros pasos resonaron en los tablones sin moqueta. Mi cuarto era pequeño y estrecho, el suelo estaba inclinado y el papel de pared despegado. Comprendí qué le había hecho tanta gracia a Licht. Había una silla con el asiento de enea —una reliquia de Saint-Vincent—, un tocador de madera de pino y un armario ropero del tamaño de un ataúd. En el suelo, al lado de la cama, había una alfombra gastada azul y gris. (¿Cuántas más celdas habré de inventarme?) Uno de los cristales de la ventana estaba roto y alguien lo había arreglado metiendo un poco de cartón en el agujero. Las palomas habían entrado y había cagadas en el alféizar y por la pared, endurecidas hasta convertirse en un material blancuzco como el coral. La ventana enmarcaba una vista en tres cuartos de un verdor indistinguible y un fragmento del campo en pendiente. Dejé la maleta en el suelo y miré a mi alrededor. Noté un latido constante en mi cabeza, como si un engranaje delicadamente equilibrado hubiese cogido holgura.

Licht estuvo pululando en el umbral con la mano en el pomo, mirando el ropero con el ceño fruncido.

—Bueno —dijo—, es usted otro experto, ¿no?

—¿Experto? —pregunté agotado.

—En arte —frunció el labio al pronunciar la palabra.

—Oh, no —respondí—, no, nada de eso.

—Bien —dijo—. Con uno es suficiente.

Nos quedamos un momento sin decir nada, cada cual pensando en sus cosas. Noté un peso en el bolsillo y saqué la botella de ginebra medio vacía. Los dos la miramos sin entusiasmo.

—¿Cómo está el profesor? —pregunté.

Licht me miró con fijeza.

—Está bien —respondió—, ¿por qué?

No tenía respuesta para eso. Volvió a apartar la mirada y se mordisqueó la uña del dedo meñique.

—Así que ha estado usted en la cárcel —dijo con una risita, y luego recobró enseguida su hosca compostura—. ¿Cómo es?

—Un infierno —respondí—. Muy calurosa y abarrotada.

Asintió con la cabeza pensativo, sin dejar de morderse la uña. Podíamos haber estado hablando del tiempo.

—No me gustaría la cárcel —comentó.

—No —coincidí.

Desvió la mirada hacia el suelo y dejó que se posara cerca de mis pies.

—Debe de haber sido horrible, ¿no?

No dije nada. Él siguió esperando, con los ojos brillantes de ansia y malicia, esperando lo peor, supongo, algún grito lamentable o una espantosa confesión. El viento en la chimenea, las gaviotas, todo eso: la extrañeza de las cosas. La extrañeza de estar aquí; de estar en cualquier parte.

—¿Cuándo ha salido? —quiso saber.

—Ayer —dije, y pensé: ¡ayer!

Licht asintió con la cabeza.

—Le diré al profesor que está usted aquí —dijo—. Tomamos el té a las cinco.

Se demoró un instante más, luego murmuró algo para sus adentros y se marchó de pronto, cerrando la puerta con un leve portazo.

Me senté al borde de la cama con las manos en las rodillas, mirando el suelo entre mis pies y suspirando, en una especie de fatigoso y no del todo desagradable desánimo. Así debió de sentirse el hijo pródigo —tembloroso, aturdido, un poco vacío— mientras entraban con la pierna de ternera y el hermano furioso se apartaba mordiéndose los nudillos.

El profesor Kreutznaer no me acogió con los brazos abiertos. Lo primero que me llamó la atención de él fue lo convincente —lo auténtico— que parecía, al menos visto desde cierta distancia; comparado con él, tuve la impresión de ser un objeto hecho de harapos y humo que se movía de aquí para allá a merced de la brisa. Lo había visto una vez, muchos años atrás, en un mundo dorado ya desaparecido. Apenas había cambiado; no creo que haya sido nunca muy diferente de como es ahora. Veo versiones anteriores de él —joven, niño, bebé— una dentro de la otra, cada cual más pequeña que la anterior y sin embargo todas iguales, con la misma cabezota exangüe, la misma mirada turbia y el mismo aire de estar en cierto modo apartado del mundo. Es tranquilo, distante, taciturno, con un gesto imperioso, vago y desaliñado; es, o al menos fue, una leyenda en el mundo del arte, la principal autoridad en Vaublin, invitado frecuente en I Tatti en los buenos tiempos, coautor con el difunto asesor pictórico de la reina de aquella controvertida monografía sobre Poussin, asesor de las grandes galerías del mundo y valorado consejero de coleccionistas privados en todos los continentes. Se decía que un Thyssen o un Helmut Behrens no levantaban un dedo en la sala de subastas sin antes consultar a Kreutznaer. Pero cuando Licht me llevó por fin a su presencia y me dejó allí, lo primero que sentí fue ganas de reír. Sí, de reír, igual que quiero reír, por ejemplo, en la sala de conciertos cuando la orquesta se detiene y el virtuoso ante su piano, encorvado como un veterinario desquiciado ante los dientes desnudos de ese negro y enorme animal sonoro, levanta unas manos delicuescentes y se prepara para sumergirse en la cadencia. Enseguida me avergoncé de mí mismo, claro, convencido de que ese cosquilleo de ronca alegría debía de ser la prevención refleja del segundón ante el espectáculo de la excelencia, la carcajada del que apenas tiene educación en presencia del erudito. Pensé en un mono saltando entre las palmeras, señalando, chillando y arrojando excrementos divertido, mientras el célebre naturalista con sus pantalones cortos avanza por el sendero de la selva detrás de los porteadores, con la nariz metida en sus notas de campo. Siempre he sido igual. Incluso en lo que me gusta considerar hoy el renacimiento de mi vida; cuando mis intereses eran universales y todo era cuestión de

perspectiva, siempre me angustiaba estallar en carcajadas delante de este o aquel gran sabio y retratarme como la criatura superficial que soy. Pero a veces me consuelo pensando que, como alguien ha apuntado con razón, la superficialidad es insondable. ¿Acaso es de extrañar que me echara a perder?

Conque aquí estamos, en el cuarto de la torre, con el transparente cielo matutino a nuestro alrededor, él sentado en su silla de capitán y yo de pie humildemente ante él, intercambiando solemnidades e intentando poner gesto serio mientras, con el labio inferior hacia fuera, él volvía a leer mi carta de presentación de la administradora de la Colección Behrens. Yo aún estaba un poco borracho, pero notaba en la boca el sabor metálico y cálido de la inminente sobriedad y oía en la distancia el sordo tam-tam de un dolor de cabeza. Era como estar delante del juez… y al fin y al cabo yo debería saberlo mejor que nadie. De pronto, no obstante, y de manera totalmente inesperada, me invadió otra sensación, una especie de rubor ardiente, que tardé un momento en identificar. Era vergüenza. Digo la de verdad, la quemazón, la escaldadura, la sensación pura, gruesa y ardiente: vergüenza. ¿Saben lo que es sentirse así, encogerte y retorcerte por dentro como si te ardiera la carne? No todo el mundo tiene el privilegio de saber sin ninguna duda que es un canalla. (Hace falta más valor del que parece para llamarse a uno mismo por su nombre. No imaginan lo que cuesta hacerlo, se lo aseguro.) Quería humillarme ante él, echarme a sus pies con gritos e imprecaciones, llorando y dándome puñetazos, o abrazarme a sus rodillas, confesar a gritos mis pecados y pedir perdón. ¡Oh, estaba extasiado! Aun así, al final me limité a echar la cabeza hacia atrás y a tomar aliento, como un buceador al salir a la superficie, y le recordé con cierta ceremonia la ocasión en que nos habíamos visto, como si fuese la mitad rota del precioso amuleto que me identificaría como el hijo largo tiempo desaparecido del palacio, a pesar de mis llagas y mis harapos. Me pareció que se ponía rígido y volvió sus ojos delicados hacia mí con suspicacia.

—¿Nos habíamos visto ya? —dijo—. ¿Dónde?

—En Whitewater —respondí—. ¡Oh!, fue hace veinte años. Nos invitaron un fin de semana. Recuerdo que paseamos por la galería, me habló usted de Vaublin.

¡Otra vida! Las ventanas de la casa solariega estaban inundadas con la luz verdosa del verano y los cuadros de las paredes eran como altos portales que se abrían a otros mundos luminosamente poblados. Aquel día el profesor también vestía de negro; hasta donde yo sé, puede que fuese la misma ropa que llevaba en ese momento: la misma chaqueta raída de terciopelo, los pantalones tubulares y las botas tan viejas que parecían hechas de papel de seda. Recuerdo que con su corpachón, sus piernecillas y su cabezota redonda de color sebo me recordó a uno de esos alemanes vigorosos, a Hegel, tal vez, a alguien así, alguien solemne, pesado y vaga e inconscientemente ridículo. Me llamó la atención que se las arreglaba para parecer al mismo tiempo atento y abstraído. ¿De qué hablamos mientras paseábamos sobre los tablones pulimentados de esa alargada y alta galería, pasando entre las manchas de luz que se colaban por los inmensos ventanales? No lo recuerdo, aunque nos veo allí con toda claridad. El profesor, no obstante, se mostró muy escéptico.

—No, no —dijo con brusquedad—, me confunde con otra persona.

Insistí con amabilidad, decidido a establecer mi relación, por tenue que fuera, con los grandes días de Whitewater cuando Helmut Behrens aún vivía y yo no había perdido aún mi sitio en el reino de la luz. Debería haberme casado con su hija. Ahora sería el dueño, incluso tendría mi propio Vaublin. ¡Whitewater! Pienso en chicas con la permanente, con zapatillas de tenis pasadas de moda, faldas plisadas y pantalones de vestir —¿recuerdan los pantalones de vestir?— y en

céspedes tan verdes como solo pueden estarlo en la memoria, y en gin-tonics en la terraza y en todo el mundo fumando, y en ese aire de ociosidad generalizado y cotidiano recorrido de lánguidas lujurias. Cuando evoco esos días me siento como el viejo Adán deteniéndose en medio de un campo pedregoso, azadón en mano, atravesado por visiones paradisíacas de un pasado apenas creíble. Cuanto más insistía yo, con más firmeza negaba él que nos conociéramos, yo empujaba y él tiraba, ambos con los dientes apretados. Todo era muy raro e incómodo. Nos sumimos en un triste silencio y miramos un rato por las ventanas, él se puso a toquetear las cosas que tenía en el escritorio y yo me quedé detrás de él con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta; debíamos de parecer sacados de uno de los estudios más tristes de Munch. Una neblina llegada del mar había borrado las dunas lejanas y unas nubes de color humo de leña se amontonaban en el horizonte, y mientras mirábamos, dos gruesas columnas de sol color mantequilla avanzaron despacio sobre las olas lejanas e inmóviles; a veces incluso la Madre Naturaleza exagera sus efectos. El profesor carraspeó, resolló y frunció el ceño. Dejó la carta de Anna Behrens sobre el escritorio y se sentó pensativo, palpándose el labio inferior con el índice y el pulgar.

—Una colección magnífica —dijo.

—Sí, maravillosa, maravillosa —respondí, con lo que supongo que debió de parecer una zalamería horrible, insistente e insinuante—. Por ejemplo, ese Vaublin.

Me echó una rápida mirada de soslayo y se aclaró la garganta. ¿Qué había dicho yo? Su silla soltó un ahogado grito de protesta cuando se puso en pie. Anduvo despacio hasta la ventana y se quedó asomado e inmóvil, con las diminutas manos rollizas y exangües entrelazadas a su espalda y los dos pulgares regordetes dando vueltas uno alrededor del otro. Siempre lo veo así cuando pienso en él, apartándose de mí de esa manera tan disimulada, con un hombro grueso levantado y la cabezota redonda inclinada, como quien ve que le van a caer encima unas pedradas. Fuera la lluvia seguía brillando a través de la luz del sol.

—La señorita Behrens dice maravillas de usted —dijo, y me dedicó una especie de rictus suspicaz por encima del hombro.

—Es muy amable —respondí—. Hace mucho que nos conocemos.

—¡Ah! —aspiró por la nariz.

—Me gustaría haber visto *Le monde d'or*. Es la pieza central de la colección, como ya sabe.

Mi tono empezaba a adquirir un claro engolamiento; empezaba a sonar como el educado ladrón de guante blanco de las películas antiguas, ¿dónde estaban mi pitillera de plata, mis zapatos de charol y mi fajín? El profesor volvió a aspirar aire por la nariz, más ruidosamente que antes.

—Por supuesto —continué—, ahora no iría a Whitewater. No sería muy… —no se me ocurrió ninguna palabra; el lenguaje no es lo bastante amplio para abarcar la idea de mi vuelta a… en fin, sí, a la escena del crimen—. Tampoco puedo volver a casa —dije y solté una risa suave y melancólica—. Me temo que he quemado mis naves.

No parecía estar escuchando, de pie, inmóvil ante la ventana, de espaldas a mí. Por fin se volvió y miró ceñudo y abstraído el suelo entre los dos.

—Hay mucho que hacer —dijo—. Papeles, notas… —hizo un ademán hacia el desorden de su escritorio—. Trabajo de secretario, en realidad. Licht hace lo que puede, pero, claro… —se encogió de hombros.

—Entonces ¿puedo quedarme? —pregunté.

Sonó como un grito. Él se apartó como si algo grande y pesado se le hubiese echado encima.

—Sí —dijo, mientras volvía a encogerse de hombros, e intentaba librarse del abrazo agobiante de mi entusiasmo—, sí, supongo que usted… Supongo que…

Le di las gracias. Tenía la voz atragantada por las lágrimas no vertidas; si las hubiese dejado brotar, habrían salido con veinte grados de alcohol. Al notar la oleada inagotable de mi gratitud, parpadeó, me dedicó una de sus miradas lentas y consternadas y se apartó de mí incómodo. Deben comprenderlo, este fue un momento tenso para mí, el inicio de mi vuelta del desierto al lugar de la humanidad. Había ido dispuesto a postrarme ante él y aquí estaba, todavía de pie. Imaginen mi alegría, aunque estuviese adornada, lo confieso, por el triunfo secreto del actor al hacer que el teatro entero rompa a llorar (lo he dicho antes y lo repito ahora, conmigo los escenarios han perdido a una estrella). Bajé las escaleras, me encerré en el cuarto de baño del rellano, me senté en la taza del váter y contemplé el espacio que tenía entre las rodillas, balanceándome un poco y tarareando para mis adentros, perdido en una introspección eufórica y borrosa, saqué mi chupete ancho de hombros y eché otro trago de ginebra. Me goteaba la nariz. Ahí estaba, apenas hacía un día que había salido de la cárcel y ya había aparecido entre las nubes una mano para alzarme a alturas celestiales. ¿Por qué entonces, detrás de la euforia, tenía la impresión de que me estaban endosando alguna cosa? ¿Había, me pregunté, un poco de mugre en las uñas de esa mano tendida? ¡Oh!, no esa sustancia negra y grasienta manchada con sangre y pelos que se ha quedado para siempre debajo de mis uñas rotas, solo la mugre normal y corriente, la que acumulan las personas de forma natural al clavar las garras para abrirse paso en este sucio mundo. ¿Me elevaría el profesor fuera de mí mismo, o sería yo quien le ayudara a descender?

Así había aterrizado por fin en lo que supongo que podría llamar el destino de mi viaje. Tenía una sensación de liviandad, una sensación flotante que me pareció reconocer; siempre me siento así cuando llego por primera vez a un sitio nuevo, como si una parte de mí se retrasara con respecto a la llegada física y se quedara atrás en el océano o en el aire, aturdida por la velocidad y el cambio. Así debió de sentirse el ángel cuando fue a ver a María, tembloroso sobre una rodilla con las alas todavía extendidas en este otro azul celeste más denso, balbuciendo su asombroso mensaje. Pero ¿qué anunciación llevaba yo, qué encarnación grotesca proclamaba? ¿Qué palabra? ¿Qué carne?

Tomamos el té en la cocina, el profesor miró su plato con el ceño fruncido y Licht se dedicó a escrutarme y a murmurar para sus adentros. Me sentí como el intruso que era. Intruso: qué palabra tan apropiada: como si me hubiese colado silenciosamente entre ellos. Tuve la extraña sensación de estar atrapado en una especie de danza arcaica, sonriendo, haciendo muecas y articulando excusas con los labios mientras ellos ejecutaban los pasos de su antiguo minué, con los ojos fijos en otra parte, y arrastraban los pies pesados como el plomo.

Licht no pudo contenerse.

—¿Por qué no abrimos un hostal? —dijo por fin en voz alta y temblorosa.

La habitación se estremeció. El profesor adoptó una expresión insulsa y no levantó la vista, y Licht, pálido y furioso, contempló a través de la mesa su calva ancha e inclinada.

—¿Por qué no convertimos este sitio en un hospicio? —exclamó—. Podríamos acoger a todos los quincalleros y borrachos que pasaran por aquí.

Siguió un largo y pesado silencio. Licht se sentó y miró hacia delante con una fijeza lívida, con el cuchillo y el tenedor apretados en los puños, los nudillos blancos y una pierna moviéndose debajo de la mesa como si impulsara una máquina de coser y haciendo que temblaran las vinagreras.

—¿Qué tal la travesía? —me preguntó por fin el profesor, en tono cortés y resonante.

Los efectos de la ginebra estaban pasando y había empezado el leve zumbido de la resaca. Tenía los ojos como si me los hubieran tostado y mi aliento era como las vaharadas que salen de un horno.

—Hay más ocupaciones —gritó Licht—. Cocinar, por ejemplo. ¿Es que se supone que debo hacerlo yo? Porque no pienso —golpeó despacio el puño contra la mesa; había lágrimas en sus ojos, grandes lágrimas brillantes en el borde de los párpados—. ¡Nunca me cuenta nada! —exclamó—. ¡Nunca me pregunta!

El profesor Kreutznaer fijó la vista en una mancha en el mantel al lado del plato y suspiró.

Me sumí en una contemplación tranquila, como hago a veces en momentos embarazosos como estos. Qué tímidamente se ofrecen las porciones azarosas del mundo: un fragmento del corral atisbado a través de la puerta por la noche, las nubes que se agolpan en la esquina de una ventana, como diciendo: ¡miradnos, tenemos significado!

El perro llegó contoneándose del corral (¡sí, sí…, el señor Tighe hará su aparición, cogido del brazo con la señorita Broaders, la empleada de la oficina de correos, y un caballo alado asomará la cabeza por encima de la puerta, y no quedará ningún misterio sin resolver). Licht recogió los platos y los puso en el suelo para que el animal terminara las sobras. Se llamaba Patch; para mí, todos los perros se llaman Patch. Tenía una conjuntivitis grave. Mientras tragaba y engullía, Licht le habló en voz alta y enfadada que quería que sonase como un reproche, acariciando su pelaje lacio y dándole unas palmaditas en el anca que levantaron una nube de polvo parduzco.

Otra prisión, pensé yo, los muros estaban hechos de aire, y el viejo yo en mi interior seguía en su celda blanca gruñendo hasta que lo liberaran.

—¡Buen perro! —dijo cordial Licht—. ¡Buen perro viejo!

Ese soy yo.

Por supuesto, con el tiempo nos acostumbramos unos a otros. Hasta Licht acabó aceptando, aunque no sin reticencia y resentimiento, mi invasión de su pequeño mundo. Qué trío tan extraño habríamos parecido en cualquier otro sitio; la isla, no obstante, con su larga tradición de endogamia y sus brotes recurrentes de luchas intestinas, estaba acostumbrada a arreglos peculiares y contingentes como el nuestro. Éramos como una familia de hermanos huérfanos y ancianos, con los resentimientos y rivalidades de la infancia calcificados en nuestro interior como piedras en la vesícula. Cuando me detengo a pensarlo, me sorprende el descaro con que me presenté aquí —no es propio de mí, de verdad que no—, pero lo cierto es que no tenía otro sitio adonde ir. La casa, el profesor, el libro sobre Vaublin, todo esto representaba para mí el último puesto en la frontera; más allá se hallaban las extensiones desiertas y abrasadoras donde ningún hombre ni monstruo podía sobrevivir.

Por fin también la propia casa se acomodó a su modo altanero a mi llegada, aunque aún había ocasiones en las que parecía estremecerse como la tela de una araña bajo el peso de mis pasos desacostumbrados. Sospecho que no eran los ruidos que yo hacía, sino más bien el desasosegante silencio de mi presencia, lo que resultaba más inquietante. Siempre me he movido con cautela,

tal vez demasiada, entre el mobiliario de las vidas ajenas, no por miedo a perturbar las cosas sino por un oscuro temor a que me atrapen, a que me sorprendan con las manos en la masa. A veces me parecía oír cómo se callaba todo de pronto sin ninguna razón en particular, escuchándome, y luego, claro, yo también me paraba y esperaba mientras contenía el aliento, esforzándome por oír no sabía qué, y así el silencio se extendía y se extendía hasta que no podía soportarlo más y se rompía por sí solo cuando un tablón crujía o el viento cerraba una puerta de un portazo. En momentos así, compadecía a los inquilinos nativos, que también se quedaban paralizados, Licht en la cocina y el profesor en su torre, esforzándose a su pesar por captar la nota discordante e imperceptible de mi presencia. Debía de ser como si un animal grande y silencioso se hubiese colado en la casa y estuviese escondido en alguna parte, en la oscuridad debajo de una cama, o detrás de una puerta entreabierta, respirando y esperando, en parte fiero y en parte asustado. Licht en concreto parece incapaz de pasarse sin escuchar lo que hago desde que me despierto por la mañana hasta que me arrastro de vuelta a mi cuarto en plena noche. Quiere hacerme preguntas, lo sé, pero no sabe formularlas. Es como un niño deseoso de aprender todos los secretos sucios y vibrantes del gran mundo. Oye removerse a la bestia, y huele la sangre.

Pobre Licht. Se diría que soy incapaz de pronunciar su nombre sin añadirle ese adjetivo. Siempre está ocupado; esa es su meta, estar ocupado, como si temiera la disolución, un derrumbe general e inmediato si detuviera por un instante sus pasos atropellados. Se aferra al principio de la perfectibilidad humana, y se aplica con entusiasmo a la superación personal. Pide que le envíen cosas que anuncian en los periódicos, útiles de cocina, botas de montaña, remedios patentados para esta o aquella deficiencia de la sangre o el cerebro; tiene libros y manuales sobre todo tipo de cosas: cómo construir un molino de viento o cultivar champiñones industrialmente, cómo dibujar y pintar, o trenzar mimbre; tiene pilas de folletos sobre apicultura, viticultura, contabilidad, todos con las primeras páginas manoseadas y el resto en estado prístino. Escribe cartas a los periódicos, hace quinielas, se pasa días haciendo crucigramas. Siempre ocupado, siempre en marcha, girando frenético en el torno de su celda. Tampoco descuida el exterior: por las mañanas y por las noches, indefectiblemente, se queda en calzoncillos y camiseta y pasa un cuarto de hora doblando las rodillas, flexionando los brazos y tocándose los dedos de los pies con la punta de las manos; a veces, al alzar la vista desde el huerto, lo entreveo en su cuarto dedicado a estos temblorosos ejercicios calisténicos, su rostro tenso sube y baja como un yoyó detrás del cristal en sombras como una luna lúgubre. Dice que quiere ponerse en forma… pero ¿en qué forma? Sospecho que, al igual que yo, está convencido de que tiene que hacer grandes ajustes antes de considerar que ha alcanzado la etapa de ser totalmente humano.

Todos tenemos nuestras ceremonias. Por ejemplo, está el baño nocturno del profesor, que tiene el boato solemne de un baño real. Lo oigo en el cavernoso cuarto de baño que hay en el segundo rellano, frotando y chapoteando con fuerza; luego todo queda un rato en silencio excepto por algún que otro esfuerzo acuático o por la súbita y resonante salpicadura de una gota que cae de la barbilla o de un codo levantado. Lo imagino sentado en la bañera como una enorme rana moteada, sentado sin más, con el vapor alzándose a su alrededor, muy quieto, arrugado por el agua, sin apenas respirar, con los párpados cayendo de golpe de vez en cuando sobre esos abultados ojillos negros y volviendo a levantarse con idéntica brusquedad. Luego descubro su rastro húmedo en las escaleras, huellas como dos mancuernas oscuras a la luz de la luna, cómicas y siniestras al mismo tiempo, trazando su curvo camino ascendente hacia el misterioso refugio de su dormitorio.

Es raro, ahora que me paro a pensarlo, cuántos rituales de la casa necesitan agua; somos una

pequeña Venecia. Hay que regar las plantas, poner el hervidor al fuego para las incontables teteras que requiere la casa, lavar los platos, hacer la colada. Yo lavo nuestra ropa, la de la chica y la mía, en una vieja bañera metálica que hay en el fregadero; hay una anticuada lavadora que podría utilizar, pero, como todos los presidiarios, tengo mis costumbres. Antes ponía a secar la colada en la ventana de mi cuarto, hasta que Licht se quejó («Esto no es una casa de vecinos») y tendí una cuerda en un rincón del huerto. Pero Licht siguió sin estar contento: supongo que le molesta ver mis camisas aleteando alrededor de la combinación de la chica. Confieso que extraigo un vago placer de molestarle; está mal por mi parte, lo sé, pero en cierto modo él invita a la crueldad. Me trata con paternalismo, pues ve en mis ruinas un aliciente para reinar sobre ellas. A mí me da igual, soy un viejo león comido por la polilla y abro la boca desdentada para dejarle meter la cabeza todo el tiempo que quiera. Confía en mí, a pesar de sí mismo, aunque disimula con una cólera que no nos convence a ninguno de los dos, me cuenta lo mucho que detesta la vida aquí, su dureza, su aislamiento. Los del pueblo se burlan de él, el señor Tighe le engaña con la cuenta de la verdulería, la señorita Broaders le escucha a hurtadillas cuando va a la oficina de correos a usar el teléfono. También asegura que odia la casa y habla de ella con un asco profundo, escupiendo furioso en voz baja, como si temiese que las paredes le oyeran; la casa carga con él como un enorme barco viejo y destartalado, con las cuadernas estremecidas; está deseando que llegue el día en que por fin se vaya a pique. Está convencido de que le hace jugarretas. Objetos inanimados se cruzan en su camino, le ponen la zancadilla, se hunden bajo sus pies, le caen en la cabeza. Deja algo en algún sitio, vuelve una hora después y descubre que ha desaparecido. Se queda con los picaportes en la mano, cuando intenta cerrar las cortinas se sueltan de pronto en una sorda cascada de polvo y anillos de latón tintineantes. Se venga dejando que la lluvia se cuele por las ventanas abiertas, permitiendo que la suciedad se acumule en los rincones escondidos de la cocina, descuidando las cosas hasta que se rompen, o las quema el sol o se mojan. Sueña con escapar, con levantarse una mañana antes del amanecer y escabullirse como el huésped de un hotel marchándose sin pagar. No tiene ni idea de adónde iría, pero la huida, la huida en sí misma, es un tema constante, una especie de trasfondo neblinoso, azul y dorado de todo lo que hace. Podría decirle cuatro verdades sobre la libertad, pero no tengo valor; que sueñe, que sueñe.

Cómo, con una palabra, cambian de pronto las cosas y todo se desmorona y vuelve a organizarse de un modo nuevo a partir de las antiguas piezas. Tardé un tiempo en descubrir que el dueño de la casa no es el profesor Kreutznaer, sino Licht. Fue una gran sorpresa. Creo que había dado por sentado que el profesor era el señor y Licht su vasallo, pero no; de hecho, el profesor es un advenedizo como yo. Licht ha vivido aquí desde niño, hasta puede que naciera aquí. Pero, ojo, nunca lo habría tomado por un nativo, no es exactamente el tipo curtido que imagina uno que debería ser un isleño. Por lo visto, su madre fue viuda muchos años; yo la imaginaba como una criatura dispersa parecida a un pájaro con el pelo blanco y despeinado y los ojos desquiciados, una especie de versión senil y asexuada de su hijo, pero luego Licht me enseñó una foto suya y no se parecía en nada a lo que yo había pensado, sino que era una arpía gigantesca de mirada implacable y bíceps de boxeador. No estaba claro cuándo había muerto, o si había muerto; un sentido inexplicable e imperativo de la delicadeza me impide preguntar demasiado. Que yo sepa, podría estar encerrada en el sótano o instalada en el desván. Habla de ella, en las raras ocasiones en que lo hace, con el aire sobrecogido y temeroso de alguien colándose por una grieta que acaba de abrirse a su paso en la acera, ceñudo, con los ojos bajos y humillados. Entiendo, no obstante, que hace mucho que se fue, cualquiera que sea el método que

escogiera para marcharse, cuando el profesor se presentó, como yo, en busca de refugio. Por lo visto llegó en el barco, subió hasta aquí para pedir alojamiento y se ha quedado desde entonces. Apartado de la vida, igual que yo.

Así pasaron los días, las semanas. Recorrí la isla, consolándome con cosas dispersas: un geranio rojo en una ventana azul, una vela blanca en la bahía, el planeo y el brusco descenso de un halcón. Por las noches me quedaba en la cama destartalada de mi habitación con la espalda apoyada en la pared y las manos detrás de la cabeza y veía cómo aumentaba la oscuridad en la ventana y cómo el mundo de fuera cambiaba de verde a gris para convertirse por fin en un negro brillante. No sentía nada, o casi nada. Toda mi vida la he pasado de camino a otra parte, despreciando el presente, apresurándome hacia el futuro, deseando lo que estaba por venir, siempre lo siguiente; ahora por fin había encontrado descanso, si es que puede llamarse así, igual que a veces en sueños aterrizo con inesperada ligereza después de una larga, accidentada y vertiginosa caída a través del vacío y la oscuridad. Había cruzado el mar y llegado a Citera. Era lo único que podía decir. Ahora estaba esperando. Los días se blanquearían y luego caerían aleteando al suelo como hojas arrancadas del calendario; yo escribiría mis notas, haría mis tareas, comería, dormiría: existiría. Y luego un día, un día como cualquier otro en esa estación de cambio entre las inminencias sin aliento de la primavera y los primeros florecimientos dorados del verano, me asomaría a la ventana y vería a ese pequeño grupo de náufragos, subiendo trabajosamente por el camino hasta la casa y se abriría una puerta a otro mundo. ¡Oh, una puerta muy pequeña, apenas lo bastante alta para que yo me colara por ella, pero una puerta de todos modos! Y allí, en ese nuevo lugar, me perdería a mí mismo, me disolvería y me convertiría en uno de ellos, sería otra persona, no lo que había sido…, o tal vez incluso dejaría de existir sin más. No ser, no ser: el viejo grito. O más bien ser como ellos: una ilusión real pero sencilla, los sueños necesarios de alguien tumbado en una cama estrecha, que observa cómo se mueve la luz sobre una pared gris e imagina campos, robles, gaviotas, figuras en movimiento, un mundo poblado. Pienso en un cuadro al final de una larga galería, una súbita presencia encontrada de pronto, a primera vista una tenue confusión de verdes y dorados en el aire silencioso y en calma. Mira este follaje, estas nubes, la textura de este vestido. Una figura sorprendida mira algo que se está perdiendo. Hay una impresión de música, diminuta, precisa y alegre. Este es el fin de un mundo. Unos pájaros invisibles silban en los árboles, el sol brilla en alguna parte, las distancias del mar son vaga y pálidamente azules, la galeota espera. Las figuras se mueven, si es que se mueven, como en una escena en movimiento, que definen al estar allí y ser sus árbitros. Sin ellos solo habría naturaleza, verdor desaforado, tumulto de viento y sol enloquecido. Formulan el cuento, lo pueblan y le dan sustancia. Son el momento humano.

III

Está de pie ante nosotros como nuestro propio reflejo distorsionado en un espejo, conocido pero extraño. ¿Qué hace ahí, en este alcor, bajo esta luz dorada e inexplicable? Está separado de las demás figuras que se alinean detrás de él, suspendido entre su mundo y el nuestro, un hombre solo. ¿Ha caído del cielo o surgido del inframundo? Tenemos la sensación de una apoteosis quejosa. Los brazos le cuelgan hacia delante desde los costados, los pies separados están colocados parodiando la pose amanerada de un príncipe o un soldado en un retrato heroico. Parece atrapado, sujeto por ligaduras invisibles. Podría estar en los cepos, o algo peor. Reparamos en las zapatillas manchadas de albero y atadas con cintas rojas con unos lazos enormes, en los pantalones anchos de satén que le quedan demasiado cortos, en la chaqueta de sarga blanca más grande de la cuenta, con sus dieciséis botones, las mangas arrugadas que parecen lo bastante anchas para acomodar los brazos de un simio. ¿Quién lo ha vestido con esta ropa de payaso? Parece que lo hayan embutido en ese traje y lo hayan lanzado sin más ceremonias para que esté allí, confundido, mortificado, temeroso de moverse, por si a un público invisible le da por estallar en carcajadas; sin embargo, aunque por ahora se haya quedado sin palabras, tenemos la sensación de que en cualquier momento podría empezar a hablar y hablar, sin parar. Lleva una ajada gorguera de encaje blanco, un gorro, o tal vez sea un turbante, y un sombrero con el ala ancha y circular echado hacia la nuca. La cabeza es ovalada, con la frente ancha y la barbilla hundida. Su mirada es al mismo tiempo distante y penetrante, sus ojos son de color marrón verdoso. Su pelo, el poco que podemos ver, es negro, o tal vez rojo. Parece cansado. Los párpados, los labios y las ventanas de la nariz están teñidos de rosa y parecen hinchados; ¿ha estado llorando? Sin embargo, las comisuras de la boca carnosa se fruncen en una especie de sonrisa distante, dolorida tal vez, sin calidez. Nos da la impresión de sufrimientos pasados y entumecimiento presente. Puede que detrás de esa mirada pensativa se esté riendo de nosotros.

Los rayos X muestran otro rostro debajo del suyo que podría ser el de una mujer. Los *pentimenti* acaban por aparecer. (Véase fig. I. Colección Behrens, adquisición reciente.)

La figura de Pierrot deriva de los personajes arquetípicos italianos Pedrolino y de la Pulcinella napolitana. Estos personajes los introdujo en las Ferias Parisinas la Real Compañía de Comediantes Italianos a finales del siglo XVII y se transformaron en la forma francesa más conocida poco después de la llegada de Vaublin a París desde su Holanda natal a principios de 1700; debió de ver el papel que el gran Biancolelli, entre otros, interpretó en la Comédie-Française. Pierrot, oculto tras su ropa y su personalidad, es el hombre infantil, el niño viril. Tradicionalmente, como aquí, lleva gorro o turbante y una gorguera plisada, pantalones anchos de seda, una chaqueta blanca de seda o sarga con botones con las mangas anchas y zapatos blancos o negros. Aparece con la cara pintada de blanco, aunque no siempre. No siempre. En ciertas manifestaciones se le da una espalda gibosa y un pecho prominente, recordándonos

también sus raíces en el personaje de Punch, esa figura maligna que a su vez data de la época de los circos romanos. Normalmente no lleva un garrote; en este caso, sí.

Es una obra grande, de más de dos metros de altura. Pierrot es un poco mayor que si fuese de tamaño natural. Esta desproporción y la posición elevada —en cierto modo parece flotar en medio del aire— dan un aire ceñudo a una figura ordinaria e incluso absurda. Fíjense también en que Pierrot, pese a toda su centralidad en el diseño, no está colocado centralmente en la composición, sino apenas desplazado a la izquierda; ese leve desplazamiento crea un desasosegante efecto subliminal, que cuesta creer que no sea intencionado. Sí: aquí opera una armonía sutil, que manipula nuestras expectativas de simetría y equilibrio; ¿hay tal vez en la disposición general una astuta parodia de las normas de la sección áurea? Es difícil decir qué efectos son intencionados y cuáles son accidentales.

El diseño de la obra, la extraña pero extrañamente placentera asimetría en la disposición de las figuras en el marco de árboles y nubes y el mar lejano y neblinoso que las rodea, que al espectador le parece al mismo tiempo arbitraria e inevitable, produce un aire de misterio que está por encima de la pregunta de qué es lo que está pasando y qué o a quién pueden querer representar las figuras, más allá, por tanto, de sus papeles en la *commedia dell'arte.* Tratamientos parecidos de tales asuntos, por el mismo artista y por otros (Pater, Lancret y Watteau en particular), son igualmente desconcertantes respecto a la «trama», si es que puede utilizarse esa palabra, pero esas obras no se han convertido en el objeto de constante, y a menudo ingeniosa pero la mayor parte de las veces fútil, especulación, como en el caso de esta. Es evidente que hay aquí una alegoría, y parece haber símbolos en abundancia, pero la escena tiene un significado inexplicable que no guarda proporción con ningún programa o discurso oculto. Es, ante todo, una obra maestra de composición pura, de la disposición arquitectónica de la luz y la sombra, de la tierra y el cielo, de presencia y ausencia, y aun así no podemos sino preguntarnos qué proporciona a la escena su aire de importancia misteriosa, profunda y al mismo tiempo juguetona. ¿Quiénes son estas personas?, preguntamos, pues lo importante parece ser no lo que hacen sino quiénes son. Por encima de todo, ¿quién es este Pierrot? Nos lo presentan erguido en el aire crepuscular, como una figura de la baraja del tarot, perdido en el interior de su disfraz demasiado grande, mudo y solitario, triste, risible tal vez, y con todo inevitable, apenas presente y al mismo tiempo profunda y palpablemente manifiesto, poseedor, al parecer, de un conocimiento secreto, nuestra víctima y nuestro juez implacable.

¿Quién es?… No llegaremos a saberlo. Lo que buscamos son esas pruebas de origen, acción y voluntad que configuran lo que consideramos identidad. No las encontraremos. Este Pierrot, nuestro Pierrot, sale de la nada, de un lugar donde no habita nadie más, y tampoco va de camino a ninguna parte. Se diría que su único propósito es ser pintado; es pura pose; tenemos la impresión de ser espectadores de una triste comedia. Vean con qué extrañeza encaja en su disfraz; es como si en vez de llevarlo estuviera detrás de él, igual que una muñeca recortable de papel. Fíjense en el pequeño tamaño de la cabeza en relación con el tronco, en la longitud poco natural de los brazos, en las caderas anchísimas, en los pies enormes. Es casi deforme; casi, si lo observamos el tiempo suficiente, un monstruo. Parece alguien al que le ha ocurrido algo horrible, o que ha cometido un acto espantoso, cuyos efectos en su personalidad insinúan estas claras y al mismo tiempo sutiles exageraciones físicas. ¿Qué ha hecho, de qué delito es culpable? ¿Y de quién se esconde, si es que se esconde? El arlequín a lomos del burro parece saber las respuestas.

¿Es él quien le ha prestado su garrote a Pierrot?

¿Cuán profundamente miramos en estas profundidades? No hay límite a lo que podemos ver. Consideremos este cielo. Se supone que es azul; decimos: «Pierrot aparece recortado contra un cielo azul». En realidad, el poco azul que hay es más bien un verde desvaído y azulado, y el efecto está suavizado por un difuminado de rosas y ocres. Más abajo, los matices van desde el turquesa hasta el índigo intenso del apenas discernible horizonte del mar pasando por un malva acuoso; como ocurre a menudo en la obra de este maestro, la noche llega, filtrándose como una niebla violeta que surge de la tierra. El tropel de nubes de la derecha, detrás de los árboles, está particularmente bien ejecutado, un amasijo empañado, blancuzco y dorado, espeso y abultado. Podríamos pensar que este es uno de esos cielos ahumados y dorados de principios de octubre, si no fuese por el tierno follaje de los árboles y la sensación general de movimiento y expectación. Es primavera, seguro, una fresca e inquieta tarde de finales de primavera. Reparamos en la luz crepuscular y leonada, en cómo se espesan poco a poco las sombras, notamos el viento en los árboles, en las nubes, y sentimos la agitación de la tierra, los brotes verdes que asoman y los capullos apretados a punto de abrirse. Esta no es la primavera de las *fêtes*, las ferias y las lecheras retozonas, sino una estación más violenta, estremecida con la intuición de la lucha oscura y dolorosa de los seres al nacer.

La mezcla variada de árboles —robles, chopos, pinos piñoneros— evoca un parque o un jardín al lado del mar. ¿Es esto una ironía calculada, un gesto burlón hacia nuestra vaga idea de lo pastoral? Basta con mirar más de cerca y lo violento de la escena se vuelve aparente. El viento sopla, las nubes se apelotonan, los árboles se estremecen ante la oscuridad cada vez mayor, mientras la estatua del sátiro ceñudo —¿es Pan o Sileno?— contempla pétrea la escena, con los labios carnosos fruncidos. Tal vez esta luz parda no sea la luz del atardecer sino la de la tormenta; en este caso, ¿ha pasado ya o se está formando? ¿Y de dónde sale esta feroz luminiscencia que cae de lleno sobre el pecho de Pierrot y transforma su chaqueta blanca en una coraza resplandeciente? Es como si un ser radiante se posara detrás de nosotros salido del cielo y vertiera sobre él el reflejo de sus alas relucientes.

A menudo se ha planteado la cuestión de si las figuras alineadas detrás de Pierrot son el producto de la imaginación del artista o retratos de gente real, actores de la Comédie-Française, tal vez, o amigos y conocidos del pintor, ataviados con disfraces de payasos y carnaval. Tienen una presencia que es al mismo tiempo fija y fugaz. Parecen sentirse cómodos, casi lánguidos, pero, cuando los miramos de cerca, reparamos en lo tensos y cohibidos que están. Nos da la sensación de que saben que están siendo observados, mientras descienden colina abajo hacia esa embarcación mágica e insustancial rodeada de querubines que los aguarda en la orilla ambarina con las velas desplegadas. El muchacho que cierra la pequeña procesión está perplejo y ceñudo, mientras que su acompañante más menudo y marchito parece presa de una especie de anhelo irritado. La mujer de negro echa una mirada atrás que es, a la vez, triste y resignada. Su estado de ánimo es complejo; es como si fuese de camino hacia otro lugar más sublime y aun así sintiera lástima por el mundo lleno de criaturas que abandona. Algo en ella recuerda a lo divino. Si este es el Mundo Dorado, o lo que queda de él, ¿será tal vez Astrea, retirándose a su pesar al cielo inocente? ¿Y es Pierrot a quien dedica su última y anhelante mirada, o está mirando algo o a

alguien detrás de él que no tenemos el privilegio de ver?

La niña de la trenza que lleva a la mujer de la mano está deseando marcharse; ¿qué es para ella la isla de Afrodita, qué sabe de los pesares del amor? Al otro extremo de esta pequeña cadena humana de la juventud y la vejez está el hombre del sombrero de paja que aparta la mirada de nosotros y mira hacia atrás, como si acabase de oír a alguien que lo llamara desde las sombras debajo de los árboles.

La presencia del burro ha confundido a muchos comentaristas. El animal es al mismo tiempo una de las figuras más misteriosas e inmediatas del grupo, a pesar de que solo vemos una parte de la cabeza y una oreja erguida, y, por supuesto, ese único ojo suave, color caoba e inolvidable. ¿Qué es lo que nos mira aquí? Hay curiosidad en su mirada, y aprensión, y una especie de espanto asustado. Vemos en esta mirada decidida el establo ventoso y el camino pedregoso, la luz del amanecer en el corral helado y el rincón azotado por la lluvia en el campo al atardecer; sentimos el hambre y las palizas, el momento de calor brutal en el establo, saboreamos la paja áspera del invierno y la hierba fresca del prado de verano. Es el ojo de la Naturaleza misma, mirándonos con una especie de perplejidad estoica: a nosotros, el animal riente, el animal loco, el animal inexplicable.

De ese arlequín sonriente montado a lomos del burro no hablaremos. No, no hablaremos de él.

En la ventana de esa torre a lo lejos —necesitaremos una lupa para verla— una joven observa, esperando tal vez que alguna figura sacada de una novela llegue y la rescate.

Lo que ocurre no tiene importancia; el momento lo es todo. Este es el mundo dorado. El pintor ha reunido a su pequeño grupo y ha situado a sus integrantes en este claro agitado por el viento, con su luz delicada y artificial, y los ha pintado como ángeles y como payasos. Es un mundo en el que nada está perdido, donde todo se explica, aunque el misterio de las cosas se conserve; un mundo donde pueden vivir, por muy breve y tenuemente que sea, en el declive vespertino del ser, solitarios y al mismo tiempo juntos en cierto modo en este lugar, agonizantes tal vez y aun así fijos para siempre en un instante luminoso y sin fin.

IV

Confieso que me pasé todo el día esquivándolos. ¡Oh!, ya sé que fingí reconocer en ellos lo que llevaba esperando desde que llegué, al grupo abigarrado que me acogería en su seno y me convertiría en un hombre, pero lo cierto es que los temía. No soy duro ni mundano. Hace falta valor para exponerse a las posibilidades del mundo y no soy un hombre valiente. Solo quiero consuelo, lo poco que se pueda extraer de esta vida en un planeta en el que siempre me he sentido un inadaptado. Su llegada fue una amenaza para el delicado equilibrio que había alcanzado con tanto esfuerzo. Yo era como una araña vieja y hambrienta acosada de pronto por un terrible enjambre de seres gigantes y voladores. La telaraña se estremeció y yo corrí a refugiarme entre las hojas, con las piernas temblorosas y los ojos abiertos por la sorpresa. Vi al viejo Croke subiendo por la colina y lo vi también cuando bajaba, vacilante, desde la playa donde se había caído, con los niños tras sus talones. Observé desde mi escondrijo mientras Sophie partía hacia las colinas en busca de las ruinas que había ido a fotografiar. Contemplé a Felix yendo y viniendo por la hierba bajo el sol con la mano en el bolsillo y fumándose un cigarro. ¡Oh, sí!, los espié. Y cuando, al caer la tarde, hice acopio de valor y me atreví a volver a la casa, era yo quien parecía un intruso.

La cocina estaba vacía. Las sobras de la comida seguían sobre la mesa como los inquietantes restos de una orgía. Me serví lo que quedaba de la sopa tibia de pollo que había preparado Licht y me la comí de pie delante de los fogones. Quería que uno de ellos entrara y me encontrase allí. Yo asentiría amistoso y tal vez haría algún comentario sobre el tiempo, demostrando con esa exhibición de desenvoltura que el verdadero habitante de la casa era yo mientras que ellos solo estaban de paso. No obstante, nadie llegó, y, de todos modos, es probable que de haber aparecido alguien yo hubiese soltado el cuenco de sopa y hubiese salido pitando. Siempre he tenido la tendencia a crear pánico de mis propios temores e imaginaciones; creo que es una debilidad común entre quienes se obsesionan consigo mismos. Hay momentos de calma y aislamiento en los que noto con claridad en mi interior el minúsculo e incesante temblor de la histeria inminente que algún día estallará y me superará por completo. ¿Cuál es su origen? Supongo que la vieja vacuidad, el negro vacío en el que sigue volcándose el ser pero que no puede llenarse nunca. Estoy seguro de que hay una fórmula, alguna ecuación sencilla y elegante que equilibra el vacío por un lado y el giro infinito interior de la esencia por el otro. Así es como pienso en mí, devorándome vivo, consumiéndome siempre, pero sin llegar a consumirme.

Menuda encarnación. No he conseguido nada, nada. Soy lo que siempre fui, estoy tan solo como siempre, encerrado en la misma y vieja cárcel de cristal de mí mismo.

¿Por qué será, me gustaría saber, que las tardes silenciosas y soleadas siempre me recuerdan a la infancia? ¿Hubo algún maravilloso momento de felicidad que he olvidado, algún intervalo de

calma y luminosidad en el que el niño encantado se quedó en el sendero del bosque mientras su otro ser salía de él y se internaba a trompicones en los negros enredos del futuro? Me quedé largo tiempo en la antigua luz del pasillo, contemplando las sombras que se agolpaban en las escaleras, escuchando por si oía el rumor de sus voces, de la vida que seguía su curso. No sé lo que esperaba: gritos, tal vez, discusiones, sollozos, risas desquiciadas. Me había apartado de las cosas normales, ya saben; la vida, de ser lo que hacían los demás, debía de ser todo alarmas y confrontaciones y asuntos que alcanzan su punto crítico. No pude oír nada, o no exactamente nada, solo esa leve presión generalizada en el aire, ese mudo murmullo que traiciona la presencia de otras personas. Hasta qué punto los había absorbido la casa, como si de verdad les perteneciera; como si hubiesen llegado a su hogar.

Flora estaba esperando en el rellano, refugiada en el rincón en sombras entre la ventana y la puerta del dormitorio. Se había echado una manta por encima de los hombros y se aferraba a ella como una mortaja. La negra masa de pelo estaba enmarañada y húmeda y tenía los ojos hinchados. Por la ventana que había a su lado vi en los campos lejanos a un perro de juguete que perseguía a un rebaño de ovejas de juguete. Tuvo que aclararse la garganta para hablar.

—Pensaba que era Felix —dijo.

Y casi sonrió.

Licht la había instalado en mi cuarto; supongo que debió de parecerle gracioso. Era sorprendente la transformación que había obrado ya su presencia; no había cambiado nada pero apenas lo reconocí como mío. El aire estaba cargado con su olor, el olor almizcleño de su pelo y su piel caliente. Cerré la puerta a mi espalda. Ella fue a la ventana y se quedó contemplando el declinar de la tarde, empañada de luz oblicua. Aunque estaba en el otro extremo de la habitación tuve una sensación vívidamente extraordinaria de ella allí plantada con los brazos cruzados y los omóplatos desplegados, descalza, con su fragilidad lánguida y poplítea. Tiendo a no fijarme mucho en los demás —ya lo he dicho antes, es uno de mis mayores defectos— y, en las raras ocasiones en que saco la cabeza de la concha y echo un vistazo a alguien, lo que me parece asombroso no es lo diferentes que son de mí, sino lo mucho que se parecen a pesar de todo. Voy por ahí pensando que soy único, una broma de la naturaleza, una especie de tumor que crece en el mundo, y de pronto me paro en seco: helo ahí, no yo, sino otro como yo hecho de piel, pelo y huesos revestidos. Este es un gran misterio. Se supone que el sexo lo resuelve, pero no es cierto, al menos no según mi experiencia (aunque hoy solo tengo el más vago recuerdo de ese paliativo universal). Tal vez sea eso lo único que he querido hacer, romper la concha del otro, meterme dentro y cerrarla conmigo dentro, con mis espantosas espinas y demás. Qué manera de acabar con todo.

—¿Ha vivido aquí mucho tiempo? —dijo Flora.

De pronto sentí náuseas. Tenía húmedas las palmas de las manos y se me encogieron las tripas, como si hubiese algo vivo en ellas. Tuve la sensación de estar tambaleándome, igual que si hubiese crecido inmensamente y me alzara sobre la habitación, un ser enorme y gordo revolcándose, una bola de borra llena de esporas. Me asusté de mí mismo. No mucha gente sabe de lo que es capaz; yo sí. Quise coger a esta chica en mis brazos, levantarla y apretarla contra mi corazón, sentir los frágiles huesos de sus tobillos y sus muñecas, rodear el delicado huevo de su cráneo con la palma de la mano, oler su sangre y saborear el icor plateado de su sudor. Qué frágil parecía, qué quebradiza. Eso es lo que el pobre gigante de los cuentos antiguos nunca llega a decir, que para él lo más precioso de sus víctimas es su fragilidad, lo tiernamente que se rompen entre sus dientes, dando gritos como amantes en los extremos de la pasión. Nunca sabrá lo que

anhela saber: qué se siente al ser pequeño como ellos, alegre y alegremente cruel y lleno de temores y planes imposibles. El mundo humano es lo que él come. Pero no le nutre.

Lo que ella quería, estaba diciendo, era quedarse aquí, en la isla, solo por un tiempo. Estaba enferma, estaba segura de estar incubando la gripe. Se quedó un momento frunciendo el ceño y mordiéndose el labio. La cosa era, dijo, que había cometido un error y ahora Felix se había hecho una idea equivocada y ella le tenía miedo.

—Felix ha dicho que iba a quedarse aquí —afirmó—. En esta casa. Sabe algo del anciano. Me lo ha dicho.

Aunque tenía la cara vuelta hacia la ventana, estaba observándome. Yo todavía tenía la sensación de náusea. Me sentía estremecido y al borde de las lágrimas de un modo que supuse que debía de ser femenino.

—¿Cree que me permitirá quedarme a mí? —preguntó.

Se refería al profesor.

—Sí, si se lo pido yo —respondí.

Me refería a Licht.

—Si Felix se fuese… —continuó.

—Sí —respondí con una tenacidad que a mí mismo me sorprendió—, sí, Felix se irá.

Ella asintió, mordisqueándose todavía el labio.

—No quiero volver a ese hotel —insistió, entornando los ojos—. No me tratan bien. Todos me dan órdenes. Los padres cuentan con que yo lo haga todo y la directora es una bruja.

¡Calla!, quería decirle yo, ¡calla!, lo estás echando todo a perder. Me dicen que debería atesorar la vida, pero a mí denme la esfera del arte.

Se sentó en la cama, abrazó la manta a su alrededor y se quedó mirándose los pies desnudos. Una chica, solo una chica, egoísta e insatisfecha, un poco intrigante, resentida con el mundo y con lo que no le daba. Pero eso no es lo que vi, eso no es lo que me permití ver.

Mélisande, Mélisande!

Aún tenía, aún tengo, mucho que aprender. Estoy, me doy cuenta, solo al principio de esto de nacer.

Fui al piso de abajo, abriéndome paso con dificultad en mi reciente estado de hinchazón, el ogro jadeante, balanceándome en cada escalón como una enorme vejiga, llena hasta el borde de un líquido denso y grasiento. Seguía mareado, todavía al borde de las lágrimas, no, de las lágrimas no, sino de desbordarme, de una imparable inundación de bilis y pus, mi vida entera derramándose de mí en una última y repugnante regurgitación. Me detuve ante la ventana del rellano y descansé un momento, apoyado en el alféizar. Qué deprisa caían las sombras, una mancha de color gris ostra que se extendía por la isla desde las extensiones marinas, una oscuridad que descendía lenta e irresistible.

Algo había ocurrido en ese cuartito de arriba que antes era mío y ahora era de ella, habían emitido una orden solemne contra mí, y me sentí más que nunca como el protagonista de un cuento de caballerías al que ordenan llevar a cabo una proeza de rescate y reconciliación. Ahí estaban, el anciano en la torre con sus libros, la damisela bajo llave y cerrojo, y el oscuro, mi hermano oscuro, esperándome a mí, el caballero de la cruz rosada, para que lo desafiara.

Solté una risa silenciosa y seguí escaleras abajo.

Estaban en el vestíbulo, preparados para partir. Se volvieron para mirarme. ¿Qué debía de parecer yo?

Este perro de juguete, ese rebaño de juguete.

Bajamos por el camino de la colina en la noche azulada bajo la vasta y clara cúpula del cielo donde se había alzado Venus. Los campos se estaban oscureciendo a ambos lados, la bahía relucía a nuestros pies. Todo el mundo había adquirido algo. Croke a su compañero invisible, que se había levantado con él de la arena a la orilla del mar y andaba ahora hombro con hombro; Sophie, las fotografías que al día siguiente nadarían en su cuarto rojo como espíritus acuáticos; los niños, ese astuto fantasma que se había interpuesto entre ellos mientras peleaban y que no quería irse; Alice, su imagen de una niña reclinada en una cama soleada.

Una polilla surgió del crepúsculo y tuvimos la sensación de algo que caía y caía y a mí me pareció notar el tenue polvillo de las alas tamizándose. El dios adopta muchas formas.

Tomamos una vuelta del camino donde había un soto y un arroyo y encontramos a Felix sentado en un muro de piedra seca en la oscuridad con los brazos alrededor de las rodillas y el rostro vuelto hacia el cielo. Los demás anduvieron en un calmado cortejo, Sophie del brazo de Croke y llevando a Alice de la mano y los niños arrastrando los pies detrás de ellos y dando patadas a las piedras. ¿Lo ven? Tienen sus inclinaciones partidistas y ahora vuelven a casa, después de los hechos del largo día: Sophie a sus revelados, Croke a morir, los niños a crecer y a convertirse en otras personas. Esto es lo que ocurre. Lo que parece un final no lo es.

—Vaya susto que me ha dado —me dijo Felix en tono afable— saliendo así de la oscuridad. Le he tomado por el demonio.

Era como si todo el tiempo hubiésemos andado uno al lado del otro, con algo entre nosotros, una barrera, fina, suave y engañosa como un espejo, que ahora se hubiese roto, y yo hubiera entrado en su mundo, o él en el mío, o ambos en un tercer lugar que no nos pertenecía a ninguno. Encendió uno de sus cigarros, acercando su rostro flaco a la llama de la cerilla protegida por el hueco de las manos. Una voluta de humo con la forma de África se formó entre las hojas sobre su cabeza. Detrás del olor a tabaco percibí el leve tufillo de su propio olor rancio y desagradable. No obstante, me costaba asirme a él. Se enfocaba y desenfocaba, a ratos era plano y transparente, una figura bidimensional tallada en cristal sucio, y un instante después era una presencia imponente que me agobiaba con su espantosa intimidad, física e insistente, todo carne y aliento y ese tufo rancio de algo echado a perder. Empezó a cantar para sus adentros en voz baja y alegre, como un graznido.

Vaya, vaya, ¿quién es tu amiga,
quién es esa niñita a la que vi anoche con tu mujer?

Se quedó pensando un rato, mientras contemplaba unas sombras más y más espesas.

—No puedo poner el pie en un barco —dijo— sin que me venga a la cabeza el recuerdo de navegar rumbo al helado Polo Norte. ¿Ha estado alguna vez allí? La tundra y los imponentes icebergs, el sol que no se pone nunca: ¡esa soledad!, ¡ese frío! Y aun así, ¡qué hermoso es ese país de hielo! Zarpamos de Arcángel y nos abrimos paso día y noche hacia el norte, semana tras semana. Y luego una mañana, cuando me asomé desde cubierta, vi algo muy raro: una figura, en la distancia, en un trineo, parecía un gigante, con perros y un látigo, viajando a gran velocidad sobre el hielo, hacia el norte, como nosotros. Y luego vi a otro… —hizo una pausa, y dijo—: Pero creo que ya conoce esta historia, ¿no?

Un pájaro adormilado movió un ala entre las ramas sobre nuestra cabeza. El arroyo murmuró

para sus adentros. Felix me miró con la cabeza ladeada.

—Dígame —preguntó—, ¿no nos conocemos? De algún otro sitio, quiero decir. Su rostro me resulta familiar.

La última luz estaba ascendiendo en el cielo. Las estrellas se arremolinaban. Una enorme luna blanca que sonreía complacida se había alzado sobre las alturas aterciopeladas detrás de nosotros.

—Es hora de irnos, creo —dijo—. Había pensado quedarme un tiempo, pero ahora que está usted aquí ya no hace falta. Estoy claramente *de trop,* ¿verdad? —bajó las pestañas casi con timidez y esbozó una sonrisa de labios finos como si mordisqueara una minúscula semilla entre los dientes—. En cualquier caso, me está usted invitando a marcharme, ¿no es así? *Luxe, calme et volupté,* ¿eh?

En la creciente oscuridad, los árboles seguían ceceando la misma frase una y otra vez. Felix suspiró, descruzó las piernas y bajó con agilidad del muro.

—Hora de partir, sí —dijo sacudiéndose la ropa, y enlazó su brazo con el mío y los dos nos pusimos en camino pendiente abajo hacia la bahía. Desde la cima de la colina, volvió la vista atrás, se rio y exclamó en voz baja con un ademán—: ¡Adiós, campos felices!

Nada de eso era como había pensado que sería. No sé qué esperaba: una pelea, supongo, una discusión en el camino, tal vez incluso puñetazos, y yo empujándolo hasta el barco, con la nariz sangrando, el cuello de la camisa levantado y los talones arrastrando por el polvo. ¿Por quién me tomaba, por el ángel vengador del Señor? No, Felix no pelearía, se iría en silencio, o fingiría hacerlo. Conozco a los que son como él, los conozco bien.

—Y va a quedarse usted aquí, ¿no? —dijo—. ¿Lo tiene todo planeado?

Se rio en la oscuridad. A nuestros pies vimos las luces del puerto y la negra mole del barco esperando al lado de la escollera. Oímos el ruido que hace la isla, esa nota profunda y oscura que se alza en la penumbra. Hicimos una pausa para escuchar, y Felix adoptó una pose teatral, inclinó el oído y gritó con voz de actor, como si fuese alguien llamándonos desde una inmensa distancia:

—«¡Thamous, Thamous! ¡El gran dios Pan ha muerto!»

Y se rio.

Continuamos andando.

—¿Sabe que yo también conocí al profesor, hace mucho tiempo? —dijo—. ¡Oh, sí! Una vez fui su amigo y su confidente igual que usted ahora —apretó mi brazo contra su costado y noté la descarnada armadura de sus costillas—. Dígame —continuó en tono confidencial—, ¿lo respeta usted? Quiero decir que es un gran hombre, ¿no cree? Al principio yo también lo pensé. ¡Ay!, todos tenemos nuestras debilidades. ¿Sabe que el cuadro es una falsificación? Sí, me temo que es más oropel que oro. A la pobre señorita Behrens la engañaron. ¿La conoce también? ¡Qué casualidad! Ella no sabe que compró una falsificación. Yo podría decírselo o no. ¿Qué opina usted? ¿Qué es mejor, la ignorancia o la sabiduría? El profesor fue quien lo autentificó. Y los dejó a todos muertos, claro. Y no por primera vez —se rio—. Una frase curiosa eso de dejar a alguien muerto, ¿no cree?

Habíamos llegado al puerto y anduvimos a lo largo del malecón todavía cogidos del brazo. El barco se balanceaba en su amarre y soltaba un tenue resto de humo por la chimenea oxidada. El patrón estaba en la cabina iluminada del timón, los otros se movían en cubierta, oscuras sombras de sí mismos, como los atezados fantasmas del Pequod, desvaneciéndose ya. Una linterna sorda colgada de la proa vertía un resplandor frágil de color melocotón alrededor del cual la noche

parecía agolparse y encontrar una breve definición. Felix se detuvo al llegar al muelle y me soltó el brazo, solo para coger mi mano entre las suyas.

—Oiga, amigo —dijo con su voz de actor y con un falso sollozo—, cuide de la chica por mí, ¿eh? Tiene gustos un poco violentos, pero, como usted bien sabe, estas cosas pueden llegar demasiado lejos.

Tendría que haberlo visto partir. Debería haber esperado hasta que estuviera a salvo a bordo y el barco hubiese zarpado. Cuando volví por la escollera y me di la vuelta, aún seguía en el muelle donde lo había dejado, saludando despacio con la mano, como un muñeco mecánico. ¿Estaba sonriendo?

Imposible librarse de él.

Flora ha decidido que se ha recuperado. Se está preparando para marcharse, noto el cambio que ha sufrido, como el cambio de las estaciones. Está erizando las plumas, probando el aire. Me alegrará verla marchar; quiero decir que me alegrará igual que se alegra la mano cuando la flecha parte del arco. Si se quedara, yo no haría más que teñir su vida de gris. Mejor eso, dirán ustedes, que teñirla de rojo, pero esa no es la cuestión. La única cuestión fue siempre que la ayudaría a levantarse y la dejaría marchar; ¿qué otra cosa he hecho más que intentar engendrar una niña? Por supuesto, a Licht se le partirá el corazón. Nos quedaremos de pie en la península ventosa, él y yo, desconsolados, y la veremos alejarse rozando las olas. El profesor apenas notará su marcha. Creo que es el único cuyo corazón se está partiendo de verdad. No aludo al Mundo Dorado ni a su dudosa procedencia; los dos hemos dejado muertos, él a su manera, yo a la mía; no hay comparación. Yo sigo intentando resolver el problema: si esto es una falsificación, ¿cuál sería el auténtico? Y, si Vaublin no lo pintó, entonces ¿quién? ¿Quién era su doble oscuro? Tal vez el profesor me lo diga, a su debido tiempo, creo notar un no sé qué especulativo en su turbia mirada estos días; temo una confesión en el lecho de muerte. ¿Será que lo pintó él mismo? Tiene el don de los maestros antiguos; lo imagino perfectamente con un gorro de terciopelo y una gorguera, mirando bajo la penumbra de los siglos, con un ojo legañoso de paquidermo siguiendo al espectador por la sala y hasta la puerta dorada: *Autorretrato disfrazado de holandés*. Bueno. No ha vuelto a aludir a Felix. Todo sigue como antes, como si nada hubiese ocurrido. Mi obra está casi terminada: ¡Vaublin vivirá! Si se puede llamar vida a esto. También él era solo una copia de sí mismo. Como lo soy yo de mí mismo.

No: imposible librarse de él.

Atenea

A Anthony Sheil

Amor mío. Si las palabras pueden llegar a cualquiera que sea el mundo en el que quizá estés sufriendo, entonces escucha. Tengo cosas que contarte. Ahora que concluye en silencio un año más, merodeo por las calles sombrías de nuestro barrio contigo en la cabeza. No habría creído posible concentrar tanto tiempo la violenta mirada de la imaginación en un único objeto. Tú. Tú. Con el crepúsculo llega una lluvia que no parece sino la aglutinación del aire cada vez más oscuro, cayendo oblicua bajo la luz de las farolas como algo a punto de ser recordado. Es curioso lo desierta que queda la ciudad a estas horas de la noche; ¿adónde va toda esa gente, y de manera tan repentina? Como si yo hubiese vaciado las calles. Un coche se me acerca despacio por la espalda, con los neumáticos chirriando contra el bordillo de las estrechas aceras, y tengo que detenerme y meterme en un umbral para dejarlo pasar. Cuán siniestro se antoja ese objeto lustroso e inhumano que se balancea sobre los adoquines con el conductor como un muñeco sin rostro, inclinado inmóvil tras el parabrisas punteado por la lluvia. Pasa a mi lado con una especie de risa grave y se interna en un callejón, transpirando un perezoso gorgorito de humo por el tubo de escape, las luces traseras de color piruleta nadan en la delicuescente penumbra. Sí, esta es mi hora. La hora del toque de queda.

Pensar en ti me hace recordar tres cosas: las tripas de un pez agonizante en las que he metido el dedo pulgar, el interior granulado de tus partes más íntimas, en las que he hecho lo propio, y el latido tumescente en el cuello de una gran soprano —¿quién?— en la tercera nota sostenida del segundo aleluya de *Die junge Nonne* (¡Oh, noche! ¡Oh, tormenta!). También muchas otras cosas, claro, pero estas texturas persisten por encima de todo, no sé por qué, quiero decir que no sé por qué estas tres en particular. (Me disculpo, dicho sea de paso, por asociarte con ese pez; lo pesqué cuando era niño y nunca volví a pescar otro, pero recuerdo al pobre animal arrancado de su elemento, estremeciéndose mientras se ahogaba en el aire.) Apenas me atrevo a pensar qué forma de mí recordarás tú: un monópodo con un solo ojo, que repta y a duras penas avanza hacia ti por el suelo, algo parecido, sin duda. Y, no obstante, vaya lo que hicimos en esa habitación blanca y secreta en el centro de la vieja casa, qué edificio tan maravilloso erigimos. Pues eso es lo que veo: tú y yo desnudos y relucientes en la luz espejada de una tarde de octubre, en un esfuerzo mudo por crear nuestro templo íntimo consagrado a los dioses gemelos que nos vigilan. Recuerdo que Morden me contó la historia de un constructor conocido suyo que al demoler un capricho en el campo encontró una capilla con siglos de antigüedad oculta en el interior de sus paredes. «Igual que una lapa —dijo—. Increíble». Y soltó aquella risa suya. Yo pensé en nosotros.

Tuvimos nuestro momento. Eso me digo. Tuvimos nuestro momento, y pasó. ¿Estuviste todo el tiempo esperando para irte, preparada para saltar? Ahora me parece que, incluso mientras te

tenía en mi consternado abrazo, tú ya te volvías para mirarme, como quien se demora justo antes de partir, con todo lo que dejabas atrás desvaneciéndose ya en la mirada, convirtiéndose en recuerdo pese a que estaba delante de ti. ¿Eras parte de la trama, uno de los partícipes? Me gustaría saberlo. Creo que me gustaría. ¿Nos habrían dejado libres y sin molestarnos, nos habrían dejado hacer nuestra santa voluntad, como hicimos, de no haber decidido alguien que así debía ser? Antes de que esas pequeñas puertas de la duda puedan abrirse siquiera un poco, mi imaginación salta de pánico y las cierra de golpe. Pero la razón, con una risa burlona, insiste en que tú estabas en el ajo, como suele decirse, en que tuviste que estarlo; mas ¿qué sabrá la razón salvo de sí misma? Hoy prefiero la turbiedad y la confusión del cerebro inferior, ese que antes llamábamos corazón. El corazón, sí; no es una palabra que me hayas oído utilizar mucho hasta ahora. Me siento como no me sentía desde que era un adolescente despechado, afligido y aliviado al mismo tiempo, aturdido con alivio por tu partida —eras demasiado para mí— y al mismo tiempo agobiado con un pesar tan enorme, mucho más relevante que lo que creo ser yo mismo, que me planto, no, me arrodillo ante él, sin palabras, con una especie de sobrecogimiento. Incluso en esas ocasiones en las que, saciado con su dolor, mi pensamiento renuncia brevemente a la idea de ti, la sensación de pérdida no se aplaca y me dedico a palparme mentalmente los bolsillos y a escudriñar con aire ausente los rincones en sombras de mi ser, esforzándome en identificar qué es lo que se ha descolocado. Así debe de ser tener una enfermedad devastadora, esta inquietud, esta excitación fatigada, este perpetuo estremecimiento de la sangre. Hay momentos…, bueno, no querría dramatizar, pero hay momentos, sobre todo en los polos gemelos del ocaso y el alba, en los que creo que podría morirme por haberte perdido, en los que podría olvidarme sin más de mí mismo en mi angustia y agitación y avanzar a ciegas más allá del borde del abismo y acabar con todo. Y, al mismo tiempo, tengo la sensación de no haber estado nunca tan vivo, tan sensible al sentido de las cosas, tan expuesto en mitad del hirviente juego de las partículas, como si me hubiesen arrancado una piel exquisitamente fina y protectora. La lluvia me atraviesa en silencio, igual que una lluvia de neutrinos.

Los asesinatos parecen haber cesado. Hace semanas que la policía no encuentra ningún cadáver. Me resulta turbador. Los asesinatos empezaron más o menos cuando nos conocimos y ahora que te has ido se han acabado. Es absurdo, lo sé, pero no puedo evitar preguntarme si no habría alguna relación. No me refiero a un vínculo directo, claro, pero ¿no podría ser que perturbáramos algo con nuestra indecencia, que alterásemos algún equilibrio secreto en el ambiente y causásemos así un fallo en las profundidades del laberinto sináptico de ese pobre desdichado, quienquiera que sea, y lo impulsáramos a salir de noche furioso, con su cuerda y su cuchillo? Como digo, es absurdo. Estoy convencido de haberlo visto, al asesino, sin darme cuenta, de que en algún lugar me he cruzado con él en mi deambular y no lo he reconocido. Menuda idea.

Mis dolores de cabeza también han cesado. Dolores de cabeza, asesinatos de noche. Si lo intentara, podría conectar todo en un plan vasto y secreto. Si lo intentara…

La tía Corky me dejó todo su dinero. (¿Lo ves…?, un amor perdido, una habitación cerrada, y ahora un testamento: estamos en terreno conocido, después de todo.) Era mucho más de lo que yo jamás habría imaginado. Fue el último gesto teatral de esa vieja astuta. Vete a saber si

pensaría que yo iba detrás del dinero. Espero que no. Estar a su lado las largas, últimas semanas de su agonía fue, ahora lo veo, la única buena acción pura que podría señalar en mi vida, lo único que podría equilibrar mi cuenta en el gran libro negro del ángel registrador. Aun así, no fingiré que no me alegra tener la pasta, sobre todo teniendo en cuenta que Morden, a pesar de su cháchara sobre la probidad y el juego limpio (¡y pensar que le creí!), se las arregló para olvidarse de compensarme por mis molestias antes de largarse. Mis molestias… Qué raro es el dinero; cuando no tienes nada casi no piensas en otra cosa, luego consigues un poco y no puedes entender por qué te parecía tan importante. La tía Corky de un soponcio (por decirlo de algún modo) me ha resuelto la vida, o al menos la manera de pasar parte de ella. Me siento mareado y un poco débil; es una sensación extraña, como ese temblor que queda en los músculos cuando dejas en el suelo una carga pesada que llevabas a cuestas desde hacía tiempo.

En realidad es irónico: la tía Corky era la que me insistía siempre en que buscara trabajo e hiciera algo con mi vida, pero ahora tengo su dinero y ya nunca necesitaré salir a ganarme el pan. ¿En qué estaría pensando? Supongo que era yo o el Hogar para Perros y Gatos. «Eres un inútil —decía tan alegre en su inglés deliberadamente macarrónico—, un inútil, sí, igual que tu padre». Era dada a ese tipo de franquezas, aunque no por hacer daño: de hecho, esa alusión a mi padre denota una aprobación compungida, pues me consta que tenía debilidad por el viejo. Lo que quería decir era que él y yo éramos dos diletantes derrochadores, aunque en su opinión teníamos cierto estilo. No se equivocaba, quiero decir en lo del derroche. He malgastado la mejor parte de mi vida. Lo hice todo al revés, empecé siendo un triunfador y luego acabé derivando hacia la vaguedad y una indecisión paralizante. Ahora, en la calma de mis nada rugientes cuarenta y tantos, tengo la sensación de haber entrado si no en mi segunda infancia, sí al menos en mi segunda adolescencia: mira todos estos líos amorosos, este suspirar y sollozar de las gónadas; a este paso me saldrán espinillas.

Ahora que lo pienso, fueron los apremios de la tía Corky por que encontrara trabajo, además, claro, de mi propia curiosidad natural (¿o será más bien antinatural?), lo que me llevó a Morden y a su tesoro de pinturas. Sigo sin saber a ciencia cierta cómo llegó a saber de mí, pues he cambiado de nombre (oficialmente; sí, existe ese procedimiento) y de todo lo que se puede cambiar; fue su empleado Francie quien acabó dando conmigo, Dios sabe con qué turbios medios. Morden tenía una conmovedora debilidad por el secretismo y los arrebatos repentinos, me di cuenta enseguida; le encantaba manipular… a sus víctimas, he estado a punto de decir; le gustaba manipular a la gente haciendo gala de una ignorancia fingida, para luego revelar con un ademán que desde el principio sabía todo lo que había que saber sobre ellos. A pesar de su aspecto adinerado y de la sensación amenazante que desprendía, tenía un claro aire de embaucador. La ocasión de nuestro primer encuentro deja en mi recuerdo una especie de brillo chillón y fosforescente; tengo la impresión de una luz verdosa, humo que se dispersa en el escenario, del repentino giro de una capa y de un vozarrón que grita: «¡Tachán!».

Era la primera vez que estaba en ese barrio de la ciudad, o al menos la primera vez que era consciente de estar allí. Septiembre, una de esas tardes soñolientas y vagamente alucinatorias de principios de otoño, todo cielo, nubes bruñidas y cobrizas y aire enrarecido de color azul petróleo. El río despedía aún un hedor estival. Qué alto, ancho y vasto parece el mundo en esa época del año; incluso el ruidoso tráfico parecía intimidado por esta nueva estación repentinamente eminente que se alzaba sobre las calles resonantes. Crucé la calle huyendo del sol a la entrada del callejón Swan, esquivé un autobús que me embistió con un mugido enfadado y me vi de pronto sumergido en unas sombras frías y claras, como tinta rebajada con agua, y tuve

que detenerme un momento para dejar que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Cuando pienso ahora en ese sitio, siempre lo veo atrapado en esa especie de eclipse; ni siquiera tu presencia en mi imagen mental de esas calles y callejones adoquinados logra dispersar el ambiente trémulo y turbio con que los tiñe mi memoria.

La casa estaba en…, ¿cómo la llamaré? La calle Rue, eso suena bien. La casa estaba en la calle Rue. Parecía abandonada y en ruinas, y al principio pensé que debía de haberme equivocado de dirección. Una enorme casa demacrada y gris con los marcos de las ventanas podridos, las escaleras gastadas y una puerta negra con las bisagras vencidas. Llamé al timbre y no oí nada, así que di unos golpes con el aldabón y me pareció oír una risita sofocada en el interior. Esperé, adoptando ese gesto abstraído y amable que requiere siempre la espera delante de una puerta, al menos en mi caso. Luego el ritual obligatorio: dar un paso atrás, escudriñar las ventanas de arriba, mirar la acera con el ceño fruncido y volver a escudriñar las ventanas al tiempo que lentamente se adopta una expresión quejosa. Nada. A la izquierda había un solar vallado cubierto de escombros y bolsas vacías de patatas fritas, y la nota de color de un purpúreo arbusto de las mariposas, a la derecha una tiendecita de mala muerte que parecía tener los hombros encorvados. Entré en la tienda. Olía a gato y a té recalentado. ¿De verdad necesitamos todo esto, estos toques de color local y demás? Sí. La vieja de costumbre me escudriñó por encima de los acostumbrados frascos de golosinas, tras ella una puerta oscura descendía hacia el infierno. Antes de que pudiera preguntarle nada, oí unos pasos leves y sincopados a mi espalda y me volví. Así es como empiezan las cosas. Una nube azul de humo de cigarrillo avanzando hacia mí como una garra abierta y detrás de su hombro la meliflua luz del sol en la calle y una sombra diagonal de De Chirico afilada como la hoja de una guillotina. Francie. Francie el conseguidor: un personaje con forma de S, desaliñado, sonriendo apenas, con los ojos brillantes, cojo, más bien alto, delgado, de pecho hundido, con unos pocos pelos pelirrojos debajo de una gorra plana, el rostro como un escoplo y una colilla con una pulgada de ceniza unida a la línea exangüe, larga, fina y casi inexistente del labio inferior. Nunca lo había visto antes, pero tuve la sensación de conocerlo desde siempre; o al menos —no puedo explicarlo— de que él me conocía a mí.

—¡Señor Morrow! —exclamó en el tono de un cazador reclamando su zurrón, mientras apuntaba el dedo como si fuese una pistola hacia mi pecho.

Morrow: sí, así me llamo; ¿lo he dicho ya? Lo escogí por su vaga insinuación de un mañana, y por supuesto, por las resonancias wellsianas. Encontrar un nombre de pila fue más difícil. Jugué con numerosos apodos extranjeros: Feardorcha, por ejemplo, que en nuestra antigua lengua significa «hombre de oscuridad»; también Franklin, el hombre libre, y Fletcher, un famoso isleño; Fernando, con su insinuación de estiletes y copas envenenadas; e incluso Fiodor, aunque las connotaciones de eso eran demasiado obvias hasta para mí. Al final, escogí el que me pareció más apropiado. Pero admito que aún no me he acostumbrado a esta nueva identidad —o al menos identificación— y siempre dudo cuando se dirigen a mí por ese nombre. Vi que Francie había reparado en esa elocuente vacilación; Francie era un hombre que reparaba en tales cosas.

—Acompáñeme, ¿quiere? —dijo.

Le seguí y recordé la imagen de la tendera allí de pie detrás del mostrador con el viejo rostro arrugado, vaga y pacientemente alzado, incapaz de moverse, atrapada en un trance estatuario para toda la eternidad, esperando la pregunta banal que yo había dejado sin formular.

En la acera soleada, Francie me miró de reojo las piernas y sonrió con los labios fruncidos como si se le hubiese ocurrido algo gracioso.

—Le hemos visto desde arriba —dijo señalando a las ventanas superiores—. No he podido

bajar lo bastante deprisa. La paciencia, me dicen, es una gran cosa.

La vaga sonrisa se convirtió en una mueca y su boca delgada pareció estirarse de oreja a oreja.

Un perrazo con el pelo negro brillante y erizado y las orejas enhiestas había surgido de la nada y andaba en silencio a grandes zancadas pisándonos los talones.

Nos detuvimos en la casa y Francie tiró la colilla, sacó una llave enorme y la metió en el agujero de la cerradura. Abrió la puerta negra y vencida y me animó a entrar con un elaborado gesto del brazo. Un vestíbulo blanco de techo alto pavimentado con baldosas de arenisca. La puerta, al cerrarse, produjo un estremecimiento de minúsculos ecos que cayeron goteando a nuestro alrededor. Olía a pintura al temple, a escayola vieja y a piedra desmenuzada. Una delicada escalera con el raíl del pasamanos moldeado en una curva sinuosa y ascendente —pienso en esa parte del brazo entre el codo y la muñeca— subía con elegancia hacia el tenue resplandor de luz blanca que se colaba por los ventanales de arriba. Subimos entre ecos. El perro, ignorado, nos siguió, con las garras dando golpecitos sobre los tablones del suelo.

—Estas escaleras —dijo Francie— son matadoras —aunque el que jadeaba era yo. Se volvió de pronto, hizo ademán de golpear al perro y gritó alegremente—: ¡Prince, cabrón, vete al diablo!

El perro se limitó a mirarlo con adoración, con las mandíbulas ribeteadas de rosa abiertas de par en par.

En el piso de arriba nos detuvimos bajo una cúpula de escayola desconchada. Noté que Francie me miraba todavía con una expresión de alegría contenida. Me enderecé y fingí interés por la arquitectura. Había un balcón circular con una barandilla y varias puertas blancas, todas cerradas. Me sentí como la última señora Barbazul. Francie fue delante de mí. Esos andares: esa media zancada ondulante y negligente, como si perteneciera a una especie que hace poco que hubiese empezado a andar erguida. La cojera no parecía molestarle, de hecho, parecía conferirle agilidad y ser más un muelle que un impedimento a sus andares. Abrió una de las puertas blancas, volvió a hacerse a un lado y me indicó que pasara con un gesto.

—Ya estamos aquí, amigo —dijo con desenfado y soltó un chasquido insolente con la comisura del labio.

«Oiga, buen hombre», dije… No, claro que no lo dije. Pasé a su lado. Noté al perro pegado a mis talones y oí su respiración acelerada, igual que el ruido de una máquina a pleno rendimiento. No me gustan los perros.

Hay ciertos momentos en la vida en los que…

Pero no, no. Pasaremos por alto la disquisición sobre el sino y los senderos bifurcados que nos ofrece el destino y todas esas paparruchas. No hay momentos, solo la deriva sin costuras; ¿cuántas veces tengo que repetirme esta verdad tan sencilla? Ese día no habría podido impedirme a mí mismo cruzar ese umbral igual que no habría podido detener los latidos de mi corazón o el paso de la linfa por mis glándulas. No quiero dar a entender que hubiese coerción de ningún tipo, que, atrapado por la mirada divertida y calculadora de Francie, me había quedado desprovisto de volición alguna; de ser así qué fácil parecería todo. No, lo que quiero decir es solo que no me detuve, no me hice a un lado, sino que seguí adelante y cerré así el resto de posibilidades. Las cosas ocurren, luego han ocurrido. Si hay otros mundos en los que se despliegan las alternativas a nuestros actos, no sabemos nada de ellos. Incluso si hubiese notado el presagio del roce de una telaraña contra mi cara, me habría visto arrastrado de manera irremisible por la fuerza de esa serie encadenada de minúsculos acontecimientos que empezaron en el momento en que nací, si no antes, y que me empujaron sin más ceremonias hacia la confrontación de este día, igual que

me empujarán hacia otras más o menos fatídicas hasta que por fin llegue a la última de todas y desaparezca para siempre en el espejo súbitamente roto de mi ser. Es lo que llamo mi vida. Es lo que creo dirigir, cuando todo el tiempo me dirige ella a mí, igual que cuando llevan a un buey al matadero.

El pasillo en el que me encontré era bajo y ancho y estaba abarrotado de cosas. Otra vez paredes blancas, el peculiar blanco amarillento, cansado y desconchado que era el tono general y descolorido del interior de la casa. Del mismo tono y textura, al menos en mi primera y vaga percepción de ellos, fueron los objetos sin nombre apilados en todas partes, el desorden de años —de siglos— parecido, al menos para mí, a grandes cúmulos de nubes ligeramente sucias o a enormes grumos secos de *papier mâché*. Al abrirme camino entre ellos tuve la impresión de que no eran solo basura arrojada y dejada allí a lo largo de los años, sino que eran, más bien, una especie de detritus exudados por el propio lugar, una espuma solidificada que las paredes habían precipitado mediante algún proceso de lenta descomposición interna. E incluso después, cuando llegué a rebuscar entre estos recrementos, conservaron para mí parte de esa textura desecada y friable, y hubo veces en las que me pareció que yo también, debido a un contacto prolongado con ellos, estaba empezando a enmohecerme y acabaría deshaciéndome hasta que no quedara de mí más que un montón informe de pedacitos inidentificables. Detrás de mí, Francie blasfemó alegremente y apartó de una patada una caja de cartón que tenía delante.

—Dios bendito —dijo con un suspiro—, este sitio, este sitio.

El pasillo delante de mí se curvaba un poco —la casa era todo torcimientos, sesgos e inclinaciones repentinas, resultado del hundimiento, según Morden, que se las arregló para dar a la palabra un connotación infernal— y, de pronto, me encontré con otra puerta, esta entreabierta cinco o seis centímetros. Las puertas entreabiertas siempre me han llenado de inquietud; parecen tan cómplices y sugerentes, como un ojo a punto de guiñarse o una boca que se abre para reír. Una extraña e intensa luz blanca salía de detrás, derramándose a través de la ranura como si tras ella estuviese ardiendo una llamarada de magnesio. No obstante, era solo la luz del día, que caía de dos ventanas muy altas y, eso me pareció al principio, ligeramente inclinadas. La habitación, muy alta y espaciosa, parecía el estudio de un pintor. Un artilugio con barras y poleas, como un tendedero de la ropa, colgaba de unas cuerdas del techo, y una enorme sábana blanca y sucia que parecía que alguien había extendido a lo largo de la habitación antes de caer a un lado estaba amontonada formando una diagonal desde el rincón de un marco de la ventana hasta el suelo, produciendo un efecto teatral que me resultó extraña e inexplicablemente familiar; todo —la habitación, la luz blanca y concentrada, la faja como una cascada— podría haber sido el fondo de uno de los retratos de grupos revolucionarios de Jacques Louis David. Morden siguió mi mirada y dijo:

—*El Juramento del Juego de Pelota*, ¿eh? —y me lanzó una mirada aguda e irónica, con la cabezota echada hacia atrás.

Así, desde el inicio, tuvimos una demostración de sus poderes adivinatorios. Yo retrocedí un paso, sorprendido, como si uno de los tablones del suelo se hubiese alzado bajo mis pies y me hubiera golpeado en la nariz. Noté que Morden estaba muy pagado de sí mismo.

—Sí —dijo—, la casa es igual de antigua, hasta el año coincide; increíble, ¿eh?

De pie en mitad del suelo despejado, envuelto en su largo abrigo con los brazos cruzados sobre el pecho y mirándome con la cabeza ladeada por encima de la narizota aplastada de boxeador, él tenía pinta de ser de una añada posterior, menos Robespierre de David que Balzac de Rodin. Los ojos… ¡ah, los ojos! ¡Esa mirada de pantera! Comprendí dos cosas al mismo

tiempo: que era al menos diez años más joven que yo y que le tenía miedo; no supe cuál de las dos cosas me pareció más inquietante. Oí a Francie que se movía despacio detrás de mí y por un delirante momento tuve la sensación de que se estaba colocando a mi espalda para sujetarme, como esos esbirros de las películas que tiran de pronto hacia atrás de la chaqueta de la víctima y le agarran por los brazos para que el jefe con su abrigo de piel de camello y su sombrero pueda adelantarse sonriente como si tal cosa y propinarle al desventurado protagonista un puñetazo en el estómago. Después de un intervalo de silencio comprimido, se diría que Morden tomó una decisión, asintió y murmuró, mirándome aún con esa mirada oscura y vidriosa:

—Sí, claro, claro —y adoptó una expresión que era en parte una sonrisa y en parte una mueca ceñuda, se volvió, fue despacio hacia la ventana y se quedó en silencio un largo rato contemplando el edificio de enfrente.

Ese abrigo, no obstante, no puede haber llevado ese abrigo todavía… Aún hacía demasiado calor: y, si recuerdo mal ese detalle, ¿qué otras cosas no recuerdo? En cualquier caso, así es como lo veo ese día, allí plantado, bajo la luz, al pie de esas ventanas prominentes con los brazos aún cruzados y una pierna asomando entre los faldones del abrigo, un hombretón amenazante de rasgos achatados, con un bronceado de los que cuestan dinero y una larga y espesa melena de pelo castaño rojizo muy bien cortado y sin brillo.

—Bueno: aquí está usted —dijo, como para dejar de lado lo sucedido hasta el momento y empezar de nuevo.

Me sentí ya sin aliento, como si me estuvieran obligando a subir y bajar gateando tras él por una pendiente muy inclinada.

—Sí, aquí estoy —respondí, sin saber qué otra cosa decir.

Morden miró por encima de mi hombro en dirección a Francie, arqueó las cejas y dijo:

—¡Oye, si sabe hablar!

Luego fijó otra vez en mí su mirada calculadora. A mi espalda, Francie se rio en voz baja. Otro silencio. Prince el perro se sentó en la puerta, con la lengua colgando, y nos observó con atención, con las orejas de zorro erguidas y algo temblorosas.

Estoy seguro de que nada de esto es como sucedió en realidad.

—Creo que puede usted ayudarme —dijo enérgico Morden—. He oído que es usted un hombre en quien un hombre puede confiar —pareció encontrar eso brevemente divertido y disimuló una leve sonrisa. Su voz resonaba en ese pecho tan ancho y estaba cargada de extraños énfasis, que se repetían adrede como si quisiera dejar claro que no tenía tiempo ni paciencia para decir todo lo que tenía que decir y por tanto las propias palabras tendrían que hacer horas extras; una voz manufacturada. Dijo que hacía poco que había adquirido la casa, me gustó esa palabra, *adquirido*, y añadió—: Como inversión —y movió una mano llena de anillos extrañamente hinchada y exangüe—. Inversión, conservación, las dos cosas al mismo tiempo; tenemos grandes planes; sí, grandes planes.

Ahora fue el turno de reírse de Francie. ¡Oh!, los dos lo estaban pasando en grande. Morden asintió feliz y complacido, considerando el futuro y respirando hondo por esas anchas aletas de la nariz como si estuviese husmeando los fuertes olores de la madera recién cortada, los ladrillos y el cemento. Luego se despertó y se apartó de la ventana, muy alegre y risueño de pronto.

—Y ahora —dijo—, creo que haré un pequeño brindis —dijo—. ¿Francie?

Francie dudó y por un instante se olió la rebelión en el aire. Me volví y Morden y yo lo miramos. Al final, se encogió de hombros, sorbió con desdén entre los dientes y se marchó cabizbajo con el perro.

Morden se rio.

—El bueno de Francie también es un poco artista —dijo en tono de confidencia.

Sentí que algo se relajaba en mi interior con una especie de crujido, como si en el engranaje de un mecanismo de resorte tenso en mi pecho se hubiese soltado una muesca. Morden volvió a su contemplación silenciosa en la ventana. Todo estaba muy silencioso; lo mismo podíamos haber estado juntos en un ascensor, subiendo sin ruido vete a saber adónde. Oí los latidos de mi corazón; el ritmo parecía muy lento. Son raros estos momentos en los que todo da la impresión de soltarse e ir a la deriva y se diría que puede suceder cualquier cosa; no se parecen en nada a la vida, sino a algún otro estado, consciente y al mismo tiempo soñoliento, en el que el ser pende ingrávido en una especie de quietud febril. Tal vez haya algún tipo de volición después de todo (volición involuntaria, ¿podría haber algo así?) y tal vez sea en momentos como este en los que, de manera inconsciente, forjamos nuestros juicios, tomamos decisiones, nos comprometemos. En tal caso, todo aquello en lo que he creído era erróneo (lo de creer en este sentido es, por supuesto, una cualidad negativa). Es una idea intensamente vigorizante. No la doy por buena; solo bromeo, me divierto en este breve interludio antes de que todo empiece de nuevo.

Al cabo de un rato Francie volvió con una botella de champán y tres copas de vino veladas por el polvo. Morden cogió la botella, retiró el papel de plata y el tapón de alambre y giró con brusquedad el corcho; pensé en un cazador al acabar con la vida de alguna criatura rolliza y lustrosa. Se oyó un taponazo inesperado y una lacia lengua de espuma salió del cuello. El vino era rosa y tibio. A Francie no le sirvió. Morden chocó su copa polvorienta con la mía.

—¡Por el arte! —dijo.

Yo bebí, pero él no, solo se llevó la copa a los labios en una muda pantomima.

Anduvimos arriba y abajo por la casa, Morden iba delante balanceando la botella de champán por el cuello y con el abrigo ondulando, seguido de Francie con sus andares sincopados y del perro que le pisaba los talones. Esta marcha forzada tenía algo violento y al mismo tiempo un poco absurdo. Tuve la sensación de que iba a producirse un colapso risible e inminente, como en uno de esos sueños de vodevil en los que uno se encuentra de pronto corriendo desnudo entre una multitud convulsa de desconocidos que señalan divertidos con el dedo. Anduvimos con paso solemne por las salas de techos altos con la escayola desconchada, los tablones del suelo arrancados y las ventanas, al pie de las cuales la geometría de la luz solar se extendía en secciones complejas. En todas partes se percibía la muda vergüenza de la casa al verse sorprendida así, en semejante desaliño.

—… una persona llamada Marbot —estaba diciendo Morden—. Josiah Marbot, terrateniente, caballero de este distrito. Gran viajero, gran constructor, gran coleccionista, confidente del rey de Nápoles, invitado de María Antonieta en el palacio de Versalles (se cuenta que esta tenía el clítoris del tamaño de su dedo pulgar, ¿lo sabía?). Se conservan las cartas que le envió a él *madame* de Nosecuántos, la amante del rey Loquesea. Hizo su fortuna pronto, con el comercio de telas: lino de Flandes, cáñamo de Gante, tejedores de Bayeux. Recorrió en barca de remos los Países Bajos comprando todo lo que pudo encontrar; oh, sí, tenía ojo para las gangas. Nunca se casó, y dejó su fortuna a la Sociedad Antiesclavista o algo por el estilo. Era cuáquero, creo. Un hombre típico del XVIII —se detuvo de pronto y faltó poco para que me chocara con él. Olía a loción de afeitado y a enfermedad incipiente de las encías. Todavía llevaba su copa de champán intacta. Rellenó la mía—. Al final, claro, se volvió raro —sostuvo inclinada la botella y me miró con los ojos pequeños, brillantes y juguetones y las cejas fruncidas—. Se encerró aquí en la casa,

con un criado por toda compañía, años y años hasta que murió. Está todo escrito, lo he leído. Es increíble.

Mientras Morden hablaba, mi atención recayó en algo que tenía detrás y que él no podía ver. Habíamos llegado a lo que parecía el final sin salida de un pasillo y ante nosotros había una pared estrecha y alta, vacía y sin puertas visibles. La disposición me pareció peculiar. La pared del fondo era de escayola y listones, y en un sitio, abajo, la escayola se había deshecho como una gran pieza de puzle a través de la cual pude ver lo que había al otro lado: la luz del día, tablones desnudos y algo negro: un material negro, terciopelo, tal vez, que tomé por una cortina o una especie de pantalla estrecha hasta que de pronto se movió y atisbé una pierna con medias y la puntera afilada de un esbelto zapato negro. El perro gimió.

—Ahora fíjese en esto —dijo Morden.

Se volvió hacia la pared ciega, apretó con el dedo un interruptor oculto o algo parecido y con un chasquido la estrecha pared se convirtió en una puerta que se abrió sobre los goznes chirriantes. ¡Qué emoción infantil me produjo ver abrirse una pared! Me sentí como uno de los valerosos protagonistas infantiles de Robert Louis Stevenson. Tras ella había una habitación triangular con una ventana baja y sucia que daba a la calle y a un murete de ladrillo por encima del cual vi el perfil abovedado y lleno de agujas de la ciudad, cubierto por el polvo de la luz de septiembre. El mobiliario se reducía a una única silla de respaldo ahusado dejada allí por alguien y olvidada, y una *chaise-longue* ancha y caída hacia un lado que se ofrecía a nuestra mirada con un aire de insinuación elefantina. Apilados contra la pared y cubiertos con una sábana mohosa y polvorienta vi lo que solo podían ser cuadros enmarcados, media docena o así (ocho, en realidad; ¿a qué viene esta timidez?). Miré a mi alrededor: nadie, y nada, excepto un rastro de perfume que era ya tan leve que puede que estuviera solo en mi imaginación. Morden se adelantó con el andar jactancioso de un empresario teatral y retiró la sábana de los lienzos.

—Eche un vistazo —dijo, y los señaló con la botella de champán, balanceándola como una maza india—. ¡Solo eche un vistazo!

Entretanto, Francie se apoyó en el quicio de la puerta con las manos en los bolsillos y me guiñó un ojo, bajando con facilidad de experto un correoso párpado de lagarto.

1. *Persecución de Dafne,* ca. 1680

Johann Livelb (1633-1697)
Óleo sobre lienzo, 26 ½ × 67 pulgadas (67,3 × 170,2 cm)

Producto de la madurez de este artista, la *Persecución de Dafne* es una obra hábilmente ejecutada, equilibrada y al mismo tiempo vigorosa, tal vez incluso tosca, con connotaciones inquietantes y turbadoras. La luz amenazante, que destaca el relieve de las figuras centrales y baña las distancias al fondo de un brillo ultraterreno, le confiere un tono espectral y casi surrealista que constituye lo que algunos críticos consideran el principal interés del cuadro. Las dimensiones de la tela, un rectángulo alargado, sugieren que el lienzo se encargó para un lugar concreto, tal vez encima de un sofá o una cama; desde luego el ambiente de voluptuosidad incontenida pero refinada que rezuma la escena parece apoyar la idea (cf. Popov, Popham, Pope-Hennessy) de que la obra se pintó para el gabinete o la alcoba de una mujer. Como siempre, Livelb adapta su visión a los dictados de la forma disponible, y aquí ha utilizado las dimensiones de su panel alargado para crear una sensación precipitada muy oportuna para el tema y al mismo tiempo mantener una especie de sucedáneo del reposo del clasicismo, una calma exánime en medio de un aparente frenesí. De izquierda a derecha, la acción se le antoja al espectador como parte de un movimiento más extenso del que se ha arrancado la escena, de modo que el cuadro no parece completo en sí mismo sino más bien la parte final, truncada, de un friso. El artista refuerza la sensación de velocidad haciendo que sople el viento —y además con fuerza— no en el rostro de perseguidor y perseguida, como cabría esperar, sino por detrás de ellos, como si el propio Eolo hubiese llegado para apremiar a Apolo en la persecución. A pesar de este viento perseguidor, el pelo de Dafne, recogido con una cinta púrpura, fluye desde los hombros en largos bucles, un movimiento sinuoso que encuentra un eco en el recorrido del río Peneo, que corre por el paisaje lejano del fondo como una sierpe brillante y plateada. La figura de Cupido con su arco, suspendido en el extremo izquierdo del cuadro, parece no tanto la de un dios como la de un sátiro que se regodea, y en su espantosa sonrisa no solo resplandece la venganza, sino también una avidez lasciva y extrema: pretende disfrutar del espectáculo de la violación que cree estar a punto de presenciar. Apolo, con el dardo amoroso hundido hasta las plumas doradas en el omóplato derecho, ofrece una figura un tanto lamentable; este no es el ágil efebo de la descripción clásica sino, probablemente como el propio pintor en la época, un hombre de mediana edad, de miembros flácidos, de cintura gruesa y respiración agitada, que ya no está en forma para las persecuciones amorosas (hay quien ha sugerido que se trata de un autorretrato, pero no se han aportado pruebas que respalden la teoría). Si Dafne está sufriendo una transformación, lo mismo le ocurre al dios. Vemos en la expresión de sus ojos —¡qué bien la ha captado el pintor!— la desesperación y la naciente angustia de quien está a punto de experimentar la pérdida, no solo de esta joven arrebatadora que es el objeto de su deseo, sino de un rasgo esencial de su identidad, de lo que hasta ese momento creía ser y ahora ya sabe que no será más. La mano nervuda que alarga para atrapar a su presa nunca encontrará asidero. Dafne ya se está convirtiendo en ramas y hojas; cuando la miramos de cerca vemos la corteza que empieza a aparecer a través de la piel, los

dedos finos que se transforman en ramas, los verdes ojos a punto de florecer. Con qué languidez se inclina el laurel sobre ella, con cada hoja orlada (*wie eines Windes Lächeln,* según la bella expresión de Rilke) y deseosa de rodearla en un abrazo transfigurador. Nos podría haber ahorrado el indecoroso juego de parecidos entre las ramas hendidas del árbol y los miembros de la joven que huye. Aquí, como en tantas obras de Livelb, se sacrifica la majestuosidad del tema clásico por mor de la extravagancia y los efectos vulgares y, al final, al cuadro le faltan la nobleza de propósito y la sencillez en la ejecución que le habría prestado un artista mayor. Por citar al crítico Erich Auerbach, que escribió en un contexto distinto, lo que tenemos aquí es «un estilo muy retórico en el que ha ganado mucho terreno el espanto de lo sensorial; un realismo sombrío y muy retórico totalmente ajeno a la antigüedad clásica».

La tía Corky no era en realidad mi tía sino una prima por parte de mi madre, tan lejana que la línea de consanguinidad debía de haberse adelgazado hasta tener el grosor de un corpúsculo. Decía ser holandesa, o flamenca, cuando pensaba que eso sonaba más elegante, y es cierto, creo, que su familia era originaria de la misma gibosa aldea de los Países Bajos de la que emigraron hace siglos los antepasados de mi madre (la imagino pintada por Hobbema, claro: un montón de casas con tejados de color siena quemado, un camino lleno de baches, un hombre con sombrero y dos hileras de esbeltos álamos que se empequeñecen en la distancia onírica y azulada), pero había vivido en tantos sitios, y se había convencido a sí misma de haber vivido en tantos otros, que se había vuelto borrosa, como una estatua cuyos rasgos ha desgastado el tiempo, y su pretendida condición de extranjera se había reducido a una pátina vaga y velada. En cualquier caso, en algunos sitios las líneas originales todavía conservaban lo que para mí era un relieve inconfundible: tenía la frente ancha y huesuda y los pómulos marcados típicos de los habitantes de los Países Bajos (cf. el impávido retrato que dibujó Durero de su madre, 1514), e incluso su voz tenía un leve deje catarroso en ciertas consonantes difíciles de pronunciar. De niño era para mí totalmente europea, un producto de pueblos con campanarios, climas diferentes y un batiburrillo de lenguas imposibles. Aunque es probable que fuese más joven que mis padres, en esos tiempos me parecía vieja, supongo que por lo fea que era, como la bruja de un cuento de hadas. Era baja y de complexión cuadrada, con tórax de boxeador y grandes manazas de venas nudosas; con su constitución achaparrada y las piernas delgadas que no se tocaban en las rodillas y sus faldas siempre un poco torcidas parecía un mueble, un aparador tal vez, o una mesa de comedor con las extensiones bajadas. Llevaba su fealdad con magnífica altivez. Se decía que había perdido a su marido en la guerra; siempre aludían a su tragedia con esta fórmula, por lo que yo pensaba en él como si no estuviera muerto sino extraviado, una figura consumida y harapienta de mirada desesperada vagando entre el humo de los cañones por los grandes bosques y los pueblos destrozados de Europa, en busca de mi tía Corky (su verdadero nombre, dicho sea de paso, era una impronunciable colisión de consonantes mezcladas con íes y yes). Ella había sufrido otras cosas en la guerra a las que solo se aludía en calladas insinuaciones, lo cual alimentó profundas y extrañamente excitantes especulaciones en mi torpe preadolescencia: la imaginaba atada y abierta de piernas en el húmedo sótano de un cuartel en una calleja junto a un canal mientras una tropa de cabezas cuadradas con esvásticas se le acercaba y… Pero llegado a este punto, todavía sin nutrir por la experiencia o el arte, mi imaginación vacilaba.

Aún no estoy seguro de cuál de las múltiples versiones que daba la tía Corky de su llamativa vida era cierta, si es que alguna lo era. Sus documentos, según he averiguado, cuentan otra historia, pero los documentos pueden falsificarse, como sé muy bien. Mentía con tanta sencillez y con una convicción tan sincera que en realidad no era mentir, sino una especie de reinvención continuada del ser. Cuando estaba inspirada, tenía toda la pasión y la inventiva de una

improvvisatrice y podía mantener en vilo a su público sin interrupción un cuarto de hora o más con una mezcla de maravilla y vergüenza. Recuerdo haber oído, cuando yo era muy pequeño, cómo le contaba un día a mi madre los detalles del funeral de la joven esposa de un príncipe alemán que ella aseguraba haber presenciado, o en el que quizá dijera incluso haber participado, y juro que me pareció ver el ataúd descendiendo por el Rin en la barcaza imperial, sin más compañía que *seine königliche Hoheit* con su uniforme crema y azul y el casco empenachado de color plata, mientras miles de súbditos afligidos lo contemplaban en silencio desde la orilla del río. No obstante, como ocurría a menudo, la tía Corky llevaba las cosas demasiado lejos y no se contentaba hasta convertir la narración en un relato: la barcaza pasaba por debajo de un puente y, al salir por el otro lado, el ataúd, antes sin adornos, aparecía de pronto cubierto de rosas blancas, cientos de ellas, en profusión milagrosa. «Así —decía, haciendo gestos circulares con las manazas, y amontonaba flores imaginarias más y más alto, con los ojos brillantes de lágrimas no vertidas—, ¡tantas, oh, tantas!».

¿Cómo llegó a tener tanto dinero a su muerte? Para mí es un misterio. Nunca tuvo un empleo, que yo sepa, y parecía vivir de la caridad de una red de parientes aquí y en el extranjero. Tuvo una larga relación con un inglés, un personaje lúgubre y decididamente turbio aficionado a las corbatas chillonas y a los zapatos en dos tonos; no me parece probable que fuese él quien ganase el dinero, más bien lo contrario, diría yo. Se casaron, creo —la moral de la tía Corky era una cuestión sobre la que nuestra familia guardaba un silencio hermético —, y se mudó con él a Inglaterra, donde viajaron mucho, sobre todo por los condados de los alrededores de Londres, viviendo en refinadas pensiones y jugando mucho al *whist*. Luego algo fue mal y Basil —así se llamaba, acabo de recordarlo— desapareció y nadie volvió a hablar de él; la tía Corky volvió con nosotros con un nuevo peso añadido a sus muchas penas, y, siempre que alguien hablaba de Inglaterra o de los ingleses, se estremecía y se llevaba la mano a la mejilla con un gesto al mismo tiempo trágico y resignado, como si ella fuese Dido y alguien hubiese aludido a la guerra de Troya. A mí ella no me caía mal. De aquellos primeros días recordaba sus extraños y renqueantes andares y su risa de cacatúa; incluso recordaba su olor, una poderosa mezcla de perfume barato, bolas de naftalina y un tufo polvoriento cuyo origen nunca pude identificar aunque me recordaba al olor de las cortinas de cretona. Y a humo de cigarrillo, claro; sin duda tenía una afición típicamente europea al tabaco fuerte, y allí donde iba dejaba una nube de color azul ceniza a su paso, de modo que cuando pensaba en ella en aquellos tiempos veía una sólida aparición que salía sin cesar de su propia aura. Llevaba un maquillaje pegajoso de color melocotón, y colorete, y se pintaba la enorme boca, siempre un poco torcida, con lápiz de labios púrpura; también se teñía el pelo de un tono amarillo metálico e iba a que se lo rizaran y peinaran todos los sábados por la mañana.

Qué agradable es pasar en silencio estas páginas descoloridas del álbum.

No sé qué me empujó a ir a verla después de todos esos años. Me asustan las habitaciones de los enfermos, como a todo el mundo, y nos habían pasado tantas cosas a mí y a mi vida desde esos días ahora arcaicos, que no estaba seguro de seguir hablando una lengua comprensible para esa reliquia cada vez más descolorida de una época perdida. Había dado por supuesto que ya estaba muerta; al fin y al cabo, todos los demás lo estaban, tanto mis padres como mi… como otros, todos bajo tierra, así que ¿cómo iba a seguir con vida ella, que ya parecía vieja cuando nosotros éramos jóvenes? Tal vez fuese solo por curiosidad por lo que…

¡Ah!, qué delatora es, me he dado cuenta antes, la ampulosidad en la que caigo cada vez que empiezo a disimular deliberadamente: «Nos habían pasado tantas cosas a mí y a mi vida desde

esos días ahora arcaicos», ¡ay, Dios, ay, Dios! Siempre que emplee frases como esa sabrás que estoy inventando. Pero ¿cuándo no las utilizo? (¡Y luego digo que la tía Corky era una mentirosa!)

Estaba viviendo, si se puede decir así, en una residencia fuera de la ciudad llamada Los Cipreses, un lugar como un enorme cenador blanco y rosa en medio de un semicírculo de esos árboles epónimos, puntiagudos, negros y azulados en la ladera de una colina con una vasta y ligeramente vertiginosa vista del mar justo al otro lado de la bahía. Había una puerta de madera alta y con olor a creosota con uno de esos cierres automáticos con un altavoz que me gritó en una lengua irreconocible para mí, aunque aun así me dejó pasar. Un camino asfaltado, matorrales, una pendiente cubierta de césped, luego de pronto, como una flecha que vuela directa desde el pasado, el olor agudo y punzante de algo que conocía pero no pude nombrar, algún árbol, eucaliptos tal vez, sí, yo diría que eran eucaliptos: bonita palabra con ese acento tiroideo en el centro como un trago de pesar. Casi tropecé, asaltado por la dulzura de las penas olvidadas. Luego vi la casa y me entraron ganas de reír, tan delicada, larguirucha y alegre era, tan incongruente con sus arcos con pilastras, las rejas en filigrana y la veranda acristalada que reflejaba una gran franja del sol vespertino. ¡Típico de la tía Corky acabar aquí! Mientras seguía la curva del camino de entrada vi el mar abajo, lejano, azul, inmóvil, como algo irreal, un mar de la imaginación.

La puerta de la veranda estaba abierta y entré. Unos cuantos cuerpos viejos y resecos se soleaban en tumbonas entre las palmeras metidas en macetas. Ojos amarillentos y legañosos giraron y me miraron. Una puerta con paneles de cristal daba acceso a la ocre penumbra del interior. Di con cuidado unos golpecitos y esperé, respirando despacio.

—Tendrá que llamar más fuerte —dijo con voz trémula uno de los viejos que tenía detrás, y tosió con un chapoteo como el de una bota de agua al sacarla del barro.

Había un olor penetrante a orina y a comida hervida. Volví a llamar con más fuerza, haciendo temblar los cristales, y enseguida, como si hubiese estado esperando para salir a recibirme, una joven pelirroja gruesa y alegre abrió la puerta y exclamó:

—¡Caramba, va a despertar usted a los muertos! —y sonrió.

Llevaba uniforme de enfermera, con una cofia blanca y esos zapatos de suela de crepé, e incluso un reloj de pulsera enganchado boca abajo en el bolsillo de la pechera (¿por qué hacen eso?), pero, por alguna razón, nada resultaba convincente. Tenía pinta de marimacho, y me recordó a una niña de una granja a quien conocí de crío, que me dejaba montar a caballito y una vez se ofreció a enseñarme lo que llamó «su cosita» si yo le enseñaba primero la mía (me temo que la cosa no pasó de ahí). Pregunté por la tía Corky y la chica me miró de arriba abajo con una ceja arqueada, sonriendo aún con escepticismo, como si sospechara a su vez que yo pudiera ser un impostor. Una plaquita de plástico azul en el cuello del uniforme decía que se llamaba Sharon.

—¿Es usted el sobrino? —preguntó, y yo respondí con un sí rotundo.

En ese momento, se materializó en silencio a mi lado un hombre rollizo, fofo, de pelo rubio y con un anticuado traje oscuro de raya diplomática, que asintió con la cabeza y me sonrió con un gesto triste y familiar, como si los dos fuésemos viejos conocidos y compartiéramos penas desde antiguo. No me gustaron ni su aspecto ni el modo tan siniestro en que se me había acercado.

—Está bien, Sharon —murmuró con una voz grave y vagamente eclesiástica, y la joven se encogió de hombros, se dio la vuelta y se alejó silbando con los zapatos de suela de crepé chirriando en el suelo de baldosas blancas y negras—. Me llamo Haddon —anunció el de la raya

diplomática, esperó un instante y añadió—: Señor Haddon.

Me pasó la mano por el brazo y me guio hacia unas escaleras que subían muy empinadas hasta un rellano con un amplio ventanal de coloridos paneles acristalados, que de algún modo me resultó amenazador. Había empezado a sentirme obstaculizado, como si estuviésemos vadeando aguas muy profundas; también tuve una sensación de hilaridad general contenida de la que intuí que era el objeto sin saberlo. Cuando estaba a punto de subir las escaleras percibí un movimiento fugaz con el rabillo del ojo y me estremecí cuando una mujer menuda y delicada con el rostro de una niña avejentada se me acercó correteando, me tiró de la manga y dijo con la voz sin aliento de una joven a la moda de los años veinte:

—¿Es usted el hombre de los pelícanos?

Me volví hacia Haddon en busca de ayuda, pero él se limitó a quedarse con la mirada perdida, con los labios fruncidos y las manos lívidas entrelazadas sobre la bragueta, aguardando paciente, como si esa fuese una prueba iniciática necesaria pero fatigosa por la que yo debía pasar.

—¿El hombre de los pelícanos? —me oí decir con voz lastimera—. No, no, no lo soy.

La niña avejentada siguió mirándome escrutadora. Llevaba un vestido de seda de color gris paloma con un vaporoso pañuelo de seda ceñido a la cintura. Su rostro era muy notable, suave y con apenas arrugas, y le brillaban los ojos.

—¡Ah! —exclamó—, entonces no me sirve —y me dedicó una sonrisa dulce y lasciva y se marchó apenada.

Haddon y yo subimos por las escaleras.

—Es la señorita Leitch —murmuró a modo de explicación.

Cuando llegamos al rellano, se detuvo ante una puerta, llamó una vez, inclinó la cabeza y escuchó un instante; luego volvió a asentir con la cabeza, articuló en silencio una palabra de aliento y despacio, entre crujidos, descendió las escaleras y se marchó. Yo esperé, de pie en un chillón charco de luz multicolor procedente de la vidriera que tenía a mi espalda, pero no ocurrió nada. De pronto, tuve plena consciencia de mí mismo, como si otro yo mudo y vivo hubiese brotado de la alfombra con calvas para alzarse monstruoso sobre mí. Apoyé la cara en la puerta, susurré el nombre de la tía Corky y en el acto me pareció oír otra oleada de risas ahogadas a mi alrededor. No hubo respuesta y, en un súbito estallido de irritación, abrí la puerta y me quedé cegado por un resplandor de luz.

A esas alturas había empezado a lamentar de veras haber irrumpido en esa mansión de las sombras, y habría agradecido que el señor Haddon o algún otro guardián de la casa hubiese llegado, se hubiese plantado con firmeza delante de mí, hubiera cerrado la puerta y me hubiese acompañado por las escaleras a la calle diciendo: «Vamos, vamos, ha sido todo un error, ha venido usted al sitio equivocado, y además su tía ha muerto». Pensé con un anhelo asustado en el mar azul, en el cielo y en esos árboles que montaban guardia cimbreantes. No puede ser más típico de mí: entrar sin querer en un sitio al tiempo que deseo estar en otro. Tuve la impresión, y aún la tengo a pesar de las pruebas de mi experiencia posterior, de que la sala era grande, un vasto espacio blanco y vagamente resonante en cuyo centro yacía minúscula la tía Corky, atrapada en la barcaza de una enorme cama, a la deriva en su desuso. Había estado dormitando y al oírme llegar sus ojos se abrieron como si un elástico controlase sus párpados. En cuanto la vislumbré, hizo ese truco que hace la gente cuando llevas mucho tiempo sin verla: apartar con brusquedad a un doble más joven y no muy convincente y deslizarse con destreza en su lugar. Se quedó muy quieta y me miró un largo rato, sin saber —comprendí— quién era yo y si era real o el producto de su imaginación. Parecía haber cambiado muy poco desde la última vez que la

había visto, que debió de ser unos treinta años antes. Estaba arrugada y un tanto encogida y había cambiado su pelo teñido por una peluca aún más llamativa y amarillenta, pero por lo demás era sin lugar a dudas la tía Corky. No sé por qué eso debía de sorprenderme, pero me sorprendió, e incluso me hizo vacilar un segundo. Sin levantar la cabeza sonrió de pronto y dijo:

—¡Oh, no te habría conocido!

¿Te he descrito alguna vez la sonrisa de la tía Corky? Abría mucho los ojos y echaba los labios hacia atrás para mostrar una dentadura que habría encajado en un caballo pequeño, mientras su cabeza temblaba levemente como si se estremeciera por la tensión de un gran, aunque alegre, esfuerzo físico. Una mano con manchas se movió sobre la sábana como un cangrejo y buscó la mía en el aire; le cogí los dedos ganchudos y la sujeté por debajo del codo —qué fuerza tenía: era como si te enganchara la rama de un árbol caído— y se incorporó en la cama, con un gruñido. Hice lo que siempre se hace con los almohadones y demás, luego acerqué una silla y me senté cohibido con las manos sobre las rodillas; ¿hay alguna forma natural de sentarse al lado de la cama de un enfermo? La tía Corky llevaba un camisón blanco y no muy limpio de manga corta, como el que ponen a los pacientes para entrar en el quirófano; vi los moretones en la piel fina como el papel, en el hueco del brazo donde debían de haberle sacado o transfundido sangre. Se sentó encorvada con la boca abierta y me miró, jadeando un poco, con una sonrisa vacilante que daba la impresión de que estuviera negando sorprendida con la cabeza. Dos grandes lágrimas asomaron a sus ojos y temblaron en los párpados inferiores. Como me ocurre siempre ante la aflicción ajena, contuve el aliento. Le pregunté cómo se encontraba y ella respondió sin rastro de ironía:

—¡Oh, de maravilla, de maravilla…, ya lo ves!

Después, oportunamente, hay huecos en mi memoria, sin duda voluntarios. Supongo que debimos de hablar del pasado, de la familia, de mi supuesta vida —Dios sabe que la tía Corky no era de las que dejan sin tapar una grieta en el silencio—, pero lo que mejor recuerdo son cosas, no palabras: el camisón blanco, por ejemplo, decolorado por el uso repetido (vete a saber cuántos habrían muerto con él), un cenicero de metal lleno sobre la mesilla, la lívida mancha de carmín que se apresuró a ponerse con mano temblorosa. Al principio estuvo un poco aturdida, pero se animó cada vez más cuando empezó a pasársele el anestésico del sueño. Le molestó que la sorprendiera sin arreglar y se dedicó a hacer ajustes furtivos —el lápiz de labios, un toque de polvos cosméticos, una comprobación rápida con la lengua del estado de la dentadura— para recomponerse por aturulladas etapas, una *prima donna* preparándose para el gran papel de ser quien imaginaba ser. E igual que se afirmaba el físico, su antiguo espíritu se reafirmó también, mientras estaba allí sentada, muy erguida, fumando y quejándose, al mismo tiempo altanera, coqueta y haciéndose la víctima. La tía Corky tenía con el mundo en general una relación íntimamente trágica; no había ningún fenómeno de la historia o la casualidad tan importante o tan trivial que no lo viera como un efecto dirigido solo contra ella. Según su versión, la última guerra mundial había sido un acto de maldad concebido para destruir su vida, mientras que veía un día lluvioso con la triste mirada de un mártir y negaba con la cabeza como diciendo: «¡Mira lo que me envían ahora para ponerme a prueba!». Pero un momento después se encogía de hombros, alzaba animosa la barbilla (cada pelillo espolvoreado con un grano o dos de polvos cosméticos), exhibía esa sonrisa equina que siempre me recordaba a la mula parlante de aquellas películas de mi infancia, y volvía a ser tan alegre como de costumbre. Siempre salía a flote, presumida, animada y garbosa, como un valiente nadador afrontando intrépido un mar de dificultades.

Pero nada de esto fue como yo esperaba. Después de todo, me habían llamado a lo que supuse que sería un lecho de muerte, con mi tía casi cadáver, pulcramente dispuesta entre los accesorios habituales (las sábanas impolutas, el médico con traje de *tweed*, y al fondo la enfermera silenciosa con una reluciente bandeja en forma de riñón en la mano), y en lugar de eso ahí estaba ella, tan locuaz y fantasiosa como siempre. Parecía frágil, desde luego, y vacía, como todos los viejos, pero no estaba ni mucho menos en las últimas y me dio la impresión de tener un vigor y una energía redoblados. La tía Corky de mi memoria se había empequeñecido tanto en el pasado que apenas pude recordarla, así de vívida era esa nueva y arrugada pero todavía ágil versión de ella que tenía delante. La habitación también pareció disminuir de tamaño a medida que ella crecía, y el brillo de la luz marina disminuyó en la ventana, oscurecido por el humo de sus cigarrillos.

—Por supuesto, los tengo prohibidos —dijo, golpeando la base de la colilla con una uña escarlata, y añadió en tono sombrío—: No hacen más que repetirme que lo deje, pero yo digo: ¿qué más les da a ellos?

La cama, la silla, la mesilla, el linóleo del suelo, qué triste pareció todo de pronto. No sé por qué, quiero decir que no sé por qué justo en ese momento. Me levanté, fui a la ventana y me asomé al césped en pendiente que llevaba hasta el mar a lo lejos. Un viento fuerte golpeaba el agua de color azul humo y dejaba huellas que se movían despacio, como los remolinos de un bruñidor en el metal. A mi espalda, la tía Corky hablaba de lo cerca que estaba ya el verano y de lo mucho que le apetecía salir un poco. No tuve valor para recordarle que estábamos en septiembre.

—Aquí todos son muy amables —dijo—, muy buenos. Y el señor Haddon…, lo has conocido, ¿no?, es un santo, ¡sí, un santo! Por supuesto, está muy preparado, tiene diplomas. En cuanto lo vi supe que era un hombre cultivado. Le dije: «Reconozco a un hombre culto nada más verlo». ¿Y sabes lo que hizo? Inclinó la cabeza y me besó la mano… ¡Sí, me besó la mano! «Y yo, querida señora», me dijo, «reconozco la cuna en cuanto la veo». Yo solo sonreí y puse fin a la conversación; no conviene tomarse demasiadas familiaridades. Se ocupa de todo, de todo. ¿Sabías —se volvió para mirarme con los ojos muy abiertos allí donde me encontraba, al lado de la ventana— que hasta hace los menús? Es cierto. Un día le felicité por un ragú muy bueno, creo que era ragú ¡y se quedó muy cortado! Se ruboriza con facilidad, con un tono muy bonito. «¡Ay, señorita Corky!», así es como me llama, «¡a usted no puedo ocultarle nada!» —hizo una pausa pensativa, fumando su cigarrillo con un ojo cerrado, la boca fruncida y ladeada—. Espero no haberme excedido —murmuró—. A veces esta gente… Aunque ¿qué puedo hacer? —añadió con un airoso movimiento de cabeza que hizo que se le movieran los rizos dorados de la peluca—. Al fin y al cabo, ya que estoy aquí, debo…

La puerta se abrió de golpe y Sharon, la niña-enfermera, asomó su cabeza de color zanahoria y dijo:

—¿Quiere la cuña?

La tía Corky estaba retorciéndose para apagar el cigarrillo. Negó furiosa con los labios apretados.

—Bueno —dijo Sharon, y se marchó, luego volvió a asomar, señaló el cenicero repleto y dijo alegremente—: Se lo he dicho mil veces, eso la matará.

Cuando se marchó, volví a la silla al lado de la cama y me senté. La tía Corky, mortificada, evitó mi mirada, respirando con fuerza por las ventanas de la nariz dilatadas y moviendo indignada la cabeza como un pajarillo. En aquel momento tan embarazoso yo volví a contener el

aliento; me sentí como el voluntario en un truco de levitación, suspendido en horizontal en el aire y sin atreverme a mover un músculo. La tía Corky, con manos temblorosas, encendió otro cigarrillo y echó una desafiante trompeta de humo hacia el techo.

—Por supuesto —dijo con amargura—, *ella* no se parece en nada a él. Creo que no tiene formación, y desde luego carece de sensibilidad, de… de *finesse*. Sabe Dios de dónde la habrá sacado Haddon.

Yo dije vagamente:

—Bueno, es joven, al fin y al cabo…

La tía Corky me clavó la mirada.

—¿Joven? —exclamó con un chillido suave y agudo—, joven… ¿esa? —y empezó a toser—. No, no —dijo con impaciencia, moviendo una mano y trazando un ocho con el humo—, la enfermera no, me refiero a *ella.*… a su mujer —una mueca venenosa—. La señora Haddon.

A quien, si no me fallan las fuerzas, conoceremos pronto. La tía Corky volvió a sacar la barra de labios y con trazos gruesos retocó malhumorada el estilizado par de labios pintarrajeado sobre el hueco en ruinas que antes fue su boca, mientras suspiraba y fruncía el ceño; con el carmín renovado parecía que un insecto tropical se hubiese posado en su cara.

Vete a saber si fue en esa visita o en otra cuando le hablé de Morden y de sus cuadros. ¿Había ido a verlo ya para entonces? Fíjate cómo has hecho que pierda la noción de la cronología. Me confundo como un viejo senil. Tengo la sensación de que las cosas de hace mucho tiempo ocurrieron ayer, mientras que el ayer se vuelve lejano antes de que haya declinado el hoy. En otra época fechaba las cosas según hubiesen sucedido antes o después del momento en que te vi por primera vez en la esquina de la calle Ormond; luego el día de tu marcha se convirtió en el pivote sobre el que giraban las eras; ahora todo es fluido. Me siento igual que debieron de sentirse los discípulos en los días de desolación entre el Calvario y cuando apartaron la piedra del sepulcro. (Dios mío, ¿de dónde ha salido eso? ¿Me estoy volviendo religioso? A este paso, acabaré teniendo visiones.) Da igual, da igual, fuese cuando fuese, ese primer día u otro, cuando le hablé de mi nueva aventura, la tía Corky se quedó extasiada.

—¡Arte! —suspiró, dándose una palmada en el esternón y adoptando una expresión rouaultiana—. ¡El arte es una plegaria!

Enseguida me arrepentí de haber sacado a colación el asunto, me senté y me quedé mirándome lúgubre las manos mientras ella se embarcaba en una de sus rapsodias, al final de la cual volvió a alargar una garra temblorosa, me cogió la muñeca y dijo con un ferviente suspiro:

—¡Qué oportunidad para convertirte en algo nuevo!

Me recosté en el asiento y la miré fijamente, pero me sostuvo la mirada sin arredrarse, sujetándome todavía por la muñeca y asintiendo de manera lenta y solemne con la cabeza.

—Porque, ¿sabes? —dijo con una especie de reproche—, has sido muy malo; sí, sí, muy malo.

No me habría sorprendido si llega a retorcerme la oreja; hasta puede que me hubiese sonrojado. Por alguna razón había imaginado que no sabría de mis andanzas más que yo de las suyas en esos años que llevábamos sin vernos. No obstante, la infamia siempre sale a relucir. La tía Corky me soltó la muñeca, me dio unos golpecitos en la mano y encendió otro cigarrillo.

—La muerte no es nada —dijo con vaga intrascendencia y frunció el ceño—, nada de nada.

Soltó un suspiro estremecido, se quedó un momento mirando a su alrededor con la mirada perdida y luego se hundió despacio en los almohadones abollados que tenía a la espalda y cerró los ojos.

Yo me puse en pie a toda prisa y me incliné hacia ella consternado, pero estaba bien, seguía

respirando. Le quité con cuidado el cigarrillo de los dedos y lo apagué en el cenicero. La mano cayó inerte y quedó con la palma hacia arriba sobre la sábana. Empezó a decir algo, pero en vez de eso su boca se relajó y de pronto emitió un ruidoso ronquido como una bocina y las piernas le temblaron debajo de las sábanas.

Nunca me siento cómodo en presencia de alguien que duerme… Es decir, estoy incluso menos cómodo que cuando el otro está despierto. Cuando estaba casado, quiero decir cuando aún tenía una mujer y todo eso, habría preferido pasar las noches solo, aunque por supuesto nunca tuve el valor de decirlo. No es tanto el elemento misterioso del sueño lo que me inquieta, por más que sea muy inquietante, sino la peculiar soledad en que me deja el durmiente a mi lado. Es tan rara esta forma de estar solo: pienso en Transilvania, en el vudú, en cosas así. Estoy ahí sentado, o, peor aún, tendido en la oscuridad, en presencia de un no muerto, que parece haber alcanzado un estado de apoteosis, que parece tan logrado, descansando en esta profunda calma en una llanura oscura entre dos mundos, aquí y al mismo tiempo infinitamente alejado de mí. Es en esos momentos cuando más reparo en mi ser consciente, y siento el latido y el eléctrico cosquilleo, la inconsistencia y el enorme peso de ser un ser vivo y pensante. Todo parece un escándalo, o un chiste malo ideado por alguien que hace mucho que se ha ido, cuyo sentido nadie ha entendido y del que nadie se ríe. Mi mujer, aunque tenía el sueño agitado, se dormía enseguida. Apoyaba la cabeza en la almohada y ¡zas!, con un par de estremecimientos preparatorios se quedaba dormida. Vete a saber si sería su forma de escapar de mí. Pero ya estoy otra vez cayendo en el solipsismo, mi principal defecto. Dios sabe de qué estaría escapando. De todo, supongo. Si es que estaba escapando. Probablemente estuviera en el mismo trance que yo y quisiese tener su propia madriguera y no se atreviese a decirlo. Estar solo. Ser uno. ¿Es lo mismo? No lo creo. Ser uno: qué frase tan curiosa, nunca he entendido con exactitud lo que significa. Y yo, ¿qué debo de parecer cuando duermo, como hago de cuando en cuando? Algo agazapado, imagino, agazapado y oculto y dispuesto a saltar desde la oscuridad, mostrando los colmillos y los ojos verdes encendidos. No, no, eso es demasiado elegante, demasiado lustroso: más bien algo grande, varado, seboso, sacado de las profundidades, boquiabierto y jadeante.

¿Qué estaba…? La tía Corky. Su cuarto. La luz de la tarde. Aquí estoy. El cigarrillo que había aplastado contra el cenicero seguía soltando decidido una fina, rápida y acre columna de humo azul. Esperé un rato, observándola dormir, con la mente en blanco, y luego con los miembros pesados y apretándome las manos con fuerza contra las rodillas, me levanté, salí despacio de la habitación y cerré la puerta sin un ruido a mi espalda. A esas alturas la mancha de luz multicolor del gran ventanal del rellano había recorrido una distancia sorprendente y estaba trepando por la pared. Es curioso cómo la apariencia exacta de esa tarde resplandece en mi recuerdo, empapada de una luz áspera y helénica que es más dura y más brillante, sin duda, de lo que cabría esperar en estas latitudes un día de septiembre. Tal vez no esté recordando, sino imaginando, y por eso parece tan real. Haddon me esperaba al pie de las escaleras, encorvado, untuoso y al mismo tiempo despierto y vigilante.

—Es una mujer de armas tomar, sí —dijo mientras íbamos hacia la puerta—. Me temo que nos vimos obligados a confiscarle sus cosas.

—¿Sus cosas? —respondí—. ¿Qué cosas?

Él sonrió con una fugaz contracción nerviosa de la boca.

—La ropa —dijo—, hasta el camisón. Nos volvía locos recorriendo la casa a todas las horas del día y de la noche.

Esbocé lo que debió de ser una sonrisa forzada y asentí comprensivo, medroso como soy, y

pensé con un estremecimiento: «Imagina, solo imagina ser él».

Cuando volví a salir al mundo, fue una sorpresa lo brillante y alegre que parecía todo, el sol, la hierba reluciente, esos árboles sacados de Van Gogh, y el cielo vasto y luminoso orlado de nubes cobrizas; me sentí como si hubiese estado fuera en un largo viaje y ahora de pronto hubiera vuelto a casa. Salí por piernas por el camino lo más deprisa que pude, pero cuando la verja se cerró a mi espalda, me detuve y de nuevo toqué el timbre y el altavoz oculto me gritó igual que antes. Aunque no sé qué había pensado que diría, y al cabo de unos momentos de una respiración impaciente y metálica el altavoz se apagó, y en el silencio repentino volví a sentirme idiota y expuesto, así que di media vuelta y me alejé por la carretera de la colina.

Mientras andaba bajo la beneficencia del azul y el dorado profundo de la tarde de septiembre, mi corazón se sosegó y sentí otra punzada como la que me había atravesado cuando olí el eucalipto en la reja. ¿Qué anhelos paradisíacos son estos que me asaltan en momentos irreflexivos, cuando mi imaginación mira hacia otra parte? No son, creo, recuerdos involuntarios como los que se supone que evocó la famosa magdalena, pues no están asociados a acontecimientos concretos, ni a paisajes de la infancia, ni a figuras amadas con vestidos susurrantes o sombreros de copa; más bien parecen ausencias, con las que me topo de pronto, impregnadas de un contenido que nunca existió, pero que anhelé dolorosamente. Este éxtasis vago y triste persistió incluso de regreso en la ciudad, cuando mis pasos me llevaron sin que pudiera resistirme y sin que apenas me diera cuenta por el río y por la calle Black en dirección a la casa de Morden. Una parte de mí debía de estar pensando en él y en su tesoro oculto de cuadros almacenados en esa cámara sellada. La calle estaba tranquila, un lado inundado con la luz calmada de la última hora de la tarde y el otro enmascarado en una sombra tendida de pronto como un enorme toldo. Las puertas dobles de The Boatman estaban abiertas y de la cavernosa oscuridad del interior salía un tufo a cerveza. Un perro de tres patas se cruzó conmigo y me mostró en silencio los colmillos como por cumplir. En uno de los pisos de arriba, alguien hacía escalas con desgana en un piano desafinado. Así es como el destino, fingiendo despreocupación, coloca sus míseros puntales mientras mira bizqueando al cielo y silba como si no le diera importancia. Me quedé en la esquina y miré hacia la calle Rue, hacia la casa con las ventanas cerradas y la puerta negra y ancha. No pensé en nada en particular, solo estaba pasando el rato. O tal vez, en ese laberinto impenetrable que llamo mi mente, estuviera dándole vueltas a la propuesta de Morden, tal vez fuese ese el momento en el que decidí, de ese modo soñoliento que en mi caso pasa por volición, aceptar la tarea de evaluar y catalogar su alijo de cuadros peculiares. (Ahí está otra vez, esa idea de volición, intención, decisión; ¿se estará debilitando mi falta de convicción?) De pronto la puerta se abrió y una joven vestida de negro salió, se detuvo un momento en la acera mientras comprobaba su monedero —¿dinero?, ¿una llave?—, luego se dio la vuelta y echó a andar rumbo a la calle Ormond. Sé que siempre insistes en que me viste, acechando en la esquina, pero así es como lo recuerdo: la puerta, te detienes, miras el monedero y luego das media vuelta sin mirarme y te vas, con la cabeza gacha, y mi corazón se encoge como si supiera ya lo que le esperaba.

No soy curioso por naturaleza con la gente —estoy demasiado obsesionado conmigo mismo para eso—, pero a veces, cuando algo capta mi atención, soy capaz de llegar muy lejos con tal de descubrir las cosas más banales de completos desconocidos. Es una locura, lo sé. Me apeo del autobús a kilómetros de mi parada para poder seguir a una secretaria que vuelve a casa de la oficina y ver dónde vive; recorro los centros comerciales —¡ah, esos felices terrenos de caza!— solo para descubrir qué tipo de pan, de coles, o de rollos de papel higiénico comprará una

agotada ama de casa con dos mocosos. Y no solo son mujeres, por si algún sabueso empieza a mover el hocico: también sigo a hombres, a niños, a quien sea. Sin duda, un estudiante de primer año de Psiquiatría podría poner nombre a esta leve enfermedad. Es inofensiva, como hurgarme la nariz o morderme las uñas, y me proporciona un lánguido placer. Digo todo esto en mi defensa (aunque ignoro quiénes puedan ser los que me acusan): cuando partí ese día en persecución de esa joven, una perfecta (¡oh, perfecta!) desconocida, no pretendía sino saber adónde iba. Sé lo estridente e inverosímil que suena esta declaración de inocencia. Seguro que alguien que nos observara andando por la calle, ella al sol y yo avanzando a hurtadillas tras sus pasos por la otra acera en sombras, habría considerado la conveniencia de avisar a la policía. Ella llevaba un vestido negro de manga corta y unos tacones de vértigo, con los que se tambaleaba a notable velocidad, con el monedero apretado contra el pecho, el cuello esbelto vencido hacia delante y la cabeza inclinada, de modo que mientras taconeaba por la calle parecía estar escudriñando el borde de un precipicio que se apartara sin cesar a su paso. Muy pálida, con el pelo negro cortado al estilo paje (¡mi Lulú!), los hombros altos y estrechos y las piernas muy delgadas; incluso a esa distancia, yo podía ver sus manos blancas con los nudillos sonrosados y las uñas mal pintadas y mordidas en carne viva. En este día tranquilo y luminoso desentonaba un poco con el vestido negro, las medias negras de seda con costura y los relucientes zapatos negros de tacón; una viuda reciente, pensé, camino de la lectura del testamento. Cuando llegó a la esquina de la calle Ormond, volvió a detenerse, se diría que acobardada por la muchedumbre, el ruido y los rebaños de coches que latían al sol a la hora punta. Miró por encima del hombro (fue entonces cuando me viste) y yo me giré a toda prisa y escudriñé un escaparate, con un nudo de miedo en la garganta y dominado por el pánico, pues así es como me siento, acalorado y agitado, cuando en plena persecución mi presa duda como si sintiera mi cálido aliento en la nuca. Al cabo de un momento reparé en que la tienda ante la que me había detenido estaba abandonada y el escaparate cubierto de telarañas por el que fingía tanto interés estaba vacío. Cuando me volví para buscarla, había desaparecido. Corrí a la esquina, pero no había ni rastro de ella. Como siempre que el objeto de mi morboso interés me da esquinazo, tuve una sensación de futilidad, una mezcla de decepción y no del todo comprensible alivio. Volví sobre mis pasos a toda prisa, y ahí estaba, justo delante de mí, tan cerca que estuve a punto de chocarme con ella, de pie inmóvil en una sombra de color ciruela, con el monedero aún sujeto con aire remilgado contra el pecho. Era mayor de lo que había pensado al principio (su edad, acabo de calcularla en el calendario, era veintisiete años, cuatro meses, once días y cinco horas aproximadamente). Su brillante coronilla me llegaba a la altura de la nuez. La verdad es que tenía el pelo muy negro, negro azulado, como un ala de cuervo, y un matiz violeta en el hueco de los ojos. Marcas identificativas. Dios mío. Absurdamente, veo un sombrero casquete negro y un velo negro tres cuartos: ¿son estos extraños accesorios una broma de mi memoria juguetona? No obstante, levantó la mano para ajustar algo, un mechón de pelo o una pestaña descarriada, no lo sé, y reparé en el temblor de su mano y en las manchas de nicotina de los dedos. Apartando el rostro diminuto, pálido y acorazonado, frunció el ceño a una media distancia, y cuando habló no tuve la certeza de que fuese a mí a quien se dirigía.

2. *El rapto de Proserpina,* 1655

L. van Hobelijn (1608-1674)
Óleo sobre lienzo, 15 × 21 ½ pulgadas (38,1 × 53,3 cm)

Aunque la grandeza de su concepto no guarda proporción con sus modestas dimensiones, esta es la obra técnicamente más lograda de Van Hobelijn, y tal vez la mejor. El artista se ha impuesto a sí mismo la tarea de describir cuantos elementos sean posibles del mito del rapto de la hija de Deméter a manos del dios del inframundo, y el resultado es un lienzo repleto, por no decir abarrotado, que, con sus texturas aplanadas y sus perspectivas en asombroso escorzo, se diría más una naturaleza muerta que la escena de apasionada actividad que pretende ser. La progresión de las estaciones, el fenómeno que subyace en el centro de este mito, se representa con mucha sutileza e inventiva. El año empieza a la izquierda del cuadro, en el prado vernal a orillas del lago Pergusa —reparen en el brillo opalescente del agua vislumbrado a través de los árboles oscuros que lo rodean—, donde los compañeros de Proserpina, ajenos aún a lo sucedido, vagan despreocupados entre los lirios y las violetas que cayeron de los pliegues del vestido de la joven cuando la raptó el dios. En primer plano, la majestuosa forma sentada de Deméter preside los fértiles campos estivales, sus dientes son como perlas de cebada (¿o como semillas de granada?) y tiene espigas de trigo trenzadas en el pelo: una figura grotesca, arcimboldesca, antigua pero dominante, la verdadera madre de los misterios. A su izquierda, a la derecha del cuadro, los árboles que orlan los promontorios sobre la estrecha caleta han cambiado ya de color y hay una humareda otoñal en el aire. Sumergida hasta la cintura entre las pequeñas olas, la ninfa Cíane, maldita por el dios de la muerte, se disuelve en sus propias lágrimas amargas, mientras a su espalda las aguas se abren allí donde Plutón ha lanzado su cetro a las profundidades. En la superficie del agua flota algo que, al observarlo con la lupa, resulta ser una cinta azul oscuro: es el cinto de Proserpina, el indicio que llevará a su madre enloquecida por el dolor a bajar al inframundo en busca de su hija perdida. Colocar el cinto en el mar es una de las bromas temporales de Van Hobelijn, pues cuando observamos la figura de Proserpina suspendida sobre las olas vemos que el cinto aún no ha caído de su talle: en este mundo pintado, todo el tiempo es eternamente presente y redimible. Con qué técnica tan consumada ha colocado el pintor en el pálido aire marino el carro volador con su dios y la joven. El vehículo, los caballos y los pasajeros no miden más de cinco centímetros desde los ollares dilatados del semental que va en primer lugar hasta la punta del pelo de Proserpina ondulado por el viento, sin embargo, notamos con abrumadora inmediatez el peso de esta masa de hierro, madera y carne que está a punto de sumergirse en el abismo del océano. Esta sensación de violencia diferida pero irresistible es una atinada prefiguración de la violación que tendrá lugar en breve en el Tártaro. Los rasgos atezados del dios están contraídos en una mueca que mezcla lujuria y desprecio por sí mismo, y su brazo levantado que empuña el gran látigo negro hace un gesto al mismo tiempo brutal y cansado. Proserpina, una figura frágil y a la vez impresionante, realizada con intensidad, parece extrañamente despreocupada por lo que está pasando y mira por encima del hombro, fuera de marco, con aire de lánguida tristeza, sorprendida aquí mientras se halla entre el luminoso mundo

de los vivos y el país de los muertos: en ninguno de los dos volverá a sentirse en casa. Detrás de ella, al fondo, en la parte superior del cuadro, el monte Etna escupe fuego y cenizas sobre un paisaje invernal devastado ya por la ira de la desconsolada Deméter. Vemos el arado roto, el buey famélico y al granjero que se lamenta de que la diosa haya dejado estériles sus campos en su rabia por la tierra ingrata, que no le revela el secreto del destino de su hija. Y así se completa el ciclo de las estaciones. Pensamos en otros cuadros que tratan la cuestión de las estaciones, la *Primavera*, por ejemplo, pero Van Hobelijn no es ese «Botticelli del norte» que afirman algunos críticos, y su pobre lienzo con sus confusas perspectivas y su simbolismo exagerado carece totalmente del equilibrio, el reposo celestial y la sensación de una música nunca oída a través del aire diáfano que hacen de la obra del pintor italiano una obra maestra intemporal e inagotable. En cualquier caso, *El rapto de Proserpina* hace gala de su propio poderío, sobrecogedor y nada desdeñable, cargado como está de premoniciones de pérdida y desastre, y al reconocer como lo hace la capacidad destructora del amor, la fragilidad de los deseos humanos y la tiránica e irresistible fuerza del destino.

Ahora sé que debería haberle dicho quién era yo, tendría que haber admitido que había estado ya en la casa, que conocía a Morden y que había visto los cuadros. En otras palabras, debería haber confesado, pero no lo hice, y así todo empezó envuelto en una niebla de ambigüedad y disimulo. Por otro lado, tú, quiero decir ella (debo intentar ceñirme al uso de la tercera persona, que al fin y al cabo es lo que resultaste ser), por lo visto ella tampoco fue muy sincera, pues, aunque ese día me trató como si no fuese más que un amable desconocido cuya soledad ella estaba dispuesta a aliviar una hora, luego insistió en que sabía muy bien quién era yo, o al menos —su versión al respecto variaba— que sabía que era alguien que tenía algo que ver con Morden y con la casa. ¿Por qué si no se me habría acercado en la calle tal y como hizo?, preguntaba con uno de esos chillidos como los que hace la tiza en la pizarra y con los que de vez en cuando se traicionaba a sí misma; ¿acaso creía yo que tenía la costumbre de abordar a desconocidos por la calle? Yo no respondía a eso sino que aludía con indiferencia a Cupido y su flecha, lo cual la hacía resoplar. En cualquier caso, si lo hubiese admitido todo ese primer día, habría destruido la intensidad clandestina de la ocasión. Creo que el tono de todo lo que iba a suceder entre nosotros se estableció en ese primer encuentro con su constante y acalorado zumbido de mendacidad y conocimiento secreto.

Fue raro que me enseñaran la casa por segunda vez la misma semana. Todo era diferente, claro. En esta ocasión, el énfasis cayó en las originalidades. La seguí por las escaleras a través de la fría quietud de la tarde e intenté apartar los ojos de su pequeño y estrecho trasero, que se bamboleaba ante mí en su tensa funda de seda negra; por razones que eran y siguen siendo oscuras, sentí que era mi deber no reconocer las posibilidades de la situación. Creo que, a pesar de todo, en el fondo debo de ser un caballero de la vieja escuela. Aprovecho esta oportunidad, antes de poner ambos pies en la pendiente resbaladiza y mientras puedo articular una frase equilibrada (luego vendrán muchos jadeos), para afirmar que, en lo que concierne a eso que llamamos amor, y a todo lo que implica la palabra, soy un imbécil. Siempre lo he sido y siempre lo seré. No entiendo a las mujeres, quiero decir que las entiendo aún menos de lo que parecen entenderlas los de mi sexo. Hay veces en las que pienso que esta falta de comprensión es el hecho subyacente primordial de mi vida, una oscura región de desconocimiento que en los demás es un lugar luminoso y bien señalizado. Aquí, en mí, en este Triángulo de las Bermudas del alma, las sutiles discriminaciones que son un requisito previo para la salud moral desaparecen en el aire vacío y en el silencio y no se las vuelve a oír jamás. Podría culpar a las mujeres con las que me he relacionado —por ejemplo, mi madre— y por supuesto a mi antigua esposa, podría acusarlas de no haberme educado como es debido, de no haberme introducido al menos en los misterios menores de su hermandad, pero ¿con qué objeto? Con ninguno. Esa carencia estaba en mí desde el principio. Tal vez faltara un cromosoma en la pequeña explosión de la que me formé. A lo mejor es eso, puede que sea eso lo que soy: una mujer fallida, igual que antes había curas

fallidos. Así se explicarían muchas cosas. Pero no, es demasiado fácil; incluso si ese fuese el caso, hay demasiadas posibilidades de exoneración en él. No, no es el ánima perdida en mí lo que busco, sino el inefable misterio del Otro (oigo tu risita procaz); en eso es en lo que me he sumergido una y otra vez toda la vida, como en un asfixiante mar de los Sargazos en el que nunca hago pie. En ti, pensé que mis pies por fin llegarían al fondo arenoso que podría vadear ingrávido con las burbujas acariciándome las canillas y pequeñas cosas rozándome bajo mis pasos a cámara lenta. Ahora parece que estaba equivocado, otra vez equivocado.

Nos detuvimos en el rellano circular en lo alto de la casa y ella encendió un cigarrillo. Siguió mirando a su alrededor con el ceño fruncido y un gesto de enfado, como si creyera haber perdido algo pero no supiera qué. Abstracta: esa es la palabra con la que siempre la asocio: abstracta, abstraída, abstraídamente, y luego las variantes como absente, absorta y ahora, por supuesto, en estas consecuencias inagotables, con el clamor de una connotación totalmente nueva: ausente, sin más. Fumaba con una jactancia de colegiala aficionada, chupando el cigarrillo, aspirando el aire y echando grandes nubes de humo azul sin inhalar. Por encima de nosotros, en los altos ventanales, la luz del sol formaba bloques que parecían tan sólidos como piedras claras. Pasó un avión que hizo vibrar apenas los cristales, y, como por contagio, mi diafragma tembló y con un leve sobresalto reparé en que por encima de todo sentía miedo: no solo de Morden y de que me descubrieran él o su empleado o el perro negro de su empleado, sino también de ella y de la casa misma: miedo de todo. Sin embargo, no sé si *miedo* es la palabra correcta. ¿Tal vez algo menos definido? ¿Alarma? ¿Aprensión? Fuese lo que fuese, no era una sensación desagradable; había algo de la infancia en ello, de juegos jugados con chicas ligeras de cascos en el resplandor calenturiento de los salones iluminados por el fuego de la chimenea, durante esas tardes invernales de domingo de hace mucho tiempo. Sí, eso es lo que me sorprendió esa primera vez, esta sensación de haberme transportado a una etapa de la vida confusa y expectante en la que me movía a tientas. Entiéndeme, no sabía lo que pasaba, por qué ella me había traído aquí o quién era o por qué llevaba esa ropa de luto negra y ajustada (ahora que lo pienso, nunca llegué a descubrir la explicación de tan extraño atuendo; ¿era tu ropa de seducción?), y estaba tan cansado e indeciso, tan excitado y sudoroso, como un adolescente. No, ignoraba lo que ocurría, pero, como soy confiado por naturaleza, me contenté con suponer que alguien sí lo sabía.

A., así la llamaré. Solo A. Lo he pensado a conciencia. Ni siquiera es la inicial de su nombre, solo una letra, pero suena bien, parece lo adecuado. Imagina todos los modos en que puede pronunciarse, desde como una exclamación de sorpresa hasta como un gemido de placer o de dolor puro. Será diferente cada vez que lo diga. A. Mi alfa, mi omega.

Su actitud era una mezcla de curiosidad e impaciencia y una especie de desenvoltura desafiante, como la de un niño de doce años malcriado, insatisfecho y más inteligente de la cuenta. Parecía, ¿cómo decirlo?, fluctuar, como si estuviésemos inmersos en una danza improvisada en la que mi papel fuese quedarme quieto mientras ella parpadeaba y brillaba ante mí, aproximándose mucho y apartándose en el acto, observándome a hurtadillas desde detrás del velo negro que mi imaginación sobrecalentada había colocado delante de su cara. Un momento después se quedó exánime y boquiabierta, con un pie fuera del zapato y apoyado en el empeine del otro, mirando hacia abajo con una suerte de estupor y sujetándose el labio inferior sonrosado como el de un bebé entre los dientes minúsculos, húmedos y casi traslúcidos. Fue como si estuviera probando imágenes alternativas de sí misma, poniéndoselas como otros tantos vestidos que no acabaran de quedarle bien y quitándoselas y dejándolas con desánimo a un lado. No era la casa lo que me había estado enseñando sino a sí misma —¡a ellas mismas!—, moviéndose contra

ese trasfondo grande, blanco y sombrío, aproximaciones sucesivas de un ser primordial que seguiría, que debía seguir, siempre oculto. Y ahora, con la sangre latiendo en mis oídos con un ritmo selvático y las palmas de las manos apretadas empezando a sudar, yo esperaba que hiciese la revelación definitiva, que dejase caer el último velo y me condujese a la habitación secreta. Pues sabía que tenía que haber sido a ella a quien había vislumbrado a través de la pared rota la primera vez que estuve allí. ¿Abriría la última puerta y me dejaría entrar? Me vi allí de pie, suspendido en la luz oblicua de lo alto de las escaleras, y todo se movió, tembló y se tensó con un aleteo, como si la casa fuera un barco que navegase impulsado por el viento con todo el velamen desplegado. Comprendí que me había embarcado en una aventura, ni más ni menos.

Cuando lo recuerdo, todo esto sucede en una especie de silencio resonante, pero de hecho ella había seguido haciendo comentarios, con su voz desenfocada y ahumada, mientras subíamos por la casa. No recuerdo las palabras. Su tono era vago, pero tenía una vehemencia extraña y desubicada; con ella siempre sería así, todo cuanto decía parecía solo una forma de no decir lo que pensaba. ¿Tiene sentido? Lo tiene para mí. De tanto en tanto, hacía una pausa y se quedaba escuchando muy atenta, no los ruidos del mundo a su alrededor sino como si una voz llegara de muy lejos en el interior de su cabeza y le dijera cosas, la aconsejara y la reprendiera. Recuerdo que un día intentó decirme —me parece que fue mucho después, en otra época, pero debió de ser solo unas pocas semanas más tarde—, recuerdo que dijo que a veces se asustaba al pensar en su imaginación y en que no podía detener su funcionamiento. En los esfuerzos amatorios habíamos rodado de la *chaise-longue* llena de bultos al suelo y estábamos tumbados en silencio observando el avance de las nubes de lluvia como nobles pecios sobre los dispares tejados de la ciudad. Qué conmovedoras eran esas silenciosas tardes otoñales con su brillo mercurial y la frialdad amistosa y los olores campesinos a hojas, barro y humo de leña que llegaban incluso aquí, a las profundidades de la ciudad. Ella yacía boca abajo con la manta apolillada sobre los hombros y un cigarrillo temblando entre los dedos incongruentemente rollizos y pálidos con los nudillos enrojecidos. Había una mancha de carmín como un golpe reciente en la comisura del labio. Lo que le asustaba, dijo, era el modo en que todo giraba, solo giraba y giraba, incluso cuando estaba dormida, como un motor que no podía apagarse siquiera por un instante porque de lo contrario nunca volvería a encenderse. Hablaba como si fuese la única en tal aprieto, como si fuese solo su imaginación la que estaba abocada a un movimiento perpetuo y los demás pudiéramos convertirnos en zombis cuando nos viniera en gana. Así era como concebía cualquier cosa que tuviese que ver con ella; todas sus experiencias eran únicas. No era egotismo, creo, ni siquiera ese triste ensimismamiento en el que tan a menudo me extravío; sencillamente no podía concebir que el resto de la humanidad viviera como se veía obligada a vivir ella, en semejante soledad, encerrada en esa conciencia veloz e imparable; de haber sido así, sin duda hacía mucho que se habría hecho algo al respecto. Pues, a diferencia de mí, ella creía en el progreso, y era de la firme opinión de que todo mejoraba constantemente… para los demás, claro.

En cualquier caso, ese primer día, mientras nos demorábamos en el rellano, me convencí de que podía notar cómo ella dudaba de si traicionar o no lo que debía de pensar que era todavía el secreto de Morden y mostrarme la habitación blanca y los cuadros apilados, pero al final se dio la vuelta pesarosa, o eso me pareció, y volvió a llevarme abajo. Sentí una especie de alivio, una relajación de la carne y la imaginación, y de pronto sentí impaciencia por alejarme de ella y de la casa, por volver a estar solo, por estar a mi aire: el anhelo de soledad, de la celda, está siempre ahí. Luego, como un golpe en la sien, lo comprendí: era Morden, claro, quien la había enviado a verme (me equivocaba, no fue así), la había apostado en uno de los ventanales, me había

señalado mientras pasaba por la calle de abajo, una figura en escorzo que se contoneaba como un pato, y le había dicho: «Mira, ahí está, baja y haz lo que tienes que hacer». ¡El alcahuete! De repente recordé que había aludido de pasada a su mujer, con una contracción irónica de los labios («Mi esposa, ya sabe, ¡mi preciosa esposa!») y entre risas. Ella, me dije, ella era la parte final del trato, después de la libertad y la tajada que me había prometido de las ganancias; ella era el factor decisivo. (¿Estaría él ahora en alguna zona de la casa, espiándonos?) Oh, yo lo había comprendido todo de repente. Mientras bajaba las escaleras tras ella —mi mirada, cargada ahora de una tumescencia reavivada, se fijó en su nuca con el pelo cortado recto y los mechones ahusados como una candela invertida—, seguí pensando muy indignado en la artimaña de Morden (para entonces ya había evocado su carota con la sonrisa del gato de Cheshire suspendida delante de nosotros en el hueco de la escalera), mientras que en otra parte más umbría del bosque algo que había bebido de la botella mágica se estaba haciendo más y más grande y mi imaginación, por sí sola, especulaba con sombría indignación con hasta dónde llegarían las instrucciones que le había dado. Pero al mismo tiempo no dejaba de repetirme que todo eso era absurdo, una fantasía creada en mi cabeza y en una o dos zonas más de mi gélida anatomía, una historia que me contaba a mí mismo para iluminar la monotonía en la que estaba sumido; si ella hubiese sabido quién era yo, probablemente habría sido solo el aburrimiento, la curiosidad o un deseo impulsivo de entrometerse en los asuntos de Morden lo que la habría empujado a abordarme en aquella esquina ruidosa entre sol y sombra, donde yo vacilaba en el lúgubre desaliño de la mediana edad. Aun así, de repente, como si ella hubiese oído engarzarse con un chirrido los oxidados engranajes de mi libido largo tiempo en desuso, se detuvo y se dio la vuelta con una mano en la barandilla (reparo, dicho sea de paso, en que ha adquirido guantes negros hasta el codo, a juego con el sombrerito negro y el velo que había imaginado antes para ella) y me miró por debajo de las pestañas maquilladas y negras como el hollín con una sonrisa de complicidad que cayó en esos mecanismos atascados como una gota caliente de aceite de ámbar, y fue como si fuésemos nosotros, y no Morden, los conspiradores en una conjura doble, demasiado complicada para mis pobres y sobrecargadas entendederas.

—Vamos —dijo—, quiero enseñarle algo.

¿Cómo transmitir la extrañeza y la emocionante incongruencia de esa primera hora con ella? Fue como si estuviésemos encima de una red mal atada por la que ella se movía con despreocupada facilidad, mientras yo corría el peligro de perder pie en cualquier momento y acabar convertido en un amasijo de miembros atrapados y agitados. Esperé con aprensión a que me dijera por qué estábamos allí y qué se suponía que estábamos haciendo (vete a saber por qué di por supuesto que cualquier explicación sería inevitablemente decepcionante), pero esperé en vano. Ella se limitó a seguir andando a su manera distraída y revoloteante, señalando este o aquel rasgo por completo irrelevante de la casa vacía, como si todo estuviese aclarado y acordado ya entre nosotros. Era en parte una guía turística y en parte una *madame* aburrida recibiendo a un nuevo cliente poco atractivo a su desolado burdel. No aludió a Morden (aunque, ¿acaso habló directamente de él, de manera explícita, en todo el tiempo que la conocí?), no me dijo su nombre ni me preguntó el mío. ¿Sabía quién era yo? Tal vez cuando la vi a través del agujero en la pared falsa ella me atisbó a su vez a mí y quiso saber quién era y qué estaba decidido a averiguar. Con qué calma planteo estas preguntas, y sin embargo qué dolor y preocupación tan turbulentos desatan en mí, pues nunca sabré con seguridad las respuestas, por mucho que las piense, por muchas horas que pase obsesionado repasando las pruebas fragmentarias que dejaste. En todo caso, para su propósito, cualquiera que fuese, es probable que otro le hubiese servido igual que

yo, algún necesitado que, ahora me doy cuenta, a partir de este momento estará siempre conmigo, ahora que lo he imaginado, un fantasma esperanzado aguardando justo a mi espalda, donde no pueda verlo con el rabillo del ojo celoso de mi imaginación. No creo que ella mintiera, quiero decir que creo que a medida que fue pasando el tiempo se convenció de que por supuesto sabía quién era yo, tanto si lo sabía como si no. (¡Estoy tan confuso, tan confuso!) Las cosas así se perdían con ella, las fechas, los acontecimientos, las circunstancias de determinados encuentros, las conversaciones decisivas y sus consecuencias, caían en silencio en el aire vacío y desaparecían; era inútil discutir con ella: si ella creía que algo había sido de determinada manera, así había sido y no había más que hablar. Semejante convicción podría hacerme dudar de los hechos más sencillos, y cuando por fin me rendía ella se daba la vuelta, aplacada, con una mirada breve y dura de placer. Así que como un inquieto naturalista incapaz de confiar en su suerte la seguí arrastrando los pies por aquellas infinitas y resonantes escaleras, observando los élitros de sus omóplatos flexionarse bajo el frágil material de su vestido, reparando en la parte de atrás (pálida como un pez) de sus rodillas y en los pelillos aplastados bajo las medias como hierba negra aplanada por la lluvia, haciendo una mueca al ver el estado de sus pobres talones que habían rozado esos zapatos intolerables, y me sentí transportado a otras épocas y a otros lugares imaginarios: un día primaveral en Clichy (nunca he estado en Clichy), una noche cálida y tormentosa en una carretera del norte de África (tampoco he estado allí), un gran salón forrado de paneles y de techos altos en un antiguo *château* con la luz pajiza del sol sobre los tapices descoloridos y alguien ensayando a la espineta (aunque nunca he visto una espineta ni he oído tocar ninguna). ¿De dónde proceden estos destellos misteriosos y exaltados que no son recuerdos, pero parecen mucho más que simples imaginaciones? Creías, dijiste, que todos habíamos vivido antes; quizá tuvieras razón. Tengas razón: tengas. Me aferro al tiempo presente como al último asidero en el acantilado.

Al llegar al piso de abajo me condujo por el pasillo hasta la parte de atrás de la casa. Pensé que me llevaba al jardín —por la puerta trasera de cristal con barrotes vi por un instante un derroche de verdor—, pero en lugar de eso bajó otro tramo de escaleras, este estrecho y de piedra negra. Bajé con gran estrépito tras ella. Al fondo había un pasadizo en el sótano embaldosado, húmedo y oscuro iluminado desde el otro extremo por un ventanuco alto a través del cual vi las piernas de apariencia extrañamente mecánica de la gente en la calle iluminada por el sol que, vista desde allí, parecía un lugar de otro planeta. El aire estaba fresco y húmedo y olía mucho a barro. En el silencio repentinamente atento, A. pasó su brazo por el mío y sentí con una leve detonación a lo largo de mis nervios la frialdad sedosa de su muñeca y los intrincados huesos de su codo apretados contra mis costillas. Detrás de lo especiado de su perfume detecté un toque punzante, leve y sensual de sudor, y cuando inclinó el hombro bajo la protección de mi brazo, el cuello del vestido cayó hacia delante y me reveló (imagina un globo ocular girando desquiciado hacia abajo, mostrando el blanco enrojecido) una pálida y trémula pendiente de piel y un borde deshilachado de encaje. Me sentí tan grande a su lado, tan torpe: un enorme y desgarbado babuino resollante. Me imaginé levantándola entre mis brazos curvos y peludos y corriendo con ella entre la maleza, aullando y farfullando. Llegamos a una puerta y ella se detuvo, la recorrió un minúsculo temblor como una flecha a través del aire, y se rio en voz baja.

—Aquí —susurró—, aquí es.

Lo único que vi fue una bodega baja y alargada con el techo abovedado de ladrillo atravesado por una red de cables de los que colgaban una docena o más de bombillas, que a pesar de su profusión arrojaban solo un resplandor hosco y sulfuroso que goteaba hasta los rincones donde la

negrura era más espesa y moría. A lo largo de una pared había un banco de trabajo, con viejos cepillos de madera, cajas de ingletes y cosas así, y una serie de potentes lámparas eléctricas apagadas, que me parecieron vagamente amenazadoras, apoyadas allí, alineadas y encapuchadas en una actitud de vigilancia silenciosa. A. empezó a decir algo, en voz demasiado alta, se detuvo, volvió a reírse y se llevó una mano a la boca mientras los ecos aleteaban como murciélagos en la bóveda de sombras por encima de nosotros. Había un olor, una mezcla de serrín, cola y aceite acre, que me resultó familiar, aunque no supe identificarlo. ¿Es la retrospección lo que ha conferido al lugar un aire burlón y contenido? Noté en la nuca una brisa silenciosa llegada de alguna parte, me volví para hablarle a A. y descubrí que ya no estaba allí. Estaba a punto de gritarle cuando oí el ruido de unas uñas que se acercaban rápidamente por el pasadizo y el corazón me dio un vuelco y luego se enderezó de nuevo con un golpe aterrador. El ruido cesó y Prince, el perro, apareció sin ruido por la puerta y me miró con las mandíbulas abiertas y la lengua roja palpitante. Pasó un momento. Hablé al animal en voz alta y áspera y extendí una mano prudente. Sentí una mezcla de rabia y alarma a partes iguales; ¿cómo había caído en esa trampa? Esto era lo que llevaba esperando desde hacía media hora: que me descubrieran así, que me sorprendieran con una inexplicable culpabilidad. Una gota de sudor se deslizó entre mis omóplatos fría y rápida como la punta de un cuchillo. Luego Francie, con las manos en los bolsillos, se materializó al lado del perro, me miró sonriendo y sorbió entre dientes.

—Una visita privada, ¿eh?

Escudriñó la bodega con una mirada rápida y aguda, y perro y amo husmearon el aire con delicadeza: el perfume de A.; yo también pude olerlo. Francie se adelantó, cogió un martillo en miniatura del banco de trabajo, se volvió hacia mí y…

Basta. No me gusta estar aquí abajo, no me gusta nada. Un ademán y, ¡zas!, como por arte de magia estamos otra vez a la altura de la calle.

Encorvando los hombros, con la mirada perdida y sonriendo para sus adentros, Francie me invitó a ir con él a The Boatman a beber un trago. Tomamos la calle Fawn bajo la luz neblinosa y metálica de la tarde con el sol bajo enfrente de nosotros. El perro nos siguió de cerca, con la cabeza gacha y las orejas puntiagudas pegadas al cráneo. Los empleados de las oficinas se apresuraban a ir a casa; los autobuses se alzaban mugiendo, los coches tosían y echaban humo. Pensé en A., en su rostro pálido y sus labios lívidos, en el frufrú como de hojas de su vestido de seda. Chicas larguiruchas vestidas de negro de pies a cabeza con maquillaje blanco pasaban de largo, cogidas del brazo de jóvenes con cresta cubiertos de cadenas; miraban a Francie y se saludaban con la cabeza. Él llevaba el atuendo de costumbre: un traje deshilachado de *tweed* de un peculiar tono similar al jengibre, una gorra, una camisa de cuello mao y unos elegantes zapatos marrones agrietados y curvos por la puntera. Parecía uno de esos personajes que se presentaban de vez en cuando ante nuestra puerta cuando yo era niño, afiladores itinerantes de cuchillos, traperos, quincalleros que vendían latas: figuras intemporales de origen incierto que desaparecían tan silenciosamente como habían llegado, y que después aparecían en los márgenes de mis sueños.

Giramos por el callejón Hope y nos topamos con Quasimodo —¿lo recuerdas?— cantando «The Green Hills of Antrim Are Calling Me Home» y mostrando un vaso de plástico vacío a los viandantes. Hacía tiempo que lo había visto por las calles y que había despertado mi interés. Los mendigos siempre me han atraído por razones que deberían ser obvias. Este era un estado nuevo y más bajo para él; la última vez que lo había visto trabajaba de hombre-anuncio para una joyería encajada en una calleja cerca de la calle Arcade. Esos debieron de ser sus años mozos, sentado en

un taburete en la esquina soleada de la calle con un termo de té, un buen bocadillo y el periódico. Su cartel llevaba la ambigua leyenda: «El Bijou: Hogar de los Anillos Felices», y una mano estilizada pintada con el dedo índice rígido y apuntando imperioso hacia el callejón Tuck. Era un hombrecillo moreno, con la piel curiosamente tersa y brillante y una mancha de pelo negro y aceitoso pegado al cráneo como si acabase de quitarse una gorra que no fuese de su talla. Su joroba no era muy pronunciada, más una giba que una joroba, en realidad; visto de frente, con la cabeza plana de tortuga adelantada y esa sonrisa fija y preocupada que tenía siempre (¿sería un tic?), parecía estar esquivando un golpe amistoso constantemente esperado y que no llegaban a propinarle. Me sentía posesivo con él, y no me gustó cuando Francie le apuntó con la barbilla, se rio y dijo:

—Ha caído bajo en el mundo. Próxima etapa, el matadero.

Llegamos a donde estaba el jorobado y Francie se detuvo y se plantó delante de él con las manos en los bolsillos, fingiendo una entusiasta apreciación y balanceando la cabeza al ritmo de los aullidos desafinados del pobre tipo. Quasimodo, alarmado por esta atención inesperada, cantó aún más fuerte y pasó la vista de uno a otro con un pánico testarudo, mostrando el blanco amarillento de los ojos. Yo habría querido saber dónde vivía, qué cuchitril lo protegía, y pensé, de esa manera lenta y sorprendida en que pensamos a veces, en que una vez debió de tener una madre. Intenté imaginarlo cuando era un niño de teta, pero no lo conseguí. Por fin la canción llegó a su fin entre gorjeos, Quasimodo se envolvió en su viejo abrigo gris y se marchó, mirándonos por encima de la joroba. Francie lo vio marchar y comentó:

—Se va a echar un trago. Seguro —seguimos andando. Francie volvió a reírse en voz baja para sus adentros y negó con la cabeza—. ¿Conoce este chiste?: un viejo harapiento entra en una farmacia. «Una botella de alcohol de quemar, por favor, señorita.» La joven le lleva la botella, el viejo la toca y se la devuelve. «¿No tiene una fría, encanto?, tiene más buqué.»

Debo decir algo de la risa de Francie, aunque no estoy seguro de que *risa* sea la palabra correcta. Con los ojos entornados y el labio superior torcido para mostrar un canino de color céreo, soltaba un sonido áspero, grave y esforzado, como unos lánguidos tresillos, una especie de silbido nasal reiterado, mientras sus hombros se estremecían apenas. Era una risa reservada y estreñida, como si le divirtiera demasiado la desternillante ridiculez del mundo para dejar que otros participaran de la diversión y correr el riesgo de que la suya disminuyera. Incluso cuando, como ahora, era él quien contaba el chiste, daba la impresión de no ser más que una pantalla y de que lo que de verdad le divertía era otra cosa diferente de la que solo él estaba al tanto. Siempre daba la impresión de una suerte de retorcimiento disimulado, de deslizarse y desaparecer de la vista. Era como el gracioso que se acerca en silencio por tu izquierda, te da unos golpecitos en el hombro derecho, y cuando te vuelves crees que no hay nadie hasta que oyes su risa al otro lado.

The Boatman estaba lleno de empleados de nueve a cinco a los que habían liberado por ese día, jóvenes imberbes con trajes baratos y chicas despiertas con el pelo crespo y piel de pollo al horno. Nos sentamos en un taburete en la barra, y Francie se quitó la gorra, la dejó sobre la rodilla y se apoyó en un tabique con un espejo donde se reflejaban los dos tensos tendones de su nuca y una de sus orejas extraordinariamente planas; yo también estaba allí, al menos la mitad: un ojo perplejo, un lúgubre moflete y un lateral de la boca congelado en una suerte de rictus sobre el que no parecía tener ningún control. Pedí una ginebra mientras Francie jugueteaba con un vaso de cerveza floja: bebía un sorbo, se lo pasaba por los dientes y luego escupía la mitad burbujeante en el vaso, de modo que al cabo de un rato se formó en el fondo un depósito turbio y fibroso que yo intenté no mirar. Comenzaba a incubar uno de mis dolores de cabeza. Incluso con

los ojos fijos en los míos, Francie daba la impresión de estar mirándome de arriba abajo con una especie de diversión contenida.

—Así que ya ha empezado usted —dijo y soltó un grave silbido—. ¡Eso sí que es devoción!

Por un momento, pensé que hablaba de A. y sentí una cálida arcada en la región del plexo solar, sin duda me había leído el pensamiento, que seguía ocupado con la imagen de su espalda esbelta y sedosa subiendo los escalones de una ascendente escala especulativa. Me observó con un ojo entornado, y me pareció ver algo, como el destello del diente de una comadreja en la oscuridad de la madriguera.

—Bueno, ¿qué opina? —preguntó.

Una joven alta con los hombros desnudos y unos extraordinarios ojos entre glaucos y grises chocó conmigo, se disculpó, soltó una carcajada y pasó de largo.

¿Que qué pensé?, pensé que me convenía no decir ni pío. Si le daba la menor indicación, acabaríamos conjurándonos para largarnos con los cuadros de Morden y repartirnos el botín entre los dos. No era mala idea, supongo. Lo malo de Francie es que para mí no era verdaderamente real. Parecía prefabricado, un hombre manufacturado, en cuya compañía (si es que estar con él puede llamarse así) no hacía falta la menor credibilidad. Y este aire de falsedad que llevaba consigo infectaba incluso a sus alrededores. Fíjate si no en ese día. Todo tenía una apariencia artificial, el bar, la joven de los ojos grises, la multitud de extras sobreactuados que nos rodeaba, el grueso y amarillento rayo de luz solar que se colaba por la ventana e iluminaba las botellas detrás de la barra, y el propio Francie, sentado en el centro con la gorra sobre la rodilla, recitando sus líneas con el aire tenso y poco convencido de un actor que sabe que no va a conseguir el papel. ¿Por qué me dejo enredar con gente así? (Debería hablar: ¿quién es aquí el verdadero actor?) Tengo —lo reconozco— una lamentable debilidad por la mala vida. Algo en mi interior se aferra a lo turbio y lo desvencijado, hay una grieta en mi constitución que disfruta llenándose de suciedad. Me digo que esta predilección vulgar se da en todos los auténticos entendidos de la cultura, pero no acabo de convencerme. Me presento aquí como una suerte de Cándido rodeado de una multitud de maleantes y de sirenas, pero me temo que la verdad (¡la verdad!) es diferente. Yo quería a Morden y sus dudosos cuadros y todo lo demás, incluso a Francie, lo deseaba como el ama de casa desea el burdel. No soy bueno, nunca lo he sido y nunca lo seré. Oculta los objetos de valor cuando esté cerca, sí, y encierra también a tus hijas. Soy el hombre del saco con el que sueñas mientras das vueltas de noche en tu cama recalentada. Esos pasos que oyes son los míos, merodeando en la inquieta oscuridad cuando se apaga el fuego de la hoguera. Tus centinelas están dormidos, el guardia de la puerta está borracho. He hecho cosas terribles, podría hacerlas otra vez, es mi naturaleza, yo…

Basta.

Francie estaba a punto de hablar otra vez, pero

Estaba a punto de hablar otra vez pero entonces se produjo un cambio, y se quedó callado y se sentó de lado contemplando su bebida con una mirada fija y desenfocada.

Dios, mírame, estoy sudando, me tiemblan las manos; no debería, en realidad no debería alterarme tanto.

Cuando Morden llegó no lo oí sino que más bien lo intuí detrás de mí. Se inclinó detrás de mi oído y en un tono de falsa amenaza dijo en voz baja:

—Está usted bajo investigación, sí señor.

Ese día se había puesto un caro traje cruzado de color gris ceniza cuya chaqueta llevaba atada y abotonada debajo del pecho como un complicado cabestrillo, así que parecía incluso más

atrofiado por arriba que de costumbre, apoyado en esas piernas gruesas y cortas y esos piececitos incongruentemente delicados. No era alto, ya sabes; grande y corpulento, pero no alto; yo debía de sacarle varios centímetros. No es que supusiera ninguna diferencia, aun así seguía teniéndole miedo (lo sé, lo sé, *miedo* no es la palabra indicada, pero tendrá que servir). Siempre sería así, comprendí, con un aire meditativo que en parte debió de ser efecto de la ginebra; aunque le superase en algún negocio mundano, seguiría acobardándome interiormente ante él. Hacía que me sintiera descentrado, como si en su presencia todo estuviera ladeado y tuviese que inclinarme sin descanso para seguir erguido. Pero, claro, así era como me sentía, más o menos, con los tres. Yo era, *era,* Cándido. Me abrí paso entre ellos en una especie de aturdida incertidumbre, mirando hacia donde no debía, tropezando conmigo mismo, avanzando con pasos temblorosos, como en un sueño de pánico, a través de la traicionera pendiente de su mirada cómplice y desconcertante. Menudo imbécil estaba hecho. A Morden debía de encantarle; yo era su diversión, el actor que da pie al cómico, el —¿cómo lo llaman?— el primo. ¿Por qué no pienso en él con mayor dureza? Pues porque, acabo de caer en este momento, me recordaba a mí mismo. Vaya, esto sí que es una sorpresa; volveré sobre ello cuando lo haya pensado. Entretanto, ahí está con su pose de Rodin, mirándome por encima de las anchas ventanas de la nariz y sonriendo de forma jovial y brillante.

—Sí —dijo, casi con alegría—, estamos haciendo unas comprobaciones. Unas pruebas. Francie cree que no es usted lo que necesitamos. Cree que lo ha visto a usted antes, en otra vida. ¿No, Francie? Se habla… —bajó la voz hasta convertirla en un gruñido conspiratorio— de faltas muy serias, de delitos graves.

Y se rio, todavía mirándome tan contento, como si fuese un chiste muy gracioso. Francie no dijo nada y se sentó con la mirada baja, sorbiendo entre dientes y dando vueltas y vueltas lentamente a su vaso de cerveza en su propio charco encima de la barra. Quiero que imagines la escena: la tarde, el bar abarrotado y ruidoso, motas de humo y de polvo alzándose en espiral bajo los últimos y densos rayos del sol que caían oblicuos por encima de los tejados de la calle Gabriel, y los tres allí, en ese pequeño oasis de tranquilidad, Francie y yo sentados uno enfrente del otro en nuestros taburetes casi tocándonos las rodillas, y Morden de pie a sus anchas entre los dos con una mano en el bolsillo de la chaqueta como si llevara una pistola, admirando su reflejo en el espejo con cagadas de mosca de detrás de la barra. Tú también estabas, claro, yo sentía vívidamente tu presencia, el fantasmal cuarto miembro de nuestro cuarteto. Como ves, ya te llevaba conmigo, mi fantasma, mi otro yo. Y ninguna otra cosa tenía demasiada importancia.

—¿Qué dices? —le preguntó Morden a Francie en el espejo—. ¿Es lo que necesitamos o no? Porque si no lo es… —se sacó la mano del bolsillo y, con el dedo índice y el pulgar, me disparó en silencio y sonrió—: ¡Bang! Muerto.

Siempre me sorprende y me complace la compostura que soy capaz de mantener ante sobresaltos y peligros inesperados. A su manera amenazadora y jovial, Morden había sacado a relucir mi pasado, mi pasado oculto, sentado en su ataúd con los ojos abiertos y sonriendo espantosamente, y ahí estaba yo sorbiendo mi bebida y mirando al techo con lo que consideraba una admirable demostración de indiferencia. No siempre es así, claro, pero cuando lo es, resulta de lo más convincente, me parece. O al menos eso espero. Francie no había hablado aún y Morden me dio un codazo y dijo:

—Sherlock calla —hizo un gesto con la mano, en la que de pronto había aparecido un vaso: agua mineral, él no bebe, ¿lo recuerdas?—. Bueno, pues caso cerrado —dijo y golpeó el vaso como si fuese un mazo contra la barra.

El perro también está ahí, tumbado en el suelo junto al taburete de su amo, con las patas delanteras extendidas y las orejas muy tiesas, haciendo de Anubis. Francie frunce el ceño. Todo parece pequeño y distante en el trémulo aire de color azul ginebra. De pronto me sentí muy fatuo y alegre sin motivo alguno. Morden me puso la mano que había hecho de pistola en el hombro; tiene mucha fuerza en la mano, ¿lo he dicho ya?

—Oiga —me dijo al oído con falsa sinceridad—, no se preocupe, me gustan los hombres hechos a sí mismos.

Ahora todo vuelve a cambiar, los paneles falsos y los compartimentos secretos se deslizan de un lado a otro con una suavidad subrepticia y bien engrasada, y estamos en otro día y en otra parte, el sol tiene la misma firmeza que antes pero llega desde un ángulo distinto y no denso sino penetrante con filamentos blancos y dorados que se filtran a través de unas persianas, ¿es así?, ¿o son postigos de madera? Debe de ser un veranillo de San Martín. Creo que es una mañana calmada y luminosa, con ese aspecto definido y pesado que tienen las cosas como si fuesen piezas de una exposición detrás de vitrinas de cristal transparente. Estamos en el salón de uno de esos grandes hoteles de imitación que habían empezado a abrir en las afueras del barrio, todo cromados, maderas de color miel y el olor rancio de cenas caras y malas. Yo estaba pronunciando una breve y ponderada conferencia sobre los cuadros, estaba sentado con las manos entrelazadas entre las rodillas y miraba ceñudo al suelo. Morden parecía agitado y había empezado a moverse inquieto, cambiaba de postura en la silla, miraba a su alrededor y suspiraba con impaciencia.

—Sí, sí —decía intentando callarme—, muy bien, muy bien —y daba caladas a un enorme cigarro y lanzaba enfadados zarpazos al humo, como si tuviera telarañas delante de la cara.

Yo seguía imperturbable, sin inmutarme. Supongo que no será ninguna novedad para ti, pero he llegado a darme cuenta de que tengo una vena pedante que disfruto en silencio. Amortigua los sentidos y alivia el corazón. Es placentero ordenar así las cosas: los hechos a un lado, la especulación al otro, las estrategias, las alternativas y las rutas posibles hacia una conclusión deseada. Tal vez haya de verdad un erudito perdido en mí. (¿Necesito añadir que nunca creo una palabra de las que me oigo decir?) Allí, en el silencio floculante del salón de aquel hotel, me explayé sobre la singular colección de Josiah Marbot en lo que antes se llamaba un tono mesurado, y reparé en una calma familiar que descendía sobre mí en el centro de la cual parpadeaba una luz piloto de felicidad nada enfática. Y mientras hablaba me oí con cierta sorpresa y admiración. Podría haber sido otra voz de la que yo fuese solo el médium. En cierto modo, eso es lo único que he querido siempre: estar y no estar, una ausencia viva. A veces, en lugares públicos, imagino que si me detuviera y me quedara muy quieto, la gente podría pasar a través de mí. Los imagino, a esa mujer con la bolsa de la compra, a esa chica de la bicicleta, dudando un segundo al otro lado de mí, frunciendo el ceño y sufriendo un escalofrío involuntario, pensando que alguien ha pasado sobre su tumba, mientras yo, el hombre invisible, sonrío y contengo el aliento.

—Mire —dijo Morden apretando los codos contra los reposabrazos de la silla y retorciéndose hacia delante con las rodillas abiertas y los tobillos entrelazados—. Lo único que queremos saber es si son auténticos —esperó, acuclillado ante mí como una rana malhumorada.

Yo hice una pausa teatral y luego respondí con calma, en el tono más frío y mojigato que pude, que los cuadros estaban firmados. Él arqueó una ceja; lo oí respirar, un rugido como un estertor en las anchas narices.

—Lo que significa —proseguí—, que o bien son auténticos o son falsos.

Él abrió la boca y se rio, una risa breve y seca.

—¿Y qué iban a ser si no?

He descubierto que gran parte del placer de la pedantería es fingir que no proporciona ningún placer: la voz grave y monótona, la mirada neutra, el leve deje de impaciencia y, por supuesto, el toque de condescendencia es lo que hay que cultivar. Un cuadro pintado al estilo de Vaublin, expliqué despacio, aunque sea una copia directa, no pretende ser un Vaublin a no ser que esté firmado.

—Pues, verá, la firma… —esbocé una rúbrica en el aire entre los dos— la firma lo es todo.

Frunció el ceño. Las miradas casi de odio que me dedicaba me resultaban raras y desconcertantes. Ahora, por supuesto, sospecho que eran su manera de contener la risa. ¡Menudo montaje y cuánto debió de divertirse, haciendo de falso hombre de negocios con sensibilidad por la belleza y demás, todo ese engaño!

—No —dijo pronunciando la palabra como si arrancase una flema—. Le diré lo que es todo: todo es cuando vas a vender una falsificación y *dices* que es auténtica.

Siguió con la mirada ceñuda fija en mí un momento, asintiendo con la cabezota, luego se repantigó en el sillón, se metió el cigarro en la boca y escudriñó un rincón lejano de la sala a través de una espesa bocanada de humo.

—De todos modos, lo más probable es que acabe donándolos —dijo con despreocupación—. A alguna galería, tal vez —al pensarlo, una chispa efímera asomó a sus ojos hoscos—: ¡La Colección Morden! Es solo que siento… —hizo un gesto de impaciencia y bebió un sorbo de agua mineral; no, lo que quiero decir es que dio una calada al cigarro—. Siento… —volvió a fruncir el ceño.

Se produjo un silencio colérico. El perro lo observó con atención, esperando, al parecer, que hiciera algo maravilloso e irreflexivo en el momento menos pensado.

—… curiosidad —dijo Francie con voz monótona, y Morden y yo nos volvimos y lo miramos como si fuese un extranjero que nos hubiese hablado de pronto en nuestro propio idioma.

Nos devolvió la mirada con ese aire de aburrimiento y desencanto fatigado, con un cigarrillo colgando del labio. Francie y sus cigarrillos, su gorra, su perro. Morden carraspeó y dijo:

—Sí, eso es, siento curiosidad —volvió a echarme una mirada furiosa, como si temiera que pudiese intentar contradecirle—. Quiero saberlo, nada más —dijo—. Y, si son falsos, pues lo son.

¿Le creí? Era una pregunta que me hacía una y otra vez, dando vueltas en el suelo de la celda de la cárcel de mi angustia y mi vergüenza, en los primeros días después de que se desplomara el edificio de pacotilla. Es fútil, claro; nunca fue cuestión de creer o no. La fe, la confianza, la sospecha, son quimeras que surgen *a posteriori*, cuando lo contemplo desde la triste eminencia de la conciencia de haber sido engañado. En la época me limité a seguir adelante, tambaleándome como de costumbre, igual que un borracho en la cuerda floja, intentando concentrarme en lo que tenía delante y no caerme a pesar de las distracciones que me rodeaban, esos artistas del trapecio que pasaban zumbando y los payasos que hacían cabriolas en la pista. ¡Oh!, por supuesto, debí de darme cuenta desde el principio de que había gato encerrado… pero ¿cuándo no lo hay? Mete la nariz en cualquier cosa y notarás olor a fango y agua salada. Los cazaría a uno o a otro, hasta al perro, mirándome con lo que debía de ser una incredulidad maravillada, conteniendo el aliento, esperando a que cayera en la cuenta de lo que pasaba. Fue como si los hubiese sorprendido borrachos en plena juerga y ahora, sobrios por un segundo, estuvieran allí de pie con gesto serio, con los labios apretados y las mejillas hinchadas,

intentando no mirarse entre sí por miedo a estallar en carcajadas. A veces, cuando salía de un cuarto en el que estaban ellos, tenía la incómoda sensación, que descartaba enseguida, de que se abrazaban y se desternillaban de risa… Pero ¿por qué me atormento así, qué importancia tiene ahora? ¿Acaso haberte perdido no es un fuego suficiente como para seguir abrasándome en estas brasas? Sin embargo, no tengo nada más, ningún fajo de cartas, ningún rizo de pelo rubio, solo estas especulaciones a las que doy vueltas sin tregua en mi cabeza como en un espetón. *(Ich brenne in dir…)* Y me siento tan absurdo y tan patético, el pobre señor Punch con el ojo morado, el corazón roto y la espalda jorobada por la vergüenza. Pienso en mí en aquel hotel o lo que quiera que fuese ese día, hablando de proveniencia, de técnicas de datado, de la historia de los pigmentos al óleo y de la necesidad de una comparación detallada de la pincelada, y me retuerzo como una babosa cubierta de sal. ¿Cómo pude dejarme engañar tan fácilmente? Y la respuesta llega, claro, tan deprisa como pueda desearse: porque quería que me engañaran. ¡Pum!, golpean mis puños contra el suelo de la celda, y ¡pum!, golpea también mi frente entre ellos. ¡Pum, pum, pum!

Cuánto hablaba yo esos días; cada vez que lo recuerdo, reparo en un incesante zumbido de fondo que es el ruido de mi propia voz hablando sin parar. La culpa, y me refiero a la variedad permanente, inextinguible y de por vida, te convierte en una especie de payaso serio. Se habla de la culpa como si fuese algo pesado, se habla de su peso, de la carga, pero yo sé que no es así; la culpa es más liviana que el aire; te llena como un gas y te enviaría volando por el cielo, agitando los brazos y las piernas, como un Grock inflado, si no te sujetaras con firmeza a las cosas. Hace años que la conversación es mi cabo de sujeción y mi lastre. Una vez empezaba con la monodia del autodidacta, no había quien me parase. La historia del arte, las vidas de los pintores, el sistema de estudio en el siglo XVII, no había límite a los asuntos que dominaba. Y todo con el único propósito de contener en mi interior esa burbuja de risa espantada, sulfurosa e insultante, la carcajada de los condenados. Por eso me engañaron con tanta facilidad, así es como me dejé engañar: porque siempre estaba pensando en otras cosas, debatiéndome en mi interior con esas palabras pesadas y grandilocuentes que si hubiese tenido el valor de pronunciar te habrían hecho primero mirarme fijamente y luego reír. Expiación. Redención. Ese tipo de cosas. Yo seguía en el infierno, ya me entiendes, o al menos en el purgatorio, y tú eras uno de los elegidos a quienes imploraba anhelante mientras recorrías los Campos Elíseos bañada en luz dorada.

Pero espera. Eso no es del todo cierto, o al menos no está del todo completo, y da una impresión demasiado respetable. Esas palabras grandilocuentes… ¡Oh, déjalo, no vale la pena!

De pronto, con un violento giro de la muñeca, Morden aplastó los tres cuartos de cigarro todavía sin fumar, se puso en pie asustando al perro y dijo:

—Vamos, iremos a dar un paseo en coche.

Miré a Francie, pero él se limitó a encogerse de hombros, levantarse con un aire de resignación fatigada y seguir a Morden, que estaba ya a mitad de camino del vestíbulo. La chica de los ojos grises me echó una mirada distraída y se dio la vuelta. Aquí está la puerta del bar, quiero decir del hotel, la puerta giratoria del hotel Saint Gabriel que, con un violento suspiro, me dejó en la acera iluminada por el sol en mitad de una fría y vigorizante mañana de septiembre.

El coche de Morden, una bestia negra de asientos bajos, estaba aparcado en una doble línea amarilla en una calle detrás del hotel donde resonaban las voces arcaicas de los repartidores. Había una multa de aparcamiento en el parabrisas. Morden la arrugó con la mano y la tiró al arroyo, de donde Francie la rescató con diligencia. Este pequeño intercambio tenía el aire de una

rutina establecida.

—Yo conduciré —dijo Morden y puso el motor en marcha antes de que entráramos al coche.

Me senté en el asiento del acompañante, mientras Francie se quedaba en el de atrás con Prince a su lado en el asiento, con las orejas tiesas y echándome el aliento en la nuca. Viajamos a gran velocidad por las calles centelleantes. Morden conducía con una violencia distraída, apretando el volante y golpeando furioso con el pie entre el acelerador y el freno. El río, luego unas avenidas arboladas, después el canal y por fin una ancha carretera de cemento que describía una amplia curva entre hectáreas de lúgubres edificios. Morden hizo un ademán.

—En mis tiempos, todo esto eran campos —dijo.

Seguimos a toda velocidad en silencio bajo la luz del sol por esa triste llanura habitada bajo un cielo alto, azul y enrarecido. Detrás de mí el perro gemía en voz baja al ver pasar de largo toda esa libertad.

Estábamos casi en el campo cuando Morden aminoró de pronto la marcha y se desvió hacia una urbanización sin gracia. Siguió por un desconcertante laberinto de calles a gran velocidad y por fin se detuvo en un lugar donde la carretera pasaba entre unas casas adosadas idénticas que había detrás de una valla a un lado y el edificio gris de una escuela incrustado en un campo desolado al otro. Se había levantado viento y la luz del sol había adquirido tintes lechosos. Nadie dijo nada. Morden, repantigado en su asiento, contempló malhumorado la escena. Casas y más casas, una hilera detrás de otra. El perro se relamió y tembló con anticipación, y por fin Francie se inclinó con un gruñido, abrió la portezuela y el animal saltó del coche y salió en dirección al campo de la escuela, dando grandes zancadas con el hocico pegado al suelo. Morden se apeó también y se quedó mirándolo con el ceño fruncido. Hice ademán de seguirle, pero desde el asiento trasero Francie me puso una mano en el brazo y dijo:

—Espere.

Nos quedamos allí y escuchamos el viento en los cables y el zumbido y el crepitar de una radio lejana. Morden cruzó la calle y anduvo una breve distancia entre las casas, se detuvo en una de ellas, cruzó la puerta del jardín y llamó a la puerta estrecha de cristal esmerilado. La puerta se abrió al instante, como por control remoto. Él miró a su alrededor y entró. Me apeé del coche, esta vez sin que nadie me lo impidiera, y me quedé como había estado Morden, protegiéndome los ojos de la luz. El aire allí tenía ese olor peculiar que genera la pobreza, una mezcla de ropa sin lavar, colchones meados y hojas de té empapadas. Al otro lado de la calle, un niño pequeño con un triciclo llegó al final de la acera y cayó, lento y tembloroso, en el arroyo. Arriba se abrió una ventana y una mujer de rasgos groseros se asomó y me miró desafiante con interés. El niño del arroyo empezó a llorar, con un sollozo quejoso, rechinante y curiosamente indiferente. Detrás de mí, Francie se apeó y se apoyó en la capota del coche, con los brazos y los tobillos cruzados. La puerta por la que había entrado Morden volvió a abrirse y un joven bajo de aspecto endurecido, músculos como Popeye y brazos y piernas torcidos apareció y recorrió el sendero del jardín. Tenía el pelo pelirrojo muy corto, la cara aplastada y llevaba una camiseta, pantalones del ejército, botas de cordones y un pendiente de oro en forma de crucifijo. Se detuvo a la puerta del jardín, cruzó los brazos fornidos y me echó una fría mirada. Me di la vuelta y fui hacia el patio del colegio. La ginebra había producido en mí una sensación fluctuante y tambaleante. En el interior del colegio oí a una clase entonando la tabla del dos. Qué solitario y conmovedor es haraganear así donde hay niños estudiando su lección; no hay sitio más vacío que un patio en hora de clase. El campo se alzaba ante mí, alto y giboso, con la hierba oscura inclinada por el viento, bruñida y grisácea bajo la luz amoratada del sol. A lo lejos vi a Prince,

que describía amplios círculos, y más allá a un chico que galopaba a pelo a cámara lenta sobre un poni pío. Enseguida, sin un ruido, Morden apareció a mi lado —qué silencioso podía ser, a pesar de su tamaño— y se quedó balanceándose pensativo sobre los talones, con el rostro levantado y las ventanas de la nariz muy abiertas como para captar una fragancia sutil, el olor del pasado, tal vez. Le pregunté, por decir algo, si era aquí donde había nacido. Me miró sin pestañear y se rio.

—¿Aquí? —dijo—. ¡No! —y se volvió a reír juguetón—. ¡Yo no nací en ninguna parte!

Y todavía riéndose para sus adentros, se dio la vuelta y fue hacia el coche con esos andares suyos curiosamente delicados, con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos y las perneras de los pantalones aleteando al viento. Me demoré un rato, mirando los campos y sin pensar en nada. El chico del poni había desaparecido. Detrás de mí, Francie soltó un largo y vibrante silbido y en el acto el perro dejó de trazar círculos, volvió corriendo y pasó a mi lado sin ni siquiera mirarme. Una nube cubrió el sol y una sombra ondulante recorrió el campo en mi dirección, y de pronto sentí miedo, no sé exactamente de qué; supongo que solo del aspecto que tenían las cosas, de la vastedad del mundo, de ese cielo insondable y de la nube-sombra que corría intangible hacia mí, inevitable, como el destino mismo. No son las grandes ocasiones las que más me asustan, cuando pierdes el control del coche o se suelta una rueda del avión, sino los momentos normales, como este, cuando de pronto pierdo el asidero a las cosas, el suelo se hunde bajo mis pies y me encuentro mirando espantado el aire vacío, como uno de esos personajes de dibujos animados que corren más allá del borde del precipicio y no empiezan a caer hasta que reparan en que bajo sus pies no hay nada excepto la larga caída hasta el fondo del cañón. A toda prisa volví al coche y cuando llegué casi iba corriendo. Al tipo duro de la puerta lo acompañaba ahora un individuo grueso de aspecto poco saludable y extrañamente vestido con pantuflas rosas, una especie de falda escocesa y un chal con borlas enrollado alrededor de la gruesa barriga y cruzado por el hombro a la manera de la túnica de un antiguo romano. Parecía estar observándome a mí en particular, pensativo, con una ceja arqueada, y cuando el coche se marchó sacó una mano rolliza de debajo del chal y levantó el dedo índice en un gesto laxo y ambiguo, una mezcla de despedida y advertencia, a la que ni Morden ni Francie hicieron caso.

—Un maestro del disfraz —murmuró Francie y soltó su risa estreñida.

Pregunté quién era el tipo de la falda escocesa, pero nadie respondió, y Morden contempló el espacio entre sus rodillas con una expresión de enfado y aburrimiento. El niño se sentó al lado del triciclo volcado, todavía gimoteando.

Esta vez conducía Francie, con el perro en guardia a su lado, y Morden y yo íbamos en el asiento trasero. Morden guardaba silencio, sumido en sí mismo, con la barbilla apoyada en el pecho y los brazos cruzados como si le hubiesen puesto una camisa de fuerza. ¿En qué pensaba yo? Todavía en nada. ¿No es raro? Nunca dejo de maravillarme por mi capacidad de participar pasivamente, si es que puede usarse la palabra *participar*. Como si estar allí fuese una fuerza en sí misma, una especie de inercia que solo requiriese mi presencia para operar. Para hallarle sentido a este flujo de acontecimientos que me arrastraba como una hoja en la corriente, tendría que detenerlo todo, salir de la imagen y apartarme a una imposible plataforma arquimédica en el espacio desde donde observar el espectáculo como un todo completo. Pero nada está completo, y nada es un todo. Supongo que por eso en el fondo nunca he podido creer en la realidad como la describe la ciencia de la física, con sus momentos de introspección lúcida e inmóvil, como si fuese posible coger una sección del mundo, ponerla entre dos cristales y estudiarla en perfecta quietud y silencio. No, no, un flujo y un fluir imparables, eso es lo que hay; me aterroriza pensarlo. Aunque más aterrador es pensar en que te dejen atrás. Hablar es una forma de aguantar.

¿No es eso lo que hago? Si me detuviera, me detendría.

En un puesto de periódicos, las ediciones de mediodía anunciaban, con titulares de siete centímetros, el primero de los asesinatos.

—Mire eso —dijo Morden y chasqueó la lengua—. Es terrible —se incorporó en el asiento y dejó que su mirada vagase soñolienta hacia arriba—. ¿Quién era aquel tipo —dijo— que le robó aquel cuadro a Binkie Behrens y mató a la doncella cuando se interpuso en su camino? —una hilera de tiendas con furgonetas de reparto, perros, mujeres con aire derrotado empujando cochecitos de bebé; qué poco sé de eso que llaman el mundo real—. Fue hace diez o doce años —dijo—. ¿Alguien se acuerda?

Fijé la vista en las calles que pasaban. Tengo tales ansias en mi interior por lo mundano.

—Era un nombre que empezaba por eme —dijo Francie y sus hombros se estremecieron.

—Eso es —dijo Morden—. Montagu, o Montmorency, algo por el estilo —me dio un golpecito en la rodilla—. ¿Lo recuerda? ¿No? A lo mejor estaba usted fuera… Ha pasado fuera mucho tiempo, ¿no? —se quedó cavilando, o fingió cavilar—. Era un Vermeer, ¿no? ¿O un Metsu? Uno de esos. *Retrato de una mujer*. Precioso. Le golpeó en la cabeza con un martillo, ¡zas!, sin contemplaciones —se volvió otra vez hacia mí—. ¿Ha estado alguna vez en la mansión Whitewater, en casa de los Behrens? —dijo—. Es magnífica. ¡Qué cuadros! Debería usted ir. Vaya y vuelva en el día. Le gustará —se incorporó hasta quedar sentado de lado en el asiento y me observó con aire crítico—. ¿Sabe que está usted muy pálido? —dijo—. Pasa demasiado tiempo encerrado, eso es lo que le ocurre.

Empecé a hablar de la tía Corky, de su historia y de su situación actual, de la residencia, de los Haddon. Bla, bla, bla. ¿Por qué la tía Corky? A la hora de la verdad tengo pocos temas de conversación. Morden me dejó seguir y, cuando por fin me callé, se incorporó en el asiento, se frotó las manos y dijo que quería conocerla.

—¡Francie —exclamó—, da la vuelta, da la vuelta!

Descartó con un gesto mis débiles protestas. Se estaba divirtiendo. Muy pronto íbamos a toda prisa hacia el norte por la carretera de la costa. La marea había bajado y el sol resplandecía sobre las extensiones fangosas y las algas verdes. Una garza estaba posada en una barra cubierta de óxido con las alas desplegadas.

—Una exhibicionista —dijo Morden y se rio. De pronto su estado de ánimo volvió a cambiar y se puso lacrimoso—. Yo no tengo familia, ¿sabe? —dijo—. Quiero decir familia de verdad: tías, tíos, hermanos, esas cosas —se giró y con gran alarma por mi parte me sujetó por la muñeca y me miró escrutador a los ojos—. ¿Tiene un hermano?

Aparté la mirada. Sí, era exactamente igual que yo, un sentimental y un abusón. Era espantoso. Francie bajó la ventanilla, sacó el codo y empezó a silbar. El coche subió por la carretera de la colina y por fin nos detuvimos a la puerta de Los Cipreses.

—¿Es aquí? —quiso saber Morden, asomándose. Imaginé la cara del señor Haddon cuando Morden entrara preguntando a gritos por la tía Corky.

Pero Morden había perdido el interés por mi tía, había vuelto a ensimismarse y se quedó mirando ceñudo a lo lejos con la mirada perdida. Luego, cuando yo estaba a punto de apearme del coche, alargó el brazo a toda prisa y de nuevo me cogió por la muñeca e insistió en saber si tenía un hermano. No, le respondí, deseando marcharme, no, no tenía familia. Miró escrutador mis ojos.

—¿Alguna hermana? —preguntó—. ¿Nadie? —asintió despacio con la cabeza—. Igual que yo —dijo—; un huérfano.

Me soltó con un ademán y yo salí despacio a la carretera y el coche se alejó con estrépito. Me quedé parpadeando. Me sentía como si me hubiesen cogido y sacudido con fuerza antes de dejarme de lado con desinterés.

La tía Corky se había vuelto religiosa. Con la saya del hospital se sentaba en la cama de su enorme habitación y hablaba extáticamente de Dios, de la salvación y del padre Fanning (supongo que tendremos que conocerlo también a él, dentro de poco). A mí no me importaba. Su voz era relajante. Me entraban ganas de meterme bajo las sábanas con ella e implorarle protección. Estaba tembloroso y sin aliento y me fallaban las piernas, como si hubiese recorrido los últimos metros en la cuerda floja y ahora me aferrara al poste con estrellas aliviado, sudoroso y con las rodillas temblando, con la vasta y polvorienta oscuridad bostezando a mis pies; pronto tendría que desandar mis pasos vacilantes, de vuelta, de vuelta a donde estaba esperándome Morden con sus mallas y sus botas de acróbata, esbozando su sonrisa temeraria; pero aún no. La bandeja del desayuno de la tía Corky estaba en el armario al lado de la cama: un cuenco de gachas con una cucharilla doblada, una taza sucia con el platillo desparejado y la corteza de una tostada. Apenas me di cuenta cuando dejó de hablar. Qué cansado me sentí de pronto. Me escudriñó de cerca, con el ceño fruncido.

—¡Tú! —dijo, y me dio un golpe en el pecho—. ¿Qué te ocurre? Parece que hayas visto a un fantasma.

Tenía razón: un espectro que me era muy familiar, el fantasma de un antiguo ser, había vuelto a alzarse ante mí. Ojalá hubiera un procedimiento oficial para cambiar los hechos del pasado.

3. *Pigmalión* (llamado *Pigmalión y Galatea*), 1649

Giovanni Belli (1602-1670)
Óleo sobre lienzo, 23 × 35 pulgadas (58,4 × 89 cm)

Belli es atípico en tanto que, al ser un italiano que se trasladó al norte, representa una inversión de la emigración artística tradicional. Nacido en Mantua, se sabe que de joven estudió un tiempo en Roma, probablemente como alumno de Guido Reni (1575-1642), cuya influencia —menos que benigna— resulta claramente detectable en las obras de juventud del pintor. La siguiente noticia que nos llega de Belli data de 1640 en un catálogo del marchante Verheiden de La Haya, donde se le cita como «Joh. Belli ex Mantova, habit. Amstelodam». No están claros los motivos por los que este pintor quintaesencialmente italiano (meridional, católico, obsesionado con la muerte) se instaló en los Países Bajos. Ciertamente, a juzgar por las evidencias de su obra, con sus texturas pulidas y muy elaboradas y su ambiente desasosegante, casi podría decirse que macabro, no parece que fuese su admiración por la serena genialidad de la pintura holandesa en el Siglo de Oro lo que lo empujó al norte. Es una figura anacrónica, tal vez incluso levemente absurda, desplazada y desacompasada con su tiempo, un exiliado en un país extraño. Su obra está marcada por la introspección y el aislamiento de un hombre que se ha distanciado de lo conocido y de lo familiar y traiciona una añoranza desesperada por todo lo que ha perdido y abandonado. Su preocupación por el tema de la muerte —o más bien, lo que un crítico ha llamado por «la muerte en vida»— se manifiesta no solo en su morbosa y característica elección de los temas, sino en su obsesiva búsqueda de la calma, el equilibrio y una especie de esplendor ultraterreno; una búsqueda que, paradójicamente, otorga a su obra una cualidad febril y agitada, de modo que el epíteto que se le aplica más a menudo —de manera inexacta, claro está— es «gótico». Este constante esfuerzo por conseguir la trascendencia resulta en un estilo manierista y en exceso elaborado; lo que Gombrich resume como la actitud de los críticos hacia Guido Reni podría también aplicarse al discípulo de Reni, y decir que su obra es «demasiado autorreflexiva, demasiado deliberada en su búsqueda de la belleza pura». En el *Pigmalión* esta autorreflexión y este deseo de pureza, tanto de la forma como de la expresión, son las dos características más evidentes. Nos sorprende el notable atrevimiento del ángulo en que está situado el diván sobre el que se reclinan Pigmalión y su estatua-novia que despierta. Este gran paralelogramo rojo que se extiende en diagonal a través del cuadro de la parte inferior derecha hasta el rincón superior izquierdo da la impresión de una mole sesgada que casi resulta alarmante para el espectador, que al verla por primera vez tiene la sensación de que la sala en la que contempla el lienzo se haya inclinado de pronto. En contraste con el brocado de color rojo sangre del diván, la palidez marfileña de la estatua parece una prueba de sumisión: aquí «Galatea» (el nombre no aparece en ninguna versión del mito en la literatura clásica y en este contexto es probable que sea una invención de los mitógrafos renacentistas) es más una víctima que un objeto amoroso. De qué modo tan sorprendente se muestra esta figura, al mismo tiempo recatada y disoluta, tendida de espaldas con la rodilla izquierda flexionada para revelar el lugar donde el suave marfil del regazo forma un hoyuelo, y el brazo derecho sigue aún exangüe, con la mano esbelta extendida; ¿es la

inspiración de vida de la diosa la que hace que se convulsionen estos miembros, o son los paroxismos del placer carnal lo que la joven encarnada a medias está experimentando por vez primera? ¿Y está Pigmalión inclinado sobre ella para saborear mejor sus suspiros, o se está apartando consternado, horrorizado por la violencia de la pasión repentina que ha avivado? El gesto sorprendente de su mano sobre el pecho derecho de la joven puede ser tanto una prueba de su temor como de su deseo. Del mismo modo, las conchas, los guijarros, los pájaros canoros muertos, las baratijas pintadas y las gotas de ámbar gris en forma de lágrima que yacen entremezcladas delante del diván parecen no tanto «los regalos que gustan a las jóvenes» —en palabras de Ovidio— como ofrendas votivas colocadas en el altar de una deidad implacable. Con qué obsesiva precisión ha retratado el artista estas menudencias, como si fuesen de verdad un sacrificio que él mismo hace a Venus, cuya forma suave, desnuda y majestuosa se cierne sobre las dos figuras del diván, empequeñeciéndolas. En este retrato de la diosa —impasible, marmórea, lúbricamente maternal— puede apreciarse con claridad la influencia de los manieristas, en particular del Bronzino de obras como *Venus, Cupido, la Locura y el Tiempo*. El tono general de sexualidad ambigua lo marcan con picardía las tres lenguas de fuego danzantes que se alzan de la pira sacrificial que arde en el montículo cubierto de musgo ubicado a media distancia en la parte superior derecha de la escena. Por muy cuestionable que pueda ser su gusto, es en esos toques sutiles más que en los grandes gestos de esta obra fantasmal y ebria de muerte donde, por citar otra vez a Gombrich, la búsqueda de Belli «de formas más perfectas y más ideales que la realidad [se ve] recompensada con el éxito».

Lo que me afecta de un modo más intenso e inmediato en una obra de arte es la cualidad de su silencio. Este silencio es más que una ausencia de sonido, es una fuerza activa, expresiva y coercitiva. El silencio que irradia un cuadro se convierte en una especie de aura que envuelve en un campo de color tanto a la propia obra como al espectador. Así que cuando cogí los cuadros de Morden en la habitación blanca y empecé a examinarlos uno por uno, lo que me impresionó no fue el color, la forma o la sensación de movimiento que transmitían, sino el modo en que cada uno de ellos amplificaba de repente el silencio. Pronto la habitación latió con su muda elocuencia. Latió, sí, pues el estrépito voluminoso e inaudible con el que colmaron el lugar, igual que un globo se llena de aire densificado, no trajo la calma sino que por el contrario causó en mí una especie de agitación tensa, una esperanza trémula y equilibrada que era tanto más frágil porque no parecía haber nada que esperar. Mientras trabajaba, hablaba para mis adentros, sin apenas conciencia de estar haciéndolo, fingía voces e interpretaba diálogos entre dientes, de modo que a menudo cuando terminaba el día me resonaba en la cabeza una mezcla de ruidos como si llevase toda la mañana en compañía de una multitud de locos parlanchines. La habitación también desorientaba, con su encogida forma de cuña, su única y turbadora ventana cuadrada y su puerta invisible. Es increíble que no perdiera la cabeza en ese primer período de soledad e infatigable concentración (¿o tal vez sí la perdí?). Podría haber trabajado en cualquier otra parte de la casa, pues había habitaciones vacías y aireadas de sobra, pero nunca se me ocurrió cambiar. Hice que Francie me ayudara (no era muy complaciente) a subir de la cocina una vieja mesa de pino sobre la que coloqué mis libros de referencia, mis polvos, mis pociones y mis retortas de cristal (exagero) y desplegué sobre el hule verde los utensilios de mi oficio: las pinzas, los rascadores, los escalpelos, los pinceles de marta, la lupa y el monóculo de relojero; en otro momento, quizá, entonaré un pequeño himno de alabanza a esos hermosos artefactos que me proporcionan consuelo y un placer tranquilo y duradero. Imagíname allí trabajando igual que en los días de mi reluciente si no dorada juventud, cuando me gustaba hacerme pasar por un experto. Entonces era ciencia, ahora es arte.

He pensado en muchas cosas desde que te fuiste, y he llegado a algunas conclusiones. Una es que me perdí en esa radiante mañana florentina en la infancia del *quattrocento* cuando el arquitecto Brunelleschi les mostró a sus colegas pintores las hasta entonces desconocidas leyes de la perspectiva. Quiero decir que me perdí moralmente. Los mil años o así antes de ese acontecimiento crucial los imagino como un período de un profundo letargo sin sueños, en el que todo se movía en curvas envolventes a un paso tan lento como el avance de un glaciar y el futuro no era más que una repetición del pasado; un largo momento de quietud y circularidad suspendido en el tiempo entre el tambaleante final del mundo clásico y los primeros golpes febriles de eso que llamamos Renacimiento. Imagino una especie de Arcadia oscura y septentrional, cubierta de bosques y niebla y silencio, perdida en las profundidades relucientes y

revestidas de escarcha de la noche inmemorial. ¡Qué calma! ¡Qué paz! Luego llegó ese amanecer como un toque de trompeta cuando el arquitecto abrió su caja de los trucos y Masaccio (conocido por sus contemporáneos, con clarividente y en mi opinión gratificante exactitud, como Tommaso el Torpe) y sus secuaces se dieron una palmada en la frente incrédulos por su propia cortedad de miras y se pusieron a dibujar líneas que se alejaban y lo echaron todo a perder, sembrando en el mundo las quimeras del progreso, la perfectibilidad del hombre y demás. La desilusión siguió enseguida a la ilusión: esa, en resumen, es la historia de nuestra cultura. ¡Oh!, un mal día de trabajo. ¡Y en cuanto a la Ilustración…! ¿Cómo, alimentado con esos desvaríos, podía esperarse que un hombre como yo conservara la cordura?

Sea como fuere.

En los primeros días en esa habitación secreta me sentí más feliz de lo que recuerdo haber sido jamás, extraviado en la conocida otredad del arte. Extraviado, sí, y sin embargo al mismo tiempo con una conciencia de las cosas y de mí mismo más aguda que en ningún otro de los períodos de mi vida que se han imprimido con particular significado en mi recuerdo. Animado, es la palabra: todo, yo también, estaba animado de intención y trascendencia. Era como un animal de eso que llamamos la naturaleza, tranquilo en campo abierto con los sentidos milagrosamente adaptados al tiempo del mundo. Cada cuadro que levantaba y colocaba debajo de mi lupa era un presagio de lo que se avecinaba. Y lo que se avecinaba, aunque yo aún no lo sabía, eras tú, y todo lo que tú implicabas.

¿O sí lo sabía? Tal vez cuando escudriñaba esos cuadros lo que buscaba era siempre y únicamente tu posibilidad, una mota resplandeciente que avanzaba hacia mí desde el punto de fuga.

En el fondo soy un romántico incurable: quería creer en Josiah Marbot, el aventurero juicioso de ojos brillantes dedicado a robar tesoros desconocidos. A medida que fui conociendo los cuadros me convencí de que también lo iba conociendo a él (¿sería con él con quien tenía esas conversaciones fantasmales?), su amargo sentido del humor, su gusto por lo grotesco, la indiferencia con que enmascaraba la crueldad del coleccionista entregado. Casi podía verlo: un hombre viejo, alto y delgado con levita y corbata andando despacio por la casa al caer la noche, apoyado en un bastón con perlas en el mango, con un brazo detrás, el puño apretado contra la parte baja de la espalda encorvada y los dedos artríticos y retorcidos. Sus ojos legañosos aún ven bien, las comisuras de los labios están torcidas hacia abajo (hace mucho que se quedó sin dientes); tiene la nariz fina, puntiaguda, blanca y exangüe, seca como estas paredes. Se detiene ante una ventana, el criado que lleva la palmatoria abre camino entre las sombras, y se asoma a la calle estrecha; la llovizna engrasa los adoquines; un carruaje pasa entre crujidos y el ruido de los cascos del penco que lleva la cabeza gacha; recuerda un callejón en la Île de la Cité hace treinta años, la oscuridad caía como ahora, y un comerciante grueso y medio borracho en un cuarto de techo bajo y ennegrecido por el humo sacó un paquete envuelto en trapos sucios, canturreando y besándose los dedos como si estuviera ofreciéndole su propia hija al señor rico: *Vaublin, m'sieur… un vrai Vaublin!* Su pasión por los cuadros, o al menos por coleccionarlos, me parecía algo indecente, un vicio secreto. Lo imaginaba merodeando por las salas de exposiciones igual que podría haber merodeado por los grandes burdeles de la época, con una fiebre sorda de anhelo y vergüenza, balbuciendo su deseo de algo diferente, algo especial… Sin duda tenía afición por lo turbio y lo deforme, sin embargo las piezas que consiguió parecían del todo correctas —quiero decir en lo que a la técnica se refiere— como tantas otras putas jorobadas de tres pechos, disfrazadas con sedas y miriñaques.

Pero ¿qué me parecían exactamente estos cuadros, qué sentía exactamente por ellos? (Estoy sentado aquí, dicho sea de paso, con una penosa sonrisa pintada en el semblante, como un juez escuchando a un acusado medio imbécil balbucir su testimonio serio y autocondenatorio.) ¿Cómo puedo estar seguro de lo que sentía o dejaba de sentir? El presente modifica el pasado, es un proceso continuo e insidioso. Esa época, aunque ocurriera solo hace poco tiempo, me parece ahora imposible y lejana, una era previa a la Caída, bañada en una luz parda y henchida de la música lenta de la soledad. ¿Me entregué a los cuadros con esa sensación de caída interior que se supone que produce el gran arte? Probablemente sí. Cierto, me parecían inquietantes; me miraban desde el otro lado de la habitación, remotos e inmóviles, como una hilera de catatónicos apoyados en la pared. Pero, entiéndeme, nunca había estado tan cerca de unas obras de arte, nunca me habían permitido esas libertades. Fue como internarme de pronto en una versión diferente de la realidad, en una dimensión nueva y hasta entonces no soñada de un mundo familiar. Era como… sí: como lo que parece querer decir la gente cuando habla de amor. Colocar uno de esos extraordinarios artefactos ante mí en la mesa en la habitación blanca y ponerme a trabajar en él con mis pinzas y mi lupa era como tener permiso para entrar en los lugares secretos más recónditos de un objeto sagrado. Esta era la superficie en la que había trabajado el pintor, me repetía una y otra vez, estas eras las pinceladas que había dado; atrapados en la pintura habría unos pocos átomos que el creador había respirado mientras se inclinaba en éxtasis ante el lienzo tres siglos y medio antes en una buhardilla con goteras en alguna callejuela de Amberes o de Utrecht, bajo un cielo en el que se amontonaban nubes gigantescas. Eso era lo que me parecía, así era como pensaba; no es raro que cuando me apartaba y me frotaba los ojos no pudiera enfocarlos en lo que tenía delante. Era como un enamorado que mira mudo de alegría a su amada y ve no ya su rostro sino un sueño de él. Tú eras los cuadros y ellos eran tú y yo no me di cuenta. Todo esto lo entiendo ahora… pero entonces; ah, cariño, ¡entonces! Entiende mi dificultad: un personaje grotesco entre objetos grotescos. Me sentía feliz allí y lo único que deseaba era que esa soledad pacífica y fantasmalmente poblada siguiera inalterada; feliz, claro, hasta que te volviste animada de pronto y saliste del marco.

He aquí lo que ocurrió. He aquí lo que ocurrió, la primera vez. No la primera-primera vez, sino la primera vez que tú que yo que nosotros… Helo aquí.

Y, no obstante, ¿qué ocurrió? Nada que se pueda contar, nada que se pueda contar como es debido, con palabras. Por la mañana. El otoño ya estaba avanzado, con la luz del sol color latón en la fachada de las casas y la sensación de un continuo y callado deslizamiento en el aire pleno, sereno y brillante. Mucho silencio también, tan solo el raro estruendo del motor de un autobús que aceleraba en los muelles y, más a lo lejos, un ebrio tintinear de campanas de la catedral donde debía de haber un aprendiz de campanólogo ensayando las escalas. Estoy en mi mesa, escudriñando mi catálogo de la gran exposición de Vaublin en Washington, con las páginas abiertas en una más bien turbia reproducción de *El desollamiento de Marsias:* unos campesinos se divierten en primer plano mientras la tarea desagradable se lleva a cabo en miniatura en un bosquecillo umbrío que hay a media distancia. Me duele la cabeza, late con golpes lentos, suaves y silenciosos. Alzo la mirada. Una enorme y rolliza nube blanca y plateada de Magritte está en la ventana delante de mí, con los brazos abiertos. Apareces del silencio. Así es como lo concibo, como si el silencio de la habitación se hubiese materializado de algún modo en ti y te hubiese dado forma. Te sentí allí, antes de oír tus pasos. Se produjo una especie de desplazamiento, como si una máquina en algún lugar hubiese cambiado silenciosa y portentosa de marcha, y levanté la vista perplejo. Dicen que un instante antes de que te golpee el rayo se nota el zumbido de las

rocas y los árboles alrededor. Llevabas… ¿qué llevabas puesto? Un vestido fino de lino, o de algodón, estampado con flores minúsculas, estrecho por la cintura y con una falda ancha; lo que se llamaba en mis tiempos un vestido de verano, el tiempo aún era lo bastante cálido para llevarlo. Y zapatos de salón negros, con un lacito de satén negro en cada empeine. Nada de maquillaje, o ninguno que yo pudiera apreciar, así que sus rasgos tenían una cualidad trémula y más definida, como si la estuviera viendo a través de una bruma fina y luminosa. Lo sorprendente fue que no nos sorprendió. Fue como si llevásemos viéndonos allí cada mañana desde hacía meses. Cuando se inclinó sobre mi hombro oí el leve y suave raspado de su aliento. Y pude olerla. Eso fue lo primero, lo verdaderamente primero, su olor: al mismo tiempo descarado y rancio, con un toque como de picadura de ortigas que hizo que me cosquillearan las glándulas salivares. Olía a cosas infantiles, a playas, a aulas de escuela y a algo más, no sé, algo crudo e irritado —tal vez fuese solo la carne— y enseguida pensé, con una especie de avidez hinchada y sobresaltada, en quemaduras del sol, en sabañones y en el borde delicado, rosado y traslúcido de tus ventanas de la nariz cuando pescaste aquel resfriado y no me dejaste tocarte en tres días (lo sé, lo sé, todo esto está desordenado). A veces, incluso ahora, me deja reducido a un estado de inanidad boquiabierta el recuerdo de ese olor carnal y diverso; debe de quedar algún resto alojado en alguna parte en las cavernas de mi cráneo. Ojalá pudiera aislarlo, algún científico malvado podría crear a partir de él un modelo genético de ti perfecto en todos los detalles; excepto, claro, en el único que importa. Ella quiso saber qué ocurría en el cuadro de la página que tenía yo delante y, cuando se lo dije, torció la boca asqueada e hizo un ruido como de arcada. Pobre Marsias; se cantan las alabanzas de Apolo, pero yo prefiero mil veces a Dioniso. Fue hasta la ventana, acercó la cara al cristal y miró de lado algo que solo ella podía ver. Esa quietud, esa concentración felina: ¿dónde había visto yo a otra persona amada justo en esa misma pose? Luego se dio la vuelta y se sentó en el alféizar, inclinándose hacia delante con los codos tocándose y el hueco de los brazos hacia arriba (esas venas delicadas y azules, ¡Dios mío!) y las manos en los costados y un dedo gordo del pie apretado contra el suelo en una pose de ballet, mientras balanceaba despacio la otra pierna, que en el apogeo de cada balanceo quedaba desnuda hasta medio muslo reluciente. No puedo ver un Balthus, ningún Balthus —esos tonos otoñales, ese aire característico de hastiada lascivia—, sin pensar en A. sentada allí aquel día, con los labios entreabiertos, el ceño un poco fruncido, ensimismada con esa expresión irresistiblemente vacía que adoptaba su rostro siempre que estaba en reposo. ¿En qué pensaba yo, qué sentía? Esperaba, no sabía qué con exactitud, mientras el péndulo de esa pierna que se balanceaba hipnóticamente marcaba los segundos lentos e hinchados. Qué pálida estaba. El pelo le caía a un lado de la mejilla inclinada como un ala cortada negra y brillante. No veía su rostro con claridad con la luz al fondo. ¿Había desviado la mirada, me estaba mirando? El tiempo pasó. Debimos de hablar, o al menos de intercambiar alguna observación, es imposible que estuviésemos todo ese tiempo en silencio, pero si fue así no lo recuerdo. Tan solo me viene a la memoria el aspecto de las cosas: su vestido estampado, el ala de pelo colgante, la sombra triangular que se alargaba y contraía a lo largo de la cara interior del muslo cuando balanceaba la pierna, el azul polar de la ventana detrás de ella y la nube como un ogro a su espalda, extendiendo todavía furtiva los brazos gélidos. ¿O es solo que quiero demorarme en este momento en el que todo está por venir, conservarlo en el cristal de la memoria, como una de esas pequeñas escenas en globos de cristal con los que jugaba cuando era niño, una cabaña, un árbol y un petirrojo en una rama rodeados de copos de nieve? (Era capaz de producir una ventisca cuando me lo proponía.) Su rostro estaba inesperadamente frío al contacto de mi mano. Con una yema del dedo tracé la línea de su

mandíbula, su barbilla. No levantó la cabeza. La pierna había dejado de balancearse. ¿Cómo había ido yo de la mesa a la ventana? Imagino un gran salto, una especie de salto de canguro a cámara lenta que me dejó sonriente y tembloroso ante ella. Me sentía estremecido y liviano, como si me balancease de manera precaria sobre unos zancos y la mirase con ojos protuberantes de payaso. Ella estaba muy quieta, una criatura lustrosa, cálida y vigilante a la espera de lo que fuese a ocurrir. Tomé una bocanada de aire que se me atragantó en el gaznate y, con la voz práctica de un obrero que se arremanga para emprender un trabajo delicado pero atractivo, dije:

—Bueno, esta oportunidad no volverá a repetirse —e inexplicablemente noté un sabor a moras desde la raíz de la lengua.

Ella empezó a decir algo muy deprisa, no la entendí y se rio en mi boca y noté cómo sus labios se distendían y ladeaban bajo mi beso torpe y expectante. Nos miramos con los ojos muy abiertos, boquiabiertos y con una especie de sorpresa, luego apartó de pronto la cara con un gesto desdeñoso y complacido al mismo tiempo, esbozó un círculo con los labios y dijo en voz baja: «¡Bah». Un momento muy largo de inmovilidad absoluta, y luego tengo el recuerdo de que nos desenredamos con torpeza, carraspeando, musitando disculpas con la amenaza de una risa funesta por encima de todo. Luego me di la vuelta y fui hacia la mesa, andando con mis zancos invisibles, acalorado por un terror emocionante y dándole la espalda. Cogí algo de la mesa, no sé qué, y empecé a hablar sobre ello en un risible intento por aparentar desenvoltura. Y cuando volví a mirar ya se había ido.

Ese beso. Bueno. Su efecto duró días… semanas. Me sentía como algo roto que a la vez siguiera de una pieza, cubierto de grietas y fisuras finísimas y balanceándose sobre la base, como si fuese una efigie tallada en hielo y ella hubiera llegado corriendo con un martillo y me hubiese propinado un golpe resonante. Pensé sin cesar en ese breve contacto en un estado de lúgubre alegría y desconfianza, dándole vueltas de un modo y de otro, escrutándolo desde todos los ángulos posibles. A veces me sumía en tal estado de especulación quisquillosa que dudaba de que hubiese sucedido. Llevaba tanto tiempo sin besar a una mujer que apenas sabía lo que se sentía, y además siempre fui anticuado en esos asuntos. Hoy en día, la gente joven (sigo pensando que ella era mucho más joven que yo) parecía besarse con cualquier pretexto. Allí donde miraba estaban haciéndolo, en la calle, en el coche, hasta en bicicleta. Y no el contacto tímido y envarado de aquel día, sino de verdad, con la boca abierta, restregándose la entrepierna, con ruido. Lo sé. Los he observado. (Es un milagro que no me detuviera la policía.) Y por supuesto no podía creer que hubiese significado tanto para ella como para mí; la lengua de fuego que había lamido mi carne de mediana edad y la había hecho chisporrotear sin duda apenas habría causado efecto en su joven y cálido pellejo. Probablemente la besaran todo el rato y ella no hiciera ni caso. Sí, me repetía muy serio, para ella no era nada, apenas lo había notado, y me sacudía con fuerza, como un perro al salir del agua, y seguía con mi trabajo, solo para volver a sumirme enseguida y con frenesí renovado en una especulación desesperanzada, enloquecida y atormentada. Hielo, ¿he dicho que yo era como hielo agrietado?, más bien como un charco de barro, caliente y palpitante, y pensar en ella era como una burbuja que se alzaba, se hinchaba y por fin estallaba en la superficie con un horrible gluglú mientras abajo en las profundidades empezaba a formarse ya otra pompa de túrbida especulación.

Debería decir que la propia A. era casi irrelevante en estas desmayadas cavilaciones, que cuanto más se concentraban más dependían solo de sí mismas. Después de todo, ¿qué sabía yo de ella? Era solo la segunda vez que la había visto, sin contar el vistazo como a través de la pieza de un puzle en la escayola de la pared falsa aquel primer día que entré en la casa, e incluso después

de besarla no pude evocar su rostro en mi memoria más que a grandes rasgos. Sé lo que estoy diciendo, sé hasta qué punto me traiciono en mi horrible obsesión conmigo mismo. Pero así es como fue, al principio: igual que si en una casa vacía, en la medianoche más oscura, me hubiese detenido espantado ante una reluciente aparición solo para descubrir que era mi propio reflejo saliendo de un sombrío espejo de tamaño real. Tendría que pasar mucho tiempo antes de que el azogue de detrás del espejo empezara a desgastarse y pudiera mirar a través de él y verla, o a esa versión de ella que era la única que se me permitía ver.

Me sentí como un idiota. Parecía una figura absurda, algo así como el tonto del pueblo, triste, risible y al mismo tiempo patético y conmovedor. Me dolían las costillas del esfuerzo de contener un grito de alegría constante e incipiente. La ciudad se abría como una rosa bajo la firme radiación de mi recién encontrada euforia. Me descubrí a mí mismo hablando con la gente por la calle, completos desconocidos; podría haber hecho cualquier cosa, invitar a los parroquianos a una ronda en The Boatman, o darle una palmada en la joroba a Quasimodo y arrastrarlo al Saint Gabriel a compartir conmigo una botella de espumoso. Y ella estaba en todas partes, claro, o al menos las imágenes fantasmales de ella: un rostro fugaz en la multitud, una figura que desaparecía al doblar una esquina, o inmóvil y solitaria en el segundo piso de un autobús que la alejaba de mí por las grises extensiones de una avenida amplia, ventosa y arbolada. Mis poderes de reconocimiento erróneo eran prodigiosos. Recuerdo una ocasión en particular, cuando en la calle corrí jadeante y di una palmada en un hombro vestido de negro convencido de que era el suyo, solo para verme un instante después disculpándome confundido ante un caballero bajo y feroz de aspecto militar con el bigote encerado. Lo que más me sorprende ahora es lo poco que pensaba. Y con pensar no me refiero a una consideración sobria y profunda, a sopesar los asuntos en la balanza y demás, sino al pensamiento normal y cotidiano, a ese zumbido apenas consciente de instrucciones y admoniciones que parece un eco de la voz de un padre enseñándome hace mucho tiempo a levantarme, andar, hablar. Mi imaginación se había convertido en un cenagal tembloroso en el que, si intentaba vadearlo por los bordes menos profundos, me hundiría hasta la entrepierna. Y esto, fíjate, todo esto por la fuerza de un único beso totalmente ambiguo. ¡Oh, sí, qué idiota!

Y aun así tú, ella —¡ambas!— debisteis de estar en el mismo estado eufórico y excitado de expectación y conjetura adolescente en el que me hallaba yo. Seguro que sí. No digáis que es falso, o si lo fue, decid que lo fue solo al principio y que luego se volvió real. Por favor, no me privéis de mis ilusiones. Son lo único que tengo.

Pasaron tres días. Los recuerdo como si estuvieran cubiertos de escarcha, las cosas y los acontecimientos parecían fijos, irreales, con una claridad vidriosa, y yo estaba en el medio, envarado, desquiciado, sin dejar de sonreír, igual que un maniquí en un escaparate. (¡Ay, esta plétora de metáforas!, no parezco yo.) Estaba esperando a A. No había sensación de apresuramiento, todo procedía al ritmo acelerado pero firme del corazón bajo una influencia misteriosa pero ineludible que obraba sobre nosotros en secreto, una especie de geometría aérea que nos desviaba al uno hacia el otro como líneas de luz en el espacio. Me regodeaba en este tiempo fuera del tiempo, como en una de esas largas mañanas de sábado de la infancia. Vendría. Estaríamos juntos. Todo ocurriría.

Lo que llegó en realidad, sin embargo, fue la tía Corky.

De hecho, ahora que lo pienso, recibí la llamada un sábado por la mañana. Era pronto y yo tenía los ojos hinchados después de una noche agitada y al principio no entendí lo que me decían. «Soy la señora Haddon, de la residencia», repetía una voz chillona y desconocida, con un leve

deje de irritación. Lo único que acerté a hacer fue quedarme de pie sobre el linóleo frío del vestíbulo y asentir mudo con la cabeza ante el auricular, como si fuese el teléfono mismo quien estuviera apremiándome. El buzón de la puerta principal a mi espalda se abrió con un chasquido y escupió un fajo de facturas sobre la alfombra; Hermes estaba muy ocupado esa mañana.

—¡Hola, hola! ¿Me oye? —gritó la voz—. ¡Su tía ha dado un giro!

De fondo oí un ruido ululante y vertiginoso, y me vino a la cabeza la imagen de la tía Corky girando como una derviche en el vestíbulo ajedrezado de Los Cipreses, con la mortaja al aire.

—Quiere hablar con usted —dijo con voz estridente la señora Haddon—. Dice que solo hablará con usted —el ruido agudo se intensificó y ahogó sus palabras; parecía estar diciendo no sé qué del sol—. ¡Sharon —chilló—, Sharon, apaga ese puñetero trasto! —y el ruido cesó de pronto.

—Iré —dije, como un niño reacio al que han arrancado del juego.

—Más vale —respondió la señora Haddon en un tono ofendido, como si negara con la cabeza, y dándome a entender que tenía derecho a esperar mucho más que mi simple aquiescencia.

Era una mujer nervuda y lanzada, de constitución extraña: gruesa y redondeada por el centro, pero con los brazos finos y unas piernas inesperadamente bien torneadas que hacían pensar en partidos de tenis, faldas plisadas y *pink gins* en la hierba. Su rostro era lívido y afilado con un curioso brillo húmedo, y los ojos azul claro eran prominentes como los de un pez, lo que le daba un aire a una de esas damas de piel lechosa y ojos saltones de Fragonard. Mientras hablaba fijaba la vista a lo lejos y se frotaba la muñeca con un dedo y el pulgar como pellizcándola. Me recibió en el porche acristalado con un aire de reproche y enfado, y aunque yo había llegado a toda prisa, me encontré farfullando disculpas sobre el tráfico y la escasa frecuencia del autobús que subía a la colina.

—Esa mujer es un espanto —dijo la señora Haddon, interrumpiéndome—. No sabemos qué hacer con ella. Y por supuesto, cuando empieza, tira del resto. Son como niños —lo dijo con un susurro distraído con la cara apartada y la nariz blanca y afilada temblando.

Estaba tan pálida e indefinida que parecía faltarle una dimensión, y me dio la impresión de que si se volvía hacia mí se contraería en una línea vertical, como un recortable de cartulina. Me llevó por el pasillo, donde vi a su media naranja, el fantasmal señor Haddon, con la mandíbula marcada, encorvado y circunspecto, haciendo tiempo junto a una palmera plantada en una maceta; fingió no verme y a su vez su mujer lo ignoró a él.

—Usted es el hijo —me dijo; y sonó más como una acusación que como una pregunta. Cuando lo negué, apretó los labios, al parecer en señal de reprobación, no solo por mí sino por mi irresponsable y nada solidaria familia—. Bueno —dijo sorbiendo aire por la nariz—, ha estado hablando de él sin parar.

Que la tía Corky tuviese un hijo fue una novedad para mí. Hasta donde yo sabía, no tenía descendencia, y la imagen de ella con una pequeña reproducción masculina de sí misma en las rodillas tenía, me temo, un no sé qué de cómico. Ese día, no obstante, ya fuese por lo temprano y mareante de la hora o por mi estado de exaltación adolescente (¡ese beso todavía!), la idea parecía maravillosamente graciosa y acertada, y con una especie de brillantez llorosa dije:

—Sí, bueno, bueno, su hijo. ¡Ya entiendo! —sonreí y asentí con la cabeza todo el tiempo mientras hacía una especie de zumbido para mis adentros.

La señora Haddon, que subía delante de mí por las escaleras, me echó una torva mirada de desaprobación que aterrizó en la región de mis rodillas. Al llegar a la habitación de la tía Corky, la puerta se abrió y salió un joven desaliñado; al vernos dudó y miró a su alrededor con gesto

asustado, dispuesto al parecer a salir corriendo. Era el doctor Mutter; nunca llegué a saber su nombre. No hace falta que nos detengamos aquí por él, ya lo veremos después. Me recordaba vagamente a un personaje sacado de *Alicia en el País de las Maravillas,* al Conejo, tal vez, o al Sombrerero Loco. La señora Haddon le echó una dura mirada de rechazo y, con un torpe movimiento de cabeza, el médico se alejó, claramente aliviado.

La tía Corky yacía tan quieta en su enorme cama que al principio pensé que la habían atado. Parecía muy serena, con los ojos cerrados y respirando apenas. La pelirroja Sharon, que hoy aparentaba unos doce años, estaba sentada a la cabecera en una silla metálica, con las rodillas rozadas separadas, leyendo un tebeo (vislumbré la primera página: una boca oscura como la sangre, una lágrima grande y un bocadillo con forma de gruesa admonición: «¡Oh, Darren!», esas son las cosas que registra Mnemósine, de penetrante mirada). Cuando me acerqué de puntillas, Sharon levantó la vista para mirarme, sonrió y me guiñó un ojo, y reparé con una profunda ternura en la mano de mi tía como un gran manojo de ramas marchitas sobre la gruesa zarpa extendida de la joven. Debí de parecer como un enterrador sonriente, con ojeras y bolsas bajo los ojos, la sonrisa mortuoria y la gabardina doblada en el brazo como una mortaja. Me incliné sobre la cama y en el acto, como en mi primera visita, los párpados elásticos de la tía Corky se abrieron de pronto y se sentó con su saya blanca igual que la novia de Frankenstein (ahora que lo pienso, tenía un aceptable parecido con Elsa Lanchester) y exclamó:

—¡Oh, lo he visto, lo he visto! —y me sujetó con fuerza con una mano mientras la otra temblaba agitada en el puño de Sharon.

Era una escena sacada de uno de los sentimentalistas victorianos: *El sueño,* de sir Nosecuántos Nosecuántos-Nosecuántos: la anciana severa inclinada y afligida en el lecho desordenado y sostenida a un lado por la joven y sonriente enfermera y al otro por el sobrino envejecido y de dudosa reputación, cuyo abrigo raído y ropa no demasiado pulcra revelan su interés sobre los detalles del testamento, mientras de fondo pulula la avinagrada Señora Muerte.

—Está viendo cosas —me confió Sharon alegremente, dio unas amables palmaditas en la mano de la tía Corky y gritó—: ¿Verdad, cariño?

Mi tía no le hizo caso y me clavó los dedos viejos y resecos en el brazo.

—Ha venido a verme —susurró con voz afligida—, ha venido y se ha quedado donde estás tú ahora y me ha mirado. ¡Ay, cómo me ha mirado, con esos ojos, los ojos de su padre!

Se hizo una pausa y algo, una especie de resplandor, cruzó la habitación como si una superficie que reflejara la luz en alguna parte se hubiese inclinado de pronto hacia dentro.

—Solo estaba usted soñando —gritó la señora Haddon, y luego, todavía más fuerte—: ¡Digo que solo estaba usted soñando!

La tía Corky le echó un simple vistazo, volvió a mirarme y se encogió de hombros.

—Pues claro que era un sueño —dijo con airoso desprecio, me soltó la mano, cogió los cigarrillos del armario de la mesilla y encendió uno con descaro, soltando una enorme nube de humo espeso en dirección a la señora Haddon.

Sí, sí, había habido un niño, insistió, un niño pequeño. La historia era confusa; los detalles, vagos. No parecía haber tenido siquiera un nombre, este *Wunderkind*. Lo había perdido, dijo. Lo tomé por un eufemismo de otra eliminación violenta, aunque sin especificar, como la que había sufrido su marido, pero no: lo decía en sentido literal. Un día, un día terrible en medio de las exigencias de la guerra, lo había perdido sin más, se le había soltado de la mano y había desaparecido.

—En aquellos tiempos pasaban cosas así —dijo—. Pasaban cosas así.

Nos quedamos en silencio un largo rato, escuchando los gritos ásperos de las gaviotas y el suave y gástrico gorgoteo del agua en el radiador debajo de la ventana. Echamos a Sharon y a la señora Haddon para que la tía Corky pudiera hacer su confesión en privado. Se sentó delante de mí envuelta en humo de cigarrillo con la cara ladeada y la luz de la mañana jugando en su peluca dorada, mientras yo me debatía con la espinosa cuestión de cuánto, si es que había algo, sería creíble de esta última entrega en la enrevesada historia de la tragedia y la pérdida que decía que era su vida. ¿Sería capaz, incluso alguien como ella, de inventar semejante historia? Pero luego pensé, ¿por qué no? Me sentía tolerante; me sentía paternal. Este era uno de los efectos que estaba ejerciendo en mí el encaprichamiento (por ahora no le concederé mayor peso), esta sensación de ser por fin un adulto, un adulto llamado a desenvolverse en un mundo de niños. La tía Corky podría haber sido una hija cuyos gritos en la noche me hubiesen llamado a su lado, tan amables y solícitos eran mis modales. Le apreté la mano, le sonreí para calmarla y asentí con la cabeza, dejando que los párpados cayeran despacio y apretando los labios, en una farsa de compasión rebosante de engreimiento. Sí, engreimiento, pues como de costumbre era yo el verdadero objeto de toda esta cortesía, el yo recién creado con las alas pegajosas salido del capullo que había roto el beso de A. Entretanto, sin que nadie le hiciera mucho caso, la pobre tía Corky seguía narrando la historia de su niño perdido. Me pareció verlo, solo en la carretera cubierta de cráteres bajo un cielo como el pellejo de una liebre con el abrigo hecho jirones y una gorra demasiado grande, aferrándose a una maleta de cartón con las manos asustadas. Esos ojos me miraban desde Europa.

—Los muertos no perdonan —dijo la tía Corky, negando tristemente con la cabeza y suspirando. Luego me sonrió con dulzura—. Pero eso ya lo sabes, claro.

La señora Haddon me estaba esperando a la puerta, con las manos blancas entrelazadas sobre el regazo. Vete a saber si no habría estado escuchando por el ojo de la cerradura. Con los ojos saltones y brillantes fijos en mi nuez, dijo con voz insulsa:

—Está muy mal.

No supe en qué sentido lo decía y no se me ocurrió cómo plantear la pregunta, así que me limité a asentir vagamente con la cabeza y a adoptar un gesto preocupado. De hecho, en todas esas semanas que pasé con la tía Corky nunca llegué a saber con exactitud qué era lo que la afligía. Creo que se estaba muriendo de sí misma, si puedo decirlo así. Bajé las escaleras en solemne silencio con la señora Haddon. Noté que estaba queriendo decirme algo y al final lo soltó, aunque de forma indirecta.

—¿Tiene usted una familia? —preguntó. En esos días me estaban haciendo esa pregunta con notable frecuencia. Negué en redondo con la cabeza, reparando en parte, supongo, en lo que se avecinaba—. Su tía necesita un hogar —dijo en el tono contenido de una gran anfitriona cuya paciencia se empeña en poner a prueba un invitado tenaz y lamentable que ya no es bienvenido —. No querrá que muera aquí.

Fue una sorpresa en más de un sentido. Era la primera vez que oía decir con tanta claridad que la anciana se estaba muriendo; si era cierto, y estos eran sus últimos días, no supe decidir qué era más importante para mí: si que aumentara la carga de mi responsabilidad o que me prometiese una rápida liberación…, quiero decir para mí. No dije nada. Había empezado a asustarme de verdad. Lo que había parecido una condescendencia inofensiva por mi parte había hecho brotar unos sarmientos que se me habían enredado ya en los tobillos. Quise decir que no se me ocurría un sitio mejor para morir que ese, pero en vez de eso balbucí que vivía solo, que apenas tenía espacio y muy pocas comodidades para una enferma y que en realidad no se me ocurría, no

podía, sería imposible que… Estoy seguro de que me ruboricé, me ardía la cara y noté un espantoso nudo en la garganta.

Es increíble cómo el mundo sigue ofreciéndonos nuevas oportunidades de traicionar. Yo pensaba que había terminado con todo: con el deseo y el deber, con la compasión, con las necesidades ajenas —en una palabra, con la vida—, y, sin embargo, aquí estaba suspirando por una chica y cargado con un pariente moribundo, otra vez metido hasta el cuello en mis puñeteros chanchullos. No es raro que estuviese muerto de miedo. Encorvado de hombros, con su fúnebre traje negro, el señor Haddon nos aguardaba al pie de las escaleras con una mirada cuidadosamente distante. A mi lado, su mujer le gritó en tono lúgubre:

—Le estaba diciendo al señor Morrow que su tía necesita un hogar.

Él me miró con lo que parecía una triste insinuación de camaradería; los dos temíamos a esa mujer con sus ojos claros de pescado, la piel como el sebo de una vela y su aire de histeria tensa. Balbucí para él las mismas excusas que le había dado a ella, y me abalancé hacia la puerta, mientras hablaba por encima del hombro y metía los brazos en el impermeable como si estuviese intentando ponerme un par de alas flácidas y recalcitrantes.

Fuera hacía un día plateado. Mi corazón se elevó, como hacía siempre que conseguía escapar de aquel lugar, pero por debajo de aquel júbilo puntual yo seguía disgustado. Había cosas en las que no quería pensar. La historia de la tía Corky había removido las turbias aguas del recuerdo. Así es como atamos una piedra a las cosas y las hundimos en las profundidades hasta que estalla la primera tormenta del otoño y vuelven a salir a flote con los miembros hinchados y un velo sobre los ojos que miran a través de ti hacia la eternidad. Pero no la culpé. ¿Por qué no iba a poblar su mundo con sus trágicas imaginaciones, si le proporcionaban consuelo, la divertían o la ayudaban a pasar el tiempo? No volveré a culpar a la gente por sus debilidades. No volveré a culpar a nadie de nada. Excepto a mí mismo, claro. No, eso no tiene fin.

Volver a casa, después de esa inquietante aventura por los paisajes encantados del ayer de la tía Corky, se convirtió de pronto en una idea peliaguda, así que cuando me apeé del autobús me vi desviándome, inevitablemente, hacia la calle Rue. Una quietud sabatina reinaba en el barrio. Fuera de la casa, en la acera de enfrente, haraganeaba un hombre. Tenía la cabeza grande, calva y globular y llevaba una chaqueta de *tweed* abotonada, pantalones demasiado apretados y zapatos de cuero negro muy lustrosos; me recordó a uno de esos brillantes soldaditos de madera con forma de pinza que me daban de niño para jugar. Al acercarme me dedicó una sonrisa peculiar y disimulada, como si me conociera, y se marchó. A esas alturas ya tenía llave y pude entrar en la casa. Cerré la puerta a mi espalda y me quedé un momento en el airoso silencio del vestíbulo. Enseguida, como si hubiese entrado en una cámara de descompresión del corazón, la idea de A. entró burbujeante en mis venas y todo lo demás se desvaneció.

Pero ¿qué quiere decir, qué significa, la idea de A.? ¿Era en ella en quien estaba pensando, o en la idea de ella? Esta es otra de las preguntas que me atormentan ahora. Pues, incluso cuando estaba aquí, todavía conmigo, si la evocaba en mi imaginación no era a ella a quien recordaba sino solo su vaga y leve sensación, una especie de nube vaporosa a través de la cual su presencia brillaba como el sol invisible a través de una niebla matutina. Solo una o dos veces, hacia el final, cuando la tenía entre mis brazos, me pareció penetrar en esa nube de desconocimiento y descubrir que lo que me decía a mí mismo debía ser por fuerza la verdadera ella. Lo sé, conozco las objeciones, he leído los tratados: no hay una verdadera ella, solo una serie de indicios, una sucesión de apariciones, una cuadrícula de relaciones entre un enjambre de partículas; y, sin embargo, insisto: estaba allí en esas ocasiones, era ella quien me abrazaba contra sí y gritaba, no

un simulacro parpadeante que me habían endosado con la técnica de fotograma a fotograma y de una realidad tramposa. La tuve. Me dan igual el engaño y las crueles jugarretas que me hicieran, me traen sin cuidado. La tuve, eso es lo importante. Y ya la estoy olvidando. ¡Ah, sí, esa es otra tortura! Todos los días se borra un poco en mi recuerdo a medida que las mareas eternas van erosionando su imagen. Ni siquiera recuerdo con precisión de qué color eran, son, sus ojos. Es parte del precio que debo pagar: para haberla tenido debo perderla. Creo que los tiempos verbales no acaban de encajar. ¿Con qué me divertiría si no pudiera jugar con el lenguaje?

Noté su presencia en la casa antes de oírla. Subí las escaleras en silencio, ascendiendo en espiral como un alma suplicante que se eleva lentamente al cielo. La puerta secreta estaba abierta y la vi moviéndose por la habitación. Me demoré en el pasillo, observándola. Ahora caigo en que ese momento de vigilancia disimulada fue el primer indicio inadvertido de lo que se avecinaba; ¿son imaginaciones mías o noté una punzada anticipatoria de la llama del placer, mientras acechaba allí, sin aliento, con los ojos enrojecidos, envuelto en mi viejo y sucio impermeable? Estábamos bien emparejados, el observador y la observada. Tal vez ella supiera a su vez que yo estaba allí, tal vez fuera eso lo que le dio la idea de la mirilla (que abrirá enseguida su ojo asombrado). Estaba ocupada con algo, entraba y salía de mi campo de visión, taconeando. Detrás de ella, una luna de azogue y los primeros murmullos de la lluvia en el cristal. ¿Cómo vestiré a mi muñeca hoy? De negro, como de costumbre, una blusa de seda negra y esos pantalones elásticos que a mí no me gustaban —en mis tiempos se llamaban pantalones de esquí—, que se enganchaban por debajo del talón y hacían que sus piernas parecieran como de goma y sin rodillas y se afilaran bruscamente de la cadera al tobillo. Tendré que investigar esto de la ropa, averiguar algo sobre los estilos y demás, los nombres, recordar no llamar falda a un vestido, esas cosas. (¿Y qué es, exactamente, un vestido?) Esa será otra diversión, una inofensiva. El otro día en una pañería vi a un joven desaliñado, cohibido y silencioso en el mostrador de las bragas preguntando muy serio a una dependienta sorprendentemente tolerante. Desde luego, los tiempos han cambiado: antes ese tipo se habría llevado un bofetón o incluso lo habrían puesto en manos de la policía. A. era indulgente con estas cosas. En una ocasión en que estábamos acostados y reuní el valor de pedirle avergonzado con una disculpa que no se quitara una última prenda muy fina, ella soltó su risa más gutural y respondió que siempre había querido tener un amante fetichista. Recuerdos felices. Entretanto, me demoro en el pasillo mientras cae una leve lluvia de septiembre y A., bendito sea su afectuoso y a veces sorprendentemente práctico corazón, está haciéndome la cama (para los dos, con el correr del tiempo) en la vieja, llena de bultos, sufrida y siempre acomodaticia *chaise-longue* que un destino considerado o las exigencias del arte habían puesto a nuestra disposición en esa habitación blanca.

Por fin, empezaron a temblarme las rodillas por la tensión de estar allí inmóvil, tosí con un ruido teatral y me colé en la habitación, intentando parecer distraído, como si no la hubiese visto. Si se sorprendió de verme no lo demostró, solo me echó una mirada, puso una almohada en mis brazos y dijo:

—Sujétame esto —estaba hecha toda un ama de casa, muy ceñuda y atareada. Quería saber si el sofá me gustaba donde estaba, enfrente de la ventana—. Y tengo que poner unas cortinas —dijo, midiendo el marco con los ojos entornados.

¡Oh, sí!, cortinas, claro, y una mecedora y un gato, y pantuflas y una pipa para mí, y pronto también una cuna en un rincón, ¿por qué no? Me quedé con la almohada apretada contra el pecho y una sonrisa estúpida pintada en el rostro, intentando decidir qué era más absurdo, si lo que estaba haciendo ella o el modo en que me comportaba yo como si fuese lo más natural del

mundo encontrarla en la casa vacía un sábado a la hora de comer convirtiendo ese lúgubre cuartito en un nido de amor. Esa fue mi última ocasión para recobrar el buen juicio, la conciencia clara y definitiva de que lo que estaba ocurriendo era ridículo, imposible y estaba cargado de peligros indescriptibles. Bastaría con decirle quién y qué era yo en realidad, pensé, y ella saldría por la puerta negando con la cabeza, con los ojos abiertos como platos y musitando con espanto e incredulidad. Pero no dije nada, me quedé de pie sonriendo y asintiendo como un flamante maridito ciego de amor, y cuando ella me quitó de pronto la almohada y la llevó como un bebé blanco y rollizo a la cama, dejé que las manos cayeran inermes a los costados y comprendí que estaba perdido. Recuerdo haber pensado, con mayúscula irrelevancia, si se teñía el pelo, tan negro y brillante era en contraste con el blanco de su frente y su cuello virginal. ¿He hablado de su palidez? No tenía nada de enervado o enfermizo. Era luminosa, brillaba desde el interior de la vaina tensa y transparente de su piel. A veces, al principio, cuando la tenía desnuda entre mis brazos, imaginaba que lo que tocaba era un revestimiento falso, una especie de caparazón maravillosamente fino y sutil en cuyo interior se ocultaba inalcanzable otra ella distinta. ¿De verdad conseguí alguna vez atravesar esa membrana vaporosa? ¡Oh, por el amor de Dios, basta! Siempre la misma pregunta, ¡estoy harto! Y, además, ya sé la respuesta, ¿para qué seguir preguntándola? La lluvia en la ventana susurraba para sus adentros, deseando saber qué haríamos a continuación. El olor de las sábanas limpias me recordó, de manera incongruente, a la infancia. A. sostuvo la almohada un momento debajo de la barbilla para meterla en su funda. Yo me adelanté hacia ella igual que si avanzara sumergido en aceite, recorriendo con los dedos el borde de la mesa como si fuesen una temblorosa patrulla de soldados. Ella echó la almohada en la cama, volvió la cabeza a un lado y contempló cómo me acercaba, con una sonrisa vaga y calculadora, como si estuviese contando los pasos que nos aproximaban, con los ojos entornados. Por un momento, temí que se echara a reír. Yo parecía tener al menos tres brazos, todos ellos superfluos. Empecé a decir algo, pero me puso un dedo en los labios y negó una vez con la cabeza. Cogí su mano entre las mías y me acordé de un pájaro que había atrapado una vez y sostenido de ese modo; debía de estar enfermo; debía de estar muriéndose.

—Tienes frío —le dije.

Esto no es el teatro, esas son las banalidades que salen de los labios del más elocuente de los amantes en tales ocasiones.

—¡Oh, no! —respondió—. No, qué va.

De todas nuestras dulces ocasiones de pecar, creo que esta, preliminar y casi inocente, es la que recuerdo de manera más vívida, con una punzada de dolor más aguda e hiriente. Recuerdo la sonrisita firme que esbozó mientras se desabrochaba lentamente los botones de la blusa. Estaba sentada al borde del sofá, y yo seguía de pie a su lado, todavía con el impermeable puesto, la boca abierta, supongo, y respirando con dificultad, como un toro viejo y amodorrado. Recuerdo los pozos de sombra en el hueco de sus hombros, y sus hombros mismos, altos y bien formados, el derecho coloreado con una mancha curva y brillante como la cáscara de un huevo por la luz que entraba por la ventana, y sus extraños pechos pequeños y protuberantes con las areolas hinchadas de color amoratado que siempre daban la impresión, que Dios me perdone, de que tuviera los puños cerrados y en alto delante del busto. La cintura de los pantalones de esquí estaba oculta tras un pliegue de carne lívida, cuyo borde yo quería seguir con la lengua. Se había quitado los zapatos y soltado las tiras de los talones y el material elástico se pegaba ahora a sus piernas como un globo deshinchado. Sus pies minúsculos tenían un tono rojizo, y los dedos gordos estaban curiosamente separados, y evocaban una infancia descalza pasada en alguna

región acuática de fango y magnolias y pájaros gritones y coloridos. ¡Oh, mi Manon!, ¿dónde estás? Dónde estás.

Abajo llamaron a la puerta principal. (Tal vez esto sea el teatro, después de todo.) Qué cambio se produjo. Nos miramos, dos niños culpables sorprendidos haciendo cosas feas, y reparé en la piel de gallina de sus brazos y en los pezones erectos y en las marcas violáceas del sujetador en los hombros. Volvieron a llamar, no muy fuerte, con una extraña indiferencia, aunque por eso mismo pareció más imperioso. Se me encabritó el corazón.

—No abras —susurró A.

Mirando con el ceño fruncido hacia la ventana y mordisqueándose la uña del pulgar, parecía más pensativa que asustada. Este ruido no era parte de las instrucciones escénicas que le habían dado. Con aire ausente, empezó a ponerse la ropa. A pesar de mi espanto admiré con una especie de túmido asombro el gesto diestro y esforzado con que ajustó sus pechos temblorosos en el fino encaje y luego se sumergió con los brazos rígidos en su blusa, y cuando me di la vuelta y salí dando tumbos de la habitación, con ojos de conejo y pasándome el dorso de la mano por la boca seca, mi enardecimiento era tal que pensé que tendría que bajar las escaleras a cuatro patas. A cinco patas.

La puerta principal, cuando me acerqué desde el vestíbulo, tenía un aspecto contenido y complacido como si estuviera deseando abrirse y soltar una turba vociferante y acosadora. ¿Qué intuición profética causaba en mí ese temor? Cuando abrí la puerta (¡con qué impaciencia giró sobre las bisagras burlonas!) mi primera reacción fue soltar un relincho de alivio, aunque desconozco qué o quién esperaba que fuese. En la escalera, inclinado en ángulo como pidiendo disculpas y con las gotas de lluvia brillando sobre la frente ya de por sí brillante, estaba el tipo de la cabezota calva a quien había visto haraganeando en la acera de enfrente, ¿lo recuerdas? Había levantado la mano para llamar por tercera vez; la bajó a toda prisa, esbozó una sonrisa beatífica, carraspeó y dijo:

—¡Ah, señor M., justo el hombre a quien quería ver!

4. *Siringa liberada,* 1645

Job van Hellin (1598-1647)
Óleo sobre lienzo, 23 ⅝ × 31 ½ pulgadas (60 × 80 cm)

Este pintor, como es bien sabido, trabajó en el atareado taller de Peter Paul Rubens unos diez años antes de la muerte del maestro flamenco en 1640; de hecho, es posible que ciertas partes, algunas de ellas a gran escala, de los mayores cuadros de Rubens sean en realidad obra de Van Hellin, que poseía una de las técnicas más depuradas de la Flandes de la época y parece haber disfrutado de la total confianza de su maestro y mentor. En sus cartas Van Hellin habla de su profundo respeto por el viejo pintor, y ciertamente la influencia de Rubens salta a la vista en los lienzos de sus últimos años, en particular en la pincelada vigorosa y en la viveza de su ejecución. No obstante, como atestigua *Siringa liberada,* hay en Van Hellin un desapego en la aproximación —una frialdad, dirían algunos críticos—, que lo aparta de la mayoría de los seguidores y discípulos de Rubens. Aquí una calma clásica y distante recuerda más a Poussin o a Claude Lorrain que a la inmediatez carnal característica del taller del gran maestro flamenco. El reposo estatuario que logra en este cuadro —tan discordante con la violencia del tema— unido a la sencillez bucólica del paisaje con sus rebaños desperdigados y sus distancias plumosas y evanescentes son las huellas de un estilo más moderado y menos italianizante que el de su maestro; Van Hellin era católico en la católica Flandes, sin embargo, en su obra de madurez detectamos lo que, tomándonos una licencia, podríamos denominar una contención protestante que parece indicar la conciencia del pintor de las tensiones políticas y religiosas de la época. El paisaje aquí pintado no es el de la Arcadia de rocas, olivos y luces crudas del mediodía, sino una pacífica llanura norteña que las desenfrenadas pasiones de los dioses y los héroes no han tocado, pero sobre la que aún pende una atmósfera de indefinible desasosiego. El monte Licaón brilla en una neblina azulada y llena de miasmas, y la superficie parda y aparentemente hinchada del río Ladón tiene un brillo amenazante. Colocadas a media distancia, las figuras del dios y la ninfa, atrapadas en su pequeña tragedia de deseo y pérdida, parecen casi accesorias en la composición, que bien podría resistir sin ellas como un paisaje contenido en sí mismo. Los edificios de los templos a la derecha, altos y desvaídos, y situados entre la espesa vegetación que en algunos sitios es casi negra, prestan un aire de solemne calma a la escena. Son las puertas a ese otro mundo donde los olímpicos invisibles se sientan en callada contemplación de la esfera mortal que los fascina y confunde. Aquí, en este mundo verde y dorado, en esta tarde leonada, su oveja negra Pan se divierte; con qué habilidad ha retratado el artista a esta figura, haciendo que sea al mismo tiempo numinosa, cómica y aterradora. El dios parece correr y bailar a la vez, en desenfrenada persecución de la ninfa que ha perdido ya entre las cañas inclinadas. Esta Siringa, que, con su túnica blanca arremangada por la rodilla, podría confundirse con Diana la cazadora, expresa tanto un enorme pesar como una especie de lánguido anhelo por liberarse de la esfera humana que se ha vuelto tan fatigosa para ella; parece ansiar esa transfiguración inminente en el mundo de la naturaleza. El viento que sopla contra ella, comba las cañas de la orilla del río y extiende su pelo largo y rubio es, sin duda, un viento de cambio. (Qué lástima que el pintor haya

creído conveniente colocar esa figura tan delicada entre esa multitud de juncos francamente fálicos.) Ella es el centro del cuadro, el fulcro entre dos estados del ser, la representación de la vida en la muerte y de la muerte en la vida, de lo que cambia y aun así permanece; el testimonio que ofrece es la posibilidad de la trascendencia, tanto del ser como del mundo, aunque el mundo y el ser sigan inmutables. Ella es la perfecta ilustración de la sentencia de Adorno, según la cual «en su relación con la realidad empírica, las obras de arte recuerdan aquel teologúmeno de que en un estado de salvación todo es como es y, sin embargo, totalmente distinto». Ni siquiera tengo una flauta de junco que suene en conmemoración tuya.

Siempre vuelve. Pienso en ello como si fuese otra historia diferente, pero no lo es. Me engaño diciéndome que me he desprendido de todo y que puedo meterme desnudo y sin el menor pudor en un nuevo nombre, en una nueva vida, ligero y alborozado como un alma que transmigra, pero no, vuelve arrastrando por el estiércol sus miembros sin huesos y se alza grotesco ante mí con la forma más inesperada. Como la de este tipo, por ejemplo, con la cabeza extrudida y peligrosamente equilibrada en lo alto de ese tronco cilíndrico —llevaba abrochados los tres botones de la chaqueta de *tweed*— igual que una bola de piedra sobre la columna de una reja. Nunca he visto otra cabeza tan casi perfectamente esférica. El efecto lo subrayaba el pelo engominado, con la raya justo por encima de la oreja izquierda y peinado de lado sobre la cúpula del cráneo calvo, igual que una apretada gorra de charol. Sus ojos, también negros, eran muy pequeños y estaban muy juntos y un tanto desalineados, el izquierdo un poco más alto que el derecho, lo cual daba a su expresión un aire de perplejidad que me pareció al mismo tiempo cómico y turbador. Su sonrisa, que esbozaba con los labios muy apretados y torcidos en ángulo recto por las comisuras, parecía menos un síntoma de alegría que de incomodidad, como si hiciera una mueca por una punzada de indigestión o le apretara demasiado el zapato. Tuve la impresión de una limpieza fanática y excepcional: brillaba, casi relucía. Lo imaginé por la mañana ante un lavabo agrietado, en calzoncillos y camiseta interior, frotándose con vehemencia, lustrándose hasta conseguir ese brillo tan intenso. Supe enseguida qué —si no quién— era, sentí un callado sobresalto y me recorrió un escalofrío como si me hubiesen cortado limpiamente en dos con una hoja afilada hasta más allá de lo imaginable. Para mí, el miedo siempre lleva aparejado un fogonazo de placer.

Me dijo que se llamaba Hackett.

—¿No me recuerda? —dijo, en apariencia sinceramente alicaído.

—Claro que sí —mentí.

Ahora resulta curioso, pero la verdad es que no lo conocía de nada. Mis recuerdos de esa época de crisis y desastre en mi vida —¿cuánto tiempo ha pasado, doce, trece años?— se han vuelto borrosos en ciertos aspectos. Sin duda, la memoria, como el registro selectivo e indulgente que es, ha creído oportuno suprimir este o aquel detalle de mi caso, aunque no entiendo cómo podría haber borrado del todo del sin duda abarrotado cuadro de esas semanas una figura tan memorable como la del inspector Ambrose Hackett. Sin embargo, uno de los dos se equivocaba en sus recuerdos y no daba la impresión de que fuese él. Durante unos momentos guardamos un incómodo silencio y se metió un dedo por debajo del cuello de la camisa, detrás del grueso nudo de la corbata, y giró la cabeza a la izquierda con un gesto breve y doloroso, uno de los muchos tics que tenía y que, de haberlo conocido, no habría olvidado. Pasaron unos momentos más, marcados por los latidos de mi corazón. Una de las pocas cosas que he aprendido con los años es que no hay ocasión, por muy graves o terribles que sean las circunstancias, que no pueda

convertirse en una incomodidad social. A lo largo de mi vida, he visto a abogados enmudecer de vergüenza, a jueces evitar mi mirada, a carceleros ruborizarse. Sin duda, esta vacilación repentina e inevitable que se produce cuando falla el código universal de nuestros modales dice algo a favor de nuestra especie: ¿no reflejará este fenómeno la autenticidad esencial del alma? Ahí estábamos el policía y yo, atrapados en una situación imposible, yo haciéndome pasar por el dueño de la casa deshabitada y sin amueblar de otra persona, con una joven semidesnuda en el piso de arriba aguardando con impaciencia mi regreso, y él sin impermeable bajo la lluvia en el escalón y esperando con aire triste a que lo invitara a pasar.

Dije que estaba trabajando; fue lo único que se me ocurrió que pudiera parecer al mismo tiempo vago y profesional. Sonó absurdo. Mi voz pareció demasiado alta y poco convincente, como si hablase para alguien que estuviera escuchándonos a escondidas. Hackett asintió pensativo con la cabeza.

—Sí —dijo—, de eso mismo era de lo que quería hablar.

Esto fue una sorpresa. Lo había tomado por otro de los funcionarios que gustan de enviarme las autoridades de vez en cuando para recordarme que no soy un hombre libre («la perpetua es de por vida»: cuántas veces habrá sonado esa advertencia engañosamente tautológica en mis oídos).

Lo invité a pasar al vestíbulo mientras subía a buscar mi propio impermeable.

A. no estaba. Me quedé un momento contemplando la habitación con jadeante impotencia, luego volví a bajar con estrépito por las escaleras, aterrorizado de que Hackett hubiese empezado a husmear por ahí, aunque no sé qué temí que pudiera descubrir; esa gente es capaz de convertir la cosa más trivial en una pista para resolver un crimen que ni siquiera tenías conciencia de haber cometido. No obstante, no tenía de qué preocuparme: era la discreción personificada. Lo encontré en el vestíbulo en posición de firmes y con las manos a la espalda, sonriendo con inocencia, como un colegial grande y torpe esperando al lado del escenario el día de entrega de las notas.

Fuimos hacia el río. Hackett se subió el cuello de la chaqueta para protegerse de la llovizna.

—He olvidado la gabardina —dijo con tristeza; tenía un don para dar a cuanto decía una nota humorística de disculpa.

Yo estaba en un estado extraño, incapaz de entender del todo el potencial alarmante de este encuentro. Al contrario, todavía enardecido y confuso al pensar en A., parecía avanzar a saltos, como un dirigible que se hubiera soltado de sus amarras y hubiera quedado a la deriva, henchido de una dicha despreocupada. Y había algo más, otro acceso de casi-placer que tardé un poco en identificar: era alivio. Guardar un secreto es tener poder, dice el filósofo, pero también es una carga. No había reparado, o lo había olvidado, en que el esfuerzo de fingir ser otra persona era un peso enorme e insoportable del que estaba encantado de librarme, aunque solo fuese por un rato, ante cualquiera que dijera contarse entre quienes me lo habían echado a la espalda. Cuando le dije que había cambiado de nombre, sonrió con indulgencia y asintió con la cabeza.

—¡Oh!, ya lo sé —dijo—. Pero eso me da igual. Genio y figura, señor M., genio y figura.

La lluvia iba en aumento, grandes gotas se enganchaban como perlas en su brillante coronilla.

Le propuse ir a tomar una copa, ¿o estaba de servicio? Se lo tomó como un chiste y se rio complacido, arrugando los ojos.

—Veo que sigue siendo un bromista —dijo.

Su coche, un Facade rojo abollado con un perrito de plástico que asentía con la cabeza en la luneta trasera, estaba aparcado en una callejuela detrás de la catedral. Hackett me abrió la puerta y subimos. Dentro olía a ambientador de pino, a cuero sintético y a sudor; he viajado muchas

veces en los asientos traseros de coches como este, encajado entre tensos hombretones jadeantes con chaqueta y camisa azul. Enseguida el hedor a oveja de nuestra ropa mojada se impuso al olor picante del pino y las ventanas empezaron a empañarse.

—Es terrible lo de ese asesinato —dijo Hackett—. La apuñaló en el ojo y le cortó los pechos. Como si fuese una especie de ceremonia. Yo digo que lo volverá a hacer. ¿Usted no?

—Que si yo no ¿qué? —dije.

—Que si cree que lo hará otra vez. Siempre lo hacen.

—No siempre.

—¡Ah!

Después de esa breve escaramuza, algo que había estado de pie rígidamente entre los dos tomó asiento y se cruzó de brazos. No tengo nada contra la policía. Siempre me han parecido educados y atentos, con un par de excepciones notables. Una de las primeras cosas que me sorprendieron, en la época en que tuve que vérmelas con ellos en plural, por así decirlo, fue su sorprendente curiosidad. Eran como colegialas arremolinándose en torno a una de ellas que por fin ha conseguido perder la virginidad. Detalles, querían saber todos los detalles sucios. Cómo sudaban, inclinándose hacia mí y resoplando en voz baja, con las ventanas de la nariz dilatadas, mientras yo iba adornando mi escuálida historia para su deleite. «Pero, un momento —decían, poniéndome con suavidad una zarpa en el brazo—, la última vez lo contó de otra manera», y yo tenía que revisar casi toda la trama para acomodar cualquier nuevo giro que mi imaginación sobreexcitada acabara de soñar. Y siempre, al final de la sesión, oía ese frufrú y esos crujidos que hacían al sentarse en las sillas de plástico con una mirada triste y distante en sus ojos con bolsas amoratadas; y luego soltaban el aliento, un «ahh» suave con un deje que solo puedo considerar envidia. Es cierto eso que se dice de que conocemos mejor a alguien cuando representa una amenaza contra nosotros. Creo que llegué a conocer a mis interrogadores mejor que sus propias mujeres. Por eso me pareció tanto más extraño no poder ubicar a Hackett.

—Yo estaba allí la primera vez que lo detuvieron —dijo—. ¿No lo recuerda?

No, no lo recordaba, y aún hoy desconozco si me dijo la verdad o lo inventó con algún oscuro y retorcido propósito. Al principio lo tomé por un loco; es uno de mis defectos, juzgo a la gente por su aspecto. Tenía, como descubriría pronto, un modo de jugar con las cosas que me recordaba a un gatazo lento y de aspecto corriente que jugara con un ratón al que hubiese capturado. Se acercaba a un asunto y daba un salto hacia atrás, se volvía y pretendía fijar su atención en otra parte, aunque seguía sujetándolo con una garra extendida y las uñas sacadas.

—Esos cuadros —dijo en tono soñador, mirando ceñudo la lluvia—. ¿Qué opina de ellos?

La punta de una fina cuchilla de pánico pinchó mi hinchada conciencia, el gas que aún quedaba dentro salió silbando del globo de mi euforia y caí a tierra con un golpe.

—¿Qué cuadros? —respondí, estoy seguro de que más deprisa de la cuenta y con la voz temblorosa.

Él se rio en voz baja, negó con la cabeza y no me miró. Por un momento no dijo nada y dejó que el silencio se tensara.

—Dígame una cosa —insistió—, ¿los ha reconocido siquiera?

Volvió la cabeza y me miró directamente. O al menos lo más directamente posible, pues tenía la nariz aplastada a un lado (de sus primeros días en las calles, tal vez, una pelea a la puerta de un bar, un puñetazo salido de la nada, sangre y estrellas), y eso, unido a los ojillos desparejados y minúsculos como cabezas de alfiler, me recordaba a esas figuras de cara de luna que pintaba de viejo Picasso, de perfil y de frente al mismo tiempo, en las paredes de aquel *château* suyo en Cap

d’Antibes o dondequiera que fuese. Casi me eché a reír de miedo.

—¿Reconocer? —pregunté con voz chillona—. ¿Qué quiere decir con reconocer?

Su rostro adoptó una expresión vaga y distante, como la de una tortuga muy vieja, y se quedó en silencio un buen rato marcando sobre el volante el ritmo de una canción con la yema de los dedos. La luz dentro del coche, con los cristales empañados, era densa y granulosa, como si el cielo se hubiese abatido sobre nosotros. La lluvia golpeaba contra el techo.

—Dicen —observó por fin meditabundo Hackett— que el rayo nunca cae dos veces en el mismo sitio. Pero lo hace. Y lo ha hecho —se rio—. Usted fue el primer relámpago, por así decirlo.

Esperé, confundido. Dentro del silencio parecían tintinear unos objetos metálicos. Me miró, sonrió astuto y la punta purpúrea de la lengua asomó entre los dientes.

—No se habrá enterado —continuó en voz baja—. Los del seguro nos han pedido que guardemos el secreto por un tiempo —hizo una pausa, sonriendo todavía; parecía estar divirtiéndose de lo lindo, a su manera callada—. Han vuelto a robar en la mansión Whitewater —dijo.

Me aparté de él como si me hubiesen dado una bofetada. Respiré despacio. Con la manga limpié la ventanilla a mi lado. Tres chicas pasaron riéndose bajo la lluvia cogidas del brazo. Por encima de la calle, se palpaba una tensión en el aire y la gran campana de la catedral tañó reverberante una vez. Bajé los ojos en busca de sombras y de descanso. Las punteras de los zapatos de Hackett brillaban como castañas. Sarga; hacía treinta años que no veía unos pantalones de sarga. Fui al colegio con tipos como Hackett, hijos de granjeros decididos a mejorar su posición, duros, astutos, callados y con una vena conmovedora de timidez, pero nunca fueron mi tipo. Los traté con indiferencia y desprecio, aunque en secreto me incomodaban, me amedrentaba la seguridad que tenían en sí mismos, el aire de obstinada autenticidad que desprendían. Gente de verdad: nunca me siento cómodo en presencia de gente de verdad.

—Media docena o más, esta vez —dijo Hackett—, con marcos y todo. Acercaron marcha atrás una furgoneta a la casa y los sacaron por la ventana. Sabían a lo que iban —se quedó pensando un instante, luego me miró de reojo y esbozó su sonrisa de payaso de circo—. Debieron de contar con la ayuda de un experto.

Yo pensaba en las Tres Gracias riéndose bajo la lluvia.

—Sabemos quiénes han sido, claro —dijo, de nuevo pensativo—. Es como si hubiesen dejado su tarjeta de visita. Ahora es cuestión de… pruebas —volvió a hacer otra pausa y se rio—. ¡Ah!, y seguro que esto le interesa —añadió—: Uno de ellos le dio un martillazo al guardia de seguridad y por poco lo mata.

Una carretera comarcal y un coche grande y viejo que va de lado a lado hasta detenerse en la cuneta. La escena es en blanco y negro y está rayada y entrecortada como en un noticiario antiguo. Todo se queda inmóvil un momento, luego el coche se balancea de pronto con violencia sobre los amortiguadores y una voz grita angustiada y agónica. Bienvenida a mis pesadillas. Yo siempre estoy fuera del coche, nunca dentro. ¿No es raro? Hackett me observaba con silencioso interés. Entonces noté un destello del viejo malestar que sufro de vez en cuando en momentos de tensión y necesidad, y con él una mareante sensación de dislocación, de estar partiéndome en dos; por un segundo fui otra persona, que pasa y se asoma a la ventanilla de mi ser sin reconocer nada de los andurriales normales y al mismo tiempo misteriosamente impenetrables de este otro yo.

—¿Él está casado? —preguntó Hackett. Lo miré con un gesto inexpresivo—. Morden —dijo

con amabilidad y me dio un golpecito en la rodilla con el nudillo.

La lluvia cesó con una especie de susurro.

—No lo sé —respondí. Era cierto.

De pronto, e inexplicablemente, sentí una especie de entusiasmo leve y quejoso. Muy raro. Hackett también se animó. En rápida sucesión, se pasó un dedo por debajo del cuello de la camisa, sonrió y se tiró de forma convulsa de la pernera del pantalón. Tres tics seguidos: yo había acertado el gordo.

Luego nos despedimos, como si hubiésemos llegado a un acuerdo y, de momento, no hubiese más que decir.

—Hasta más ver, señor M. —dijo Hackett—, y buena suerte.

Mientras me apeaba del coche, se inclinó en el asiento y me puso una mano en el brazo.

—Volveremos a hablar —dijo—. Estoy seguro de ello.

Regresé despacio a la casa por las calles brillantes. Un desgarrón fundido había aparecido en las nubes bajas por encima de los tejados, pero había vuelto a empezar la lluvia y caía a mi alrededor en grandes y torpes gotas como centelleantes salpicaduras de acero. Hay veces en las que me siento ebrio aunque no haya bebido una gota en varios días; o más bien me siento como si me hubiese emborrachado y ahora empezara a estar sobrio, y las fantasías y las falsas perspectivas producto de la embriaguez estuviesen a punto de despejarse y de dejarme sorprendido y boquiabierto ante una versión radicalmente reajustada de lo que había pensado que era el mundo. Ese estado de sobriedad pluscuamperfecta no llega a producirse nunca y sigo dando tumbos confundido y engañado entre una muchedumbre abstemia que se aparta de mí con frialdad, con los labios apretados y quitando las faldas de mi tambaleante camino. Mientras andaba bajo la lluvia, mi imaginación giraba palpitante sobre una única idea. La idea eras tú. Tú tenías el poder de desplazarlo todo a un lado, como un brazo despejando con un ademán una mesa cubierta de objetos. ¿Qué me importaban a mí Morden y sus cuadros, o Hackett y sus pruebas, qué importaba nada de eso, comparado con la promesa de todo lo que tú representabas? ¿Lo ves?… ¿Ves como ya estaba perdido y que hasta la perspectiva de volver a la mazmorra me traía sin cuidado?

Como siempre, habías dejado tu huella en la casa, resonaba con tu ausencia como un piano al cerrarse de golpe. Subí a la habitación, que ya consideraba nuestra, me senté en la *chaise-longue* con el impermeable mojado, las rodillas separadas y las manos entre los muslos y estuve un buen rato viendo salpicar discordante la lluvia sobre los tejados. ¿He descrito la vista desde nuestro nido de águilas? Agujas y campanarios, preciosas escaleras de incendios oxidadas y una gran cúpula verde de cobre que siempre me recuerda a una col; justo debajo, al otro lado de la carretera, detrás de una valla publicitaria y oculto de la calle, había un solar vacío con exuberante verdor, donde a veces, en la penumbra, aparecía un zorro, andando delicadamente sobre los escombros con la cola baja y el hocico levantado; detrás había un edificio grande y elegante, una iglesia, un templo cuáquero o algo por el estilo, cuadrado e imponente, que nunca fui capaz de localizar cuando estaba en la calle. Tenía frío. Hice un esfuerzo por darme la vuelta, igual que una estatua de piedra girando sobre su pedestal, y fui con pasos graníticos hacia donde estaban apilados los cuadros. Pues claro que los había reconocido. Podía cerrar los ojos y ver las paredes de la mansión Whitewater donde habían colgado, ahora vacías en mi imaginación, como un puzle al que le faltaran media docena de piezas. Los había reconocido y al mismo tiempo no. Es extraordinario, este don que tiene la inteligencia para mantener ciertas cosas, por muy íntima conexión que guarden, en niveles totalmente separados, como otras tantas capas de sedimento

fundido. Me volví, fui al sofá y me metí entre las sábanas, con el impermeable mojado y los zapatos, me tumbé acurrucado en mi lado, con una mano debajo de la mejilla y sentí caer los párpados como si los cerraran unos dedos fantasmales. Poco a poco se me quitó el frío de los huesos y quedé envuelto en mi propio hedor, respirando mi propio olor, una mezcla de lana mojada, carne, sudor y cuero húmedo de zapatos.

Y aquí la memoria, ese ingenioso director escénico, lleva a cabo uno de sus imposibles cambios mágicos de escena, empalmando dos ocasiones diferentes con un insulso desprecio por el decorado, la utilería o el vestuario. Sigue siendo sábado por la tarde, sigue lloviendo, aún está ese desgarrón en las nubes brillante como un fogonazo de magnesio, y yo sigo tumbado en la *chaise-longue* entre las sábanas suaves, nuevas y almidonadas, pero ahora me he quitado la ropa, y A. está entre mis brazos, también desnuda, o debería decir sin ropa, pues mi húmeda y nacarada enamorada nunca estuvo desnuda sin más. Esa fue la primera vez, como suele decirse: todo fue muy casto —no se me ocurre una palabra mejor— y casi distraído, como si estuviésemos fuera de nosotros mismos y apartáramos la mirada de este acto extraño y laborioso en el que estaban aunados nuestros cuerpos; como si apartáramos la mirada y escuchásemos, con una especie de perplejidad contenida, los ruidos leves y lejanos de un mundo apenas ya reconocible. La primera vez, sí, y en cierto sentido la última: nunca más esa sensación suntuosa y predestinada de algo definitivo, completo, hecho.

¿Qué recuerdo? Lágrimas en el rabillo de sus ojos, sus pestañas pegajosas; el huequecito en la base de su columna vertebral, espolvoreado de pelos rubios y bruñidos; también el hueco de su cuello, una minúscula copa llena de ella que apuré hasta las heces; el súbito brillo de su muslo, blanco como el vientre de un pez, con su gruesa arteria lapislázuli por la que pulsaba su vida misma. Murmuró cosas entre dientes, palabras que no acerté a entender, y tuve la extraña sensación de que había con nosotros un tercero a beneficio del cual ella estaba haciendo un constante comentario sin aliento. Y enseguida dijo «No», muy alto, no a mí, sino a sí misma, y se puso rígida, con los ojos apretados y mostrando los dientes, yo esperé alarmado, tenso sobre ella con los brazos temblando como arcos tendidos, y lo que quiera que fuese salió despacio de ella, que soltó un ronco y lánguido suspiro y se aferró a mí, apretando la frente húmeda contra la mía. Luego se quedó dormida.

Una vez más, estoy tumbado de costado, mirando como antes hacia la ventana y la lluvia que va disminuyendo, la acuno en mis brazos mientras ella sorbe por la nariz y se mueve nerviosa, se me ha dormido el brazo pero no lo muevo por miedo a molestarla, y, además, me siento heroico aquí, un joven Tristán cuidando despierto a su *Irisch Kind;* heroico y absurdo, irreal, ansioso, exultante. Y, poco a poco, se desplegó en mí un recuerdo del pasado lejano, cuando de niño, una tarde de verano en unas vacaciones en la playa, salí de un cine con el techo de zinc, esperando lluvia, niebla y nubes turbulentas, y en vez de eso me encontré bajo un sol brillante y reluciente con el mar cobalto ante mí, sobre el que un barco con una vela roja se escoraba rumbo al horizonte neblinoso, y por una vez, por un momento raro, mudo y estático, me sentí a gusto en este mundo tierno, impasible y siempre angustiado.

La lluvia cesó, el desgarrón en las nubes se convirtió en una ancha faja de cielo azul mariano y A. despertó con un sobresalto y frunció el ceño como si no supiera quién era yo.

—Mira —le dije en voz baja—, ¡mira lo que hemos hecho con el tiempo!

Me escudriñó de cerca para ver si estaba bromeando y, después de decidir que no, se rio.

Si alguna vez llego a escribir la obra filosófica que estoy convencido de llevar dentro, acurrucada con el pulgar en la boca en el líquido amniótico de mi imaginación, tratará sobre la

felicidad. Sí, la felicidad, lo creas o no, la más misteriosa, en tanto que evanescente, de las situaciones. Sé que hay quien dice —los poderosos prusianos, por ejemplo— que no es una situación, en ningún sentido positivo, y sostiene que no es más que la ausencia de dolor. No estoy de acuerdo con esta opinión. No me pidas que compare el estado anímico de dos animales, uno de los cuales está devorando al otro; la felicidad de la que hablo no tiene nada que ver con los colmillos y las garras de la naturaleza, sino que es exclusiva de la humanidad, un producto derivado de la evolución, un premio de consolación para nosotros pobres corredores fatigados de la raza humana. Es una fuerza cuya acción es tan delicada y tan fugaz que apenas notamos cómo opera en nosotros hasta que se ha convertido en algo del pasado. Y sin embargo, es una fuerza. Arde en nuestro interior, y nosotros ardemos en ella, sin consumirnos. No puedo ser ahora quien era entonces —puedo recordar, pero no volver a experimentar la dicha de esos días—, pero no debo dejarme llevar por la vergüenza, el pesar y el dolor y negar lo que sentí en aquel momento, por muy vergonzoso o iluso que pueda parecerme ahora. Abracé contra mí a aquella desconocida de pronto tan familiar, noté latir su corazón, escuché el susurro de su aliento y pensé que había llegado por fin a mi verdadero sitio, el sitio donde, sereno y al mismo tiempo profundamente conmovido, febril pero con una calma sobrenatural, sería por fin quien era.

Hela aquí, el espejo móvil en el que me sorprendí a mí mismo, pobre Acteón de ojos saltones, con los perros traicioneros husmeando ya con suspicacia mis talones. Menos de metro sesenta sin zapatos, con sus conmovedores, enrojecidos y pequeños pies desnudos. Busto, ochenta y seis centímetros; cintura… pero no, no, esto no está bien. En el pasado, cuando me interesé por las ciencias físicas, lo que más me costaba era la medición, quiero decir filosóficamente: pues, ¿cómo iba nada en este mundo fluctuante a estar quieto el tiempo suficiente para acercarle una regla graduada y medirlo? (¿He dicho esto ya? No me importa.) Y aun cuando fuese posible imponer la quietud necesaria, ¿tendría la medida resultante algún valor fuera del laboratorio y de la sala de disección? El viejo como se llame tenía razón: todo es flujo y fuego en cuyo seno giramos. Hasta los muertos se mueven, mientras derivan y se deshacen, soñando con la eternidad. Cuando pienso en A., veo algo parecido a una de esas figuras danzantes de múltiples extremidades sacadas de una religión oriental, toda piernas y brazos esbeltos en forma de ese, con el rostro siempre vuelto hacia mí, incluso mientras gira y brilla. Es la diosa del movimiento y las transformaciones. Y yo, yo me inclino ante ella, sumiso y en trance, con la frente apretada contra la fría piedra del suelo del templo.

Tengo un puñado de imágenes suyas, grabadas en la memoria como fotografías. Cada vez que evoco una de ellas se enciende, igual que una bombilla, un espasmo que es una mezcla de dolor y placer. Los tonos varían del blanco platino pasando por el gris vidrioso y el níquel hasta el negro sedoso, con virados en sepia en algunas partes. Aquí, mira esta, mira: me vuelvo desde la ventana y tú estás tumbada boca abajo entre las sábanas revueltas, llevas solo una camiseta corta de satén, estás mirando hacia otro lado con los codos apoyados y fumando un cigarrillo —hay ceniza por todas partes, claro—, tienes las rodillas separadas y los pies en el aire, y, conteniendo el aliento, me quedo allí y contemplo la orquídea aplastada rojiza y rosada entre tus muslos y, por encima, el pequeño capullo apretado con la aureola fruncida del color del té claro. Notas mi mirada, giras la cabeza, me miras bizqueando por encima del hombro y esbozas la sonrisa de una niña libertina, moviendo los dedos de los pies a modo de saludo alegre y burlón. O mira, aquí hay otra, ¿la recuerdas? Esta vez eres tú la que está en la ventana. Vas descalza y tu falda, quiero decir tu vestido, está sin abrochar. Estás de pie con los ojos cerrados, la cabeza apoyada contra el marco y una pierna doblada con el talón enganchado en el alféizar, los brazos cruzados

apretándote los pechos hacia fuera como una fruta pálida y ofrendada. Digo tu nombre pero no me oyes, o me oyes y no me haces caso, no lo sé, y de pronto, como si la hubiésemos mandado llamar, una gaviota, más grande de lo que habría creído posible, desciende del cielo con un batir de las alas, se queda suspendida un segundo detrás del cristal en la luz broncínea de la tarde de octubre y parece mirarnos, primero con un ojo de ágata y después con el otro, y, al intuir su presencia cargada de presagios, te vuelves hacia la ventana muy deprisa justo cuando el pájaro, chillando con el pico abierto, sigue su camino, descendente hacia el abismo en sombras de la calle.

Al principio, en las semanas después de su marcha, me torturaba pensando que no la había observado con el cuidado y la atención necesarios, que cuando tuve ocasión no la fijé con la suficiente firmeza en el marco de la memoria, pero ahora que estoy más sereno (¿estoy más sereno?) no puedo creer que nadie se haya visto sometido a una atención tan constante y demencial como la que te dediqué. Cada día cuando llegabas a la habitación (yo siempre era el primero, siempre) volvía hacia ti una mirada tan asombrada, tan plena de perplejidad siempre renovada, implorante en su intensidad, que pensaba que te asustarías y huirías de mí, de semejante necesidad, semejante temor, semejante felicidad angustiada. No es que tú vacilaras, claro; mi pobre mirada ojerosa nunca fue lo bastante fiera para deslumbrarte. De todos modos, insisto en que atisbé con más esfuerzo y más hondura tus profundidades que nadie lo ha hecho o lo hará jamás. Te vi. Esa es la clave de todo. Te vi. (O vi a alguien.)

No teníamos noches; siempre era de día cuando nos encontrábamos. ¡Oh, la quietud de esas tardes de color peltre, con el zumbido amortiguado de la ciudad a nuestros pies, el silbido de la lluvia en la ventana y nuestro aliento blanco como el pensamiento en el aire inmóvil y en cierto modo expectante bajo ese techo de color cráneo! Al final ella sí que puso unas cortinas, una cosa parduzca y peluda que colgaba en pliegues abultados como un pellejo, pero nunca las corrimos. Yo quería mirarla bajo la luz más áspera, ver los poros e imperfecciones y los pelillos que se erizaban con mis caricias; sobre todo atesoraba esas veces en que, agotada, o medio dormida, yacía tendida en el sofá, flácida y boquiabierta varada en el olvido de mí y de sí misma; entonces me sentaba a su lado con las piernas dobladas y los brazos alrededor de las rodillas y la estudiaba centímetro a centímetro, desde las uñas mordidas hasta los dedos separados y extrañamente largos de los pies, devorándola despacio y minuciosamente en un extasiado canibalismo de los sentidos. Qué pálida y delicada era. Brillaba. Su piel tenía una textura gruesa y granulada que a veces, cuando no se encontraba bien, o cuando tenía la menstruación, me parecía excitante y desagradable al tacto. Sí, siempre estaba ahí, detrás de todos los éxtasis y de la adoración, esa leve, acre y atávica insinuación del asco, esperando, como un dolor disipado, esperando y haciendo recordar. Estoy convencido de que eso es lo que es el sexo, el anestésico que hace soportable la carne del otro. Y sobre él erigimos catedrales.

Creo que, en sí mismo, a ella no le gustaba demasiado eso, el acto, como curiosamente se le denomina, o en todo caso no como lo hacíamos nosotros; no, creo que lo que le interesaba era el ceremonial que lo acompañaba, el juego ansioso, los juegos de las consecuencias, el aturdido intercambio poscoital. Tal vez sea solo la amargura de la retrospección con que lo veo ahora lo que me hace apreciar cierta brusquedad siempre al final. Me empujaba a un lado, se sentaba y buscaba los cigarrillos, como si estuviera plegando algún objeto de uso cotidiano, una tumbona, digamos, o una tabla de planchar, y lo guardara para poder empezar con lo que de verdad tenía que hacer. Recuerdo una vez después del paroxismo final en que yo estaba sobre su pecho jadeando como una medusa y ella se escurrió con habilidad, cogió una manzana mordisqueada

que había dejado en el suelo al lado del sofá y siguió comiéndosela con tanta despreocupación como una Eva a la que hubiesen interrumpido. No me habría sorprendido demasiado, ni tampoco desagradado, si hubiese alzado un día la vista en mis incesantes y vanos intentos por colarme corporalmente dentro de ella (pienso en un actor intentando embutirse en un traje maravillosamente cortado, pero demasiado pequeño) y la hubiera encontrado fumando ociosa un cigarrillo, u hojeando una de esas revistas satinadas en cuyas páginas vivía otra de sus vidas fantasmales y parpadeantes. No debo dar la impresión de que era indiferente o de que interpretaba su papel sin entusiasmo; es solo que estaba, creo, más interesada en las instrucciones escénicas que en el texto. En cambio los parlamentos…, sin duda le interesaban los parlamentos. Hablar era lo suyo; le encantaba hablar. Conversaciones inacabables. Se soltaba de mi jadeante abrazo pentápodo, se sentaba y se envolvía en las sábanas, afirmándolas en sus curiosamente rollizas axilas con una habilidad aprendida en el cine, y me exigía que le contara una historia. «Cuéntame cosas —decía, con la punta de la naricilla aguda volviéndose pálida de anticipación —, háblame de tu vida». Yo respondía con evasivas. Daba igual. Ella tenía fantasías de sobra para los dos.

Me mentía, claro, eso lo sé, pero las cosas que me contaba (al contrario que las que no me contaba) no las considero mentiras sino invenciones, más bien, improvisaciones, ficciones verdaderas. Las historias que contaba las había narrado y pulido tantas veces que los detalles se habían vuelto borrosos. Estaba la historia de su familia, y de su madre en particular. Esta mujer misteriosa —a quien A. no podía aludir sin entornar los ojos y fruncir los labios como si fuese a escupir— seguía maligna y, sospecho, exuberantemente viva en alguna parte, pero para su hija había muerto. «¡No quiero hablar de ella!», afirmaba, volviendo la cabeza y levantando una mano con el cigarrillo humeante inclinado y tembloroso, y luego procedía a enumerar una vez más con voz monótona y gutural la larga lista de las atrocidades maternas. La primera vez que oí hablar de mamá, había nacido en Norteamérica, en Savannah, o en Luisiana, o en algún *bayou* homónimo del sur profundo, en una familia de rancio abolengo; en narraciones subsiguientes, no obstante, su cuna cambió a Misisipi, luego a Misuri, y una vez incluso, si mis oídos no me fallaron, a Missoula, que, según me dice mi atlas, es una ciudad en las Montañas Rocosas en el estado norteño de Montana, adonde yo, Melmoth el Despojado, viajaré en el peregrinaje circular que pienso emprender uno de estos días en busca de mi amor perdido. Pero ¡Missoula!, ¿de dónde demonios se sacaría eso? Decía que su padre era suizo. Había sido —lo imaginé antes de que lo dijera— diplomático en el Ministerio de Asuntos Exteriores y ella se había educado en muchos sitios distintos; de hecho, en sueños a menudo hablaba en lo que me parecían lenguas extranjeras. (Dicho sea de paso, me gustaría saber por qué siempre acabo con mujeres que tienen el sueño agitado.) Hacía ominosas insinuaciones sobre su padre; yo imaginaba un *gentilhomme* moreno y de pelo lustroso, de una apostura siniestra: veía su bronceado de esquiador, sus ojos color chocolate oscuro, su reloj enjoyado, acariciando ocioso a una niñita pálida sentada en su regazo.

¿La creía? ¿Acaso importaba eso? Apoltronado en nuestra estrecha cama improvisada en el aturdimiento de la felicidad, la escuchaba horas y horas mientras contaba sus historias, fumaba sus cigarrillos y se arrancaba la piel encallecida de los pies, mirándome de vez en cuando de reojo, con ojos de gata, midiendo los efectos de sus palabras, dudando de hasta dónde podía llegar. Al principio, antes de tener más sentido común, yo llamaba a veces su atención sobre esta o aquella discrepancia en la historia que estaba contando y de inmediato ella se refugiaba en un hosco silencio y yo me quedaba fuera, perplejo y arrepentido, con la nariz apretada contra el

cristal frío. Te creía, te creía… ¿Cómo podías dudarlo? ¡Ay, mi dulce tramposa!, creía hasta el último detalle.

Alguna de sus afirmaciones más descabelladas incluso conservan un nítido matiz de autenticidad en el fondo, aunque los detalles fueran dudosos.

—Mi problema es —dijo un día, como si contemplase ceñuda unas oscuras distancias interiores— que aquí solo está una de mis dos mitades.

De entrada no quiso explicármelo y se quedaba con los brazos cruzados meciéndose adelante y atrás y negando en silencio con la cabeza. Por fin, no obstante, se lo saqué: era la superviviente de dos gemelas. Su doble había nacido muerta, un minúsculo cadáver blanco cuya sangre había absorbido la feroz y pequeña A. embriónica para garantizar su propia supervivencia. La madre de A. dejó claro que a su entender había muerto la gemela equivocada. Cuando A. se portaba mal de niña, el Monstruo de Missoula, esa Pasifae de las Llanuras, la reprendía con el recuerdo de la pequeña P. (habían escogido un nombre y comprado la ropita para un segundo bautizo). A. había crecido en un estado de luto vago y permanente. Era una superviviente, con el inquebrantable sentido de culpa y falta de completitud del superviviente. Cuando terminó su historia volvió hacia mí una mirada fija, solemne y extraña.

—A lo mejor —dijo—, a lo mejor tú también tuviste un hermano gemelo que murió, y no te lo dijeron.

Nos dimos la mano y nos quedamos uno al lado del otro en silencio largo rato, apretándonos como niños que se han asustado el uno al otro con historias de duendes.

Había otros fantasmas. Recuerdo… Dios mío, a veces flaqueo. Recuerdo una tarde tormentosa, debió de ser a principios de noviembre, cuando empezaban a soplar los primeros vendavales otoñales. La casa se estremecía zarandeada en sus cimientos y fuera había una excitante sensación de cosas —chisteras, tupés, paraguas rotos— volando y cayendo en el aire limpio, gris y acerado. Ese tiempo siempre me hace pensar en el pasado distante, como si mi infancia hubiese sido una larga y tempestuosa penumbra. Estábamos en el cuarto de baño del segundo piso, lleno de corrientes de aire, el único de la casa que tenía agua y un váter con cisterna. Las tuberías sonaban, el linóleo estaba combado y a menudo la llama de la caldera con forma de ataúd que había encima de la bañera se apagaba sin más con un pavoroso y comedido golpe sordo. Ese día el viento se colaba suspirando por el marco de la ventana, por el ojo de la cerradura y por debajo de la puerta, y el aire estaba granuloso por el vapor que giraba en la cérea refulgencia de la bombilla que debía de estar allí desde que la electricidad llegó a la calle Rue. Yo estaba lavándole el pelo a A.; nos gustaba jugar así a las familias (y luego a mamás y a papás). Ella iba en bragas, estaba inclinada sobre el viejo lavabo desportillado y se aferraba al borde con los nudillos blancos como si fuese cuestión de vida o muerte. Me parece estar viéndola, la punta rosada de las orejas, la coma oscura de pelo mojado en la nuca, la piel tensa y pálida de los hombros estirada sobre las aletas delicadamente ensambladas de hueso moldeado, la pendiente sedosa y resbaladiza de la espalda seccionada por la línea de puntos de las vértebras. Le gustaba que le lavaran el pelo. Decía que le ponía la piel de gallina. Se retorcía y estremecía, daba patadas y gimoteaba quejas encogiéndose de placer. Mientras me inclinaba sobre ella con la espalda dolorida y la mandíbula apretada, vi de pronto a mi hijo. Debió de ser la forma de su cabeza en mis manos lo que lo invocó. También a él le lavaba la cabeza, inclinado sobre él con gesto torpe en tardes brumosas hacía mucho tiempo, cuando era un niño y yo aún era su padre. Mis manos debieron de recordar los contornos de su cráneo, frágil y delicado como el huevo de un pájaro, con esos huecos en las sienes como si le hubiesen apretado ahí con un dedo y con el

pulgar, y la pequeña cúpula abultada de la nuca donde su pelo estaba siempre enredado de la almohada. Cerré los ojos y una oleada de algo, una espantosa bilis ardiente, se alzó en mí y vacilé y tuve que sentarme al lado de la bañera.

A. debió de notar cómo me recorría esa carga de dolor, debió de chisporrotear desde la yema de mis dedos hasta su cuero cabelludo. Se volvió sin decir palabra, con las greñas chorreando, me cogió la cabeza entre las manos y la apretó contra su pecho. Había un sitio huesudo y pecoso entre su esternón y su clavícula que me parecía penosamente conmovedor, y allí apoyé el oído y escuché el susurro oceánico de sus órganos internos. Me sentía sin aliento y con hipo, como si estuviese al final y no al principio de un ataque de llanto. Pues lloré. ¡Oh, sí!, sigo siendo un llorón, aunque ya no lloro tan a menudo ni tanto como antes. Hubo una época en la que apenas pasaba un día, o una noche, en que no vertiera mi ardiente cuota. Hay una barrera, una frontera de las emociones, donde hay que renunciar —¿a qué?, ¿al dominio de uno mismo?, ¿a la dignidad?, ¿a la condición adulta?— a cambio del mareante y extraño placer de abandonarse de lleno a la pena. No es que lo haga con frecuencia. Lloro, sí, pero hay lágrimas y lágrimas. Al otro lado de esa frontera definitiva, el suelo se inclina bruscamente y uno se desliza, impotente, hacia sí mismo, sin nada que impida la caída ni nada donde agarrarse excepto el aire vacío. Me llevó otra vez arriba (¡Dios mío, si nos hubiésemos encontrado con Morden, o con su empleado!), nos sentamos en el sofá y sostuvo mis manos entre las suyas mientras yo lloraba a lágrima viva. Lágrimas calientes cayeron sobre nuestros nudillos, cada una de ellas impresa con una imagen minúscula y curva de la ventana donde el día gris y estridente agonizaba con rapidez. Recuerdo el ruido del viento, un sonoro trompeteo hueco en el aire, y las hojas y ramitas que golpeaban contra los cristales, aunque eso no puede ser, porque no hay árboles en las inmediaciones; ¿serían trozos arrancados del arbusto de las mariposas que había en el solar de al lado de la casa? Teníamos un radiador eléctrico de dos barras, un artilugio viejo que ella había rescatado de alguna parte, y que ardía ahora a nuestros pies con lo que me parecía una rojez torva y complacida que me recordaba a los fuegos de coque de mi infancia. Hoy fantaseo a menudo con la idea de colarme en la casa —estoy seguro de que todo debe de seguir igual— y rescatar algo como recuerdo, ese radiador, o una copa de vino sucia, o incluso una bola de borra de entre los tablones del suelo, tal vez con uno de sus pelos enredado en ella; lo que de verdad quiero, claro, es la *chaise-longue*, pero incluso en mis momentos más agónicos me da risa imaginarme sudando y maldiciendo como un carretero, mientras bajo a golpes esa bestia recalcitrante por infinitos tramos de escalera. Aun así, qué no daría por poder tumbarme boca abajo en ella y aspirar su olor viciado, agotado y conmovedor.

Mi memoria ya está otra vez jugándome malas pasadas, combinando ocasiones diferentes, pues ahora, mientras estoy allí sentado llorando con A. a mi lado, soy yo el que está desnudo debajo del albornoz barato que me compró, mientras que ella está vestida con uno de sus trajes negros y un par de zapatos de tacón de aguja cuyo repicar sobre los tablones de madera todavía resuena en mis sueños, siempre, siempre alejándose. Percibo cierta impaciencia, incluso exasperación por su parte; las lágrimas ajenas, por muy sinceras que sean, pueden ser difíciles de tolerar. Yo mismo estaba avergonzado, e incluso mientras sollozaba tuve esa acalorada sensación de pánico que tiene uno cuando el pasajero de al lado en un autobús abarrotado empieza a maldecir y a blasfemar. Hacía mucho que no me oía llorar así, de un modo tan simple, tan poco afectado, con ese entusiasmo tan sentido.

—Lo perdí —dije, las palabras salieron en espasmos llorosos y sollozantes—. Se me soltó de la mano y desapareció.

A. se sentó con la mirada fija en el suelo al lado de mis pies desnudos y no dijo nada. Supongo que desconcertado por su silencio, la miré angustiado entre el brillo de mica de las lágrimas; tenía el aire paciente y sombrío de alguien que espera a que termine una anécdota ya conocida y no demasiado interesante. Supongo que necesitaba impresionarla, hacer con palabras algo equivalente a cogerla de los hombros y sacudirla. Además, tenía que estar a la altura de esas lágrimas extravagantes. Así que me senté envuelto en el albornoz, hinchado y con manchas en la piel, con las manos juntas en el regazo, como un bebé enorme y amoratado, y le hablé de mi pobre niño que nació dañado y murió, y de mi mujer, esa figura minoica y para entonces arcaica, con quien hace mucho tiempo vagué por el mundo hasta que un día descubrimos que habíamos agotado el mundo y a nosotros mismos, y la dejé, o me dejó, y yo me derrumbé en caída libre.

Vete a saber si creyó mi historia, mi cuento chino.

Pero qué bien me sentí al contársela. La luz crepuscular, el silencio que nos rodeaba, y ella a mi lado con la cara medio apartada. He vuelto a hacer que se ponga el velo; parece una celosía: el confesionario, claro. ¡Oh, absuélveme!

Abajo en la calle los vendedores de periódicos anunciaban las ediciones vespertinas.

—Conozco a un hombre —dije— que mató a una mujer.

Ella calló un momento, y miró a lo lejos por debajo de las pestañas.

—¿Ah, sí? —respondió—. ¿Y a quién mató?

—A una criada de la casa de un hombre rico —qué raro sonó, como algo sacado de los hermanos Grimm: el ladrón malvado que se cuela en la mansión del hombre rico para robar un cuadro y, cuando la doncella se interpone en su camino, la golpea en la cabeza y la mata—. Luego se lo llevaron —continué—, lo encerraron y le obligaron a tragarse la llave.

Y desde ese confinamiento aún sigue esperando a que lo liberen.

Qué silencio.

Pero ¿por qué estoy en albornoz, si es evidente que ella acaba de llegar de la calle? Yo notaba las pequeñas franjas de aire frío que caían de los pliegues de su chaqueta (tres botones negros y brillantes, bolsillos al bies, el cuello de terciopelo estrecho: ya lo ves, lo recuerdo todo) mientras estaba allí de pie e iba tic-toc, tic-toc hasta la ventana y se quedaba mirando hacia fuera con los brazos cruzados y apartando de mí su rostro. A veces parezco vislumbrar a través de ojos ajenos ese lugar más sencillo, ese Valle Feliz del corazón, por el que espero deambular un día, siquiera una hora, de la mano, tal vez, de mis muertos.

El día cae ante el avance del crepúsculo. Allí estoy de nuevo, como si el momento no tuviera fin. El viento aúlla mudo en la calle y la ventana se estremece, grandes nubes borrosas se amontonan como sucias olas marinas por encima de los tejados apiñados. Mis lágrimas se han secado, mi rostro parece de vidrio. Bajo la luz de color latón, A. se estaba convirtiendo en sombría piedra y cuando habló lo hizo con la voz irreal de una sibila. Empezó a contarme la historia de que cuando era una colegiala en París se había escapado del convento y había pasado una noche en un burdel, donde se había acostado con cualquiera que la quisiese, veinte o treinta hombres sin rostro, había perdido la cuenta. Nunca se había sentido tan real y al mismo tiempo tan distante, como si flotara libre de sí misma, de todo. Alzó la mano e hizo un gesto ondulante en el débil resplandor del crepúsculo.

—Así —dijo en voz baja—. Libre.

5. *El rapto de Ganimedes,* 1620

L. E. van Ohlbijn (1573-1621)
Óleo sobre cobre, 7 ¾ × 7 pulgadas (19,2 × 17,8 cm)

Aunque no sea muy conocido como miniaturista, Van Ohlbijn le da el uso más elevado a sus habilidades, por modestas que estas sean, cuando trabaja a pequeña escala, como podemos comprobar en esta minúscula escena deliciosamente ejecutada, una curiosidad dentro de esta curiosa colección. Lo primero que capta nuestra atención es la determinación del artista de evitar el sentimentalismo: una determinación cuyo verdadero resultado es una total ausencia de *sentiment,* que sin duda no era el efecto buscado: un caso típico de tirar el bebé con el agua sucia de la bañera, o el mancebo, en este caso. Eso no suena bien. Van Ohlbijn ha combinado en esta obra la técnica habitual del pintor de género holandés que era con varios rasgos aprendidos el invierno que pasó en Venecia y en Roma en la primera década de 1600. Detectamos influencias tan dispares como Tintoretto, en la precipitación y dramatismo de la obra, y Parmigianino en el curioso alargamiento de las figuras, mientras que la sensación casi vertiginosa de elevación y ligereza onírica anticipa las obras aéreas de Gaulli y Tiepolo. Hay pruebas también, en la suavidad de las texturas y en la cualidad diáfana de la superficie pintada, de que Van Ohlbijn en su viaje italiano estudió con aplicación la obra de Perugino y Rafael. La figura de Ganimedes está plasmada de manera admirable y es al mismo tiempo un muchacho individual totalmente humano (se dice que el pintor usó a su hijo como modelo) y una representación emblemática de la belleza efébica. Qué conmovedora resulta la conjunción de la gracia infantil y la delicadeza de este joven, con su gorro frigio y su mandil al hombro, y la ferocidad y el poder implacables del ave salvaje que lo sujeta con firmeza entre sus espantosas garras. En la musculosa tensión del águila, su mirada feroz, el cuello extendido y las alas broncíneas se manifiestan la fuerza y la majestuosidad despiadadas del dios. Este no es nuestro padre que está en el cielo, nuestro guardián en las nubes; este es el *deus invidus* que mata a nuestros niños, más Tánatos que Zeus Soter. Aunque el muchacho es más grande que el ave, no nos cabe ninguna duda de quién es el más fuerte; las garras apretadas sobre los muslos finos están flexionadas con una delicadeza peculiar pero podemos sentir su fuerza ineludible, mientras que el brazo extendido de Ganimedes expresa una profundamente conmovedora sensación de dolor y rendición y pérdida. El gesto es al mismo tiempo una frenética petición de ayuda y una última y desesperada despedida del mundo mortal del que el joven ha sido arrancado. En contraste, la actitud del padre del niño, el rey Tros, de pie sobre la cima cubierta de musgo del monte Ida, parece exagerada y teatral. Sus manos se alzan en impotente súplica y las lágrimas corren por sus mejillas. No damos mucho crédito a su dolor. Tiene el aspecto de quien sabe que está siendo observado y que se espera mucho de él. ¿Por qué, nos gustaría saber, le ha fallado aquí el juicio al artista? ¿Ha permitido que un acceso de preocupación o dolor personal guiara su mano en esta ampulosa descripción del dolor paterno? Esas lágrimas: debe de haberlas pintado con un pincel hecho con un único pelo de marta cibelina. ¿Recuerdas cuando te las mostré a través de la lupa? Tu aliento se condensaba en el cuadro, agrisaba la superficie y luego la aclaraba, de modo que la escena se desvanecía y regresaba como a través de la niebla en la montaña. Había un minúsculo lunar en tu mejilla en el

que yo no había reparado, con su único pelo. «¿Por qué se tomaría la molestia?», preguntaste. Y así ese día, amor mío, tú y yo inclinamos la cabeza en el silencio y la calma de una tarde lluviosa y por un instante fuimos casi nosotros mismos. En las nubes, Hebe contempla cómo el muchacho asciende hacia ella en las garras de su padre. ¿Ve en él al usurpador que ocupará su lugar como copero de los inmortales? Sostiene en la mano la copa dorada que el dios le arrebatará a ella, su propia hija, para dársela al niño mortal. Al final todo el mundo pierde. Poco tiempo después de completar este cuadro, Van Ohlbijn, apesadumbrado por la pérdida de su querido hijo y, según se dice, abandonado por su amante, bebió veneno de una copa dorada y murió la víspera de su cuarenta y ocho cumpleaños. Los dioses tienen sentido del humor, pero carecen de piedad.

Más inmediatamente alarmantes para mí que cualquiera de mis propios fantasmas eran los espectros vivientes que poblaban la casa. Vivía en un constante temor de que alguien abriera la puerta secreta una tarde y nos descubriese retozando en el sofá o tendidos sudorosos y exhaustos en el suelo con los miembros enredados. Aún me maravilla que no sucediera. ¿O puede que sí? A lo mejor Francie entró un día en que estábamos demasiado absortos para reparar en él —creo que ese tipo podía colarse por una grieta en la pared— y volvió a marcharse sin hacer ruido, guardándose nuestro secreto. Daba la impresión de estar en todas partes, subiendo y bajando por la casa con esos andares ladeados. Tenía la inquietante costumbre de materializarse en silencio en los umbrales o en los rellanos en sombra: una mano, un ojo, esa sonrisa y luego el chasquido que hacía con la comisura del labio, como si estuviera arreando a un caballo. Tenía un saludo breve y burlón que me dedicaba llevándose dos dedos a la frente y bajándolos con languidez. Le divertía fingir sorpresa cuando se topaba conmigo, y se detenía en seco con una mirada perpleja y exagerada y la boca abierta en una callada exclamación de falso asombro y placer. Un día me lo encontré con Gall el pintor en el recodo del pasillo al salir de la habitación. Lo había tomado por A. que se acercaba y a punto estuve de gritar su nombre (¡ay, el ansioso regocijo de los nuevos amantes!). Debió de notar la alarma en mi semblante. Se detuvo y sonrió. Gall, que iba cabizbajo pisándole los talones, casi tropezó con él, maldijo y me echó una mirada biliosa. Gall era un tipo bajo, barbudo, con un barrigón muy poco favorecedor, como si le hubiesen metido un par de cojines debajo del jersey manchado de pintura. Tenía ojillos muy pequeños, agudos y negros, y nariz roja de payaso. Iba muy envarado, jadeando un poco e inclinándose a un lado, como si la ropa le quedara demasiado pequeña. Esta postura tensa y ladeada le daba un aire de hostilidad resentida y apenas disimulada. (¡Cuánto me gustan estos esperpentos secundarios!) Me dio la impresión, incluso a varios metros de distancia, de que no se había lavado y de que su ropa interior necesitaba un cambio con urgencia.

—¿Quién es este? —gruñó.

Francie nos presentó de manera elaborada y sardónica.

—… y este es Gall —dijo—, un artista y, como usted, señor Morrow, un erudito.

Gall soltó una risa flemática y se apartó, al tiempo que le lanzaba una patada fallida al perro Prince, que estaba en el rellano con el hocico delicadamente levantado y como siempre parecía estar mirando aquí y allá por encima del lomo de una jauría de perros como él. Yo estaba acalorado de preocupación, imaginaba a A. subiendo a toda prisa por las escaleras con la cabeza gacha como hacía siempre y deteniéndose en seco al vernos. Francie me observaba con silencioso placer.

—Parece un poco nervioso —dijo—. ¿Esperaba usted a alguien?

—¿Vamos o qué, por el amor de Dios? —gritó enfadado Gall, que había empezado a bajar las escaleras.

Francie me tocó el brazo.

—Venga a tomar un trago con nosotros —susurró—. Este Gall es la monda.

Bajamos a la enorme habitación vacía donde había conocido a Morden. El caballete o lo que quiera que fuese seguía colgado de las cuerdas deshilachadas del techo, y la sábana sucia y blanca aún pendía de la esquina de la ventana. La luz frágil de finales de otoño se disponía en trapezoides en el suelo. Nos sentamos en unas sillas desvencijadas cubiertas de polvo que crujieron y gimieron con una queja geriátrica bajo nuestro peso. Gall tenía una jarra de piedra con un asa en el cuello por la que había metido el pulgar, levantó la jarra hasta el hombro y bebió un profundo trago, mientras la nuez se movía arriba y abajo.

—¡Ah! —dijo con una mueca, y se secó la boca con el dorso de la mano.

—Es bueno, ¿eh? —dijo Francie.

Gall me ofreció la jarra. Le lloraban los ojos.

—Whisky casero —dijo con la voz ronca—. Mi parienta lo hace en el cobertizo del jardín.

Francie se rio.

—Al señor Morrow le gusta más el champán —dijo.

Me observaron con interés mientras yo daba un trago dubitativo, intentando no pensar en la boca húmeda y fruncida de Gall en el borde de la jarra. No noté ningún sabor, solo un fogonazo de fuego plateado en la boca y acto seguido una quemadura que se extendía.

—Cuidado con los efectos —dijo Francie alegremente.

Le pasé la jarra y él se la echó al hombro como un experto y bebió. Ahora era a mí a quien le lloraban los ojos.

—De patata —dijo Gall—, no hay nada como las patatas.

Como creo que empecé a decir en otra parte, siempre he tenido debilidad por la mala vida. Es una afición que encaja mal con lo que por otra parte considero un temperamento digno, por no decir patricio. En los viejos tiempos, la época de mis viajes, era capaz de husmear los peores tugurios al cabo de una hora de llegar a este o a aquel sitio nuevo. Cuanto más rastrero era el garito y menos respetables sus parroquianos más me gustaba. Creo que tiene que ver con el peligro, con esa sensación temblorosa y emocionante debajo del diafragma, y con la transgresión, con el deseo de ensuciarme un poco con la mugre del mundo, pues nunca he tenido la sensación de encajar en esos lugares sórdidos, más bien al contrario. Me sentaba en un taburete con un codo apoyado en la barra y una copa empañada de algo azul, dulzón y nocivo en la mano y me pasaba tardes enteras (de día siempre era mejor) observando con admiración y cierta envidia melancólica las andanzas de personas que en su vileza a pequeña escala eran más naturales y más auténticas de lo que sabía que yo nunca llegaría a ser. Algunos, sobre todo los hombres, tenían una elegancia nerviosa y un aire de alerta explosivo que me parecían las características del verdadero adulto, el verdadero hombre de mundo. Luego estaban los otros, de quienes Gall era un buen ejemplo, puro resentimiento, hosco ensimismamiento y rabia contenida. ¿Qué sería yo? ¿Tal vez una mezcla de ambas cosas? O algo muy distinto y también mucho peor. La jarra volvió y esta vez eché un largo trago y se la pasé a Gall, sonreí y con lo que quise que fuese ironía grité: «¡Salud!».

Estaban hablando de un pintor conocido suyo llamado Packy Plunkett.

—No es más que un borracho —dijo Gall—, nada más.

Francie asintió pensativo con la cabeza.

—Pero puede hacerlo —dijo, y me guiñó el ojo.

El ceño picado de viruelas de Gall se ensombreció.

—¡Un borracho! —repitió, clavándose las uñas violenta y audiblemente en la barba desaliñada, que parecía una especie de liquen que se le hubiese pegado a la cara.

La jarra volvió. Con qué rapidez circulaba. Recordé anécdotas de gente de la costa oeste que había enloquecido por el whisky casero, a quienes se les había convertido el cerebro en gachas de avena y se les había podrido la lengua. Todo parecía muy gracioso.

Volví a brindar y repetí: «¡Salud!», esta vez con más fuerza y me reí.

Gall me echó una mirada amarga.

—*Sláinte* —dijo subrayando la palabra, luego se volvió hacia Francie y me señaló con el pulgar—. ¿Qué es? —preguntó—, ¿una especie de inglés o qué?

De pronto reparé en que la luz empezaba a tener una cualidad espesa y pegajosa y en que en algún lugar en el centro de las cosas latía lentamente un pulso. Quería marcharme, pero por alguna razón no se me ocurría cómo ponerme en pie; no era una dificultad física, sino más bien una cuestión de organización mental. Esta dificultad era más interesante que molesta, y muy divertida, claro. Me sentía como una bola de goma atrapada al final de un elástico que vibraba y se estiraba escaleras arriba hasta la habitación secreta donde imaginaba a A. esperándome, sentada al extremo del sofá, con un cigarrillo ardiendo en la comisura del labio y un ojo cerrado por el humo, con la barbilla apoyada en la rodilla y sujetándose los pies fríos con las manos, mi monito. Vete a saber si cuando estabas conmigo también tú experimentabas esa alternancia entre el deseo y el tedio que yo encontraba tan desconcertante. A veces, incluso cuando te apretaba entre mis brazos, deseaba de pronto estar en otro sitio, solo y sin trabas. (¿Por qué hablo así, por qué digo estas cosas, cuando lo que quiero hacer en realidad es soltar un aullido de angustia tan terrible y penetrante que puedas oírlo dondequiera que estés y que te hiele la sangre?) Noté una especie de cosquilleo en las fosas nasales y reparé con un leve sobresalto de sorpresa y, misteriosamente, de placer en que estaba al borde de las lágrimas.

—Lo malo de mi obra —estaba diciendo malhumorado Gall— es que no se aprecia lo mejor que tiene.

Francie se rio.

—Ya puedes decirlo —dijo, y el perro, tumbado a sus pies, alzó la cabeza inclinada de forma en apariencia admonitoria.

Los ojos de grajo de Gall empezaban a cubrirse con una membrana, y su nariz picada de viruelas había pasado de rojo cereza a un púrpura irritado.

Pregunté, en tono conciliatorio y sorbiendo las lágrimas no vertidas, qué clase de pintura hacía (creo que a esas alturas todavía pensaba que solo podía ser un pintor de brocha gorda). Me echó otra mirada turbia, pero desdeñó responder.

—¡Figurativo! —exclamó Francie, levantando los brazos y moldeando figuras redondeadas en el aire—. Cosas preciosas. Escenas en el bosque, chicas en combinación —me dio una palmada en la rodilla—. Debería echarles un vistazo, hágame caso: ¡justo lo que a usted le gusta!

Gall lo miró furioso.

—¡Cierra la puta boca, Francie! —le dijo con voz pastosa.

Empecé a hablarles de mi encuentro con el inspector Hackett. Me pareció una anécdota muy divertida, que ilustré con grandes gestos y giros que me parecieron especialmente ingeniosos. «¿Ah, sí?», repetía Francie; le costaba enfocar la mirada, y cuando intentó encender un cigarrillo se le cayó todo el paquete al suelo y Gall se desternilló de risa. Cuando consiguió encenderlo, se sentó asintiendo para sus adentros y se quedó mirándome las rodillas con los ojos enrojecidos.

—Codeándose con la bofia, ¿eh? —dijo, y todos nos reímos, como si hubiese contado un buen

chiste.

Un momento después, o eso me pareció, para mi sorpresa, me encontré andando con paso enérgico aunque errático por la calle Rue, balanceando los brazos y respirando con estertores. La acera era muy irregular y las baldosas del suelo se levantaban justo cuando iba a pisarlas. No tengo ni idea de adónde iba, pero me dirigía allí con mucha determinación. El sol brillaba y tenía un no sé qué ácido. En la esquina de la calle Ormond, cerca del sitio donde A. me había hablado por primera vez, había aparcado un coche norteamericano muy grande y anticuado de color malva claro con alerones y unas recargadas luces traseras. Al acercarme, la puerta del conductor se abrió de pronto y, con un rápido y coreográfico movimiento de sacacorchos, un joven fornido salió del coche y se plantó delante de mí. Yo me detuve, jadeando y resoplando.

—Pa quiere hablar con usted —dijo.

Tardé un momento en reconocer al joven Popeye, el tipo que me miró desde la puerta del jardín el día que Morden me llevó con él en coche a las afueras. Tenía algo que me resultaba familiar —ya lo había visto aquel día—, como si por debajo de la acreción de crustáceo de músculos duros como una roca hubiese una versión diferente y más delicada de él, una fantasmal monada de niño cuya forma me era más o menos conocida. Ese día llevaba un caro traje de lana oscura en el que, a pesar de sus músculos, parecía perderse, como si lo hubiera heredado de su hermano mayor. Gotas de sudor brillaban en su nuca de el pelo pelirrojo muy corto. Cerró los puños y un nervio bailó en su mandíbula.

—¿Tu *padre*? —dije con interés.

Abrió con elegancia la puerta trasera y me hizo un gesto con la cabeza. Yo me incliné. Sentado en el asiento trasero igual que un ídolo de piedra estaba el tipo de cara de masilla que había salido a la puerta del jardín con la falda escocesa y el chal a acompañar al joven Popeye y a observarnos mientras nos alejábamos aquel día en el coche. Esta vez iba envuelto en un enorme abrigo con un cuello de piel muy ancho sobre el que descansaba la lívida y alargada cabezota mofletuda como si la hubiesen dejado allí con cuidado y pudiera caerse al menor movimiento. Los ojos diminutos y blandos en las cuencas fruncidas giraron para mirarme y una mano salió de los pliegues del abrigo y se ofreció a mí.

—¿Cómo le va? —dijo; no era un saludo sino una pregunta.

Respondí que me iba muy bien. Su mano era blanda, fría y húmeda; estrechó la mía despacio, con solemnidad, sin dejar de observarme.

—Soy Pa —dijo—. ¿No me conoce? Yo le conozco. Suba y charlaremos un rato.

Los muelles del asiento resonaron bajo mi peso y me hundí tanto que las rodillas me quedaron casi a la altura de los hombros. Olía mucho a bolas de naftalina, supuse que del abrigo. El sol en las ventanillas era todo aristas y puntas afiladas. El joven Popeye se coló detrás del volante y puso en marcha el motor, pero no nos movimos; yo me llevé una decepción infantil: me habría gustado dar una vuelta en aquel cochazo tan absurdo. Popeye giró un mando y se activó un ventilador que nos echó una vaharada de aire caliente metálico a la cara.

—Lo paso fatal con el frío —dijo Pa—. Tengo que tener encendida la calefacción y entonces me salen sabañones. Es espantoso, joder.

Así empezó nuestra conversación. Hablamos del clima y de la manera de sobrellevar sus caprichos, de la procedencia de su automóvil, de la incidencia de la combustión espontánea entre las ancianas en la ciudad en los últimos años, de la personalidad de Morden («¿Le parece a usted de fiar?»), de la estupidez de la policía (a pesar de que era un criminal notorio, como admitió con callado orgullo, no habían conseguido meterle en la cárcel desde que era adolescente, y entonces

fueron solo seis meses por robar en una tienda), de los pasatiempos que hacen soportable la vida en la prisión, de la situación del mercado de la pintura, de la naturaleza del arte. Todo me pareció muy agradable e interesante. Me contó que era carnicero de oficio, aunque hacía mucho que no ejercía, pues ahora tenía otro trabajo. Asentí con la cabeza y dije que claro, claro, como un hombre de mundo a otro. Estoy seguro de que me explicó otras muchas cosas, pero si fue así las olvidé al instante. El aire caliente de la calefacción y el brillo del sol en el parabrisas me dieron una sensación de precipitación, como si estuviéramos deslizándonos a toda prisa por los bulevares de una ruidosa metrópolis. Al cabo de un rato Pa se atrevió a desabrocharse el abrigo y reparé en que iba vestido de cura, con una sotana y un alzacuellos verdaderamente mugriento.

Quería que le hablase de arte. Dijo que acababa de entrar en el negocio del arte —Popeye, en el asiento delantero, se rio al oírlo— y que necesitaba el consejo de un experto.

—Por ejemplo —dijo—, ese *El nacimiento de como se llame*, ¿por qué es tan especial?

No vacilé.

—La escasez —le dije, con voz alta y cargada de convicción. No obstante, tenía la impresión de que se me había acorchado el rostro y me costaba cruzar los brazos.

—La escasez, ¿eh? —dijo, y repitió la palabra varias veces, dándole vueltas, asintiendo para sus adentros y sacando el grueso labio inferior—. Entonces es como todo, ¿eh? —dijo.

—Sí —respondí en tono categórico—, igual que todo lo demás, cuestión de oferta y demanda, lo que dicte el mercado, a cada cual lo suyo y demás. No hay muchos Vaublin —añadí.

—¿Ah, no? —dijo Pa.

—No. No llega a veinte en todo el mundo, y pocos tienen tanta calidad como *El nacimiento de como se llame*.

En mi imaginación vi la carota hosca de Morden y a través de la oscuridad vislumbré el lejano estado de sobriedad y un brillo de incomodidad pasó sobre mí como una racha de viento por encima de la superficie de un estanque; oscuras siluetas en forma de pez asomaban en las profundidades. Pa se quedó meditando un rato en silencio, con la barbilla hundida contra el pecho y las manos jugueteando como lechoncitos en su regazo. Luego despertó, me pasó un brazo por encima del hombro y me lo apretó un momento.

—Es usted una buena persona —dijo, como si yo le hubiese hecho un gran favor—, una buena persona —me empujó fuera del coche con firmeza no carente de amabilidad. Cuando estuve en la acera se inclinó a un lado y me bendijo con dos dedos con el signo de la cruz y soltó una risa cascada como un cacareo—: Ve con Dios, hijo mío —dijo.

Me quedé de pie ligeramente ladeado y miré cómo torcía el cochazo rosa por la calle Ormond y se alejaba rugiendo con un gran pedo de humo del tubo de escape. Puede que hasta le saludara, aunque débilmente, con la mano.

Enseguida decidí que lo que necesitaba era otra copa y me encaminé hacia The Boatman. Lo encontré por fin después de extraviarme por varios caminos erróneos. El bar estaba muy oscuro y triste después de la luminosidad de las calles vespertinas. ¿Qué mes es? ¿Todavía octubre? El camarero estaba con los codos apoyados en la barra leyendo un periódico y hurgándose los dientes con una cerilla. Consideré qué encajaría mejor con los restos del agua de fuego de Gall y opté por el vodka, una bebida que no me gusta. Bebí tres o cuatro vasos en rápida sucesión y me marché.

Sigue un período de confusión y tumulto distante. Me fui dando tumbos como si mis piernas fuesen de madera de muslos para abajo, y noté una efervescencia en las venas y que la vista se me crispaba nerviosa con un pulso lento y regular. Recuerdo haberme parado a hablar con

alguien en una esquina, un hombre con una gorra —Dios sabe quién sería—, pero no pude sacar nada en claro de él y me alejé tambaleante, murmurando enfadado. Una mancha de cielo, delicado, profundo y ardiente, fijo como una enorme lámina de cristal límpido y azul entre la cúspide de dos edificios altos y estrechos, parecía significar algo profundo. Volví a ver un sendero de la infancia por los bosques invernales y estaba preparándome para llorar pero me distraje. Compré un cono de helado y después de sorberlo ansioso lancé el cono mojado en un cubo de basura que había a cinco metros de donde me encontraba con tanta precisión y aplomo que esperé que la calle entera se detuviera y estallara en aplausos. Me encontré con Francie y con Gall arrastrando los pies como ancianos con Prince acechando tras sus talones. La piel del perro parecía chisporrotear con una especie de resplandor eléctrico. Francie me manoseó la solapa y repitió algo incomprensible, con la mandíbula haciendo movimientos espasmódicos, como si tuviera la boca llena de piedras. No sé qué le dije, pero debió de ser muy conmovedor porque empezó a lloriquear y a darme palmaditas con fervor renovado, hasta que Gall soltó un alarido y le dio una palmada en la espalda, lo que le causó un ataque de tos fibrosa y horrible. Pasaron de largo. Prince se demoró un momento, mirándome especulativo como si pensara que de algún modo yo pudiera ser la explicación de un comportamiento tan sorprendente, luego se fue detrás de su amo. Ese perro acabará mordiendo a alguien, estoy convencido.

Cuando llegué a casa (pronto diré unas palabras sobre mi casa) estaba sonando el teléfono en el vestíbulo. Tenía un tono de vehemencia que parecía sugerir que llevaba sonando mucho rato. Lo sostuve con cautela contra el oído. El teléfono tiene un no sé qué de ávido y de vagamente histérico que siempre me hace desconfiar. La voz en la línea había arrancado ya a hablar. Pensé que era la señora Haddon. Me incliné contra la pared y apoyé la frente contra su húmeda frialdad. «Este sitio. Intentan asesinarme. Tengo que. Debes, debes.» No era la señora Haddon. Era otra persona. Con una súbita oleada de alarma reconocí a la tía Corky. Su voz resonaba y temblaba como si hablase desde el fondo de un enorme tanque metálico. Le pedí que se calmara, pero solo sirvió para que empeorara.

Me las arreglé como pude para encontrar un taxi, un vehículo grande, antiguo, que se bamboleaba y daba la impresión de avanzar con una serie de tirones, como si se desplazara con las ruedas bloqueadas por la superficie de un río helado. Yo iba sentado en medio del asiento trasero, con los brazos extendidos y las manos sujetas a la funda de plástico del asiento. Los edificios se alzaban y se desmoronaban por las ventanillas a ambos lados y personas desconocidas que nos miraban con fijeza crecían y empequeñecían a nuestro paso igual que muñecas de trapo. El taxista era un tipo achaparrado con una gorra de plato calada sobre la cabezota en forma de hogaza; tenía un notable parecido con un comediante de mi juventud cuyo nombre no pude recordar. Se acurrucaba sobre el volante con la nariz casi tocando el parabrisas. Parecía muy enfadado y dudé de si al subir al coche le habría dicho algo ofensivo que luego había olvidado. Seguimos en zigzag por la carretera de la costa. El sol estaba envuelto en jirones de nubes insustanciales y el mar tenía una luminosidad cremosa y ultraterrena. Los efectos del alcohol se iban desvaneciendo y la acidez del miedo empezó a corroer mi confuso entendimiento. Temerosa, mi imaginación alargó una antena y tocó este y aquel punto efervescente —los cuadros, el inspector Hackett, Pa, y el musculoso gorila de Pa— y en cada uno de ellos sentí un agudo espasmo de miedo.

Subimos con esfuerzo por la carretera de la colina, con las marchas quejándose, y nos detuvimos derrapando delante de Los Cipreses. Me bajé, hablé delante del micrófono y oí que se abría el cierre. Qué altos parecía que estuviésemos, casi aerotransportados. Una gaviota que

flotaba sobre nosotros soltó un grito áspero y ronco inquietantemente parecido a la risa quebrada de Pa. Al llegar a la casa, el taxista protestó cuando le dije que esperase, pero al final capituló, se sentó hosco e inclinado sobre el volante y me observó mientras me dirigía al porche y llamaba a la puerta de cristal. Me ardían los ojos en las órbitas como cenizas y notaba un sabor a óxido caliente en la boca. Los Haddon me estaban esperando de pie uno al lado del otro en el vestíbulo, él encorvado y con una especie de vigilancia indiferente y ella mirándome con ojos de conejo y frotándose lúgubre la muñeca. No pude sino admirar otra vez esas piernas tan bonitas.

—Señor Morrow —dijo. Hay veces en que lamento haber escogido ese nombre.

—Sí, sí —dije majestuosamente, alzando la mano para callarla—, he venido a llevarme a mi tía.

Eso fue tanta sorpresa para mí como para ellos; el impacto me detuvo en seco y me quedé balanceándome en el sitio. Los Haddon se miraron y la señora Haddon echó hacia atrás la cabeza en un movimiento brusco.

—Bueno —dijo—. No creo que haya necesidad de hablarnos así.

¿Hablar cómo? Debía de estar gritando. Todos dudamos un momento, como si no supiéramos qué camino seguir, luego los tres giramos sobre nuestros talones y nos encaminamos hacia la habitación de la tía Corky. No obstante, al llegar al pie de las escaleras, el señor Haddon se escabulló con habilidad. Su mujer hizo caso omiso de su huida y siguió andando delante de mí, con los sobrios zapatos aporreando la moqueta de la escalera. Aquellas piernas.

Encontré a la tía Corky departiendo con su sacerdote. El padre Fanning era un joven de ojos cansados, alto, delgado y un poco encorvado, con un mechón de pelo prematuramente blanco que le daba un aire de pájaro sorprendido y desgarbado. Llevaba un alzacuellos, un traje verde y sandalias con calcetines de color mostaza. Me dedicó una mirada escrutadora y me estrechó calurosamente la mano.

—Su tía me ha hablado de usted —dijo con un curioso retintín que me pareció una burla.

La tía Corky entrecruzó las manos.

—¡Oh, ha sido tan bueno, padre! —exclamó—. ¡Tan bueno!

El padre Fanning juntó las manos debajo de la barbilla, sonrió, asintió con la cabeza y cerró brevemente los párpados, como un cura del teatro. Mi tía iba envuelta en un vestido para tomar el té con elaborados diseños de color llama que se alzaban delante y detrás. Estaba sentada al borde de la cama con el cura de pie a su lado; podrían haber sido madre e hijo. Llevaba los pies descalzos; las uñas de los pies de una anciana son difíciles de soportar. Me encontré debatiéndome en una creciente oleada de impaciencia, con los pies en el agua y flotando irritado. Saludé a mi tía en un tono monótono y acusador, y la señora Haddon, como si hubiese estado esperando la ocasión, salió disparada desde atrás y le gritó a la tía Corky:

—¡El señor Morrow ha venido para llevársela!

Se produjo un silencio expectante mientras todos esperaban mi respuesta. Comprendí, mientras mi imaginación me sacaba lúgubre la lengua, que la situación en que me había metido no tenía salida. Un dolor de cabeza asomó como una serie de martillazos y tuve la sensación de que me estuvieran obligando a inclinarme hacia el suelo en etapas claras pero imperceptibles. Pregunté con brusquedad a la tía Corky si estaba lista. Ella me miró asustada y una sombra de pánico, eso me pareció, recorrió su rostro. La señora Haddon se mostró de pronto muy enérgica.

—Lo tiene todo listo y empaquetado —me dijo. Fue al armario que había al lado de la ventana y como el ayudante de un mago lo abrió con un gesto teatral para mostrar las perchas y los raíles vacíos y una abultada bolsa en el estante de abajo—. ¡No tenemos más que ponerle el vestido y

es toda suya!

Llamaron a Sharon la enfermera y el padre Fanning y yo tuvimos que salir al rellano, donde hicimos tiempo incómodos bajo la luz eclesiástica de la vidriera. Estaba ofendido y sentía lástima de mí mismo. Me habría gustado golpear a alguien con mucha fuerza; el padre Fanning debió de confundir con autocomplacencia el brillo especulativo en el ojo con que lo medía, pues volvió a asentir con la cabeza y los párpados cerrados y dijo:

—Sí: hace usted lo correcto, lo decente.

Me miré los pies. El cura bajó la voz hasta convertirla en un susurro santurrón:

—Es usted una buena persona —dijo. La verdad, eso fue demasiado. Lo negué, esbozando una especie de mueca leonina y mostrándole el colmillo. Con amable firmeza, me cogió del brazo y lo sacudió un poco—. Sí, es cierto —dijo con una sonrisa sabia—; un buen hombre —levantó un dedo, con el que por un momento pensé que iba a darse unos golpecitos en la nariz; en vez de eso señaló al cielo y su sonrisa se volvió un poco maníaca—. El de ahí arriba es quien lo juzgará —dijo.

—¿Ah, sí? —respondí—. Pues que Dios me ayude.

Frunció confundido el entrecejo, pero continuó sonriendo animoso.

La puerta se abrió y la tía Corky salió con paso tembloroso y regio, tambaleándose entre la enfermera y la señora Haddon, que la sujetaban por el brazo. Llevaba un aparatoso abrigo de piel con calvas y un sombrero de tres picos ladeado con un velo negro rígido (sí, un velo de verdad, no uno que yo haya imaginado). Con esas pieles raídas tenía una sorprendente, oscura y turbadora semejanza con un baqueteado osito de peluche al que le tenía mucho apego de niño. Nos miró al padre Fanning y a mí y le tembló el labio, como si temiera que pudiésemos echarnos a reír. Bajamos las escaleras con lentitud fúnebre, las mujeres delante y el cura y yo detrás con la cabeza gacha y las manos entrelazadas a la espalda. Un grupo vago e inquieto de ancianas esperaba en el vestíbulo para despedirse de la tía Corky. Vi entre ellas a la señorita Leitch envuelta en sedas y fajines, pero ese día no dio muestras de creer reconocerme. Murmuraban nerviosas, supongo que porque no estaban acostumbradas a ver a una de su grupo escapando de aquel lugar no solo en estado consciente sino vertical. En las escaleras del porche, la tía Corky se detuvo con aire de sorpresa e incluso desconfianza y miró el césped, los árboles y la vista del mar como si sospechara que todo fuese un montaje para engañarla y que se calmara. El taxista fue inesperadamente solícito y hasta se apeó y me ayudó a meter a la anciana en el asiento del acompañante; tal vez le recordara también a algún objeto apreciado y gastado del pasado. Ella se quitó el sombrero y el velo, miró el cartel de «No fumar» del salpicadero y suspiró. El señor Haddon apareció cargado con la bolsa de la tía Corky, y el taxista tuvo que volver a salir para meterla en el maletero. Salimos entre una andanada de estremecimientos y humo del tubo de escape, y el señor Haddon retrocedió despacio, como un ordenanza quitando las cuñas de las ruedas. Desde el porche el grupo de ménades ancianas saludó con gesto marchito, mientras la señora Haddon se hacía a un lado con aire enfadado y ofendido. Sharon la enfermera corrió y dio unos golpecitos en la ventanilla mientras decía algo, pero la tía Corky no pudo bajar la ventanilla y el taxista no vio a la chica, y nos fuimos y la dejamos de pie sola e insegura, mordiéndose sonriente el labio con la casona larguirucha y espantosamente festiva cerniéndose detrás de ella.

—¡No mires atrás! —dijo enfadada mi tía con voz temblorosa, y se bajó el cuello del abrigo de piel.

«Dios mío, ¿qué he hecho», estaba pensando yo mientras me retorcía mentalmente las manos.

Qué raro es el modo en que lo conocido puede convertirse en desconocido en un instante. Mi

hogar, lo que llamo mi hogar, echó un vistazo a la tía Corky y se sumió en una hosquedad de la que todavía no ha vuelto a salir del todo. Me sentí como un marido juerguista volviendo a casa después de una noche de parranda con una fulana del brazo. Mi piso está en la tercera planta de una enorme casa estrecha y decrépita en una calle orlada de árboles y llena de pájaros, con una iglesia en un extremo y un convento pintado de color crema e inquietantemente silencioso en el otro. Lo heredé de otra tía de verdad que murió aquí, sentada sola al lado de la ventana en el silencio de una tarde de domingo de verano. Querrás conocer estos detalles, espero. Tengo dos habitaciones grandes y adustas, una que da a la calle y la otra a un estrecho jardín trasero descuidado y de aspecto perverso. Hay una cocina separada y un baño un rellano más abajo. Tendría que haberte traído, tendría que haberte traído alguna vez, así habrías podido dejar tu impronta. Los demás inquilinos… No, olvida a los demás inquilinos. Una luz parda ilumina inmóvil las escaleras y en todas partes está el olor dulzón del aire cargado. Somos una casa silenciosa. De día, a pesar del ruido del tráfico, oímos el leve y seco *stacatto* de las máquinas de escribir de las oficinas a ambos lados, aunque en los últimos tiempos estas encantadoras máquinas, que siempre me recuerdan a los radios de los neumáticos de coche y a los órganos de los cines de mi infancia, están siendo sustituidas por ordenadores, cuyos teclados producen un repiqueteo como el castañetear de una dentadura postiza. Me gustan, o me gustaban (tu partida le ha quitado sabor a las cosas), el aparador enorme e inútil, la mesa circular negra azulada con su brillo plúmbeo y empañado, las sillas del comedor firmes, dispuestas y fatigadas como animales del bosque, los espejos sorprendidos y las alfombras que todavía huelen a los gatos muertos de mi tía muerta. Estas habitaciones tienen una vida secreta propia. Siempre parece que esté ocurriendo algo. Cuando entro en una de ellas inesperadamente —¿y quién iba a estar esperándome?—, siempre tengo la impresión de que todo se ha detenido en mitad de una ocupación furtiva e inacabable que volverá a empezar en silencio en cuanto me vaya. Es como vivir en el interior de un reloj enorme, silencioso y un poco estropeado. Cuando por fin subimos los tres tramos de escaleras —a estas alturas ya se ha hecho de noche—, la tía Corky miró a su alrededor en la penumbra con una última reserva de brillantez y dijo:

—¡Oh: Berlín!

Y, como un niño malhumorado, la casa nos dio la espalda a ella y a mí.

Para entonces ya me había sumido en el desaliento y estaba tan exhausto que parecía estar fundiéndome en el suelo como un muñeco de nieve. Encendí la estufa de gas (que soltó un «¡Ejem!» resentido), senté a la tía Corky al lado envuelta en sus pieles, fui al dormitorio y cambié la ropa de mi cama; al sacudirlas, las sábanas almidonadas restallaron como un trueno lejano. Cuando terminé me asomé a la ventana para descansar mi cerebro febril un instante. En la penumbra invernal el jardín estaba demacrado, grisáceo y alicaído. No me reconocí (¿me reconozco alguna vez?). Para eso está el hogar, para acallar las preguntas sin respuestas del ser; ahora me habían invadido y las dudas exteriores se colaban como la niebla por todas las fisuras.

La tía Corky se instaló enseguida, recurriendo a las viejas mañas, supuse, de sus días de refugiada. Se preparó un nido en el rincón donde estaba su cama y colocó su ropa sobre el respaldo de una silla y en un toallero que había rescatado de algún armario. Aparté la mirada cuanto pude de esta exhibición de harapos geriátricos, pues siempre he sido muy remilgado en lo relativo a la ropa interior. Ella, claro, estaba impertérrita ante nuestra intimidad forzosa. Quedaba la cuestión del cuarto de baño, por ejemplo. Esa primera noche tuve que ayudarla a bajar las escaleras cogida del brazo, un paso después de otro, y quedarme a la puerta tarareando para mis adentros para no oír los ruidos que hacía al aliviarse. Cuando salió y consideró la escalada que le

esperaba, negó con la cabeza e hizo ese leve chasquido con los labios que yo había tomado por un indicio de que era extranjera, y pensé con un presentimiento en orinales y cosas peores. Al día siguiente, sin consultarme, cogió una cacerola sin asas de la cocina que dejó debajo de la cama y que a primera hora de la mañana vaciaba por la ventana en el patio que había tres pisos más abajo. Esperé temeroso las quejas de los inquilinos de la planta baja, pero nunca se quejaron; ¿qué explicación le darían a aquel tostado diluvio matutino que aterrizaba entre salpicaduras ante la ventana de su cocina? También se las apañó en otros sentidos. Le gustaba preparar su propia comida, y le encantaban los huevos revueltos. Incluso lavaba parte de la ropa en el fregadero de la cocina; yo llegaba una noche y encontraba bombachos de satén con elásticos —herencia de familia, seguro— y medias empapadas y lúgubremente descoloridas colgando sobre la estufa de gas o en un tendedero plegable que yo ignoraba que tuviéramos y los cuatro fogones de la cocina encendidos. (El modo en que usaba el gas era algo que nunca dejaba de preocuparme; igual que su costumbre de fumar en la cama.) En cuanto a su enfermedad, cualquiera que fuese, no tenía demasiados síntomas. Tosía mucho —yo imaginaba sus pulmones colgando como jirones de goma, como balones de fútbol reventados— y detrás del banco de niebla de su perfume se detectaba un olor acre, como a dientes cariados, solo que peor, que me parecía el hedor mismo de la mortalidad. Tenía un aspecto que últimamente veo a veces en mí en el espejo por la mañana: la mirada húmeda y demacrada, la flojera, la sorpresa y la triste alarma por el lento daño del tiempo. Daba la impresión de no dormir nada. De noche, tumbado en la cama improvisada del sofá en la habitación principal, con la cabeza torcida a un lado y los dedos de los pies apretados contra la moldura del reposabrazos al otro, oía en el dormitorio sus roces y sus titubeos ratoniles, mientras se movía esperando, supongo, a que el alba metiera sus pálidos y esperanzados dedos a lo largo del borde de las cortinas. Nunca se quejó de sentirse mal, aunque había días en los que no se levantaba y se quedaba en la cama sin hacer mirando a la pared, con las manos enganchadas a la manta doblada como si fuese la tapa de algo donde estuviera encerrada y necesitase todas sus fuerzas para sujetarla. En esos días malos yo iba a veces por la tarde, todavía tembloroso de ti, impregnado de tu olor, y me sentaba un rato a su lado. Aunque no se daba por enterada, yo sabía que ella sabía que estaba allí. Era como estar en presencia de una criatura de otra especie, cuyo callado sufrimiento ocurriera en una esfera diferente de la que yo habitaba. La cogía de la mano, o tal vez debería decir que ella me cogía de la mano. Esas ocasiones eran inesperadamente tranquilas para mí. La luz en la habitación, del color de una lata oxidada, era la luz de la infancia. Volvía a ver tardes como estas en el pasado lejano y a mí mismo de niño en una ventana observando declinar el día y a los grajos posándose en los árboles altos y sin hojas y la lluvia colándose a la vez que el tiempo. Esa lluvia: cuando arreciaba, las gotas bailaban en el alquitrán brillante de la carretera y me parecían otras tantas bailarinas haciendo piruetas; ese debió de ser el primer símil que formulé.

El padre Fanning vino de visita, con su traje verde y sus sandalias, con su sobresaltada cresta de pelo cano enhiesta como un signo de interrogación (¡Tintín!, claro, a ese es a quien me recuerda). La tía Corky no se alegró de verlo; su entusiasmo por Dios y por las cosas divinas no había durado mucho. Le escuchó en silencio, con impaciencia, lanzando chorros de humo por encima de su cabeza, mientras él le hablaba muy serio y amistoso del tiempo y de la bondad del Señor; podría haber sido un desconocido un poco pesado con quien hubiese sido amable unas vacaciones y que ahora se hubiese presentado de pronto con la esperanza de renovar una intimidad junto al mar. Al cabo de un rato él se desanimó y se marchó entristecido. En la puerta principal intentó decirme otra vez lo bueno que yo era y, con la excusa de darle una amistosa

palmadita en el hombro, lo empujé con firmeza a la calle y cerré la puerta.

Y así la tía Corky se convirtió en otro de los cordones de la gruesa, pulida y espantosa soga con que estaba trenzada mi vida. Por las mañanas me despertaba con un nudo de preocupación en el estómago, y durante uno o dos minutos me quedaba tumbado muy rígido con la mirada perdida mientras mi imaginación se afanaba laboriosamente por deshacer este ganglio de cáñamo duro. Mis días eran como esforzarse sin aliento y de puntillas mientras me balanceaba al extremo de mi temor entre, por un lado, el inspector Hackett y todo lo que representaba y, por el otro, Morden y Pa. Temor, sí, y algo más que temor, una sensación de que había otra interpretación totalmente distinta de las cosas que creía saber, de que había otro mundo totalmente coincidente con este, donde otro yo más inteligente se enfrentaba impávido a hechos terribles que en este no podía más que intuir. Y siempre tenía la sospecha de que para otros yo era una figura ridícula, el que lleva la venda en los ojos con los brazos extendidos en mitad de la multitud burlona. Morden era al mismo tiempo esquivo y escandalosamente directo.

—He oído que la poli nos pisa los talones —me dijo un día con una sonrisa de tiburón.

Lo miré con una boca de pez muy diferente. Me lo había encontrado en la calle Ormond paseando entre las multitudes matutinas con los faldones del abrigo ondulando y el viento empujando sobre su hombro la corbata de seda roja. A menudo me lo encontraba así, yendo a ninguna parte, aburrido, relajado y con un aspecto vagamente peligroso, con una expresión muerta en la mirada. En ocasiones así se detenía, miraba con los ojos entornados hacia arriba al alero del tejado de algún edificio lejano y empezaba a hablar en un tono vago y distraído, como si estuviésemos ya a mitad de una conversación no muy interesante.

—¿La poli? —dije; sonó como un graznido asustado.

Anduvimos por la calle Rue. Era un día pardo y borrascoso.

—Sí —dijo Morden, como si tal cosa—, Francie me ha dicho que fue a verle a usted un policía —me miró de reojo con una expresión insulsa—. Le gustan los tipos de azul, ¿verdad?

Llegamos a la casa y se quedó mirando mientras yo sacaba la llave y abría la puerta. Tuve una sensación de burla silenciosa. Tratar con Morden era como intentar sostener un peso grande, suave, engrasado e inmanejable que me hubiesen soltado sin más ceremonias entre los brazos. Se quedó con la cabeza ladeada y esperó sin quitarme ojo. La puerta se abrió, el vestíbulo contuvo el aliento. Él sonrió.

—He oído que también ha conocido usted a Pa —dijo. Me cogió del brazo y me dio una sacudida—. Dígame —dijo—. ¿De qué iba vestido?

Se lo conté sombrío y él se rio, un grito breve y fuerte.

—¿De cura? —gritó. Detrás de él un remolino de viento levantó polvo y trocitos de papel de la acera y los hizo girar en espiral—. ¡Menudo personaje! —exclamó, negando con la cabeza—. Una vez despellejó vivo a uno, curtió la piel y se la envió a la mujer del tipo. En un paquete, por correo. Tan cierto como que hay un dios —pasó por delante de mí, cruzó el vestíbulo y empezó a subir por las escaleras. Se detuvo con una mano en la barandilla y se volvió otra vez hacia mí—. No se preocupe por Pa —dijo de buen humor—. No se preocupe por él lo más mínimo —siguió subiendo, tarareando, y luego se detuvo por segunda vez, se inclinó por encima del pasamanos y me sonrió—. Policías y ladrones —dijo—, no es más que eso —la idea le gustó. Volvió a reírse, subió con esfuerzo entre risas y desapareció detrás de un giro de las escaleras—. ¡Policías y ladrones, hágame caso!

Ya ves cómo era aquello. Oh, sí, como he dicho, yo tenía miedo, claro, pero mi miedo era de esa variedad caliente y temblorosa que la mitad de las veces parece poco más que un agudo

sentido de la anticipación. Algo en mi interior, un duende burlón, acurrucado y expectante, siempre quiere que ocurra lo peor. Recuerdo haber visto una vez un noticiario sobre unas inundaciones catastróficas y a un tipo delgado con un turbante y un taparrabos flotando en la riada a bordo de una bañera de hojalata con los brazos cruzados y sonriendo sereno a la cámara. Ese soy yo, con las rodillas contra el pecho, arrastrado sin remedio por la corriente en un trance de terror feliz mientras los troncos de árboles arrancados y los cadáveres hinchados pasan de largo dando vueltas. Si los cuadros eran auténticos, es que los habían robado y yo podía ir a la cárcel por traficar con ellos. Así de sencillo. No obstante, lo que más miedo me daba no era la cárcel, sino la idea de perderte. (No, no es cierto, por qué digo estas cosas: la idea de ir a la cárcel me llenaba de pánico, solo de pensarlo tenía que sentarme con la mano en el corazón hasta recobrar el aliento.)

Nunca se me han dado bien los juegos, quiero decir los serios. Creo que en realidad querías enseñarme a jugar, creo que lo hiciste. Había veces en que te sorprendía mirándome de cierta manera serena y especulativa, con una sonrisa que apenas era una sonrisa, con la cabeza ladeada y una ceja arqueada, y ahora creo que hubo momentos en los que te podrías haber apiadado de mí, podrías haberme llevado al sofá, haberme pedido que me sentara y haberme dicho: «Mira, escucha, esto es lo que está pasando en realidad…». Pero no, no lo habrías hecho así. Me lo habrías soltado de golpe y te habrías reído, con los ojos muy abiertos, una mano sobre la boca, y solo después yo habría comprendido, si es que hubiese llegado a comprenderlo, el significado pleno de lo que me habías dicho. Nunca te entendí. Anduve a tu alrededor, frotándome la barbilla y frunciendo el ceño, como si fueses un problema en perspectiva, un cuadro-acertijo como los que pintaban los miniaturistas holandeses, que solo revelaría su secreto al verlo desde un ángulo único y particular. ¿Fui muy ridículo? Vuelvo a repetirlo: no me importa lo demás, que me engañaran, que me hicieran quedar como un idiota y me expusieran a volver a la cárcel; lo único que importa es lo que pensabas, piensas, de mí. (¡Piensa en mí!)

Fue ella quien ideó los juegos, ella era la maestra de festejos. La seguí a mi manera angustiada y lenta, arrastrando mi bastón y mi vejiga de cerdo, desesperado por mantener su ritmo. Ella fue la iniciadora. Fue ella, por ejemplo, quien compró los accesorios para la mirilla. Fue el día en que encontraron el tercer cadáver, colgado por los talones de la reja del parque con el cuello rajado con tanta violencia que casi le habían cortado la cabeza (los periódicos ya le habían encontrado un nombre al asesino: el Vampiro). Cuando ella entró en la habitación, sacudiéndose las perlas de la lluvia del dobladillo del impermeable negro, noté su emoción: cuando estaba así, el aire a su alrededor parecía crepitar como recorrido por una corriente eléctrica. Dejó el impermeable y el bolso en el suelo, se desplomó sobre el sofá y alargó el puño vuelto hacia arriba, sonriendo con los labios apretados y rebosantes de alegría. Mi corazón.

—Mira —dijo, y abrió despacio los dedos. Cogí el pequeño tubo de latón y lo miré con feliz perplejidad—. Mira a través de él —insistió ella con impaciencia—, es como un ojo de pez.

Me reí.

—¿Cómo lo encajaremos? —pregunté.

Ella me quitó el artilugio de la mano y observó la habitación con él, con un ojo cerrado y un canino afilado expuesto.

—Con un taladro —respondió—. ¿O qué te pensabas?

No soy muy manitas. Se sentó a mi mesa fumando y me observó trabajar, mientras me ofrecía ocurrentes sugerencias y se reía. Después de una larga y malhumorada búsqueda en el sótano encontré un taladro manual, un objeto antiguo y larguirucho que recordaba los primeros días de

la cirugía, y con ese instrumento hice un agujero en la pared falsa, a la altura de la rodilla, como ella me indicó. No hice preguntas: esa era la primera regla de todos nuestros juegos. Cuando atornillé la lente en su sitio, ella salió y se arrodilló para probarlo. (Y ya que estamos, ¿qué hay del agujero en la escayola a través del cual se supone que la vi por primera vez? Deben de haberlo arreglado.) Volvió con el ceño fruncido.

—La has puesto al revés —dijo—. Es para mirar dentro, ¡no fuera! —suspiró—. Eres un inútil —dijo—. Escucha.

Lo tenía todo pensado. Así iba la cosa. Si, por ejemplo, habíamos quedado en vernos a las doce, yo debía llegar a las once y media y, sin hacer ruido arrodillarme ante la mirilla y observarla media hora; luego, a mediodía, debía volver sin ruido hasta las escaleras y avanzar dando pisotones por el pasillo como si acabara de llegar. A veces, no obstante, yo no debía llegar pronto, ni usar la mirilla; ni tampoco debía contarle en qué ocasiones había estado allí sin que me viera y en qué ocasiones no. De ese modo ella nunca sabría con seguridad si la estaba espiando la media hora antes de mi llegada o si estaba haciendo sus pantomimas para nadie. Hice lo que me pidió, claro. Qué emoción tan extraña había en ir de puntillas por el pasillo —a veces recorría toda la distancia a gatas— y acercar el ojo a ese tubo de cristal frío y ver convertirse la habitación, radiante de luz sedosa, en una copa de líneas curvas en cuyo centro se sentaba A., un ídolo bulboso con cabeza de alfiler y pies minúsculos y unas manos enormes entrelazadas sobre el regazo hinchado. Así es como la encontraba siempre, sentada inmóvil y con los ojos abiertos, como la pequeña Alicia, esperando a que causara efecto la poción mágica. Luego empezaba a moverse despacio, con curiosos tirones y sacudidas espasmódicas. Tomaba aliento profundamente, echando los hombros atrás y levantando la cabeza, poniendo cuidado en no desviar la mirada hacia la mirilla; sus movimientos eran al mismo tiempo rígidos y elegantes, y tocados con un sentimiento extraño e inhumano, como el de una marioneta manipulada con habilidad. Se ponía de pie, daba un paso hacia la ventana, extendiendo una mano con un gesto arrollador, como si estuviese recibiendo a un importante invitado; sonreía, asentía con la cabeza, o la dejaba ladeada en una actitud de profunda atención, y a veces incluso movía los labios sin hacer ruido, con un efecto exagerado, como la heroína de una película muda. Después volvía a ocupar su asiento en el sofá con su invitado (no había ninguna duda sobre el sexo de este fantasma) invisible a su lado y hacía como si le sirviera el té, como si le diera su taza con una sonrisa y luego bajaba recatadamente la mirada y se mordía con suavidad el labio inferior hasta que se ponía blanco. El cuadro empezaba siempre con estas elaboradas cortesías; poco a poco, no obstante, mientras yo cambiaba despacio de una rodilla a otra y parpadeaba con el ojo lagrimeante, el ambiente se tornaba amenazador; ella fruncía el ceño, se apartaba, negaba con la cabeza, se llevaba los dedos al cuello y alzaba una rodilla. Al final, abrumada, con la ropa desabrochada, caía de espaldas con la boca abierta, los pechos expuestos, un brazo extendido y una pierna desnuda en su brillante longitud hasta el hueco vago y oscuro de su regazo, y yo oía de pronto mi respiración. Después descansaba un rato, allí expuesta, con los dedos jugueteando ociosos con un mechón de pelo en la nuca, mientras la campana de la catedral empezaba a tañer el ángelus de mediodía y yo me ponía rígidamente en pie, me escabullía hasta el rellano y, haciendo cuanto estaba en mi mano por recobrar la compostura (¡cómo puede martillear el corazón!), recorría de nuevo el pasillo tosiendo y tarareando y entraba despreocupadamente en la habitación, momento en que la encontraba sentada muy remilgada con las rodillas juntas, mirándome con una sonrisa leve, tímida y lasciva.

Ahora no sé si planeaba todas esas situaciones de antemano o si las improvisaba sobre la

marcha. Siempre me impresionaba lo bien que parecía saber lo que quería. Todo lo dirigía ella, las palabras, los gestos, las posturas, todos los complejos ceremoniales de esta liturgia de la carne. «Átame las manos.» «Haz que me arrodille.» «Véndame los ojos.» «Llévame hasta la ventana.» Con qué delicadeza andaba, como un sonámbulo, descalza, con una de sus propias medias atada sobre los ojos, mientras yo, en parte excitado y en parte abatido, la guiaba a través de la habitación y me detenía ante la pared blanca.

—¿Es esto la ventana?

—Sí.

—¿Hay gente en la calle?

—Sí.

—¿Me están mirando?

—Aún no.

La pared tenía marcas y agujeros y había una sombra de una mancha de agua ya seca con la forma de un mapa de Norteamérica. Su mano temblaba caliente y diminuta en la mía. Ahora, le decía, ahora la habían visto. Y tan poderosa era el aura de su emoción que la escena empezaba a materializarse ante mí en la pared: la calle y los coches detenidos y la gente silenciosa mirando hacia arriba bajo la luz brillante y gris del día de noviembre. Me apretaba la mano; yo sabía lo que quería. Como una buena niña levantaba los brazos y yo me agachaba y cogía la combinación por el dobladillo y la levantaba poco a poco por encima de la cabeza, oyendo el leve ceceo de la seda al rozar su piel. Ahora estaba desnuda. La pared blanca reflejaba la vaga refulgencia de sus pechos, de su vientre. Se estremecía.

—¿De verdad me han visto?

—Sí, te han visto. Te están mirando.

Un suspiro.

—¿Qué hacen?

—Miran y señalan. Algunos se ríen.

Un aliento contenido.

—¿Quién? ¿Quién se ríe?

—Dos hombres. Dos obreros con ropa de trabajo. Te señalan y se ríen.

Ella volvía a estremecerse y soltaba un breve jadeo. Yo intentaba cogerla en mis brazos pero ella se quedaba rígida. Su piel agrisada estaba fría.

—¿Por qué me haces esto? —preguntaba en voz baja—. ¿Por qué me haces esto? —y suspiraba. Y luego, cuando estábamos tumbados pegajosos y sudorosos en el sofá, se quitaba la media de los ojos, se la pasaba pensativa entre los dedos y decía en un tono casi prosaico—: La próxima vez, llévame de verdad a la ventana.

Quería que la vieran, decía, ser un espectáculo, que hurtaran y traicionaran sus deseos más íntimos. Sin embargo, ahora me pregunto a mí mismo si de verdad serían sus secretos lo que ofrendaba en el altar de nuestra pasión o solo variaciones inventadas para esta o aquella ocasión. Una mañana llegué a la casa y ella estaba en el baño. Llamé a la puerta pero ella no me oyó, o prefirió no oírme. Cuando abrí la puerta y me colé dentro la encontré sentada en el borde de la bañera con un espejo roto apoyado delante de ella en el lavabo, limpiándose la cara con un algodón. No me miró, solo se quedó quieta un momento y tensó los labios para cortar el inicio de una sonrisa. Llevaba una camisa ancha y el pelo envuelto en una toalla. Su rostro sin maquillaje estaba borroso, una máscara hierática de arcilla blanca. No dije ni una palabra, solo me quedé contra la puerta con las manos a la espalda y contuve el aliento y la observé. El vapor danzaba en

la luz blancuzca de la ventana empañada y noté el olor fuerte de algún ungüento que me recordó a mi madre. A. terminó de limpiarse la cara, se puso en pie, se quitó la toalla y empezó a secarse vigorosamente el pelo, deteniéndose de vez en cuando y sacudiendo la cabeza a un lado como para quitarse algo del oído. Nuestros ojos se cruzaron por accidente en el espejo y de inmediato su mirada se volvió inexpresiva y se apartó de la mía. Acto seguido se pasó los dedos por el pelo todavía húmedo, se levantó la camisa, se sentó en el váter y se quedó allí un minuto, tranquila y con la mirada fija, con los ojos grises fijos en el vacío, como un animal que se detiene en un sendero del bosque para dejar una marca. Un espasmo de esfuerzo pasó por su rostro y terminó. Se limpió dos veces, con brío, y se puso en pie. La cisterna resolló y soltó su cataclísmico jadeo. Noté su olor acre, picante y cálido y se me revolvió lánguidamente el estómago. Entonces encendió la caldera, me miró por encima del hombro y dijo:

—¿Tienes cerillas?

Quise preguntarle si siempre se limpiaba con la mano izquierda o si incluso eso era fingido, pero no tuve valor.

Pero no, *fingido* no es la palabra correcta. Informe: eso es. Ella no era, sino que se hacía. Así la imaginaba. Todo lo que hacía parecía una búsqueda de una definición. He dicho que era ella quien ideaba nuestros juegos y ponía las normas, pero en realidad esta fuerza aparente no era más que obstinación infantil. En la calle me clavaba el codo en las costillas y miraba con los ojos entornados a una mujer que pasaba.

—¡El pelo! —decía por la comisura del labio—. Justo el mismo tono que yo, ¿no te has dado cuenta? —luego me tiraba del brazo y fruncía el ceño—. ¡Oh, no tienes remedio!

Hurgando entre la basura inmemorial de los pasillos, una de nuestras diversiones favoritas, nos topamos con un volumen mohoso de ilustraciones eróticas del siglo XVIII (y ahora que lo pienso: ¿lo habría dejado ella allí?) que se pasaba horas estudiando.

—Mira —decía con un susurro extrañado, señalando a esta o aquella figura indecorosamente abierta de piernas—, ¿no se parece a mí?

Y pasaba la página y escrutaba mi rostro con conmovedora preocupación, mi pobre Justine, anhelando una especie de confirmación definitiva de… ¿de qué? De autenticidad, tal vez. Y aun así era justo lo no auténtico, el frágil teatro de ilusiones que habíamos erigido para albergar nuestras actuaciones cada vez más exóticas, lo que nos proporcionaba los más preciados y ominosos placeres. Qué agudo era el tierno y oscuro estremecimiento que me recorría cuando, en las agonías de la pasión, ella gritaba mi supuesto —falso— nombre y por un segundo otro fantasma, mi ser descartado, se unía a nosotros y convertía nuestros jadeantes esfuerzos en un *ménage à trois* espectral.

¿Te reirás si te digo que sigo considerándonos inocentes? Daba igual lo lascivos e incluso peligrosos que fuesen los juegos a los que jugábamos, siempre sobrevivía algo infantil en ellos. No, no es cierto, pues la infancia no es inocente, solo ignorante; sabíamos lo que hacíamos. Por paradójico que suene, creo que era el propio conocimiento lo que prestaba a nuestros esfuerzos un aire liviano y previo a la Caída. Como todos los enamorados, vivíamos, vivía (porque ¿qué sé yo lo que sentías?) con la convicción de que había ciertas cosas que en nosotros se materializaban por primera vez en el mundo. No grandes cosas, claro —yo no era ningún Rilke, y tú no eras Gaspara Stampa—, pero entre los dos siempre hubo algo que parecía sobreponerse a la carne egoísta, que parecía sobreponerse incluso a ambos y que resistía tembloroso, igual que la flecha resiste en el arco antes de transformarse en puro vuelo. Y todavía resiste.

Me contaba sus sueños. Soñaba con aventuras, con viajes imposibles. Con un gran danés que se transformó en unicornio y huyó. Con ser otra persona. Qué solemne se ponía, tumbada boca abajo, con la barbilla apoyada en las manos, el cigarrillo colgando de la comisura del labio, y el humo ascendiendo en una línea temblorosa igual que la soga en un truco de magia. Las sombras lilas debajo de sus ojos, las uñas mordidas. Ese hueco sedoso en la base de la espalda. En estas noches insomnes la recorro centímetro a centímetro, trazando sus perfiles, agrimensor de todo lo que ya no poseo. La veo volverse despacio en las profundidades de la pantalla de la memoria, con la mirada fija, demasiado real para ser real, como uno de esos modelos tridimensionales que hacen los ordenadores. Es entonces, cuando me parece más vívida, cuando sé que la he perdido para siempre.

Vi venir la pérdida; la vi venir desde el principio. Los indicios abundaban: una palabra, una mirada astuta, una sonrisa reprimida demasiado deprisa. En mis brazos un día se quedó inmóvil de pronto, me puso la mano en la boca y dijo «¡Chis!» y oí con un estremecimiento de terror el leve timbrazo de un teléfono que sonaba en algún lugar en las profundidades de la casa. ¡Un teléfono! Si se hubiesen producido disparos, no habrían parecido más extraños. Pero ella no se sorprendió. Sin una palabra se soltó de mis brazos, se envolvió en mi albornoz y se marchó. La seguí con la agilidad que da la aprensión. El teléfono estaba en el sótano, un modelo de baquelita antiguo perdido entre un revoltijo de trastos sobre el banco de trabajo. Me detuve en el umbral. Ella se quedó vuelta hacia mí con un pie sobre el empeine del otro y el auricular sujeto contra el hombro. Habló con dulzura, como si le hablase a un niño. Noté que estaba sonriendo. Al cabo de un momento, colgó, se dio la vuelta y vino hacia mí con los brazos cruzados y la cabeza gacha. De pronto, reparé de lleno en mi desnudez. Ella se apretó contra mí y se rio con un estertor grave como el rugido de un tigre.

—¡Oh! —dijo casi con alegría—, ¡qué frío hace!

Yo enmudecí con una angustia insondable, y por un segundo la niebla se levantó y disfruté de una vista sobrecogedora de un país lejano y totalmente distinto.

Fue ella quien descubrió el número 23. Dijo que llevaba observando el lugar desde hacía siglos. Se suponía que era el despacho de un procurador (alguien tenía sentido del humor) pero las personas a las que veía entrar y salir no parecían dedicadas a las leyes. Luego un día llegó a la habitación, se arrodilló muy nerviosa en el sofá sin quitarse la gabardina, me tiró de las manos y dijo que tenía que ir con ella, que quería llevarme a un sitio. Nos apresuramos por las calles. Era media tarde, había poca gente fuera. Bajo un cielo de color de hierro las aceras parecían restregadas y en carne viva y rachas de viento helado aguardaban a la vuelta de las esquinas. El número 23 ofrecía un aspecto mugriento y abandonado. Tenía un enorme escaparate con una cortina marrón echada y una puerta principal alta y estrecha. A. llamó a la puerta, sonrió y se apretó contra mí con la coronilla debajo de mi mandíbula; su pelo estaba frío, pero el cuero cabelludo le ardía. Oí unos pasos que se arrastraban en el interior y Ma Murphy con su chaqueta de punto y sus zapatillas de andar por casa abrió la puerta, echó la cabeza atrás y nos miró con escepticismo.

—No está en casa —dijo.

La mujer tenía un espeso bigote y un pecho que le llegaba a donde una vez había estado el talle.

A. le aclaró con dulzura que no habíamos ido a ver al procurador. Ma Murphy siguió mirándonos con suspicacia.

—Entrambos —dijo.

Si fue una pregunta, no teníamos respuesta. Después de otro intervalo de arisca consideración, se hizo a un lado y nos indicó que pasáramos con un gesto. Dudé, como si estuviese cruzando las puertas de la Capilla Peligrosa, pero A. me tiró expectante del brazo y yo la seguí, mi Morgana.

El ancho trasero de Ma Murphy se contoneó delante de nosotros por unas escaleras estrechas. El lugar estaba en penumbras y olía a estofado. A. me apretó alegremente la mano y me dijo algo moviendo los labios que no pude entender. En el primer piso nos llevaron a una especie de salón de techo bajo, frío y mal iluminado, con un sofá demasiado mullido, cortinas de redecilla y una mesa cubierta con un hule. Unas sombras pardas colgaban de las paredes como tiras de empapelado. Ma Murphy entrelazó las manos debajo del pecho y volvió a adoptar su mirada escéptica. A. enganchó el brazo con más fuerza en el mío. Yo empecé a moverme nervioso.

—No sois de la policía, ¿no? —preguntó malhumorada Ma Murphy.

A. negó con vehemencia con la cabeza.

—Oh, no —dijo—, no somos de la policía.

La mujer me miró. A. añadió rauda:

—Queremos una chica.

Noté cómo me ruborizaba. Ma Murphy siguió impasible. Incapaz de sostener su mirada incolora, me volví con las manos entrelazadas a la espalda, fui hasta la ventana baja y me asomé; al fin y al cabo esto era cosa de mujeres. Oh, soy un perro y un cobarde. ¿Qué sentía? Excitación, claro, la emoción cálida y espantosa de la transgresión; podría haber sido un niño sudoroso a punto de espiar a su hermana mientras se desvestía. (¿Por qué estos momentos me traen siempre a la memoria la infancia? Supongo que me recuerdan a los primeros pecados, esos primeros pasos vacilantes en la vida real.) Fuera el gris se estaba oscureciendo; ya era el crepúsculo. Una ráfaga de tristeza se alzó despacio en mí, como un suspiro. Debajo de la ventana había un callejón estrecho con cubos de la basura y una maraña de cobertizos cerrados. Un gato se abrió paso con delicadeza por una tapia cubierta de cristales rotos. ¿Por qué el detritus del mundo parece significar siempre algo inasible para mí? ¿Cómo podía esta escena significar algo, si era una escena solo porque yo estaba allí para que lo fuera? Detrás de mí, A. y la alcahueta estaban hablando en voz baja de las condiciones. Yo podría haberme quedado allí para siempre, mirando lúgubre por esa ventanita mientras el día invernal se acercaba fatigoso a su fin; no la vida, ya me entiendes, sino su frágil semejanza; eso es lo que me hace feliz.

Nuestra chica se llamaba Rosie. Era una veinteañera con mucho carácter, menuda, pero recia, con mechas amarillas y el cutis estropeado. Podría haber sido el fantasma de mi hija, si alguna vez hubiese tenido una hija. Le hice un cumplido y a cambio ella me miró con frialdad. No obstante, le dedicó a A. una sonrisa cordial, y enseguida se hicieron amigas, y se sentaron una al lado de la otra en la cama para quitarse las medias, con los cigarrillos enganchados de forma idéntica en la boca escarlata y los ojos apartados del humo de forma idéntica. La habitación era de techo bajo y estaba desprovista de todo menos de la cama y de una silla de despacho con el asiento de plástico. La cama tenía un aspecto clínico y turbador. Inquieto me quité la ropa y me quedé en calzoncillos al lado de la silla, notando cómo se me ponían los pelillos de punta, más por aprensión que por el frío. Las instrucciones de A. eran muy sencillas: ella y yo haríamos el amor mientras Rosie miraba. Rosie se encogió de hombros y dijo que a ella le parecía bien; desnuda, fue hasta la silla y, echándome una mirada irónica, se sentó, y cruzó los brazos y las piernas. Sus hombros estaban bien proporcionados, y el lóbulo de la oreja izquierda estaba perforado por un minúsculo imperdible. A. se recostó en la cama en su pose de duquesa de Alba. Las dos me miraron serenas y socarronas. Yo me sentí… escrutado. Las consecuencias fueron

inevitables. Murmuré una disculpa, me tumbé sin poder hacer nada con la boca aplastada contra el cuello de A.

—No te preocupes —me susurró al oído con voz entrecortada—, solo finge.

Estaba contenta, creo. Fue como le habría gustado que fuese: no el acto en sí, sino la actuación. Y así, durante un cuarto de hora, nos esforzamos, fingiendo pasión, frotándonos, jadeando y arañando el aire. A. se volcó en la tarea con especial energía, me mordió el hombro y gritó groserías, cosas que nunca hacía cuando estábamos solos y no fingíamos, o no fingíamos tanto como ahora; apenas pude reconocerla, y muy a mi pesar me sentí triste y un poco asqueado. Evité mirar a Rosie —no habría soportado su mirada desencantada—, pero era muy consciente de su presencia, y podía oír el ruido de su respiración y los pequeños chirridos cuando movía el trasero desnudo sobre la silla de plástico. A mitad del acto encendió en silencio otro cigarrillo. Luego, mientras se ponía la ropa, me levanté de la cama e intenté abrazarla, agradecido por algo, no estoy muy seguro de qué, y también, supongo, a modo de reproche a A. La chica se quedó inmóvil con las bragas en la mano y una pierna en alto y yo la solté entristecido. A. miraba desde la cama y, cuando Rosie se marchó, se incorporó y me puso la mano en el hombro con una ternura que no le había conocido hasta ese momento.

—Somos iguales, ¿verdad?, tú y yo —dijo—. Es como si no estuviésemos aquí.

O al menos podría haberlo dicho.

Y esa noche recuerdo que tuve un sueño rarísimo. Tú aparecías en él. Íbamos andando por unos pasajes a cielo abierto. Era nuestro barrio, o una versión onírica de él —cambiada y al mismo tiempo igual—, pero también una especie de academia al aire libre, un lugar de erudición y rituales arcanos: había un toque de Oriente o Arabia. Solo estábamos nosotros. Era de noche, estaba nublado y había una luz oscura, con el cielo suave y floculante sobre nuestra cabeza. Yo estaba confundido, pero tú sabías qué hacíamos allí, noté cómo temblabas de impaciencia, con el brazo enganchado con fuerza al mío. No hablamos, aunque seguiste sonriéndome a la cara, de esa manera tan tuya, con los labios apretados y los ojos brillando con una especie de júbilo rencoroso. Llegamos ante un par de puertas muy ornamentadas, parecían las puertas de un templo, hechas con muchos bloques encajados unos en otros y a través de cuyos intersticios se colaba pálida desde el interior la luz del sol. Con un gesto hierático, pero sonriendo con irreverencia y guiñándome el ojo por encima del hombro, alargaste los brazos hasta las dos manijas de madera que había en lo alto, por encima de nuestra cabeza, y abriste las puertas. Detrás había una estancia estrecha, otro pasaje, en realidad, con una ventana al fondo en la que no se veía nada más que un vacío brillante y gris que era parte del cielo o tal vez de un mar nublado. Amontonados en esta sala y tan numerosos que apenas había espacio para pasar entre ellos había lo que al principio tomé por figurines a escala uno a cuatro, con formas y poses distorsionadas y absurdas, hechos al parecer de un barro grisáceo y poroso y con manchas de moho y un liquen de textura muy fina. Mientras deambulaba con cuidado entre ellos, no obstante, descubrí que estaban vivos, o al menos animados, de un modo no muy humano. Empezaron a hacer leves movimientos sinuosos como seres de las profundidades marinas movidos por corrientes subacuáticas que solo se agitaban una vez cada siglo. Uno de ellos, un homúnculo con forma de niño, con la cabeza apuesta y alargada, subido a un alto pedestal, me sonrió —vi las grietas que surgían en el moho o el liquen de alrededor de los labios—, me sonrió como si me conociera, o me reconociera de algún modo, e intentó hablar pero solo consiguió emitir un murmullo vago y señaló algo detrás de mi hombro. Eras tú a quien señalaba, detrás de mí con tu extraña sonrisa en medio de aquel lugar hechizado. Tú. Tú.

6. *La venganza de Diana,* 1642

L. van Hollbein (1595-1678)
Óleo sobre lienzo, 40 × 17 ½ pulgadas (101,5 × 44,5 cm)

El título, del propio Hollbein, extrañará a quienes no estén familiarizados con la historia del infortunio de Acteón cuando se detuvo a espiar a la diosa Diana mientras se bañaba, mortal ofensa por la que fue transformado en ciervo y despedazado por sus propios perros. Van Hollbein no era ningún erudito, a pesar de las muchas referencias clásicas que aparecen en su obra; como su gran contemporáneo, Claude Lorrain, era de extracción humilde e hijo de un comerciante de trigo de la ciudad de Culemborg, cerca de Utrecht, apenas sabía latín y por tanto no tenía acceso directo al mundo virgiliano cuyo equilibrio y serena luminosidad escogió imitar en la obra de sus años de madurez. En este cuadro, la escena que se nos presenta describe el momento en que Acteón sorprende a la diosa desnuda (y, a juzgar por su expresión, a sí mismo), por lo que la verdadera acción está por llegar; no obstante, pese a las limitaciones de su técnica, el pintor se las arregla por medio de una serie de hábiles toques para sugerir con sutileza la tragedia que va a desencadenarse. La postura de Acteón, doblado por la cintura con los brazos en alto, tiene la tensión y la extrañeza de un animal que se alza sobre las patas traseras, mientras que en el ceño fruncido, donde todavía brillan las gotas de agua transfiguradora arrojadas por la diosa, creemos distinguir la forma incipiente de los cuernos que están a punto de brotar; y, por supuesto, la túnica moteada que envuelve sus muslos y su pecho y que lleva por encima del hombro izquierdo está hecha evidentemente de piel de ciervo. Entretanto los perros que se arremolinan tras sus talones miran a su amo con desconcierto y fiero interés, como si hubiesen detectado en él un olor animal y poco familiar. También en la figura de Diana vuelta de lado y mirando recelosa al joven boquiabierto, adivinamos parte de la violencia que está a punto de producirse. Qué bien ha captado el artista a la mujer divina en su momento de confusión, al mismo tiempo fuerte y vulnerable, atlética y proporcionada, serena e insegura. Se parece un poco a ti: esos pechos de forma extraña, ese cuello esbelto, la boca hacia abajo. Pero, claro, todas se parecen a ti; te pinto encima de ellas, como un niño que garabatea sus fantasías en el modelo sonriente de una valla publicitaria. La asiste una sola ninfa, que está metida hasta la rodilla en el agua del estanque con la túnica y el cinto de la diosa del brazo y sosteniendo en la otra mano, con curioso descuido, el arco sin tensar de Diana. Esta figura tiene una quietud extraña y escultórica, con los ojos abiertos e impávidos, la mirada fija a mitad de camino entre la diosa y el joven, como si se hubiera quedado petrificada al girarse para averiguar la causa de la sorpresa y la desazón de Diana. Cerniéndose sobre toda la escena y empequeñeciendo el claro en el bosque y a las figuras sorprendidas en ese momento fatídico están las paredes boscosas del valle de Gargafia, neblinosas y etéreas en la luz dorada de la tarde y al mismo tiempo cargadas de presagios y amenazas. El templo construido en las rocas de la derecha es irreal en su lívida perfección y parece contemplar con pétrea tristeza la escena que se desarrolla bajo sus muros. Son esta calma y este silencio, este estar en presencia del espanto, como podríamos llamarlo, ante el horror que va a producirse, lo que da forma al cuadro y lo hace peculiar y tal vez

desagradablemente fascinante. Justo así debió de mirarme y esperar el mundo cuando

Cuando ella me pidió que le pegara, debí haber comprendido que el juego había terminado, o al menos que pronto terminaría. Después de ese conocimiento y demás. Hay momentos…, sí, sí, a pesar de todo lo que pueda haber dicho en el pasado, hay momentos en los que una nota suena como si no se hubiera oído nunca antes: oscura, seria, innegable, un hilo añadido al gran acorde. Esa fue la nota que oí el día en que me sujetó por la muñeca y susurró: «Pégame, pégame como le pegaste a ella». Enseguida dejé de hacer lo que estaba haciendo, con las orejas enhiestas y el hocico tembloroso, igual que un animal sorprendido en campo abierto. Su cabeza se alzaba sobre la almohada y sus ojos tenían una membrana y no estaban muy enfocados. El sudor brillaba en el hueco de su cuello. Una enorme nube de color azul acerado se apartó del marco de la ventana y los tejados relucieron. Justo en ese momento, con lo que pareció una discontinuidad que pasara de lo sublime a lo trivial, reparé en qué era el olor que había notado en el sótano el primer día que me llevaron allí. Mi corazón parecía haber desarrollado una arritmia. Con asustada precipitación le pregunté qué quería decir y ella movió con impaciencia la cabeza, cerró los ojos, inspiró hondo, se apretó contra mí y suspiró. Todavía noto la textura de su piel contra la mía, tensa, ligeramente pegajosa y en cierto modo fría y caliente al mismo tiempo.

En los últimos días de noviembre floreció una falsa primavera. (Eso es, hablemos del tiempo.) Los bulbos brotaron imprudentes en el parque, los pájaros intentaron inciertos gorjeos y la gente andaba aturdida con una media sonrisa en el sol firme y tibio. Incluso A. y yo sentimos la tentación de salir. Nos veo en esas callejas estrechas, un par de niños salidos de un cuento de hadas, deambulando por el pueblo de pan de jengibre sin reparar en los ogros que nos espiaban desde sus torres. (Desde luego, uno de los dos no reparó en ellos.) Nos sentamos en bares húmedos y oscuros y detrás de las ventanas empañadas de cafés grasientos. A. se aferraba con fuerza contra mi brazo, temblando con una especie de felicidad neblinosa. Yo era feliz. Qué difícil es decir una cosa tan sencilla. Ahora la felicidad es para mí sinónimo de aburrimiento, si puede llamarse así a esa lánguida e indecisa sensación de desapego que me embargaba cuando paseaba con ella por las calles o nos sentábamos en una taberna falsamente antigua y escuchaba sus historias sobre sí misma y sus vidas inventadas.

Fue ella quien vio por primera vez a Barbarroja. Vivía en una caja de cartón en la puerta de una cuchillería en la calle Fawn, un tipo gordo, con la barba pelirroja, y un gorro tricolor que alguien debía de haber olvidado después de un partido de fútbol, y un viejo abrigo marrón atado con una cuerda. Estudiamos sus costumbres. De día guardaba su caja en un callejón detrás de la cuchillería, metía sus cosas en bolsas de plástico y salía a hacer la ronda. Entre el material que llevaba había un artilugio misterioso, un haz de tubos metálicos articulados de diversos grosores, como las partes desmontadas de una bicicleta de carreras o unos cepillos de chimenea, que guardaba con especial cautela. Por mucho que nos devanábamos los sesos no podíamos imaginar para qué podía servirle aquello, y aunque se nos ocurrieron varias posibilidades ingeniosas, las

descartamos todas. No obstante, saltaba a la vista que era algo preciado y a pesar de los considerables problemas de transporte lo llevaba consigo a todas partes, con el cuidado y la reverencia de un funcionario de un tribunal portando los fasces en procesión solemne. Sus posesiones eran demasiado numerosas para cargar con ellas, así que había ideado un notable sistema de transporte. Cogía los tubos y tres de sus seis o siete bolsas de plástico, arrastraba los pies unos quince metros y dejaba las bolsas en un umbral o apoyadas en un canalón; cargado todavía con sus preciosos tubos, desandaba sus pasos y llevaba las bolsas que faltaban y las dejaba con las demás. Luego seguía una breve tregua en la que comprobaba las bolsas por si se habían roto o desgastado, colocaba los tubos o se limitaba a quedarse mirando a lo lejos, pensando quién sabe en qué, pasándose los dedos rollizos por la barba enredada, antes de volver a ponerse en camino. De todos nuestros indigentes —al final habíamos reunido una bonita colección, que se retorcían sobre sus piernas de palillo—, Barbarroja era el favorito de A. Afirmó que le habría gustado que fuese su padre. Yo no hice comentarios.

Una tarde nos encontrábamos, no sé por qué, en una placita o patio cerca de la catedral —veíamos el campanario en lo alto, enorme, absurdo e irreal— y, cuando nos detuvimos y miramos a nuestro alrededor, noté algo, una sensación de temor indefinido, como si hubiésemos cruzado sin saberlo una barrera invisible a una zona prohibida. El día era gris y tranquilo. Unas pocas últimas hojas tintineaban en las ramas negras como el hollín de un árbol larguirucho y de aspecto teatral que se alzaba en una jaula de alambre. Solo estábamos nosotros. Las ventanas de las fachadas traseras de las casas nos miraban inexpresivas. Sentí una presencia inmensa, vigilante y maligna. Quise irme, marcharme de aquel lugar, pero A. se soltó ausente de mi brazo, se apartó de mí en silencio, casi sonriente, y se quedó en silencio con el rostro alzado, escuchando, por así decirlo, y esperando. Así debió de esperar la hija de Minos a la puerta del laberinto, sintiendo la presencia de su espantoso hermano y oliendo el hedor de la sangre y el estiércol. (Pero si yo soy Teseo, ¿cómo es que soy el que se ha quedado llorando en esta orilla desolada?) Aun así, no pasó nada, no llegó nadie, y enseguida dejó que la cogiera de la mano y me la llevase de allí como a un sonámbulo. Algún día tengo que ver si soy capaz de encontrar el hilo y volver a internarme en ese laberinto.

A menudo, en mitad de esas escapadas, dábamos media vuelta sin decir palabra y corríamos a nuestra habitación, tambaleándonos como si estuviésemos echando una carrera atados por un pie, y una vez allí nos quitábamos la ropa y caíamos en el sofá como para devorarnos el uno al otro. Le pegaba, claro; no muy fuerte, pero sí lo bastante fuerte, tal como ambos sabíamos que acabaría haciendo. Al principio callaba ante aquellas tiernas palizas, con el rostro enterrado en la almohada, retorciéndose despacio con los miembros extendidos. Con el tiempo me pidió que le llevara el espejo de mano de mi mesa de trabajo, para poder ver sus hombros y sus caderas y la parte de atrás de los costados, se tocaba los moratones que al cabo de una hora cambiarían de rosa a un malva sucio, pasaba la yema del dedo por los verdugones del color de una llama que le había dejado el cinturón. En esas ocasiones yo nunca sabía en qué pensaba ella. (¿Lo supe alguna vez?) Puede que no pensara en nada.

¿Y yo? ¿Qué pensaba y sentía yo? Al principio atolondramiento, indecisión y un júbilo temeroso de que se me permitiera semejante licencia. Era como el voluntario que parpadea bajo la luz del foco con el reloj de oro y el mazo del mago en la mano; ¿y si rompía alguna cosa («¡Vamos, golpea!») y el truco no salía bien y seguía rota? Hay cosas que no tienen marcha atrás… ¿Quién podría saberlo mejor que yo? Así que la abofeteaba con cautela, mostrando los dientes con el corazón en un puño, hasta que ella se exasperaba y me enseñaba el trasero como

una gata impaciente. Yo me volvía más osado; recuerdo la primera vez que le arranqué un jadeo. Me vi alzándome sobre ella como un monstruo enloquecido sacado de Goya, hirsuto, sanguinario e irresistible, Morrow el Despiadado. Era ridículo, claro, y aun así no lo era. Yo era un monstruo y al mismo tiempo un hombre. Ella se revolvía bajo mis golpes con la cara contraída y se mordía con fuerza el brazo y yo no paraba, no, no paraba. Y todo el tiempo algo se desprendía de mí, la acreción de los años, escamas que se soltaban a cada golpe que le propinaba. Después besaba las marcas que habían dejado las cuerdas en sus muñecas y en sus tobillos, la envolvía con cuidado en la vieja manta gris de viaje y me sentaba en el suelo con la cabeza al lado de la suya y la observaba mientras yacía allí con los ojos cerrados, durmiendo a veces, con su aliento en mi mejilla, y su mano retorciéndose en la mía como algo agonizante. Que lánguida y perdida y exhausta parecía después de esos estallidos de pasión y dolor, con las pestañas apelmazadas, el pelo húmedo pegado a la frente y los pobres labios hinchados y amoratados, una nueva criatura pálida y brillante a la que apenas reconocía, como si acabara de abrir la crisálida y estuviese descansando un momento antes de la dura prueba de desplegarse a esta nueva vida que yo le había dado. ¿Yo? Sí: yo. ¿Quién más estaba allí para hacerla cobrar vida?

El látigo era nuestro pecado, nuestro secreto. Nunca hablábamos de ello, nunca aludíamos a él, pues eso habría echado a perder la magia. Y era magia, más varita que látigo, que obraba transfiguraciones de la carne. Nunca me miraba cuando yo lo empuñaba, sino que cerraba los ojos y movía la cabeza de un lado al otro, con la boca entreabierta en éxtasis como la Santa Teresa de Bernini, o se quedaba con la mirada perdida en la aterciopelada cámara de tortura de sus fantasías. Era una devota del dolor; nada era tan real para ella como el sufrimiento. Tenía una fotografía, arrancada de algún libro, que guardaba en su monedero y que me mostró un día, tomada por un antropólogo francés a finales de siglo, de un criminal al que estaban ajusticiando en una plaza pública de Pekín por el método de los mil cortes. El pobre infeliz —descalzo, con un gorro y unos pantalones negros de pijama— estaba atado a una estaca en mitad de una multitud no muy curiosa que daba la impresión de haberse detenido solo un momento al pasar para echar un vistazo a aquella diversión gratuita antes de seguir con sus ajetreados asuntos. Había dos verdugos, unos tipos nervudos con coleta, también de negro, también con gorro. Debían de estar turnándose para hacer el trabajo, pues uno de ellos se estiraba, con una mano en la base de la espalda, mientras el otro se inclinaba hacia delante y hacía un buen tajo en la carne del costado izquierdo del condenado, justo debajo de las costillas, con un cuchillo pequeño y curvo. Toda la escena tenía un aire rutinario, si bien levemente festivo, como si fuese un día de fiesta y la ejecución una parte conocida y no muy interesante de los entretenimientos del día. Lo más sorprendente era la expresión de la víctima. Su rostro estaba alzado y un poco ladeado en una actitud apasionada y pensativa al mismo tiempo, con los ojos hacia arriba de modo que se veía una línea blanca debajo de las pupilas; al tener las manos atadas, echaba los hombros atrás y sacaba el pecho escuálido y nudoso. Podría haber estado a punto de pronunciar un discurso conmovedor o de entonar una canción extática. Sí, éxtasis, eso es, eso es lo que sugería su postura, el éxtasis de alguien perdido en la contemplación de una realidad trascendente mucho más real que aquella en la que tenían lugar sus sufrimientos. Una de las perneras de sus pantalones anchos estaba levantada donde el verdugo —ese al que le dolía la espalda, sin duda— había estado trabajando en la pantorrilla y el sitio blando de detrás de la rodilla; un reguero de sangre negra se extendía en zigzag desde su pie fino y bien proporcionado y desaparecía entre los pies de la multitud.

Le pregunté por qué conservaba algo tan espantoso. Estaba sentada con las piernas cruzadas

en el sofá con la fotografía en el regazo, pasando la yema de los dedos por encima como un ciego. Se la quité. La superficie antaño brillante, entrecruzada con un fino craquelado, tenía la textura escamosa y cubierta con una membrana del ojo de un pez muerto.

—¿Te impresiona? —dijo escrutándome; cuando me miraba así, yo comprendía lo que se sentiría al ser un espejo.

Desvió la vista y la dirigió hacia el espacio que mediaba entre nosotros. ¿Qué sabía? La penumbra del dolor, su color rojo, su eco tembloroso. Ella no lo conocía en sí mismo, el de verdad, el destello, el estremecimiento y el acaloramiento repentino, la sorpresa muda del cuerpo. Le devolví la fotografía. Reparé en que los dos estábamos desnudos. Solo faltaban una manzana y una serpiente. La luz que entraba por la ventana proporcionaba un lustre plomizo a su piel.

—Háblame de ese hombre al que conocías —dijo—. El que mató a la mujer.

Seguía tan quieta que ni siquiera parecía respirar.

—No sabes nada —dije.

Ella asintió con la cabeza; los pechos le temblaron. Encontró los cigarrillos y encendió uno con la mano trémula. Volvió a encaramarse con las piernas cruzadas en el extremo del sofá y se abrazó a sí misma. Una pavesa de ceniza cayó despacio en su regazo.

—Pues cuéntamelo —dijo sin mirarme.

Se lo conté: el sol de principios de verano, los pájaros en los árboles, la casa en silencio, esa mirada pintada, luego la sangre y el hedor y los gritos. Cuando terminé de contárselo todo hicimos el amor, de inmediato, sin preliminares, abalanzándonos el uno sobre el otro como… como no sé qué.

—Pégame —gritó—. ¡Pégame! —y luego, en el silencio de la habitación sobresaltada, apoyó mi cabeza en el hueco de su hombro y la acunó distraída con ternura—. El otro día fui al número 23, después de que te fueras —dijo. Yo conocía ese tono soñoliento y pensativo. Esperé, con el corazón empezando a latir como si cojeara—. Fui a ver a Rosie —dijo—. ¿Te acuerdas de Rosie? Había un tipo que quería estar con dos mujeres al mismo tiempo. Debía de ser un marinero o algo así, dijo que llevaba meses sin hacerlo. Era enorme. Moreno, con los ojos muy negros, y un aro en la oreja.

Me aparté de ella, y me recosté con la espalda apoyada en la curva cabecera del sofá y las manos sobre mis muslos desnudos. Una sombra suave y gris estaba plegada bajo el rincón del techo más próximo a la ventana. Sobre el radiador cayó polvo o algo del aire y se produjo un breve chisporroteo y luego un olor cálido y seco.

—¿Te abriste de piernas para él? —dije. Me sabía mi papel.

—No —dijo—. El culo. Me tumbé con la cara en el regazo de Rosie y aparté las nalgas para él y dejé que me la metiera hasta donde llegara. Fue precioso. Me corrí hasta que creí enloquecer. Mientras me lo hacía, él besaba a Rosie, le lamía la cara y le hacía decir cosas guarras sobre mí. Cuando estuvo dispuesto otra vez se la chupé mientras Rosie me lo comía a mí. ¿Qué te parece?

Noté que me observaba, sus ojillos codiciosos y complacidos de niña pequeña. Esta era su versión del látigo.

—¿Dejaste que te pegara?

—Se lo pedí —dijo—, le rogué que lo hiciera. Mientras nos los hacía a las dos estaba demasiado ocupado, pero luego se quitó el cinturón y me dio una verdadera tunda mientras Rosie me sujetaba.

Alargué a tientas el brazo y le cogí un pie y se lo apreté con la mano. Podría haber sido una enorme raíz cariada de un diente.

—¿Y gritaste?

—Aullé —respondió—. Y luego aullé pidiéndole más.

—Y hubo más.

—Sí.

—Cuéntamelo.

—No.

Nos quedamos sentados y escuchamos el leve y áspero sonido de nuestro aliento. Yo me estremecí y noté cómo se asentaba en mi corazón una conocida sensación de tristeza. Supongo que lo que sentí fue un adelanto del verdadero futuro que me esperaba con su verdadera desesperación, como el marinero de ojos negros con su cabilla de maniobra. No se me da bien este tipo de sufrimiento, este dolor ceniciento en el corazón, no soy lo bastante valiente ni frío; quiero algo normal: el tosco consuelo de no pensar, de no ser siempre, siempre… no sé. Miré la fotografía de la ejecución que ella había tirado al suelo; entre la muchedumbre monótona, el condenado era el más vivo de todos aunque ya estaba muriéndose. A. se retorció en el sofá, apartando la mirada, y se apoyó contra mí con las rodillas levantadas, los puños cerrados bajo la barbilla y los finos brazos apretados contra el pecho.

—Lo siento —dijo con una especie de suspiro, su aliento fue un pequeño peso contra mi cuello—. Lo siento.

En esas ocasiones nos separábamos a toda prisa, sin mirarnos, como unos desconocidos avergonzados que se hubieran visto obligados por un tiempo a mantener una intimidad indeseada y ahora acabaran de liberarse. Yo me detenía en el escalón de la puerta, aturdido por la luz, o por el aspecto de la gente en la calle, la chapucera presencia del mundo. O tal vez fuese solo la sensación de mi ser repentinamente recobrado lo que me sorprendiera. Cuando echaba a andar por las calles, me escabullía, envuelto en mi desdicha y mi informe desánimo, un vacilante señor Hyde en quien los efectos de la poción empezaran a disiparse. Luego todos mis terrores comenzaban en alborotada cacofonía.

La tía Corky decía que había gente vigilando el piso. Se había recuperado con ese imprevisto tiempo primaveral. La peluca dorada estaba peinada y reajustada, había vuelto a pintarse el insecto escarlata aunque torcido como siempre sobre la boca. Por la tarde se levantaba de la cama, una operación lenta e intrincada, se sentaba con su herrumbroso batín de seda ante la ventana del salón a ver pasar a la gente por la calle y a los coches disputarse las plazas de aparcamiento como focas malhumoradas. Cuando se cansaba del espectáculo humano, volvía los ojos al cielo y observaba el lento desfile de las nubes de color humo y hielo sobre los tejados. Era sorprendente lo rápido que me había acostumbrado a su presencia. Su olor —el olor que despedía al levantarse de la cama, una mezcla de polvos cosméticos, ropa mohosa y algo ligeramente rancio— me recibía cada vez que yo entraba por la puerta, como el perro viejo y amistoso de otra persona. Me demoraba en el porche, carraspeando y haciendo ruido para advertirla de mi llegada. Al principio, a menudo me apresuraba más de la cuenta y la sorprendía sumida en una ensoñación de la que emergía con un sobresalto y un gritito ratonil, parpadeando deprisa y haciendo gestos informes con la boca. A veces, incluso después de anunciar ruidosamente mi llegada, entraba en la habitación y la encontraba mirándome desquiciada con la cabeza ladeada, una ceja arqueada y una aterrorizada conjetura en la mirada, sin reconocer a ese intruso insolente y seguro de sí mismo. Creo que la mitad del tiempo pensaba que el piso era su casa y que el invitado era yo. Hablaba sin parar cuando yo estaba (y no me extrañaría que cuando no, también); de vez en cuando, me sorprendía a mí mismo parándome en seco y negando con la

cabeza igual que un caballo atormentado por las moscas, decidido a golpearla si decía una sola palabra más. En esos casos ella se interrumpía de pronto y nos quedábamos mirándonos consternados con una especie de violenta perplejidad.

—Te digo —decía con la voz temblando de reproche— que están en la calle todos los días, vigilando.

Con qué indignada frustración se apartaba de mí entonces, feroz como una diosa de película, girando por la cintura, apretando la comisura del labio y levantando un poco un puño tembloroso para dejarlo después con impotencia sobre el reposabrazos de la silla. Entonces tenía que disculparme, entre enfadado y arrepentido, y ella se encogía de hombros, sacudía los rizos dorados y buscaba a ciegas sus cigarrillos.

Como luego se supo, ella tenía razón: nos estaban vigilando. No sé en qué momento mi incredulidad se convirtió en sospecha y la sospecha en alarma. El año estaba oscureciéndose. El Vampiro seguía con su labor de carnicero y se descubrió otro cadáver mutilado, doblado en un cubo de basura en un aparcamiento detrás de una iglesia. La ciudad hervía de rumores y espantosas especulaciones, acurrucándose encantada de terror. Se hablaba de satanismo y de sacrificios rituales. En este ambiente la imaginación no era muy de fiar, pero los indicios de que me estaban siguiendo eran inconfundibles: el coche aparcado a la puerta del convento con el motor en marcha que se alejaba a toda prisa cuando me acercaba; el ojo fijo en mí de pronto en un hueco de una muchedumbre de oficinistas que pasaban a toda prisa por la acera de enfrente a la hora de comer; la figura con la trenca detrás de mí que daba media vuelta justo un segundo antes de que lo hiciera yo; y todo el rato esa sensación de cosquilleo entre los omóplatos. Creo que estaba más interesado que asustado. Supuse que debían de ser los hombres del inspector Hackett vigilándome. Y entonces una mañana llegué a casa todavía tembloroso con el arrebol de un encuentro con A. y descubrí el enorme coche malva de Pa aparcado en doble fila ante la puerta. El joven Popeye estaba al volante. Me detuve, pero él no desvió la vista y siguió mirando ceñudo hacia delante, supongo que la etiqueta profesional le impidió dar muestras de reconocerme. Se estaba dejando un desafortunado bigotillo de un tono rojizo muy poco convincente, que se toqueteó con furiosa afectación cuando me agaché y lo miré por la ventanilla. Entré en la casa y subí las escaleras angustiado. Imaginé a la tía Corky atada y amordazada con un cuchillo en el cuello y a uno de los matones de Pa sentado con la pierna apoyada en el brazo del sofá y pasándose un mondadientes de un lado al otro de la boca. Con cautela, abrí la puerta del piso —qué dentera da notar la llave crujiendo en la cerradura—, asomé la cabeza y escuché, y oí voces, o al menos una voz: la tía Corky yéndose de la lengua con sus historias inventadas, sin duda.

Estaba sentada al lado del fuego con su mejor vestido —deberías haber visto su mejor vestido —, con una taza de té y un platillo en equilibrio sobre la rodilla. Delante de ella, en el otro sillón, estaba sentado Pa, con un abrigo largo de armiño un tanto raído y un gorro de terciopelo azul con un velo negro (¡otro!) que parecía una telaraña con minúsculas moscas pegadas. Llevaba unas medias de color chocolate con grumos —¿quién sigue fabricándolas?— y zapatos con un tacón apreciable. Un enorme bolso de charol descansaba apoyado contra la pata de su silla. En una mesita entre los dos estaban todos los adminículos del té. Un fuego de carbón no muy vivo chisporroteaba en la chimenea.

—¡Ah! —dijo la tía Corky animada—. Aquí está.

Me adelanté dubitativo, notando cómo una sonrisa zalamera se extendía como la melaza a través de mi rostro. ¿Qué protocolo regiría aquí?

—Pasaba por la zona —dijo Pa, soltó su risa cascada, haciendo un ruido como el de algo frágil y cortante al quebrarse, y su velo tembló. Vestido así tenía un desconcertante parecido con mi madre en su época de esplendor.

—Tengo entendido que trabajáis juntos —dijo la tía Corky y me dedicó una sonrisa de reproche burlón, moviendo la cabeza, una gran dama de los pies a la cabeza; luego se volvió hacia Pa—. Nunca me cuenta nada, claro.

Pa me miró con calma.

—¿Sigue Cyril ahí fuera? —preguntó—. El hijo —le dijo a la tía Corky—; es un buen chico, pero un poco olvidadizo.

—¡Oh, si lo sabré yo! —dijo la tía Corky y volvió a mirarme con la cabeza ladeada—. ¿Por qué no te quitas el abrigo y te sientas con nosotros?

Acerqué una silla y me senté. Me dejé el abrigo puesto.

Cyril.

Pa bebió un sorbo de té. Tenía dificultades con el velo.

—Tenía que tocar la bocina cuando usted llegara —dijo—. ¿Es que no le ha visto, o qué?

Me encogí de hombros y respondí que no debía de haberme visto; de pronto me sentí protector con el joven Popeye, ahora que sabía su verdadero nombre y que había visto ese bigote.

Se hizo un silencio. En el fuego silbó brevemente un carbón. Pa miró hacia delante con una expresión biliosa, meditando sobre la falta de fiabilidad de los jóvenes, sin duda. La verdad es que era inquietante lo mucho que me recordaba a mi madre, Dios bendiga su alma feroz; algo en su impasible manera de sentarse, con los pies separados y plantados con firmeza en la alfombra, era calcado a ella.

La atención de la tía Corky había divagado; dio un pequeño respingo y miró a su alrededor con gesto culpable.

—Estábamos hablando de arte —dijo—. Esos cuadros… —sonrió soñolienta con los ojos hacia arriba y suspiró—. ¡Cuánto me gustaría verlos!

Pa me guiñó el ojo y con una ronquera fingida dijo:

—¿Por qué no lleva a su tía a esa habitación y le deja echar un vistazo? —se volvió hacia la tía Corky—. Son todos iguales —dijo—. No tienen consideración —dejó la taza, se levantó de la silla con un gruñido y fue a la ventana majestuoso, imperioso y enfadado—. Mírelo —dijo asqueado con la vista fija en la calle—. Ese niñato con granos.

Mientras él estaba de espaldas, miré a la tía Corky con una ceja arqueada pero ella se limitó a observarme con los ojos nublados y sonrió con serenidad. Reparé en que había desarrollado un claro temblor en la cabeza. La imaginé muriéndose y a Pa y a mí bajándola por las escaleras hasta la ambulancia, yo sosteniendo la cabeza y Pa con el gorro ladeado y el velo torcido sujetándole los pies, andando de espaldas y llamando a gritos a Cyril.

Pa volvió y se sentó de nuevo, colocándose los faldones del abrigo con habilidad sobre las rodillas. Su abrigo de piel se abrió y reveló un vestido de terciopelo negro con calvas. Me miró cordial.

—¿Ha visto a nuestro amigo? —preguntó—. ¿Al señor Morden? —negué con la cabeza. Él asintió—. Le buscan por aquí, le buscan por allá —dijo.

Me quedé pensando y luego le pregunté si era consciente de que la policía seguía sus pasos. Él se limitó a sonreír y a levantarse el velo para verme mejor.

—¡No me diga! —exclamó—. Caramba.

Cité el nombre de Hackett.

—¡Lo conozco! —exclamó feliz, dándose una palmada en la rodilla—. Lo conozco bien. Un hombre decente.

—Me preguntó por los cuadros —dije.

Sus hombros se estremecieron.

—¡Pues claro! —dijo, como si fuese la mejor de las noticias.

La tía Corky siguió un rato estos intercambios como un espectador en un partido de tenis. Luego dijo:

—Unos objetos tan valiosos deben de ser un quebradero de cabeza para la policía —los dos la miramos—. Vigilarlos —dijo—. Y luego están los seguros. Recuerdo que el querido barón Thyssen me dijo…

Pa estaba observándola con enorme atención, como el perro Prince.

—¡Oh! No los necesitamos —dijo—, ni a la policía ni los seguros. No, no. Sabemos cuidarnos solitos —se volvió otra vez hacia mí—. ¿Verdad, señor M.? —M de Marsias, colgando cabeza abajo entre dos laureles con las tripas fuera y la sangre goteándole por el pelo—. A propósito. Anoche soñé con usted —levantó un dedo e hizo un círculo despacio en el aire por encima de su cabeza—. Veo cosas en mis sueños. Estaba usted en un cuartito con sus libros. No era feliz. Luego estaba fuera y llegó un tipo y le ofreció trabajo. Sabía que era usted de fiar.

Concibo el miedo como una especie de órgano, algo como una gran vejiga rosa y púrpura que se hincha de pronto y empuja todo a un lado: el corazón, el hígado, los pulmones. Siempre me sorprende esta repentina y asfixiante eflorescencia, no sé por qué: Dios sabe que ya debería estar familiarizado. Los ojos claros de Pa en sus pliegues de paquidermo estaban fijos en mí, y ahora brilló algo en ellos y fue como si su rostro fuera un disfraz dentro de un disfraz y detrás se hubiese colado alguien totalmente distinto y hubiese aplicado unos ojos diferentes a las órbitas vacías y me hubiera contemplado con desdén divertido y despreocupado, tomándome la medida, y yo me encogí y noté que contenía de pronto el aliento.

Sonó el timbre de la puerta, dos timbrazos breves y luego uno largo, y la taza de la tía Corky tintineó. Pa volvió a ser tan cordial como siempre, cogió su bolso y se puso en pie con un bufido.

—Ahí está mi aviso —dijo. La tía Corky le sonrió con dulzura, con la mente deteriorada extraviada en alguna otra parte. Él tomó su mano y se la estrechó muy solemne—. Adiós, señora —dijo—. Y recuerde lo que le he dicho: lo que usted necesita es agua. Bébase cinco o seis vasos grandes al día y estará estupendamente. Creo mucho en eso —asintió despacio, todavía estrechando su mano, con la cabeza y el brazo moviéndose al unísono; luego dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Por el camino se detuvo, se miró en el espejo de encima de la cómoda y se colocó el velo y el sombrero. Me guiñó el ojo por encima del hombro y dijo—: ¿Llevo las medias torcidas?

Le abrí la puerta. Me pareció tan pesada como un mamparo. Mi mano en el pomo no estaba firme.

—Bueno, chao, por ahora —dijo, meneó su ancho trasero y bajó riéndose por las escaleras.

Cuando regresé a la habitación, la tía Corky me echó una sonrisa pícara y negó con la cabeza.

—¡Vaya compañías que te gastas! —dijo.

Esa iba a ser su última recepción. Se quedó sentada un rato con la mirada vacía y, cuando se levantó, vaciló y temí que se cayera en el fuego. La sostuve del brazo y ella me miró con una expresión de vasta y vaga sorpresa, como si todo en su interior se hubiese transformado de pronto y ya no pudiera reconocer los rasgos de ese paisaje interno.

—Creo —dijo con un estremecimiento en la voz—, creo que quiero tumbarme —su magro

antebrazo, un palo en una bolsa de papel de estraza, tembló mientras lo sujetaba. Inclinó su peso sobre mí, me miró a la luz de la mañana que entraba por la ventana y soltó un suspiro estremecido—. Qué luminosas se están volviendo las tardes —dijo.

La dejé y hui a la casa en la calle Rue, pero te habías ido. Dejé mi abrigo en el sofá. Nuestra mancha en la sábana se había enfriado pero seguía húmeda; cogí un poco de la baba perlada con la yema del dedo y la probé. A veces, después de hacer el amor, cuando andábamos por las calles, ella se estremecía involuntariamente, torcía el gesto bajando las comisuras de los labios y decía en tono acusador:

—Estoy goteando —estas pequeñas vicisitudes de la logística del amor eran siempre culpa mía—. ¡Mírame! —exclamaba, mostrándome esta mancha, aquel moretón—, ¡mira lo que me has hecho!

Y luego un rubor hosco se extendía desde el cuello hasta la cara, su rostro se hinchaba de resentimiento y yo tenía que pasar una hora rebajándome a sus pies antes de que ella se aplacara y me permitiese tocarla. Pero después, cómo se metía debajo de mí, flexible como un pez, con los tobillos entrelazados a mi espalda y las uñas mordidas buscando un asidero en los músculos temblorosos de mis hombros. Olía a salitre y a pan, y a algo excitantemente mohoso como los champiñones. Su saliva sabía a violetas, sepan a lo que sepan las violetas. Me lamía las manos, se metía mis dedos uno por uno en la boca y los chupaba despacio. En la calle se detenía de pronto, me empujaba a un umbral y me obligaba a meterle la mano debajo del vestido.

—Tócame —decía, con su aliento resonando en mi oído—, siente lo húmeda que estoy.

Pero lo más conmovedor de todo, creo, eran las veces en que se olvidaba de mí por completo y se quedaba de pie delante de la ventana bajo la luz de la tarde, con los brazos cruzados, contemplando con la mirada perdida los tejados, o en una tienda observando los estantes de las revistas con ojos vidriosos, o cuando andaba sin más por las aceras cubiertas de hojas, con la cabeza gacha, pensando; lo que me conmovía, supongo, es que en esos momentos casi era ella misma, esta desconocida cuya carne yo conocía hasta el último centímetro mejor que la mía. Podía cambiar de un segundo al otro, ahora niña, ahora vieja. Tenía una manera miope de mirar su bolso, con la punta de la lengua gris rosada asomada por la comisura del labio, mientras buscaba su carmín o su encendedor, y encorvada así parecía una de esas mujeres ancianas como pajarillos que se ven en las licorerías comprando su trago nocturno. Una vez se lo dije, atragantado de emoción, pensando en ella vieja y en mí muerto. Ella no respondió nada, me miró un segundo o dos en silencio y luego decidió —noté cómo lo hacía— que no me había oído.

A pesar de las atenciones físicas que le prodigaba —el ginecólogo demente, espéculo en mano —, había áreas en las que no me aventuraba. Nunca supe, por ejemplo, qué precauciones tomaba, si es que tomaba alguna. Nunca lo pensé: no la concebía concibiendo. Era ya su propia hija, una criatura frágil y sufriente que había que cuidar, abrazar y mimar. Hablaba de sí misma —de su salud, de su aspecto, de sus deseos— con la falsa despreocupación transparente de una madre que abraza a su hija adorada para que todos la admiren. Había cosas que ella debía tener, sobre todo si pertenecían a otros, cuya renuncia era un sabor añadido. Mi pasado era un lugar que ella podía saquear: mi infancia, mi familia, mis amigos del colegio (eso se agotaba enseguida), mis primeros amores, el gradual desastre de la edad adulta, todo era el patio de su recreo. Quería historias, insistía en conocerlas. En particular le interesaban las anécdotas de la vida en la cárcel (he hablado de mis días en la cárcel, ¿no?), y se sentaba extasiada mientras le describía —no sin antes adornarlas para ella— las transacciones sexuales, los rituales de recompensa y castigo, la excitación febril y la alarma de los días de visita, el extraño letargo de las tardes, las noches

inquietas de suspiros y susurros, el silencio de esos amaneceres interminables de color gris piojo. Podría haberle estado describiendo el mundo perdido de los incas. Con qué pasión, con qué dulce abandono, se entregaba a mí al final de esas narraciones, hundiéndose contra mí con el rostro alzado, el cuello lívido expuesto y los párpados maquillados temblando.

Estos recuerdos. ¿Qué lugar ocupa en ellos? Una palabra, un aliento, una mirada apartada. La he perdido. A veces desearía poder perder también cualquier recuerdo de ella. Supongo que lo haré, con el tiempo. Supongo que la memoria se desprenderá de mí sin más, como el pelo, como los dientes. Me alegraré de esa disminución.

Nunca hablábamos de los cuadros, ni de Morden, ni de nada de eso, aun cuando siempre estaba allí. Era como si en algún tiempo inmemorial lo hubiésemos hablado todo y lo hubiésemos dejado de lado, para no volver a mencionarlo. A veces la sensación era tan fuerte que dudaba confundido de si no habría tenido lugar esa conversación y la habría olvidado. En las raras ocasiones en que yo dejaba caer alguna referencia a ese problema —pues ahora se había convertido en un problema—, ella se volvía vagamente de lado con la mirada perdida y su rostro se relajaba, como si contuviera un bostezo. Sin embargo, me parecía notar también en ella una conciencia, una especie de alerta firme, tal vez resentida pero vigilante, como la que notaría alguien que durmiera con otra persona sentada sin moverse toda la noche al lado de la cama. ¿Me traicionaste, amor mío? Bueno, si lo hiciste no me importa. Si pudiera repetirlo todo otra vez, no dudaría ni un segundo.

Me quedé dormido, acurrucado en el sofá con el abrigo, las rodillas dobladas y abrazándome a mí mismo. Soñé contigo. Estábamos aquí juntos, pero ahora había un tercero con nosotros, una mujer pálida desnuda, majestuosa como una matrona, de caderas anchas y hombros estrechos. Sus pechos blancos estaban punteados de rosa y sus ojos, fijos con una mirada soñolienta en la nada, eran de color azul claro. Tú y yo estábamos en los extremos del sofá, con ella repantigada entre ambos, sin atar, pero aun así nuestra prisionera. Le toqué el capullo de rosa de la boca y ella soltó un ruido vago y gutural. Me sonreíste con una profunda tristeza y yo guie tu mano y la puse sobre su pecho; la mía se hallaba enterrada en el espeso vellón de su regazo, que estaba cálido, seco y era inexplicablemente familiar. Era nosotros y no lo era, nuestro conducto y nosotros mismos. Te inclinaste y besaste esa boca roja y fruncida, y tu pelo negro azulado cayó sobre su cara como el ala de un pájaro.

Cuando desperté el día declinaba ya. Tenía frío y notaba un hormigueo en los dedos. Algo me había seguido fuera de ese sueño, algo oscuro, lento y reptante. Me quedé inexpresivo e inmóvil un rato con los ojos abiertos, presa del terror. Pensaba, antes de Morden, de los cuadros y de ti, que ya nunca volvería a tener miedo, que estaba inmunizado contra él. Me levanté y me quedé al lado de la ventana perdido en una especie de angustia vaga. A mi alrededor la casa estaba hosca y agazapada en silencio. Quise cubrirme la cara con las manos y aullar. Algo se movía bajo mis pies, lo noté, el primer movimiento infinitesimal del glaciar.

Salí de la casa. En la puerta, el aire frío llenó mi boca como agua y me dio náuseas. La falsa primavera había concluido y el aire estaba amoratado y oscurecido por el primer vendaval del invierno. Vete a saber por qué ciertos días pardos y cortantes como este me recuerdan a París. ¿Es allí donde estás? Te imagino con tu abrigo negro y tus tacones de aguja, taconeando por una de esas callejuelas misteriosamente desiertas —¡la Rue de Rue!— que salen de los jardines de Luxemburgo. Te detienes en una esquina y miras arriba, hacia una ventana. ¿Quién te espera en esa habitación con los postigos cerrados, con el Gauloise encendido, los ojos turbios y ese aire de insolencia malhumorada? Grandes hojas con forma de mano se remueven en la acera. Los niños

juegan en los jardines bajo los plátanos de sombra sin hojas, sus voces llegan hasta ti como recuerdos. Crees que vivirás eternamente, que siempre serás joven. Espero que él te abandone. Espero que te parta el corazón. Espero que un día salga de tu vida sin decir palabra y te destroce.

¿Por qué me regodeo así? Estoy tan cansado, tan cansado.

En la avenida Hope, un hombre con una gabardina y una gorra de lana de duende con una borla pasó sollozando con aspereza y se enjugó los ojos enrojecidos con el dorso de la mano.

Al pasar por esas calles azotadas por el viento tuve otra vez la inquietante sensación de que me estaban siguiendo, y volví a sentir ese cosquilleo entre los omóplatos. Iba parándome a ver los escaparates o a atarme los cordones de los zapatos y escudriñaba las calles con disimulo. Es sorprendente lo rara que parece la gente cuando buscas entre ella una cara en concreto. Las personas se convierten en muñecos de cera andantes, en copias de sí mismas muy detalladas pero poco convincentes, sus rostros se borran hasta volverse anónimos, sus movimientos parecen rígidos y curiosamente poco coordinados. Sin embargo, cuando por fin se materializaron entre la multitud la cabeza globular y sonriente y el rostro cubista del inspector Hackett no lo reconocí hasta que habló. Yo esperaba a Popeye o a Pa o a alguien incluso peor. Hackett estaba de pie bajo el pasaje de la calle Fawn con las manos en los bolsillos de la gabardina abotonada y atada con un cinturón. Parecía más que nunca un juguete de tamaño natural, con demasiado relleno y más capas de barniz de la cuenta. Nos estrechamos la mano; siempre esa extraña e impresionante formalidad.

—¿Qué tal va? —dijo, utilizando una de esas frases ambiguas que tanto a Pa como a él les gustaban.

Cruzamos el pasadizo abovedado y giramos hacia los muelles. El viento soplaba en el aire burbujeante por encima del río y el agua subía y bajaba y se agitaba como una pila de grandes cajas de cartón.

—Se acerca el invierno —dijo Hackett, y metió las manos en los bolsillos de la gabardina color rata y apretó los codos—. Supongo —añadió pensativo— que hará falta mucho trabajo para llegar a ser un experto. Habrá que leer mucho y demás, ¿no? —me miró de reojo con su sonrisa de bufón—. Aunque, claro, usted tuvo tiempo de sobra, ¿verdad?

Nos detuvimos. Se apoyó en el murete del río y durante un rato observó las aguas agitadas. Frías rachas de lluvia caían inclinadas. Le conté que Pa se había presentado en el piso con un abrigo de piel y un vestido de terciopelo. Se rio.

—Ese es Pa, sí señor —dijo—, más loco que una cabra. Me escribe cartas. Sobre todo tipo de asuntos: cómo curar el cáncer, que el Papa es judío, cosas así. Como un cencerro. Él sabe que yo sé que tiene esos cuadros. La pregunta es ¿dónde?

A veces creo que todas las ocasiones importantes de mi vida han estado señaladas solo por el sufrimiento, el miedo y una especie de lenta sensación de incredulidad cuando salgo de mí mismo y contemplo horrorizado lo que estoy haciendo. Tu rostro apareció y se me metió en la cabeza como una máscara del Día de Difuntos, mirándome con los labios apretados a modo de advertencia.

—Los tiene Morden —dije en un tono tan bajo que apenas me oí a mí mismo, y enseguida me entraron ganas de echarme a llorar—. Hay una habitación… —y, en mi imaginación, apartaste despacio el rostro y te recordé levantando la mano en el aire como si flotara y diciendo: «Libre».

Hackett siguió con la mirada fija en el río y el ceño fruncido, como si hiciera cálculos ociosos en la cabeza.

—¿Ah, sí? —dijo por fin, en voz baja—. ¿Y diría usted que son los auténticos?

—Sí —respondí—, lo son; son auténticos.

Una pincelada de luz acuosa procedente de alguna parte iluminó por un instante el musgo esmeralda del murete e hizo que brillara. Hackett se sopló las manos y se las frotó con ganas.

—Entonces, la única pregunta —dijo— es cómo los sacará del país.

Seguimos andando. Un autobús salió de pronto de la nada con un susurro de los enormes neumáticos. Tras su estela se agitó con violencia una bola de aire y lluvia. Yo estaba pensando: «¿Qué he hecho, qué he hecho, qué he hecho?». Pero lo sabía, sabía lo que había hecho.

—A propósito —dijo Hackett—. Le dije que lo volvería a hacer, ¿verdad?

Lo miré con un gesto inexpresivo y él me dio un codazo cómplice.

—El tipo del cuchillo —dijo—. Ya van tres —volvió a apretar los codos—. Y yo diría que habrá más.

Cuando llegué a casa la encontré en silencio. La puerta del baño estaba abierta, vi la luz de la bombilla al subir por las escaleras, una cuña expresionista de luz amarilla y enfermiza que caía sobre el rellano y se interrumpía en el pasamanos de la escalera. Lo que al principio tomé por un montón de trapos en el suelo resultó ser al verlo de cerca la tía Corky. Yacía con la cabeza forzada en ángulo recto contra el zócalo, y con una pierna y un brazo retorcidos debajo. Pensé en un pajarillo caído del nido, los frágiles huesecillos, la carne cérea y el cuello delgado retorcido. Di por sentado que estaba muerta. Mantuve una calma notable. Lo que sentí con más fuerza fue una lúgubre exasperación. Esto era demasiado; la verdad, era demasiado. Me quedé allí de pie en jarras y la observé, musitando algo para mis adentros, sin saber qué. Gimió. Eso me sobresaltó. Aún me irritó más: imagina un estibador, pongamos, enfrentado a una carga imposible de manejar. No debería haberla tocado, claro, había visto suficientes películas para saberlo («¡No intentes moverla, Ace, es mejor esperar a que llegue el médico!»). No obstante, tan impetuoso como siempre, me agaché, la agarré por el codo y una rodilla y me la eché al hombro en lo que creo que se llama un abrazo de bombero. Al principio parecía tan liviana que por un segundo pensé que sus miembros se habían salido de las articulaciones y que había dejado una parte tendida en el suelo. La seda del batín parecía una piel muy fina, fría y resbaladiza. Se lo había hecho todo encima, pero solo un poco, pues sus restos de anciana eran escasos; me sorprendió que no me molestara el olor. Empecé a subir por las escaleras, fue como subir una tienda de campaña con las varillas enredadas. Pensé en Barbarroja y en su valioso artilugio. Notaba el corazón de pajarillo de la tía Corky a punto de escapársele del pecho.

—¡Ay, Jesús, hijo! —dijo, y yo me sorprendí tanto al oírla hablar con tanta claridad y tan cerca de mi oído que estuve a punto de soltarla. Al menos eso es lo que creo que dijo. Puede que fuese algo totalmente distinto.

Fue un largo camino, la Vía Dolorosa de ese tramo de escaleras. Lo que al principio había parecido una carga liviana se fue volviendo más pesado con cada escalón y cuando llegué arriba estaba encorvado y el sudor me goteaba en los ojos. Pensé en cómo sacar del bolsillo la llave del piso —¿sería mejor dejarla en el suelo o mantenerla en equilibrio mientras la buscaba?—, pero por suerte ella no había echado la llave. Al entrar, le golpeé la cabeza con el marco de la puerta y se quejó. Más tarde, el doctor Mutter no pudo entender cómo había sobrevivido a la dura prueba de esa escalada con una cadera rota y lo que debió de ser un aneurisma incipiente. Mi intención era buena, tía, de verdad. En esos pocos minutos eras mi vida y todo lo que había dejado sin hacer en ella, por no hablar de una o dos cosas que había hecho, pero no debería haber hecho. Quería salvarte, traerte de vuelta a este mundo, remendar tus pobres huesos hechos añicos y sanarte. Pero lo único que conseguí fue acelerar tu muerte. Ojalá no me hubieses dejado el

dinero.

La llevé al dormitorio y la dejé en la cama con la mayor delicadeza posible; primero estibador, luego bombero y por fin repartidor de carbón. La tía Corky y los muelles del colchón se quejaron al unísono. Sus párpados se abrieron, pero los ojos estaban ausentes, intentando ver algo a una distancia imposible. Me aparté jadeando; sabía lo que venía a continuación. Le quité el batín sin mayor esfuerzo (¡esos brazos como palos!) pero por debajo iba envuelta en varias prendas con cordones anudados que costó muchos tirones y maldiciones desatar. Qué objeto tan misterioso y fascinante es el cuerpo humano. Reparé en que era la primera vez en mi vida, al menos que yo recordara, en que miraba a una mujer desnuda sin sentir deseo. Pensé en ti y me estremecí, y cubrí a toda prisa el cuerpo marchito de la tía Corky y fui a la cocina a buscar un cuenco con agua y un trapo. Mis movimientos eran los de un autómata desquiciado. Sabía que si me detenía a pensar un segundo, me fallarían los nervios y sería capaz de cerrar la puerta del dormitorio de un portazo y huir de la casa para siempre. Regresé al dormitorio y me sorprendió un poco encontrar a mi tía aún allí, aunque no sé cómo ni adónde pensé que podría haberse ido. Encendí la lámpara de la mesilla y luego volví a apagarla; el resplandor que entraba por la ventana era una iluminación más que suficiente para la tarea que me aguardaba. Levanté la manta y, conteniendo el aliento, aparté el montón de trapos sucios de debajo de sus caderas y la limpié con agua y jabón lo mejor que pude. Al levantarle una de las piernas oí un crujido cartilaginoso que debió de ser, pensé después, el de los extremos del hueso de la cadera rozando uno con el otro. Cuando terminé volví a taparla —estaba espantosamente fría— y fui hasta el teléfono del vestíbulo en el piso de abajo para pedir ayuda. No llevaba monedas para el teléfono y tuve que volver a subir dando saltos. En mi recuerdo, esa tarde estoy constantemente en movimiento, yendo y viniendo del dormitorio a la cocina y a las escaleras a grandes zancadas, como un bailarín de ballet enloquecido.

Llamé a Los Cipreses. No supe a qué número había llamado hasta que la señora Haddon graznó al otro lado de la línea. Enseguida le grité agitado y con furiosa hilaridad: «¡Necesito un médico!», chillé y no dejé de repetirlo, y ella me respondía una y otra vez con la misma frase, que yo no acababa de entender; parecía estar insistiendo en que *ya me avisó*. Tal vez estuviera aullando el nombre del doctor Mutter: Kehoe, Devereaux o algo por el estilo, pues en un momento de calma en mitad del griterío me informó con voz seca de que el médico estaba de hecho allí, a su lado, nada menos, y que pasaría a ver a mi tía Corky al volver a casa, si tenía tiempo. Este último añadido hizo que yo empezara a gritar otra vez, hasta que el verdugo jubilado que vivía en la planta baja asomó la cabeza hirsuta y me miró furioso. Tomé aliento, miré el agujero negro y empañado del micrófono y dije en voz baja que mi tía se estaba muriendo. Creo que lo que causó efecto fue la súbita calma de mi voz y no mis palabras. Se hizo una pausa, y la señora Haddon puso la mano en el auricular haciendo un ruido que me hizo sentir como si me estuviesen aplastando la cara, luego volvió y dijo con hosquedad que el médico saldría enseguida.

Temblando después de esta conversación, me apresuré a subir de nuevo. Cuando llegué a la puerta abierta del piso me detuve al oír la voz de mi tía, y un escalofrío me recorrió la espalda y los omóplatos. ¿Con quién estaba hablando? Estremecido entré, cerré la puerta y fui de puntillas al dormitorio. Decidí que si era Pa, que se había colado en mi ausencia sin que me diera cuenta, lo mataría. Incluso me imaginé a mí mismo acercándome por detrás de su ancha espalda con una atizador en la mano y… Pero no había nadie, solo la tía Corky tendida de espaldas y hablando con el techo. Sus ojos estaban abiertos, pero aún tenían esa expresión distante y ensimismada. El

viento había cerrado la puerta de un portazo, estaba diciendo, un viento espantoso se había levantado en plena noche y había dado un portazo. Hablaba en tono asustado, como si fuese un suceso enorme y terrible. La escena se alzó inquietante ante mis ojos: los muebles en sombras acurrucándose en el silencio, un resplandor luminoso sobre el brillante suelo de madera y un reloj Biedermeier chasqueando la lengua sin ruido, luego un movimiento fatigoso como si hubiesen oído alguna cosa y después la enorme ráfaga de viento y la puerta cerrándose como una trampa. Su manaza estaba contraída sobre la manta; la tomé entre las mías: estaba fría y seca pero también resbaladiza. Tenía la impresión de haber pasado horas allí, pero el día seguía demorándose en la ventana y el cielo era una alta cúpula de resplandor embarrado. Fui y me asomé a la maraña de sombras del jardín, y pensé en los miles de vidas secretas que bullían allí. Los grajos giraban y daban vueltas en el cielo empujados por el viento como trozos de crespón negro. Apoyé la frente contra la frialdad de un vidrio esmerilado y noté el suave latido del mundo en el cristal. La noche ascendía poco a poco desde el jardín. No me reconocí. Detrás de mí la anciana lloriqueó. Empecé a ir y venir por la habitación y me oí a mí mismo contando mis pasos. Uno dos tres cuatro cinco seis, media vuelta. El tiempo parecía vacilar; el día sin duda estaba muerto, pero el cielo seguía aferrándose a su pardo resplandor. La tía Corky yacía inmóvil con los ojos cerrados, como una efigie de sí misma, allí y al mismo tiempo no allí. Yo quería decir una palabra en voz alta y oír mi propia voz pero no se me ocurrió qué decir y en cualquier caso estaba avergonzado; esta era una forma especial de estar solo. Uno dos tres cuatro cinco seis, media vuelta.

Recuerdo esa media hora con una claridad extraña y potente. No ocurrió nada —literalmente, no pasó nada, fue como el rato que uno pasa en un ascensor o esperando oír una noticia que no llegará—, pero aun así tengo la sensación de haber percibido un hecho tan vasto como para ser imperceptible, como el mundo entero deslizándose hacia la noche. Era como si estuviese pasando una prueba ritual o un rito de purificación: sombras, soledad, grajos graznando, la anciana durmiente, y yo en la penumbra andando, andando. Cuando por fin llamaron al timbre de la puerta, una vibración larga, en cierto modo desacostumbrada y áspera, sonó en mis oídos como una nota litúrgica y apremiante.

Cuando le abrí la puerta principal, el doctor Mutter entró a toda prisa con un movimiento lateral, igual que un espía o un hombre perseguido. Era alto y torpe con una cabeza más bien pequeña y fina sobre el largo tallo del cuello. Me recordó a esos desdichados que el último año de colegio pasan a medir de pronto un metro ochenta y tantos: todo muñecas, rodillas y angustia huesuda. Cuando hablaba, tenía la costumbre, quizá adquirida de la señora Haddon, de mirar fijamente a un lado, como si cayera de pronto en una idea espantosa que tuviese que ver con algo totalmente distinto. Me estrechó la mano muy serio, con la mirada concentrada en una mancha de la pared a la altura de mi hombro, y me siguió por las escaleras con pasos fatigados, suspirando y hablando en voz baja, no sé si a mí o consigo mismo. En el dormitorio encendí la luz y él se quedó un rato mirando a la tía Corky con el maletín en la mano y los hombros encorvados. Se pasó un dedo por debajo del cuello de la camisa y —con ecos de Hackett en esta ocasión— tiró con fuerza de él, alargando la barbilla y torciendo la boca, mientras la nuez rebotaba sobre el elástico.

—¡Hum! —dijo, con aire vacilante.

La tía Corky tenía un color ceniciento y parecía haber encogido apreciablemente en los minutos en que yo había ido a abrirle la puerta al médico. Su peluca de rizos amarillos seguía incongruentemente en su sitio. El doctor Mutter le puso una mano huesuda en la frente.

—¡Hum! —repitió, logrando esta vez con más éxito que sonara serio, y frunció el ceño de un modo que debía de parecerle muy profesional.

Esperé, pero no dijo nada. Le dije que creía que debía de haberse roto algo al caer; no pude evitar cierta nota de impaciencia en la voz. Él no dio muestras de haberme oído. Se volvió hacia mí, pero miró hacia la ventana.

—Creo que tendremos que llamar a una ambulancia —dijo.

Otra vez el teléfono, y otra espera mordiéndome los labios. Yo iba y venía por la habitación mientras el doctor Mutter musitaba. Luego la ambulancia y la luz azul en la calle, y los dos alegres hombres de la ambulancia con una camilla, y a la puerta de todos los pisos, mientras bajábamos por las escaleras, un rostro que se asomaba preocupado y compasivo. En la acera me quedé atrás mientras cargaban a mi tía. El interior iluminado de la ambulancia me recordó a un belén. La noche que rodeaba aquel pesebre ambulante era fría y desapacible, con un cielo negro repleto de tumulto y lucha. La manta bajo la que yacía atada mi tía era del color de la sangre casi seca. Uno o dos viandantes aminoraron el paso y alargaron el cuello para mirar. Uno de los hombres de la ambulancia fue a la puerta trasera abierta y extendió una mano.

—Tiene un asiento ahí —dijo.

Por un segundo no entendí lo que decía. El doctor Mutter se había sentado ya al lado de la tía Corky con el maletín sobre las rodillas. A la luz del neón, la paciente y el médico tenían una lividez idéntica. A regañadientes, subí con ellos, notando cómo la enorme máquina se inclinaba bajo mi peso y luego volvía a equilibrarse.

El hospital… ¿Debo hablar del hospital? Un porche ventoso apenas iluminado por la luz vacilante de lo que mi memoria insiste en que era un farol de gas; dentro, un pasillo del color de las flemas donde mi tía quedó brevemente abandonada en su camilla, igual que un vagón de ferrocarril desviado a una vía muerta. Había un olor cálido a gachas que me trasladó directo a la infancia. En algún lugar invisible coqueteaban quienes debían de ser un médico y una enfermera. Luego un aleteo de uniformes almidonados y suelas de goma chirriando sobre el suelo de goma y se llevaron a la tía Corky a toda prisa.

Cuando volví a verla, en el silencio acuático y el resplandor de una habitación verde oscuro en algún lugar bajo tierra, apenas la reconocí. Le habían quitado la peluca; los pocos mechones de su propio pelo que le quedaban eran del mismo tono rojizo que el mío. Qué pálido estaba su cuero cabelludo, blanco y poroso: era como si estuviese viendo el propio hueso. También le habían quitado la dentadura, vete a saber por qué. Le toqué la mejilla; muy firme, fría pero no fría del todo, y un poco pegajosa, como masilla recién moldeada. Di un paso atrás y volví a oír, esta vez con más claridad, ese viento negro que recorría el silencio de la noche europea y la puerta oscura que se cerraba de un portazo.

Una mano me rozó el hombro. Di un respingo asustado. Al principio pareció que el corazón iba a salírseme del pecho y luego me dio la impresión de habérmelo tragado. El doctor Mutter estaba detrás de mí en un ángulo forzado.

—¿Podemos hablar? —dijo en voz baja.

Le seguí a otro cuarto subterráneo, una celda sin ventanas con una mesa metálica, dos sillas metálicas y una bombilla temblando en el cable al ritmo de algún enorme motor que latía en silencio en el corazón del edificio. Nos sentamos. Las sillas soltaron crujidos prostéticos. El doctor Mutter se inclinó de lado de pronto como para apoyar la mejilla en la mesa, pero solo estaba buscando algo en el maletín. Sacó un impreso manoseado y lo miró en silencio un largo y desdichado momento. Luego desvió la mirada hacia un rincón lejano de la habitación y suspiró.

—Insisten en que ha debido de morir antes de que llegara la ambulancia —dijo. Sus ojos preocupados se cruzaron brevemente con los míos—. A mí no me dio la impresión de que estuviese muerta, ¿y a usted?

Miré mis manos sobre la mesa; bajo el resplandor titilante de la bombilla del techo tenían un tono verdoso. Volvió a suspirar, esta vez con enfado, y se metió un dedo por el cuello de la camisa e hizo eso que hacía con la barbilla y la boca.

—Creo que lo hacen para evitar el papeleo —insistió irritado—. En cualquier caso, quiere decir que tendré que extender yo el certificado. Veamos… —escudriñó con desconfianza el papel que tenía delante y empezó a hacerme preguntas sobre la tía Corky que yo no supe responder.

Le dije que apenas la conocía. Él hizo una pausa, asintió con la cabeza y mordisqueó el bolígrafo.

—Pero estaba viviendo con usted —dijo.

Tampoco tuve respuesta para eso. Fue un momento raro. ¿Qué podía hacer? Improvisé con descaro, fechas y lugares, todo lo que me preguntó: una vida inventada. Pensé que a la tía Corky no le importaría. Él lo fue apuntando todo encantado; no me habría sorprendido si se hubiese puesto a silbar. Luego llegamos a la peliaguda cuestión de la causa de la muerte y volvió a desanimarse, mordisqueó otra vez el bolígrafo y se movió en la silla, suspirando y parpadeando, igual que un alumno en un examen que no ha preparado lo suficiente. Se volvió hacia mí esperanzado. Con indiferencia, le sugerí fallo cardíaco. Se quedó pensando un instante y negó con la cabeza.

—Tiene que ser más específico —dijo. Nos quedamos cavilando. Luego miró el techo mientras yo miraba al suelo. Entonces le propuse un derrame cerebral. Pareció dudar, pero insistí —. Bueno —dijo—, pues un derrame.

Aun así vaciló, luego frunció el ceño, se inclinó sobre el documento y después de retrasarse un último segundo, escribió la palabra y se reclinó con un aire de inquietud y vago resentimiento, como si hubiese estado haciendo un crucigrama y yo le hubiera resuelto la última palabra. Agitó el papel ante mis ojos, como si estuviese a punto de escamotearlo; intenté leer su firma, pero no pude. Luego lo metió en su maletín y nos quedamos incómodos, dándonos palmaditas en los bolsillos y mirando a la nada. Noté que estaba pensando en algo. De pronto, cogió mi mano entre las suyas y le dio una especie de apretón angustiado.

—Lo siento mucho —balbució, mirando desesperado por encima de mis hombros—. Lamento su pesar.

Como si de verdad yo hubiese sufrido una pérdida; como si de verdad estuviese dolido. ¿De dónde sacaría esa idea? Lo miré, atónito y con un inexplicable desánimo, luego me di la vuelta y me marché sin decir palabra. Increíble, como habría dicho Morden.

Fuera, la noche se abatió sobre mí como una venganza. Una lluvia negra caía a través del farol tembloroso del porche y el aparcamiento estaba inundado de agua rizada. En la carretera, el viento golpeaba sus manazas contra el asfalto chorreante y los coches al pasar arrastraban aletas caudales con el borde blanco. Tardé en encontrar un taxi. El taxista, giboso y con sombrero, me recordó al tipo que me había llevado a buscar a la tía Corky a Los Cipreses; tal vez fuese el mismo, no me sorprendería. En el piso repentina y definitivamente vacío me tumbé en el sofá —¿volveré a poder acostarme en esa cama alguna vez?— y dormí mal, oyendo el viento nocturno que lloraba a la tía Corky. Se me apareció en un sueño y se sentó a mi lado con sus manazas de obrero cruzadas sobre el regazo y me dijo muchas cosas, ninguna de las cuales puedo recordar.

Me desperté exhausto al amanecer. Fuera el mundo parecía despeinado y retorcido tras el vendaval de la noche. Fui presa de un extraño y febril regocijo; me sentí boyante y ligero, como un barco sin carga y con la cubierta recién fregada. Evité el dormitorio; el baño no era mucho mejor. Me afeité con mano temblorosa y me corté. Quería verte. Era en lo único en lo que podía pensar, en que tenía que verte.

7. *Acis y Galatea,* 1677

Jan Vibell (1630-1690)
Óleo sobre lienzo, 18 × 27 ½ pulgadas (45,8 × 69,9 cm)

Con qué calma los amantes… No puedo. Con qué calma yacen los amantes. (Me mentiste.) Con qué calma yacen los amantes envueltos en la dicha. Sin reparar en quien los espía en el bosque. Polifemo el cíclope ama a Galatea la nereida que ama a Acis el pastor. El gigante de un solo ojo cubre de regalos a la ninfa infiel (véase Ovidio, *Las metamorfosis,* libro XIII), en vano. Acis, hijo y amante de una ninfa marina, Acis debe morir, aplastado por una roca que le lanza el gigante, y luego será transformado en río (después Odiseo con su estaca ardiente le ajustará las cuentas al cíclope). El arte de Vibell es sutil y ambiguo; ¿cuál es aquí el asunto, el dolor de los celos, el placer vergonzoso del voyerismo o el triunfante deseo femenino al ser espiada por un amante mientras se yace en brazos de otro? En el mundo oscuro y enfermizo de este pintor, nada es seguro excepto el sufrimiento. El magnífico paisaje iluminado por el sol contra el que se representa el pequeño drama triangular, que recuerda los paisajes de Watteau y Vaublin, es al mismo tiempo un elegante jardín y un retrato de la Naturaleza desbocada, cruel y suprema. La feraz profusión de plantas y animales parece una muestra de la indiferencia del mundo respecto a los asuntos humanos. El propio Polifemo está empequeñecido por los majestuosos parajes donde acecha: no es él quien es aquí el gigante. Véanlo agazapado en las profundidades de la espesura (¿lo ven?), su único ojo fijo, encendido de rabia y pesar; ¿está simplemente acurrucado por el dolor o está dedicado a un vergonzoso acto de masturbación? Una bromita salida de tono del autor. Siento una clara y triste afinidad con el gigante despechado. Los leones y los osos, los toros y los elefantes (es evidente que Vibell nunca ha visto un elefante de verdad), que son los vanos regalos del cíclope a la nereida indiferente, recorren el paisaje como extraviados en una vaga sorpresa, incongruentes en este clima norteño, entre estos tiernos verdores, estas suaves sombras y estos azules límpidos; tenemos la sensación de que pronto, muy pronto, olvidarán su confusión y empezará la matanza. Al pie de la enorme roca musgosa los enamorados yacen entrelazados como gemelos en el vientre materno. La charca de aguas azules al pie de Acis prefigura la transformación que le aguarda, mientras que la escarpada roca encima de su cabeza parece inclinarse para aplastarlo. Galatea. Galatea. Es la hija de Nereo. Convertirá en río a su amante asesinado. La roca se partirá y de la grieta brotará una sólida caña, esbelta, húmeda, brillante. Yo soy Acis y Polifemo en uno. Este es mi torpe canto, el canto que entonó el cíclope.

No debería haber ido a la calle Rue en ese estado de ánimo alterado, conmovido y engañosamente angustiado. La mañana tenía un no sé qué de desenlace, con rachas de viento y nubes desgarradas que pasaban raudas, y hojas y papeles volando por todas partes. Anduve como si llevara muelles, aspirando el aire frío por las ventanas de la nariz y considerando el misterio de la muerte. Este era un mundo sin la tía Corky. Lo que ella había sido había desaparecido, se había dispersado como el humo. Perdóname, tía, pero había algo vigorizante en esa idea; no en que tú no estuvieras, entiéndeme, sino en que quedaran tantas cosas que no eras tú. No, yo tampoco lo entiendo, pero no sé expresarlo de otro modo. Sospecho que era un poco lo que debe de sentir el condenado cuando llega el indulto en el último instante y lo bajan con las rodillas temblando del cadalso: una mezcla de sorpresa, restos de temor y una especie de apremio jadeante. «¡Más, más —grita el superviviente—, dadme más!». Me detuve en el Café Ptomaine en el callejón Dog, me senté entre las toses y el humo de cigarrillo y engullí un desayuno monstruoso: salchichas, morcilla, un bocadillo de beicon y un huevo frito tostado por los bordes flotando en un charco de grasa caliente. *Che barbaro appetito, lalala la!* Incluso compré en una máquina del tamaño de un ataúd («Dele una patada», me aconsejó uno de los parroquianos con un risa sibilante y sepulcral) un paquete de cigarrillos baratos, y, aunque nunca he sido fumador, me quedé allí aspirando el humo y sonriendo soñoliento a mi alrededor. A veces de veras creo que debo de estar loco.

En la calle Rue había tres coches mal aparcados delante de la casa, uno con un perro de plástico en la luneta trasera. La puerta de entrada a la casa estaba abierta de par en par colgando por una bisagra, aunque daba más impresión de alegría que de violencia, como si el daño fuese resultado de una muchedumbre que hubiese forzado la entrada en carnaval. Un hombre tosco con unos pantalones grises sucios aunque bien planchados y una chaqueta azul haraganeaba en el vestíbulo con un cigarrillo mal escondido en la mano, que tenía el tamaño de un jamón pequeño. Me echó una mirada dudosa y dijo algo que no entendí cuando pasé a su lado y empecé a subir por las escaleras. En el primer rellano me encontré con otros dos secuaces de pie con el aire distraído y levemente molesto de una visita a quien se ha hecho esperar más de lo razonable. Llevaban anoraks, y uno de ellos tenía lo que al principio no reconocí como una metralleta de cañón corto apoyada de cualquier manera en el hueco del brazo. Me observaron con interés. Hice caso omiso también de aquella pareja y subí por las escaleras. En la puerta del estudio había otro anorak montando guardia; también iba armado. Fue educado y amenazador. Quiso saber quién era yo. Le dije que vivía allí, lo cual al fin y al cabo era casi cierto. Frunció el ceño e hizo un gesto vago con el cañón de la metralleta para indicarme que entrara. Pasé de largo con gesto altanero, las ventanas de la nariz dilatadas y la cabeza echada hacia atrás. Tuve una extraordinaria sensación de invencibilidad. Podría haber atravesado la pared si hubiese sido necesario.

No obstante, me detuve en el umbral, sorprendido como siempre por el resplandor de luz blanca que se colaba por las altas ventanas llenas de cielo. Morden estaba allí de pie como la primera vez que lo vi, de perfil contra el telón de la sábana, con la carota plana alzada hacia la luz y las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos del abrigo largo. No se dio la vuelta. En medio de la sala, el inspector Hackett se miraba la mano izquierda, que estaba sangrando; al parecer la estaba sometiendo a un admirado escrutinio, moviéndola de aquí para allá delante de la cara. El perro Prince estaba un poco apartado muy erguido, en actitud al mismo tiempo desafiante y humillada, relamiéndose deprisa con ruido y con las patas delanteras temblando. Francie estaba en cuclillas al lado del perro con una mano en el cogote del animal. Me echó una mirada impávida.

—¡Ah!, señor M. —dijo Hackett—. Pase, pase. Llega usted justo a tiempo, como de costumbre —parecía de muy buen humor, y ese día estaba más resplandeciente que nunca. Extendió la mano orgulloso para que la viera: un reguero de sangre seca le corría desde la muñeca hasta el puño de la camisa—. ¿Quiere ver lo que me ha hecho ese chucho? —preguntó. Los dos contemplamos la herida—. Es más un desgarro que un mordisco —añadió—. ¿Lo ve?

Había un escalón a mi espalda en el umbral y un hombre alto, delgado, con cara de calavera y un traje de tres piezas de *tweed* de pata de gallo entró secándose las manos en un pañuelo níveo y enorme. Su cabeza pequeña y huesuda era ancha en la frente y estrecha en la barbilla, y tenía el labio superior tan prominente que daba la impresión de que llevase unos dientes postizos encima de los suyos. Ojos azules, muy agudos y despiertos y maliciosamente divertidos. Tenía los modales al mismo tiempo decididos y untuosos de un médico —ese pañuelo, esas manos—, y por un segundo te imaginé despatarrada en la *chaise-longue* en una maraña de sábanas empapadas en sangre, con un zapato quitado y una mano blanca colgando sobre el suelo.

—¡Señor Sharpe! —dijo con cordialidad Hackett y señaló hacia mí con la mano herida—. Aquí está el señor… ¿cómo era…?, el señor Morrow. Señor Morrow…, el señor Sharpe.

Sharpe me miró intrigado de pies a cabeza y sorbió aire por la nariz.

—Es usted el experto en arte, ¿no? —dijo. Su mirada azul brilló y noté que estaba conteniendo una risita.

—El señor Sharpe ha venido de Inglaterra —dijo Hackett, haciendo una reverencia con la voz —. Pensé que sería una buena idea traer a otro experto —sonrió con cortesía en señal de disculpa —. Para tener una segunda opinión, por así decirlo.

Sharpe terminó con su pañuelo y se lo metió con habilidad en el bolsillo de la pechera, luego fue a la ventana, con una mano en el bolsillo de la chaqueta y se quedó de pie un momento en pensativa contemplación de la calle. Morden seguía sin darse la vuelta. Todos esperaron. El inspector Hackett carraspeó con delicadeza.

—Sí —dijo Sharpe, como en respuesta a una pregunta. Se volvió con un rápido movimiento. Nos miró a Hackett, a Morden y a mí—. Son copias —dijo—. Todos ellos.

Se produjo un segundo de quietud, como si todo se hubiera detenido de pronto en todas partes, antes de comenzar de nuevo despacio, con esfuerzo. Sharpe, complacido con el efecto causado, nos miró con una vaga sonrisa cadavérica. Morden se volvió y me miró con aire inexpresivo. Hackett estaba con la cabeza ladeada y el ceño un poco fruncido, como escuchando algo en el interior de su cráneo. Hizo un gesto impreciso en dirección a Sharpe con la mano ensangrentada.

—Vamos, déjeme ese pañuelo —dijo.

Sharpe se apartó sobresaltado. Dudó, y a regañadientes, con una expresión de profundo desagrado, sacó el pañuelo y se lo tendió. Con consciente deliberación, Hackett envolvió la tela

en torno a la mano desgarrada y luego se quedó mirando con impotencia los extremos sueltos, hasta que me adelanté y se los até, y al hacerlo recordé a una mujer de una floristería que frecuentaba antes, cuando hacía esas cosas, y que siempre ataba una cinta con un nudo muy elaborado con un habilidoso giro de una mano. Podía oír la respiración de Hackett: exudaba un olor opresivo, cálido y húmedo, el mismo que despedía en mi infancia un tío mío paralítico cuando lo levantaban de la silla. Es raro lo que recuerda uno en estas ocasiones.

—Sí —repitió Sharpe, frotándose complacido las manos blancas de dedos largos—, son copias, no cabe duda. Uno o dos no están mal, a su manera. Están hechas a partir de fotografías, diría yo, probablemente esas más bien borrosas del supuesto *catalogue raisonné* que hizo Popov de la colección Behrens —una sonrisa vaga y amarga, y dejó de lado a Popov—. Creo que han debido de hacerlas dos copistas. Aficionados. Los lienzos y los marcos son victorianos, los pigmentos los proporcionó la estupenda y antigua tienda de Winsor y Newton —frunció complacido el ceño y se miró las uñas de las manos—. Siempre me ha parecido una firma quintaesencialmente inglesa —se permitió echarme una mirada astuta y casi insinuante—. No entiendo cómo nadie puede haber confundido semejantes mamarrachos con las obras de verdad.

El perro se apartó de Francie, echó a andar en silencio y se sentó a mi lado, colocándose en su sitio con un hábil movimiento de las ancas. Le puse una mano en la cabeza. Su piel tenía la textura hirsuta y pulida del plástico y olía, de un modo no desagradable, a alfombras viejas; el tacto —qué bien formado estaba ese cráneo— transmitió a mi mano un calor indiferente y amistoso. Dicen que los perros pueden oler el miedo; tal vez este pudiera oler…, ¿qué? ¿La sorpresa? Pero no estaba sorprendido, no en realidad. Había notado un tono extraño e inidentificable en el anuncio de Sharpe; era como una noticia esperada tanto tiempo que cuando se produce ya no es una noticia. Mi cerebro se movía como si estuviese bajo el agua. Quería sentarme. Necesitaba sentarme en algún rincón oscuro y desierto y pensar despacio y con cuidado un buen rato. Había muchas cosas que meditar.

Morden volvió por fin la cabeza y habló:

—Se lo dije —le comentó a Hackett—. Le dije que eran copias.

—Falsificaciones —respondió Hackett.

El perro gruñó un poco y Francie le golpeó en el hocico.

—Copias —repitió Morden, con un leve hincapié, y sonrió.

Gall, pensé; Gall el pintor y el artista borracho Packy Plunkett.

Hackett estaba mirando de nuevo su zarpa vendada. Admiré su dominio de sí mismo.

—Están firmadas —dijo en voz baja y distante, como si pensara en otra cosa.

Morden dio un leve respingo de sorpresa.

—¿Qué pretende insinuar, inspector? —lo dijo con acento sacado de una comedia de la Ealing, y Sharpe, que estaba apoyado en el marco de la ventana con una expresión de diversión altanera, con los brazos cruzados sobre el pecho estrecho y prominente, se rio.

Morden se adelantó despacio, sonriendo al suelo y negando con la cabeza. Se detuvo al lado de Hackett y lo miró casi con compasión. Hackett frunció el ceño hacia la ventana.

—¿Acaso he intentado vender los cuadros como si fuesen auténticos? —preguntó Morden—. ¿He intentado endilgárselos a alguien? No. Son copias. Las encargué yo. Soy amante del arte. Voy a colgarlas en mi casa. En mi casa de Francia. En mi villa en la Riviera. ¿Es eso un delito?

Hackett se volvió hacia él y…

¡Ay! Estoy harto de esto. ¿Hago que Prince muerda a alguien más, que arranque un trozo de la pantorrilla con raya diplomática de Morden o que se vuelva hacia Francie y le desgarre la

garganta? No, supongo que no. Me quedé acariciándole la cabeza al perro y los oí discutir, sus voces eran como un zumbido que llegara de muy lejos. Me había sumido en un estado de sonambulismo aturdido, no desagradable, en realidad, y casi reparador. Me habían quitado la alfombra de debajo de los pies con tanta destreza y rapidez que apenas me había dado cuenta de la caída y de que me había golpeado la nuca contra el suelo.

Enseguida estuve en la calle con Hackett; fuimos andando hasta su coche en un silencio pensativo y compartido. Sus hombres, igual de silenciosos, habían recogido ya sus armas y se habían ido. Se puso detrás del volante, arrancó el motor y lo dejó en punto muerto. Me quedé a su lado ante la puerta abierta con las manos en los bolsillos de la gabardina. Había empezado a llover, una lluvia fina como alfileres que giraba y se arremolinaba con las rachas de viento. Noviembre. Le dije que mi tía había muerto. Él asintió muy serio con la cabeza pero no dijo nada y siguió mirando a través del parabrisas. ¿Se habría enterado de lo de la tía Corky? ¿Estaba tan al tanto de los detalles de mi vida? La idea era casi reconfortante. Siempre he querido que me vigilen. Soltó un largo suspiro y metió una marcha.

—Tendrán que hacer algo con ese perro —dijo con aire ausente.

Su mano seguía vendada con el pañuelo de Sharpe, que se había quedado rígido con la sangre seca. Cerré la puerta y él se alejó a la velocidad de un coche fúnebre.

Vi a Morden que venía calle abajo con Francie y el perro (a estas alturas Sharpe ha sido envuelto en su papel cebolla y guardado con cuidado). Morden parecía un colegial que acabara de hacer una gamberrada memorable. Muy pagado de sí mismo, como habría dicho mi madre. Iba arrebujado en su abrigo con las manos en los bolsillos y el cuello subido para protegerse de la lluvia. Cuando llegaron a mi altura, se detuvo y me echó su mirada más inexpresiva; sí, conteniendo la risa, como siempre.

—Siento lo de los cuadros —dijo—. Ha sido solo una broma.

Asintió bruscamente una vez con la cabeza y pasaron en fila los tres, sátrapa, visir y sabueso heráldico. Francie y el perro volvieron la vista atrás sonriendo. Echaré de menos al bueno de Prince.

Puesto que ya no estoy hablando con nadie, más que conmigo mismo (y tal vez algún aturdido superviviente de Armagedón, con los zapatos destrozados y el sombrero de copa aplastado, pasando ocioso estas páginas en su refugio antibombas de una noche), no sé qué necesidad tengo de preocuparme por los detalles de la estructura narrativa, pero me preocupan. Me preocupa, por ejemplo, que más o menos en este punto tengo un problema con el tiempo. Después de ese Día del Juicio Final hay un hiato. Debe de haber pasado al menos un día y una noche antes del sepelio de la tía Corky, pero no recuerdo ese período. Sin duda debí de tratar de verte; seguro que, sabiendo lo que sabía entonces, y con tantas cosas por saber todavía, mi primera idea debió de ser ir a verte. Pero no me acerqué a la calle Rue, donde estaban la trampa y los hombres armados, y me quedé escondido en mi agujero, lamiéndome las heridas.

El sol brilló el día del funeral de la tía Corky, débil pero con firmeza, aunque el día era frío. Pa se presentó. Dios sabe cómo se enteraría de la hora y el lugar. Me sorprendió lo mucho que me alegré de su presencia. La tía Corky también se habría alegrado, seguro. El gran coche malva llegó por el camino del cementerio, incongruentemente alegre entre los tejos sombríos y los ángeles de mármol gesticulantes, y se detuvo en seco, asintiendo con la parte delantera. Popeye, con su traje más grande de la cuenta, salió de detrás del volante dando un giro y abrió la portezuela trasera, y, con un suspiro y un empujón, Pa emergió, se plantó al lado del coche y miró a su alrededor con aire complacido. Ese día llevaba un traje oscuro sencillo y un abrigo

negro; interpreté la ausencia de disfraz como una señal de respeto por la difunta, a no ser que tan sobrio atuendo fuese otra forma más sutil de disfraz. Al verme, avanzó majestuoso, cortando el aire como un trasatlántico a través de las olas, sacando pecho y con los faldones del abrigo ondeando tras él, y estrechó muy serio mi mano.

—Era una gran mujer —dijo, frunciendo los labios y asintiendo con la cabeza—, una gran mujer.

Luego se apartó a un lado, miró furioso al obtuso Popeye y el joven se adelantó y me tendió una mano pequeña sorprendentemente delicada, de huesos finos y dedos gruesos (¿dónde…?, ¿de quién…?), me miró las rodillas y murmuró algo que no entendí. Los tres fuimos juntos al borde de la tumba sobre la hierba todavía exuberante en un silencio no exactamente incómodo; nada como un funeral para fomentar un sentimiento de compañerismo entre los vivos. El cielo estaba muy alto, calmado y azul. El cura y el sepulturero estaban allí, y también, para mi sorpresa, con las manos entrelazadas a la altura de la bragueta y la cabeza gacha, el señor Haddon con un traje oscuro; al aire libre, su rostro redondo y suave tenía un tono sonrosado, y su pelo rubio parecía transparente. Me echó una mirada quejosa y estudiada y volvió a bajar la vista. La ceremonia fue breve. El cura tropezó con el apellido consonántico de la tía Corky. En cuanto terminaron las oraciones, una excavadora mecánica de color amarillo canario se adelantó dando tumbos y se puso a trabajar con movimientos extrañamente bruscos y antropomórficos, igual que un niño idiota comiendo puñados de barro. Me di la vuelta y me marché enseguida, temeroso de que me hablara Haddon. No obstante, Pa se quedó conmigo.

Fuimos a una taberna cerca del cementerio a por lo que él llamó una jarra funeraria. Me gustan las tabernas por la mañana, con ese aire rancio, fatigado y un poco avergonzado que tienen, como si una juerga nocturna acabara de llegar exhausta a su fin. Esta era uno de esos sitios antiguos totalmente nuevos, con madera falsa, latón bruñido y muchos espejos muy limpios y curiosamente sin azogue. El sol que se colaba por lo alto de las ventanas hacía pensar que debía de haber varios focos potentes amontonados en la acera. Nos sentamos en el remanso de paz de un rincón oscuro y enviamos a Popeye a pedir las bebidas. Pa lo observó con ojos sombríos y suspiró.

—¿No tiene usted hijos? —me preguntó—. Creía haber oído que usted también tenía un hijo…

Popeye regresó, encorvado y con un ojo cerrado como Popeye, con los tres vasos peligrosamente sujetos entre las manos diminutas, la luz iluminó su cara y por un segundo reparé en algo que era él y no era él, y que yo creí reconocer de otro sitio (todo esto a toro pasado, claro). Depositó las bebidas sobre la mesa. Pa alzó su copa en silencioso tributo a la muerta. Dio un largo trago a su pinta, la dejó sobre la mesa y se lamió un bigote de espuma del labio superior. Luego se reclinó cómodamente con los brazos cruzados y empezó a contarme las técnicas que había desarrollado para enfrentarse a los interrogatorios de la policía, a los que se había visto sometido con frecuencia a lo largo de los años.

—La clave es no decir palabra —dijo—. Los desquicia. ¿Sabe qué es lo mejor? Díselo, Cyril.

Popeye puso los ojos en blanco, se rio y empezó a mover la mano arriba y abajo en la entrepierna con los dedos y el pulgar formando un círculo.

Pa asintió con la cabeza.

—Eso es —dijo—. Sacársela y meneársela delante de ellos. Los pone hechos una furia, se lo aseguro —se rio con aire socarrón—. Lo probaré con Hackett —dijo—, cuando me detenga para que le eche una mano con sus averiguaciones.

Volvió a reírse, se dio una palmada en la rodilla y luego, acordándose de la ocasión, volvió a ponerse solemne, tosió y hundió la nariz en el vaso de cerveza. Un silencio inquieto se adueñó de la mesa y Popeye empezó a moverse nervioso, mirando aburrido la barra y silbando en voz baja entre dientes. Pa se repantigó en el asiento y me miró con un gesto divertido y especulativo.

—¿Dónde están? —dije—, los cuadros. Quiero decir los de verdad.

Popeye dejó de silbar y se quedó muy quieto, con la mirada perdida. Pa me miró un momento, pensando, luego se rio, negó con la cabeza y levantó una mano imperiosa.

—No, nada de negocios —dijo—. Hay que respetar a los muertos. Ahora me dedico a las exportaciones. Tome otra copa —continuó observándome con una sonrisa pícara y juguetona—. ¿Le ha pagado Morden por el trabajo que ha hecho? —dijo—. Pásele una factura, eso es lo que tiene que hacer. Haga una lista: «Por asesoría artística en tal y tal cosa». Se lo ha ganado —hizo una pausa, se inclinó hacia delante y acercó su rostro al mío—. ¿O ha conseguido ya lo que quería? —dijo. Me observó un momento con una especie de sonrisa pétrea—. Ella sí que es de verdad —dijo—. Una auténtica belleza —cogió su vaso, lo apuró y me dedicó un último guiño rijoso.

La luz desvaída del sol parecía pesada y cortante mientras yo corría por las calles rumbo a la calle Rue: siempre he vivido en medio de una falacia patética. Se había ido, claro. Igual que los cuadros, mi mesa, los libros, mi instrumental, todo; habían desgarrado la *chaise-longue,* se habían llevado las sábanas y la almohada. Era como si nunca hubiésemos estado allí. Recorrí la casa de arriba abajo como una araña enloquecida, murmurando para mis adentros. Debí de ofrecer una imagen cómica. Sabía que la había perdido, pero no podía dejar de buscar, como si con esos giros frenéticos en espiral por la casa vacía pudiera invocar alguna visión viviente de ella a partir del aire. Al final, agotado, regresé a nuestro cuarto vacío, me desplomé sobre la *chaise-longue* y me quedé sentado allí mucho tiempo, creo que fue mucho tiempo, con las manos temblorosas sobre las rodillas temblorosas, mirando los tejados y el cielo inmóvil más allá de la ventana. Sé que la mente no puede quedarse en blanco, pero hay veces en que se instala en ella una especie de niebla piadosa a través de la cual las cosas chocan entre sí imposibles de reconocerse. A lo lejos, en un tejado, había aparecido un operario con un mono de trabajo y estaba trepando con esfuerzo entre las chimeneas; parecía gigantesco, con los brazos arqueados, una cabezota tosca y las piernas tubulares. Lo estuve observando un rato; ¿qué estaba haciendo ahí fuera? Ocioso, y con una lúgubre sensación de júbilo, pensé en qué sentiría al arrojarme desde las alturas: el aire acogedor, la sorpresa de la velocidad y todo girando y pasando. ¿Tendría tiempo de oír el golpe y el aplastamiento antes de que llegara el olvido? Enseguida me levanté para marcharme, y fue entonces cuando encontré su nota, garabateada a lápiz en un trozo de cartón gris arrancado de una caja de cerillas y clavado al reposabrazos del sofá con un imperdible. Habló con su voz. «Tengo que irme. Lo siento. Escríbeme.» No llevaba firma, ni señas. Volví a sentarme de pronto, sin resuello, como si me hubiesen golpeado con mucha fuerza en el diafragma. Aún no he recobrado el aliento.

Ojalá pudiera ponerle fin aquí.

No sé cuánto tiempo llevarían oyéndose los ruidos cuando reparé en ellos. No eran ruidos exactamente, más bien modulaciones del silencio. Bajé por las escaleras, haciendo un alto en cada escalón para escuchar. El sótano estaba a oscuras. Me detuve en el umbral bajo el leve resplandor que entraba por el montante en la otra punta del pasillo. Aceite de linaza, aguarrás, anticuada cola de carpintero. Recordé a A. llevándome allí ese primer día, mi brazo apretado contra el suyo, recorrida por un estremecimiento de risa emocionada. Me había mostrado lo que

yo no podía ver, lo que no quería entender.

Delante de mí, en la oscuridad, Francie se rio en voz baja y dijo:

—Usted también, ¿eh? Nos han dejado tirados —su voz sonaba borrosa.

Encendí la luz y él levantó la mano para protegerse los ojos del débil resplandor de la bombilla desnuda. Estaba tumbado en el suelo al lado del banco de trabajo en un jergón improvisado de trapos y abrigos viejos.

—No tendrá un cigarrillo, ¿verdad? —dijo.

De hecho, sí lo tenía: el paquete que había comprado en el café en el desayuno hacía un millón de años aún seguía en mi bolsillo, aplastado pero intacto; la coincidencia, o lo que quiera que fuese, me pareció cómica. Se sentó y buscó una cerilla en los bolsillos. De no haber sido por el traje de color jengibre (con el forro colgando como una lengua de una solapa arrancada) y por los mechones de pelo rojo tal vez no lo habría reconocido. Su rostro estaba hinchado y amoratado, un bejín de color carne con labios de goma y órbitas purpúreas y de color amarillo madreselva. Le faltaba uno de los dientes delanteros, y cada vez que hablaba tenía que acostumbrar la lengua a la nueva disposición de la boca. Sostenía el cigarrillo en una mano temblorosa, cuyo dedo índice inflamado sobresalía rígido en un ángulo oblicuo. Me senté en el suelo con los brazos alrededor de las rodillas. Despedía un olor cálido a sangre y carne golpeada. Me miró con los ojos entornados, se rio y tosió. Le pregunté qué le había ocurrido y se encogió de hombros.

—Su amigo Hackett —dijo—. Me mandó detener para tener unas palabras. ¿Qué podía contarle? Morden olvidó dejar su dirección.

Vi una carretera larga y recta con álamos y una montaña de color ocre y verde oliva en la distancia. Paisaje. Mi *demoiselle*.

He descubierto que hay un intervalo, un breve período de gracia, que el corazón se concede entre el reconocimiento de la pérdida y el inicio del duelo. Se lleva a cabo con un sencillo, o complicadísimo, juego de manos mediante el cual se coloca algo entre el marco y la puerta que se cierra de pronto, de modo que sigue quedando una rendija de luz, por muy brevemente que sea. En mi caso, la cuña fue la curiosidad. De pronto quise saber cómo lo habían hecho, y por qué, que me enseñaran el arte del falsificador, los trucos del oficio, ser admitido en el gran arcano. No es que me interesara en realidad. Lo que quería, acuclillado allí junto a Francie en la penumbra de aquella bóveda de Piranesi, era convertirlo todo en un cuento, volverlo fabuloso, irreal, inofensivo.

—Las pintaron Gall y Plunkett —dijo Francie, con un encogimiento de hombros— y yo me encargué de los marcos —hizo un ademán con la mano y una mueca—. Aquí abajo. Día y noche durante una semana. ¿Y qué conseguí a cambio de mis desvelos? —miró su abrigo desgarrado, su dedo roto—. Los secamos a la luz de las lámparas —dijo—. Cuando él se los enseñó estaban todavía pegajosos y usted no se dio cuenta.

¡Tachán!

—¿Para qué eran? —pregunté.

Me miró con un ojo sanguinolento y pareció sonreír.

—Le gustaría saberlo, ¿eh? —dijo.

Luego apoyó la cabeza en la pata del banco y estuvo fumando un rato en silencio.

Por cierto, en realidad hubo un hombre llamado Marbot. Sí, era real, aunque todo lo demás fuese falso. Increíble.

Francie suspiró.

—Y Hackett mandó sacrificar al pobre Prince —dijo.

Cuando volví a internarme en él, el mundo era inmenso, y en cierto modo vacío. Me imaginé el resto de mis días chocándome por ahí como un guisante mustio en esta inmensa cáscara. Volví andando despacio, dando pasos cautos, como si me llevara a mí mismo en brazos. El día estaba nublado, con una llovizna grasienta que caía de lado en las calles igual que una cortina torcida. Las cosas a mi alrededor vibraban y se estremecían, orladas de una llamarada chillona como el aura de una migraña. En el piso pasé horas yendo abstraído de una habitación a la otra o sentado junto a la ventana, observando la tarde invernal brillar un instante y luego desvanecerse poco a poco. Saqué la bolsa de la tía Corky de debajo de la cama y empecé a buscar entre sus cosas. Había que hacerlo. Una luz lúgubre y lluviosa resbalaba desde la ventana. Desenrollé sus papeles amarillentos; crujieron ansiosos entre mis manos, como papiros, estaban deseando traicionarla. No era más holandesa que yo. Antes de la guerra había estado casada brevemente con un ingeniero llegado de Holanda para construir un puente y que la abandonó nada más colocar el último tramo (recuerdo que luego el puente se hundió y causó la pérdida de muchas vidas). Me senté en el suelo y de haber podido me habría reído. ¡Qué actriz! ¡Qué dedicación! Todos esos años alimentando esa ficción, con cigarrillos extranjeros y ese leve acento. ¡Ojalá pudiese haberte arrancado una lágrima, tía querida! ¿O acaso lo conseguí?

En los días que siguieron no pude parar quieto. Anduve por las calles del barrio, escudriñando en rincones olvidados. Todo era igual y al mismo tiempo diferente. Era como si hubiese muerto y luego hubiera regresado. Así es como imagino a los muertos: vagando perdidos en un estado de vasta perplejidad sin objeto. Merodeé por la calle Rue vigilando la casa. Nadie; no había nadie.

Cuando lo sucedido salió por fin en los periódicos, me llenó de indignación y resentimiento; era como si esos fisgones con cara de cerdo hubiesen desenterrado un penoso episodio de mi vida privada («nuestro reportero escribe que…») a lo largo de ocho columnas para diversión de un público burlón. No me importó que apareciera mi nombre; era mi nombre antiguo, y la cita era puramente histórica («se recuerda un robo anterior en Whitewater»), y me sentí agradecido a Hackett por mantenerme al margen de todo; no, creo que lo que me amargó fue el modo en que todo, esa intrincada danza de deseo y engaño en cuyo centro A. y yo habíamos girado abrazados, se convirtió en unos saltos torpes, extraños, casi en una farsa, con hocicos lascivos, manos calenturientas y culos desnudos, igual que algo pintado por Brueghel. ¿Cómo pudieron reducir semejante complejidad a unos pocos titulares? «Audaz robo», «Escondrijo de valor incalculable», «El misterio del paradero de los cuadros», «Muere el guardia de seguridad». Fue todo tan impersonal, tan… desnaturalizado. El nombre de Morden no apareció, pero casi se podía ver a «nuestro reportero» estremecido de pies a cabeza, como un niño en clase que sabe la respuesta correcta y se muere por soltarla. Era «un conocido hombre de negocios con contactos en el mundo del hampa»; una descripción demasiado elegante, me pareció, para el tosco estafador que yo había conocido. Él y A. se convirtieron en «la pareja misteriosa». Pa era «un notorio criminal». Se citaba a un tal inspector Hickett, que afirmaba que la policía estaba siguiendo una pista clara. El carnicero, su secuaz y la hija del carnicero entrelazaron las manos y se tropezaron dando vueltas…

Yo veía a A. por todas partes, claro, igual que había hecho los primeros días, después de aquel primer beso. Las calles estaban abarrotadas de su espíritu. El mundo femenino se había reducido a una única imagen. Había ciertos sitios donde notaba tan intensamente su presencia que tenía el convencimiento de que si me quedaba allí el tiempo suficiente, temblando de angustia, ella aparecería, invocada por la fuerza de mi anhelo. En el callejón Swan había un arco estrecho al lado de una tienda de patatas fritas, que debió de ser la entrada a algún sitio, pero ahora estaba

tapiado, y donde crecían los arbustos de las mariposas y se congregaban los gatos callejeros, y donde una soñolienta tarde de noviembre habíamos hecho el amor desesperados a la hora del crepúsculo, torpes y sin aliento, de pie con los abrigos puestos y agarrándonos el uno al otro como escaladores atados que caen por el aire infinito enlazados en un último abrazo. Haraganeaba por allí, vagamente contento de esa miseria, intentando hacer que apareciera; y una noche acurrucado entre las sombras al pie del arco, estremecido por los sollozos, abrí mi abrigo y me masturbé sobre el cubo de la basura cubierto de grasa de la tienda de patatas fritas, atragantándome con su nombre.

Todo esto es confuso, lo sé, difuso y confuso y otros casi anagramas que indican turbación. Pero así es como quiero que sea, borroso de lágrimas y linfa, y esperma bullente y moco verde botella: mi rastro de baba de caracol.

Barbarroja seguía viviendo en su caja. Me sorprendió que hubiera sobrevivido hasta tan avanzado el invierno, acurrucado en la puerta de la cuchillería. Supongo que estaba curtido, en conserva, como un homúnculo en su frasco de alcohol. ¡Hasta las cosas más frágiles sobrevivían para burlarse de mí! Era sorprendente también que el propietario de la tienda no lo hubiera echado; no podía ser bueno para el negocio tener un personaje así viviendo en tu puerta, aunque tuviera la precaución de ausentarse con discreción las horas laborables. Pero los indigentes en general, reparé, parecían volverse más descarados a cada día que pasaba, invadiendo la ciudad, saliendo de los callejones traseros a las plazas y las avenidas, con la mayor desvergüenza, colonizando el lugar. A la hora del cóctel se juntaban con sus botellas en torno a un fuego grasiento de aspecto peligroso en el solar vacío al lado de la cochera de los autobuses y cantaban, se peleaban e insultaban a los viandantes. Incluso solos podían ser sorprendentemente agresivos. Una noche se me acercó uno en la calle Fawn, un tipo joven, grande y fornido con todos los dientes torcidos, se plantó delante de mí con la mano extendida y no dijo nada, se limitó a mirarme furioso con un ojo dando vueltas como el ojo de un caballo desbocado y no me dejó pasar. No había nadie más por allí y, por un minuto, pensé que podría armarse de valor e intentar golpearme. Su aliento era como el vaho de un horno y la piel de su rostro estaba vidriosa y ennegrecida como si le hubiesen arrojado una antorcha encendida. Era alarmante, te lo aseguro. ¿Por qué es tan difícil mirar a un mendigo a la cara? ¿Por miedo a verte reflejado en él? No; es más bien una especie de bochorno general, no solo por él sino por todos nosotros, si no queda demasiado pomposo. Le di una moneda e hice una broma sin gracia diciéndole que no la malgastara en comida, me oí reír y seguí mi camino incómodo y vagamente avergonzado. En lugar de lo cual, claro, debería haberlo abrazado con ternura, haber aspirado su fétido hedor y gritado: «¡Mi amigo, sufriente como yo!», como recomienda el sabio misántropo de Dresde.

Barbarroja había renunciado a la gorra tricolor que tanto le gustaba a A. a cambio de un gorro mucho menos pintoresco de imitación de piel con orejeras. También llevaba un par de pantalones de rayas muy elegantón, de esos que usan los porteros de los hoteles o los embajadores cuando van a presentar sus credenciales. Me encantaría conocer la historia de ese par de pantalones. A propósito, esa barba suya parecía no crecer nunca, vete a saber por qué; ¿o tal vez sí crecía y yo no me daba cuenta porque lo veía a diario? Reparé en que su barriga no paraba de aumentar. ¿Qué comía para volverse tan orondo? Nunca lo vi comer nada, y el tintorro, el jerez o lo que quiera que bebiese —siempre tímidamente metido en su bolsa de papel— no podía ser tan nutritivo para darle esa figura regordeta a lo Falstaff. Tal vez, pensé, fuese como uno de esos bebés negros hambrientos cuyas fotos se ven con frecuencia en estos tiempos, con el vientre hinchado por el hambre. Tenía un recorrido fijo que hacía a diario con el que daba la vuelta al

barrio con pasos fatigosos y lentos: por la calle Gabriel, a través del callejón Swan hasta la calle Dog, y luego por la calle Fawn y por debajo del pasadizo abovedado hasta los muelles, luego por la calle Black y la avenida Hope y calle abajo por delante de The Boatman y de vuelta a la calle Gabriel, conforme el día declinaba, las tiendas empezaban a cerrar y se encendían las luces en las ventanas sin cortinas de los pisos superiores, aunque nunca en la nuestra, mi amor, nunca en la nuestra.

He de confesar algo. Una noche, al pasar por delante del umbral de Barbarroja, me detuve y le di una patada terrible. No sé por qué lo hice; no me molestaba lo más mínimo. Estaba tumbado allí, dormido, supongo, si es que dormía, envuelto en sus harapos, un bulto enorme y espantoso en las sombras, y me acerqué, eché la pierna atrás y le di una patada en los riñones, o en el riñón, con todas mis fuerzas. Tenía un tacto denso y húmedo; fue como patear un saco de trigo. Apenas se movió, ni siquiera volvió la cabeza para ver quién le atacaba de forma tan absurda, y soltó un breve gemido, más de lúgubre molestia, pensé, que de dolor o de sorpresa, como si solo le hubiese incomodado en mitad de un sueño agradable. Me quedé un momento indeciso y a continuación seguí andando, sin saber si había ocurrido o me lo había inventado. Pero ocurrió, pateé al pobre desgraciado, sin más razón que la pura maldad. Tanta violencia hay todavía en mi interior, no saciada.

¿Para qué sirven esos puñeteros tubos? No sabría decirlo. No todo significa algo, ni siquiera en este mundo.

Una tarde presencié un encuentro conmovedor. Hacía un tiempo gris como el hierro con viento y una lluvia fina como las varillas de un paraguas. Barbarroja haciendo su ronda dobla la esquina en la calle Hope, se encuentra cara a cara con Quasimodo y se aparta con evidentes consternación y desagrado. ¡Deben de conocerse! Yo también me detengo y me oculto en un umbral, deseoso de no perder detalle. El jorobado dedica una sonrisa entusiasta, dulce y cómplice al otro, pero Barbarroja aferrado a sus tubos lo echa a un lado con desprecio. Quasimodo, rechazado y al borde de las lágrimas, se apresura con la cabeza gacha. *Compagnon de misère!*

En esas espantosas semanas pasé mucho tiempo a la orilla del río, sobre todo al caer la noche. Me gustaba notar el empuje y la fuerza del agua —pues en la oscuridad, claro, se sienten más que se ven— arremolinándose al pasar como un animal enorme, grueso y ondulante apresurándose para ir a alguna parte, decidido y silencioso, con las luces resbaladizas de la ciudad rodando a toda prisa sobre su lomo. Estoy seguro de que yo debía de parecer un suicida en potencia, acurrucado allí mirando ojeroso desde el murete de la orilla y envuelto en mi desdicha como en un abrigo. No me habría sorprendido si algún entrometido me hubiese cogido del brazo, convencido de que estaba a punto de pasar una pierna por encima y saltar al agua. «¡No lo haga, amigo —habría exclamado—, se lo imploro, piense en todo lo que perderá!». Como si no lo hubiera perdido ya.

Pero yo sabía que no debía dejarme arrastrar por la autocompasión. No tenía nada de lo que compadecerme. Había sido mía por un tiempo, y ahora había desaparecido. Había desaparecido, pero estaba viva, en cualquier forma que la vida hubiese adoptado para ella, y desde el principio se suponía que esa había sido mi misión: insuflarle vida. Ven a vivir en mí, le había dicho, y sé mi amor. Con la intención, claro, tanto si lo sabía como si no, de vivir a mi vez en ella. Con lo que no había contado era con que esta vida en la que yo deseaba que se embarcara al final requeriría que yo renunciara a ella. Ese era el enfoque en el que no había pensado. Y ahora ahí estaba, en pleno invierno, un barón Frankenstein desamparado, sujetando entre las manos los

vendajes desechados y los fríos electrodos sin saber por qué fortalezas alpinas estaría vagando ella, qué desiertos helados podría estar atravesando.

Cuando me enteré de que la tía Corky me había dejado su dinero, compré champán para celebrar mi golpe de suerte con las chicas del número 23. Sí, había empezado a ir por allí, pero sobre todo en busca de compañía. Me veía a mí mismo como uno de los viejos *roués* de Lautrec, apeándome de una calesa y quitándome la chistera ante los rostros demacrados que observaban con fingida impaciencia desde las ventanas. Me gustaba sentarme en el salón y charlar a la luz de primera hora de la tarde, cuando el negocio todavía estaba a medio gas. Creo que las chicas me veían como a su mascota, su hombre de confianza. En su compañía vislumbré una vida más sencilla y natural: ¿parece perverso? Y por supuesto allí estaban tus recuerdos, parpadeando en la oscuridad de esas habitaciones miserables como las sombras arrojadas por la llama de una vela vacilante. Ese día, después de la lectura del testamento, cuando llegué con la tintineante bolsa de botellas, el local hizo cuanto pudo por despertar del letargo vespertino y celebramos una pequeña fiesta. Me emborraché medio en broma y así reuní el valor para abordar al fin y otra vez a Rosie, nuestra Rosie. Es, me doy cuenta, bella a su manera estragada; tiene unas piernas preciosas, muy largas y musculosas, con las rodillas bien formadas, un rasgo poco frecuente según mi experiencia, reconozco que limitada. Además, su piel tiene ese brillo sucio, fangoso, que encuentro misteriosamente excitante (¿tal vez porque me recuerda a tu tacto?); ese tono de piel es el efecto de los cigarrillos, sospecho, porque es muy fumadora —una verdadera adicta, a diferencia de ti— y se fuma los cigarrillos como una condenada, casi con enfado, como si fuese una tarea irritante que le hubiesen impuesto junto con las demás cargas. Al principio se mostró reservada; se acordaba de mí y me preguntó por ti; mentí. Seguía llevando el imperdible en la oreja; me habría gustado saber si se lo quitaba por la noche. Enseguida el espumoso empezó a hacer efecto y me contó su historia, de ese modo tétrico y desenfadado que utilizan cuando hablan de sí mismas. Lo típico: la casaron casi de niña, el marido era un borracho que la dejó con unos niños que criar, trabajó en una fábrica que cerró, luego su amiga le sugirió que probara suerte con esto y aquí estaba. Soltó una risa ronca. Estábamos en lo que la señora Murphy llama el salón. Rosie miró las cortinas de cretona, los sillones abultados y la mesa cubierta con un hule y echó dos desdeñosos chorros de humo idénticos por las ventanas de la nariz.

—Al menos estoy mejor aquí que en la calle —dijo.

Le puse la mano en el muslo. Era una obrera ruda, endurecida y fatigada, opuesta a ti en todos los sentidos, y justo lo que yo creía necesitar en ese momento. Pero no fue un éxito. Cuando fuimos al piso de arriba y nos tumbamos en el camastro —¡con qué rapidez saben quitarse la ropa estas profesionales!—, frotó sus caderas contra las mías en un indiferente simulacro de pasión y después bostezó con ganas, mostrándome una boca llena de empastes y echándome una nube cálida y amarillenta de humo de tabaco rancio en la cara. Había sido mejor como testigo que como participante. Aun así, en la triste postración de después, tumbado sobre el estómago con la barbilla en las manos y el flanco frío de ella apretado contra mí con la carne de gallina —creo que se había quedado dormida un momento—, miré por el hueco de la cortina hacia las luces temblorosas a lo largo de la calle Black, sentí una punzada de la antigua y temible felicidad y le di un abrazo de gratitud y cariñosa camaradería al que ella respondió con un gemido soñoliento. (Nada de esto es exacto, claro, ni sincero; en realidad, sigo asustado de esta joven endurecida, me acobardo ante ella sin aliento por el temor y la emoción, tiemblo convencido de que se trata de una transgresión enorme para la que no hay absolución; podría ser mi madre con la que estoy confraternizando; Rosie me maneja, su bebé grandote, con una ternura distraída que

me lleva sin que pueda resistirme al mundo cálido y abarrotado de la infancia. Estas son aguas profundas; turbias y profundas. Tiene una cicatriz en el bajo vientre, nudosa y dura como un cordón atado de nailon; una cesárea, supongo. ¡Cuánto ha vivido en sus veinte años! Espero, a propósito, haberte dado celos; espero que estés sufriendo.)

En cualquier caso, qué poderosos y conmovedores son estos momentos de reflexión cuando no solo sientes algo, sino que te sientes sintiéndolo. Cuando estaba en esa cama sin hacer en el local de Ma Murphy, contemplando esa franja de la calle barrida de noche por el viento, tuve una especie de vivencia extracorpórea, como si fuese al mismo tiempo yo y la imagen temblorosa de mí mismo, como si mi propio y pequeño fantasma se hubiese materializado allí, invocado tanto por la pura conciencia de mí mismo como por el temible reconocimiento de todo lo que no era. Mi ectoplasma y yo. Y, sin embargo, en momentos como ese me concibo a mí mismo como una figura singular, un hombre solo y heroico, versado en las artes de la soledad y la improvisación, uno de esos personajes tensos y silenciosos con los que te topas una noche, de pie inmóviles en la sombra afilada y angulosa del umbral de una tienda o sentados solos en coches ronroneantes, y das un respingo al verlos, cuando los ojos angustiados y la punta encendida del cigarrillo llamean brevemente en la oscuridad. *Esse est percipi*. Y viceversa (es decir, «ver es causar ser», ¿cómo expresarlo en latín macarrónico?). ¿Ves lo que me has hecho al irte? Me has convertido en un asiduo de ese submundo nocturno y parpadeante en el que siempre temí acabar al final. ¡Oh!, lo sé, en el fondo siempre fui un solitario —¿quién no lo es en el fondo?—, pero eso era diferente. Este es otro tipo de aislamiento, uno que nunca había experimentado.

Sin embargo, no estoy lo que podría llamarse de verdad solo. Nosotros los solitarios disfrutamos de una especie de espantosa e inexorable intimidad. Ahora conozco todos los indicios, las señales furtivas e involuntarias con que los miembros de nuestra hermandad se reconocen unos a otros: la mirada en la calle que se aparta a toda prisa, el pie que da tensos golpecitos entre la muchedumbre de peatones que espera en una esquina ventosa a que cambie el semáforo y aparezca el hombrecito verde (el emblema de nuestra cofradía, ¡nuestra mascota!), la particular presencia detrás de mí en la cola del supermercado: un silencio contenido en mi hombro que siempre parece a punto de estallar en balbuceos imposibles pero nunca lo hace. Hijos de la oscuridad, hacemos una noche diurna para nosotros en los reservados del fondo de las tabernas, en la penumbra resonante de las bibliotecas públicas y las galerías de pintura, incluso en las iglesias; he reparado en que, por alguna razón, las iglesias son especialmente populares cuando llueve. Nuestro lugar predilecto, no obstante, nuestro hogar más feliz, son los cines por la tarde. Cuando nos sentamos salpicados de estrellas en esa oscuridad aterciopelada, los solitarios y los desgraciados en amores, los excéntricos silenciosos, los locos pacíficos y los asesinos en serie al acecho, todos con la cara pálida vuelta hacia la pantalla iluminada, podríamos estar de vuelta en el útero materno, escuchando sorprendidos las noticias del mundo exterior, oyendo sus gritos y sus risas chillonas, observando enormes bocas abrirse, hablar y alimentarse de otras bocas, viendo el cañón de las escopetas estallar y fluir la sangre brillante, notando el ritmo de la vida misma a nuestro alrededor y aún más allá. Me gusta haraganear soñoliento allí, con los sentidos amortiguados, y dejar que las imágenes jueguen sobre mí como si fuesen música, mientras te materializas gigantesca en esas esculturas móviles con sus cabelleras imposibles, sus labios carnosos, y los flancos ondulantes y melifluos. ¿Dónde estás? Dime. ¿Dónde estás? Lo que vemos ahí arriba no son estas escenas concebidas para distraer y calmar a los que son como nosotros: a quienes vemos es a nosotros mismos, el sueño demente de nosotros mismos, de lo que podríamos haber sido y de en qué nos hemos convertido, la historia conocida que se vuelve

desconocida, el argumento que al principio parecía prometedor y ahora se ha desarrollado de forma fascinante. A partir de esas imágenes elaboramos seres totalmente improbables que aun así nos sostienen una hora o dos, luego salimos dando tumbos, parpadeando bajo la luz, y volvemos a ser lo que siempre fuimos, y lloramos para nuestros adentros por todo lo que nunca tuvimos pero estamos convencidos de haber perdido.

¿Qué haré con mi vida? Supongo que podría conseguir un trabajo. A menudo pienso que algo tan sencillo como eso sería mi salvación. Nada serio, claro, nada que tenga que ver con la ciencia ni con el arte, nada de esas viejas pretensiones, esa pomposidad raída. Podría ser oficinista, por ejemplo, uno de esos tipos grises y humildes que se ven en las oficinas de las empresas grandes y de renombre, pasando al fondo furtivos como ratones, con caspa en el cuello de la chaqueta y los trajes llenos de brillos. Me imagino allí, diligente, reservado, sufriendo las burlas de los oficinistas más jóvenes con una sonrisa vaga y volviendo a casa a cenar un poco de fiambre delante de la tele. Sueños, sueños vanos; no duraría ni una semana. Encargarían al socio más joven que fuese a hablar conmigo. «Ejem, sí, bueno —diría, mirando ceñudo por la ventana y entrechocando las monedas en el bolsillo del pantalón—. ¡Oh!, el trabajo está bien, bien, muy satisfactorio. Es su actitud, eso es. Un tanto deprimente. Las chicas se quejan, ya sabe cómo son, y la señorita McGinty dice que tiene usted la costumbre de mirarla fijamente de un modo que la pone nerviosa… Hace poco que perdió usted a alguien, ¿no?». Sí, señor; algo por el estilo.

Fui a ver a Hackett. Su oficina estaba en una enorme fortaleza gris de estilo gótico falso con rejillas de alambre en las ventanas y un porche con columnas donde esperé con timidez, intentando parecer inocente, mientras un policía joven y aburrido en manga corta telefoneaba al despacho del inspector, apoyado en el mostrador con el auricular enganchado debajo de la barbilla y mirándome de pies a cabeza con ojos aburridos e inquisitivos al mismo tiempo. Carteles cubiertos de cagadas de mosca con avisos de hidrofobia y plantas venenosas. Dos policías con chalecos antibalas salieron riendo y dejaron a su paso un olor mezcla de humo de cigarrillo y sudor. Las comisarías de policía siempre me recuerdan al colegio, tienen el mismo aire desaliñado, hosco y vagamente desesperado. Una racha de viento se coló desde la calle, trayendo consigo polvo y el olor de la lluvia que se acercaba. La voz del joven policía me sobresaltó. Colgó el teléfono.

—Tercer piso, la primera a la izquierda —una breve pausa, una sonrisa amarga—. Señor.

Siempre reconocen a un antiguo presidiario.

El despacho de Hackett era un cubículo en el rincón de una sala grande, abarrotada y de techo bajo donde unos hombres de aspecto enfadado iban de aquí para allá cargados de documentos, se sentaban con los pies en la mesa o se encorvaban para mirar grandes y anticuadas máquinas de escribir. Otra vez el olor al aula de la escuela: polvo, papel mohoso, corazones de manzana podridos. A través del cristal de la puerta, Hackett me indicó por señas que pasara. Se puso en pie con torpeza, esbozando su tímida sonrisa. Llevaba una corbata ancha y grasienta con un nudo Windsor, y la chaqueta demasiado estrecha estaba abotonada como siempre, con los huecos entre los botones tirando como gruesas bocas abiertas y verticales exclamando alguna cosa. En el suelo, al lado de su enorme e incongruente mesa de caoba, había un radiador que zumbaba un poco; verlo casi me hizo llorar. En el rincón, en un pequeño escritorio metálico, un policía viejo de uniforme hurgaba con la hoja pequeña de un cortaplumas en el interior de un reloj de bolsillo desmontado; estaba casi calvo y tenía el aire correoso de un campesino; me saludó amistoso con la cabeza y me guiñó el ojo. Había adornos de papel cebolla colgados del techo, ramas de acebo y tarjetas de navidad clavadas en un tablón de anuncios. Una de las tarjetas decía «Para papá»

con letra alta y temblorosa. Nunca habría dicho que Hackett fuese un hombre de familia; imaginé dos modelos a escala de él, con la cabeza como un globo y ojos de pollo, uno con bombachos y otro con unos pantalones de deporte, y tuve que pensar en la muerte para no reírme. Vio que estaba mirando la tarjeta y soltó lo que comprendí que era una tos de condolencia.

—Y ha enterrado usted a su pobre tía —dijo, y bajó la vista y movió la cabezota despacio de un lado al otro.

A pesar de todo lo que sé, a pesar de todo lo que he visto y hecho, sigo pensando que el mundo es en esencia benigno. No tengo motivos para esta convicción —quiero decir, mira a tu alrededor—, pero no puedo convencerme de lo contrario. Incluso quienes han perpetrado las maldades más espantosas —y he conocido a unos cuantos, te lo aseguro— pueden parecer después tan apacibles y dubitativos como cualquiera de… vosotros (he estado a punto de decir «de nosotros»). Esto es lo que se conoce, creo, como el problema del mal. Dudo que alguna vez pueda resolverlo a mi entera satisfacción. Hackett, en ese momento, con su sonrisa tímida, el traje abotonado y ese aire de lástima y conmiseración, parecía totalmente inofensivo.

—Vi a Francie —dije.

Hackett sonrió como si hubiese aludido a un antiguo amigo suyo.

—Sí —respondió—. Tuvimos que sacudirle un poco. El sargento aquí presente no le oía bien y yo no hacía más que decirle que hablara más alto. ¿Verdad, sargento?

El policía viejo soltó una risa fuerte y grave, sin levantar la vista de los entresijos de su reloj.

—También detuvimos a Pa —continuó Hackett—. No pudimos sacarle una sola palabra. ¿Sabe lo que hace cuando…?

—Lo sé —dije—. Me lo contó.

—El muy cabrón —dijo Hackett, pero se rio, triste y admirado. Se reclinó en la silla giratoria, entrelazó los dedos sobre el pecho y me miró—. También le habría detenido a usted —dijo—, pero yo sabía que usted no sabía nada —esperó, sonriendo con un desdén afectuoso, pero no respondí. ¿Qué podía decir? Empezaba a gustarme su sentido del humor—. ¿Se sabe algo? —preguntó—. Quiero decir de sus amigos. De Morden y… —alzó las cejas. Yo negué con la cabeza—. ¡Oh, a propósito! —dijo, como si acabara de recordarlo—, tenía usted razón sobre los cuadros. O al menos sobre uno de ellos.

Se inclinó hacia delante, rebuscó entre los papeles del escritorio y me mostró una postal. Una arruga recorría la reproducción en color como una vena sin sangre. El arte del carnicero. «*Nacimiento de Atenea:* Jean Vaublin (1684-1721)». Le di la vuelta. «Colección Behrens, mansión Whitewater.» Iba dirigida a Hackett. El mensaje estaba escrito con letra deliberadamente torpe: «¿Quién es el papaíto de todos?».

—Le gustan las bromas —dijo Hackett. Me miró con su amable sonrisa. Señaló la postal—. Querían robar este —continuó—. Debían de tener un comprador. Algún ricachón en alguna parte. Los demás los guardarán, para otra ocasión.

La luz parda de la tarde invernal se apretaba contra las ventanas con rejilla, el radiador zumbaba. Fuera del despacho alguien se rio ruidosamente. Hackett se sacudió como un perro, y se volvió en su asiento y puso un reluciente zapato grueso de cuero marrón sobre la esquina de la mesa, cerró un ojo y se miró el dedo gordo.

—Siete falsificaciones —dijo soñoliento—. ¿Quién habría pensado que el octavo era auténtico? No nuestro amigo Sharpe. No cuando podía reírse de usted —volvió a mirarme de lado, con esa mirada de soslayo y esa sonrisa tristísima. Sus ojos parecían más desiguales que nunca. Se le movía un músculo en la mandíbula—. Llevamos años con esto Pa y yo. Es como

una de esas partidas de ajedrez maratonianas. Él hace un movimiento y me lo envía, yo hago otro y se lo envío a él —bajó la pierna al suelo, se inclinó hacia delante y movió las fichas invisibles en el escritorio. Sonrió—. Él gana, yo pierdo; yo gano, él pierde. Esta vez le ha tocado a él. Puso ese auténtico con los falsos y apostó a que lo pasaríamos por alto. Y así fue. Pero le habría dado igual si nos hubiésemos dado cuenta. Le trae todo sin cuidado, lo único que le interesa es nuestro juego. Ya se lo he dicho, está como una cabra.

—¿Y qué hay de los otros siete? —pregunté.

Se encogió de hombros y volvió a mover los dedos de aquí para allá sobre el escritorio.

—Esperará, hará otro movimiento. Ya veremos quién gana la próxima vez. Es una buena partida —miró hacia la ventana con un suspiro casi feliz—. Sí —dijo—, sí: el papaíto de todos.

El sargento apretó algo en las entrañas del reloj y el mecanismo devolvió una minúscula campanada argentina.

Hackett y yo bajamos por las escaleras resonantes. Abajo había unos hombres hablando en voz alta, su voz nos llegó estruendosa. Había habido otro asesinato, el último, resultó después.

—La ha desangrado —dijo Hackett—. Es un mundo cruel.

En el último escalón, un joven inspector estaba sentado mirando una mancha de vómito en sus zapatos, tenía la cara gris y respiraba profundamente, mientras dos hombres mayores se gritaban el uno al otro a su lado. No nos miraron cuando pasamos. En el porche nos detuvimos sin saber cómo despedirnos. Fuera, el sucio crepúsculo de diciembre estaba manchado de lluvia.

—¿Y la hija? —preguntó Hackett—, ¿ha tenido noticias suyas?

Miré la lluvia que caía a la luz de la puerta. Detrás de nosotros los dos policías seguían discutiendo.

—¿La hija? —pregunté, sin saber si lo había dicho en voz alta—. ¿Qué hija?

Hackett me miró. Vete a saber en qué pensaba él para no reírse.

—La chica —dijo—. La hermana de Morden. Los dos; Pa es su… —me tocó el brazo solícito, con torpeza, igual que un doliente ofreciendo consuelo a uno de los familiares del difunto—. ¿No lo sabía? —dijo.

Lo que me vino a la mente de inmediato fue cómo ella me había contado un día que en su monótona infancia pasaba horas sola golpeando una pelota de tenis contra una pared de la casa. En aquel instante, claro, imaginé un tranquilo barrio residencial en una colina, cerca de una gran ciudad, con la luz del sol en los plátanos de sombra y un chófer en manga corta y polainas limpiando la limusina del embajador. Lo que vi ahora fue una triste hilera de casas adosadas con jardines mal cuidados y a una mujer asomada a la ventana de arriba gritando su nombre con voz ronca, mientras un niño pequeño con un triciclo se cae en el arroyo y empieza a llorar, y ¡pum!, sale disparada la pelota cuando la chica la golpea con furia redoblada con la raqueta. No era una gemela muerta la que andaba siempre a su lado, sino el fantasma de ese pasado ineludible.

El nacimiento de Atenea. Colección Behrens.

Consideren estas criaturas, estas personas que no son personas, estos habitantes del cielo. Al dios le duele la cabeza, su hijo blande el hacha, la joven se adelanta con un arco y un escudo. Avanza hacia el mundo. Su mochuelo vuela delante de ella. Es el crepúsculo. Miren esas nubes, este cielo ilimitado e impenetrable. Esto es lo que queda. Una arruga lo recorre como una vena sin sangre. Todo ha cambiado y todo es igual.

Ayer la vi, no sé cómo, pero la vi. Fue de lo más extraño. Aún no me he recuperado. Yo estaba en esa taberna de la calle Gabriel que tanto le gustaba. El lugar es una falsificación, claro, con falsos paneles de madera, latón plateado y un ventilador de madera del tamaño de una hélice de

aeroplano en el techo, que no hace más que retorcer el humo de los cigarrillos en perezosos arabescos. Voy allí por razones evidentes. Yo estaba en la parte de atrás del bar, removiendo una bebida y mi corazón dolorido, sentado ante esa enorme ventana —las ventanas así siempre me parecen sobresaltadas, como un par de ojos muy abiertos— que contempla la ciudad a lo largo de la ancha extensión de la calle Ormond. La calle estaba abarrotada, como siempre. El sol brillaba sin ganas, sí: la primavera ha llegado a pesar de todos mis esfuerzos. De pronto la vi; o no, no de pronto, no fue nada repentino ni hubo ninguna sorpresa. Sencillamente estaba allí, con su abrigo negro y sus zapatos de tacón negros, apresurándose por la acera abarrotada bajo esa luz acuosa con sus pasos rígidos e inconfundibles, una mano en el pecho y la cabeza gacha. ¿Adónde iba con tanta prisa e impaciencia? La ciudad entera se desplegaba ante ella, bañada en abril y en la tarde. Digo «ella», pero por supuesto sé que no era ella, en realidad no. Y sin embargo, lo era. ¿Cómo puedo expresarlo? Está la ella que ha desaparecido, que se halla en algún lugar del sur, lejos de mí para siempre, y luego esta otra, que sale de mi cabeza y se apresura por aceras iluminadas por el sol a hacer vete a saber qué. A vivir. Si es que puedo llamarlo vivir; y lo haré.

Escríbeme, dijo. Escríbeme. He escrito.

Notas

[1] En español en el original. *(N. del T.)*
[2] Billy Bunter es el gordo protagonista de unos cómics y serie de televisión británicos de los años cincuenta. *(N. del T.)*
[3] Frederick Moosbrugger, laureado vicealmirante de la Armada de los Estados Unidos, cosechó importantes éxitos durante la Segunda Guerra Mundial en el frente del Pacífico. *(N. del T.)*
[4] *Barker* significa ladrador o gritón. *(N. del T.)*
[5] *Hickey* significa paleto y *kickham*, algo así como «mano rápida». *(N. del T.)*
[6] Bob Cherry y el señor Quelch son personajes del cómic y la serie de televisión *Billy Bunter*. *(N. del T.)*

Título original: *Frames Trilogy*

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 1989, 1993, 1995, 2001, John Banville
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 1991, Horacio González Trejo, por la traducción de *El libro de las pruebas*
© 2020, Miguel Temprano García, por la traducción de *Fantasmas* y *Atenea*

Este libro ha sido publicado con la ayuda económica de Literature Ireland



© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: Magdalena Russocka / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

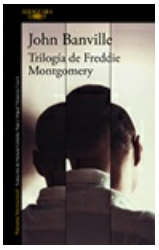
ISBN: 978-84-204-3584-8

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

www.megustaleer.com



En un único volumen dos novelas inéditas del Premio Príncipe de Asturias de las Letras junto a *El libro de las pruebas.*
«Una gran obra en la que cada suave momento detona en voz baja para mostrar un mortífero destello interior.»
Don DeLillo
«El escritor de lengua inglesa más inteligente, el estilista más elegante.»
George Steiner



Esta trilogía reúne, junto a *El libro de las pruebas*, dos novelas de John Banville hasta ahora inéditas en español. Una nueva ocasión para seguir descubriendo y disfrutando de la prosa del Premio Príncipe de Asturias de las Letras y, como opina Rodrigo
Fresán, «Nobel cercano si hay justicia».

En *El libro de las pruebas* Freddie Montgomery comete dos crímenes: roba un valioso cuadro a un acaudalado amigo de la familia y asesina al ama de llaves que fue testigo de su robo. Esta singular novela negra, género en el que Banville y su alter ego Benjamin Black es un reconocido maestro, fue finalista del Premio Booker.

Fanstasmas, su novela más divertida según el *Sunday Independent*, narra la historia de un un asesino anónimo (¿Freddie Montgomery?) que ha cumplido su condena y ahora vive en una isla casi deshabitada con el profesor Kreutznaer y un grupo de excéntricos individuos. Esta calma inquietante es perturbada por la llegada de un grupo de náufragos.

En *Atenea*, Morrow (nombre bajo el que quizá se oculta Freddie Montgomery) se encuentra en una encrucijada cuando dos personas le hacen dirigirse a una casa vacía de Dublín. Una le ofrece un trabajo un tanto dudoso; la otra, algo similar al amor.

La crítica ha dicho…
Sobre *El libro de las pruebas*
«La recomiendo como introducción a Banville.»
Francisco García Pérez, *La Opinión de Tenerife*

«El nosequé nabokoviano; la sensación de ensoñación con la que discurre el relato… Los que tengan a ese Banville bien fijado en la cabeza seguramente se lleven una pequeña alegría con el fallo del Premio Príncipe de Asturias de las Letras.»
Luis Alemany, *El País*

«La recomiendo como introducción a Banville.»
Francisco García Pérez, *La Opinión de Tenerife*

«No un relato policial, sino una novela psicológica fascinante y trabajada en cada línea.»
Eduardo García, *Diario de Mallorca*

«La obra de Banville es un monumento al ser humano desde la complejidad y la profunda oscuridad.»
Eduardo García, *La Opinión de Málaga*

Sobre *Fantasmas*
«Tan fascinante, compleja, estimulante y potente como cualquier obra de arte digna de tal nombre […]. Una obra que prueba que Banville es un maestro, un artista que domina totalmente su oficio.»
The Times

«Hace que este novelista, profundamente atractivos, se convierta en uno de los escritores en inglés más importantes del momento; de hecho, en un pensador clave de la narrativa.»
London Review of Books

«Un libro hermoso y cautivador lleno de ecos que siguen sonando mucho después de haber pasado la última página. Su imaginación es mágica; su ejecución, brillantemente hábil.»
Sunday Tribune

«El libro más divertido de John Banville […]. Otro triunfo de nuestro novelista más exageradamente imaginativo y valiente.»
Sunday Independent

«Onírica y exquisitamente lírica […]. Uno de los grandes estilistas de la actualidad.»
Boston Globe

Sobre *Atenea*
«Una obra profundamente lograda y fascinante de un maestro del lenguaje: una obra de arte con todas las letras.»
Scotsman

«*Atenea* es una carta de amor a las pasiones de Morrow, al amor, al arte y a los cuadros que examina: obras sobre temas clásicos en la que la obsesión, la lujuria, la pérdida y la magia de un momento se conservan para siempre.»
Literary Review

«Una prosa elegante, hermosa, increíblemente astuta.»
Sunday Times

«Una de las novelas más tremendamente inteligentes e introspectivas de los últimos años, que pone en tela de juicio nuestra idea de autor, narrador, lector y crítico.»
Good Book Guide

Sobre John Banville

John Banville nació en Wexford, Irlanda, en 1945. Con *El libro de las pruebas* (Alfaguara, 2014) —título que abre la Trilogía de Freddie Montgomery, compuesta también por *Fantasmas* y *Atenea*— fue finalista del Premio Booker, que ya obtuvo con *El mar* (Alfaguara, 2019), reconocida además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre su obra destacan *Regreso a Birchwood* (Alfaguara, 2017), *El intocable* (Alfaguara, 2015), la Trilogía Cleave, ciclo de novelas que incluye *Eclipse* (Alfaguara, 2014), *Imposturas* (Alfaguara, 2015) y *Antigua luz* (Alfaguara, 2012); *La guitarra azul* (Alfaguara, 2016) y *La señora Osmond* (Alfaguara, 2018). Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado en Alfaguara *El lémur* (2009), la serie de novela negra protagonizada por el doctor Quirke — *El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012), *Venganza* (2013), Órdenes sagradas (2015) y *Las sombras de Quirke* (2017)—, *La rubia de ojos negros* (2014), y *Los lobos de Praga* (2019). En 2011 recibió el Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del Premio Nobel, y en 2013 fue galardonado con el Premio Austriaco de Literatura Europea y, en España, con el Premio Leteo y el Premio Liber. En 2014 le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club


@megustaleerebooks


@megustaleer


@megustaleer

Índice

Trilogía de Freddie Montgomery
El libro de las pruebas
- I
- II

Fantasmas
- Dedicatoria
- Cita
- I
- II
- III
- IV

Atenea
- Dedicatoria
- 1. *Persecución de Dafne*, ca. 1680
- 2. *El rapto de Proserpina*, 1655
- 3. *Pigmalión* (llamado *Pigmalión y Galatea*), 1649
- 4. *Siringa liberada*, 1645
- 5. *El rapto de Ganimedes*, 1620
- 6. *La venganza de Diana*, 1642
- 7. *Acis y Galatea*, 1677

Notas
Créditos
Sobre este libro
Sobre John Banville